

OBRAS DE DON JOSÉ ZORRILLA

MANUEL P. DELGADO, EDITOR

OBRAS DRAMÁTICAS

Y LÍRICAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA

TOMO TERCERO



MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS SUCESORES DE CUESTA
CALLE DE LA CAVA-ALTA, NÚM. 5
1895

EL ZAPATERO Y EL REY

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Aprobado para su representación por la Junta de censura de los Teatros del Reino en 5 de Abril de 1850.

——⁂——

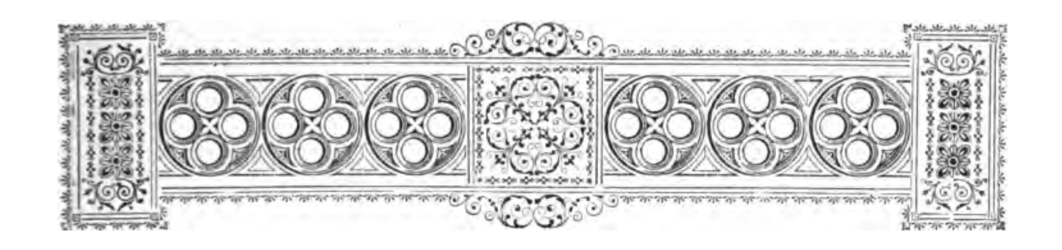
PERSONAJES

Don Pedro.
Don Juan de Colmenares.
Diego Pérez, *zapatero.*
Blas Pérez, *hijo.*
Teresa Pérez, *ídem.*
Samuel Leví.
Don Juan Robledo.
Doña Aldonza Coronel.
Don Albar Pérez de Guzmán
Don Diego García de Padilla
Juan.
El Cardenal, *legado del Pontífice.*
Un embajador del Rey de Granada.
Un conjurado.
Un hombre del pueblo.
Dos ballesteros de la guardia del Rey.

Cortesanos, prelados, dignatarios eclesiásticos y civiles de todas categorías, acompañamiento del legado y del embajador, ballesteros del Rey, conjurados y pueblo.

La escena pasa en Sevilla

Por odio y contrario afán
calumniado torpemente,
fué soldado más valiente
que prudente capitán.
Osado y antojadizo,
mató, atropelló crüel;
mas por Dios que no fué *él*,
fué su tiempo quien lo hizo.



EL ZAPATERO Y EL REY

PRIMERA PARTE

ACTO PRIMERO

Interior de la casa de Diego Pérez: ajuar del oficio.—Es de noche

ESCENA PRIMERA

BLAS *y* TERESA

TERESA

Sí, sí, cierra la ventana,
que hace una noche...

BLAS

Muy buena
para empezar una ronda.

TERESA

Vaya, y diluvia!

BLAS

Por fuerza
bebe los vientos por tí
si hoy es constante.

TERESA

Qué pelma!

BLAS

Vive Dios que es un mancebo
que vale un mundo, Teresa;
ni valientes le intimidan,
ni temporales le arredran;
con su espadón en el cinto
y su malla sempiterna,
no hay quien le tosa en Sevilla
si como ronda pelea.

TERESA

Siempre te me estás burlando.

BLAS

Yo burlarme? No lo creas;
si la verdad no te digo,
en la vida hablé de veras.
Crees tú que entrar le dejara
en casa, si no creyera
que es un soldado y valiente?

TERESA

(Sobresaltada.)
Dios mío!

BLAS

Qué fué, Teresa?

TERESA

Sería aprensión.

BLAS

Sería.

TERESA

Creí que abrían la puerta.

BLAS

Lo que tú tienes es miedo.

TERESA

Ojalá no le tuviera;
aunque en tal caso, mi Blas,
gran ventaja no me llevas.

BLAS

Cómo?

TERESA

Anteanoche temblabas.

BLAS

Cuándo?

TERESA

Cuándo...? No te acuerdas?

BLAS

No, á fe.

TERESA

Cuando aquella mano
que, asiéndola por las rejas,
cerró á golpe la ventana.

BLAS

Algún hidalgo tronera
que á su casa volvería
con tres ó cuatro botellas.

TERESA

Y aquellas voces que oímos?
Dí, y el son de las cadenas?

BLAS

No lo mientes!

TERESA

Virgen santa,
qué noche tan cruel fué aquélla!
Rodaba todo el infierno
por el atrio de la iglesia.

BLAS

Lo viste tú?

TERESA

Yo? En la cama
me dí mil veces por muerta,
y no me atreví de miedo
ni á rebullirme siquiera.
Pero Juanito me dijo
que él asomó la cabeza
por la rejilla mucho antes
que á cerrárnosla vinieran,
y vió...

BLAS

Qué vió?

TERESA

Seis fantasmas,
cuatro blancas y dos negras.

BLAS

Hablemos, si te parece,
con formalidad, Teresa.

TERESA

Pero no dejes la obra
por hablar.

BLAS

En hora buena.
Sigo con ella, y escucha.
Aunque yo, en verdad, no tenga
miedo á los muertos, sea dicho

con la debida cautela,
por no tenerlos vecinos
he echado á solas mis cuentas.

TERESA

Y á fe que la vecindad
no es muy grata.

BLAS

Estáme atenta.
Puesto que van ya tres noches
que esos muertos se revelan,
y con sus danzas nocturnas
dormir en paz no nos dejan,
pienso ir, si padre consiente,
á otro barrio con la tienda.
No te parece? Y mañana...

TERESA

Mañana? Soberbia idea!

BLAS

Cuanto más pronto mejor.

TERESA

Sí, sí, porque el miedo arrecia.
Yo, la verdad, ni una noche
duermo un minuto serena.

BLAS

Pues yo sueño con los diablos
y los duendes todas ellas.

TERESA

Hola! Conque al cabo, Blas,
que tienes miedo confiesas?

BLAS

Negar que los muertos me hacen
mucha pavura, Teresa,
fuera, á hablar como hombre honrado,
en mí la aprensión más necia.
Sabes que en toda mi vida
temí paliza, pendencia,
ni motín; que en todo lance
presto anduve á la defensa
de mi padre ó mis hermanos,
de un vecino... de cualquiera.
Sabes que estuve empeñado,
no ha mucho, en ir á la guerra,
y que, á dejarme mi padre,
ya estaría en la frontera.
Mas los muertos me intimidan,
á qué andarse por las hierbas!
Si veo venir de frente
una pica, una ballesta,
derecho me voy al bulto,
por ir, aunque más no sea;
pero en hablando de muertos
estoy con la pataleta.
Me columpio que parece
que es de plomo la cabeza,
los pies y manos de corcho
y el corazón de manteca.

TERESA

Pues manos á la mudanza.

BLAS

No; como á padre convenga,
á otra parte con la música.

TERESA

Blas, que llaman á la puerta.

BLAS

Abre tú.

TERESA

Miren qué gracia.
Abre tú que estás más cerca.

BLAS

Vaya! Pues aún tendrá miedo!
Quién?

DIEGO

(Dentro.) Yo.

BLAS *y* TERESA

Buenas noches.

DIEGO

Buenas
os las dé Dios, hijos míos.
(Á Blas, que se asoma á la puerta con curiosidad.)
Vaya, Blas, que llueve, cierra.

ESCENA II

DIEGO, BLAS *y* TERESA

TERESA

Queréis lumbre?

DIEGO

Sí por cierto;
que hace una noche tremenda.

BLAS

Sentáos.

DIEGO

Toma el sombrero.
Llévate la capa y tiéndela.

BLAS

Chorreando está.
(Váse Blas y vuelve.)

TERESA

Qué tenéis,
padre? Traéis descompuesta,
desencajada la cara.

DIEGO

Es el frío.

TERESA

No, por fuerza
os ha sucedido...

BLAS

Cómo?
Qué es eso?

DIEGO

Vaya, que apenas
llego, siempre os empeñáis
en que azares me sucedan.
No tengo nada.

BLAS

Es que importa
que jamás os acontezca
nada, mientras tengáis hijos
que os venguen.

DIEGO

Eh?

BLAS

Que os defiendan.

DIEGO

La venganza es, hijo mío,
de maldición una piedra,
que tarde ó temprano vuelve
contra el mismo que la suelta.

BLAS

Ya lo sé, padre; que he oído
mil veces eso en la iglesia.

DIEGO

Pues es preciso que siempre
en la memoria lo tengas.
Pero vamos á otra cosa:
vino?

BLAS

Nadie.

DIEGO

En hora buena;
conque habéis estado solos?

BLAS

Sí, señor.

TERESA

Si no se cuenta
el miedo de cada cual.

DIEGO

Y de qué ese miedo era?
Ambos calláis.

TERESA

Dílo, Blas.

BLAS

Padre, hablando con franqueza,
los muertos...

DIEGO

Bueno, dejadlos.

BLAS

Es que estamos siempre...

DIEGO

Vuelta.

BLAS

Y hemos tratado los dos
de que mudemos la tienda.

DIEGO

No hay que pensar más en ello;
los muertos son gente buena
y no se meten con nadie.

TERESA

Pero...

DIEGO

Silencio, Teresa;
no son los muertos á fe
los que ahora á mí me amedrentan;
y de una vez para siempre
que comprendáis me interesa
que los muertos no hacen daño,
y que hablar de ellos molesta.

BLAS

Pero, padre, y esas voces
que de noche nos atruenan?

DIEGO

Cerrad las ventanas bien,
y dormid á pierna suelta;
las voces sólo son ruido,
y el ruido no rompe piernas.

BLAS

Y no era más fácil...?

DIEGO

No.

BLAS

Vuestro mal humor os ciega;
padre, qué tiene de extraño
que por ser la calle estrecha,
porque se pierde ó se gana,
ó sea por lo que sea,
mude un vecino algún día
á otro barrio casa ó tienda?

DIEGO

Blas, yo tengo mis razones,
y permanecer es fuerza
en esta casa, aunque mucho
de ello en el alma me pesa.

BLAS

(Qué diablos! Quiere y no quiere!
Á que también da en la tema
de callar que tiene miedo?)
Pero...

DIEGO

Basta de querella;
no hay que alzar ya más pelillos
á conversación tan necia;
y el que de noche curioso
me abra á deshora una reja,
que se eche á él solo la culpa
del mal que á todos nos venga.

TERESA

Llamaron?

BLAS

Abro?

DIEGO

Pues no?
Que entre en mi casa quien quiera.

ESCENA III

DICHOS *y* DON JUAN DE COLMENARES

DON JUAN

Dios sea loado.

DIEGO

Don Juan!
Con una noche tan cruda
vos en mi casa?

DON JUAN

Sin duda;
siempre os quise con afán.

DIEGO

Cuatro años hace, señor,
que en ella nos hemos visto.

DON JUAN

De venir es, vive Cristo!
esa la razón mejor.
Cuanto más corren los años,
más los amigos se prueban,
y amistades se renuevan
en males y desengaños.

DIEGO

Habláis, don Juan, de amistades
con tono tan singular,
que nos haréis recelar
en la vuestra novedades.

DON JUAN

Oh, no, Diego! Por mi vida,
nunca os la tuve más fiel,
y de ello...

BLAS

(Reniego de él.)

DON JUAN

Os da pruebas mi venida.
(Con aire de importancia.)
Hola! Qué altos los muchachos
están!... Mozo más cabal!...
No le sentarían mal
la coraza y los mostachos.
No es éste el que quiso ser...

BLAS

Yo soy, y si aun me dejaran,
por San Juan que se quedaran
los zapatos sin coser.

DON JUAN

Con tanta afición te sientes?

BLAS

Los ojos tengo rasados
sólo con ver los soldados
con el hierro hasta los dientes.

DON JUAN

Y entonces, por qué esa senda...?

BLAS

Dice mi padre, señor,
que siempre he de estar mejor
que en el cuartel en la tienda.

DON JUAN

Nada hay á eso que añadir;
mas Diego, si no hay objeto
que lo obste, tengo en secreto
dos palabras que decir.

DIEGO

Á mí, don Juan?

DON JUAN

Á tí, Diego.

DIEGO

Podéis empezar si os place.

DON JUAN

No estás solo.

DIEGO

Eso qué le hace?

DON JUAN

Iréme pues.

DIEGO

Idos luego. *(Con orgullo.)*
Bajo este techo, don Juan,
no hay quien no pueda discreto
guardar el mejor secreto.

DON JUAN

Grandes para tí serán
los motivos de esa fe
en tus hijos, pues lo son,

pero fuera indiscreción
fiarme yo, y no lo haré.

DIEGO

Pues tanto empeño mostráis,
idos vosotros.

BLAS

(Maldita
sea con él su visita.)
(Vánse Blas y Teresa.)

ESCENA IV

DON JUAN *y* DIEGO

DIEGO

Solos estamos; habláis?

DON JUAN

Diego, tú audaz y orgulloso,
de tu virtud satisfecho,
caminas siempre derecho
por el camino espinoso
de la vida; mas preciso
será que te haga mirar
que hay mucho en que tropezar.

DIEGO

Os agradezco el aviso;
mas tengo ya sesenta años,
y si es que torcido anduve,
los vicios que siempre tuve
tarde os parecen extraños.

DON JUAN

Diego, tu altivez modera
y á la razón deja luz,
que es muy recta tu virtud,
pero es atrevida y fiera.
Consulta contigo mismo
lo que vas á responder,
que va tu respuesta á ser
tu salvación ó tu abismo.
Quieres escribir tu nombre
donde los nuestros están?

DIEGO

Ya os dije que no, don Juan.

DON JUAN

(Qué tenacidad de hombre!)
Diego, lo has pensado bien?

DIEGO

Sí, don Juan.

DON JUAN

Y no has pensado
que va á alcanzar tu pecado
á mi cabeza también?

DIEGO

También á vos! No lo entiendo.

DON JUAN

Quieres que en olvido eche
que ambos con la misma leche
nos nutrimos?

DIEGO

Os comprendo;
tal vez creéis que me amáis
porque pensáis mucho en mí,
mas cuando pensáis así,
don Juan, os alucináis.
Mucho mi arrogancia os pesa,
pues culpo vuestras acciones,
y esas son las mil razones
por que Diego os interesa.

DON JUAN

Mas hay otros que inflexibles
por no malograr su afán,
á tu vida tenderán
todos los lazos posibles.
Te seguirán por doquiera,
y es infalible decreto
que quien roba su secreto
ayuda les preste ó muera.

DIEGO

Concluyamos de una vez;
yo sé que hay un Juez supremo,

y nada en el mundo temo
mientras me ampara ese Juez.
Os habéis puesto, insensatos,
con los nuestros á jugar,
y habéis logrado engañar
así á muchos mentecatos.

DON JUAN

Cuánto importa mantener
de ese aislado monasterio
la oscuridad y el misterio,
en mi empeño puedes ver.
Es fuerza, Diego, que el vulgo
de comprenderlo no acabe;
si ha de morir quien lo sabe,
peligro, pues lo divulgo.

DIEGO

Desprecio la oculta ley
que proscribe mi virtud,
y siendo en mi juventud
soldado, defiendo al rey.

DON JUAN

Al rey que deja morir
de hambre á sus servidores,
que andan hoy como traidores
mendigando á quien servir.
El rey que deja inhumano
que á merced de oficio infame...

DIEGO

Quien tal al trabajo llame,
es, don Juan, sólo un villano;
jamás en lo que es me meto
mi rey, que soy su vasallo;
bueno ó malo, sufro y callo,
y aunque le odio, le respeto.
Lo dije: y mirad, por Dios,
que pierdo ya los estribos!
Ni temo muertos, ni vivos;
conque meditadlo vos.
Y no lo toméis á espacio,
que puesto soy vuestro amigo;
en amistad os lo digo,
mañana voy á palacio.
(Un punto de silencio.)

DON JUAN

Lloré, supliqué por tí,
mas la vida nos va en ello;
y cada cual por su cuello
mira con razón aquí.
Conque si ello tanto importa,
piensa á tu vez y despacio,
que no llegará á palacio
ni tu palabra más corta;
pues no puedes en conciencia
en ser nuestro consentir,
custodiado has de partir,
y no temas la indigencia.
(Le ofrece un bolsillo que Diego rechaza.)

DIEGO

Dadlo á los de vuestra grey,
don Juan, que yo mi pobreza
llevo con tanta fiereza
como su corona el rey.
Y aunque los den tan baratos
que cieguen por trabajar,
nunca pan me ha de faltar;
mis hijos harán zapatos.

DON JUAN

Sabes, y Dios me es testigo,
de que hice por tí, á mi fe,
cuanto pude.

DIEGO

Ya lo sé;
mi padre os crió conmigo.

DON JUAN

Y no sé cómo igualmente
la misma leche nos hizo
necio y descontentadizo
á tí, y á mí tan prudente.

DIEGO

Tenéis razón, vive Dios!
que hemos salido en pareja
un lobo con una oveja.

DON JUAN

Tú el lobo.

DIEGO

Y la oveja vos;
eso dije.

DON JUAN

Hombres ingratos
que desprecian tan traidores...

DIEGO

(Interrumpiéndole.)
No quiero vuestros favores,
don Juan, coseré zapatos.
Me tenéis más que decir?

DON JUAN

Que te encomiendes al cielo.

DIEGO

Á ese tribunal apelo.

DON JUAN

Adiós.

DIEGO

Con vos quiera ir.

ESCENA V

DIEGO, BLAS *y* TERESA

BLAS

Padre, no oí lo que ós dijo,
mas créolo un desacato;
y muerte afrentosa elijo
si, siendo yo vuestro hijo,
os ofende y no le mato.

DIEGO

Blas, el cariño te ciega.

BLAS

No sé qué juego se juega,
porque no oí más que el fin;
pero el negocio es muy ruin
cuando mi padre se niega.

DIEGO

Nada comprendiste?

BLAS

No.

DIEGO

Dios tal vez te ensordeció.

BLAS

Ví que os ofreció dinero,
y que dijísteis «no quiero»;
bien hecho, tampoco yo.

DIEGO

Blas, la honra es un tesoro,
y aunque te ofrezcan más oro
que cabe en la catedral,
si la vendes, harás mal.

BLAS

Primero me mate un moro.
No le está bien á un mancebo
los secretos rastrear
de un viejo, sé que no debo;
mas me queréis confiar
éste? Á guardarle me atrevo.

DIEGO

Es inútil; está bien
donde está, y no estará, no,
mucho tiempo.

BLAS

Yo también
tomaré lo que me den
los que saben más que yo.
(Pausa.)

TERESA

Padre, ese hombre os ha dejado
tan inquieto... Qué tenéis?

DIEGO

Vuelves ya á lo comenzado?
Con tan prolijo cuidado
acosado me tenéis.

Mas ahora que hago memoria,
si ese soldado viniera
de otras noches, me pluguiera.

TERESA

Os fuera útil?

DIEGO

Sí que fuera.

BLAS

Es hombre de grande historia!
Me gusta por lo valiente,
y de honrado tiene facha.
(Á Teresa.) No es así?

TERESA

Padre consiente
en que venga...

BLAS

Y es corriente;
que quiera padre no es tacha.

DIEGO

No le agradezco infinito
sus visitas en verdad;
mas hoy que le necesito...

BLAS

Voto á San Diego bendito...!

DIEGO

Blas, no jures.

BLAS

Perdonad;
pero mal lobo me coma
si no vuelvo como un galgo
con él.

TERESA

Llaman?

BLAS

Luego asoma
en nombrando al rey de Roma.

DIEGO

Si fuera él...

BLAS

Apostara algo.

ESCENA VI

DICHOS *y* DON PEDRO *en traje de soldado*

BLAS

Seor soldado, guárdeos Dios.

DON PEDRO

Él le socorra, mancebo.
Alegre está; qué hay de nuevo?

BLAS

Nada, pues llegásteis vos.

DON PEDRO

Me esperaban?

BLAS

Impacientes.

DON PEDRO

Qué es ello, pues, linda niña?
Se la ocurre alguna riña?
Qué me mandáis?

DIEGO

Que te sientes.

DON PEDRO

Buen viejo, disimulad;
no os saludé en derechura
porque, al ver tanta hermosura,
me siento ciego.

DIEGO

En verdad
que sois un hombre bizarro,
y siempre con buen humor.
(Don Pedro mete sin ceremonia ambos pies por medio de todos.)

DON PEDRO

Dejadme echar al calor
esta humedad y este barro.

BLAS

(Si no viera en una pieza
su amor y su edad marcial,
Teresa, tomaba á mal
su desenfado y franqueza.)

DON PEDRO

Qué murmura el perillán?

BLAS

Que traéis hoy una espada
con mucho primor dorada.

DON PEDRO

En el cuartel me la dan;
y como me sirva bien,
jamás las señas la tomo;
que al pulsarla por el pomo
se cura siempre á cercén.
Pero al caso, señor Diego;
dispuesto estoy á escucharos;
hablemos deprisa y claros,
que he de partirme muy luego.

DIEGO

Entráis en palacio vos?

DON PEDRO

Por qué me lo preguntáis?

DIEGO

Porque si hasta el rey llegáis,
quiero hablarle.

DON PEDRO

Sí, por Dios;
y si queréis que le diga...

DIEGO

Á solas le quiero hablar.

DON PEDRO

Para tan alto picar
muy grave causa os obliga.

DIEGO

No á mí.

DON PEDRO

Pues á quién?

DIEGO

Á él.

(Don Pedro, frunciendo el ceño, se arrellana en la silla diciendo con altivez:)

DON PEDRO

Diga, pues, lo que se ofrece.

DIEGO

Al rey su merced parece.

DON PEDRO

La cara tengo tan cruel
que con el rey me compara?

DIEGO

Hable de él con más respeto,
que yo jamás me entrometo
á mirar al rey la cara.
Y, en fin, lo podéis hacer?

DON PEDRO

Cuando queráis.

DIEGO

Pues mañana.

DON PEDRO

Á qué hora?

DIEGO

La más temprana.

DON PEDRO

Pues bueno, al amanecer.

DIEGO

Os burláis?

DON PEDRO

No, por mi vida,

porque mañana temprano
ha dispuesto el soberano
dar al monte una batida;
conque si verle queréis,
que madruguéis es preciso.

DIEGO

No echaré al agua el aviso.

DON PEDRO

Mucho de él os prometéis.

DIEGO

Eso es ya negocio mío,
seor soldado.

DON PEDRO

Bien está;
á mí tanto se me da;
conque en ello no porfío.

DIEGO

Pues á otra cosa; y decid,
qué se habla por la ciudad?

DON PEDRO

Estoy de eso, á la verdad,
tan al cabo como el Cid.

DIEGO

No os importan las noticias
de vuestra patria y del rey?

DON PEDRO

Á mí...? Que haya buena ley
y se hagan muchas justicias.
Lo demás nada me importa;
y cuando columbro guerra,
(Señalando la espada.)
doy un repaso á esta sierra,
y estoy listo en cuanto corta.
(Llaman en la puerta con brío.)

TERESA

Ay!

DON PEDRO

Llaman.

DIEGO

Abre. *(Lo hace Blas.)*

ESCENA VII

DICHOS *y* UN HOMBRE DEL PUEBLO

BLAS

Qué quiere?

EL HOMBRE DEL PUEBLO

Diego Pérez?

BLAS

Aquí es.

EL HOMBRE DEL PUEBLO

Que vaya corriendo, pues,
que su pariente se muere.

DIEGO

Mi pariente? Y qué pariente?

EL HOMBRE DEL PUEBLO

Gil Pérez, el estatuario,
que está con un mercenario
muriendo devotamente.

DIEGO

Gil Pérez...! Oh! Perdonad,
señor soldado, que entiendo
que ese que se está muriendo,
conmigo, en su mocedad,
siguió las armas reales.

DON PEDRO

Id, que soy muy vuestro amigo
y estáis cumplido conmigo;
id á remediar sus males.
Y si urgen, por mala estrella,
medicinas ó dinero,
tengo una bolsa de cuero;
mandad por lo que hay en ella.

DIEGO

Gracias, y adiós.

BLAS *y* TERESA

Volveréis?

DIEGO

En cuanto el mal lo permita.
(Sale Diego con el hombre; Blas y Teresa se asoman á la puerta.)

BLAS

Corre que se precipita.

DON PEDRO

Mozos, buen padre tenéis.

ESCENA VIII

DON PEDRO, TERESA *y* BLAS *cosiendo zapatos*

DON PEDRO

Decidme, esquiva hermosura,
me queréis como yo á vos?

TERESA

Brava pregunta, por Dios.

DON PEDRO

Brava os quiero, altiva y dura;
pero la frase la extraña?
Daréla satisfacción;
es que está mi corazón
por sus ojos en campaña.
Y soldado más valiente
que prudente capitán,
planto el sitio y allá van
mis ballestas de repente.
Si el enemigo responde,
á él voy, y sin hacer alto,
entro al lugar por asalto,
sin mirar nunca por dónde.
Se me entiende?

TERESA

Como está
tan oculta la emboscada,
no es fácil...

DON PEDRO

Vuestra avanzada
dió con ella.

BLAS

Voto va!
Paréceme que á barato
lo echáis, y se me barrunta...

DON PEDRO

Quién al rapaz le pregunta?
Calle y cosa su zapato.

BLAS

(Siempre adelante me lleva;
por más que me tengo serio,
arranca con tal imperio
que el diablo que se le atreva.)

TERESA

Bien, hablemos de otra cosa:
dicen que el rey de Castilla...

DON PEDRO

Está ahora con la Padilla
en conferencia amorosa?

TERESA

Qué me importa? Es de la guerra
de Aragón por que pregunto.

DON PEDRO

Contadme allá por difunto.

TERESA

Os partís para esa tierra?

DON PEDRO

El rey sus tercios envía
para allá, y según infiero,
yo salgo con el primero;
conque al caso, prenda mía;

si no me dáis antes de ir
de vuestro amor una prueba,
dad por llegada la nueva
de que estoy para morir.

TERESA

Mucho en el alma lo siento,
que al cabo os quería bien.

DON PEDRO

(Bello está en ella el desdén,
pero más el sentimiento.)
Conque me queréis, Teresa?

TERESA

Ya lo dije; mas si os váis,
pésame que lo sepáis.

DON PEDRO

Que os pesa decís?

TERESA

Me pesa,
porque es vuestra condición
olvidar lo que ha pasado
en lugar que habéis dejado;
conque ved si en Aragón
olvidaréis á Castilla.

DON PEDRO

(Con brío.) Olvidar y haberla visto,
y vale más, voto á Cristo!
que la Aldonza y la Padilla?

TERESA

Qué decís? Que... á quién nombráis?

DON PEDRO

Padilla y la Coronel,
damas del rey.

TERESA

Y con él
y aquéllas nos comparáis?

DON PEDRO

Sí; pues siendo ante la ley
él el primero y mejor,
la más hermosa el amor
debe cautivar del rey.

BLAS

Ved que estáis aquí conmigo,
y ved que su hermano soy.

DON PEDRO

Qué lenguaraz estás hoy.

BLAS

Es que soy...

DON PEDRO

Calle, le digo.

BLAS

(Los ojos me hace bajar
y se me traba la lengua.)

TERESA

No le riñáis, que es gran mengua
hacerle esto tolerar,
y partid, que es ya muy tarde
y no está mi padre aquí.

DON PEDRO

Con vos no me dejó á mí?
Qué importa que yo le aguarde?
(Tocan á las ánimas, y al son de las campanas Blas y Teresa hacen un movimiento de temor.)
Qué es eso?

TERESA

No oís tocar?

BLAS

Las nueve deben de ser.

DON PEDRO

Y qué tiene eso que ver
para ponerse á temblar?

BLAS

Qué, no sabéis lo que pasa?
Mas, no me miréis así,
que ponéis un ceño...

DON PEDRO

Dí
qué es lo que hay?

BLAS

En esta casa
es imposible vivir;
la mejor noche nos comen.

DON PEDRO

Quién?

BLAS

Temiendo estoy que asomen,
que á esta hora suelen venir.

DON PEDRO

Qué tropel de desaciertos!
Locos á esta hora os volvéis!

BLAS

Los oís?
(Don Pedro da un paso hacia la ventana; Blas le detiene.)
No os asoméis.

DON PEDRO

Pero quién son?

BLAS

Unos muertos.

DON PEDRO

Muertos...! Bah! Bah! Pues ya estoy;
conque todo eso era miedo?
Y se ven?
(Segundo paso de don Pedro, y detención de Blas.)

BLAS

Estáos quedo,
si morir no queréis hoy.

DON PEDRO

Y, en efecto, se oye ruido
y se ve luz por la calle.

TERESA

Siento que padre no se halle
ya esta noche recogido.

BLAS

Cielos, yo tiemblo por él!
Todos los días parecen
hombres que á fuerza perecen
de esa iglesia en el cancel.

DON PEDRO

Y la justicia lo sabe?

BLAS

Sin duda saberlo debe.

DON PEDRO

Y entonces?

BLAS *y* TERESA

Nadie se atreve.

DON PEDRO

(Gran misterio en ello cabe;
prosigamos, y si encuentro
el hilo á este laberinto,
fuego pondré á su recinto
hasta dar con lo que hay dentro.)
Decid, y habéis visto alguno
de esos cuerpos que perecen
por la noche y aparecen
por la mañana?

BLAS

Ayer uno.

DON PEDRO

Tenía herida?

BLAS

En el pecho.

DON PEDRO

Y mostraba la señal
ser de espada, ó de puñal?

BLAS

Que con ambas lo habían hecho
dijeron los cirujanos.

DON PEDRO

Luego eran contra uno dos?
Ánimas eran, por Dios,
de vivientes bien villanos!
(Ruido dentro.)

BLAS

Oís?

DON PEDRO

Mandrias, no tembléis,
que quien lo remedie habrá.

BLAS

Quién con los muertos podrá?

DON PEDRO

Los vivos.

TERESA

Cómo!

DON PEDRO

No véis
que en un nicho los encierran?

BLAS *y* TERESA

Claro está.

DON PEDRO

Pues de contado
pueden más que el enterrado
los vivos que allí le entierran.

BLAS *y* TERESA

Tiene razón.

DIEGO

(Dentro.) Muerto soy.

BLAS

Santo Dios! Habéis oído?
(Un momento de atención.)

DIEGO

(Dentro.) Blas! Teresa!

TERESA

Padre ha sido!
(Blas corre á la puerta, y al tiempo de abrir se ve á Diego tendido en tierra.)

DIEGO

Ay de mí!

DON PEDRO

Soñando estoy?

ESCENA IX

DON PEDRO, DIEGO, BLAS *y* TERESA

BLAS

Sangre! Quién fué, padre mío?

DIEGO

Tente, Blas; no salgas, no,
que murieras como yo,
y en tí mi esperanza fío.

BLAS

Voy á buscar...

DIEGO

Excusado;
fué mi destino fatal!
Arrimadme ese sitial,
y acercáos, buen soldado.

DON PEDRO

Decid si sabéis quién fué,
que ha de acordarse de vos.

DIEGO

Dejadme acabar, por Dios;
id á ver al rey...

DON PEDRO

Y qué?

DIEGO

Y decidle que esos muertos ..

DON PEDRO

Acabad.

DIEGO

No puedo más.
(Inclina la cabeza y muere.—Pausa.)

DON PEDRO

Voto á Dios y á Barrabás!
Entre sus labios abiertos
él mismo el secreto ahogó.

BLAS

Padre!

TERESA

Señor!

DON PEDRO

Esto es hecho;
vamos á echarle en su lecho,
que ayudaros puedo yo.
(Llévanle y vuelve don Pedro.)

ESCENA X

DON PEDRO

En ver al rey tanto afán,
y á puñaladas morir?
De lo que me iba á decir
claros barruntos me dan.
Con él los muertos mantienen
misteriosa relación...
Con el rey, por precisión,
también relaciones tienen.
Incomprensible cadena,
yo seguiré uno por uno
tus eslabones, y alguno
se deshará como arena.
(Se pasea á pasos precipitados, y exclama mirando á la ventanilla:)
Muertos que del nicho salen
y los vivos asesinan,
son, si á espacio se examinan,
fantasmas que verse valen.

ESCENA XI

DON PEDRO *y* BLAS *que sale á la puerta y se detiene en el dintel, la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras del más profundo dolor.*

BLAS

Amigo!

DON PEDRO

(Desventurado!)
Diego?

BLAS

No le nombres ya.
Silencio! Mi hermana está
rezando aún á su lado.

DON PEDRO

Que llore es mucha razón.

BLAS

Sí, que rece una mujer,
pero algo más ha de hacer
un hombre en esta ocasión.

DON PEDRO

Luego dijo...?

BLAS

Nada dijo,
pero yo lo sé muy bien,
que hay cosas que no las ven
sino los ojos de un hijo.
(Muy marcado.)
Un hombre esta noche estuvo
con mi padre hablando aquí,
y yo con mi padre ví
que muy descortés anduvo.
Ya de la puerta al dintel,

dijo: «Encomiéndate al cielo...»
Á su tribunal apelo
si quien le mata no es él.
(Quedan ambos en silencio por un instante.)

DON PEDRO

Esta noche irás conmigo
y el rey te remediará.

BLAS

El rey? No voy; me ahorcará,
que es del otro muy amigo.

DON PEDRO

Y no hay justicia en Sevilla?

BLAS

Dicen que con este rey
no hay más razón ni más ley
que su capricho en Castilla.

DON PEDRO

Rapaz, la audacia perdono
porque lastimado estás;
pero no hables así más
de quien se sienta en un trono;
y escúchame un buen consejo,
que, lléveme Belcebú,
si no sé yo más que tú
en la muerte de ese viejo.
Quieres con el hombre dar
que á tu padre asesinó?

BLAS

El alma daría yo
á quien me le haga encontrar.

DON PEDRO

Pues los secretos que encierran
las tumbas, lo saben bien
á estas horas...

BLAS

Pronto, quién?

DON PEDRO

Esos muertos que te aterran.

BLAS

Santo Dios!

DON PEDRO

Que no te atreves
á esperarlos, bien se ve;
mas yo en tu lugar lo haré,
y piensa cuánto me debes.
Yo hallaré el rastro á tu presa,
te daré á ese hombre, y si él es,
me has de ayudar tú después
á poner cabo á la empresa.
Dices que de esa ventana
se alcanza la iglesia á ver?

BLAS

Cielos, qué intentáis hacer?

DON PEDRO

Una caridad cristiana;
vete, mancebo, á rezar
por el que duerme allí echado,
vete; yo soy un soldado
y voy también á velar.

BLAS

Mirad bien que, aunque parecen
ilusiones del temor
esos fantasmas, señor,
mayor crédito merecen.
Mi padre me amenazó
que quien osara mirar
ni entender...

DON PEDRO

Vete á rezar,
Blas, que te lo mando yo.

BLAS

Valiente sois, buen soldado;
quédoos muy agradecido,
mas de hinojos os lo pido,
quede el postigo cerrado.
Oh, aunque me digáis tenaz
que son visiones del miedo,
lo he visto, y juráos puedo
que hay un muerto pertinaz
que en cerrárnosle se empeña!

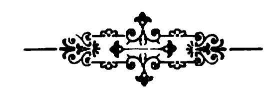
DON PEDRO

Vete, que ha de estar abierto,
y, como asome ese muerto,
yo le daré santo y seña.
(Don Pedro obliga á Blas á entrar en el cuarto donde está su padre.)

ESCENA XII

DON PEDRO

Que lloren sus desventuras
los hijos de un zapatero
mientras busca un caballero
con valor sus aventuras.
(Entorna la ventana.)
Dejo entornado el postigo
y mato la luz; así
veo y no me ven á mí
de las sombras al abrigo.
(Toma un taburete y se sienta enfrente de la ventana.)
Quién son los muertos veré,
y si á toparlos acierto,
no me ha de quedar un muerto
que sepa tenerse en pie.





ACTO SEGUNDO

Plazuela, cuyo fondo representa la fachada principal de una iglesia abandonada: en el fondo el atrio, cercado de verjas de hierro; á la derecha el exterior de la casa de Diego, con la ventanilla que abrió don Pedro en el acto anterior.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN DE COLMENARES *y* SAMUEL LEVÍ

DON JUAN

Preciso matarle fué.

SAMUEL

Conque al cabo...?

DON JUAN

Sí, murió;
que un día más de su vida
fuera nuestra perdición.
Duéleme mucho su muerte;
pero á jugar, vive Dios,
las nuestras contra la suya,
lo hecho tengo por mejor.

SAMUEL

Sí, por el santo Abraham;
pero estáis seguro vos
de que nadie más que el viejo
cayó en la cuenta?

DON JUAN

Eso no;
hermanos fuimos de leche,
y era ese Diego un varón
justo, inflexible y severo,
que siempre pensó y obró
según su recta conciencia;
y aunque tuviera ocasión,
fuera del rey, á ninguno
parte de su intento dió.

SAMUEL

Mas hijos tiene.

DON JUAN

Samuel,
desechad todo temor;
los hijos, como del vulgo,
canalla cobarde son;
ni abrirán una ventana
hasta muy entrado el sol,
ni cerrarán una puerta
sino antes de la oración;
y á gente tal en contándola
cualquier patraña ó error,
la tenéis siete semanas
soñando con la visión.

SAMUEL

En verdad, buen Colmenares,
que os acude harto valor
para arriesgaros á tanto.

DON JUAN

Nunca, Samuel, me faltó
ni la audacia ni el consejo
cuando, puestos en unión,
me tentaron el antojo
las grandezas y el amor.

SAMUEL

Así corre vuestra fama
por Sevilla, y así sois
el escándalo en el templo
y en las calles el terror.

DON JUAN

Vaya que estáis esta noche
filósofo; un hombre soy,
y como tal mis pecados
flaquezas humanas son.
Sólo hallo una diferencia
con los demás, y es que yo
aborrezco á los hipócritas
y obro con satisfacción,
sin embozar mis flaquezas
con disimulo traidor.

SAMUEL

Bien meditado, don Juan,
tal vez no os falta razón,
pero es el vulgo envidioso,
injusto y murmurador.

DON JUAN

Qué diablos váis á decirme
con tan prolijo sermón?
Que me place la hermosura,
que á los regalos me doy,
que mis inmensos caudales
derramo con profusión,
que tengo amigos, que tengo
mucho en la corte favor.
Y eso qué tiene de extraño?
No hacéis otro tanto vos?

SAMUEL

Y os olvidáis ya, don Juan,
del bonete y del ropón?

DON JUAN

Y os olvidáis que me dieron
la prebenda como á vos
del rey la tesorería?

SAMUEL

Cómo?

DON JUAN

Vedlo en conclusión.
Yo era soldado; la guerra,
siendo rico, me cansó;
el rey me quería entonces;
el cabildo enredador
de Sevilla, harto indiscreto,
no sé en qué le desairó.
Don Pedro, para humillar
tan osada presunción,
sin mirar á más razones,
en el coro me sentó;
conque soy un ave ambigua
que estoy en disposición
de volar y de correr
como me venga mejor.
No recibí orden alguna,
y á mi antojo ved que voy
llevando con igual brío
las espuelas y el ropón.
Mas vamos á lo que importa:
el mensajero llegó?

SAMUEL

Mañana llega.

DON JUAN

En secreto?

SAMUEL

No, con mucha ostentación,
que trae comitiva y viene
con nombre de embajador.

DON JUAN

Y es hombre de quien se fíe?

SAMUEL

Á toda prueba.

DON JUAN

Por Dios
que el atrevimiento es mucho!

SAMUEL

No es, don Juan, mucho mayor
que señalar una iglesia
para punto de reunión.

DON JUAN

De audaces es la fortuna;
ya véis lo bien que salió,
para apartar los curiosos,
de los muertos la ficción.

SAMUEL

Aunque á bulto, en poco estuvo
si con nosotros no dió
el Justicia Benavides
allá en el otro rincón.

DON JUAN

Oh, aquí seguros estamos,
gracias á lo que costó!
Dos veces hemos venido,
y mirad en derredor,
no hay una casa habitada,
y el zapatero murió;
pero el enviado, decidme,
sabrá hacer...?

SAMUEL

Santa Sión!
Médico, adivino, astrólogo
y mi huésped, ved, señor,
si tendrá bien su lugar;
de sus consejos en pos,
enfermos, pobres y tontos
le irán á implorar favor.
Entrarán cuantos quisiéremos,
y tomarán de su voz
nuestras órdenes, á guisa
de remedio ó predicción.

DON JUAN

Soberbia idea, Samuel!
Y Aldonza?

SAMUEL

En venir quedó,
y aguardará del alcázar
para salir la ocasión.
Pero, don Juan, vamos claros:
la amáis de veras?

DON JUAN

Pues, no!
Es noble, astuta y hermosa.

SAMUEL

Don Juan, que os asista Dios.

DON JUAN

Y además, don Juan Lacerda,
su cuñado, el reino entró
por Córdoba.

SAMUEL

Y su marido
viene á ayudarnos.

DON JUAN

Estoy
en que esta noche le esperan.

SAMUEL

Celoso del rey, traidor
se ha vuelto Albar de Guzmán.

DON JUAN

Nuestro es el rey.

SAMUEL

Vámonos,
que alguien llega; desde el atrio
veremos, don Juan, quién son.

DON JUAN

Si nos acechan, ay de ellos!
arrojáos sin temor,
y adelante.

SAMUEL

En ese caso
podéis arrojaros vos.

DON JUAN

Qué teméis?

SAMUEL

Nada en resumen;
mas soy viejo, odio el rencor,
y para matar cristianos,
don Juan, no conspiro yo.

DON JUAN

Pues ahora os digo lo de antes,
Samuel, que os asista Dios.

ESCENA II

DON JUAN *y* SAMUEL *tras de las verjas del atrio,* ROBLEDO *y* DOÑA ALDONZA CORONEL.

DOÑA ALDONZA

Robledo, llegamos ya?

ROBLEDO

Este es el sitio, señora.

DOÑA ALDONZA

Tan solo y tan á deshora,
miedo este sitio me da.

ROBLEDO

Nada tenéis que temer,
que entre amigos os halláis.

DOÑA ALDONZA

Que soy, Robledo, olvidáis
nada más que una mujer?
Y aunque sagaz y ofendida,
es natural mi temor.

ROBLEDO

Cubriros fuera mejor
con el lienzo.

DOÑA ALDONZA

Me intimida
disfrazarme de este modo,
y horror de mí misma tengo.

ROBLEDO

En que repugna convengo;
mas esto lo salva todo.

(Pónense unos mantos blancos, y dirigiéndose hacia el fondo, quedan de espaldas al espectador, á manera de muertos con sus sudarios.)

ROBLEDO

Oh, es muy feliz la invención
de estos lienzos funerarios.

DOÑA ALDONZA

Pues de andarnos con sudarios
no es la mejor ocasión.

ROBLEDO

Tenéis tan poca esperanza?

DOÑA ALDONZA

Demasiada tengo acaso;
mas Robledo, un solo paso
puede arrastrar la balanza.

ROBLEDO

Tal vez alguno nos mira.

DOÑA ALDONZA

No véis alguien á la puerta?

ROBLEDO

Nadie á venir aquí acierta
si, como vos, no conspira.
Seguidme.

DOÑA ALDONZA

Vamos allá,
que en vos confío, Robledo.

ROBLEDO

Venid, señora, sin miedo,
que yo llamaré.

DON JUAN

Quién va?

ROBLEDO

Las ánimas.

SAMUEL

Ellos son.

DON JUAN

(Sepamos antes de entrar
lo que se puede esperar
de las gentes de Aragón.)

DOÑA ALDONZA

Sois vos, don Juan?

DON JUAN

Sí; yo soy.

DOÑA ALDONZA

Gran miedo por vos pasé.

DON JUAN

Miedo decís, y por qué?

DOÑA ALDONZA

No véis el traje en que estoy?

SAMUEL

Guárdeos el cielo, señora.

DOÑA ALDONZA

También Samuel con nosotros?

SAMUEL

También Samuel.

DON JUAN

Y aun hay otros
que el conocerlos ahora
trabajo os ha de costar.

DOÑA ALDONZA

Y os exponéis tan temprano....?

DON JUAN

Es el vulgo muy villano,
y no se atreve á acercar.
Si no por esta invención
de los muertos, yo apostara
que estábamos cara á cara
ha mucho con el león;
mas hicimos tan extrañas
anécdotas referir,
que nadie ha osado venir
contra visiones tamañas.

SAMUEL

Pues determinar es fuerza
de concluir lo más presto,
que es fácil que den tras esto,
y la fortuna se tuerza.

DON JUAN

(Á doña Aldonza:)
Qué es de don Albar Guzmán?

DOÑA ALDONZA

Esta noche entra en Sevilla.

DON JUAN

Y el otro?

DOÑA ALDONZA

Contra Castilla
dispuestos ambos están.

SAMUEL

Vuestro cuñado Lacerda
sigue venciendo?

DOÑA ALDONZA

Sí á fe,
y en él precavida até
un cabo de nuestra cuerda;
al otro está mi marido,
que, con los suyos atento,
aguarda sólo el momento
del ataque convenido.

DON JUAN

Trae gente?

DOÑA ALDONZA

Pocos, mas buenos,
que por diferentes puertas
entrarán.

DON JUAN

Que estén abiertas
se dispondrá.

DOÑA ALDONZA

Eso es lo menos;
nuestros los alcaides son.

DON JUAN

Robledo, y la gente vuestra?

ROBLEDO

Mucha tengo osada y diestra,
dispuesta á la rebelión;
pero sin armas están.

DON JUAN

Cuando hagan al caso iréis
donde las encontraréis.

ROBLEDO

Instrucciones?

DON JUAN

Se os darán.
Y vos, Samuel?

SAMUEL

Todo está
preparado á la ocasión;
Granada con Aragón
auxilio y favor nos da.
Mahomad el rey Bermejo,
á pretexto de embajada,
envía desde Granada
un moro de su consejo;
y pues no han de sospechar
de un embajador amigo,
él hará que al enemigo
puedan avisos llegar.

DON JUAN

El legado del Pontífice
parte con nosotros toma.

SAMUEL

De rebeliones en Roma
hay un práctico artífice.

DOÑA ALDONZA

Mas el rey...

DON JUAN

Dejadme hacer;
disoluto mozalvete,
le daremos un juguete
que le sepa entretener.

DOÑA ALDONZA

Estemos muy sobre aviso,
que tiene más de león,
cuya sangrienta afición
saciar antes es preciso.

SAMUEL

Pues si al león, por ventura,
saciar antes interesa,
yo le arrojaré una presa
que satisfaga su hartura;
y pues aunque entrado en años,
de ser mozo no dejó,
al león dormiré yo,
y al mozo, vuestros amaños.

DOÑA ALDONZA

Tanto amor le he de fingir,
que milagros ha de hacer
si es capaz de preveer
que en mi amor ha de morir.
Don Enrique?

DON JUAN

Será rey.

DOÑA ALDONZA

Contestó?

SAMUEL

Contestó ya,
y en sus poderes nos da
por buenos ante la ley.

DON JUAN

Nos deberá él la corona,
rey el pueblo castellano,

y el infierno otro tirano
que le espera, aunque le abona.

DOÑA ALDONZA

Vaya allá, viven los cielos!
de huésped de Lucifer.

DON JUAN *(Á doña Aldonza.)*

Y con él puede correr
Albar Pérez.

DOÑA ALDONZA *(Á don Juan.)*

Tenéis celos?

DON JUAN

No sois vos todo mi afán?

DOÑA ALDONZA

Mas viniendo mi marido...

DON JUAN

Todo está ya prevenido.

DOÑA ALDONZA

Qué decís?

DON JUAN

Juntos irán.

DOÑA ALDONZA

Vuestro amigo?

DON JUAN

Y qué tenemos?
No necesita una presa
el león? Darémosle ésa.

DOÑA ALDONZA

Don Juan!

DON JUAN

(Señalando al judío.) Otra le daremos?

DOÑA ALDONZA

Me entendísteis.

DON JUAN

Bien está;
despachemos esa gente,
que hace tiempo que impaciente
también nos espera ya.

(Éntranse todos en la iglesia, y cuando vuelven las espaldas, asoma y sale después don Pedro por la puerta que se supone de la casa de Diego Pérez.)

ESCENA III

DON PEDRO

Por la Virgen de Belén,
león de sangre sediento,
se dará el rey por contento
con la presa que le den!
Y el cetro de un mozalvete,
mientras venden á Aragón,
echarán carne al león
y al mancebo algún juguete.
(Pasea á largos pasos, y dice de repente:)
Por Dios, que si estando quedo,
necios á acosarle van,
cuando ruja se echarán
entre la hierba de miedo!
Voto á Dios, bando insensato,
que hallarás al león, sí;
pero caerá sobre tí
silencioso como el gato.
(Vuelve á pasearse meditabundo.)
Quién, necio, al primer embate,
mal jugador de ajedrez,
jugando la primer vez
tira al rey un jaque mate?
Con trampas y alteraciones
piensan el juego embrollar?
Empecemos á jugar
moviendo algunos peones.
Blas!

ESCENA IV

DON PEDRO *y* BLAS

BLAS

Qué quiere?

DON PEDRO

Ven acá;

paréceme que decías
que á tu padre vengarías!

BLAS

Sí, por Dios!

DON PEDRO

Empieza ya.

BLAS

No juegue con mi dolor,
que por Cristo que le juro
que, aunque plebeyo y oscuro,
razón me sobra y valor.

DON PEDRO

La paciencia, sin embargo,
te hace falta; ténla, pues;
yo sé el matador quién es.

BLAS

Quién?

DON PEDRO

La prudencia te encargo.

BLAS

Prudencia! Y vísteis morir
á quien me mandáis vengar?

DON PEDRO

Ve la justicia á buscar,
y hazla contigo venir.

BLAS

De mí burlaros queréis?

DON PEDRO

De Colmenares te olvidas?

BLAS

Ése fué?

DON PEDRO

El mismo.

BLAS

Cien vidas
que tuviera... Lo veréis.

DON PEDRO

Pues yo le pondré en tus manos
si traes la justicia tú.

BLAS

Justicia! Por Belcebú
que es auxilio de villanos!
Dónde está ese tigre cruel!
Dadme esa daga, por Dios,
y cierro, delante vos,
á puñaladas con él.

DON PEDRO

Y si tal haces, menguado,
llegarás á tu enemigo
sin que tropiece contigo
la justicia de contado?
Si el golpe yerras por suerte...

BLAS

No temáis, no le erraré.

DON PEDRO

Mejor es que se le dé
la justicia, que es más fuerte.

BLAS

Ese consejo me dáis,
y sois soldado del rey?
Os remitís á la ley,
y espada al cinto lleváis?
Guardáos en hora buena
vuestros consejos, y ahora
dejadme aguardar mi hora
mal devorando mi pena;
porque os juro que un zapato
no he de volver á coser,
si es que yo le alcanzo á ver
y allí mismo no le mato.

DON PEDRO

Bien está, le matarás.

BLAS

Cara á cara?

DON PEDRO

La manera
ponla tú con tal que muera.

BLAS

Vamos allá.

DON PEDRO

Tente, Blas;
que tú lo harás, lo repito,
mas con una condición.

BLAS

Cuál es?

DON PEDRO

En esta ocasión
la justicia necesito.

BLAS

Para él?

DON PEDRO

Sí; cuando le prueben
que el delito cometió,
haré que á tus manos yo
sentenciado te lo lleven.
Lo oyes?

BLAS

No lo entiendo bien;
mas no os puedo resistir;
voy... y si váis á mentir,
el cielo os maldiga.

DON PEDRO

Amén.

ESCENA V

DON PEDRO

Que le mates, eso quiero;
que quien con su rey se atreve,
justo es que la muerte lleve
por mano de un zapatero.
Que le mates es la ley,
y así aprenderá de cierto
que no hay un vivo ni un muerto
de quien tenga miedo el rey.
Alguien llega; si es amigo
de esa gente, antes de entrar
se tendrá que confesar
á solas aquí conmigo.

ESCENA VI

DON PEDRO *y* DON ALBAR PÉREZ DE GUZMÁN

DON ALBAR

(Esta la iglesia será,
si cuando señas me dieron
á traición no me mintieron;
pecho al agua.)

DON PEDRO

Quién va allá?

DON ALBAR

Las ánimas!

DON PEDRO

Adelante!

DON ALBAR

Estáis vos?

DON PEDRO

Por don Enrique.
Y vos?

DON ALBAR

No hay por qué me explique
sin que el misterio levante.

DON PEDRO

No os dieron aquí una cita?

DON ALBAR

Y aquí os citaron á vos?

DON PEDRO

Sí.

DON ALBAR

Y á mí.

DON PEDRO

Conque á los dos
aquí se nos necesita.
Sois Lacerda, Mahomad

ó Roma?... Esperamos hoy
sus avisos.

DON ALBAR

Guzmán soy.

DON PEDRO

Albar Pérez? Perdonad,
que á conoceros al punto
no os hubiera detenido.
Venís, Guzmán, decidido?

DON ALBAR

Á vencer ó ser difunto.

DON PEDRO

Eso sí, bien elegimos.
Ni un cobarde hay con nosotros,
aunque en mucho más que á otros
por ofendido os tuvimos.

DON ALBAR

Mucho sabéis!

DON PEDRO

Soy el ojo
derecho de don Samuel,
y no me recata él
ni su más mínimo antojo.
Y os llegó su carta?

DON ALBAR

Sí.

DON PEDRO

Ya vísteis lo que decía.

DON ALBAR

Y vos, pues todo os lo fía.

DON PEDRO

Como que yo la escribí.
(Fortuna fué que escribiera,
que á ciegas le pregunté.)
Pues si mal no me enteré,
ya sólo por vos se espera.

DON ALBAR

Voy, pues, á entrar.

DON PEDRO

Aguardad,
que pues la suerte es propicia,
daros quiero una noticia.

DON ALBAR

Dádmela, pues, y abreviad.

DON PEDRO

(Con intención.) Vuestra mujer os es fiel.

DON ALBAR

Vive Dios...!

DON PEDRO

Sé que irritado
con ella os habéis mostrado.

DON ALBAR

(Amostazado.) Y qué se le importa á él?
Si contra el rey conspiráis...

DON PEDRO

Del rey hablaros pensé.

DON ALBAR

Pues id derecho, que á fe
que os juro que lo acertáis.

DON PEDRO

Preso en sus lazos le tiene
doña Aldonza.

DON ALBAR

Ya volvéis!

DON PEDRO

Si de él vengaros queréis,
hablar de ella vos conviene.

DON ALBAR

Seguid.

DON PEDRO

Por si torpe lengua
su limpieza calumnió,
sabed que hay quien defendió

vuestra causa... aunque sin mengua.
Ella tiene al rey cogido,
mas sólo es para ayudar
con su amor á conspirar
á su amigo y su marido.

DON ALBAR

Su amigo?

DON PEDRO

Y vuestro mayor;
pues á vuestra orden atento,
no se separa un momento
de ella, por cumplir mejor.

DON ALBAR

Por quién me tomáis á mí?

DON PEDRO

Por don Albar de Guzmán,
y á fe que sin mucho afán,
que vos lo habéis dicho así.

DON ALBAR

Pues estáis mal informado,
que yo no encargué á ninguno
mi mujer.

DON PEDRO

Pues hay alguno
que á su cargo la ha tomado.

DON ALBAR

Quién?

DON PEDRO

Don Juan de Colmenares.

DON ALBAR

Os digo que os engañáis.

DON PEDRO

Nada, don Albar, temáis
de quien sirve en los altares.
Pero entrad, que os entretengo.

DON ALBAR

(Aviso más singular!)
Decidme...

DON PEDRO

Queréis entrar,
que os esperan?

DON ALBAR

Á eso vengo;
mas quiero una explicación
de eso que ahora me habéis dicho.

DON PEDRO

Traéis en fingir capricho?
Mas, en fin, tenéis razón,
que delicados asuntos
son los asuntos de honor.

DON ALBAR

Quien no habla de ellos mejor,
cerca está de los difuntos.

DON PEDRO

Me provocáis? No hay por qué;
mas si os ofendéis por esto,
don Albar, estoy dispuesto
y el caso os explicaré.

DON ALBAR

Cuándo?

DON PEDRO

Mañana, que fuera
dar antes que sospechar.

DON ALBAR

Á qué hora y en qué lugar?

DON PEDRO

En mi casa y á cualquiera.

DON ALBAR

Dónde moráis?

DON PEDRO

De mi casa
haré que os avisen, y...
Pero entrad, que, pese á mí,
que el tiempo hablando se pasa.
(Sube don Albar las gradas del atrio diciendo:)

DON ALBAR

(Por Cristo, que me ha metido
ese hidalgo en confusión!)

DON PEDRO

(Viéndole entrar.)
Para una conspiración
no hay cosa como un marido.

ESCENA VII

DON PEDRO

El dardo en el pecho lleva,
y á fe que le ha de estorbar;
mas si le quiere tocar,
la herida él mismo renueva.
(Se echa á reir.)
Poco hay en el otro mundo,
según se ve, de provecho,
cuando un soldado ha deshecho
su plan más sabio y profundo.
(Después de un momento de meditación, con ira, marcando el carácter inconstante del rey Don Pedro, dice:)
Torres de orgullo y grandezas,
necios, levantando están,
mas otros levantarán
su torre con sus cabezas.

ESCENA VIII

DON PEDRO *y* BLAS

DON PEDRO

Cumplísteis?

BLAS

Sí.

DON PEDRO

No los veo.

BLAS

Pronto los tendréis aquí,
que más me interesa á mí
mi venganza, y la deseo.

DON PEDRO

Escucha, Blas.

BLAS

Ya os escucho.

DON PEDRO

Serás capaz de esperar
á los muertos?

BLAS

(Con temor.) Yo?

DON PEDRO

Á juzgar
por el *yo*, los temes mucho.

BLAS

Mas la pregunta, á qué asunto?

DON PEDRO

Es que te encargo, en conciencia,
que tengas mucha prudencia
si aparece algún difunto.

BLAS

(Cómo, no puedo entender,
hablar de muertos le gusta;
nada á este hombre le asusta;
mas nada le veo hacer.)
(Uno de los conjurados aparece en el atrio, envuelto en el lienzo que le sirve de disfraz.)
Cielos!

DON PEDRO

Qué es eso?

BLAS

(Señalando al conjurado.) Mirad!
(Blas cae de rodillas, con la expresión del pavor más concentrado. Don Pedro vuelve el rostro con serenidad.)

ESCENA IX

BLAS, DON PEDRO *y* UN CONJURADO

CONJURADO

(Rumor oí, según creo;
no vendrá mal un paseo
contra una curiosidad.)

DON PEDRO

Quieto, Blas, ó eres perdido.

BLAS

(Tamaño valor me pasma.)

DON PEDRO

(Dejemos que la fantasma
nos diga á lo que ha venido.)

CONJURADO

Desventurado mortal,
que, pecador descarriado,
á este lugar has llegado,
quién eres?

DON PEDRO

Si no voy mal,
poco para muerto sabes,
pues no conoces en mí
un vivo que viene aquí
por negocios harto graves.

CONJURADO

Eres, pues...

DON PEDRO

Del otro mundo,
donde ya aguardando están
á Samuel y al de Guzmán.

CONJURADO

(Es nuestro, si bien me fundo.)
(Váse acercando á don Pedro, y mirándole de arriba abajo, extraña la capa, echando de menos el disfraz.)

Que vengas de allá me alegro,
aunque es tu disfraz muy franco.

DON PEDRO

Es que tú eres muerto blanco
y yo soy un muerto negro.

CONJURADO

Negro ó blanco, á qué no entrar
con nosotros?

DON PEDRO

Es que yo
soy muerto que nunca entro
donde le puedan cerrar.

CONJURADO

(Traidores hay, pesiamí!)
Responda quién va, ó es muerto.
(Al acercarse á don Pedro, asiendo éste su daga con disimulo, le da de puñaladas y va á caer fuera de la escena.)

DON PEDRO

Quien los infiernos ha abierto
esta noche para tí.

CONJURADO

Cielos!

BLAS

Por San Blas, qué es esto?
Con los muertos arrogante,
se los lleva por delante...
Qué hombre es éste, á Dios opuesto?
(Vuelve don Pedro limpiando la daga.)

DON PEDRO

Bien muerto está el temerario.
Por Cristo, que lo acertó
cuando al conspirar tomó
para envolverse un sudario.

———

ESCENA X

BLAS *y* DON PEDRO

DON PEDRO

Blas!

BLAS

(Miedo este hombre me da.)

DON PEDRO

Qué tiemblas? Esto te asombra?
Ven, que un muerto es una sombra,
y al ver esta cruz se va.
(Muestra la daga.)

BLAS

(Temblando estoy de pavor.)

DON PEDRO

Vamos, qué temes, muchacho?
No ves cómo los despacho?
Cálmate y cobra valor;
que aunque entre el vulgo mantienen
gran crédito los difuntos,
en viendo dos vivos juntos
nunca á amedrentarlos vienen.

BLAS

Así será, pues que veo
que con ellos os cerráis
y á estocadas los echáis.

DON PEDRO

Que vengan muchos deseo;
y aprende á hacerlo de mí;
que muertos como el que has visto
no merecen, voto á Cristo,
sino lo que á ese le dí;
mas vienen.

BLAS

Es la justicia.

DON PEDRO

Blas: silencio y confianza,
no malogres tu venganza
por ceguedad ó impericia.
Aquí tu venganza empieza,
y si sagaz me ayudares,
lograrás de Colmenares,
por lo menos, la cabeza.

BLAS

Mas...

DON PEDRO

Silencio, ya lo ves;
tú de mi poder testigo
eres, conque sé mi amigo,
que te alegrarás después.

BLAS

(Todo es misterios este hombre;
mas pues me halaga y me ayuda,
tendré la lengua tan muda
como su brazo y su nombre.

ESCENA XI

DON PEDRO, BLAS *y* LA JUSTICIA

DON PEDRO

Más vale nunca que tarde,
(Con autoridad.)
que la justicia y la unción
matan con la detención.

LA JUSTICIA

Quién se atreve?

DON PEDRO

Dios le guarde.

LA JUSTICIA

Para esto llamáis la ronda?

DON PEDRO

Callad.

LA JUSTICIA

Quién manda callar?

DON PEDRO

(Le dice al oído.)
Quien puede haceros ahorcar,
aunque la faz vos esconda.
(Bajo á los de la ronda, que le oyen todos menos Blas.)
Esta noche han muerto aquí
á Pérez el zapatero;
aquí al agresor espero,
y el cadáver está allí.
En su casa os esconded,
y cuando mi voz oigáis,
al que en la calle veáis
sin más respetos prended.
Y... para todos lo digo,
ni el reo ni el tribunal
han de saber, voto á tal,
que habéis topado conmigo.
Imparcial que sea quiero
del agresor la sentencia,
que tan hombre es en conciencia,
como el rey, el zapatero;
conque adentro. *(Al entrar los detiene.)*
Eh! Y escuchad:
con el muerto está su hija;
nadie importuno la aflija
por gracia ó curiosidad;
y cuenta que por torpeza
ó por malicia, espiar
ose alguno este lugar,
porque pierde la cabeza.
(Entran, y don Pedro les cierra puerta y postigo.)

ESCENA XII

DON PEDRO *y* BLAS, *que no debe haber comprendido la escena anterior que pasa entre don Pedro y la ronda.*

BLAS

Qué van á hacer en mi casa?
No véis que mi padre está...

DON PEDRO

Todo lo he previsto ya;
tú atiende á lo que aquí pasa.
Tal vez volverán los muertos;
entre ellos viene sin duda
Colmenares.

BLAS

Dios me acuda!

DON PEDRO

Y tenga tus desaciertos;
aunque le veas venir,
estate quieto á mi lado.

BLAS

Eso no, no; señor soldado,
si le veo, ha de morir.

DON PEDRO

Pues deja que pasen todos,
que con tantos atreverte
fuera correr á la muerte.

BLAS

Lo haré así.

DON PEDRO

De todos modos
llegó tu venganza, Blas;
mas que en ninguna ocasión
divulgue tu irreflexión
lo que esta noche á ver vas.

ESCENA XIII

DON PEDRO *y* BLAS *se apartan á un lado;* SAMUEL, DON JUAN, DON ALBAR, ROBLEDO, CONJURADOS, *etc.*

DON JUAN

Conque no olvidar, señores,
que nuestros días son tres;
el santo y la seña es
«Ánimas y embajadores»;
entre tanto, con el moro
que se aviste cada cual,
y no le irá á nadie mal,
ni por armas, ni por oro. *(Vánse muchos.)*

ESCENA XIV

DON PEDRO, BLAS, SAMUEL, DON JUAN, DON ALBAR, DOÑA ALDONZA, ROBLEDO, *etc.*

DON JUAN

Ahora bien; hecho lo hecho,
este lugar se abandona;
Enrique tendrá corona
y nosotros gran provecho.

DOÑA ALDONZA

Adiós, don Juan.

SAMUEL

Dios os guarde.

DON ALBAR *(Á Samuel.)*

Él os ayude, Samuel.

ROBLEDO

Os quedáis?

SAMUEL

Tengo con él
que hablar.

DON JUAN

Pues decid, que es tarde.

ESCENA XV

SAMUEL *y* DON JUAN; BLAS *y* DON PEDRO *ocultos*

SAMUEL

Don Juan, la queréis aún?

DON JUAN

Pues en qué mudanza ha habido?

SAMUEL

No es don Albar su marido?

DON JUAN

Y el peligro no es común?

SAMUEL

Pero...

DON JUAN

No hay en este lance
averías de fortuna?
Pues no ha de faltar alguna
que si me estorba le alcance.
Mas lo que hablarme teníais...

SAMUEL

Á eso voy; pues sois tan rico
como yo...

DON JUAN

Qué?

SAMUEL

No me explico?
En repartir bien haríais
los gastos entre los dos.

DON JUAN

Vuestra avaricia redobla,
Samuel, y por cada dobla
lloráis un cántaro vos.

SAMUEL

Ya véis... Tantos adelantos
y tan exhausta la caja.

DON JUAN

Ya se os hará una rebaja,
que por ahora no son tantos;
mas cuenta con que el dinero
mucho os duela; tirad de él,
que en este caso, Samuel,
la cabeza es lo primero.

SAMUEL

Fío en vos.

DON JUAN

Y sabéis bien
que por tal parcialidad
os ofrece Mahomad
medio reino de Jaén.

SAMUEL

En el moro al fin tendré
quien me ayude en un azar
(y un escondido lugar
donde el tesoro pondré).
Buenas noches.

DON JUAN

Id con Dios.

ESCENA XVI

DON PEDRO, BLAS, DON JUAN *y después la justicia*

DON JUAN.

Ambiciosos miserables,
cuyas manos insaciables
van siempre del oro en pos.
Vete en paz hoy, y atesora,
que yo te haré levantar
con tres palos un altar
donde te llegue tu hora.
(Mira á la casa del zapatero y dice marchándose:)
Su infortunio me hace duelo;
mas él se empeñó en morir,
y entre los dos á elegir,
quiso lo mejor el cielo.

DON PEDRO *(Á Blas.)*

Ahora tú.
(Blas se arroja sobre don Juan; y mientras éste se defiende y la justicia los separa, sin que don Juan vea de dónde salen, dice don Pedro:)

DON PEDRO

Favor al rey!

DON JUAN

Viven los cielos, villano!

BLAS

Y mi padre?

LA JUSTICIA

Echadle mano.

DON JUAN

Qué es esto?

LA JUSTICIA

Ayuda á la ley.

BLAS

Ése á mi padre mató.

DON JUAN

Cómo? Infame!

LA JUSTICIA

Basta ya;
que ese hombre acusado está.

DON JUAN

Viles, asesino yo!

BLAS

Y aun niega... Dejadme á mí;
ese hombre muerte merece;
dádmele, me pertenece,
yo soy el verdugo aquí.
(Blas, separado de don Juan, forcejea por llegar á él. Llevan á don Juan por el lado opuesto á la casa de Diego Pérez, y don Pedro coge á Blas por el brazo, cuando todos vuelven la espalda.)

LA JUSTICIA *(Á Blas.)*

Ea, atrás tú... y venid vos. *(Á don Juan.)*

DON JUAN

Inocente...

LA JUSTICIA

Sí seréis;
pero allá se lo diréis
á los jueces.

DON JUAN

Sí, por Dios.

DON PEDRO *(Á Blas.)*

Ven aquí, y en mí te fía.

ESCENA XVII

DON PEDRO *y* BLAS

BLAS

Ved que me habéis prometido...

DON PEDRO

Que del crimen convencido,
en tus manos le pondría.
Pues bien, pasado mañana
te avisarán de un lugar
donde has de ir á consultar
sobre la justicia humana.

BLAS

Qué me importa...

DON PEDRO

(Dale un bolsillo.) Calla y ten.
Con esto el entierro harás
de tu padre y de *ese*, Blas;
(Señalando el sitio donde cayó el conjurado á quien mató don Pedro.)
y callando te irá bien.

BLAS

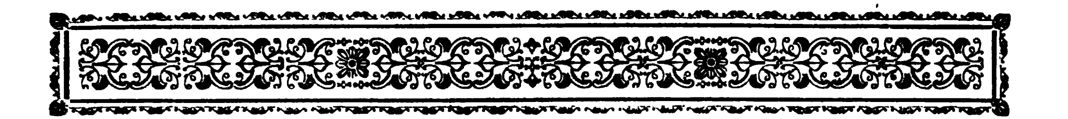
(De sus ojos tengo miedo;
por más que al orgullo acudo,
me apura, me opongo, dudo;
mas resistirle no puedo.)
(Entra en su casa, empujado ligeramente por don Pedro.)

ESCENA XVIII

DON PEDRO

Bien; nada don Juan sabrá;
nada los jueces tampoco,
y ese pensamiento loco
adelante seguirá.
(Se echa á reir, y dice yéndose y frotándose las manos con muestras de satisfacción:)
Y es justo que en horca acaben,
y al vulgo den que reir
muertos que aun han de morir,
y que ni la hora saben.





ACTO TERCERO

Gabinete oriental en casa de Samuel Leví, destinado al embajador del rey Bermejo. Puerta en el fondo y secretas á los lados; mesa con tapete de grana, cojines, etc. Luz artificial

ESCENA PRIMERA

DOÑA ALDONZA CORONEL *y* DON JUAN DE COLMENARES

DOÑA ALDONZA

Imposible, don Juan; dirán, si quieren,
que por capricho mujeril os quise,
mas no penséis que mi decoro hollando,
así el blasón de los Guzmanes pise.
Mucho os amé y os amo todavía,
que negároslo aún fuera locura,
mas seguiros liviana, Colmenares,
tinta en su sangre...

DON JUAN

Basta; estad segura
que os comprendo muy bien; en hora buena,
trocar por un mal rey un buen marido,
que merecía os pareció la pena;
mas quien señora en un palacio ha sido,
vivir no debe en opulenta casa
que de hidalgo solar al fin no pasa.

DOÑA ALDONZA

Me tentáis demasiado la paciencia,
señor don Juan; tened esos dicterios,
porque pican, pardiez, en insolencia;
quien al rey escuchó fué mi venganza;
mató á mi padre, y vive en mi memoria.

DON JUAN

Qué diablos! Por tan poco una pendencia
queréis armar? No somos hoy tan niños
que no alcancemos ya la tecnologia
y el sistema de amores y cariños.

DOÑA ALDONZA

Tenéis, don Juan, un alma depravada,
incapaz de sentir, é indiferente,
dispuesto estáis con sátira insolente
á reir de la cosa más sagrada.

DON JUAN

Pues qué queréis? Que á fuer de caballero
que errante corre á caza de aventuras,
abra un palenque á voz de pregonero
y haga astillas por vos un par de lanzas
ganoso de cosecha de esperanzas?
No es mi propuesta tan difícil cosa;
en cualquier asonada repentina,
muere á manos de turba codiciosa
el patriota mejor tras de una esquina.

DOÑA ALDONZA

Basta ya, por mi vida, Colmenares.
Si la lengua arrostré del populacho,
del rey don Pedro por vengarme ansiosa,
vengo á mi padre y moriré gozosa,
todo el mundo verá, por más que os pese,

que el corazón del rey no pretendía
quien, aguardando la ocasión, sedienta
bebió la sangre que en su pecho había.

DON JUAN

(Con sarcasmo.)
Y embozando su amor con su venganza
supo astuta volver á su marido,
celebrando su triunfo esclarecido;
y éste, de su conducta satisfecho,
cuando vos le digáis «*Vengué á mi padre*»,
responderá tranquilo: «*Bien has hecho.*»

DOÑA ALDONZA

Mucho os mofáis, don Juan, de su desgracia,
y á su enojo mostráis muy poco miedo
cuando sabéis que recordaros puedo
que no hablásteis con él con tanta audacia.

DON JUAN

Y por tan bueno me tenéis, señora,
que me lanzara á provocarle necio,
cuando al fin de la fiesta no sería
sino del vulgo fábula y desprecio?
Convengamos, al fin, en que por suerte
bien entrambos á dos nos conocemos,
y pues ambos á dos nos descubrimos,
nada, por fin, entrambos nos debemos.
Mas es tiempo de obrar; quede aquí todo,
y pues ambos un fin nos proponemos,
justo es que cada cual llegue á su modo.

ESCENA II

DICHOS, SAMUEL *y* EL EMBAJADOR
por el fondo

SAMUEL

Gracias á Dios!

DON JUAN

Él nos ayude, amigos.

EMBAJADOR

Grave susto nos dísteis, Colmenares.

DON JUAN

(Frívolamente.)
Los cielos, vive Dios! me son testigos
de que más de una vez me dí por muerto,
y de todos el fin tuve por cierto.
El oro derramé con manos llenas
por penetrar el laberinto oscuro
de las dudas que entonces me acosaban;
todos los cargos ví que se me hacían,
y todos de asesino me culpaban,
mas nada á fe de conspirar decían.

SAMUEL

Mas los jueces...

DON JUAN

Asaz interesados,
fallaron mi sentencia
conforme á su interés, no á su conciencia.

SAMUEL

(Con satisfacción.)
La noticia indecisos esperamos,
mas cuando esta mañana la supimos,
nos reímos, don Juan, y respiramos.

DON JUAN

El caso es muy donoso ciertamente;
no se ha visto sentencia más graciosa;
mas pasemos, señores, á otra cosa;
no hay más que hablar, con nuestro plan seguimos.

SAMUEL

Y el rey?

DON JUAN

Oh! Más que nunca confiado,
hoy mismo con su mesa me ha brindado;
mas yo sé bien, ó me alucino mucho,
que espléndido banquete le preparo
que ha de costarle, por quien soy, bien caro.

EMBAJADOR

Abreviemos, si os place, de razones.

SAMUEL

Sí, obremos de una vez, que no tenemos
á cientos ya á escoger las ocasiones.

DON JUAN

Tenéis razón, amigos, empecemos.
Los de Aragón...? *(Á doña Aldonza.)*

DOÑA ALDONZA

En la ciudad entraron;
Guzmán con ellos la señal espera,
y aquí vendrá, si la ocasión le ayuda,
favorecido por la sombra muda.

EMBAJADOR

Mañana nos dará pública audiencia
el rey en el alcázar.

DON JUAN *(Al Embajador.)*

Ese tiempo le da nuestra sentencia;
ea, pues, ya sabéis cuánto hace al caso;
emprended del oráculo la farsa,
que entre la turba de cristianos locos
que por mentiras os darán dineros,
entrarán de los nuestros unos pocos;
no me los confundáis con la comparsa.
(Á doña Aldonza con galantería.)
Dadme el brazo, señora,
si aun alcanzo á serviros de escudero.

DOÑA ALDONZA

Pues no podéis ya ser mi caballero,
la última vez tomadle por ahora.

ESCENA III

SAMUEL *y* EL EMBAJADOR

SAMUEL

Dejemos á esos necios embriagados
en sus ciegas y torpes vanidades.

EMBAJADOR

Hablad de don Enrique.

SAMUEL

Ya consiente
en dar á Mahomad esas ciudades
que le pide, tal vez muy exigente;
pero es justo sin duda
que pague cara su eficaz ayuda.

EMBAJADOR

Dará, pues, los poderes necesarios?

SAMUEL

No; pero pues tan varios
sucesos prestarán mil ocasiones
de ellas, se quitarán las guarniciones,
y con faz de sorpresa
tomaréis lo que os toque de la presa.

EMBAJADOR

Quedará, pues, Castilla
reducida á un pedazo de terreno...

SAMUEL

Sí, donde ondule el pabellón ajeno.

EMBAJADOR

Permitid que os replique,
Samuel, puesto que tanto os interesa,
según se ve, su causa,
por qué aquí no os quedáis con don Enrique?

SAMUEL

No más reyes, que pobres y altaneros
nos adulan, menguando su grandeza,
y nos pagan después, crueles y fieros,
dando á su pueblo ruin nuestra cabeza.
Mi ciencia, mis consejos, mi tesoro
desde hoy ofrezco, si los quiere, al moro.

EMBAJADOR

Ya véis lo que os escribe
mi rey, y claro está que os los recibe.

SAMUEL

Llevad á cabo, pues, lo comenzado.

EMBAJADOR

Habéis ya á nuestras gentes avisado?

SAMUEL

Hoy avisados fueron;
mis amigos y fieles servidores
por el vulgo las nuevas esparcieron

de que el muy sabio embajador que cura
del ánimo y del cuerpo los dolores,
á admitir se dispone sus visitas,
y ya el crédulo vulgo se apresura
á consultar al mago
en el silencio de la noche oscura.

EMBAJADOR

Está bien; á los jefes instruidlos
del ridículo oráculo:
lo que importe decidlos,
yo al vulgo engañaré.

SAMUEL

Y poned cuidado;
vendrá larga caterva de importunos
y de necias muchachas engañadas,
tras de esperanzas mentirosas unos,
tras de ventura y predicciones otros,
pero vendrán entre ellos
las ánimas, que esperan de nosotros,
no plegarias mentidas ni oraciones,
sino armas afiladas,
el oro y las secretas instrucciones
que les serán por vuestro labio dadas.

EMBAJADOR

Presto, pues, el oráculo empecemos;
á los nuestros daremos lo que importa,
y al vulgo sin razón le mentiremos.
(Samuel y el Embajador vánse por la derecha.)

ESCENA IV

DON PEDRO, PADILLA *y* DOS BALLESTEROS DE SU GUARDIA, *que aparecen en seguida por una puerta falsa de la izquierda.*

DON PEDRO

Aquí, lebreles, y alerta!
Á la primera señal,
le echáis al cuello un dogal
y le ahorcáis en esa puerta.

PADILLA

Ved que es ese hombre, señor,
embajador de Granada.

DON PEDRO

No acuso, pues, la embajada
si cuelgo al embajador?
(Padilla y los ballesteros se retiran; don Pedro va á ocultarse tras de la puerta que abrió Samuel al salir, y cuya hoja cae sobre la pared.)
Yo cazo por afición,
ya un insecto, ya una fiera;
pues hallo esta ratonera,
cacemos este ratón.

ESCENA V

DON PEDRO *y* EL EMBAJADOR

(Vuelve el moro, y al cerrar la puerta, se halla cara á cara con don Pedro, que echa mano á la llave y quedan un momento en silencio mirándose uno á otro.)

DON PEDRO

Buenas noches nos dé Dios.

EMBAJADOR

(Por dónde ha entrado este hombre?)

DON PEDRO

Nada hay aquí que os asombre.

EMBAJADOR

Sois...?

DON PEDRO

Un hombre como vos.

EMBAJADOR

De la casa?

DON PEDRO

Justamente.

EMBAJADOR

Amigo de don Samuel?

DON PEDRO

Mucho.

EMBAJADOR

Y por mandato de él
venís á mí?

DON PEDRO

Cabalmente.

EMBAJADOR

Pero en mi mente no cabe...
sin tropezaros en mí,
cómo habéis entrado aquí?

DON PEDRO

Por el ojo de la llave.

EMBAJADOR

Qué es esto? Venís de mofa?

DON PEDRO

Unos muertos no esperáis?
Que se aparezcan dudáis,
pues, las gentes de esa estofa...

EMBAJADOR

Cómo!

DON PEDRO

No oísteis decir
que un muerto espíritu es
y no necesita pies
ni por dónde, para ir
ni venir?

EMBAJADOR

Mas no comprendo,
por Alá.

DON PEDRO

Tened paciencia;
yo os explicaré mi ciencia,
y ya lo iréis comprendiendo.
(Tiéndese don Pedro en un almohadón, y sigue diciendo en tono burlón:)
Hay sabios tan pobrecitos
que, tras cualquier embustero,
se van hacia el matadero
dóciles como cabritos.
Hay muertos tan infelices
que, á pocas apariciones,
á tumbos y á tropezones
dan en tierra de narices;
y hay astrólogos tan rudos,
tan menguados adivinos,
que en lo que hace á sus destinos
sus horóscopos son mudos.
(Hace el moro un movimiento de resistencia.)
No resistáis, voto á tal,
que vengo muy bien armado,
y cogiéndoos descuidado
el combate no es igual.
Que sois he oído decir
un mago más que mediano;
tomad, aquí está mi mano;
(Tiende la mano armada con guantelete.)
decidme mi porvenir.

EMBAJADOR

(Disimulemos, pardiez,
quién es hasta descifrar.)
Aunque era justo negar
respuesta á tanta altivez,
porque no cede la ciencia
á la fuerza ó la amenaza,
os disimulo la traza
de tan rápida exigencia.

DON PEDRO

Ved que también adivino
soy, y á mi vez os diré,
poco ó mucho, lo que sé
que os guarda vuestro destino.

EMBAJADOR

Entonces esta molestia
nos podemos excusar.

DON PEDRO

(Aun voy con él á cerrar
como quien caza una bestia.)
Conque no sabéis decir,
ni mirando á lo pasado,

lo que ha sido de un soldado,
ni cuál es su porvenir?

EMBAJADOR

(Dudando estoy.)

DON PEDRO

Bien está;
pues reservado os guardáis,
fuerza es que de vos oigáis
lo que fué y lo que será.
Vos fuísteis Marcos Martín,
que en sus traidores afanes,
servísteis á los Guzmanes,
y les vendísteis por fin.
La razón os la diré;
cuando un bastardo ser quiso
rey de Castilla, preciso
buscar un veneno fué.

EMBAJADOR

Cielos!

DON PEDRO

Le aprontásteis vos.
Descubierto, con el oro
que hurtásteis, fuísteis al moro
y renegásteis de Dios.
Ayudando al rey Bermejo
en Granada á conspirar,
cuando rey se hizo llamar,
os hizo de su consejo.
(Un momento de pausa.)
Te he dicho, Marcos Martín,
lo que ha sido tu pasado;
atiende ahora con cuidado,
que voy á hablar de tu fin.
Ó con la mía se acuerda
tu voluntad desde hoy,
ó te juro, por quien soy,
que bailas en una cuerda.

EMBAJADOR

(Rendirse sin pelear
fuera locura extremada.)

DON PEDRO

(Con altivez.) Qué dices?

EMBAJADOR

No digo nada.

DON PEDRO

Eso es negar, ú otorgar?

EMBAJADOR

(Arrancando con indignación.)
Por quién me tomáis á mí,
mortal miserable y necio,
que viene á poner á precio
mis pareceres aquí?
Necio de mí, si mi ciencia
quién sois no me revelara!

DON PEDRO

Y es perspicacia tan rara
de tu ciencia, ó tu conciencia?

EMBAJADOR

Vos, criado entre traidores,
traiciones doquier soñáis;
de las estrellas dudáis,
de sabios y de doctores.
(Con tono de inspiración; don Pedro trémulo de ira.)
Yo vine de mi señor,
con mi ciencia poderosa,
de vuestra nación leprosa,
médico y embajador.
Y de una historia indecente
me hacéis el protagonista?

DON PEDRO

(Levantándose, dando una patada en el suelo.)
Nuestra Señora me asista,
y aun hablará el insolente!
Escucha, sabio doctor
y embajador compasivo,
voy á desollarte vivo
y á mandarte á tu señor.
Piensas que tengo tan flaca
la memoria, ó tan menguado
el enojo, que irritado
mi cólera el tiempo aplaca?
Siervo apóstata, asesino

mal comprado, vil ladrón,
piensas que es tu salvación
ese disfraz de adivino?
Despoja de esos trebejos.
(Arráncale de un tirón la capellina que le cubre todo.)
Padilla!

ESCENA VI

DICHOS, PADILLA *y* DOS BALLESTEROS

(Padilla y los ballesteros aparecen á la voz de don Pedro; mientras Marcos no acierta á volver de su asombro, le asen, le despojan del turbante y demás útiles que han de servir para el disfraz de don Pedro, y le llevan.)

DON PEDRO

Á ese embajador
servirás de confesor;
guárdale bien, y no lejos.

ESCENA VII

DON PEDRO

Darán al mozo un juguete
y alguna presa al león!
Por Dios que de diversión
servirán al mozalvete.
(Hace lo que va diciendo.)
Cálome esta mantellina;
coloco la luz de modo
que en sombra quede yo todo,
mientra el resto se ilumina.
Abro, me cubro, me siento,
y á adivinar me preparo;
á fe mía que muy caro
pagan mi entretenimiento.

ESCENA VIII

DON PEDRO *y* BLAS

BLAS

Este es sin duda el doctor.

DON PEDRO

Quién va?

BLAS

Blas Pérez.

DON PEDRO

(Por Cristo
que está al reclamo bien listo.)
Diga pues.

BLAS

(Dáme pavor
tan melancólica estancia.)
Es el caso... yo... (No sé
cómo empezar.)

DON PEDRO

(Siempre fué
tan cobarde la ignorancia.)
En fin, qué quiere de mí
Blas Pérez?

BLAS

Venganza quiero.

DON PEDRO

Y de quién?

BLAS

De vos la espero,
pues me encaminan aquí.

DON PEDRO

Y qué es ello?

BLAS

Ello es, señor,
que hace tres noches, en una
lluviosa y negra, oportuna

para el cobarde y traidor,
mi padre...

DON PEDRO

(Interrumpiéndole.) Bien, le mataron.

BLAS

Sí; murió á manos de un hombre...

DON PEDRO

Colmenares, sé su nombre.

BLAS

El hecho, pues, os contaron?

DON PEDRO

Qué es mi saber en esencia
si lo pasado no acierto?

BLAS

(Si le habrán dicho que ha muerto
los hombres y no su ciencia!)

DON PEDRO

Sea como quiera, adelante;
un soldado te ayudó,
y por él la ronda dió
tras de ese hombre en el instante.
Á él te arrojastes audaz,
mas te detuvo un soldado,
que aún no era el tiempo llegado
para tal temeridad.

BLAS

Todo lo sabéis sin duda,
y puesto que á vos me envían,
está claro que sabían
que me podéis dar ayuda.

DON PEDRO

No te la dió el tribunal?

BLAS

(Con desprecio.) Si Dios otra vez naciera,
y entre sus uñas cayera,
pasáralo, á fe, muy mal.

DON PEDRO

No hay, pues, justicia en Sevilla?

BLAS

Fué mi padre zapatero.

DON PEDRO

Quién en la ley es primero?

BLAS

Los más ricos en Castilla.

DON PEDRO

Mire el mozuelo insolente
lo que dice antes de hablar.

BLAS

Ved si me habéis de vengar,
ó me vuelvo.

DON PEDRO

Blas, detente;
tan mal te trató la ley
que así decidido estás?

BLAS

Y no me volviera atrás,
aunque atropellase al rey.
Oh! Mataré á Colmenares
donde quiera que halle espacio,
en la calle ó en palacio,
aun al pie de los altares.

DON PEDRO

Impío!

BLAS

Seré imparcial;
obraré con mi enemigo
como el tribunal conmigo.

DON PEDRO

Pues cómo obró el tribunal?

BLAS

Qué, no lo sabéis, señor?
El tribunal, por su oro,

le priva un año del coro,
que en vez de pena es favor.

DON PEDRO

Eso más?

BLAS

Conque es decir
que al cabo, por buena cuenta,
cobra como antes su renta
al coro sin asistir.
Ved, pues, si tengo razón;
y si vuestra ciencia alcanza
á mi padre á dar venganza,
buscad presto la ocasión.

DON PEDRO

(Fuego de Dios en el mozo
y qué derecho se va
á su asunto.) Bien está;
concédote sin rebozo
la razón, pues es tan clara;
y pues por venganza vienes,
á que te ponga te avienes
al matador cara á cara?

BLAS

Que si me avengo? Sí á fe!

DON PEDRO

Mañana á palacio irás;
con eso paso te harás *(Dale una seña.)*
hasta donde alguien esté
que te ponga en la ocasión.

BLAS

Yo á palacio! Fuera yerro;
me echaran de él como á un perro
al saber mi condición.

DON PEDRO

Si á tu padre has de vengar
tal orden has de cumplir.

BLAS

Con esto á palacio he de ir...
Y qué falta me hace entrar?

DON PEDRO

Obedece á tu destino,
que así dispone que muera,
porque si le matas fuera
te ahorcarán por asesino.

BLAS

Vos queréis hacer el bu,
y puede ser... vive el cielo...!

DON PEDRO

Obedece, rapazuelo,
á quien sabe más que tú.
(Don Pedro se levanta y le pregunta con imperio.)
Díste á Diego sepultura?

BLAS

Se la dí.

DON PEDRO

Y al otro?

BLAS

(Asombrado.) Cómo!
Sabéis también...!

DON PEDRO

Pies de plomo
necesita esta aventura;
ténlos, y no olvides, Blas,
que quien con muertos pelea,
es muy posible que lea
tus pensamientos, y más.
Con la bolsa del soldado
enterrastes á los dos?

BLAS

La misma noche. (Por Dios,
que esto no se lo han contado.)

DON PEDRO

Hablarán los que lo hicieron?

BLAS

Su oficio es sólo enterrar.

DON PEDRO

La lengua, pues, se han de atar,
ó sepultura se abrieron;
mañana á palacio.

BLAS

Iré.

DON PEDRO

Me tienes más que decir?

BLAS

Nada más.

DON PEDRO

Te puedes ir,
y hasta mañana.

BLAS

Os veré?

DON PEDRO

No te prometió el soldado
darte á Colmenares?

BLAS

Sí.

DON PEDRO

Pues lo que él promete, á mí
cumplir me está encomendado.
(Al despedirle.)
Y cree, Blas, al adivino;
quien los misterios no calla
de este cuarto, por él halla
del otro mundo el camino.

BLAS

(Seguiré á fe su consejo,
que todo este hombre lo sabe,
y el negocio es harto grave,
pues que se arriesga el pellejo.)

DON PEDRO

Qué aguarda?

BLAS

Yo más quisiera
preguntar... Mas tengo miedo.

DON PEDRO

Vete, que en vengarte quedo.

BLAS

Mas decid...

DON PEDRO

Váyase fuera.

ESCENA IX

DON PEDRO

Mató á Pérez, Colmenares,
y el crimen pagando en oro,
prívanle un año del coro...
Y matan á otros pelgares
por robar un alfiler!
Bien... La justicia atropella
mi justicia? Haré con ella
lo que ella acostumbra á hacer.
Alguien llega. Quién va allá?
(Vuelve á colocarse, como al principio, á la sombra de la lámpara.)

ESCENA X

DON PEDRO *y* ROBLEDO

ROBLEDO

Ánimas y embajadores.

DON PEDRO

(Aquí empiezan los traidores.)
Está todo?

ROBLEDO

Todo ya;
sólo falta repartir
el oro que ha de pagar

los brazos que han de lidiar
y armas con que han de reñir.

DON PEDRO

Tomad; en ese bolsón
lo necesario tenéis;
las armas encontraréis
en San Benito.

ROBLEDO

No son
los monjes del rey amigos?

DON PEDRO

Que eso crean es muy bueno,
que así estará el rey ajeno
de haberlos por enemigos.

ROBLEDO

Eso sí, podéis fijar
seña y hora.

DON PEDRO

Con prudencia,
meted gentes en la audiencia
que mañana me han de dar.

ROBLEDO

Luego mañana...

DON PEDRO

Así es;
al oir el esquilón,
sable en mano y al salón.

ROBLEDO

Allí muere á nuestros pies.

DON PEDRO

Quién parecer le ha pedido?

ROBLEDO

Á un mismo fin coligados
no estamos todos?

DON PEDRO

Pagados
no habéis vosotros venido?

ROBLEDO

La canalla sí, yo no.

DON PEDRO

Qué prendas derecho os dan
á ser más? En dónde están
las gentes que pagáis?

ROBLEDO

Yo?
Soldado valiente soy,
que arriesgo en esta partida,
si no mis doblas, mi vida.

DON PEDRO

Por canalla, pues, os doy,
que eso arriesga la canalla
cuando á los palacios osa,
y es que no tiene otra cosa
que perder en la batalla.

ROBLEDO

Vive Dios!

DON PEDRO

Calle, y va bien,
que pues en esta querella
arriesga él tanto como ella,
canalla será también.

ROBLEDO

Hombre soy...

DON PEDRO

Por Satanás,
he aquí lo que son soldados!
Beben y riñen osados,
y no sirven para más.
Robledo, llévate ese oro;
las armas en San Benito,
y mañana, al primer grito,
en el salón junto al moro.

ROBLEDO

Pensáis, pues, hereje vil,
que, muchachos de una escuela,
nos lleváis tan sin cautela

como ovejas al redil?
Iguales hemos de ser,
pues lidiamos por igual;
ó váis á pasarlo mal,
por vida de Lucifer,
que no faltará quien, roto
algún cabo de la rueda,
romper el círculo pueda...

DON PEDRO

(Si habla mucho le acogoto.)
Dígoos que iréis á palacio
con vuestra gente pagada,
y á la primer campanada,
fuego; y no os andéis reacio
porque paga vuestro cuello.

ROBLEDO

Pues bien.
(Don Pedro impaciente se levanta, y abandonando la mesa, tras de la que ha estado oculto su cuerpo toda la escena, váse hacia Robledo, mostrando por debajo de la capellina morisca, que le está corta, las piernas armadas de acicates y mallas, á usanza de los caballeros cristianos.)

DON PEDRO

Eh, largo de aquí.

ROBLEDO

(Mirándole á los pies.)
Santo Dios! Calzan así
los moros?

DON PEDRO

(Topó con ello.)
(Llévale don Pedro á la fuerza hasta la puerta, y dícele con voz siniestra:)
Dicen que es por las pezuñas
fácil con el diablo dar. *(Muéstrale un pie.)*
Ay si llegáis á contar
que le habéis visto las uñas!
(Le enseña una mano armada de guantelete y cierra la puerta, dejándole fuera.)

ESCENA XI

DON PEDRO

Si le digo al fin quién soy,
á darle muerte me obligo;
mas si quien soy no le digo,
todo lo descubre hoy.
Oh, harále prudente el miedo.
Padilla!

ESCENA XII

DON PEDRO *y* PADILLA

DON PEDRO

Si á San Benito
no va, por Cristo bendito
que me prendáis á Robledo.

PADILLA

Han de recelar, señor,
los demás de esa medida.

DON PEDRO

Pues prométele la vida.

PADILLA

Dineros fueran mejor,
que tal vez desesperado,
si alcanza que ha de morir,
se negará á consentir,
á su partido obligado.

DON PEDRO

Entonces poco me importa:
si se niega, le ahorcarás,
y tras él á los demás.
Así es la función más corta.

PADILLA

Si permitís que os pregunte
sin desacato, señor,
no era eso mucho mejor?

DON PEDRO

Mil gracias por el apunte.

PADILLA

Si os ofendí, perdonad.

DON PEDRO

No sabéis que ellos decían
que al león entretendrían?
No se entretiene en verdad?
Dúrale la diversión
mientra el hambre no le apura;
esto es, el juguete dura
mientras harto está el león.

PADILLA

Pero advertidos de cierto
tarde ó temprano...

DON PEDRO

Ya basta;
Padilla, mientras se gasta
mi juguete, me divierto.

PADILLA

Mas no perdáis la ocasión
por un infantil capricho.

DON PEDRO

Me divierto, y está dicho,
darles quiero una lección.
Ya vistes el vulgo necio
que se agolpaba al umbral;
no merece, voto á tal,
mi burla con mi desprecio?
En pos viene del oráculo
de un decantado adivino,
y le usurpa ese asesino
de la ciencia el tabernáculo.
Contra su rey conjurados
porque igual premia y castiga,
en larga y secreta liga
su alcázar minan osados.
Al vulgo insensato admiran,
y á pretexto de arte mágico,
á un fin más sangriento y trágico
con sus misterios conspiran.
Ahora bien; pues cazadores
sin tiento, cuadrilla loca,
de su cueva hasta la boca
siguen al león vencedores,
de sus peñas al abrigo
saldrá el león de repente.

PADILLA

Mucho ese dicho insolente
os picó.

DON PEDRO

Padilla amigo,
confiésolo, pues me obligas;
los tigres, los elefantes
provocan al león pujantes,
mas le insultan las hormigas.
Oh! Pues astuto y mañero
todas por fin las junté,
mañana las pisaré
al cegar el hormiguero!
(Padilla se retira á una señal de don Pedro.)

ESCENA XIII

DON PEDRO *vuelve á colocarse tras de la mesa, como antes, y sale* TERESA *con manto que le cubre el rostro.*

TERESA

Sois vos el sabio doctor
que duelos del alma cura?

DON PEDRO

No es mi ciencia tan segura
que alcance á todo dolor.
Quién sois?

TERESA

Soy una mujer
pobre, triste y desvalida,
á este lugar impelida
por sus cuitas.

DON PEDRO

Puede ser
que contenta no salgáis,
pues siendo tan desdichada,

la verdad no será nada
propicia. Cómo os llamáis?

TERESA

Mi nombre, qué importa aquí?
Sé que obedece la ciencia
con lisonja á la opulencia,
mas yo del vulgo nací.
(Deja en la mesa una moneda.)
Sin embargo, esto es, señor,
cuanto pobre os puedo dar;
ved si eso puede comprar
vuestra ciencia.

DON PEDRO

No es valor
que se paga con dinero;
guardáos eso; decid
lo que queréis, y advertid
que en todo ayudaros quiero.

TERESA

Dos cosas que consultar
tengo.

DON PEDRO

Decid la primera.

TERESA

Saber en dónde, quisiera,
á un soldado podré hallar.

DON PEDRO

La segunda.

TERESA

El nombre oir
del traidor que hace tres días
mató á mi padre.

DON PEDRO

Teníais,
antes del padre morir,
sospecha de azar tan duro?

TERESA

Si lo hubiera sospechado,
señor, le hubiera salvado.

DON PEDRO

(Es ella? Aún no estoy seguro.)
Murió tu padre en la calle?

TERESA

Sí, señor.

DON PEDRO

Á puñaladas?

TERESA

Sí, señor.

DON PEDRO

Eran pasadas
las ánimas al matalle?

TERESA

Sí, señor.

DON PEDRO

De ello testigo
fué ese soldado á quien vas
buscando?

TERESA

Así fué.

DON PEDRO

Quizás
le amaste?

TERESA

Mostróse amigo
de mi padre, y...

DON PEDRO

Dí á tu hermano
que aquel que mañana vea
que en la audiencia real pasea
departiendo mano á mano
con el rey, ese es el hombre...
Y en cuanto á ese otro soldado
á quien buscas, ha mudado
traje, condición y nombre.

TERESA

Pero verle no podré?

DON PEDRO

Y si el que buscas no es ya,
de qué hallarle te valdrá?

TERESA

Mis cuitas le contaré;
las fiaré á su cuidado,
y amante ó compadecido,
valiente sé que ha nacido,
y obrará como soldado.

DON PEDRO

Mucha fe tienes en él.

TERESA

Le amo, y vengárame al cabo,
que le llaman Pedro el Bravo.

DON PEDRO

Y también Pedro el Cruel.

TERESA

No será entre las mujeres
donde use nombre tan fiero.

DON PEDRO

Tanto le quieres?

TERESA

Le quiero.

DON PEDRO

Pues, Teresa, no le esperes;
Pedro es un valiente, sí;
te vengará, porque es justo;
mas aunque oirlo te dé susto,
no es ya Pedro para tí.

TERESA

Razón no alcanzo, señor.

DON PEDRO

Hay entre ambos largo trecho,
y es un mal que ya está hecho.

TERESA

Todo lo iguala el amor.

DON PEDRO

Imposible!

TERESA

Yo no digo
que si es rico, noble, avaro,
mi amor me pague tan caro,
si con mi amor no le obligo.
Si (aunque pensarlo me pesa)
con otra casado está,
el daño mortal será,
no para él, para Teresa.
No le humillará mi amor;
si venga á mi padre y lava
mi afrenta, seré su esclava,
porque él será mi señor.
Si á alguien con amarle ofendo,
nadie me podrá estorbar
que pueda en silencio amar
objeto que no pretendo.

DON PEDRO

(Pobre muchacha!) Y si fuese
Pedro un falso y un traidor?

TERESA

No conseguirá un error
que por él no me interese;
aun si miente, le amaré.

DON PEDRO

Y si es un vil, cuyo oficio
te infama?

TERESA

Haré un sacrificio,
y su infamia partiré.

DON PEDRO

Y si su conducta loca,
con depravada intención,
á tu orgullo con razón

y á tu honor, Teresa, toca,
le amarás?

TERESA

Siempre, aunque triste
lloraré mi desventura,
y no habrá fin mi amargura
si es verdad.

DON PEDRO

Tú lo dijiste;
él sabía que hasta tí
no se podía bajar,
y te enamoró á pesar.
Quieres aun buscarle?

TERESA

Sí.
La última vez verle quiero,
y en nombre de aquel amor
voy á encomendar, señor,
mi venganza á un caballero.

DON PEDRO

Sí, por Dios! Y no te engaña
tu amor, que si te ha mentido,
te vengará arrepentido,
que es quien es. (Mujer extraña!
Veamos.) Antes tuviste
que él otro amor?

TERESA

Le olvidé.

DON PEDRO

Quiérete aún?

TERESA

No lo sé.

DON PEDRO

Dice...?

TERESA

Que sí.

DON PEDRO

Mal hiciste.
Toma ese anillo; al mostrarle,
paso en palacio te harán,
y hasta el rey te llevarán.

TERESA

Al rey!

DON PEDRO

Á él debes llevarle;
Pedro Bravo estará allí;
háblale... y lleva contigo
al alcázar á ese amigo
que anda perdido por tí.

TERESA

Y qué relación...?

DON PEDRO

No dudes,
Teresa; de qué en conciencia
me serviría la ciencia,
á que confiada acudes,
si remedio no te hallara?
Ve á palacio, y de contado
verás á Diego vengado,
y á Pedro Bravo la cara.
Quieres más?

TERESA

Si no temiera
que mi empeño...

DON PEDRO

Dí y concluye.

TERESA

De mí Pedro Bravo huye
por desamor?

DON PEDRO

Necio fuera!
Te quiere cada vez más;
pero sigue mis consejos;

ama á Pedro desde lejos,
no se lo digas jamás.

TERESA

Me aterráis!

DON PEDRO

Tú eres muy bella,
él es mozo, y aunque bueno,
su amor es bruto sin freno,
que cuanto alcanza atropella.
Harto dije; vete pues.

ESCENA XIV

DON PEDRO

Con su deshonra, qué gano?
No quiero ser tan villano
con quien tan sincera es.
Casta y sencilla paloma
presa en las redes de amor,
que vayas libre es mejor
que cruel gavilán te coma.
Yo te vengaré de mí,
y al ver quién era y quién soy,
en que has de estimar estoy,
por lo que soy, lo que fuí.
Quién va?

ESCENA XV

DON PEDRO *y* JUAN *con mandil y cuchillas al cinto*

JUAN

Juan Cortacabezas,
con todos sus menesteres.

DON PEDRO

Voto á San Gil! Y qué quieres?

JUAN

Sabedor de mis proezas,
aquí me envió don Samuel
para que hablara con vos;
conque bien sabréis los dos
para qué me envía él.

DON PEDRO

(Quién es este zafio?) Oriéntame
de tus hazañas, y á ver
si me sirves.

JUAN

Que saber
no hay mucho.

DON PEDRO

Despacha, cuéntame.

JUAN

Llámome Juan; soy de oficio
carnicero (ó cortador,
si así os place), y tanto amor
le profeso á mi ejercicio,
que vendo al sol, y peleo
por la noche, y de este modo,
aunque igual no valga todo,
siempre es igual el empleo.

DON PEDRO

Entiendo; conque es decir
que eres de esos que en Sevilla
ponen precio á una cuchilla
sin ir al rey á servir?

JUAN

Ya ve usarcé, nunca falta
quien refunfuñe de todo.

DON PEDRO

Pues ya se ve.

JUAN

De ese modo
siempre á un buen hombre le asalta...
pues... dan en decir algunos
que siempre mi calle á oscuras
está, y otras mil locuras
que á la fin...

DON PEDRO

Toma... *(Dále un bolsillo.)*

JUAN

Hay aquí
precio?

DON PEDRO

De un hombre no más.

JUAN

Bien vale, por Barrabás!

DON PEDRO

Te dijo el nombre Leví?

JUAN

No.

DON PEDRO

Pues mañana temprano
ve al alcázar, y que hacer
te darán.

JUAN

Ya empiezo á ver;
válgame Dios soberano!
Yo oí decir que hay quien piensa
que el rey... Oh, si fuera cierto!
(Don Pedro le echa una mirada de desprecio, diciéndole con tono de ambigua interpretación:)

DON PEDRO

Juan, si tienes buen acierto
doblarán la recompensa.
Vete.

JUAN

Si supiera tal!

ESCENA XVI

DON PEDRO

Cortacabezas! Buen nombre!
Mañana veré si á ese hombre
se le han dado bien ó mal.
Padilla!

ESCENA XVII

DON PEDRO *y* PADILLA; *después* MARCOS MARTÍN *entre dos guardias*

DON PEDRO

Tráeme á ese mago.
(Á Marcos.)
Martín, pues tan mal empleas
tu ciencia, es fuerza que veas
los horóscopos que yo hago.
Ven acá; ese pergamino
has de escribir á Samuel,
y vas á fijar en él,
bueno ó malo, tu destino.
Díle que oportuna ausencia
es del caso; que está todo
previsto, y que haga de modo
que estén todos en la audiencia.
(Marcos escribe. Don Pedro le mira con escrupulosa atención.)
Y ve que si un garabato
te veo hacer que no entienda,
tu vida tengo por prenda...
Escribe limpio, ó te mato.
(Toma don Pedro el pergamino y lo examina detenidamente.)
Está bien; á una prisión
llevadle, y á la hora dada,
mañana irá su embajada
á dar al rey al salón.
(Asen los ballesteros á Marcos, que ha quedado en pie junto á la mesa donde escribió, y al pasarle por delante de don Pedro, le dice éste:)

Si obedeces, vivirás;
de otro modo, tu torpeza
te costará la cabeza.

(Salen, y Padilla vuelve á la voz de don Pedro.)

Padilla.

(Mientras vuelve Padilla, don Pedro cierra la puerta por donde han entrado los que se supone venir de la calle, y descorre el cerrojo de la del fondo, que se supone dar á las habitaciones interiores de Samuel. Hecho esto, y puesto el pergamino en parte visible de la mesa, váse hacia don Diego García de Padilla.

ESCENA XVIII

DON PEDRO *y* PADILLA

DON PEDRO

Con él irás;
que no hable ni al confesor,
y en cumpliendo su embajada,
en una caja cerrada,
la cabeza á su señor.

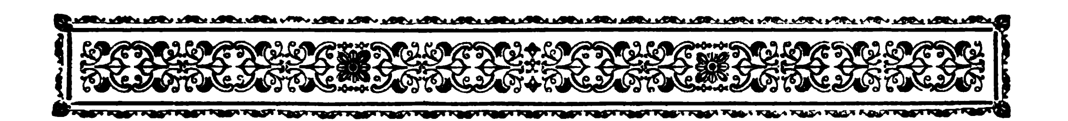
PADILLA

No le dijísteis...?

DON PEDRO

Lo siento;
mas tener cuenta es preciso
del refrán con el aviso:
quien hace un cesto hará ciento.





ACTO CUARTO

PARTE PRIMERA

Galería corta, con puerta en el fondo, en el alcázar de Sevilla

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO *y* DOÑA ALDONZA

DON PEDRO

Eso dicen! Vive Dios,
Aldonza, que no lo entienden!
Si aún nos queremos los dos,
bien lo véis, hermosa, vos.

DOÑA ALDONZA

Meter cizaña pretenden.

DON PEDRO

Eso sí, y por mejor prueba
os voy á decir la nueva
con que me han venido á mí:
que Albar Pérez está aquí.

DOÑA ALDONZA

Cuento!

DON PEDRO

El aire se lo lleva.
Oh! Pero ved la perfidia
con que lo cuentan; añaden
que Lacerda ya no lidia
por el rey.

DOÑA ALDONZA

Dichos de envidia.

DON PEDRO

Al menos me lo persuaden;
mas no es eso todo aún:
os hacen de mancomún
con vuestro pobre marido,
que anda de celos perdido,
fraguando el daño común.

DOÑA ALDONZA

Pero vos no lo creeréis!

DON PEDRO

Yo? Ni por pienso! Escuchad:
aun hay quien dice que habéis
vos bajado á la ciudad
á verle.

DOÑA ALDONZA

Y vos...

DON PEDRO

Ya lo véis;
siempre en vuestros ojos preso,
perdido siempre de amor,
desprecio al vulgo sin seso,

y aun casi me agrado de eso
por confundirlos mejor.

DOÑA ALDONZA

Mas dejadme preguntaros;
qué se hace vuestra Padilla?

DON PEDRO

Indicios me dáis bien claros
de que ha podido enojaros;
mas vez que no está en Sevilla.

DOÑA ALDONZA

No la volveréis á ver?

DON PEDRO

Tuviérala por muy fea
tras de veros.

DOÑA ALDONZA

Váisme á hacer
la más dichosa mujer.

DON PEDRO

Eso mi amor os desea.

DOÑA ALDONZA

Oh! Será mientras aliente
mi anhelo amaros, mi gusto
serviros, eternamente
ser vuestra... Y murmure injusto
el populacho insolente.
Sois el sol con cuya lumbre,
con cuyos vivos reflejos
se goza la muchedumbre,
y envidia que el sol me alumbre
de cerca y á ella de lejos.

DON PEDRO

Decís, Aldonza, muy bien;
os envidian porque os ven
junto al sol radiante estrella,
mas será fuerza que á ella
den culto á la par también.
Oh! Soy quien soy en Castilla,
y acatarán mis antojos;
que de no, fuera mancilla
para mí, luz de mis ojos,
amor mío.

DOÑA ALDONZA

Y la Padilla?

DON PEDRO

Celos tenéis?

DOÑA ALDONZA

Qué sé yo!
Mas al cabo...

DON PEDRO

Eso acabó.

DOÑA ALDONZA

La Padilla es tan hermosa!

DON PEDRO

Sed con ella generosa:
yo la enamoré y me amó.
Perdonad, no os había visto
todavía, un error fué,
mas lo corregí bien listo;
la amaba, os ví y la dejé.
(Bien lo hacemos, voto á Cristo!)

DOÑA ALDONZA

Mas entre el vulgo, señor,
corréis por algo inconstante.

DON PEDRO

Y no decíais, mi amor,
ha poco que es ignorante
el vulgo y murmurador?

DOÑA ALDONZA

Quien bien quiere, bien sospecha.

DON PEDRO

Eh! Quién hace caso alguno
de cuentos de su cosecha?
Sin ir más lejos, ved uno
que os dejará satisfecha.
Sabéis lo que ha sucedido
con Colmenares?

DOÑA ALDONZA

Sí á fe.

DON PEDRO

Dió la muerte á un atrevido
que le amagó.

DOÑA ALDONZA

Descreído!

DON PEDRO

Y sabéis qué dicen?

DOÑA ALDONZA

Qué?

DON PEDRO

Que le mató porque osado,
el bribón se había negado
á no sé qué devaneos
con su hija... Dichos tan feos
inventa el vulgo menguado.

DOÑA ALDONZA

(Cielos, qué luz!)

DON PEDRO

Qué decís?

DOÑA ALDONZA

Me horrorizo del supuesto.

DON PEDRO

Lo mismo que yo sentís.

DOÑA ALDONZA

Él tan noble, tan modesto...

DON PEDRO

(Un buen par os reunís.)
Mas ahora que hablamos de él,
sabéis que me hizo reir
la sentencia? Está al nivel
de la ley de un rey tan cruel!

DOÑA ALDONZA

(Qué querrá este hombre decir!)

DON PEDRO

El vulgo canalla es;
sobre él pesa la justicia;
el rico, el noble, á sus pies
le tiene.

DOÑA ALDONZA

El vulgo codicia
no más que sus doblas.

DON PEDRO

Pues!
Mas ya le harán, vive Dios,
ir de la nobleza en pos.
(Con la cuchilla en la mano,
degollando dos á dos
tanto insolente villano.)

DOÑA ALDONZA

Sois justo, señor, en eso,
que os acata la nobleza
y os defiende.

DON PEDRO

Oh! Lo confieso;
por ella asaz me intereso.
(Como ella por mi cabeza.)
Mas veo allí á Colmenares;
voy á celebrarle un rato
sus aventuras y azares.

DOÑA ALDONZA

Y á fe que son singulares.

DON PEDRO

(Como para sí.)
Castigarle...? Mentecato!
Bien muerto está el que mató.
(Se echa á reir, observando la impresión que sus palabras hacen en doña Aldonza.)
Y luego... brava quimera!
Quién amores le colgó
con aquella zapatera?
(Ríe.) Oh! Voy á darle ahora yo
gran zumba con su Teresa.

DOÑA ALDONZA

Se llama así?

DON PEDRO

Dícenlo.
Mas, á vos qué os interesa?

DOÑA ALDONZA

Á mí? Nada.

DON PEDRO

Creí.

DOÑA ALDONZA

No,
tan sólo lo pregunté
por la zumba.

DON PEDRO

Bien está.
Adiós, mi amor.

DOÑA ALDONZA

Él os dé
compañía.

DON PEDRO

(Me holgaré
si á ambos el diablo os la da.)
(Váse don Pedro, y al llegar al fin del teatro, se vuelve á mirar á doña Aldonza.)

DOÑA ALDONZA

(Necio! Así vive tranquilo
y hoy agoniza tal vez!)

DON PEDRO

(Se traga el anzuelo el pez
sin ver que va atado el hilo.)

ESCENA II

DOÑA ALDONZA

Vete, que á la muerte vas.
Necios! De torpes placeres
con una ilusión no más,
llevan á un hombre detrás,
como á un perro, las mujeres.
Qué vale, sol de Castilla,
tu atrevimiento y valor,
si á pesar de tu Padilla
aquí á mis plantas te humilla
una sonrisa de amor!
Mas caí en curiosidad;
si acaso será verdad
y por otro amor me deja?
Oh, abriera la eternidad
á tan maldita pareja!
Y por quién! Santa María!
Por una villana tal!
Grave el insulto sería,
y por Dios que merecía
castigo al delito igual.
Ay...! Miseria, nada son
las cosas de nuestro ser;
qué inconstante el corazón
donde hierve una pasión,
donde alienta una mujer!
Me dejó, y le aborrecí;
que le olvidaba creí,
y hoy, que de otro amor recelos
tengo por él, pesiamí
que de don Juan tengo celos.
(Guzmán asoma por un lado, recatándose.)
Mas, qué es esto? Un encubierto
me acecha mal escondido
tras el postigo entreabierto;
se acerca... Quién es, no acierto.

GUZMÁN

Ella es. *(Saliendo.)*

DOÑA ALDONZA

Cielos, mi marido!

ESCENA III

DOÑA ALDONZA *y* DON ALBAR PÉREZ

DON ALBAR

Os hallo al fin, señora; por qué huraña
os recatáis de mí? Tenéisme miedo?

DOÑA ALDONZA

Miedo, por qué?

DON ALBAR

Que preguntéis me extraña
lo que yo mismo preguntaros puedo.
Díme, Aldonza, do estás hace tres días,
que ni día ni noche doy contigo?

DOÑA ALDONZA

Qué era, Guzmán, lo que de mí querías
que así te afanas para dar conmigo?

DON ALBAR

Qué quiero? Qué el esposo con la esposa
tras larga ausencia y pesadumbre quiere?
Y qué quiere la alegre mariposa
en torno de la luz en donde muere?
Aquella noche misteriosa y triste
que te hallé con los nuestros en la cita,
dónde al salir con las tinieblas fuiste?
Si me niegas tu amor, quién me le quita?
Qué haces en este alcázar?

DOÑA ALDONZA

No lo sabes?
Soy la dama del rey.

DON ALBAR

Voto á los cielos!
Y lo dices así?

DOÑA ALDONZA

No era...

DON ALBAR

No acabes,
ó por Dios...

DOÑA ALDONZA

Voto va, teníais celos.

DON ALBAR

Sí, celos, vive Dios! Negros, horribles,
que me roen, Aldonza, las entrañas;
celos que están pidiendo irresistibles
sangre!

DOÑA ALDONZA

La habrá, Albar Pérez, no te engañas.
Habrá sangre, pardiez! y no muy lejos;
ten, al fijar los pies, mucho cuidado,
Guzmán, porque del sol á los reflejos
has de andar con la sangre deslumbrado.
Las losas estarán resbaladizas
esta tarde en palacio.

DON ALBAR

No hablo de eso;
hablaba de mi honor.

DOÑA ALDONZA

De sus cenizas
hoy ha de alzarse por su propio peso.

DON ALBAR

Hoy se alzará, y le vendes?

DOÑA ALDONZA

Te engañaron,
Guzmán; tiempo ha que á réditos le puse.
Y hoy que á crecida cantidad llegaron,
justo será que los emplee y use.

DON ALBAR

Acabemos, Aldonza; me interesa
mi honor más que mi patria y que mi vida;
reine quien quiera, sobre tu honra pesa
mancha indeleble é incurable herida.

DOÑA ALDONZA

No lo entiendes.

DON ALBAR

El vulgo lo murmura.

DOÑA ALDONZA

Y el vulgo es necio.

DON ALBAR

Mas su lengua infama.

DOÑA ALDONZA

Lo que hoy tacha, mañana por ventura
lo aplaudirá, Guzmán.

DON ALBAR

Deja la llama

donde prendió su deleznable huella,
y no vuelve la fama por la honra
que una vez marchitó.

DOÑA ALDONZA

No se atropella
tan fácil la virtud por la deshonra.

DON ALBAR

Mientes, Aldonza, mientes! Aquí mismo
no te he visto con él en amorosa
conversación?

DOÑA ALDONZA

Te ciega tu egoísmo,
Guzmán, y aún no conoces á tu esposa.

DON ALBAR

Y en palacio no vives torpemente
con la infame Padilla comparada?

DOÑA ALDONZA

Y en palacio viviera eternamente
hasta salir cadáver ó vengada.

DON ALBAR

Aún me querrás, por Dios, dorar tu afrenta.

DOÑA ALDONZA

Mala memoria tienes; no has oído
una historia contar triste y sangrienta
de un Coronel que pereció vendido
por mandato del rey, y en una torre
á una mujer le dieron su cabeza?
Su sangre, Pérez, por mis venas corre;
llámome Coronel, ve mi torpeza.

DON ALBAR

Cómo! Fraguaste tú...

DOÑA ALDONZA

Sí, por mi vida!
No hubo estorbos que el paso me tuvieran;
familia y honra atropellé ofendida,
y nada me importó lo que dijeran.
Le esperé, le acosé con mi hermosura;
le sitié con mis ojos, é insensato
cayó á mis pies, poniendo á su locura
precio que ha de pagar, y no barato.
Jáctase de mi amor; público lo hizo
por orgullo no más... Oh! Dura poco,
porque antes que le mude antojadizo,
pierde la vida por su orgullo loco.

DON ALBAR

Y yo, Aldonza, contigo conspiraba
por instinto también!

DOÑA ALDONZA

Basta; dejemos
que el tiempo llegue, que de andar no acaba;
fuerza es, Guzmán, que sospechar no demos.

ESCENA IV

GUZMÁN

Juzgué mal, vive Dios! Bien ha pensado;
ella á su padre vengará altanera,
y del amor del rey iré vengado
cuando á las manos de su dama muera.

ESCENA V

DON ALBAR, DON PEDRO *y* COLMENARES, *cruzando por el fondo*

DON PEDRO

Qué hombre es aquél, Colmenares?

COLMENARES

No le distingo, á fe mía.

DON PEDRO

Voto á San Gil, juraría...

COLMENARES

(Guzmán!... Todos son azares!)

DON PEDRO

El rostro recata; ve
quién es, que sea quien sea,
no quiero que aquí me vea.

COLMENARES

(Con eso le advertiré.)

DON PEDRO

(Así les podré acechar,
sin que ellos de ver lo echen.)

COLMENARES

Porque astutos no sospechen,
le procuraré apartar.

ESCENA VI

DON JUAN *y* DON ALBAR

DON ALBAR

Oh, vive Dios! Qué recuerdo!
Colmenares no es aquél?
De cierto á saberlo... ay de él!

DON JUAN

(Halagarle será cuerdo.)
Guzmán, en palacio así
tan descuidado os estáis?

DON ALBAR

Donde vos, don Juan, entráis,
no me es dado entrar á mí?

DON JUAN

De la corte estáis proscrito.

DON ALBAR

Y encausado no estáis vos?

DON JUAN

Es muy distinto, por Dios,
el vuestro de mi delito.
Si maté á quien me ofendía,
fué mi causa la mejor.

DON ALBAR

Si á mí me llaman traidor,
mañana será otro día.

DON JUAN

Tanto fiáis de la suerte!

DON ALBAR

De mí á lo menos espero
que moriré caballero,
sea cuando quiera mi muerte.

DON JUAN

Eso he oído decir
de continuo á vuestra esposa.

DON ALBAR

Mujer es muy generosa.

DON JUAN

Oh! Con vos hasta morir.

DON ALBAR

Bien conocéis su intención!

DON JUAN

Á su virtud me remito.

DON ALBAR

Sabéis si por tal la admito?

DON JUAN

(Diablos de conversación,
qué giro tomando va.)
Pudiérais vos dudar de ella?
Noble, generosa, bella,
y bien casada.

DON ALBAR

Quizá.

DON JUAN

(Habla este hombre, ó adivina?)
Si no es más que una sospecha.

DON ALBAR

(El mentecato imagina
que el disimulo aprovecha.)
Mas decidme, pues sabéis
tanto vos de su hermosura,

de su vida y virtud pura
más enterarme podréis.

DON JUAN

Yo?

DON ALBAR

Vos, sí.

DON JUAN

Qué extravagancia!
Su guarda, don Albar, soy?

DON ALBAR

Que la guardo á probar voy,
don Juan, á vuestra arrogancia.

DON JUAN

Sospecháis tal vez...

DON ALBAR

De vos.

DON JUAN

Por...?

DON ALBAR

Un no sé qué me han dicho.

DON JUAN

Pase, si habláis de capricho.

DON ALBAR

De veras hablo, por Dios!
Pero estamos en palacio,
y tal vez no muy seguros;
venid abajo á los muros,
y hablaremos más despacio.

DON JUAN

No comprendo vuestro afán;
mas os veo algo irritado
contra mí, y tened cuidado
que nací noble, Guzmán.

DON ALBAR

Vos lo decís, mas no basta.

DON JUAN

De mi sangre dudaréis?

DON ALBAR

Sé, don Juan, que descendéis
de ilustre y antigua casta;
pero palabras cortemos:
téngoos á solas que hablar.

DON JUAN

Creo poder contestar.

DON ALBAR

Venid, pues, y lo veremos.

DON JUAN

Mas fácil...

DON ALBAR

Os engañáis;
uno ú otro ha de caer,
y en soledad ha de ser;
ó morís ó me matáis.

DON JUAN

Será así, pero no ahora.

DON ALBAR

Por qué no?

DON JUAN

Fuera locura
no dar cima á otra aventura,
y va llegando la hora.

DON ALBAR

Pues...

DON JUAN

Esta noche.

DON ALBAR

Corriente.

DON JUAN

Yo os buscaré.

DON ALBAR

Yo os espero.

DON JUAN

Adiós.

DON ALBAR

Adiós.

DON JUAN

(Majadero,
de lo dicho se consiente!
Por una mujer ajena,
y de quien cansado estoy!) *(Váse riendo.)*

DON ALBAR

Curaré su ambición hoy
con una estocada buena.

ESCENA VII

DON JUAN, DON ALBAR *y* TERESA

(Al salir don Juan da con Teresa, que va á entrar.)

TERESA

Cielos!

DON JUAN

Teresa!

TERESA

Ay de mí!

DON ALBAR

Qué es eso?

TERESA *(Á don Albar.)*

Si sois hidalgo,
y el honor tenéis en algo,
sacadme, señor de aquí.

DON JUAN

(Qué diablos, cuánta aventura!)

TERESA

Una hora ha que ando perdida
por esta casa, traída
á ella por mi desventura.

DON JUAN *(Á don Albar.)*

Está loca.

TERESA *(Á don Juan.)*

Loca dijo;
sí, loca por tí, cruel!
(Á don Albar.) Guiadme vos lejos de él,
señor.

DON ALBAR

(Celos son de fijo.)
Quién es? *(Á don Juan.)*

DON JUAN

No sé.

TERESA

No lo sabe!
Monstruo, y mi padre?

DON ALBAR

(Qué es esto?)

TERESA

Hidalgo, sacadme presto,
antes que el furor me acabe.

DON ALBAR

Pero qué buscas, quién eres?

TERESA

Yo soy...

DON JUAN

(Interrumpiéndole.) Lleváosla pues.
(Aparece doña Aldonza, y Teresa se ampara de ella.)

TERESA

Oh, señora, á vuestros pies,
favor!

DON JUAN

(Ea, dos mujeres,
se acabó!)

ESCENA VIII

DON JUAN, DON ALBAR, DOÑA ALDONZA *y* TERESA

TERESA

Por compasión,
llevadme lejos de ese hombre;
tiene de cordero el nombre,
con entrañas de león.

DOÑA ALDONZA

Quién, muchacha?

TERESA

Ese asesino.

DOÑA ALDONZA

Eso más...? Don Juan, muy bien.

DON JUAN

(Nos pierde.)

DOÑA ALDONZA

Conmigo ven,
niña. (Rostro peregrino!)

DON JUAN *(Á doña Aldonza.)*

Ved que su lengua imprudente
os lleva al cadalso hoy.

DOÑA ALDONZA

Contenta al cadalso voy,
que llevaré mucha gente;
era por esto el afán
de huir amante conmigo?
El mundo será testigo
de mi venganza, don Juan.

DON JUAN

Ved...

DOÑA ALDONZA

Quitad, vil impostor.

DON ALBAR

(Que les ha estado observando toda esta escena.)

(Oh, sí; de cierto eso es!)
Señor don Juan, salid pues.

DON JUAN

Yo sé una interpretación;
vamos.

DON ALBAR *(Á doña Aldonza.)*

Y vos... tened cuenta
que he de lavar de mi afrenta
hasta el último borrón.
Me entendéis?

DON JUAN *(Á don Albar.)*

Y os diré...!

DON ALBAR

Nada.
Colmenares, lo sé todo.

DON JUAN

Don Albar, pues de ese modo...

DON ALBAR

No hay más lengua que la espada.
(Salen.)

ESCENA IX

DOÑA ALDONZA *y* TERESA

DOÑA ALDONZA

Id con Dios; viven los cielos,
qué me importa de esa afrenta
cuando no tengo más cuenta
que con mi rabia y mis celos?
Te llamas Teresa?

TERESA

Sí.

DOÑA ALDONZA

Quieres á ese hombre?

TERESA

Ya no.

DOÑA ALDONZA

Le quisiste?

TERESA

Lo mandó
mi padre, y obedecí.

DOÑA ALDONZA

Tu padre!

TERESA

Fueron hermanos
de leche y era un deber,
mas nunca le pude ver.

DOÑA ALDONZA

(Es ella y cayó en mis manos!)
(Robledo pasa pensativo por el fondo y se para viéndolas.)
Quién te ha dirigido aquí?

TERESA

Señora...

DOÑA ALDONZA

Contesta, quién?

TERESA

Un adivino.

DOÑA ALDONZA

Está bien;
adivinó para mí.
Robledo, venid acá;
á esta mujer detenedme
mientras...

TERESA

Dios mío, acorredme.

ROBLEDO

Y en Palacio...
(Váse á volver doña Aldonza y se halla con don Pedro.)

DON PEDRO

Quién va allá?

DOÑA ALDONZA

Cielos!

ESCENA X

DICHOS *y* DON PEDRO

TERESA

Él es, Pedro Bravo.
(Se echa á su cuello.)

DON PEDRO

Teresa!

TERESA

Oh, ténme contigo.

DON PEDRO

Qué dices?

TERESA

Sálvame digo.

DOÑA ALDONZA

(De comprenderlo no acabo.)

DON PEDRO

Aldonza, la conocéis?

DOÑA ALDONZA

No me habíais dicho vos
que de don Juan...

DON PEDRO

No, por Dios;
alucinado os habéis.
Dejadnos.

DOÑA ALDONZA

Cómo! Con ella?

DON PEDRO

No lo véis?

DOÑA ALDONZA

Pérfido! Ahora...

DON PEDRO

Idos á rezar, señora,
y dejad á esta doncella.

DOÑA ALDONZA

No, don Pedro; aquí no os dejo
sin que me expliquéis al cabo
qué es eso de Pedro Bravo.

DON PEDRO

Que os vayáis os aconsejo.

DOÑA ALDONZA

Pues satisfecha no estoy,
no me he de mover de aquí,
que he de saber, pesiamí!
si al fin ofendida voy.

DON PEDRO

Idos, y callad el pico,
que yo á vuestro gabinete
os enviaré un ramillete
de flores y un abanico.

DOÑA ALDONZA

Os mofáis?

DON PEDRO

Si no os contenta,
os enviaré mi rosario
y en él pondrá el emisario
vuestra cabeza por cuenta.

ESCENA XI

DON PEDRO *y* TERESA

TERESA

Pedro!... *(Tiernamente.)*

DON PEDRO

No olvides de hoy más
de aquel sabio los consejos:
ama á Pedro desde lejos,
no se lo digas jamás.

TERESA

Aun me privaréis...!

DON PEDRO

Silencio,
Teresa; viniste aquí
venganza á pedir de mí;
ven á ver cómo sentencio.
Si te ultrajó Pedro Bravo,
don Pedro te satisface;
por lo que á lo de antes hace,
aquí empiezo y aquí acabo.

TERESA

Señor, quien quier que seáis,
que aun comprenderos no puedo,
para quien en nada quedo,
pues do empezáis acabáis,
vuestra palabra os levanto,
pues que váis de mala gana,
que me creo asaz villana
para obligaros á tanto.

DON PEDRO

Ve recta por tu camino,
muchacha, y confía en Dios;
vas de la venganza en pos
y es vengarte tu destino.

ESCENA XII

DICHOS *y* DON ALBAR

(Don Pedro toma de la mano á Teresa, que le sigue en silencio; al salir por el fondo se hallan cara á cara con don Albar, que va á entrar; él y don Pedro se recatan uno de otro.)

DON ALBAR

Razón tiene, esperaré
á la noche; mas, quién va?

DON PEDRO

Quién es éste?

DON ALBAR

(Quién será?
No ha de verme.)

DON PEDRO

(Le veré.)
Qué significa en palacio
un encubierto?

DON ALBAR

Ó voy mal,
ó á un embozado es igual.

DON PEDRO

Terco sois!

DON ALBAR

Y vos reacio.

DON PEDRO

Váis á entrar?

DON ALBAR

Váis á salir?

DON PEDRO

Por sobre vos, según veo.

DON ALBAR

Que entraré lo mismo creo.

DON PEDRO

(Conocíle, vive Dios.)

DON ALBAR

Pues á uno y otro interesa
salir y entrar sin ser visto,
ved lo que hacen, vive Cristo!
dos cuervos con una presa.

DON PEDRO

Con retóricas andáis;
chistoso estáis, por mi vida;
entrad, pues, mas la salida
mirad por dónde la halláis.
Y pues sabéis comparar
con las fieras á la gente,
andaréis, Guzmán, prudente
un consejo en escuchar.
(Le lleva aparte; Robledo está al fin de la galería mirando la escena.)
El cuervo, cuanto más negro,
fortuna más negra augura.
(Se desemboza y se muestra vestido de malla.)
Que hay cuervo es cosa segura.

DON ALBAR

Cielos! *(Conociéndole.)*

DON PEDRO

Le vísteis? Me alegro!
(Vuelve á embozarse con la mayor indiferencia, y váse con Teresa. Robledo baja á la escena poco á poco.)

ESCENA XIII

DON ALBAR *y* ROBLEDO

DON ALBAR

La voz del de la otra noche,
San Dionís! Y en los secretos
de nuestras gentes hablaba
como en sus negocios mesmos.
Él es, no me queda duda;
todo lo adivino á un tiempo;
de la muchacha el galán,
de doña Aldonza el cortejo,
de Guzmán el enemigo
y de todos el infierno.
Oh! Todo me sobra ahora:
valor, honra, vida y celos.

ROBLEDO

Don Albar, dadme la mano.

DON ALBAR

Despedida es...?

ROBLEDO

Para lejos.

DON ALBAR

Dónde os váis?

ROBLEDO

Do iremos todos;
en la plaza nos veremos.

DON ALBAR

Despachado estáis?

ROBLEDO

Lo estamos.

DON ALBAR

Tanto como yo, Robledo?

ROBLEDO

He visto al diablo las uñas.

DON ALBAR

Y yo las alas al cuervo!

PARTE SEGUNDA

Salón de embajadores en el alcázar de Sevilla: trono, dosel y aparato de magnificencia real. Puerta en el fondo, cerrada, y secretas á los lados

ESCENA XIV

PADILLA *que está en la escena y* DON PEDRO *y* TERESA *que entran*

DON PEDRO

Está?

PADILLA

Todo.

DON PEDRO

Y el muchacho?

PADILLA

Ya espera.

DON PEDRO

Sabe el papel?

PADILLA

Ojalá todos como él!

DON PEDRO

Cumplirá, pues?

PADILLA

Sin empacho,
que trae brío.

DON PEDRO

Bien está;
guarda á esa muchacha bien,
y que en el salón estén,
cuando vuelva, todos ya.
Teresa, sigue á ese hidalgo;
y pues invocas la ley,
él te llevará hasta el rey,
que te hará justicia en algo.
(Aparte á Padilla.)
Prendedme aquella mujer;
Guzmán, que por pies no tome,
y el que en palacio hoy asome,
á salir no ha de volver. *(Vase.)*

ESCENA XV

PADILLA *y* TERESA

(Padilla introduce á Teresa por una puertecilla, por la que él se va después de abrir las puertas del fondo á su tiempo.)

PADILLA

Venid, y esperad aquí.

TERESA

Dónde me lleváis, señor?

PADILLA

Vos os lo sabréis mejor;
callar me mandan á mí.

ESCENA XVI

SAMUEL, DON JUAN *y* CONJURADOS

(Padilla abre las puertas del fondo que dan á una magnífica antesala llena de cortesanos que se reparten por la escena. Entre ellos vienen Samuel Leví, Robledo, Colmenares y los demás conjurados; prelados, militares y dignidades de todas categorías. En un grupo Samuel y otros conjurados.)

UN CONJURADO

Llegó la ocasión?

SAMUEL

Llegó.

OTRO CONJURADO

Y el moro?

SAMUEL

Respondo de él.

CONJURADO PRIMERO

Mas no decís...?

SAMUEL

Será fiel.

CONJURADO SEGUNDO

Razón hay?

SAMUEL

Me la sé yo.
No ha una hora que recibí
un segundo pergamino;
todo irá por su camino.

OTRO CONJURADO

Colmenares?

SAMUEL

Vedle allí.
(Vuelven á mirarle.)

CONJURADO PRIMERO

Y entraron los de Guzmán?

SAMUEL

Es nuestra toda Sevilla;
no hay temor, tendrá Castilla
rey mejor.

CONJURADO SEGUNDO

Por tal le dan.
(En otro grupo Colmenares y otros.)

DON JUAN

Habéis esparcido bien
por el vulgo mi noticia?

UN CONJURADO

Todos dicen que es justicia.

DON JUAN

Y habrá tumulto?

OTRO CONJURADO

También.

OTRO CONJURADO

Oh! Es obra de religión
la del Papa.

CONJURADO PRIMERO

Sí en verdad;
pero el pueblo en realidad
no merece excomunión.
(Los maceros anuncian al rey, que sale por una puerta lateral, embozado como siempre.)

MACEROS

El rey.

ESCENA XVII

DICHOS *y* DON PEDRO, *á cuya salida doblan todos la rodilla*

DON PEDRO

Alzáos, vasallos.

UN CONJURADO

(Qué orgullo!)

DON PEDRO

Vengan á mí
Colmenares y Leví.

UN CONJURADO

(Así pide los caballos.)

DON PEDRO

Samuel, en tus labios veo
que las palabras te bullen;
y palabras que se engullen
se indigestan, según creo.

DON JUAN

Señor, vuestros nobles son
los que presentes están.

DON PEDRO

Hola, os entiendo, don Juan.
Es mi capa la ocasión
de la advertencia. Es decir
que esa ilustrísima grey
necesita ver si el rey
es curioso en el vestir?
Quitadme esa capa, pues.
(Lo hace don Juan y aparece armado, á cuya vista se alza en la escena murmullo de descontento.)

ALGUNOS

(Á la audiencia viene armado!)

DON PEDRO

Este es traje de soldado,
y el rey un soldado es.
(Óyese un ruido fuera y gente que arma tumulto por el fondo.)
Qué es eso?

DON JUAN

Es que la canalla
se agolpa á veros aquí.

DON PEDRO

La canalla á verme á mí?
Que entre, pues.

DON JUAN

Mirad la valla,
señor, que de la nobleza
justamente la divide.

DON PEDRO

Para quien justicia pide
es estorbo la pobreza?
Creéis, don Juan, que me asombra
esa muchedumbre acaso,
ó tema á su tosco paso
que me estropeé una alfombra?
Que entre mi pueblo en mi casa.
(Llénase la escena de gente de todas condiciones.)
Rey soy de toda Castilla,
y no ha de haber en Sevilla
para hablar con el rey tasa.
Que vea mi pueblo entero
hoy qué embajadas recibo;
quién es su rey. Por Dios vivo,
que lo vean, eso quiero.

UN NOBLE

(Con la turba nos confunde
el insolente.)

OTRO

(Habrá mengua!)

OTRO *(Á los dos.)*

(Hable el hierro por la lengua,
y esa alta torre se hunde.)

DON PEDRO

Que entren los embajadores
que espero.

(Ábrese una puerta lateral, y aparecen el legado del Pontífice y el embajador del rey de Granada, disputándose la entrada cercados de sus respectivos acompañamientos.)

ESCENA XVIII

DICHOS, EL LEGADO *y* EL MORO

EL MORO

Antes he de ser.

EL LEGADO

La Iglesia á un infiel ceder!

DON PEDRO

Voto á...! Qué es esto, señores?
Entrad los dos á la par;
que aunque á un tiempo habléis los dos,
palabras tengo, por Dios,
con que á los dos contestar.

UNO

(Descreído!)

OTRO

(Así se hará
enemiga á toda Europa.)

SAMUEL *(Á don Juan.)*

(Esto marcha.)

DON JUAN *(Á Samuel.)*

(Viento en popa.)

DON PEDRO

Vamos á ver; habláis ya?

EL MORO

(Á un tiempo.) Gran señor...

EL LEGADO

(Idem.) Rey de Castilla...

DON PEDRO *(Al moro.)*

Que hablaras tú, fuera justo;
mas demos al Papa gusto,
que al cabo tiene su honrilla.

UN CONJURADO *(Á Samuel.)*

(Ved, todo sale adelante.)

SAMUEL

(Mirad por todo el salón
nuestras gentes en montón.)

UN CONJURADO

(Y el moro, que fué constante.)

EL LEGADO

Rey de Castilla, yo en nombre
del Pontífice Romano,
y él en el del Soberano
Dios, que espiró por el hombre,
te decimos: que teniendo
tus pecados y delitos
en número de infinitos
y tu pertinacia viendo;
viendo las continuas guerras,
escándalo y mortandad
con que tiene tu impiedad
tiranizadas tus tierras,
te requerimos de hoy más
que, retiradas tus gentes
de Aragón, allí no intentes
derecho alguno jamás.
Y si por tenaz capricho
no desistes de tu afán,
tus reinos por ello van
á sufrir un entredicho.
Rey don Pedro, tales son
mis encargos; si Castilla

hoy al Papa no se humilla,
caerá en tí su excomunión.

UN CORTESANO

(Qué escándalo! Excomulgada
la nación sólo por él!)

OTRO

(Contra ese monstruo cruel
toda la tierra indignada!)

DON PEDRO *(Al Legado.)*

Acabásteis?

EL LEGADO

Acabé.

DON PEDRO

Pues ahora me toca á mí;
lo que hoy os respondo aquí
diréis á Roma.

EL LEGADO

Eso haré.

DON PEDRO

Puesto que el rey de Aragón
conmigo lidió esta guerra,
y solamente á mi tierra
alcanza su excomunión,
ó por ello Su Eminencia
nos excomulga á los dos,
ó le cuelgo, voto á Dios!
á la puerta de la audiencia.
Si Roma no sabe leyes,
yo meteré en esa villa
diez mil lanzas de Castilla,
y verá quién son sus reyes.

EL LEGADO

Eso más?

DON PERDO

No me replique;
ó parte para Aragón
á doblar la excomunión,
ó, á mi enojo roto el dique,
envío en un saco á Roma
tu cabeza, y echo al río,
cardenal, el tronco frío,
á que el agua se lo coma.
Salid.

EL LEGADO

En Roma diré...

DON PEDRO

Decid cuanto os dé la gana;
mas si aquí os hallo mañana,
mala embajada os daré.

ALGUNOS

(Qué es esto?)

ESCENA XIX

DICHOS, *menos* EL LEGADO

DON PEDRO *(Á la multitud.)*

Y murmullos fuera.
Si hay á quien escandalice
lo que con ese hombre hice,
vaya con él donde quiera.
(Al moro.) Habla.

EL MORO

Gran señor; un rey
que allá, en el Genil, habita,
vuestra amistad solicita,
aunque en enemiga ley.
De joyas corto presente
(Muestra los regalos, telas, etc.)
os hace; admitid, señor,
esta ofrenda, hecha al valor,
por un enemigo ausente.

DON PEDRO

(Sin hacer caso de Marcos Martín.)
Colmenares, ven acá;
departamos, que es mejor
que oir á ese embaucador,
que á fe que pesado está.

EL MORO

Me oís, señor?

DON PEDRO

Sí, decid;
os entiendo bien, amigo.
Sabéis, don Juan, lo que digo?

COLMENARES

Qué, señor?

DON PEDRO

Que es muy feliz
el fallo del tribunal
en tu causa.

COLMENARES

Sí, pardiez;
me insultó con altivez,
y allí le maté. Hice mal?

DON PEDRO

Y si fué, te lo perdono;
pero no falta quien quiera,
don Juan, que el que mata, muera.

COLMENARES

Mi honor tengo yo en mi abono,
señor...

EL MORO *(Al rey.)*

Que os hablo en nombre
del rey mi señor.

DON PEDRO

Ya escucho;
seguid, seguid.

UN CORTESANO

(Esto es mucho.)

DON PEDRO *(Á don Juan.)*

Cuenta, don Juan, que es muy hombre
quien lo intenta, aunque rapaz,
y que hay justicia... Á esa puerta
llamaron; mirad quién es,
Colmenares.

SAMUEL

(Tiento, pues!)

UN CONJURADO *(Á otros.)*

(Amigos, estad alerta.)

ESCENA XX

DICHOS *y* PADILLA

Un momento de silencio.—Cuando Colmenares llega á la puerta que don Pedro le señala, suena el esquilón de palacio, y abriéndose la puerta de repente, don Juan se halla frente á Blas, que le da de puñaladas; Teresa, que sale tras él, queda horrorizada en medio de la escena. Los conjurados dan en la confusión el grito convenido y se van hacia el rey, á cuyos lados estarán ya Padilla y los ballesteros reales con las lanzas y arcos tendidos. Padilla echa en los hombros de don Pedro el manto real, y tomando éste de un doncel su capacete ceñido con la corona de oro, se planta en medio de la escena, apoyado en aquella partesana con puño de bastón que dicen que usó en algún tiempo.)

UN CONJURADO

Castilla por don Enrique!

DON PEDRO

Castilla por Pedro el Cruel: *(Retroceden.)*
eso de hoy más verá en él,
pues rompió Castilla el dique.—
Pues resiste el blando yugo
de mi igual y justa ley,
dudará al ver á su rey
si es su rey ó su verdugo.
(Á Juan Cortacabezas, que ha estado entre la turba.)
Acá; toma esa invención
con mi sello y mi cuchilla,
y á preguntar ve á Sevilla
si es mi hacha ó mi bastón.
Verdugo real te nombro;
toda la ciudad pasea,

y que mi pueblo te vea
por doquier, con eso al hombro.

PADILLA

Señor, qué será mañana
de ese furor la memoria?

DON PEDRO

Padilla, dirá la historia
lo que le diere la gana;
mas si piensan sin rebozo
esos avaros monarcas
partir mi reino y mis arcas,
porque me ven rey tan mozo,
yo haré que mi reino quede
con honra como español,
y haré ver, que sólo el sol,
tenerle debajo puede.

PADILLA

Señor, que veáis, justo es,
que las naciones enteras
tremolarán sus banderas
contra vos.

DON PEDRO

(Con fiereza.) Que vengan pues.
Yo haré tragar á Aragón,
á Roma, á Navarra y Francia,
á los unos, su arrogancia,
y á la otra, su excomunión.
Vasallos, el soberano
que oye, ve, juzga y sentencia,
abierta tiene su audiencia
para el noble y el villano.
Que si cruel tengo de ser,
preciso será primero
que me apreciéis justiciero
para saberme temer.
(Se sienta en el trono.)
Samuel, conoces á ese hombre?
(Al verdugo.)

SAMUEL

(Temblando.) Yo, señor...

DON PEDRO

No le escogiste
para un muerto que aun existe
y de quien callaste el nombre?

SAMUEL

Señor...

DON PEDRO

(Al verdugo.) Tu ración es esa:
llévatela, y no hay perdón.
Samuel, hallaste al león,
y es fuerza echarle una presa.
(Se lo llevan.)
Ballesteros, el camino
sabéis, y os los he marcado;
llevad los que os he contado
cada cual á su destino.

ESCENA XXI

DICHOS, BLAS *y* TERESA

(Á una señal de don Pedro se apoderan sus soldados de todos los conjurados y del embajador Marcos Martín, etc.)

DON PEDRO

Rapaz, acércate aquí. *(Á Blas.)*
Mataste á ese hombre?

BLAS

Piedad,
señor; sabéis la verdad.

DON PEDRO

Dísela á todos, no á mí.

BLAS

Mató á mi padre, señor,
y el tribunal, por su oro,
privóle un año del coro,
que en vez de pena es favor.

DON PEDRO

Lo oís, así el tribunal
á un asesino juzgó.
Sentencia, pues, daré yo

para el vengador igual.
Qué es tu oficio?

BLAS

Zapatero.

DON PEDRO

No han de decir, vive Dios,
que á ninguno de los dos
en mi justicia prefiero.
Pesando ambos desacatos,
si en un año cumplía él
con no rezar, cumples fiel
no haciendo en otro zapatos.
(Á Teresa.) Teresa, está ya demás
repetirte mis consejos;
ama á Pedro desde lejos,
no se lo digas jamás.
Puedes marido elegir,
que al cabo es mucho mejor
morir pobre y con honor,
que dama del rey vivir.

TERESA

Á vuestras plantas postrada,
señor, de mi orgullo loco
pídoos perdón.

DON PEDRO *(Á Teresa.)*

Mal es poco;
vete, que vas perdonada.
(Á los que quedan en la escena.)
Vosotros, canalla vil,
turba cobarde é ingrata,
que conspiráis de reata
en muchedumbre servil,
id; por necios os perdono;
id de mi reino, insensatos,
que no quiero mentecatos
en derredor de mi trono.
Fuera!

ESCENA XXII

DON PEDRO *á* PADILLA

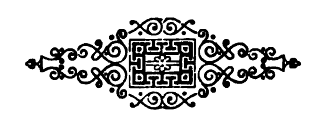
Traedme, Padilla,
de paso esos dos menguados,
que han de caminar atados
como perros en traílla.

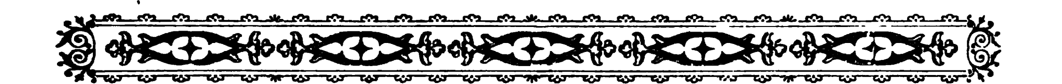
ESCENA XXIII

DON PEDRO, PADILLA, DON ALBAR
y DOÑA ALDONZA

DON PEDRO

Ahí tenéis vuestra mujer;
si no os da mengua tenella,
podéis aun vivir con ella;
si no un convento escoger.
Mas tened cuenta, Guzmán;
si en mis reinos os encuentro,
dos horcas frontera adentro
desde hoy os aguardarán;
que mientras pueda mi ley
sonar por ambas Castillas,
la han de escuchar de rodillas
desde el zapatero al rey.





TEMPESTAD DE VERANO

Toledo, 28 de Julio de 1834

FRAGMENTOS

I

Por entre moradas nubes
derrama su lumbre el sol,
y el valle, el monte y el llano
ascuas á su impulso son.

Busca el pájaro en las ramas
abrigo consolador,
y al pie del robusto tronco
dormita el toro feroz.

La lengua tinta de espuma
tiene de turbio color;
secas las fauces, que tragan
abrasada aspiración.

Tardos vagan los reptiles
de sus grutas en redor,
entre la tostada hierba,
huyendo la luz del sol.

No arrulla tórtola triste
con lastimero clamor
entre el follaje sombrío
su enamorada aflicción;

Ni estremeciendo las plumas,
al dar arranque á la voz,
en dulces trinos gorjea
armonioso ruiseñor.

Ni se oye de los insectos
el ronco y cansado son,
ni los olmos se columpian
con susurrante rumor.

Ni las espigas se doblan
en vistosa confusión,
ni entona groseras letras
allá en el valle el pastor.

Ni trepa la suelta cabra
por el agudo peñón,
de una vana hierbecilla,
libre y caprichosa, en pos.

Ni ladra el mastín atento,
ni aúlla el lobo traidor,
ni cruza por la vereda
de hormigas largo cordón.

Ni en la ciudad ni en el llano,
ocioso ni reñidor,
aguarda en peña ó esquina,
amigo, dueña ó matón.

Ni asoman dos ojos negros
velando en un mirador
la estrecha y oscura calle
con diligente atención.

Todo calla, inmoble y mustio,
de Toledo en derredor,
bajo la choza pajiza,
bajo el calado artesón.

Que al lejos, como la sombra
del brazo airado de Dios,
avanza con dobles alas
nublado amenazador;

Y con él nubes y nubes
en apiñado escuadrón,
que, encapotando los cielos,
van á atropellar al sol.

Allá en su cóncavo seno
brama oculto el aquilón,
el trueno encerrado muge,
hierve el rayo asolador.

Y todo en informe masa,
en espantoso montón,
sin fuerzas ni ley que basten
á detener su furor.

Rueda en la atmósfera á ciegas,
como buque sin timón,
como peñasco gigante
que ancho volcán vomitó.

Doblan roncas las campanas,
y á su colosal clamor
se estremece el aura densa
con rápida vibración.

El firmamento desploma
en hálito abrasador
cuanto fuego en sus entrañas
el Altísimo encerró.

Sólo el monje fatigado
cruza tarde el callejón
hacia el silencioso templo,
á alzar himnos al Señor.

Tal vez del lecho le arranca
el importuno reloj,
y va acongojado y lento
murmurando una oración,

En imperceptibles voces
y murmurante rumor,
que, entre el son de las campanas,
al elevarse se ahogó.

Al cabo desaparece,
y apostado en el portón,
el mendigo le saluda
con desfallecida voz.

He aquí el negro nublado,
que, como hambriento dragón,
toda la lumbre del día
de un solo empuje sorbió!

Quién sabe al flotante monstruo
la fuerza que ha dado Dios?
Quién sabe las maldiciones
con que su vientre preñó?

Quién sabe, después que pase,
lo que ha de dejar en pos?
Quién de los que hora le vemos,
podrá decir que le vió?

Cuando rasgue sus tinieblas,
cuando derrame su voz,
qué luz brillará en el polvo?
Qué garganta hará rumor?

II

Quedaron en calma un punto
ambos á par, aire y tierra,
del imponente nublado
bajo las alas espesas,

Y á la luz de aquel crepúsculo
que, más que ilumina, ciega,
en la horrible incertidumbre
de la luz y las tinieblas,

El aire que se respira
la avara garganta seca,
y en el sudor de la frente
húmedo el rostro gotea.

Relincha el caballo inquieto
en la cuadra que le encierra;
el perro, espantado, aúlla,
y, receloso, olfatea.

El pájaro de su jaula
contra el alambre se estrecha,
y al abrigo de sus plumas
escucha, mira y recela.

Sólo la afanosa araña
su red y su caza deja,
é inmoble y pegada al muro,
el trueno y la lluvia espera.

Ancha, redonda, abrasada
bajó una gota que, apenas
mojando el sitio en que posa,
desvaneciéndose humea.

Dobla el calor, y la calma
y la fatiga se aumentan,
y en trémula espectativa
todo calla y todo vela.

Y el mundo semeja un reo
que mira desde una reja
cómo en la plaza su cómplice
al pie del cadalso llega.

Y duda, y vacila, y teme
que se salve y que perezca,
porque una palabra suya
ó le salva ó le condena.

III

Un relámpago!—Al punto desatadas,
el arenal las ráfagas barrieron,
y, en espeso tumulto aglomeradas,
las nubes el crepúsculo sorbieron.

En tinieblas cerróse el aire impuro;
el hombre, amedrentado y temeroso,
el recio temporal llamó á conjuro,
de las campanas al doblar medroso.

Y rotas las barreras del nublado,
la lluvia y el granizo se desploman,
y allá en su centro, en círculo abrasado,
los fugaces relámpagos asoman.

Sin tregua entonces, ni piedad, ni freno,
agua, granizo y viento se esparraman,
y al hondo son del prolongado trueno,
talan, devoran y en tumulto braman.

Hierve el turbión, cegáronse las fuentes;
los arroyos hinchados y bravíos
bajaron, convertidos en torrentes,
á desgarrar los diques de los ríos.

Sus altaneras ondas vencedoras
los campos adelante se llevaron,
y, envueltos en las ondas bramadoras,
mieses, cabañas y árboles bajaron.

Peñas, casas, ganados y pastores,
todos siguieron el fatal destino;
presa de sus esfuerzos vengadores,
no quedó senda, ruta ni camino.

....
....

Y oran allí, á los pies de los altares,
en humilde tropel las criaturas,
al Dios que las tormentas y los mares
humilla con su voz en las alturas.

Del ronco viento al vigoroso empuje,
del templo gime el colosal cimiento;
estremecida la techumbre cruje,
y en sus esquinas se desgarra el viento.

Crece el turbión; las sombras del nublado
ancha guarida por el templo toman,
y en el cristal del rosetón pintado
rápidos los relámpagos asoman.

Á veces, como grupos encendidos
de espectros y diabólicas figuras,
vacilan en los vidrios sacudidos,
variando de contornos las pinturas.

El áspero granizo les azota;
y al darles luz la exhalación por fuera,
cada en los vidrios suspendida gota,
un sol y una fantasma reverbera.

Es el aire un murmullo indefinible,
donde sin leyes, ni prisión ni valla,
los espíritus dan, en ronda horrible,
zambra impura y quimérica batalla.

Cada puerta ojival, cóncava y hueca,
entre su red de góticas labores,
una osamenta descarnada y seca
dibuja entre fantásticos colores.

Cada verja una hilera de esqueletos,
cada capilla un antro de vampiros
que columpian y doblan los objetos,
que lanzan ayes, cantos y suspiros.

Cada ventana una abrasada boca
que, abierta en espantosa carcajada,
apenas el relámpago la toca,
respira una sulfúrea llamarada.

Hoguera horrible, á cuya luz errante
en rauda confusión saltan y flotan
las figuras que el vidrio vacilante
con cuerpos de color manchan y embotan.

Y á la par, en un punto, en todas partes,
en cada vidrio que la lumbre hiere,
gestos, hachones, cruces, estandartes...
y el relámpago pasa, y todo muere.

Tropa infernal de sombras vaporosas!
Abortos estrambóticos del miedo,
á quien da faz y formas religiosas,
crédula y fácil, la oriental Toledo!

IV

Y entre nubes purpurinas
peregrinas
de azulado tornasol,
tendió el iris á lo lejos
los reflejos
de los colores del sol.

Tendió en riquísimas bandas
siete randas
sobre el invisible tul
con que tan falaz nos miente
el manso ambiente
ese firmamento azul.

Salve, ilusión de consuelo
con que el cielo
cierra el paso al vendaval,
levantando en su alegría
el claro día
arco espléndido triunfal!

Salve, luz tornasolada,
delicada
prenda mágica de paz,
en que el cielo jura al alma
dulce calma
tras la negra tempestad!

Salve, oh iris pasajero,
mensajero
del Supremo Criador,
en cuyos colores siete
nos promete
solaz y treguas y amor!

Por tí en el rojo Occidente
transparente
vuelve el sol á levantar
la faz pura, esplendorosa
y luminosa
al acostarse en el mar.

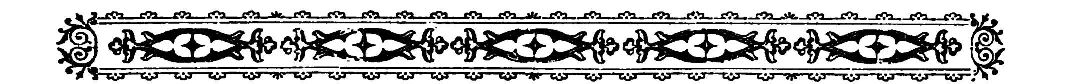
Por tí con cánticos suaves
van las aves
surcando el aura otra vez,
loando en dulces rumores
los primores
de tu excelsa brillantez.

Por tí en delicadas tocas
de las rocas
se desprende virginal
la melancólica niebla
cuando puebla
el ámbito celestial.

Por tí á través de su vuelo
luz da al cielo
la luna en turbio crespón,
como reina macilenta
que se ostenta
en magnífica ilusión.

Por tí dejan las estrellas
blancas huellas
de su opaca reina en pos,
como lámparas dudosas
ostentosas
en el alcázar de Dios.

Salve, ilusión de consuelo
con que el cielo
cierra el paso al vendaval,
levantando en su alegría
al claro día
arco espléndido triunfal!



Á la niña C. D. G.

Niña que creces ufana,
flor temprana
de la vida en el verjel,
ostentando primorosa
flor pomposa
tus mil matices en él,

Ríe y canta mientras dura
la frescura
y la pompa de tu abril,
mientras luce claro el día,
vida mía!
de tu fortuna infantil.

Que de vida y de luz lleno
hoy sereno
brilla espléndido tu sol,
y con vivo lampo dora
de tu aurora
el purísimo arrebol.

Ríe y canta: que este yerto
gran desierto
que llamamos mundo aquí,
aun guarda blandos olores,
ricas flores
y regalo para tí.

Aun en él para tu infancia
hay fragancia,
calma, sombra, fresco y paz,
sin que viento revoltoso
tempestuoso
interrumpa tu solaz.

Aun podrás colgar tu cuna
de la luna
al tranquilo resplandor,
mientras el aura estremece
y te adormece
con su canto el ruiseñor.

Aun podrás con tu sonrisa
blanda brisa
conjurar para dormir,
sin que turbe tu contento
un pensamiento
del dudoso porvenir.

Aun podrás en deliciosos
vaporosos
blancos sueños delirar,
sin temer que el desengaño
vele huraño
á tu lado al despertar.

Que los niños, mientra os dura
la ventura
de la cándida niñez,
siempre halláis un seno amigo
que os da abrigo,
calma y defensa á la vez.

Ramas de amorosa hiedra
que á la piedra
que os ampara os acogéis,
pagándola en fortaleza
y en belleza
el favor que la debéis.

Ah! Y podéis tornar los ojos
sin enojos
ni zozobra criminal
á buscar un tierno abrazo
en el regazo
que os sustenta maternal.

Que sois ángeles los niños
como armiños
en pureza y en candor;
dulces prendas de consuelo
que en su duelo
da á los hombres el Criador.

Ríe y canta, niña hermosa,
flor pomposa
de la vida en el verjel;
ríe y canta mientras dura
la ventura
y la paz que hallas en él.

—

Ríe y canta tu alegre primavera,
mariposa de cándido color,
que te meces inquieta y pasajera
de árbol en árbol, y de flor en flor.

Mientras puedes gozar, goza y delira;
mientras, en este yermo baladí,
la ráfaga que abrasa al que la aspira,
brisa te da consoladora á tí.

Goza, niña, tranquila y descuidada
las dulces horas que de amor te dan,
sin acordarte de la edad pasada,
ni del dudoso y venidero afán.

Goza, niña, en tan mágico embeleso
el puro halago del materno amor,
el labio atento al regalado beso,
la frente tinta de infantil rubor.

Esa es tu dicha, tu placer, tu vida,
vivir amando, y para tí no hay más,
en el regazo maternal dormida,
sin ver delante y sin mirar atrás.

Oh, ven, hermosa, á mis cansados brazos!
Yo quiero amarte y delirar también:
quiero gozar tus débiles abrazos,
besar tus labios y tu blanca sien.

Si tú alcanzaras á saber de un niño
los mimos inocentes lo que son,
y cuánto calma un infantil cariño
la amargura y pesar del corazón...!

—

Ven: sentada en mis rodillas,
tus mejillas
amoroso besaré;
beberé en tus ojos bellos
cuanta vida encuentre en ellos,
y en su luz me miraré.

Si en mis brazos arrullada
fatigada
te pluguiera dormitar,
porque duermas muellemente
alzaré confusamente
algún lánguido cantar.

Y si alegre, entretenida
estás, mi vida!
escuchándome decir,
te contaré lindos cuentos
de fadas y encantamientos
que te halaguen al dormir.

Te diré historias tan bellas
que con ellas
sueñes, niña, sin cesar;
te diré cosas tan suaves
como el canto de las aves
y del aura el susurrar.

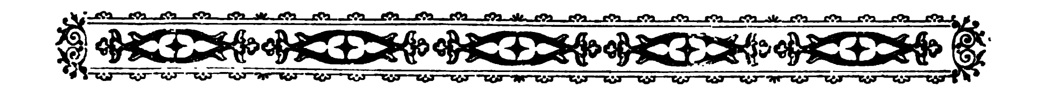
Ríe, niña, y canta ufana,
flor temprana
de la vida en el verjel;
ríe y canta mientras dura
el regalo y la ventura
y la paz que hallas en él.

Antes que tu edad contenta
la tormenta
desgarre de una pasión,
ríe y canta mientra inerme
en la paz del tiempo duerme
encerrado el aquilón.

Mientras lejos de tí braman
y esparraman
las venturas del vivir
los mundanos vendavales,
tú las dichas terrenales
apresúrate á reir.

Ríe y canta, niña hermosa,
flor pomposa
de la vida en el verjel;
ríe y canta mientras dura
el regalo y la ventura
y la paz que hallas en él.





A UNA CALAVERA

FANTASÍA

—Conoces á ese hombre?
—No, por cierto.
—Mírale bien, y tómale las señas.
—Imposible. Lleva una máscara tan impenetrable como las tinieblas.

F. Cooper.

Ahí estás tú, secreto de la vida,
espantosa memoria de la muerte!
Cifra cuanto fatal desconocida,
quién alcanzó jamás á comprenderte?

Honda verdad donde el vivir se encierra,
jeroglífico audaz, testigo mudo,
que incrustó en los dinteles de la tierra
quien sostenerse á su dintel no pudo.

Ahí estás, con tu irónica sonrisa,
tus huecos ojos y tu calva frente,
aguardando tal vez la última brisa
que al puerto del morir lleve la gente.

Qué miran, dí, tus cóncavos vacíos?
Qué escuchan tus oídos sin orejas?
Ríen de los humanos desvaríos
con gesto inmóvil tus encías viejas?

Quién eres, dí, desnuda calavera,
crédito del que fué, prenda de alguno,
que, por ser una prenda de cualquiera,
no como suya te querrá ninguno?

Fuistes hermosa y joven, y adorada;
fuiste grande, feliz, rica y temida,
ó cruzastes el mundo despreciada
mendigando tu pan desconocida?

Si fuiste rey, qué se hizo tu corona?
Si grande, qué se hicieron tus blasones?
Quién tu nobleza y tu poder abona
del callado sepulcro en las regiones?

Oyes alguna vez esa campana
que dobla por los vivos que murieron?
Al eco de su voz triste y lejana,
sabes tú si las almas acudieron?

Alguna vez, sombría calavera,
acaso algunos monjes te llevaron
á un templo, donde en pompa lastimera
sobre un negro ataúd te colocaron?

Si registraste su morada oscura,
sin duda que gozaras cuando vieras
tantas cabezas, que la tierra impura
ha de tornar en tantas calaveras!

Si dejaste la luz triste y mendigo,
no te halagaba en la mortuoria fiesta,
en recinto común tener contigo
un pueblo, un trono, un ara y una orquesta?

Cuando á la roja luz de los blandones
en el metal del ara te veías,
al contemplar tus cóncavas facciones,
tu espantoso mohín, no te reías?

Al revolver tus viejos pensamientos,
si acaso pensamientos te dejaron
las lluvias, los gusanos y los vientos,
no te excitó á reir lo que pensaron?

Aquella niña hermosa que escondía
los dedos de marfil, torneados, puros,
entre los rizos que en la sien mecía
en confusión como la sombra oscuros;

Sus ojos de azabache, que espiaban
los ojos del mancebo irreverente,
á cuyo fuego criminal brotaban
las rosas del pudor sobre su frente;

Aquella niña bulliciosa, inquieta,
la sien ceñida de crespón y flores,
que, por ajeno parecer sujeta,
á los pies del altar soñaba amores;

Tú la veías seca y descarnada,
sin cuanto bello en la hermosura hechiza,
calva la frente, huera la mirada,
los labios de coral vueltos ceniza.

Oh! Gran cosa ha de ser sobre una tumba
contemplar en el polvo reunida
la loca multitud que se derrumba
por el gran precipicio de la vida!

Gran cosa, vive Dios! llamar á fiesta
con la gigante voz de las campanas,
y encender cirios y aprestar orquesta,
y alzar altares y entoldar ventanas,

Y convidar á celebrar su nada
á cuanta juventud, pompa y belleza
vegeta en una tierra condenada
á acabar en la nada donde empieza.

Oh! Gran cosa tener en una farsa
el principal papel, la voz primera,
y ver alrededor pueblo y comparsa,
siendo en un funeral la calavera!

Tener un rey y un pueblo prosternado,
cabizbajo y sin voz, humilde y quedo;
todo el poder del mundo arrodillado,
lleno el cobarde corazón de miedo!

Oh! Gran cosa tener reyes y hermosas
descubierta y doblada la cabeza,
sin poder en las manos poderosas,
sin encantos ni gracia en la belleza!

Y en un sitial de muerte y podredumbre
sentirle bajo el pie como un juguete,
y reir de la esclava muchedumbre
á la sombra de sórdido bonete!

Gran corona imperial! Grave tocado!
Entre un harapo inútil é irrisorio,
un esqueleto seco y cercenado,
presidiendo en un túmulo mortuorio!

Grave fiesta terrena! Regia pompa,
donde vamos los míseros mortales,
al ronco son de la funesta trompa,
á cantar nuestros propios funerales!

Donde, á la entrada del fatal recinto,
suenan los brindis, la algazara y grita
que dentro del mundano laberinto
al insensato populacho irrita!

Oh! Tú puedes decirle al mundo entero:
«Ríete y bebe, miserable, y danza,
mientra en el lecho funeral te espero,
porque yo soy tu fin y tu esperanza.»

Y no ríes, sombría calavera?
No se te antoja descender al llano,
y entrar en el festín como cualquiera
y á una hermosa ofrecer la seca mano?

Agitar tu esqueleto en danza loca,
con tus huesos ceñir una cintura,
y preparar en la desierta boca
un ósculo á la gracia y la hermosura?

Porque, si fuiste bella en otros días,
con ojos negros, labios de corales,
alguna vez sin duda gustarías
la dulce hiel de halagos criminales.

Porque, si fuiste grande y poderoso,
sin duda que en ensayos seductores
sondaras el secreto vergonzoso
de trastornar en duelos los amores.

Porque, si esclavo fuistes ó mendigo,
ansiarías de grandes y de dueños
los que no dividieron ay! contigo
torpes placeres y nefandos sueños.

Porque, si fuiste austero solitario,
allá en la soledad de tu retiro
alguna vez lanzaras temerario
en pos de otro placer algún suspiro.

No se te antoja descender al llano,
engalanada y fácil, y ligera,
y en la fiesta mostrar al mundo insano
de repente tu calva calavera?

Oh! Qué te falta para bien tamaño?
Una piel transparente y delicada
que cubra el espantoso desengaño
del secreto fatal de nuestra nada?

Y qué importa la piel? Manto gastado
que nos presta al nacer la tierra ruda,
serás una beldad que han convidado,
y por mostrarla más, viene desnuda.

Oh! Ven á delirar donde deliren,
y serás la verdad á quien adoren,
y el espejo serás en que se miren
cuando, al tocar su fin, clamen y lloren.

Y ven á murmurar donde murmuren,
á cantar donde canten, las botellas
á apurar donde en orgía las apuren
en ebria confusión ellos con ellas.

Brinda altanera cuando brinden todos,
y con todos también jura y blasfema,
hasta que doblen la cerviz, beodos,
para alzarla á la voz de tu anatema.

—

Harapo que deja el hombre
por que su raza al pasar
el suelo en su viaje alfombre;
firma fatal cuyo nombre
no se alcanza á deletrear.

Y es cierto, cráneo pajizo,
que, aunque pese al corazón,
eres tú para quien se hizo
tanta gala y tanto hechizo,
tanta y tanta creación?

Es cierto que en otros días,
con otra faz y otra tez,
como yo vivo vivías,
como yo río reías,
ajeno de tu hediondez?

Que en esos cóncavos hondos
dos ojos aposentabas
vivos, inquietos, redondos,
y que esos dientes hediondos
en dos labios encerrabas?

Que en tu roída mejilla
brillaron matices bellos
en tu tierna edad sencilla,
y que en tu sien amarilla
se arraigaron los cabellos?

Es cierto, dí, que esa boca
sin contornos ni calor,
que hoy sólo la muerte evoca,
manó en tu esperanza loca
dulces palabras de amor?

Que acaso el labio amoroso,
en suavísimo embeleso,
á un amante cariñoso
demandaba voluptuoso
regaladísimo beso?

Que tal vez, sabio profundo,
pasabas tus largas horas
sombrío y meditabundo,
buscando avaro en el mundo
venturas engañadoras?

Que tal vez el ojo atento,
sobre un libro amarillento
en tu amarga soledad,
se agotó tu pensamiento
pensando tu eternidad?

Que tal vez, señor mundano
de alcázares y jardines,
viviste torpe y liviano,
entre tropel cortesano,
en impúdicos festines?

Y ese mundo baladí,
sabio, amante, loco ó rey,
te trajo con mofa aquí,
diciéndote: «Esta es la ley.
Cadáver, descansa ahí.»

Oh! Nada nos deja ver
de tus historias de ayer,
tras de tu faz deleznable,
tu máscara impenetrable,
imposible de romper!

Todo lo envuelve esa muda,
vaga, insondable verdad
que tu inmoble gesto escuda;
esa verdad que desnuda
la invisible eternidad.

Y el pensamiento altanero
viéne á estrellarse, ay de mí!
en ese gesto severo,
que es un centinela fiero
de lo que hay detrás de tí.

En vano dentro la mente
se revelan revoltosas
las ideas locamente,
creándose de repente
teorías mentirosas.

Todas vienen á espirar
en tus cóncavos vacíos,
cual las fuentes van á dar
sus arroyos á los ríos,
y los ríos á la mar.

En vano la vida entera
contra tu verdad conspira,
desdeñosa calavera;
que todo en tu faz severa
se desvanece ó espira:

En esa cerviz curada
al soplo de la tormenta,
por el tiempo descarnada,
cuya vida inanimada
ni el tiempo ni el sol calienta;

Y en tu mirada indecisa,
y en tu irónica sonrisa,
y en esa hendida y entera,
seca y solitaria hilera
de tu dentadura lisa.

Y ahí te estás entre la arena,
como una cosa caída;
como inútil prenda ajena,
á quien nadie juzga buena
sólo porque está perdida.

Y, por Dios! que, si los hombros
que un día te sustentaran,
volvieran á estos escombros
á buscarte, con qué asombros
de placer te acariciaran!

Oh! Si, alzándote una vez,
aún te pluguiera ostentar
la perdida esplendidez,
y quisieras tu hediondez
con tu vida engalanar;

Y prendieras en tu frente
unos cabellos postizos,
que en madeja reluciente
cayeran confusamente
en mil perfumados rizos;

Y el esqueleto sonoro
velaras altiva tú
con minucioso decoro
entre nácar, perlas y oro
y entre crujiente tisú;

Cubrieras el seco cuello
entre las flotantes plumas,
los collares y el cabello,
velos echando sobre ello
tan sutiles como espumas;

Y el repugnante mohín
de tu inmoble rostro viejo,
con esa risa sin fin
asomaras á un festín,
tomándole por espejo!

....

Si acaso, rey destronado,
se te antojara salir
para ver do está enterrado
el ejército arrojado
que llevaste á combatir;

Y allá en el campo desierto
do fué tu postrer batalla,
de aquel mausoleo abierto,
tu pueblo evocaras muerto,
de entre el polvo en que se halla;

Y si, á tu voz poderosa
despertando con asombro,
tu nación volviera ansiosa,
trayendo el arnés al hombro
en faz de guerra espantosa...

Oh! Diabólico senado,
medrosa, horrible ilusión,
ver tanto esqueleto armado
en torno un rey, convocado
al dintel del panteón!

Y si vagaran errantes
ensordeciendo la tierra,
combatiéndose pujantes
con clamores insultantes
pregonando impía guerra...

—

Ah! Delirios son del alma,
que no te alcanza, Señor,
en los terribles secretos
de tu infinita creación!

En los tormentosos días
de mi mundanal dolor,
medité desesperado
sobre los sepulcros yo.

Pasé de tumbas á tumbas,
de mi porvenir en pos,
y en todas encontré polvo,
en todas polvo, Señor.

En todas esa sentencia
que cae sobre quien nació,
desde esos gestos inmobles
sin miradas y sin voz.

En todas esos despojos,
en cuya horrible atención,
en cuya eterna sonrisa
de complacencia feroz;

En cuyo todo espantoso
deletrea el corazón
la triste palabra NADA,
confundido de pavor.

Y es ése, Señor, el hombre
que de tu mano salió,
hecho á semejanza tuya,
aborto digno de un Dios?

Es ésta, Señor, la vida,
que como una maldición
nos carcome cuanto bello
tu bondad nos regaló?

Entonces, ay! qué nos vale
que alumbre tan puro el sol,
y en la noche se refleje
la luna en su resplandor?

Qué sirve que allá en los bosques,
en pintada confusión,
canten en bandos alegres
el mirlo y el ruiseñor?

Que los árboles murmuren
en melancólico son,
y esponje á su blanda sombra
su dulce cáliz la flor?

Qué sirve que en blanda arena
tienda su curso veloz
el arroyuelo que viste
la pradera de verdor,

Y con sus líquidas perlas
los jazmines, juguetón,
salpique, con que la pródiga
primavera le alfombró?

Que el mar se encorve bramando
de las playas en redor,
y le azote y le sacuda
revoltoso el aquilón?

Qué sirve ese cielo azul
en cuyo centro adunó
mil nubes tornasoladas
en caprichoso montón,

Si todo no es más, al cabo,
este universo, Señor,
que de una inmensa familia
el inmenso panteón?

Qué sirve á esa calavera
una existencia de honor,
una vida de virtudes,
de crimen ó de aflicción?

Qué le vale todo un siglo
de penitencia ó de amor,
la corona ó la cadena
que en este mundo arrastró,

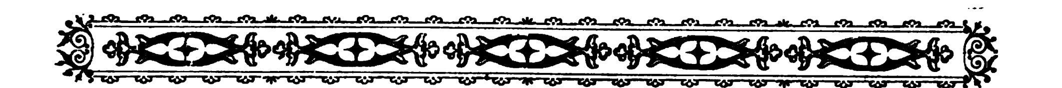
Si el hombre que la llevaba,
al salir de esta mansión,
como una máscara inútil,
despechado, la arrojó?

En vano la he demandado
por la infamia ó el blasón
del dueño que en ese osario
entre el polvo la olvidó.

Su vago mirar me espanta,
su sonrisa me da horror,
y su boca tiene ahogada
en la garganta la voz.

Qué espera? Tal vez lo ignora.
Ahí está, al aire y al sol,
eternamente riendo
de cuanto pasa y pasó,

Al borde de la vereda
que conduce al panteón,
diciendo á cada viajero
con eterna risa:—Adiós!



LAS HOJAS SECAS

Á MI MADRE

Dicen que todo al fin se desvanece,
todo pasa, se olvida, pierde y borra...
Yo no soy infeliz, mas vivo triste,
y un torcedor arrastro en mi memoria.
Un templo, un bosque, un ave que pasando
cruza en el viento descarriada y sola,
prensan mi corazón, y á mis pupilas
solitaria una lágrima se asoma.
Pláceme ver un claro riachuelo
lamer su orilla con azules ondas,
y al resplandor del trémulo crepúsculo
sentir la fuente murmurar sonora.
Pláceme ver tras el opuesto monte
hundir al sol su faz esplendorosa,
y despedirle desde el hondo valle
al compás de las aguas y las hojas.
Y pláceme en paseos solitarios,
en dulces sueños delirando sombras,
perderme en la floresta sin camino,
ideando quiméricas historias.
La mía es triste: cansa y no interesa;
sin aventuras intrincadas, corta:
es una historia solamente mía,
como otras muchas que á la vez se ignoran.
Es la historia de un sueño fatigoso
en que nada sucede, nada importa;
no se comprende, pero no se olvida,
y sus vagos recuerdos nos acosan.
Yo la recuerdo con vergüenza siempre;
temo profundizarla, y sus memorias,
como gotas de mágico veneno,
caen en mi corazón una tras otra.
Qué os hicísteis, dulcísimos instantes
de mi infancia gentil? Do están ahora
los labios de coral que me colmaron
de blandos besos que mis ojos lloran?
Do está la mano amiga que trenzaba
la hebras mil de mi melena blonda,
tejiéndome coronas en la frente
de azucenas silvestres y amapolas?
Era, ay de mí! mi madre: alegre entonces,
tranquila, amante, como el alba hermosa;
jamás me ha parecido otra hermosura
tan digna de vivir en mi memoria.
Apartáos, impúdicas quimeras!
Más os detesto cuanto más vosotras
tenaces me seguís; ya no sois nada:
cesó el festín, rompiéronse las copas.
Ella es mi madre: sus ardientes besos
con vuestra vil presencia se inficionan.
Idos en paz, que el llanto de sus ojos,
del alma impura vuestra imagen borra!

—

Madre, te encuentro llorando!
Ah, no atiendes á mis voces!
Mírame: no me conoces?
Tan mudado, madre, estoy?
Tan pronto borrar pudieron
mi rostro las desventuras...?
Bebí tantas amarguras!
Pero, al fin, madre, yo soy!

Cuán trémula está tu mano!
Tu corazón cuán opreso!
Madre, no tienes un beso
ni una queja para mí?
Lloras! Beberé tu llanto...
Mas abrasan tus mejillas...
Héme, madre, de rodillas,
avergonzado ante tí.

Apartas de mí los ojos;
sufres viéndome, lo veo;
mas estoy como está el reo
humillado ante su Dios.
Tornadme el rostro, señora;
y aunque lo tornéis severo,
que sea el favor postrero,
por que me ausente de vos.

Lo sé: receláis acaso
que vendí vuestro cariño
por el impúdico aliño
de otro amor más terrenal!
Este color de mi frente,
tal vez os parece impuro...
Oh, madre mía, os lo juro!
me habéis comprendido mal!

Soñé, y me desvanecieron
mis fatales ilusiones;
sentí mis locas pasiones
dentro de mi pecho arder.
La tempestad era horrible;
la noche lóbrega, densa;
la mar tormentosa, inmensa;
mi barca débil... Qué hacer?

Lanzado al mar sin aviso,
dejéme llevar del viento;
sacóme el mar turbulento
á otra playa de ilusión:
yo á lo lejos la miraba;
y era una tierra tan bella,
que el pasar, madre, por ella
fué terrible tentación.

Bebí el agua de sus fuentes,
gocé el aura de sus flores;
embriagado en sus amores,
en sus bosques me adormí;
allí el placer me esperaba,
vos en la opuesta ribera...
Horrible tentación era;
mas luché, madre, y vencí.

Tal vez en mi sien soñaba
glorioso laurel naciente:
yo le arranqué de mi frente:
pensaba en vos, y le hollé.
Allí quedó entre la arena;
y, al lanzarle, dije:—Crece;
que si mi sien te merece,
más ansioso volveré.

En vano mis ilusiones
me acosaron tumultuosas;
á las ondas procelosas
me arrojé audaz y volví.
Sin fuerza, sin esperanza,
madre, en mi congoja fiera,
tu imagen fué la postrera
que guardé mientras viví.

Mas tú inconsolable lloras
sin atender á mis voces!
Mi vida, no me conoces?
Tan mudado, madre, estoy?
Tan pronto borrar pudieron
mi rostro las desventuras?
Bebí tantas amarguras...!
Pero, al fin, madre, yo soy.

Mas no me escuchas! Llorando,
la faz amorosa escondes!
Te llamo y no me respondes.
Tanto, madre, te ultrajé?
Te entiendo, por fin; yo solo
no basto ya á consolarte;
me será fuerza dejarte,
y á la mar me volveré.

—

Mas oye. Es el otoño; rebramando,
el ábrego los árboles sacude;
de roncos cuervos el siniestro bando
á los peñascos cóncavos acude.

Brilla sin fuerza el sol en Occidente,
y allá en la falda de espinoso risco
guía el pastor con paso indiferente
las humildes ovejas al aprisco.

Seco el follaje de la selva umbría,
de sus verdes doseles se despoja,
y, al empuje de ráfaga bravía,
el bosque se desnuda hoja por hoja.

El ábrego las huella y arrebata,
las arrastra en revuelto torbellino,
ciega en la fuente la serena plata,
borra los lindes del igual camino.

Triste fantasma del verjel ameno
y esqueleto fantástico semeja
cada desnudo tronco, un día lleno
de la sombra magnífica que deja.

Flores, en dónde estáis y do se esconden
los céspedes que amenos os cercaban?
Cómo los ruiseñores no responden
al son de las alondras que pasaban?

Qué es del arrullo de la mansa fuente
donde á beber bajaban las palomas?
Qué es del aura que erraba suavemente
cargada de suspiros y de aromas?

Las galas del Abril se marchitaron,
los céfiros errantes se extinguieron,
en ayes los murmullos se tornaron,
y anchos arroyos las corrientes fueron.

Todo pasó. En el valle pantanoso
hay, en vez de una fuente, una laguna,
y en las ramas del álamo pomposo
las hojas se desprenden una á una.

—

Así, madre, van mis días,
con las hojas de consuno,
desprendiéndose uno á uno,
al vaivén de la pasión.
Y así van las ilusiones
de mi esperanza importuna
desprendiéndose una á una
de mi seco corazón.

Como esas hojas marchitas
no volverán á su rama,
el cierzo las desparrama,
la lluvia las pudrirá.

Como el bosque queda triste,
y silencioso y desnudo,
seco y solitario y mudo
mi corazón siento ya.

Esas hojas amarillas
que ayer nos prestaron sombra,
ni aun las querrá por alfombra
el tornasolado Abril:
míralas, madre, cuál ruedan
entre la arena perdidas,
holladas y sacudidas
por el aura más sutil.

Eso son nuestras creencias,
nuestras míseras ficciones:
eso son nuestras pasiones,
nuestra vida terrenal:
nacen, dan sombra un instante,
suenan, se mecen, se cruzan,
caen, ruedan, se desmenuzan
y las lleva el vendaval.

Si ellas al rápido soplo
del cierzo desaparecen,
otras en el árbol crecen
y se apiñan otra vez:
mas yo iré, cual hoja seca,
por el viento desprendida,
arrastrando de mi vida
la juventud, la vejez.

Y el negro remordimiento
irá por doquier conmigo,
como verdugo y testigo
de mi perdurable afán.
Y cuando á su vieja llama
encanezcan mi cabellos,
madre, debajo de aquéllos
jamás otros nacerán.

Porque estas hojas errantes
que por mi memoria vagan;
estos recuerdos que amagan
no dejarme hasta morir;
hojas secas de mí mismo,
que, arrancadas de mi centro,
á mí asidas las encuentro
sin poderlas desasir;

No pasarán como pasan
esas hojas del otoño:
no tienen otro retoño,
mas tampoco tendrán fin:
sopla el viento y no las lleva,
cae la lluvia y las perdona;
igualmente las abona
el desierto y el jardín.

—

Dicen que todo al fin se desvanece,
todo pasa, se olvida, pierde ó borra...
Soy infeliz? No sé. Mas vivo triste
y un torcedor arrastro en mi memoria.

Madre, creerás también que todo pasa,
como en alas del ábrego las hojas,
como del vago céfiro los ayes,
como del mar las fugitivas ondas?

Crees tú que pasarán para tu hijo,
como del bosque la agostada pompa,
tus recuerdos, tu amor, tu sacra imagen,
que todo el corazón le ocupa sola?

Crees, madre, que, al huir desesperado
á playas extranjeras y remotas,
corre tras la molicie y los placeres,
busca una libertad cínica y loca?

Crees tú que anhela en climas apartados
libre gozar su juventud fogosa?
Crees que olvidado de su madre viva...?
Quien lo dijo mintió, madre y señora.

Doquier que arrastre su existencia inútil,
suerte feliz ó mísera le acorra,
ya duerma en los harapos del mendigo,
ya en blanda pluma de opulenta alcoba;

Ya espere un porvenir sin esperanza,
ya circunde su sien verde corona;
en la mazmorra, en el alcázar... madre,
donde quiera que aliente, allí te adora.

Que es mi pecho tu altar, y aquí tu imagen
nunca pasa, se olvida, pierde ó borra,
como pasan, al aire del otoño,
del bosque umbrío las marchitas hojas.



EL ZAPATERO Y EL REY

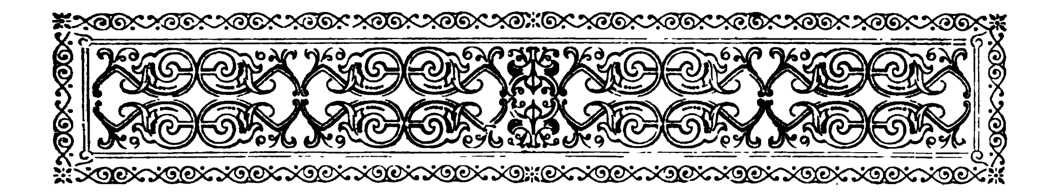
DRAMA EN CUATRO ACTOS

Aprobado para su representación por la Junta de censura de los Teatros del Reino en 17 de Octubre de 1849.

PERSONAJES

El Rey Don Pedro.
El Infante Don Enrique.
El Capitán Blas Pérez.
Juan Pascual.
Inés.
Juana.
El astrólogo Ben-Hagatin.
Men Rodríguez de Sanabria.
El Alcaide del castillo de Montiel.
Beltrán de Claquín.
Olivier de Manni.
El Vizconde de Rocaberti.
Un ermitaño.

Caballeros franceses, guardias de D. Enrique, soldados de D. Pedro, conjurados, pajes, damas, enmascarados, cazadores, monteros, músicos y pueblo.



EL ZAPATERO Y EL REY

SEGUNDA PARTE

ACTO PRIMERO

Quinta de un solo piso, de Juan Pascual, colocada de manera que el espectador vea uno de los aposentos de frente. En este aposento, y á la derecha, una alcoba cerrada con cortinas; en el fondo una puerta que da al exterior, y á la izquierda una ventana que da al campo. Éste figura un valle frondoso, á la falda de un montecillo; terreno montañoso. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

JUAN PASCUAL *é* INÉS

INÉS

Váis á salir, padre?

PASCUAL

Sí.

INÉS

Y amenazando tormenta?

PASCUAL

Tomada la tengo en cuenta,
mas no voy lejos de aquí.
Tardará mucho, á mi ver,
todavía en estallar,
y aun ha de darme lugar
para salir y volver.

INÉS

Si tenéis tal precisión,
no me opongo á que salgáis,
mas con mi gusto no váis.

PASCUAL

No alcanzo por qué razón.
Un hombre al campo avezado
y en sus fatigas curtido,
no ha de verse detenido
por un pequeño nublado.

INÉS

No es mi recelo mayor
ese nublado.

PASCUAL

Qué es pues?

INÉS

Hace dos noches ó tres
que corre cierto rumor...

PASCUAL

Por mi vida! Y tú también

das crédito á esas consejas
de muchachos y de viejas?

INÉS

Yo, padre...

PASCUAL

Basta; mantén,
Inés, la puerta cerrada;
llama al punto á tu doncella,
y en tu aposento con ella
dormid, y no temáis nada.
Lo oyes?

INÉS

Sí, señor.

PASCUAL

Pues vé,
y advierte que esto resuelvo,
Inés, porque pronto vuelvo
y no quiero hallarte en pie.

INÉS

Seréis, padre, obedecido.

PASCUAL

Así es fuerza que lo hagáis;
y aunque en el bosque sintáis,
ó dentro de casa, ruido,
ni os levantéis á escuchar,
ni á mirar os asoméis,
porque es fácil que lleguéis
á ensordecer y á cegar. *(Váse.)*

ESCENA II

INÉS *y luego* JUANA

INÉS

Conmigo tanto desvío
mi padre, y tanto misterio?
Tan franco antes, y hoy tan serio?
No sé qué piense, Dios mío!
Mas obedézcole y callo.
Juana!

JUANA

Señora.

INÉS

Al momento
vámonos á mi aposento.

JUANA

Tan pronto?

INÉS

En verdad que no hallo
de esto en padre la razón;
mas él, Juana, así lo quiso,
y obedecer es preciso.

JUANA

Si aun las ánimas no son!
Y á más de eso, olvidáis que hoy
es lunes, y el Capitán,
enamorado y galán,
vendrá...?

INÉS

Temiéndolo estoy,
que está mi padre en el bosque,
y si con él se tropieza...

JUANA

Vaya! Con tanta tibieza,
le váis á hacer que se amosque.
Él viene desde Sevilla
á escape por sólo hablaros,
y vos hacéis mil reparos
para abrir una trampilla,
por la cual, como una monja,
juráisle amor y constancia...
que él convertirá en sustancia;
mas, á hablaros sin lisonja,
no es empresa muy galana
correr posta entre dos luces,
para pegarse de bruces
hora y media á una ventana.

INÉS

No sé qué más pueda hacer
si de mi padre á disgusto...

JUANA

Y qué tiene ese hombre adusto
con nuestras cosas que ver?
Cualquiera doncella honrada
es hija del padre Adán,
y no es cosa un capitán
para ser desperdiciada.
Cualquier noble castellano
que á una mujer se dirija,
puede darla una sortija,
puede besarla una mano.
De día encontrarla puede,
si con tiento se le avisa,
en baile, en paseo, en misa,
sin que por liviana quede.
Y á un hombre de quien se admiten
palabras de amor sinceras,
libertades tan ligeras
sin desdoro se permiten.
Vos nada le concedéis
á ese pobre Capitán,
que viene muerto de afán
tan sólo porque le déis,
á través de esa ventana,
una esperanza perdida,
que alarga á su amor la vida
hasta que vuelve mañana.

INÉS

Ay, Juana! Bien sabe Dios
que amo á ese hombre cuanto puedo,
mas tengo á mi padre miedo.

JUANA

Se ha de casar él por vos?
Y en fin, qué puede decir?
Es un bravo militar
que por vos puede mirar
y defendiéndoos morir.
Vuestro padre...

INÉS

Calla, calla...
Con mi padre ha puesto el cielo
entre mí y el mundo un velo,
y ante ese hombre una muralla.
Muchas veces, ay de mí!
me ha dicho:—«Inés, si la suerte
se inclina á favorecerte,
gran precio tienes en tí;
mas si, como ahora sospecho,
mantiene igual la balanza,
Inés, tu sola esperanza
viene á ser un cláustro estrecho.»

JUANA

Un cláustro? Vaya! Chocheces
de gente fría de seso.
Mi padre me ha dicho á mí eso
lo menos sesenta veces.
Mas oid.
(Tocan las campanas á las ánimas.)

INÉS

Tocan?

JUANA

Sin duda.
Las ánimas dando están.

INÉS

Dios quiera que el Capitán
hoy á la cita no acuda!
(Baja el Capitán por las peñas y se acerca á la ventana.)

JUANA

Estar segura podéis
de que no tardará mucho. *(Llama.)*

INÉS

Pero, Dios mío, qué escucho?
Esa es su seña.

JUANA

Lo véis?

INÉS

No abras, por Dios!

JUANA

Y ha de estar
de la ventana por fuera?

INÉS

Y si mi padre viniera?

JUANA

Más pronto le ha de encontrar
si le dáis ese plantón.

INÉS

Ah! Díle, pues, que se ausente.

JUANA

El consejo es excelente.
Preguntará la razón,
y el tiempo que ha de pasar
en respuestas y preguntas,
sabiéndole atar las puntas,
puede mucho aprovechar.
Salid á escucharle vos,
y yo desde otra ventana
acecharé.

INÉS

Tente, Juana!

JUANA

Reacia estáis, vive Dios.
Capitán? *(Se asoma y habla al Capitán.)*

CAPITÁN

Juana?

JUANA

Yo soy.
Andad en pláticas breve,
pues volver el padre debe,
que salió. Á velaros voy.
(Á Inés.) Ahora vos; y por mi vida,
no os andéis en miramientos,
y aprovechad los momentos,
que yo estaré prevenida.

ESCENA III

INÉS *dentro de la ventana, y* EL CAPITÁN *fuera*

INÉS

Capitán?

CAPITÁN

Inés?

INÉS

Sois vos?

CAPITÁN

Sí; yo soy, luz de mis ojos.

INÉS

Veros aquí me da enojos.

CAPITÁN

Tanto me odiáis?

INÉS

No, por Dios.
Capitán, yo os quiero bien;
más de lo que debo acaso,
mas me temo algún fracaso
si por desventura os ven.

CAPITÁN

Espada traigo conmigo,
y en mi amor pongo tal fe,
que si que estáis cerca sé,
en cualquier trance me obligo...

INÉS

Callad, por Dios, Capitán;
si mi padre llega á veros...

CAPITÁN

Fiad, que no he de ofenderos
en las canas de don Juan.
Si llega á verme, mi nombre
sin empacho le diré,
que os amo con mucha fe.

INÉS

Quien quier que seáis, sois hombre,
y ha de ofenderse al miraros.

CAPITÁN

Pues qué puede hallar en mí
para que se ofenda así?

INÉS

Plegue á Dios no llegue á hallaros!
Y no más me preguntéis,

que aunque os quiero con ternura,
quereros en mí es locura.

CAPITÁN

Señora, me extremecéis.
Tal vez prometida á otro
estáis por él?

INÉS

No en verdad;
mas no tengo voluntad
que ofreceros.

CAPITÁN

En un potro
vuestras palabras me ponen.
Casada estáis?

INÉS

No.

CAPITÁN

De haciendas
ó de familia contiendas
á vuestro enlace se oponen?
Hablad, que en la corte tengo
con el Rey tanto favor,
que lo que os plazca mejor
puedo hacer, si le prevengo.

INÉS

No, Capitán, que es tan rara
la fortuna que me espera,
que en ella nunca quisiera
que nadie se interesara.
Secretos ¡ay! que jamás
se aclaran un solo instante,
me vedan mirar alante,
me ciegan si miro atrás.
Mi padre no siempre ha sido
lo que ser hoy aparenta,
y yo con él por mi cuenta
graves riesgos he corrido.
Ya moza de una posada,
y ya aldeana grosera,
viví de poblados fuera,
siempre oculta y olvidada.
Una vez de este misterio
le he demandado razón,
y aun tiembla mi corazón
al recordar el imperio
con que: «En la vida, me dijo,
por tu porvenir demandes,
que tus destinos son grandes,
mas varios, según colijo.
Espera, y ruégale á Dios
que lleven igual camino
tu destino y mi destino,
á quien otro lleva en pos.»
Sí, Capitán; otro día
que puesta en una ventana
vía la gente aldeana
que en bailar se divertía,
con voz siniestra, y con ojo
torvo y escudriñador,
díjome: «Huye del amor,
que es de zarzas un manojo.
Y el que más bello imaginas
en tu amante sencillez,
sólo ha de serte tal vez
una coyunda de espinas.»
Un hombre en una ocasión
que con mi padre trataba,
notó éste que me miraba
con demasiada atención,
y aunque empeñado en su suerte
corría en su misma causa,
le dijo haciendo una pausa:
«Amarla es ir á la muerte.»
De entonces todo su anhelo
fué á todo el mundo ocultarme,
y á nadie puedo mostrarme
sino debajo de un velo.
Esto baste, Capitán,
y sírvaos esto de aviso,
para que no andéis remiso
en cosas que á mí me van.

CAPITÁN

Absorto estoy de escucharos;
mas yo satisfecho quedo
si vos me decís que puedo
correspondido adoraros.

INÉS

Harta os he dado ocasión

para que bien lo sepáis;
mas, por Dios! que lo tengáis
guardado en el corazón!
No os paréis en mis desdenes,
que son hijos del temor;
yo os amo, mas de mi amor
no os déis grandes parabienes.

CAPITÁN

Nada me toca saber
de lo que guardáis secreto;
amaros sólo es mi objeto,
y eso no más puedo hacer.
Ni los riesgos me amedrentan,
ni las desdichas me apuran,
no; mi amor os aseguran,
y mi constancia acrecientan.

INÉS

Lo mismo hallaréis en mí...
Mas cada instante que pasa,
temo que se vuelva á casa
mi padre, y os halle aquí.

CAPITÁN

Pártome, pues.

INÉS

Sí; idos presto.

CAPITÁN

Ahí os queda mi albedrío.

INÉS

También, ay de mí! va el mío
del vuestro ocupando el puesto.

CAPITÁN

Adiós, mi vida.

INÉS

Id con Dios,
Capitán, y él os dé suerte.

CAPITÁN

Para amarte hasta la muerte.

INÉS

Más allá os querré yo á vos.
(A irse el Capitán, ve que se acercan por las montañas, bajando por el camino que trajo, varios enmascarados con luces.)

CAPITÁN

Mas, qué veo, Dios divino?
Qué luces son las que avanzan,
que por las peñas se alcanzan
bajando por el camino?

INÉS

Huid, huid! Ay de mí!
No el pueblo murmura en vano.
La Virgen, si sois cristiano,
os saque con bien de aquí.

CAPITÁN

Qué habláis, señora?

INÉS

Esos ruidos
que oía yo en las montañas,
no eran del vulgo patrañas!

CAPITÁN

Cielos! Son aparecidos!

JUANA

Señora, pronto cerrad. *(Saliendo.)*
Transida vengo de miedo...
Cerrad, por Cristo...!

INÉS

No puedo,
que el Capitán...

JUANA

(Al Capitán, asomándose á la ventana.)
Por piedad,
salváos, buen caballero.
Trepad, trepad á las peñas,
y buscáos por las breñas
á viva fuerza sendero.

INÉS

No, no huyáis; esas visiones

tienen de lince los ojos.
Aplaquemos sus enojos,
Capitán, con oraciones. *(Se hinca.)*

CAPITÁN

No puedo huir, ni salvarme;
todo mi valor flaquea.

INÉS

Pues bien, sea lo que sea,
entrad también.
(Le da la mano y el Capitán salta por la ventana.)

JUANA

Ni un adarme
de serenidad me acude.

INÉS

Cerrad pronto esa ventana.
Mata esa bujía, Juana.
Ahora, que Dios nos ayude.

ESCENA IV

DOÑA INÉS, EL CAPITÁN *y* JUANA *en el cuarto;* JUAN PASCUAL *y* EL INFANTE DON ENRIQUE, *enmascarados, y seis caballeros lo mismo, bajan por las peñas á la escena, alumbrados de linternas que llevarán cuatro de los embozados.*

PASCUAL

Llegar podemos sin miedo;
del pueblo la gente tosca,
supone el bosque poblado
de apariciones medrosas.
Mi gente eché de mi casa,
y fuera ocupada toda,
sólo hay en ella mujeres
que por dormidas no estorban.
Esconded, pues, las linternas
por si una vieja curiosa
á saludar á las brujas
por las rendijas se asoma,
y ve que en mi casa entramos.

DON ENRIQUE

Y á más, guarecerse importa
de techado, porque empiezan
á ser espesas las gotas.

UNO

Terrible nublado avanza.

DON ENRIQUE

Según lo airado que sopla
el vendaval que le impele,
su duración será corta.

PASCUAL

Entrad si os place, señores,
y os cobijará esta choza.

CAPITÁN

(Dentro.) Sudando estoy de pavor.
Estoy escuchando sordas,
debajo de esa ventana,
voces de varias personas.

JUANA

Meten la llave en la puerta.

INÉS

Mi padre es.

JUANA

Á buena hora
le ocurre llegar!

INÉS

Se acercan.

CAPITÁN

Estad serena, señora.
Si es que son hombres, mi espada
os protege.

JUANA

Y si son sombras!

INÉS

No; huyamos.

CAPITÁN

Pero guiadme
si no queréis...

INÉS

Una alcoba
tiene este aposento. En ella...
(Buscando la alcoba.)
(Aparte.) De miedo no la hallo ahora.
Aquí está. Dadme la mano. *(Al Capitán.)*
Entrad... Por aquí nosotras... *(Á Juana.)*

ESCENA V

EL CAPITÁN, *en la alcoba;* DOÑA INÉS *y* JUANA, *en su aposento. Por la puerta del fondo* JUAN PASCUAL *y los enmascarados.*

PASCUAL

Este es mi cuarto, señores.
Yo me sirvo de esta alcoba.
Si gustáis...

DON ENRIQUE

Basta que vos...

PASCUAL

Cierro esta puerta;—y esotra
(La de doña Inés.)
da á un pasadizo muy largo
que en otra ala desemboca
del edificio, y en donde
una hija mía reposa,
que aunque vele, es imposible
que nada comprenda ni oiga.

DON ENRIQUE

Está bien.

PASCUAL

Pues empecemos.

DON ENRIQUE

Guardar la máscara importa,
y no hay para qué nombrarse,
conociendo las personas.
Este anillo que el Infante *(Le muestra.)*
me dió por su mano propia,
atestigua mis poderes,
y no hay quien no le conozca.
Lo que se selle con él,
él mismo lo corrobora.

PASCUAL

Ea, pues; los pergaminos
y las plumas están prontas;
despachémoslo cuanto antes.
Yo creo que nadie ignora
de los que me están oyendo,
que tuve una hermana hermosa,
de quien el rey de Castilla
tomó á cuenta la deshonra.

DON ENRIQUE

Sabemos que en una noche
dispuso unas falsas bodas;
reunió un falso Concilio
de prelados, á quien Roma
castigó debidamente.
La dió nombre de su esposa,
y después de profanarla
torpemente, abandonóla.

PASCUAL

Así es la verdad; mi hermano,
aunque al principio en su cólera
se apartó de su amistad
y amenazó su corona,
hoy lidia por su bandera,
y reales privanzas goza.
Yo no; jamás he olvidado
aquella hazaña afrentosa
de don Pedro, y la venganza
he retardado hasta ahora,
sólo por falta de un día
de ocasión segura y próspera
Ahora bien; tengo en secreto
minada á Sevilla toda,
donde una conjuración
fermenta á estallar muy próxima.
Si don Enrique me jura
dueño hacerme sin demora

de las tierras y castillos
que por este escrito constan,
yo le daré, muerta ó viva,
de don Pedro la persona.
(Don Enrique mira el pergamino que está sobre la mesa.)

DON ENRIQUE

Aunque pedís mucho, el príncipe
lo que pedís os otorga:
mas dadle una garantía.

PASCUAL

Con mi misma ofensa sobra;
y en cuanto á mi buena fe,
harto por demás la abona
el hallaros tan seguros
á una distancia tan corta
de Sevilla y de don Pedro,
cuando una voz de mi boca
daros podía una muerte
tan cierta como alevosa.

DON ENRIQUE

Decís bien; vuestro interés
tiene raíces tan hondas
como el nuestro en este asunto.
Réstanos saber ahora
qué garantía exigís
de don Enrique.

PASCUAL

Esa es cosa
que me procuré hace tiempo,
y que sólo puedo á solas
con el mismo don Enrique
tratarla yo.

DON ENRIQUE

Lo que oiga,
vea, prometa ó alcance
quien su real anillo logra,
haced cuenta que él la escucha,
la presencia y la sanciona.

PASCUAL

Pues apartáos un poco.

DON ENRIQUE

Hablad.

PASCUAL

(Con misterio.) Yo sé de la historia
del infante don Enrique
las escenas más recónditas.

DON ENRIQUE

Vive Dios!

PASCUAL

Oid con calma,
que á quien vengarse ambiciona,
ni precauciones le bastan,
ni se contenta con pocas.

DON ENRIQUE

Adelante.

PASCUAL

Hace diez años
que en una noche horrorosa
se dió un asalto á un castillo
frontero de la Rioja.
Vencieron los de don Pedro,
y su furia asoladora
pegó fuego al edificio.

DON ENRIQUE

Recuerdo horrible!

PASCUAL

Espantosa
fué aquella noche. Las llamas
entraban hasta una alcoba,
donde postrada en su lecho
con las postreras congojas,
estaba una noble dama,
cuanto desdichada, hermosa.
Entre sus brazos gemía
una niña encantadora, *(Le mira.)*
parecida á don Enrique
como una gota á otra gota.

DON ENRIQUE

Miserable!

PASCUAL

Oid, que acabo.
La dama era...

DON ENRIQUE

(Interrumpiéndole.) El nombre sobra.

PASCUAL

La niña por hija de ambos
hoy don Enrique la llora.

DON ENRIQUE

Murió.

PASCUAL

No tal; hubo un hombre
que del incendio salvóla.

DON ENRIQUE

Y vive?

PASCUAL

Sí.

DON ENRIQUE

Dónde, dónde?... *(Con ansia.)*

PASCUAL

Eso en mi secreto toca,
y esa entre mí y don Enrique
es mi garantía sola.

DON ENRIQUE

Y don Enrique por ella
diera cetro, vida y honra.

PASCUAL

Lo sé, que tuvo á su madre
profunda, devoradora,
una pasión cuyas huellas
de su corazón no borran,
de desengaños y lágrimas,
los quince años que le agobian.
Por eso lo hice; don Pedro
fué causa de mi deshonra,
y no quiero que su hermano,
cuando ciña su corona,
reniegue de su palabra
cual renegó él de sus bodas
con mi hermana. Es precaución
que me atañe.

DON ENRIQUE

Ponzoñosa
serpiente, de cuya lengua
los vapores me sofocan,
quién en mitad del camino
de don Enrique te arroja?

PASCUAL

La experiencia y la venganza;
si nuestro plan se malogra
y yo en la demanda muero,
no receléis que traidora
pase el dintel de mi tumba
mi venganza. En una bolsa
de malla, asida á mi cuello,
de pergamino habrá una hoja
con la instrucción necesaria
para encontrar esa joya
que así don Enrique estima.
Si llega acaso mi hora
sin mi venganza, el guardarla,
qué utilidad me reporta?
No faltará quien la encuentre
y en sus manos se la ponga.
Mas si doy cabo á mi empresa
y á don Enrique victoria
consigo sobre don Pedro,
por si la fortuna loca
contra mí quiere volverse,
la conservaré; y no es otra
mi resolución postrera,
que nada tuerce ni dobla.
La cabeza de don Pedro
por esa hija, á quien adora;
prenda por prenda, es muy justo,
que amores, señor, son obras.

DON ENRIQUE

Pues no hay remedio, está bien;
mas no olvidéis que blasona
don Enrique de severo,
y si fe en vos halla poca,

con vuestro secreto y todo,
sin más reparo os ahorca.

PASCUAL

En esto estoy.

DON ENRIQUE

Pues entonces,
no lo echéis de la memoria.

PASCUAL

Vos decid á esos señores
que satisfechas ahora
quedan en vos cuantas dudas
nuestros pactos ocasionan.

DON ENRIQUE

Así es la verdad, señores.

PASCUAL

Sellad, y dadme: las cosas
(Sellan el pergamino.)
dispondré yo de manera
segura, acertada y pronta,
y aviso os daré de todo
en tres días y á estas horas.

DON ENRIQUE

Salgamos pues, que ya es tarde.
Que os guarde Dios.

PASCUAL

Él os oiga.
(Salen todos, y Juan Pascual, que se queda á la puerta viéndolos partir. El Capitán asoma entre tanto por el aposento.)

ESCENA VI

EL CAPITÁN, *escondido;* JUAN PASCUAL, *que vuelve á entrar*

CAPITÁN

Que esto pase, vive Dios!
Mas nunca peor se logre.
Bien haya quien á esta quinta
me ha encaminado esta noche!
Un cabo tengo del hilo;
si por azar no se rompe,
yo llegaré al otro cabo,
y, ay de la madeja entonces!
Cordeles haré con ella
con que ellos mismos se ahoguen.

PASCUAL

(Entrando.) Todo está ya concluído.
Mañana voy á la corte;
de este sayal me despojo;
empuño broquel y estoque;
dejo mi nombre del campo
por mi verdadero nombre,
y con firmeza y audacia
preparo el último golpe.
Mantente firme, cadena,
sobre cuyos eslabones
de ambas Castillas la suerte
consigo al fin que se apoye.
Mantente firme, cadena,
y si ninguno se rompe,
yo les desharé uno á uno,
y guay de don Pedro entonces!
Mas durmamos, que ya es hora,
y adunando precauciones,
veamos si las mujeres...
(Entra con la luz por el pasadizo que da al cuarto de doña Inés, y á este tiempo baja don Pedro embozado por los peñascos. Llueve.)

ESCENA VII

DON PEDRO *y* JUAN PASCUAL

DON PEDRO

Gracias á Dios que del monte
veo el fin, y hallo un techado
en que vivos se recogen.
Veo allá abajo una casa;
entraré en ella esta noche,
aunque sean sus paredes
madriguera de ladrones,
y aunque tenga que asaltarlas
á estocadas y mandobles
con una legión de diablos.

PASCUAL

(Volviendo á la escena.)
Nada, duermen como postes;
cerradas están las puertas
con llaves y picaportes.
Durmamos, pues.
(Al ir á entrar en la alcoba, llama don Pedro á la puerta con recios golpes.)

DON PEDRO

Ha de casa!

PASCUAL

Quién va á estas horas?

DON PEDRO

Un hombre.

PASCUAL

Qué quiere?

DON PEDRO

Pues llamo, es claro
que quiero entrar.

PASCUAL

Pues perdone
vuestra merced, y esa esquina
á su mano izquierda doble,
y en esa tercera calle
verá un mesón do le alojen.

DON PEDRO

Parécele, vive Dios,
que he andado yo todo el bosque,
con el barro á la cintura,
sin luz y echando los bofes,
para correr callejuelas
y acostarme en los mesones?
Abra esta puerta, ó por Cristo
que aunque forrada esté en bronce,
tales porrazos dé en ella
que os la arranque de los gonces.

PASCUAL

Brío traéis.

DON PEDRO

Y coraje;
y abra pronto.

PASCUAL

No se enoje,
que al cabo merecen algo
sus corteses expresiones.
(Sale Juan Pascual con la luz á abrir, y mientras entran él y don Pedro, dice el Capitán:)

CAPITÁN

Ó sueño, por vida mía,
ó esa es su voz. Cielo! Á dónde
sus desventuras le traen?

PASCUAL

Entrad aquí.

DON PEDRO

Buenas noches.

PASCUAL

Perdone el buen caballero
si con él anduve torpe.

DON PEDRO

Perdone él mi mal humor,
que el lance no es para flores.
Héme extraviado cazando;
rompieron los nubarrones
en agua, y no topé senda
por donde salir del monte.

PASCUAL

Hidalgo sois?

DON PEDRO

Caballero.

PASCUAL

De qué lugar?

DON PEDRO

De la corte.

PASCUAL

De la corte? Que me place!
Sabremos qué nuevas corren!

DON PEDRO

Pues no traigo yo el gaznate
para muchas relaciones.

PASCUAL

Tendréis hambre?

DON PEDRO

Como un lobo.

PASCUAL

Aunque en la casa de un pobre
os encontráis, no faltaron
nunca en ella provisiones.

DON PEDRO

Sacadlas, pues.

PASCUAL

Voy al punto.

DON PEDRO

Dios se lo pague, buen hombre.

PASCUAL

(Llamando.)
Juana! Inés!

INÉS y JUANA

Señor!

PASCUAL

Traed luces.
Levantáos.

DON PEDRO

No incomode
tanta gente para mí.

PASCUAL

Mis criados labradores
son, y no duermen en casa;
mas dejadme dar mis órdenes,
que aun hay quien os sirva en ella.

ESCENA VIII

DICHOS, DOÑA INÉS y JUANA

PASCUAL

Juana, aquel par de pichones
que hay en el armario, saca;
tú, Inés, en los interiores
aposentos otra cama
para esta noche dispónme,
que aquí dormirá en la mía
este hidalgo.

JUANA

(Aparte.) San Onofre!
Y el Capitán?

INÉS

(Aparte.) Cielos santos!
Cuánto azar en una noche!
(Vánse doña Inés y Juana. Ésta vuelve con unos platos, botella, mantel, etc., que Juan Pascual toma; la despide y sirve á don Pedro.)

ESCENA IX

JUAN PASCUAL y DON PEDRO

PASCUAL

(Aparte.) De la corte dice que es.
Veamos si puedo, astuto,
sacar del hidalgo fruto.
Trae, y vete con Inés. *(Á Juana.)*
Ea! Comed, caballero:
(Á don Pedro, escanciándole.)
bebed, y aliento tomad.

DON PEDRO

Falta me hace á la verdad.
Á vuestra salud. *(Bebe.)*

PASCUAL

Espero
que á la vuestra contribuya.

DON PEDRO

Bueno es á fe este licor.

PASCUAL

Cosecha mía, señor.

DON PEDRO

Buena cosecha es la suya!
Tiene muchas viñas?

PASCUAL

Tengo
lo que llaman mucho aquí,
que me alcanza para mí
y la gente que mantengo;
y no lo pasamos mal.

DON PEDRO

Qué pueblo es éste?

PASCUAL

Una aldea,
mezquina, escondida y fea.

DON PEDRO

Tiene nombre?

PASCUAL

Juan Pascual.
Cuatro casucas de tierra
que yo mismo labré aquí,
y á las que mi nombre dí
cuando volví de la guerra.

DON PEDRO

Servido habéis?

PASCUAL

Con honor,
aunque no con gran provecho.

DON PEDRO

Cáspita! Y os habéis hecho
de todo un pueblo señor!

PASCUAL

Dineros de que un buen tío
me hizo heredero á su muerte,
labraron mi buena suerte,
y así he logrado algo mío.

DON PEDRO

Mas de lo servido al rey,
no obtuvísteis recompensa?

PASCUAL

El rey cree que en su defensa
verter la sangre es de ley.

DON PEDRO

Mas fuísteis á verle?

PASCUAL

No;
nunca le ví cara á cara.
Temí que me desairara,
y soy muy altivo yo.

DON PEDRO

Mal le juzgáis á mi ver,
pues favor en él no cupo
si vuestro valor no supo.

PASCUAL

Pues lo debiera saber.

DON PEDRO

Saber la historia debiera
él de todos sus vasallos?

PASCUAL

Como él para gobernallos
buenos jueces eligiera,
alcanzara bien á todos;
mas gobierna con tal mengua...

DON PEDRO

Tenga el villano la lengua,
y hable de él con buenos modos.

PASCUAL

Aunque con ruda franqueza,
la verdad hablé no más;
y no cejo un paso atrás
si me cortan la cabeza.
Todo el reino está revuelto
desde que don Pedro manda,
y el diablo parece que anda

con él por Castilla suelto.
Que esta es la verdad, señor,
negármelo no podéis,
y cada vez, ya lo véis,
vamos de mal en peor.

DON PEDRO

Eso dicen sus contrarios,
y le han llamado cruel,
porque le achacan á él
la culpa que tienen varios.
Murmuran que á sangre y fuego
tala sus propios lugares!
Mas quién es en sus hogares
el que le turba el sosiego?
No han invadido sus tierras,
llamándose sus señores,
esos hermanos traidores
que le han movido las guerras?
No empezaron sus desmanes
despreciando los resguardos
que les daba, esos bastardos,
los hijos de los Guzmanes?
Y si ellos mismos atizan
el fuego de la venganza,
á qué invocar su templanza?
De qué, pues, se escandalizan?

PASCUAL

Argüís en mi favor.
Pues hombre es el rey también,
oir le estuviera bien
consejos en su furor.
Y ved lo que llevo dicho:
por oir consejos malos,
emprende don Pedro á palos
con quien le viene á capricho.
Él pone su confianza
en ministros que le venden,
y á su conveniencia encienden,
ó contienen su venganza.
Que por muy distintos fueros
y muy diversos registros,
hay justicieros ministros,
y ministros justicieros.
Y el justiciar bien ó mal,
cosa es que pide gran seso.

DON PEDRO

Mucho se os alcanza de eso
á lo que veo, Pascual.

PASCUAL

No, señor, sino muy poco;
mas creo que lo que digo
se alcanza á cualquier mendigo,
y á todo el que no esté loco.
Porque el mandar, quién ignora
que es como un potro llevar,
á quien hay que refrenar
y dar rienda á buena hora!
Porque si se le exaspera
conduciéndole sin tiento,
concluirá violento
por hacer él cuanto quiera.
Si el rey tuviera á su lado
un hombre como yo, creo
que quedaría á deseo
en poco tiempo su Estado.

DON PEDRO

Pues bien; la palabra os cojo.
Á Sevilla os llevaré,
y que os deje el rey haré
gobernar á vuestro antojo.

PASCUAL

Yo ante el rey?

DON PEDRO

Nada temáis.
Llévame siempre consigo,
y soy su mejor amigo.

PASCUAL

Ruégoos, señor, advirtáis
que, campesino insensato,
hablé sin saber con quién.

DON PEDRO

(Con autoridad.) Elige, y escucha bien
las condiciones del trato.
Él su poder y grandeza
te ha de prestar en Castilla;

mas si en un flaco te pilla,
Pascual, pierdes la cabeza.

PASCUAL

Eso, señor, no es justicia.
La palabra me cogéis,
y para ello no atendéis
mi rudeza y mi impericia.

DON PEDRO

Que atrás no te volverías
dijiste.

PASCUAL

Tenéis razón;
y hablé con el corazón,
aunque dije tonterías.

DON PEDRO

Esto ha de ser; retiráos,
y si no váis, vive Dios,
que el rey enviará por vos!
Conque á venir preparáos.

PASCUAL

Está bien. *(Aparte.)* Qué es esto, cielos?
Mejor fortuna logré
de la que nunca esperé.
Venganza, tiende tus vuelos;
la ocasión es oportuna;
mucha audacia necesito;
mas, por el cielo bendito,
de audaces es la fortuna.

ESCENA X

DON PEDRO

Qué es lo que pasa por mí?
Dudándolo estoy, pardiez!
¿Quién creerá que mi altivez
llegó á sujetar así
un labrador, un villano,
culpando mi condición
con tan osado tesón?
Túvome Dios de su mano.
Mas tan cerca de Sevilla
y en tan oculto lugar,
mucho me da que pensar,
y á fe que me maravilla.
En tal materia tan ducho,
tiene ese hombre, ó me equivoco,
de campesino muy poco
y de sedicioso mucho.
Oh, aciago sino es el mío,
y en hora fatal nací!
Todo el mundo contra mí,
qué me vale tanto brío?
Aragón, Navarra, Francia,
Granada, Vizcaya y Roma
empresa contra mí toma,
aunque me sobra arrogancia.
Audaz y nunca indeciso
á la refriega me lanzo;
mas, por doquiera que avanzo,
no sé la tierra que piso.
Siempre con planes inciertos;
siempre en medio de traidores;
mis intentos, los mejores,
no son más que desaciertos.
Por Dios, que me desespera
ver que cuando el bien aguardo,
uno tras otro bastardo
retoña por donde quiera!
Y el pueblo, mísero de él!
ve que en mi nombre se abusa
de la justicia, y me acusa
de avariento y de cruel.
Ira de Dios! Si algún día
me llego frente él á ver,
su sangre me he de beber,
ó él ha de beber la mía.
No puede mi brío, no,
con imputación tan fea.
Palenque Castilla séa,
do caigamos él ó yo.
Mas lejos, lejos de mí
esas memorias fatales;
de atajar tamaños males
no es propio lugar aquí.
(Abre la ventana.)
Ya la tormenta se amansa,
y de nublados el viento
desemboza el firmamento;
todo al parecer descansa

de esta casa en los extremos...
mas, quién sabe lo que en ella
me guarda mi mala estrella?
Velemos, Pedro, velemos.
Mas siento pasos... Allí...
(La puerta del pasadizo.)
Tan quedo, quién puede ser?
Mas, qué veo! Una mujer!
(Mirando por el ojo de la llave.)
Viene con tiento hacia aquí.
Á favor de la bujía
que trae, la veo. Oh, qué bella!
Qué intenta? Su luz deja ella;
apagaré yo la mía. *(Lo hace.)*

ESCENA XI

DON PEDRO, DOÑA INÉS *y* EL CAPITÁN, *oculto*

INÉS

(Aparte.) Todo está ya sosegado;
tranquilo mi padre duerme,
y hasta saber que se ha ido,
no hay medio que me sosiegue.
No veo nada, nada oigo.
Si con él ha dado el huésped...
mas venía el buen hidalgo
muy cansado felizmente.
No oso nombrarle, ay de mí!

DON PEDRO

(Aparte.) Aquí acercándose viene.
Qué buscará á tales horas?
Pero, sea lo que fuere,
esta aventura aprovecho,
pues la ocasión me la ofrece.
Me adelanto.

INÉS

(Aparte.) Ya él sin duda
me aguardaba, pues ó miente
la vista, ó hacia mí misma
que llega un bulto parece,
según la confusa luz
de dentro permite verle.
Capitán? *(Buscándole.)*

DON PEDRO

Quién va?

INÉS

Sois vos!

DON PEDRO

Yo soy.

INÉS

Pues sin miedo llegue.
No sabéis con cuánto afán
he estado este rato breve
hasta volver á buscaros.
Venid pues.

DON PEDRO

(Aparte.) Qué enredo es éste?
Á mí dice que me busca!

INÉS

Y ya que así os favorece,
pues duerme quieto mi padre,
para escaparos la suerte,
dadme la mano, y seguidme.

DON PEDRO

No será sin que la bese,
que si es del color del rostro,
es el ampo de la nieve.

INÉS

Qué hacéis, Capitán?

DON PEDRO

Tomarla
del modo que ella merece.

INÉS

Ea, abreviad de palabras,
no nos aperciba el huésped,
y se despierte mi padre.
Vamos, que es fuerza que os lleve
hasta la puerta yo misma
para que seguro os deje.

DON PEDRO

Que venga, hermosa, tu padre,

y aunque á su lado la muerte
venga á la par, qué me importa
como en tus brazos me encuentre
y yo te tienda los míos?

INÉS

Dios mío! Qué acento es éste?
Quién sois?

DON PEDRO

Qué, extrañas quién soy
cuando tú á buscarme vienes,
y yo te salgo á encontrar
por instinto solamente,
pues son profetas del alma
los corazones á veces?

INÉS

(Aparte.)
Muerta estoy! Me he equivocado!
Sin duda dí con el huésped;
mas retiraréme de él.

DON PEDRO

En esquivarme no pienses
sin escucharme, que ya
que amor me ha dado esta suerte,
no he de ser de los amantes
que de cobardes la pierden.

INÉS

Caballero, ese lenguaje
tanto á mi decoro ofende,
que sólo el silencio es frase
con que puedo responderle.

CAPITÁN

(Aparte.) Ó me engañan mis oídos,
ó que oigo á Inés me parece.

INÉS

Ya os he dicho que no osado
quebrantéis con tan aleve
intención descomedida,
del hospedaje las leyes.

DON PEDRO

Amor es Dios, y ninguna
puede haber que le sujete.

INÉS

La ley contra la razón
caber en un Dios no puede.

CAPITÁN

(Aparte.) Cielos, cierta es mi sospecha!
Qué hacer en trance tan fuerte?
Por otra puerta no puedo
salir, y aun cuando pudiese,
perder á Inés era fuerza,
ó con don Pedro perderme.

DON PEDRO

Suspende, hermosa enojada,
el ceño esquivo; suspende
el justo enojo, sabiendo
que quien te habla de esta suerte
es un caballero noble,
cual pocos hay que le lleguen,
que en tus amores perdido,
se arriesgó á tanto por verte,
y que riquezas y honores
con su corazón te ofrece.

INÉS

El favor os agradezco;
pero reparad prudente
que la hija de Juan Pascual
nunca á lo que á sí se debe
puede faltar, ni del mundo
por todos los intereses.

DON PEDRO

Deja el melindre, y repara
que á tus pies humildemente...

INÉS

Callad, y no hagáis que á voces
llame á mi padre y mis gentes.

DON PEDRO

Y cuando vengan, qué harán
si de mi antojo el más leve
soplo, ante mí de rodillas
hacer que se postren puede?

CAPITÁN

(Aparte.) (Esto es ya mucho; yo llego,
y salga lo que saliere.)
Don Pedro, ved lo que hacéis.

DON PEDRO

Quién, vive Cristo, se atreve...?

CAPITÁN

Quien huye de vuestros rayos
porque su luz no le ciegue,
mas quien os deja advertido
que os es siniestro este albergue.

DON PEDRO

Qué escucho?

INÉS

(Aparte.) Soltó; me libro
por esta puerta...

DON PEDRO *(Al Capitán.)*

Detente
quien seas, que por mí velas
en la oscuridad; quién eres?

CAPITÁN

(Aparte.) Al cabo con la ventana
tropecé dichosamente.
Callo, y me salgo por ella.
(Salta por la ventana.)

DON PEDRO

Habla, no temas, acércate.
No me oyes? Dónde estás?

CAPITÁN

(Aparte.) Mas por la montaña vienen
con luces. Gracias, fortuna!
Aquí, aquí!

DON PEDRO

Qué ruido es éste?

CAPITÁN

Á mí, monteros, á mí;
aquí, al capitán Blas Pérez!

DON PEDRO

Mis cazadores son éstos,
que en mi seguimiento vuelven.

ESCENA XII

DON PEDRO, JUAN PASCUAL
y EL CAPITÁN

PASCUAL

Caballero, qué alboroto...?

DON PEDRO

Nada, buen hombre, recele;
monteros son de mi casa.

PASCUAL

Válgame Dios, cuánta gente!

DON PEDRO

Soy rico, y mantengo á muchos.
Abrid, y dejadles que entren.

PASCUAL

Allá voy.

CAPITÁN *(Á don Pedro.)*

Señor...

DON PEDRO *(Al Capitán.)*

Silencio,
que importa no conocerme.

CAPITÁN

Viendo que no parecíais,
todo el monte diligentes
recorrimos, y un villano
nos dió el sendero que tiene
fin en frente de esta casa.

DON PEDRO

Justo es que se recompense
á ese villano; dadle eso. *(Un bolsillo.)*

PASCUAL

(Viendo que doña Inés y Juana han salido.)
Eh! Á su cuarto las mujeres.

INÉS

Padre, al oir tal estruendo...

PASCUAL

Curiosidad solamente.

DON PEDRO

Hola, hola! Juan Pascual,
hija tan bella tenéis
y callado me lo habéis?

PASCUAL

Vinísteis en hora tal,
que estaba ya recogida;
que aunque en mi casa es señora,
se levanta con la aurora,
y de la hacienda me cuida.

DON PEDRO

Es muy hermosa.

PASCUAL

Favor
y lisonja cortesana.

DON PEDRO

Llevadla con vos mañana.

PASCUAL

Aun dáis en eso, señor?

DON PEDRO

Hoy don Pedro ha de saber
que en Castilla hay tan grande hombre
como vos; yo vuestro nombre
le diré, y os querrá ver.
Conque así, considerad,
y yo os lo quiero advertir,
que por fuerza habéis de ir
si no váis de voluntad.

PASCUAL

(Con altivez.) Pues tanto empeño ponéis,
decidle al rey que, aunque rudo
labrador, como me véis,
soy tenaz y testarudo.
Y si me pone consigo
en el poder á la par,
tiene mucho que arriesgar
para habérselas conmigo.

DON PEDRO

Pues eso os digo yo á vos;
que el rey don Pedro es tan hombre,
que no hay cosa que le asombre,
siendo él la sombra de Dios.
Lo oís?

PASCUAL

No lo he de olvidar.

DON PEDRO

Adiós, y por vuestra vida
que esa hija tan recogida
no os descuidéis de llevar,
que fuera en el rey mal visto
daros pompa soberana,
y quedarse ella villana.

PASCUAL

Conmigo irá; no resisto.

DON PEDRO

Ahora, señores, marchemos.
(Vánse por las montañas alumbrando con los hachones á don Pedro. Cuando todos vuelven la espalda, el Capitán se encara con Juan Pascual, y le dice tendiéndole la mano al último verso:)

CAPITÁN

Á Sevilla iréis, Pascual?

PASCUAL

Iré, Capitán; sí tal.

CAPITÁN

Pues mañana nos veremos.

ESCENA XIII

JUAN PASCUAL, *fuera de la casa, é* INÉS *y* JUANA, *á la entrada*

PASCUAL

(Aparte.) Qué querrá ese hombre decir
con ese tono de pique?
Mas será de don Enrique,
y me querrá seducir
como me juzga labriego.
(Á Inés y Juana.)
Vosotras á vuestro cuarto,
que para vigilia hay harto
con tanto desasosiego.

(Cierran las ventanas y se retiran, dejando á Juan Pascual fuera de la casa. Los cazadores se alejan por las montañas, y cuando han desaparecido, Juan Pascual hace una seña con un silbato, y salen de entre las rocas los enmascarados de don Enrique.)

ESCENA XIV

JUAN PASCUAL, DON ENRIQUE *y enmascarados*

PASCUAL

La suerte nos favorece
más que nunca imaginé;
mañana voy á Sevilla
segundo del rey á ser.

DON ENRIQUE

De don Pedro?

PASCUAL

De don Pedro.
Conque mañana estaréis...

DON ENRIQUE

Nuestro puesto ya sabemos,
señor Juan Pascual, dónde es.

PASCUAL

Á dónde?

DON ENRIQUE

Con don Enrique.
Ese pergamino ved.

PASCUAL

(Lee.) «*El Rey de Francia envía á don Enrique doce mil hombres de guerra, á las órdenes del famoso capitán el caballero Bertrand Duguesclin, y le presta para su empresa ochocientos mil florines de oro. Á la hora en que estas letras os lleguen, estarán rayando las fronteras de Castilla.*»

DON ENRIQUE

Estáis, Juan Pascual?

PASCUAL

Estoy.

DON ENRIQUE

Cómo leal cumpliréis.

PASCUAL

Como cumpla don Enrique.

DON ENRIQUE

Él lo hará como quien es.

PASCUAL

Pues muerto ó vivo, en sus manos
juro á don Pedro poner.

DON ENRIQUE

Pues adelante.

PASCUAL

Adelante.

DON ENRIQUE

Hasta cuándo?

PASCUAL

No lo sé.

DON ENRIQUE

De aquel papel...?

PASCUAL

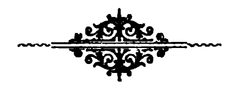
Viva ó muera,
sobre mí lo encontraréis.

DON ENRIQUE

Pues Dios os dé su favor.

PASCUAL

Quiera protegeros Él.
(Vánse don Enrique y los suyos.)
Ahora veremos, don Pedro,
quién es el que ultraja á quién.
Oh! Tú me esperas mañana;
por Dios, que no faltaré.
(Entra en su casa.)





ACTO SEGUNDO

Cámara real de D. Pedro, con puerta en el fondo; un balcón á la derecha y una puerta á la izquierda, con otra secreta, que se abrirá á su tiempo

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO, EL CAPITÁN BLAS PÉREZ *y* UN ERMITAÑO

DON PEDRO

Esto es hecho, Capitán:
no queda un rincón de tierra
que no nos levante guerra
ó nos cause algún desmán.
Da ese maldito francés
dineros y hombres á Enrique;
y quieren que ponga dique
yo á mi paciencia? Eso es!
Yo, legítimo heredero
del reino que ansioso guardo,
debo decirle al bastardo:
«Ven, toma; tú eres primero.
Toma ese cetro real,
envíame á un calabozo,
que yo espiraré de gozo
esperando tu puñal.»
No. Todo empeño es en vano.
Él me apellida el cruel,
y no ha de escudarle á él
el título de mi hermano.
Con amigo ni enemigo
no hay medio de que me explique,
sin que me nombren á Enrique
á la par siempre conmigo.
Por donde quiera que vaya
no oigo hablar más que de ese hombre.
Ya me fatiga su nombre,
y no sé tenerme á raya.
En fin, Capitán, veamos
lo que dicen esas cartas.

CAPITÁN

Noticias de ese hombre hay hartas.

DON PEDRO

La vida necesitamos
para él, voto á Belcebú!

CAPITÁN

Pues aunque sienta enojaros,
otra tengo yo que daros
de ese mismo.

DON PEDRO

También tú!

CAPITÁN

La vida en ello nos va,
y á ser tan sólo la mía,
la callara, y moriría
sin enojaros.

DON PEDRO

Está
bien. Díla, que no me enojo.

CAPITÁN

Ese labrador taimado
que en su casa os ha hospedado...

DON PEDRO

Vas á culparme el antojo
de hacerle gobernador
para ver cómo se explica?

CAPITÁN

Es que á más altura pica
ese labriego, señor.

DON PEDRO

Es un pillo, ya lo sé.
Piensas que yo lo ignoraba?

CAPITÁN

Es que de ofrecer acaba
vuestra cabeza, y...

DON PEDRO

(Con calma.) Y qué?

CAPITÁN

Y qué? No sé cómo arguya,
señor, si os ve en un mal paso...

DON PEDRO

La cabeza? Y díme: acaso
vendrá ese hombre sin la suya?

CAPITÁN

No; mas repare su alteza...

DON PEDRO

Vaya, Blas, no es grande azar;
ya sé que se va á jugar
cabeza contra cabeza.

CAPITÁN

Pues, señor, ya que es preciso,
sabed que yo ví y oí
anoche...
(Éntrase un Ermitaño en el salón, y don Pedro, al verle, se levanta dirigiéndose á él con saña.)

DON PEDRO

Quién se entra aquí,
vive Dios! sin mi permiso?
Á qué te llegas, traidor,
hasta el cuarto de tu rey?

ERMITAÑO

Vengo á intimarle una ley
de su natural señor.

DON PEDRO

Yo siervo? El rey de Castilla!

ERMITAÑO

Sí: siervo del absoluto
Señor, que hizo en un minuto
del orbe la maravilla.

DON PEDRO

(Moderándose y descubriéndose.)
Ministro sois del altar?
Perdonad; no os conocí.
Hablad: qué queréis de mí?

ERMITAÑO

Á solas hemos de estar.

DON PEDRO *(Al Capitán.)*

Sal, y espera.

ESCENA II

DON PEDRO *y* EL ERMITAÑO

DON PEDRO

Decid, pues.

ERMITAÑO

Yo soy un monje ermitaño,
que á todo comercio extraño
con el mundo en que te ves,
paso mi pobre existencia
á orillas de un precipicio,
ceñido con un cilicio,
en áspera penitencia.
Á Santo Domingo ayer,

á quien tengo por patrón,
con sincera devoción
oración me puse á hacer,
y en ella, con grande espanto,
cercado de resplandores
vivos y deslumbradores,
aparecióseme el santo.

DON PEDRO

(Aparte.) De fe por demás sencilla,
que son patrañas colijo.

ERMITAÑO

«Escucha, el santo me dijo:
Ve y díle al rey de Castilla
que el alma se purifique
del mal que en la tierra ha hecho,
porque va á romperle el pecho
el puñal de don Enrique.»

DON PEDRO

(Furioso.) Traidor! Con esas me vienes?
Enrique me ha de matar!
No han de poderte librar
ni las órdenes que tienes.—
Hola, Capitán! Aquí.
Veremos si se abre el cielo
para salvarte.

ERMITAÑO

Á él apelo,
pues sus órdenes cumplí.

DON PEDRO

Ea! Sin más dilaciones,
quitádmele de delante,
y degolladle al instante
debajo de mis balcones.

CAPITÁN

Señor, con muerte tan fea...

DON PEDRO

Es un perro de mi hermano.
Sí; que muera ese villano
donde mi pueblo le vea.

CAPITÁN

Señor...

DON PEDRO

Nadie me replique.
No, no hay perdón para ese hombre.
(Lo llevan.)

ESCENA III

DON PEDRO

Conque es eco de mi nombre
el nombre de don Enrique?
En todas partes su sombra
conmigo á mi lado va;
en todas partes está,
y en todas partes me asombra!
Conque ese hombre es mi destino?
Y en la corte y en la plaza,
y en el templo, y en la caza
le he de hallar en mi camino?
Oh, que venga de una vez,
que venga, y entre mis brazos
verá que le hago pedazos...!
Pero es cobarde, pardiez!
No vendrá, no. De emboscadas
me cercará, y de traición,
que no tiene él corazón
para vencerme á estocadas.

ESCENA IV

DON PEDRO, JUAN PASCUAL, DOÑA INÉS
y EL CAPITÁN

DON PEDRO

Qué es?

CAPITÁN

Ahí está el labrador
montañés.

DON PEDRO

Llega en buen hora.
Que entre, y veremos ahora
si es un hombre de valor.

CAPITÁN

Entrad, que el rey os espera.

PASCUAL

Dadnos, gran señor, los pies...
Mas, cielos...! Éste el rey es?

DON PEDRO

El rey vuestro huésped era.

PASCUAL

(Aparte.) Y tuve, necio, en mi casa
anoche á don Pedro yo!

DON PEDRO

(Aparte.) Mucho al verme se turbó.

PASCUAL

(Aparte.) Yo no sé lo que me pasa!

DON PEDRO

Acérquese, Juan Pascual,
y de respetos se exima,
que el rey tiene en mucha estima
á un hombre de ciencia tal.

PASCUAL

Señor...

DON PEDRO

Desde este momento
en Castilla mandaréis;
silla á mi mesa tendréis,
y en mi palacio aposento.
Que hacía falta habéis dicho
un hombre cual vos al rey.
La vara os doy de la ley;
mandad á vuestro capricho.
Nadie os ha de ir á la mano;
tendréis el anillo real;
mas sed justo, Juan Pascual,
con el noble y el villano.
(Á sus guardias.) Pregónese este mandato,
y que se cumpla al momento.
Estáis, Juan Pascual, contento?
No os quejaréis de mi trato.
Andad, y el cielo os alumbre;
id á que Sevilla os vea,
y en vuestra justicia crea
la asustada muchedumbre.
Pero que os sirva de base
para el cargo que emprendéis,
que vos me responderéis
de cuanto en mi reino pase.
Desde la corte, os lo aviso,
hasta la aldea más tosca,
no ha de moverse una mosca
sin que la otorguéis permiso.—
Capitán, su secretario
seréis vos, que en su ejercicio
puede parecer novicio,
y le seréis necesario.
(Aparte.) Estás? Su sombra has de ser,
y por si tuerce de intento,
apodérate al momento...

CAPITÁN

(Aparte.)
De quién?

DON PEDRO

(Aparte.) De aquella mujer. *(Doña Inés.)*

ESCENA V

JUAN PASCUAL, DOÑA INÉS *y* EL CAPITÁN

PASCUAL

Ah, no saber que el rey era,
mentecato!

INÉS

Ay, padre mío,
con un rey de tanto brío
mala fortuna os espera.

PASCUAL

Y qué remedio me queda?
Ya cara á cara los dos,
con el auxilio de Dios,
haremos lo que se pueda.

INÉS

Ay de mí! Mucho me temo,
que nos recibe muy mal.

CAPITÁN

No os aturda, Juan Pascual,
ver en el rey ese extremo.
Tras esa faz torva y fiera,
y esa voz que al pecho arranca,
esconde un ánima franca
con un corazón de cera.
Arrogante, pero llano,
asusta cuando reprende;
mas si percibe que ofende,
da al ofendido la mano.
Yo puedo ser vuestra guía,
y veréis...

PASCUAL

No veré nada,
Capitán, que esta jornada
no es vuestra, oís? sino mía.

CAPITÁN

Mas soy vuestro secretario...

PASCUAL

Pues yo no sé ni una letra,
y en mí la razón penetra
sin fórmulas de notario.
Haré lo que se me antoje,
sin ver si os va ó no en talante...
Conque de aquí en adelante,
ni me tire ni me afloje.
(Toma el brazo á doña Inés, y va á salir con ella. El Capitán la detiene por el otro.)

CAPITÁN

Perdonad; esta señora
tiene damas y aposento
preparadas al intento.

PASCUAL

No es mi hija?

CAPITÁN

Por ahora
está del rey al amparo.

PASCUAL

Amparada está conmigo.

CAPITÁN

El rey manda lo que os digo.

PASCUAL

(Soltándola.) Si él lo manda...

CAPITÁN

(Tomándola.) Pues es claro.
Hola! Esas damas llamad
que á su señora acompañen,
y esos cautivos que tañen
instrumentos, avisad.
(Salen las damas y los cautivos, que vuelven á entrar con doña Inés.)
El rey mandó rodearos *(Á doña Inés.)*
de ostentación y placeres,
que es galán con las mujeres.
(Aparte.) Mirad que tengo que hablaros.

INÉS

(Aparte.) Velad, Capitán, por mí,
que sólo en vos me confío.

CAPITÁN

(Aparte.) Segura estáis, amor mío,
mientras yo respire aquí.
(Vánse doña Inés, damas y cautivos.)

ESCENA VI

JUAN PASCUAL *y* EL CAPITÁN; *éste queda acechando á Juan Pascual, quien se manifiesta indeciso y pensativo.*

PASCUAL

No sé qué imagine de esto!
Mas no cedo, vive Dios!
Veremos quién de los dos
es al otro más funesto.
Hola! *(Á un criado.)*

CRIADO

Llamáis?

PASCUAL

Unos hombres

que en la antesala quedaron,
que entren aquí.
(Entran y les dice:) Contestaron?

UNO

Todos pusieron sus nombres
en vuestra carta, y esperan.

PASCUAL

Pues de destreza es asunto.
Que todo el mundo esté á punto,
y al medio día que hieran.

OTRO

Ya al son de vuestra venida
reunida está en la plaza
multitud que la embaraza
para todo apercibida.

PASCUAL

Pues pronto; corred, volad,
porque todo lo perdemos
si en rebelión no ponemos
al momento la ciudad.

OTRO

Ahí hay un hombre que en tanto
junto á un cadalso se halla.

PASCUAL

Corred entre la canalla
la voz de que ese es un santo.
Oh! Dios con ese buen hombre,
sin pensarlo, nos ayuda.
Dejad que la gente acuda,
y servíos de su nombre.
Así estallará más presto.
(Les manda salir, y quedan él y el Capitán.)

CAPITÁN

Qué gente es esa?

PASCUAL

Alguaciles.
Algunas órdenes díles
para que ocupen su puesto.
Yo voy á ocupar el mío,
Capitán. Adiós quedad.

CAPITÁN

Mirad bien por la ciudad.

PASCUAL

Podéis fiar en mi brío.

ESCENA VII

EL CAPITÁN, *luego* JUANA

CAPITÁN

Viéndolo estoy, y lo dudo.
Al cabo de tanto azar,
para colmo de desdichas,
Inés en palacio está.
Y aunque por fortuna suya
nombróme el rey su guardián,
es claro que él querrá verla
y de ella se prendará.
Sabe que fué quien anoche
entró en su cuarto á buscar
un hombre á quien no conoce;
mas que amenazóle audaz,
y le advirtió de un peligro;
y querrá saber de cuál.
Ah! Tiemblo, por vida mía!

JUANA

Calla! Sois vos, Capitán?

CAPITÁN

Juana! Qué es esto? También?

JUANA

También estoy por acá.
(Asoma don Pedro por el fondo.)
Los guardias de esa antesala
no me dejaron pasar
con mis amos, hasta que ahora,
á una orden de Juan Pascual...

CAPITÁN

Dios te ha conducido aquí
mi angustia para calmar.
Dí á Inés que tiene en su cuarto
una ventana que da

á un jardín, y que por ella
la tengo al punto que hablar
de cosas que mucho importan
á nuestra seguridad.
Ve, no tardes.

JUANA

Voy al punto.

CAPITÁN

Vuela.

JUANA

Bien; voy á volar.

ESCENA VIII

DON PEDRO *y* EL CAPITÁN

CAPITÁN

Corro al jardín al instante...
Mas, Dios mío!

DON PEDRO

Dónde vas?

CAPITÁN

Iba, señor...

DON PEDRO

Sin mentir.

CAPITÁN

Señor, os iba á buscar.

DON PEDRO

Has olvidado, Blas Pérez,
que yo no duermo jamás,
que todo lo oigo y lo veo,
y que espío con afán
á los mismos á quien mando
á los otros espiar?
No sabes que la traición
tan diestro me tiene ya
que hasta en la sombra que pinto
encuentro que sospechar?
Díme, pues: á esa mujer,
de qué la conoces, Blas?

CAPITÁN

Esa doncella?

DON PEDRO

Por su ama
pregunto.

CAPITÁN

Señor, piedad.
Alcanzaron mis ojos su hermosura
del monte entre los árboles un día,
y llevóme á sus plantas mi locura.

DON PEDRO

Tú la amas?

CAPITÁN

Sí; con ciega idolatría.
La amo, señor; mi pensamiento loco
indeleble su imagen me retrata,
y la vida sin ella tengo en poco.

DON PEDRO

Conque ella á tu pasión no ha sido ingrata?

CAPITÁN

Siento orgullo al decirlo: todavía
era un secreto que en mi pecho estaba,
mas hoy del corazón salir debía,
y para revelároslo os buscaba.
Yo anoche, mientras vos en la aspereza
del monte andábais, de mi fe impelido,
á su padre escuché vuestra cabeza
prometer, en su cámara escondido.

DON PEDRO

Luego eres tú, gusano miserable,
por quien ella venía á mi aposento,
y quien con un aviso inexplicable
quiso esconderme su amoroso intento?
Tú fuiste, ya lo sé, quien, fementido,
tal artificio imaginando diestro,
de mi voz replicaste requerido
que era aquel sitio para mí siniestro!
Creíste que tu amor, su honor acaso

de tu rey el aliento profanara,
y audaz pensaste que tan necio paso
con tu señor un punto te igualara!
La erraste, Capitán. Por un exceso
vives de mi bondad; tu vida entera
no es más que un vaso, que aunque dura ileso,
polvo al impulso de mi aliento fuera.
Yo te dejé que con osada mano
vengaras á tu padre impunemente,
pero no por tus méritos, villano,
porque á mí me vengabas igualmente.
Tú la amabas! Y qué? Si al fin oíste
que yo la hablé de amor, oíste el fallo
con que el tuyo rompí. No lo entendiste?
Quién era allí el señor? Quién el vasallo?

CAPITÁN

Mas, qué debí de hacer? Cuál fué mi yerro?

DON PEDRO

Ver, oir y callar; partir sin ruido
lejos del rey, pues no eres más que un perro
para echarte á mis plantas mantenido.
Donde los ojos del señor se posan,
en el oído en que su voz resuena,
si ojos y oídos de vasallos osan,
de cegar y no oir tienen la pena.

CAPITÁN

Cegádmelos, señor, si os ofendieron;
paguen, si os place así, tanta osadía;
mas ved que sin querer vieron y oyeron...
lo que ha olvidado la memoria mía.

DON PEDRO

Pues que lo olvide bien, y en tiempo alguno
pase por ella la escondida idea.

CAPITÁN

No temáis, no, que vuelva inoportuno
ese recuerdo, aunque mi muerte sea.
Á mi padre vengar me prometísteis;
miraros me dejásteis cara á cara;
nombre y hacienda y opinión me dísteis,
y en una eternidad no lo olvidara.
Sí; nacido en el polvo, destinado
á obedecer tan sólo, soy un perro
que al lecho siempre de su dueño atado,
lame servil de su cadena el hierro.
Un perro, sí; mas con leal empeño
muchos y largos años he vivido
velando en las campañas vuestro sueño,
pronto siempre á morir agradecido.
Mas hablad. Qué queréis? De vuestro antojo
soy el eco no más; no hay más pasiones
en mi pecho que vos; vos sois mi arrojo,
mi existencia, mi fe, mis opiniones.
No hay nada para mí que vos primero.
Ni ley, ni amor; para serviros vivo.
«Da, hiere», me decís, y doy y hiero,
y el pan aprecio que de vos recibo.
Yo la amo, la idolatro, es mi esperanza;
pero dócil, señor, á vuestro yugo,
decidme: «Caiga en ella mi venganza»,
y yo mismo me torno su verdugo. *(Pausa.)*

DON PEDRO

Su protector serás; yo te la entrego.

CAPITÁN

Señor, á vuestros pies...

DON PEDRO

Alza, vasallo.
Si á mi capricho con tu vida juego,
no oso á la fe que en tus creencias hallo.
Yo te la entrego, pues; sé tú su egida,
y si en esta inquietud con que batallo
pierde su padre, por traidor, la vida,
echa tú sobre mí tan duro fallo.
Sé inocente á sus ojos, y que nunca
un enemigo en tí vea ominoso
de nuestra suerte si la flor se trunca,
que no has de aventajarme en generoso.

CAPITÁN

Conque...?

DON PEDRO

Ya basta; como quieras obra;
de su padre es el freno, y tú la tienes;
si Enrique vence al fin, todo me sobra;
sírvate con su padre de rehenes.

ESCENA IX

EL CAPITÁN *y luego* JUAN PASCUAL

CAPITÁN

Id descuidado, señor,
que si es verdad que la quiero,
siempre en mí será primero
la gratitud que el amor.
Sal, pues, sal del pecho mío,
necio amor sin esperanza;
sal, y tórnate en venganza
al brotar del corazón.
La vida vas á costarme;
mas, qué vale mi existencia?
Sal; el deber te sentencia;
te asesina la razón.
Sí; si la traición esconde
Juan Pascual en su rudeza,
yo le diré: «Su cabeza
de tu traición me responde.»
Hola! Sois vos?

PASCUAL

Yo soy, sí.
Qué queréis de mí?

CAPITÁN

Yo? Nada.

PASCUAL

Ya os dije que esta jornada
era sólo para mí.

CAPITÁN

Paréceme que el poder
mucho os hincha, Juan Pascual.

PASCUAL

No debe de irme tan mal,
pues que me hago obedecer.
Y no recaerá en mancilla
del rey que el poder me da,
pues aplaudiéndolo está
todo el pueblo de Sevilla.

CAPITÁN

(Asomándose.) Con efecto, hay en la plaza
mucha gente.

PASCUAL

(Con intención.) Y mucha más
que vendrá.

CAPITÁN

Por Barrabás,
que algún tumulto amenaza.
Asistente de Sevilla,
lo que el rey os encargó...

PASCUAL

No fué que enmendara yo
lo que hizo el rey de Castilla.
Mirad bien.

CAPITÁN

Llevan á un hombre
como traidor al cadalso.

PASCUAL

Y el pueblo dice que es falso,
que es un santo.

CAPITÁN

Y ese nombre
que alucinado le aplica,
que ha de libertarle entiende?

PASCUAL

Yo no sé si lo pretende,
mas sé que le santifica.

CAPITÁN

Y en fin...

PASCUAL

En fin, eso el rey
ordenó que se cumpliera
antes que el poder me diera;
conque ahí no alcanza mi ley.

CAPITÁN

Pero si él cuentas os pide!

PASCUAL

Que las pida, no me arredro;
entonces verá don Pedro
con quién es con quien se mide.
Él depositó en mi mano
todo el poder de la suya,
y no habrá ya quien destruya
este poder soberano.
Lo oís?

CAPITÁN

Cómo! Osáis poneros
de vuestro rey al igual?
Tened cuenta, Juan Pascual...

PASCUAL

Vosotros sois quien teneros
debéis delante de mí.

CAPITÁN

Creéis que esa investidura...?

PASCUAL

Me dará la dictadura.

CAPITÁN

Traidor!

PASCUAL

Basta!

CAPITÁN

Basta, sí.
Porque él se vengue primero,
mi furia es fuerza que tenga.
Don Pedro vendrá, y...

PASCUAL

Que venga,
Capitán, aquí le espero.

ESCENA X

JUAN PASCUAL *y luego* DON PEDRO

(Óyense murmullos en la plaza que van creciendo por momentos, hasta parar en gritos descompasados, mueras, etc. Se asoma al balcón.)

PASCUAL

Venga, sí; tan improviso
el golpe habrá de sentir,
que no ha de poderle huir...
mas todo ello fué preciso.
(Mirando por el balcón.)
Hola! La guardia resiste;
el clérigo les exhorta;
pero la guardia es muy corta
y la multitud embiste.

VOCES

Perdón, perdón!

OTRAS

Muera, muera!

DON PEDRO

Á qué viene este tumulto?

PASCUAL

Será por cualquier insulto;
un alboroto cualquiera.

DON PEDRO

No, no; mis guardias se lanzan
contra la audaz muchedumbre.

PASCUAL

Eso será la costumbre;
pero mis gentes avanzan,
ellas lo arreglarán; descuidad eso.
(Toca la campana á rebato.)

DON PEDRO

Mas, qué campana es ésa? Es á rebato?
Me vendías, traidor! *(Va á salir.)*

PASCUAL

Tente, insensato.
Estás en mi poder; te tengo preso.

DON PEDRO

Preso yo, vive Dios! Con qué cadenas
mis manos atarás, si á un soplo mío
tú mismo resistir podrás apenas?

PASCUAL

Tened, don Pedro, vuestro inútil brío;
tened, y no salgáis, porque es en vano.
Yo gané vuestras guardias con dinero,
y al populacho amotiné villano;
no hay en vuestro favor un solo acero.
Yo, más que vos, maquinador y astuto,
por la mano os gané; más atrevido,
logré primero de mi audacia el fruto...
Soberano león, ya estás rendido.

DON PEDRO

(Con fiereza.)
Rendido! El orbe todo se arruinara
sobre mí, Juan Pascual, y con fiereza
le viera yo caer, y le esperara
sin inclinar siquiera la cabeza.

PASCUAL

Y yo, que sobre vos lo he amontonado
para echároslo encima de repente,
lo veré desplomarse arrebatado
y estrellarse al caer en vuestra frente.
No alcanzáis la razón de lo que os digo?
Lo sé; mas escuchad. No soy tan sólo,
cual otros mil, común un enemigo,
que en pro de otro partido hoy os inmolo.
No. Soy un hombre cuyo honor hollásteis
tejiendo la mentira más villana,
cuyos limpios blasones empañásteis,
atropellando la honra de una hermana.
Yo estaba en tanto en Portugal; mas vine
de venganza con sed devoradora,
y á lograrla con calma me previne,
con estudiado afán; y ésta es mi hora.
Sí; contempladme bien. No como un día
reptil oculto á vuestros pies me arrastro,
que hoy os vengo á decir con osadía:
«Yo soy, don Pedro, don Guillén de Castro.»

DON PEDRO

Tú un Castro!

PASCUAL

Vengador de doña Juana,
que llora en un oculto monasterio
su desesperación. Ella es mi hermana,
y este es de Juan Pascual todo el misterio.
Qué más queréis, don Pedro, que os explique?
Por qué con tal estrépito me vengo?
Pues sabed que he jurado á don Enrique
vuestra cabeza dar, os lo prevengo.

DON PEDRO

Pues bien; ven á arrancarla de mis hombros,
y aprenderás más fáciles promesas
á hacer si has de cumplirlas; nunca asombros
me dieron más difíciles empresas.

PASCUAL

Oh! Yà con vos vuestro poder no lidia,
y es ceder ó morir vuestro destino.

DON PEDRO

(Con ironía.)
Del tuyo siento, buen Guillén, envidia,
y quiero que hacia allá me abras camino.

PASCUAL

Don Pedro, os engañáis; me habéis herido
de vuestra ley y fuero con la espada,
y á vuestra misma ley he acudido.
Escuchad á la plebe amotinada. *(Gritos.)*
La oís? Clama por vos; viene á buscaros.
Ya os he dicho, señor, que estábais preso,
y que al bastardo prometí entregaros.

DON PEDRO

Mucho te ha de costar, vive Dios! eso.
(Con sarcasmo.)
Tú has prometido á Enrique mi cabeza,
y le llamas, tal vez, á que la tome;
pues bien, la tuya encontrará su alteza;
yo se la arrojaré cuando se asome.
(Cierra las puertas y ase de una espada.)
Ahora á tu vez defiéndete, villano;
usa de tu valor y de tu acero,
porque vas á aprender de un rey tirano
lo que hay de un asesino á un caballero.

Ven; ya no lidia mi poder conmigo;
aquí mi majestad ya no me escuda.
Sólo Dios es aquí nuestro testigo;
ruégale, Castro, que te dé su ayuda.

ESCENA XI

DICHOS *y* CONJURADOS, *que suben por el balcón*

VOCES

Muera don Pedro!

OTRAS VOCES

Muera!

UN CONJURADO

(Que sube por el balcón.) Aquí, valientes!
Aquí está el rey, subid.

OTROS

(Que suben tras él y van contra don Pedro.)
Muera el tirano!

DON PEDRO

Venid á mí, rebeldes insolentes,
y probaréis el peso de mi mano.

PASCUAL

Ea! Acabad con él.

ESCENA XII

(Don Pedro se defiende de todos los que le acometen, cejando contra la pared, y en el punto en que va á sucumbir al número, se abre á sus espaldas una puerta, en la cual aparece el Capitán, que muestra á doña Inés desmayada en sus brazos, y cuyo pecho amenaza con la daga desnuda. Todos retroceden.)

CAPITÁN *(Á Pascual.)*

Atrás, canalla!
Da un solo paso más, y la asesino.

PASCUAL

Tenéos, Capitán.
(Á los suyos.) Atrás vosotros.

CAPITÁN *(Á don Pedro.)*

Una barca, señor, puesta se halla
en la torre del Oro; este camino
seguro allá desde el palacio os lleva.
Huid.

DON PEDRO

Traidores, volveré algún día,
y, ay! del que entonce á parecer se atreva!

CAPITÁN *(Á don Pedro.)*

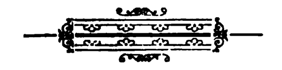
Huid.—Ahora, Juan Pascual, escucha.
Cabeza por cabeza, esta es la mía;
(Señalando á doña Inés.)
la contienda es ya igual, franca la lucha.

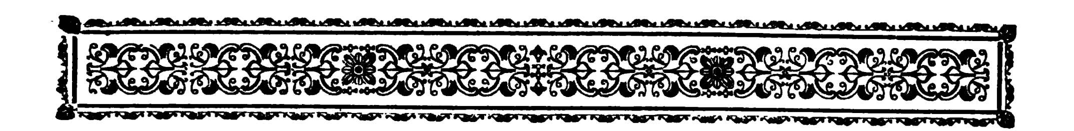
PASCUAL

Por piedad, Capitán; por cuanto caro
en el mundo tenéis, el impío acero
de su pecho apartad; yo os doy amparo,
riquezas, libertad.

CAPITÁN

(Con firmeza.) No; sólo quiero
que entiendas bien mi condición postrera;
escúchamela bien, hiena taimada:
«La suerte de don Pedro á tu hija espera,
y á su suerte desde hoy encadenada,
ella responderá de su destino,
siendo, como él, dichosa ó desdichada.
Ahora sigue si puedes mi camino,
y mira de quién es esta jornada.
(Cierra la puerta secreta. Juan Pascual se arroja á ella desesperado.)





ACTO TERCERO

El teatro representa el terrado de la torre del castillo de Montiel, el cual se figura flanqueado de cuatro torreones. En el fondo, por encima de las almenas, se alcanzarán á lo lejos las hogueras y los pendones que coronan las tiendas de D. Enrique. A la derecha y en el fondo, una puertecilla que conduce al torreón, y otra á la izquierda, al lado de la cual, por una ventana con reja, se verá un interior del torreón, donde estará el astrólogo Ben-Hagatin; un pilar de piedra en que está clavado, en medio de la escena, el pendón del rey D. Pedro. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DOÑA INÉS, EL CAPITÁN *y* EL ALCAIDE

(El rey don Pedro, sobre un torreón, mirando al campo de don Enrique; doña Inés lo mismo, por las almenas; el Capitán dando sus órdenes al Alcaide, que estará hablando con él; el Astrólogo en su torre consultando á la luz de una lámpara sus instrumentos cabalísticos, de los que se sirve para hacer el horóscopo de don Pedro.)

CAPITÁN

Que esté ese paso secreto
guardado por buena gente,
y que éntre él solo.

ALCAIDE

Corriente.

CAPITÁN

Ya conocéis el sujeto.

ALCAIDE

Ya le conozco.

CAPITÁN

En los nichos
que hay en aquel subterráneo
puede ser triunfo instantáneo
con los hombres de armas dichos.
En estando ese hombre dentro,
que se lance vuestra gente
allá abajo de repente
de los suyos al encuentro.
Todos prisioneros, y
en tanto, por esa puerta
que estén tres ó cuatro alerta
cuando esté él conmigo aquí.
Lo oís? Que él éntre no más.

ALCAIDE

Está bien. *(Váse.)*

CAPITÁN *(Á doña Inés.)*

Y vos, señora,
retiráos, que ya es hora.

INÉS

(Con tristeza.) No imaginé yo jamás,
Capitán, eso de vos.

CAPITÁN

Ah! Lloráis!... Por caridad,
el llanto de mí ocultad;
no me hagáis dudar de Dios.

INÉS

No le invoquéis, fementido!
que á enojo le provocáis
cuando á sus plantas alzáis
corazón tan corrompido.
Hombre vil! Eso es amor?
Engañar á una mujer
rehenes para tener
con su padre vencedor!
Esto es, Capitán, nobleza?
Decirle á un padre que elija
mostrándole de su hija
con el puñal, la cabeza!

CAPITÁN

Callad, señora, callad,
que ignoráis lo que me cuesta
con vuestro padre esa apuesta
de inaudita atrocidad.

INÉS

Decid mejor lo que os vale,
porque tenéis la esperanza
que mi peso la balanza
de vuestra fortuna iguale.
Porque, cómo ha de dejar
un padre á su hija morir,
tan sólo por conseguir
á un enemigo vulgar?
Le diréis: «Vida por vida,
salvadme á mí, y os la entrego,
que al fin es cosa de juego
una mujer seducida.»

CAPITÁN

Retiráos, doña Inés,
ó de mi fe no respondo.

INÉS

Á tu pesar, en el fondo
mi razón de tu alma ves.

CAPITÁN

Os engañáis, os lo juro;
vos véis el remordimiento
donde hay otro sentimiento
más noble, si más oscuro.
Vos no podéis comprender
que un hombre que á su rey ama,
le sacrifique su fama,
su amor, su razón, su ser.
Ni vos lo comprenderíais,
ni yo os lo osara explicar,
pues á poderlo alcanzar,
yo sé que os asombraríais.
Sí; yo estoy viendo una estrella
de quien salvación espero,
y para apagarla infiero
que voy corriendo tras ella.

INÉS

(Con emoción.) Ah! Rendíos, Capitán.
Cuando veo el sentimiento
con que expresa vuestro acento
ese incomprensible afán,
aún que me amáis imagino,
y que me decís lo cierto,
aunque la influencia advierto
de algún insondable sino.

CAPITÁN

Sino fatal que me impele
á abreviar mi propia vida,
desgarrándome una herida
al punto en que más me duele.

INÉS

Ah, me amáis! Dejáos vencer.

CAPITÁN

Sí; os adoro, á qué mentir?

INÉS

Pues bien, dejadme salir.

CAPITÁN

Señora, no puede ser.

INÉS

Es decir, mal caballero,
que debo estar desde aquí,
en que seréis para mí
mi opresor, mi carcelero?

CAPITÁN

Oh, por Dios! *(Desesperado.)*

INÉS

Atado al yugo
que vuestro dueño os impone,
vendréis, si el rey lo dispone,
á parar en mi verdugo.
Bien; seré mártir, mas vos
que así me sacrificáis,
mi airada sombra arrojáis
entre vuestro paso y Dios.
Sí, Capitán; yo os perdono
mi bárbaro sacrificio,
pero os aguardo en su juicio
y os emplazo ante su trono.

ESCENA II

DON PEDRO *y* EL CAPITÁN

CAPITÁN

Emplaza, emplázame, sí;
breve ha de ser este plazo,
pues tu muerte de rechazo
me dará la muerte á mí.
Oh! Si asomarte pudieras
á mirar mi corazón,
moviérate á compasión
al ver cuál me lo laceras.
Mas, ay! Con cuánta verdad
me culpas mi villanía! *(Pausa.)*
Y atrás no me volvería
por toda una eternidad.

DON PEDRO

(Que se ha vuelto á oir la última parte de la escena anterior, y baja del torreón.)
Blas.

CAPITÁN

Señor.

DON PEDRO

Esa mujer
te cuesta mucho, lo veo;
libertártela deseo:
siento verte padecer.

CAPITÁN

Señor, con esa quimera
no andéis desasosegado.
Ya me la habéis entregado,
y haré de ella lo que quiera.

DON PEDRO

En vano, infeliz! reclamas
tus derechos contra ella,
porque es demasiado bella,
y veo cuánto la amas.

CAPITÁN

La adoro, señor; la adoro
con ceguedad. Sin embargo,
de atormentarla me encargo,
(Con resignación.)
aunque á escondidas lo lloro.
Por cada lágrima suya
daría la vida entera;
mas pide una razón fiera
que la vuestra sustituya.

DON PEDRO

Pérez, mi mente se pierde
concibiendo tal maldad,
y, á decirte la verdad,
la conciencia me remuerde.

CAPITÁN

También á mí, mas la acallo
con razón más poderosa.

DON PEDRO

Y con cuál?

CAPITÁN

Con la imperiosa
lealtad de buen vasallo.

DON PEDRO

No, por Dios! Qué lograrás
con tan triste sacrificio?

CAPITÁN

Pagaros un beneficio
que no olvidaré jamás.

Vos, generoso en exceso,
recordarle no queréis;
y más, don Pedro, me hacéis
agradecido por eso.
Mirad en torno, señor.
De vuestro reino, qué os queda?
Gracias que esta torre pueda
daros tumba con honor.

DON PEDRO

(Con orgullo.)
Yo siempre moriré honrado,
que atestiguar harto puedo
que hasta encontrarla, sin miedo
con mi fortuna he lidiado.
Huí, es verdad, de Sevilla;
mas he acudido hasta el moro
para encontrar plata y oro
con que volver á Castilla.
Entré valeroso en ella
con quien seguirme ha querido,
y si vencer no he podido,
es porque tal fué mi estrella.
Maté, atropellé, deshice
á cuantos hallé enemigos,
y exageran mis castigos
los á quien yo satisfice.
Mil veces les perdoné,
y otras mil se amotinaron,
y repartir me intimaron
lo que yo solo heredé.
Para esto había razón?
Qué derecho les abona?
Por qué pedir mi corona
si les daba el corazón?
No. Encerrado como estoy,
venga la muerte, sí, venga.
Mientras un soldado tenga,
el rey de Castilla soy.

CAPITÁN

Uno siempre os quedará,
don Pedro, mientras yo aliente.

DON PEDRO

(Dándole la mano.)
Y en lo futuro, quien cuente
tu lealtad no faltará.

CAPITÁN

Mi padre fué zapatero,
vasallo, y de él nací yo,
y su alteza me nombró
Capitán y caballero.
Quiero pagaros leal
vuestro favor con usura,
cavando mi sepultura
con la vuestra por igual.

DON PEDRO

No, por mi vida; eso no.
Si Dios no me restituye
mi reino, sálvate y huye;
mis tesoros te doy yo.

CAPITÁN

Sin vos, para qué los quiero?
Si es que la fortuna ingrata
con el dolor no me mata,
volveré á ser zapatero.

DON PEDRO

Mas oye: en esa escalera
siento pasos.

CAPITÁN

Es sin duda
Men Rodríguez; quiera ayuda
darnos Dios.

DON PEDRO

Ojalá quiera!

ESCENA III.

DON PEDRO, EL CAPITÁN *y* MEN RODRÍGUEZ DE SANABRIA

CAPITÁN

Men Rodríguez, qué noticias...?

DON PEDRO

Habéis visto á ese francés?

RODRÍGUEZ

Sí, señor.

DON PEDRO

Admite pues?

RODRÍGUEZ

No oso daros las albricias.
Mas inclinado le he visto
á proteger vuestra fuga,
pues dice que le subyuga
vuestra situación.

DON PEDRO

Por Cristo!
El oro que yo le ofrezco
es quien le mueve hacia mí;
mas si me saca de aquí,
al cabo se lo agradezco.

RODRÍGUEZ

Oyóme con gran templanza:
prometí, insté, supliqué;
quién érais le recordé,
y al fin me dió una esperanza.
Díjome que allí venía
á sueldo de vuestro hermano,
y que tenderos la mano
sin venderle no podía.
Yo entonces, por grande hazaña
el salvaros le pinté,
y en vuestra palabra y fe
le prometí media España.

DON PEDRO

Bien hiciste en prometer,
que darse la mitad puede,
pues como mal me la enrede,
entera la he de perder.
Mas al fin, qué dijo?

RODRÍGUEZ

Al fin,
tras de andar algo reacio,
pidióme un pequeño espacio.

DON PEDRO

Ese Beltrán de Claquín
me parece un gran traidor!
Porque, si leal obrara,
que sí ó que no contestara.

RODRÍGUEZ

Ya contestará, señor.
Si consiente y nos socorre,
hará en señal que se encienda
un farol sobre su tienda,
que se ve desde esta torre.
Vedla, señor.

DON PEDRO

Es aquella
que está junto á la corriente?

RODRÍGUEZ

Sí, señor; la que está enfrente
de la torre de la Estrella.

DON PEDRO

Bueno.

RODRÍGUEZ

Si le véis brillar,
podéis sin riesgo salir
y á su misma tienda ir,
que él mismo os saldrá á esperar.

DON PEDRO

Men Rodríguez, por si acaso
la luz á brillar acierta,
sobre el torreón alerta
estad, no erremos el paso.
(Sube Men Rodríguez al torreón.)
Retírate, Blas, también,
que quiero oir el consejo
de ese celebrado viejo;
mas cerca queda.

CAPITÁN

Está bien. *(Váse.)*

ESCENA IV

DON PEDRO, EL ASTRÓLOGO *y* MEN RODRÍGUEZ *en el torreón, donde ni ve ni oye lo que pasa en la escena.*

DON PEDRO

Habéis concluído ya?

ASTRÓLOGO

Vuestro horóscopo he formado,
y mi ciencia he consultado.

DON PEDRO

Y qué respuesta nos da?

ASTRÓLOGO

Confusa es la explicación,
pero vos la entenderéis,
que los secretos sabéis
que hay en vuestro corazón.
Ved; en ese pergamino,
de los astros está escrita
la razón. Se necesita
que el mismo que su destino
busca, su enigma resuelva.

DON PEDRO

(Lee.) Por alrededor de Castro
que he de morir, dice un astro,
y otro dice que en la selva.
No podéis darme más clara
explicación?

ASTRÓLOGO

Sí podría,
pero mucho sentiría
que si lo hiciese os pesara.

DON PEDRO

Pesarme! Pues que consulto
mi destino á las estrellas,
es para saberlo de ellas
distintamente, no á bulto.

ASTRÓLOGO

Su respuesta es ésa; y de ella
el sentido á escudriñar,
veo que en este lugar
os es fatal vuestra estrella.

DON PEDRO

Eso ya yo me lo sé *(Con amargura.)*
desde el punto en que nací;
y que mejorara aquí,
nunca me esperaba á fe.
(Señalando al pergamino que tiene en la mano.)
Esto no vale de nada,
buen astrólogo.

ASTRÓLOGO

Hay aún
consulta menos común
que hacer, pero es arriesgada.

DON PEDRO

Con quién creéis que tratáis
para dudar del valor?

ASTRÓLOGO

Yo os lo propongo, señor;
vos haréis lo que queráis.

DON PEDRO

Sabré...?

ASTRÓLOGO

Toda la futura
suerte á que el destino os lleva.

DON PEDRO

Cierta?

ASTRÓLOGO

Cierta. Es una prueba
terrible, pero segura.

DON PEDRO

Hacedla, pues.

ASTRÓLOGO

Necesito
prepararos de antemano.

DON PEDRO

Hay en ella algo profano?

ASTRÓLOGO

Sólo hay riesgo.

DON PEDRO

Pues lo admito.

ASTRÓLOGO

Una lámpara os daré,
cuya luz será encendida
con sangre fresca, extraída
de vos mismo.

DON PEDRO

Y lograré...?

ASTRÓLOGO

Que á vuestros ojos, palpable
aparezca el porvenir.
Si osáis, me podéis seguir;
mas es cosa formidable.

DON PEDRO

Vamos allá; quiero ver
mi destino, vive Dios!
que el más tenaz de los dos
no quiero dejarle ser.
Harto tiempo me ha acosado
con infernal fatalismo;
quiero acosarle yo mismo,
y al menos le habré arrostrado.
Vamos, pues.

ESCENA V

DOÑA INÉS, *saliendo del torreón de la derecha abajo*

INÉS

Válgame Dios!
Qué noche tan fatigosa!
Cuán fiero el pesar me acosa
de mis memorias en pos!
El aura que inquieta pasa
por entre estos torreones,
á mis negras reflexiones
parece que pone tasa.
Ese en que encerrada vivo,
con su estrechez me sofoca.
(Se pasea cavilosa.)
Mas, Dios mío! yo estoy loca!
Lo veo y no lo concibo.
Cuando ese hombre amor me jura,
lo jura con tal pasión,
que obliga á mi corazón
á creer en su impostura.
Mil veces le he sorprendido
yo de mí misma detrás
llorando... Oh! Llora quizás
de mi infortunio dolido.
Mas si me ama... Si le pesa
de mi mal, por qué me guarda?
Por qué así en librarme tarda
cuando á él mismo le interesa?
Mi padre, si así lo hiciera,
con usuras le pagara,
y acaso le cueste cara
su traición si le exaspera.
Oh Dios, que del firmamento
tras el azul pabellón
velas, calma mi aflicción,
consuela mi sufrimiento!

ESCENA VI

DOÑA INÉS *y* EL ALCAIDE, *conduciendo á* JUAN PASCUAL, *y entrando por el torreón de la derecha arriba*

ALCAIDE

Podéis entrar sin temor,
y esperarle aquí.

PASCUAL

Yo fío
mi empresa en mi propio brío,
y en lo que á él le está mejor.

ALCAIDE

El os esperaba.

PASCUAL

Ya
conté yo, alcaide, con eso,
que sabe que está bien preso,
y que en mis manos está.
Tomad por vuestro servicio.

ALCAIDE

Guardad, señor caballero,
para otros vuestro dinero,
que el rey me paga mi oficio.

PASCUAL

Habrá semejante tonto!
Sea, en fin, como gustéis;
mas suplícoos que llaméis
á ese Capitán, y pronto,
que no hay tiempo que perder...
Mas, qué veo?

INÉS

Padre mío!

PASCUAL

Inés!

INÉS

Es un desvarío
que os vuelvo, por fin, á ver?
Cuánto tiempo os he esperado!

PASCUAL

Y ya ves cómo he venido
en cuanto posible ha sido.

INÉS

Ay, padre, cuánto he llorado!

PASCUAL

Esos tigres te habrán hecho
mil injurias á porfía.

INÉS

Ni una sola todavía.
Sin el cuarto tan estrecho
que me dan, nadie creyera,
según su porte cortés,
que esta torre cárcel es,
y yo en ella prisionera.
Ese Capitán, señor,
de mi custodia encargado...

PASCUAL

Ya sé, Inés, que ese menguado
se atreve á tenerte amor.

INÉS

Eso dice, y muchas veces
yo misma á creerlo llego!..

PASCUAL

Pero, y tú, Inés?

INÉS

No lo niego.

PASCUAL

Necia, la muerte mereces
por un amor tan villano!

INÉS

Me aterráis. Aunque eso fuera,
señor, morir mereciera?

PASCUAL

Morir por mi propia mano.

INÉS

Ay de mí, padre y señor!
Para esto venís aquí?
Para amedrentarme así
en vez de darme favor?

PASCUAL

Ah! Perdona, pobre Inés.
Secretos que desconoces...

INÉS

Mas que me dicen á voces
cuánta mi desdicha es.

PASCUAL

Escucha, y tu llanto enjuga.
Conoces alguna puerta

"It takes a pull to get ahead, but it takes, also, a head to get a pull" — Albert Santé

que á fuerza ó engaño abierta
pueda amparar nuestra fuga?

INÉS

No, señor.

PASCUAL

Tráigo conmigo
gente leal y resuelta,
y si ganamos la vuelta
de esa escalera, al postigo
llegaremos por secreto
callejón, aunque no es éste
el objeto que pretexte...

INÉS

(Con afán.) Vuestro principal objeto,
padre, el libertarme sea.

PASCUAL

Inés, en eso medito.
Ese Capitán maldito...

INÉS

Fuerza será que nos vea.

PASCUAL

Mas siento pasos.

INÉS

Él es!

PASCUAL

Yo mismo he enviado á llamarle.

ESCENA VII

DICHOS *y* EL CAPITÁN

CAPITÁN

Buenas noches.

PASCUAL

Quiero hablarle
á solas. Aparta, Inés.

CAPITÁN

Qué me queréis, Juan Pascual?

PASCUAL

Vengo un pacto á proponeros
que muy útil podrá seros,
por grave razón.

CAPITÁN

Por cuál?

PASCUAL

Por la de que abre el camino
solo que os puede salvar.

CAPITÁN

Cosa es que hemos de tratar
mejor solos, imagino.

PASCUAL

Sí, decís bien.

CAPITÁN

(Á doña Inés.) Perdonad
que os retiréis os suplique,
para que á solas me explique
vuestro padre...

INÉS

Por piedad,
Capitán, oid con calma
lo que tiene que deciros.

CAPITÁN

El negarme yo á serviros,
Inés, me destroza el alma.
Lo sabéis; mas mi destino
es para mí tan terrible,
que me parece imposible
que abra Juan Pascual camino.

INÉS

Ay de mí!
(Entra, y el Capitán corre tras ella los cerrojos de la torre.)

PASCUAL

(Con afán.) Váis á cerrar?

CAPITÁN

Sí por cierto.

PASCUAL

Y á mis ojos!

CAPITÁN

Qué queréis? Me dan antojos
imposibles de evitar.

ESCENA VIII

EL CAPITÁN *y* JUAN PASCUAL

CAPITÁN

Ea, pues; ya estamos solos;
hablad, que el tiempo se acorta,
y yo tengo que pagaros
vuestra propuesta con otra.

PASCUAL

Con que admitáis vos la mía,
bastará á mi ver.

CAPITÁN

No importa.
No estará la mía acaso
tras de la vuestra de sobra.

PASCUAL

Pues bien, Capitán; yo vengo
como quien amparo implora,
como quien suplica humilde,
arriesgando mi persona,
y exponiéndome á perder,
si me descubren, la honra
con la vida; á demandaros
lo que vuestra mano sola
puede volverme, la hija
que mi corazón adora.
Ya véis cómo las desdichas
sobre don Pedro se agolpan.
Ya véis cómo de los suyos
ciento á ciento le abandonan.
No tenéis agua ni víveres,
y esta situación penosa,
cuanto más os desalienta,
Capitán, y os acongoja,
más á don Enrique augura
cercana y fácil victoria.
Pues bien; si me dáis mi hija,
os juro que en pocas horas
saldréis del castillo libre,
sin condición deshonrosa,
y os daré á más el rescate
que vuestro capricho imponga.

CAPITÁN

Habéis acabado?

PASCUAL

Sí.

CAPITÁN

Pues oid, que á mí me toca.
Si el rey don Pedro conmigo
igual libertad no logra,
y su pendón don Enrique
ante sus plantas no postra
como rebelde, vuestra hija
quedará donde está ahora.

PASCUAL

Os comprendo, miserable!
Ese amor que os emponzoña
el corazón, es quien dicta
propuesta tan injuriosa.

CAPITÁN

Sí, Juan Pascual. Yo la adoro,
y esta pasión me devora,
me martiriza y me acaba,
mas mi voluntad no dobla.

PASCUAL

Capitán, esa pasión,
que fácilmente se ahoga
hoy que aun es tiempo, os advierto
que os lleva á una muerte próxima.

CAPITÁN

Señor Juan Pascual, lo siento;
mas tiene raíces hondas,
y es imposible arrancarla.

Si el medio no os acomoda,
es el único que resta;
y en cuanto á mi última hora,
que juzgáis cerca, mirad
que la vuestra es muy dudosa.

PASCUAL

Acabemos, Capitán,
y en ideas ilusorias
no os gocéis adormecido;
yo tengo ocasión muy pronta
para entrar en esta torre
mucha gente valerosa,
que llevará á sangre y fuego
cuanto á su marcha se oponga.
Por sólo librar á Inés,
he retardado hasta ahora
la ejecución de mi plan;
mas os juro que es muy corta
la tregua que puedo daros.

CAPITÁN

Vos sois quien en ilusorias
ideas adormecido,
descuida lo que le importa.
Ya sé que en el subterráneo,
para esa traza traidora,
metido habéis vuestra gente;
mas es esperanza loca
la que sobre ella fundéis,
pues mi atención previsora
apostó gente más diestra,
que en las revueltas tortuosas
del subterráneo, á mi voz
la hará prisionera toda.

PASCUAL

Intentáis amedrentarme
con bravatas?

CAPITÁN

Oh! No es cosa
para pasarse en la cuenta;
y escuchad bien, que la aurora
no está lejos, y es preciso
que abreviemos. Una bolsa
de malla, que asida al cuello
lleváis, donde hay una hoja
de pergamino que explica
lo que fácil proporciona
del príncipe don Enrique
una venganza muy cómoda...

PASCUAL

Cielos! Quién pudo deciros...?

CAPITÁN

Yo lo oí de vuestra boca
una noche en vuestra casa,
escondido en vuestra alcoba.
Conque ya véis que me guío
por vuestras lecciones propias,
y que no se me ha olvidado
que á quien vengarse ambiciona,
ni precauciones le bastan,
ni se contenta con pocas.

PASCUAL

Vive Dios, villano astuto!...
quién á mi paso te arroja,
que en todas partes te encuentro
y me detienes en todas?

CAPITÁN

Concluyamos, Juan Pascual;
ó le escribís sin demora
á don Enrique una carta
ofreciendo la persona
de vuestra hija y la vuestra...

PASCUAL

No, no; primero se rompa
en mil pedazos el alma...

CAPITÁN

Pues que tú lo quieres... Hola!
Á mí, soldados!
(Salen tres soldados, que se apoderan á la fuerza de Juan Pascual, que se defiende.)

PASCUAL

Villanos!

CAPITÁN

Ponedle en la torre próxima,

con una amarra en los brazos
y una mordaza en la boca.
(Un soldado queda con Juan Pascual dentro del torreón; los otros dos salen con el Capitán, el cual, al cerrar la puerta, dice á Juan Pascual á modo de despedida:)
Lo que mejor os conviene
pensad, Juan Pascual, á solas,
porque no tenéis más término
que hasta el rayar de la aurora
(Al soldado que queda dentro.)
No me le pierdas de vista.
(Á los otros.) Vamos á su gente ahora.
(Váse el Capitán. El teatro permanece unos instantes solo. Don Pedro aparece á poco, trayendo en la mano una lámpara apagada, que deja encima del pilar de piedra donde está clavada su bandera.)

ESCENA IX

DON PEDRO

Veamos este oráculo espantoso.
Quiero apurarle, y de la edad futura
embriagarme en el néctar delicioso,
ó el cáliz agotar de su amargura.
Por su oculto poder arderá sola
esta lámpara, dice... Harto lo temo!
Llena está de mi sangre hasta la gola,
y yo en mi sangre sin arder me quemo.
Si atendiera al pavor, la vertería
por no verla inflamarse! Oh, tiemblo y lucho
con mi superstición!... Aún está fría...
Si será un impostor!... Oh, tarda mucho!
Perdóname tan torpe ceremonia,
oh cielo, para mí siempre enemigo!
No mires que al altar de Babilonia
me acerco impuro, sin contar contigo.
En tu bóveda azul, limpia y serena,
jamás pude leer de mi fortuna
ni una letra feliz; ni amiga y buena
brilló para don Pedro estrella alguna.
Siempre, sí, su escritura fué siniestra:
siempre se abrió su libro tenebroso
por párrafo fatal, dándome muestra
de un porvenir aciago y borrascoso.
Perdona, sí, perdona si te irrito
otro poder diabólico invocando,
porque un calmante pronto necesito,
y por doquier que voy, lo voy buscando.
Si es mi sino fatal, iré sereno
á sepultarme en su tremendo abismo.
Quiero saberlo, sí, contrario ó bueno,
para luchar con él con heroísmo. *(Pausa.)*
Ya hierve este licor emponzoñado;
ya de la mecha en derredor se apila;
ya trepa por sus hilos inflamado...
Ay, medroso mi espíritu vacila!
(Empieza á inflamarse la lámpara con un color rojizo y siniestro, con cuyo resplandor se colora todo el teatro.)
Acúdeme, valor...! Brotó la llama...
Ven mis pupilas á su luz apenas
los objetos... Qué es esto...? Quién derrama
el fuego de un volcán dentro mis venas?
Próximas á saltárseme las siento...
Me acosa el corazón abrasadora
de venganza la sed... y el pensamiento
me desgarra una idea asoladora.
(Don Pedro vuelve los ojos desesperado á todas partes. La sombra de don Enrique, materializando su idea recóndita, aparece en lo alto del torreón, bajando poco á poco, hasta quedarse enfrente de él.)
Enrique! Siempre Enrique... Siempre ese hombre.
Dí: Qué quieres de mí, bastardo infame?
Está escrito mi horóscopo en tu nombre?
Por qué me asaltas sin que yo te llame?
Ese puñal que abarcas con tu mano,
lo guardas para mí...? Cuán torvo brilla!
Guárdale, por piedad; guárdale, hermano...!
Mas no; mentí, bastardo de Castilla.
No le escondas; levántale; te aguardo.
Ven, si te atreves, á amagar mi seno,
y exprimiré en mis brazos, vil bastardo!
de tu ruin corazón todo el veneno.
Ven, ven! Yo soy don Pedro de Castilla,
y aunque infame y traidor venzas al cabo,
no creas, no, que tu valor me humilla.
Yo nací tu señor, y tú mi esclavo.
No lo oyes...? De rodillas, miserable!
Te niegas...? Tu sardónica sonrisa *(Sonríe.)*
me mueve á compasión... y me precisa
á volverte esa risa abominable.
Mírame sonreir... Mírame y huye,

porque á la luz de mis ardientes ojos
tu ser se pulveriza y se destruye...
Ni rastro he de dejar de tus despojos.
Mas, ahí estás aún...! Qué esperas, sombra,
sonriéndome siempre...? Qué me quieres?
Tu sonrisa me irrita, no me asombra.
(Sonrisa convulsiva.)
Yo me río también de... que me esperes.
Espera, sí, vasallo; espera, espera;
mas no, no; huye de mí, desaparece.
Tu sonrisa infernal me desespera;
tu mirada voraz me desvanece.
Huye; me das horror... Huye al abismo.
No temo tu presencia; me fascina.
Te estoy viendo reir, y hago lo mismo;
pero esta risa cruel, ay! me asesina.
(Cae en la piedra sentado, y sigue con su risa convulsiva hasta que, apagándose la lámpara, desaparece la sombra, y cae sin sentido.)

ESCENA X

D. PEDRO, EL CAPITÁN *y* MEN RODRÍGUEZ
en el torreón

CAPITÁN

Ya todos están rendidos.
Mas, qué veo? Si un traidor *(Le toca.)*
llegó hasta el rey... No, respira.

DON PEDRO

Quién eres? *(Volviendo en sí.)*

CAPITÁN

Señor, yo soy.

DON PEDRO

Se fué ya?

CAPITÁN

Quién?

DON PEDRO

Ese espectro;
ese ensueño aterrador.

CAPITÁN

Quién, señor, que no os entiendo?

DON PEDRO

Ay de mí! Tampoco yo.
De esa lámpara maldita
me ha fascinado el fulgor,
y si no se apaga pronto,
me asesina esa visión.
(Vuelve en sí del todo, y se levanta, sobreponiéndose á su pavor.)
Mas ese francés, qué dice?

CAPITÁN

Nada responde.

RODRÍGUEZ

El farol!

DON PEDRO

Ea, Blas, ya luce al cabo
la estrella de salvación.
Salgamos de aquí cuanto antes.

CAPITÁN

Señor don Pedro, idos vos.

DON PEDRO

Qué! Tú también me abandonas?

CAPITÁN

Yo abandonaros, señor!
Me quedo para vengaros.

DON PEDRO

Capitán, tienes razón.
Si me venden...

CAPITÁN

Id tranquilo,
que de eso me encargo yo.

DON PEDRO

Voy, pues, á apurar mi estrella
sin fe, pero sin temor,
que lo que en suerte me falta,
me sobra de corazón. *(Váse.)*

CAPITÁN

Ahora, ó trono para él,
ó tumba para los dos.





ACTO CUARTO

Campamento de don Enrique. En medio de la escena, la tienda de Beltrán Duguesclín, sobre la que habrá un farol encendido, y dentro de la cual aparecen sentados éste y Olivier de Manni y otros caballeros franceses. Alrededor y en lontananza las otras tiendas del campamento.—Amanece.

ESCENA PRIMERA

EL VIZCONDE, BELTRÁN DE CLAQUÍN *y* OLIVIER DE MANNI

VIZCONDE

Miradlo, mosen Beltrán,
con detenimiento y calma,
que es feo acudir á engaños
con las manos en las armas.

BELTRÁN

Señor Vizconde, está hecho;
la noticia está ya dada
á don Enrique, y ofrece
doble de lo que él nos daba,
y son cuatrocientas mil
doblas de oro castellanas.

OLIVIER

Eso bien vale, señores,
una traición diplomática,
que al cabo, si bien se mira,
está siendo necesaria.

BELTRÁN

Sí, por cierto; ese don Pedro,
qué puede esperar ya? Nada.
Cercado en ese castillo,
sin víveres y sin agua,
sus gentes á nuestro campo
pasándosele á bandadas,
olvidado de Inglaterra,
aborrecido de Francia
y odiado en su reino mismo,
no le queda otra esperanza
que entregarse; á esto vendría
á parar hoy ó mañana.
Su hermano, mientras él viva,
el objeto de sus ansias
no ha de lograr, conque es claro
que un día ú otro le mata.
Y en tal caso...

OLIVIER

Ciertamente,
lo mismo es hoy que mañana.

VIZCONDE

Sí; pero el rey de Castilla
es sólo don Pedro.

OLIVIER

Vaya!

BELTRÁN

Mas, qué le vale, decid,
ser legítimo en su raza,
ser heredero de nombre,
si el de la sangre bastarda,

más poderoso y más terco,
se le lleva la jornada?
Y, en fin, no es malo un bastardo
para lo que hoy es España,
que en tierra en que reinan moros
con un mal cristiano basta. *(Se ríen.)*

VIZCONDE

Paréceme, caballeros,
que es esa risa insensata,
al menos intempestiva,
y por la cruz de mi espada
os juro que, más que á risa,
me mueve don Pedro á lástima.

OLIVIER

Paréceme, buen Vizconde,
que han sido vuestras palabras,
sin tiempo, en pro de don Pedro
demasiado interesadas.

VIZCONDE

Mis palabras son leales,
y aunque de opinión contraria
que las vuestras, no por eso
son menos libres ni francas.

BELTRÁN

Abreviemos de razones;
la cosa está adelantada
de tal modo, que ya fuera
imposible remediarla.
Qué nos importa á nosotros?
En esta guerra menguada
venimos por el partido
que nos compró nuestras lanzas.
Como podemos servímosle,
y á traición ó cara á cara,
siempre quien vence es el bueno;
y con razón buena ó mala,
si lo acabamos nosotros,
después de darnos las gracias,
con el dinero de entrambos
nos volveremos á Francia.

OLIVIER

Esa es la cuenta, señores.
Pero la noche se pasa
y ese buen hombre no llega.

BELTRÁN

Ya empieza á rayar el alba.

OLIVIER

Hola! Allá abajo distingo
dos sombras encapotadas.

BELTRÁN

Él es.

OLIVIER

Sin duda; á quién otro
dejaran paso las guardias?

VIZCONDE

Pues yo me lavo las manos;
que os guarde Dios. *(Váse.)*

BELTRÁN

Con vos vaya.

OLIVIER

Habéis visto?

BELTRÁN

Ya lo he visto;
pero eso á mí no me extraña,
pues aunque en Francia criado,
no hay un francés en su casta.

OLIVIER

Me lo figuré al oirle
que por Castilla abogaba.

ESCENA II

EL REY DON PEDRO, *embozado;* MEN RODRÍGUEZ DE SANABRIA, BELTRÁN DE CLAQUÍN *y* OLIVIER DE MANNI.

RODRÍGUEZ

Es don Beltrán?

BELTRÁN

Sí, yo soy.
Es don Pedro?

DON PEDRO

Caballero
francés, en vos sólo espero,
y pronto á partir estoy.

BELTRÁN

Señor don Pedro, me pesa
por primera vez hablaros,
y haber de descontentaros.

DON PEDRO

Qué, negáis vuestra promesa?

BELTRÁN

No, señor; mas yo querría
á estas horas disponer
de más suerte y más poder
de lo que tengo en el día
para serviros mejor.

DON PEDRO

Hablemos, señor francés,
claros: vuestro intento es
ponerme á precio mayor?
Sea el que quiera, os prometo
que obtendréis cuanto pidáis
como á salvo me pongáis.

BELTRÁN

No es ese, señor, mi objeto,
que me estuviera muy mal
exigir un precio doble,
cuando anduvísteis tan noble,
tan franco y tan liberal.

DON PEDRO

Entonces no hay para qué
pararse más en decir
si no vamos á partir,
que estoy impaciente á fe.

BELTRÁN

Señor, es desconfianza
que tenéis de mí?

DON PEDRO

Convengo,
caballero, en que no tengo
sino en Dios solo esperanza.
Mas de ello no os ofendáis,
porque es tan fatal mi estrella,
que todo lo temo de ella.

BELTRÁN

Suplícoos que contengáis
vuestra impaciencia un momento.

DON PEDRO

Vive Dios, señor francés,
que mi situación no es
para mucho sufrimiento.
Yo vine fiado en vos;
conque ó dadme un guía fiel,
ó yo me vuelvo á Montiel
á la voluntad de Dios.

BELTRÁN

Vuestra razón imagino;
mas aguardad un instante,
y el guía os pondré delante
que os enseñará el camino.

DON PEDRO

Pues id, y que sea presto;
porque si mucho tardáis,
á encontrar os arriesgáis
desocupado mi puesto.

ESCENA III

DON PEDRO, MEN RODRÍGUEZ *y* GUARDIAS

RODRÍGUEZ

Señor, vuestros intereses
mirad, y ved que en conciencia...

DON PEDRO

Rodríguez, fué una imprudencia
fiar en estos franceses.

RODRÍGUEZ

Su mala opinión, señor,
no alcanza á Beltrán Claquín,

que en todas partes al fin
ganó fama del mejor.
Le llaman el sin mancilla,
y goza grande importancia.

DON PEDRO

Todos son buenos en Francia,
mas no los quiero en Castilla.
Á tener otro remedio,
no me fiara en ninguno;
mas place al hado importuno
mi desamparo y mi tedio.
En cuanto puse la mano
el cielo me castigó;
destino el cielo me dió,
Men Rodríguez, bien tirano!
Sufrí todos sus reveses,
pero no puedo sufrir
que me obligue hoy á venir
á ampararme de franceses.
Oh! Nunca me imaginara
llegar otra vez á vellos,
sino lidiando con ellos
sol á sol y cara á cara.
Mas nunca mi desventura
tan extremada creía
que á sus tiendas me traería
solo y en la noche oscura.
Ay! Cuando cuentas le pido
al sino que me ha tocado,
en tiempo tan desdichado
quisiera no haber nacido.
Mas ya la aurora esclarece;
mucho se detiene ese hombre;
y á pesar de su buen nombre,
que nos vende me parece.
Si deja que el sol aclare...

RODRÍGUEZ

No os dé cuidado por eso,
que de la selva en lo espeso
metidos...

DON PEDRO

Dios nos ampare!
Cuál es la selva que dices?

RODRÍGUEZ

Llaman selva vulgarmente
á esa espesura que enfrente
viendo estáis.

DON PEDRO

Ay, infelices
de nosotros!

RODRÍGUEZ

Pues qué objeto
halláis, señor, que os asombre
en esa selva?

DON PEDRO

Su nombre
á mi horóscopo sujeto.
No esperemos á que vuelva.
Rodríguez: *Cerca de Castro*
que he de morir dice un astro,
y otro dice que *en la selva.*

RODRÍGUEZ

Mas señor, ved que arriesgamos...

DON PEDRO

Todo ahora lo entiendo bien;
el Castro era don Guillén,
y ésta la selva... Ah! Partamos!
(Van á salir, y los guardias se lo impiden.)

SOLDADO

Atrás.

DON PEDRO

Qué es esto, traidor?

SOLDADO

De aquí no podéis salir.

RODRÍGUEZ

Ah! Como buenos morir
en Montiel era mejor.

DON PEDRO

Destino, no estás contento,
que aun el ultraje me espera
de morir como una fiera
acorralada entre ciento!

RODRÍGUEZ

Morir decís!

DON PEDRO

Sí, morir.
Pues qué, piensas, vive Dios!
que he de ser yo de los dos
el que se haya de rendir?
No cabe en mí tal bajeza;
que aunque así Dios me abandona,
no perderé la corona
sino al perder la cabeza.
Ira de Dios! Esto á mí?
En una tienda encerrarme
para venir á matarme
como asesinos aquí!
Infames, tan ruin traición
con un rey tan caballero?
Mas, que vengan; les espero
sin miedo en el corazón.
Que vengan esos villanos,
y vengan cuantos quisieren
á presenciar cómo mueren
los leones castellanos.

RODRÍGUEZ

(Á los soldados.) Señores, os lo rogamos
por cuanto hay santo en la tierra;
dejadnos que en buena guerra
como quien somos muramos.
Dejadnos ir á Montiel,
y aunque sin fortuna, al menos
peleando como buenos
acabaremos en él.

DON PEDRO

(Con firmeza.)
Sanabria, aunque los reveses
de la suerte así me abaten,
dejadme vos que me maten
sin rogar á los franceses.
No quiero que piensen, no,
que nunca los he temido;
mis enemigos han sido,
y aun soy su enemigo yo.

ESCENA IV

DON PEDRO, MEN RODRÍGUEZ, BELTRÁN, DON ENRIQUE, *etc.*

DON ENRIQUE

Adónde está ese judío
que llaman rey?

DON PEDRO

Aquí estoy.
(Dándose con la mano en el pecho.)
Ni aun siquiera me conoces
cuando me haces tal ultraje?
Yo á tí, sí; porque el coraje
me lo está diciendo á voces.

DON ENRIQUE

Jamás el rostro te he visto
porque me dabas horror.

DON PEDRO

Porque te daba pavor
el mirarme, voto á Cristo!

DON ENRIQUE

Con mucha osadía vienes
donde á humillarte te obligan.

DON PEDRO

Jamás lo haré á los que abrigan
la sangre vil que tú tienes.

DON ENRIQUE

Ya diste al fin en mis manos,
excomulgado perverso,
azote del universo,
verdugo de tus hermanos.

DON PEDRO

Bastardo, ten esa lengua,
que ni en palacio has nacido,
ni ser mi hermano ha podido
quien obra con tanta mengua.

DON ENRIQUE

La mengua es tuya y no mía,

pues por tus hechos atroces,
tu pueblo maldice á voces
tu execrable tiranía.

DON PEDRO

Mi pueblo...! Cuánta arrogancia
tu infame traición te inspira!
Mi pueblo dices? Mentira!
Tus mercenarios de Francia!
Sí, sí; vosotros, señores,
que al compararos conmigo,
me teméis por enemigo
porque sois unos traidores.
Lo dicho, sí, no me arredro:
por qué no osásteis ninguno
salir al campo uno á uno
á matar al rey don Pedro?
Porque lo sois, fementidos!
Si todas vuestras victorias
son como ésta, vuestras glorias
son hazañas de bandidos.

DON ENRIQUE

Tú eres el bandido, tú.

DON PEDRO

Veamos quién de los dos...
(Yéndose para don Enrique.)

DON ENRIQUE

Tú, tú, maldito de Dios,
entregado á Belcebú.
(Se abrazan y luchan; los otros se apoderan de Rodríguez, y le sacan de la tienda. Al caer, ciérrase la tienda y salen los caballeros.)

OLIVIER

Cayeron entrambos?

BELTRÁN

Sí.

OLIVIER

Mas por quién de ellos quedó?

BELTRÁN

Debajo Enrique cayó,
pero encima le volví.

RODRÍGUEZ

Y es esa, infame traidor,
de caballeros la ley?

BELTRÁN

Ni quito ni pongo rey,
pero ayudo á mi señor.

ESCENA V

DON ENRIQUE *y* BELTRÁN

(Sale don Enrique descompuesto y agitado, con la daga en la mano.)

DON ENRIQUE

Al fin concluyó la guerra
concluyendo yo con él;
libré á Castilla en Montiel,
y envié un monstruo á la tierra.

BELTRÁN

Fatigado estáis.

DON ENRIQUE

Sí á fe,
porque además de la lucha,
Beltrán, mi ansiedad fué mucha
cuando debajo me hallé.

BELTRÁN

Lo ví...

DON ENRIQUE

Que os lo pague Dios; *(Le da la mano.)*
que á tener daga en la mano,
me da la muerte mi hermano.

BELTRÁN

En eso cumplí con vos.

DON ENRIQUE

No lo olvidaré jamás;
y para mejor probároslo,
pródigo voy á pagároslo
de lo pactado además,

haciéndoos conde de Deza,
para que desde este instante
podáis cubriros delante
de mi trono y mi grandeza.

BELTRÁN

Hice sólo en ayudar
á mi señor, mi deber.

DON ENRIQUE

Mas lo pudísteis poner
en las manos del azar.
Y en fin, hoy es el gran día
de mi existencia, el primero
feliz, y el mejor que espero
en cuanto dure la mía.
Los que en favor de ese indigno
aun en Montiel estuvieren,
que salgan cuando quisieren;
seré con ellos benigno.
Ya no hay, Beltrán, para mí
rival que me ponga dique.
Mi pendón clavadlo aquí.
(Traen el pendón, y lo clavan á la entrada de la tienda.)
Castilla por don Enrique!
(Se oyen los tambores y clarines por todo el campamento, perdiéndose á lo lejos entre las voces repetidas de «Castilla por don Enrique!»

ESCENA VI

DICHOS *y* EL CAPITÁN BLAS PÉREZ *con una corneta de caza colgada á la cintura.*

CAPITÁN

Quién es don Enrique?

DON ENRIQUE

Yo.
Qué demanda? Quién es él?

CAPITÁN

El Capitán que en Montiel
el rey don Pedro dejó.

DON ENRIQUE

Si viene á implorar perdón
ó á rendirse á mi bandera,
libre es para ir donde quiera
con toda su guarnición.

CAPITÁN

El triunfo os ciega, señor.
No vengo á implorar perdones,
sino á imponer condiciones
al soberbio vencedor.

DON ENRIQUE

Vive Dios!

CAPITÁN

Por vuestra vida!
No tan pronto os enojéis,
que es preciso que lloréis
el crimen de fratricida.

DON ENRIQUE

Hola! Prendedle, llevadle.

CAPITÁN

Os tengo, rey, bien sujeto
en las redes de un secreto,
y os importa adivinarle.

DON ENRIQUE

Vendrás á ofrecerme el oro
que habrá escondido mi hermano;
mas todo el reino le gano,
y es de su reino el tesoro.
Intentas comprarme, necio,
tu vida y lanza con él!
Sal sin temor de Montiel,
que ambas á dos las desprecio.

CAPITÁN

Oh! No con tanta mancilla,
señor rey; guardad memoria
de que amargar vuestra gloria
hay quien pudiera en Castilla.

DON ENRIQUE

La lengua torpe detén,

y agradece mi paciencia,
porque es día de indulgencia.
Ea, vete.

CAPITÁN

(Acercándose á él.) Y don Guillén?

DON ENRIQUE

Guillén de Castro?

CAPITÁN

Ese, sí.

DON ENRIQUE

Dónde está, dónde?

CAPITÁN

Murió.

DON ENRIQUE

Murió!

CAPITÁN

Sí; le maté yo.

DON ENRIQUE

Y una bolsa...? *(Con ansiedad.)*

CAPITÁN

Esa está aquí.
Tomadla; ese pergamino
calmará vuestra impaciencia.

DON ENRIQUE

(Lee.) «*Don Enrique: Vuestra hija, á quien yo mismo saqué de entre las llamas, y de cuya identidad existen documentos legales en el pueblo de la Rioja donde fué hallada, es la que con el nombre de doña Inés ha vivido siempre conmigo.*»
Oh, traedla á mi presencia!

CAPITÁN

Vuestra ansiedad adivino.
Pero ya os dije, señor,
que en vez de implorar perdones,
vine á imponer condiciones
al soberbio vencedor.

DON ENRIQUE

Pide, pues, lo que quisieres;
mi reino es tuyo, pedazos
hazle, mas tráela á mis brazos,
tráela, y no me desesperes.
Dichoso día, por Dios,
es éste que me da el cielo;
yo le pedía un consuelo
y el cielo me otorga dos.
Dos, señores: esa Inés
á quien busco, es hija mía,
hija por quien yo daría
cuanto hoy en mis manos es.
Fruto de un amor profundo,
ciego, idólatra, excesivo,
con cuyo recuerdo vivo,
por quien diera todo un mundo.
Oh! Figuráos, señores,
que entero le he recorrido
tras ese tallo escogido
del verjel de mis amores.
Figuráos que sin gloria,
proscripto, humillado, errante,
su idea ni un solo instante
se apartó de mi memoria.
El viento revuelto y vario
que agitó el mar de mi vida,
no osó con mano atrevida
á este fanal solitario.
Y en medio de mis azares,
sólo su luz casta y pura
alumbró mi desventura
y adormeció mis pesares.

CAPITÁN

También á mí me alumbró
con su antorcha ese fanal;
mas, cuán siniestro y fatal
ante mis ojos brilló!
Desatalentado y ciego
con necio ardor le seguía,
seguro que á ser vendría
mariposa de su fuego.

DON ENRIQUE

Oh, tú también la has amado!

CAPITÁN

Sí, con ciega idolatría,
y ella me correspondía
con amor bien desdichado.
Á vos, al menos, señor,
os sirvió siempre de estrella,
mas yo he corrido tras ella
con inaudito furor.

DON ENRIQUE

Qué dices, vil?

CAPITÁN

Abre, infierno,
á mis pies un precipicio,
ó admite mi sacrificio
en tu piedad, Dios eterno!
(Volviéndose á don Enrique de repente.)
Qué me darás por tu hija?

DON ENRIQUE

De todo cuanto poseo,
lo que cumpla á tu deseo,
lo que tu capricho elija.

CAPITÁN

Dame á don Pedro.

DON ENRIQUE

(Alzando las cortinas de la tienda.)
Ahí está.
Tómale.

CAPITÁN

Muerto!

DON ENRIQUE

Á mis pies.

CAPITÁN

Como á don Pedro me des,
mi furor te la dará.

DON ENRIQUE

Qué estás ahí, miserable,
diciendo, que me extremeces?

CAPITÁN

Te pago como mereces,
el fallo es irrevocable;
don Enrique, ella por él;
él puso en mí su esperanza,
y yo le juré venganza
cuando salió de Montiel.

DON ENRIQUE

Quién eres, hombre infernal,
que en mi ventura mayor
te opones con tal furor
á mi carrera triunfal?

CAPITÁN

Una serpiente escondida
en mitad de tu camino;
soy la voz de tu destino
que te arrastró á fratricida.
Soy, don Enrique, un villano,
un infeliz jornalero,
que fuí noble y caballero
con su favor soberano;
y que, vasallo leal,
pago á mi rey con usura,
cavando mi sepultura
de la suya por igual.

DON ENRIQUE

Quién puso en tu corazón
ese pensamiento impío,
que aterra mi poderío
y amedrenta mi razón?
Esto es un sueño tenaz,
una horrible pesadilla.

CAPITÁN

No es sueño, rey de Castilla,
es la horrible realidad.
Un pensamiento ocurrido
á mi intención vengadora;
represalia tan traidora
como su muerte lo ha sido.
Yo á Castro ese pergamino
arranqué con el objeto
de tener con tu secreto
en mis manos tu destino.

Don Enrique, ella por él;
no tenéis otra esperanza;
que así cumplo la venganza
que le he jurado en Montiel.

DON ENRIQUE

Quitadle de aquí al momento;
llevad á ese hombre, y que elija:
ó que os entregue á mi hija,
ó que espire en un tormento.

CAPITÁN

(Con ironía á los caballeros franceses que cercan á don Enrique.)
Sí, sí; llevadme, señores,
que al cabo es adelantar
por verdugos acabar,
empezando por traidores.
Oh! No acariciéis la espada,
don Claquín, porque os lo llame,
que no os lavaréis, infame,
el borrón de esta jornada.
Con vos hablo, don Beltrán,
que alcanzáis en vuestra tierra
gran renombre en paz y en guerra
de invencible capitán.
Vos, sí, que vuestros trofeos
no habéis jamás empañado,
y en tal traición habéis dado
al pasar los Pirineos.
Oh! Tenderíais la vista
desde allí por la llanura,
diciendo al ver su hermosura:
Esta es tierra de conquista.
Diríais: *De todos modos,*
nada aquí será mancilla,
que al fin, es patria Castilla
de vándalos y de godos.
Aquí no lo han de tachar,
porque ese pueblo insensato
tomará sobre barato
lo que le queramos dar.
No hacen falta aquí decoro,
ni lealtad, ni nobleza;
cualquier traición es proeza
en esta tierra de moros.
Mas olvidásteis, señores,
que en el pueblo castellano
nunca faltará un villano
para llamaros traidores.
Ahora llevadme al tormento;
allí el secreto que abrigo
morirá á un tiempo conmigo.

DON ENRIQUE

Hombre fatal, un momento
aguarda! Nada en la tierra
hay que por precioso ó grande
ni te compre, ni te ablande
el corazón que le encierra?
El oro, la libertad...

CAPITÁN

Sólo el rey don Pedro quiero.

DON ENRIQUE

Diérate el alma primero.

CAPITÁN

Pues bien; entonces, mirad.
Véis de aquel cerro en la loma
diez soldados?

DON ENRIQUE

Sí.

CAPITÁN

Pues son
diez hombres de mi facción.
Véis una mujer que asoma
entre ellos mal escondida
y en sus brazos desmayada?

DON ENRIQUE

Sí.

CAPITÁN

Pues esa desdichada
es esa Inés tan querida.

DON ENRIQUE

Id, caballeros, volad;
allí está... mi hija, señores;
libradla de esos traidores,
librádmela por piedad!

CAPITÁN

Sí, sí; volad, caballeros;
de allí no se moverán.
(Á don Enrique.)
Mas, qué creéis que hallarán
al llegar los más ligeros?

DON ENRIQUE

Tu calma feroz me aterra.
Qué hallarán, hombre cruel?

CAPITÁN

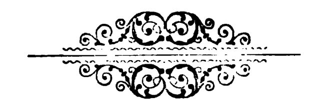
Un crimen más en Montiel
y otro cadáver en tierra.
(Se aplica á los labios la corneta de caza, y hace una señal, á cuyo sonido se vuelve á él don Enrique espantado; los soldados que tienen á doña Inés, la matan.)

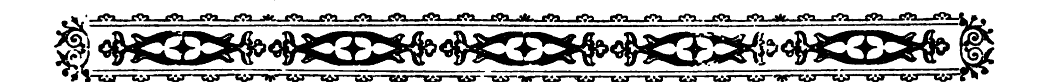
DON ENRIQUE

Qué haces?

CAPITÁN

Os ha estremecido
este sonido fatal?
Temblad, sí, que á esta señal
su cabeza habrá caído.
(Un momento de pausa. Don Enrique se cubre el rostro con las manos. El Capitán con desesperación:)
Reinad, don Enrique, sí;
pero sabed con horror
que yo asesiné á mi amor
cuando con mi rey cumplí.
Cuando á su sepulcro helado
baje á pedirle un asilo,
Dormid, le diré, *tranquilo;*
don Pedro, ya estáis vengado!
Vos, por tan fiera traición,
su corona os ceñiréis;
mas de espinas llevaréis
coronado el corazón.





Recuerdos de Valladolid

TRADICIÓN

I

DON TELLO

Señora, por vida mía!
que os dí siete meses más,
y es un plazo que quizás
concederos no debía.
Paréceos aún poco?

DOÑA ANA

No.

DON TELLO

Pedísteis un año.

DOÑA ANA

Sí.

DON TELLO

Si año y medio os concedí,
qué más hacer pude yo?
Don Juan de Vargas no viene.

DOÑA ANA

Harto, por mi mal, lo sé.

DON TELLO

Pues que tanto os aguardé,
no esperar más me conviene.
Que fuera lance fatal
que mi imprudencia pudiera
dejar que don Juan volviera
con derecho al mío igual.

DOÑA ANA

Tenéis, don Tello, razón.
Pedí por término un año,
pues tan fiero desengaño
no aguardó mi corazón.
Prometí que, si en todo él,
el de Vargas no volvía,
con vos me desposaría.
Creíle menos infiel!
Año y medio me esperó,
don Tello, vuestra nobleza,
y en tan hidalga grandeza
no habré menos de ser yo.
Á mi padre responded
lo que os dije: Vuestra soy;
mas si don Juan vuelve hoy...

DON TELLO

Doña Ana, el labio tened,
ó mirad lo que decís.

DOÑA ANA

Si acabar no me dejáis...!

DON TELLO

No: que ó todo lo negáis,
ó todo lo consentís.
Vuestra fe daréis entera,
como os la pide, á don Tello;
que si Vargas vuelve, en ello
yo sé bien lo que me hiciera.

DOÑA ANA

Qué decís, Tello?

DON TELLO

Doña Ana,
yo os pedí para mujer:
mirad si lo habéis de ser,
y vuelva Vargas mañana.

DOÑA ANA

Que sí os dije; pero si hoy
viniera Vargas, ya no.

DON TELLO

Ya en eso me veré yo,
pues vuestro marido soy.

DOÑA ANA

Pues, don Tello, si viniera...

DON TELLO

Vive Dios que le matara,
pues porque yo os esperara
no era justo que os perdiera!

DOÑA ANA

Don Tello!

DON TELLO

Miradlo bien;
que pues más no he de esperar,
conmigo habéis de casar
si viene, y si no también.

DOÑA ANA

Don Tello, pues ha de ser,
no haré en ello oposición:
ya que tenéis la razón,
mirad lo que habéis de hacer.

—

Esto hablaban una tarde,
ya muy cercana la noche,
doña Ana Bustos Mendoza
y don Tello Arcos de Aponte.
Iguales en lustre ostentan
sus heredados blasones,
ella envidia de las damas,
él galán entre los hombres.
Y ella hermosa y él valiente,
por especiales razones,
unirlos en casamiento
sus parientes se proponen.
Don Tello adora á doña Ana;
mas como valiente y noble,
ha más de un año que espera
que su afán se le malogre;
Porque ha tanto que la niña
tiene asentado en otro hombre
el pensamiento amoroso,
y ni sosiega ni come.
Es su amor don Juan de Vargas,
que á Italia oculto fugóse,
por no sé qué muerte oculta
en las sombras de la noche.
Mas don Juan, desde aquel día,
tan de veras ocultóse,
que de su estado y persona
cartas ni amigos responden.
En vano tras nuevas suyas
se rastrearon en la corte
mil exquisitas pesquisas,
mil cortesanos favores.
La justicia dióle libre;
el mismo rey perdonóle;
pidieron á todas partes
cartas y noticias dobles;
Mas en todas fueron vanos
al misterio que le esconde
los parabienes presentes,
las antiguas precauciones.
De todas partes los pliegos
vuelven bajo el mismo sobre,
porque en ninguna parece,
ni en ninguna le conocen.
Cansado, por fin, don Tello
de plazos y condiciones,
y recelando que al cabo
parezca don Juan y torne,
Resuelto y tenaz decide
que, pues año y medio corre,
de grado ó de valimiento
se cumpla cuanto pactóse.
Y la verdad, que doña Ana,
más tibia ya en sus amores,
no con enojos escucha
de don Tello la ràzones,

Ni estorba que la festeje,
ni que vista sus colores,
ni entre en su casa de día,
ni que sus rejas la ronde.
Porque en esto de firmezas
en ausencias y en amores,
era, sin duda, lo mismo
que en nuestros tiempos entonces.
Quedó, pues, dicho y jurado
que, excusadas dilaciones,
la boda se concluyera
dentro de la misma noche.
Y en todo Valladolid,
cuantos hay vecinos nobles,
á dar sus enhorabuenas
á los novios se disponen.
Mas es preciso advertir
que, mientras en los salones
danza y festejos preparan
juntos Mendozas y Apontes,
Las puertas del Campo Grande
cruza á resuelto galope,
embozado en una capa,
sobre un potro negro, un hombre.

—

Es una noche de Octubre,
que la atmósfera encapota
entre las dobles cortinas
de la niebla y de la sombra.
En ráfagas desiguales
el cierzo á intervalos sopla,
quebrándose en las esquinas
con voz destemplada y bronca.
Lucen en ellas apenas,
como sombras vaporosas,
mas esparcidos, faroles
que entre la niebla se ahogan.
Y á su esplendor vacilante,
por las calles tortüosas
apenas á ver se alcanza
de los que pasan la forma.
Que no es tan tarde que en sueño
la ciudad repose toda,
ni tan pronto que aun excusen
los rondadores su ronda.
Óyese el sordo murmullo
de las fugitivas ondas
con que el revuelto Pisuerga
ambas orillas azota;
Y entre su son temeroso,
la voz compasada y ronca
con que las huecas campanas
al toque de ánimas doblan.
Allá por sobre las cercas
que el Campo Grande aprisionan,
turbias luces se perciben
por entre ventanas rotas,
Á cuya opaca lumbrera
algún penitente ora,
y con el llanto del monje
las culpas del hombre borra;
Ó algún sabio solitario
en meditación más honda,
del vano mundo desprecia
la mal olvidada pompa.
Cuán grato es ir sin camino,
con el corazón á solas,
en la deliciosa calma
de la noche silenciosa,
Sin testigos que sorprendan
sobre la faz melancólica
las lágrimas que se escapan
de los ojos gota á gota!
Noche, consuelo del triste,
bendita tu amiga sombra,
entre cuyos densos pliegues
no se avergüenza quien llora!
Yo también, triste poeta,
al compás del arpa ronca,
te rindo tributo en lágrimas,
plegarias de mis memorias:
Y una y mil veces bendigo
tu espesa tiniebla lóbrega,
desciñendo las guirnaldas
que el arpa cansada adornan.
Noche, consuelo del triste,
bien haya tu amiga sombra,
entre cuyos densos pliegues
no se avergüenza quien llora!
Cruzando del Campo extenso
la soledad misteriosa,
á lentos pasos camina
un hombre de cuya forma
Se distingue solamente
la pluma que en alto flota,

las espuelas en que acaba
y la espada que le abona.
Lo demás de su figura
lo velan, guardan y embozan
los secretos de una capa
en que envuelve la persona.
Ganó la vuelta á la plaza
por una calleja corva,
de casa en casa pasando,
señas tomando de todas.
Delante de una al tenerse,
que de palacio blasona,
«Ésta es», dijo, y en la puerta
la mano atrevida posa.
Mas no bien dentro del patio
el son de la aldaba dobla,
corriendo dentro un cerrojo,
un hombre al dintel asoma.
Haciendo paso al que sale,
el que iba á entrar se reporta,
y al mismo tiempo en su rostro
reflejó la luz dudosa.
—Don Juan!—Don Tello!—exclamaron
en voz descompuesta y honda
ambos á dos personajes,
como quien duda y se asombra.
—Á don Juan mirando estoy?
—Á quien veo es á don Tello?
—Por Dios, que no erráis en ello!
—Ni vos en mí: don Juan soy.
—Seguidme.
—Adónde?
—Á reñir.
—Vamos; mas reñir, por qué?
—Seguidme, don Juan, que á fe
que os lo tengo de decir.—
Calló don Juan, y don Tello,
en faz decidida y torva,
«Por aquí», dijo, y airado
la vuelta del Campo toma.
Los estoques en la mano,
sueltas en tierra las capas,
están dos hombres á punto
de cerrarse á cuchilladas.

DON TELLO

Reñid, don Juan, ó vos mato.

DON JUAN

Grande será vuestra causa,
don Tello; mas, vive Dios!
que yo en saberla me holgara.

DON TELLO

Reñid, don Juan.

DON JUAN

Vos, parece
venís á reñir con rabia;
mas yo, que ignoro...

DON TELLO

Ó reñís,
ú os asesino á estocadas.

DON JUAN

Tello!

DON TELLO

Reñid, voto á Cristo!

DON JUAN

Mas decid una palabra,
una razón, un pretexto,
y riño.

DON TELLO

Pese á mi alma!
En Valladolid no estáis?

DON JUAN

Bien se ve.

DON TELLO

Y á quién buscábais?

DON JUAN

Á doña Ana de Mendoza.

DON TELLO

Reñid, pues, que ésa es la causa.

DON JUAN

Doña Ana! Qué...?

DON TELLO

Esposa mía...

DON JUAN

Es?

DON TELLO

Será.

DON JUAN

Cuándo?

DON TELLO

Mañana.

DON JUAN

Defendéos bien, don Tello,
que la razón es sobrada.

—

Cruzáronse los estoques,
adelantaron las dagas,
y empezaron los aceros
do acabaron las palabras.
El ruido de entrambas hojas
en la oscuridad sonaba,
sin que en la sombra se alcance
cuál es más feliz de entrambas.
El aliento á resoplidos
ambos, fatigados, lanzan;
mortales golpes se tiran,
mortales golpes se paran.
Sin duda que corre sangre,
sin duda el brazo se cansa,
porque los golpes son menos,
la respiración más tarda.
Y sin duda que es temible
la contienda solitaria:
don Tello no cede un paso,
don Juan un paso no avanza.
No suena un golpe que á fondo
recto al corazón no vaya;
no hay un quite que no pare
la postrimera estocada.
Es el brazo que defiende
tan fuerte como el que ataca;
que á acertar un solo golpe
con él la lid acabara.
Jura el uno, calla el otro;
ni uno cede, ni otro avanza;
con más arrojo don Tello,
don Juan con mejor constancia.
Y en vano son los ardides,
los esfuerzos y las mañas,
los amagos engañosos,
la embestidas trocadas.
Siempre un golpe encuentra un quite,
siempre un estoque una daga,
y un esfuerzo inesperado
una defensa pensada.
Entrambos, desfallecidos,
pierden tierra y tierra ganan:
mas en ganar y en perder
siempre es igual la ventaja.
Desesperado don Tello,
don Juan en siniestra calma,
así igualmente se estrechan
é igualmente se rechazan.
Y está la muerte dudosa
en ambos aposentada,
la mano en entrambas vidas,
sin atreverse con ambas.
Abrasado al fin don Tello
en el volcán de su rabia,
no mirando ya su honra,
sino sólo su venganza;
Viendo que don Juan no cede,
y que él tampoco adelanta,
pensó en ganar por traidor
lo que por audaz no gana.
Y cerrando más brioso
con tan traidora esperanza,
como si alguno amagase
á don Juan por las espaldas,
Gritó: *Tente! No le mates!*
Y al volver don Juan la cara,
hasta la cruz escondióle
dentro del pecho la espada.
Cayó don Juan, y don Tello,
ganando apenas su casa,
guardó en la vaina su estoque,
y su secreto en el alma.

II

Lejos del mundo y de su pompa vana,
harto de juveniles devaneos,

el polvo hollando que la raza humana
encierra en sus placeres y deseos,
renunciando su gala cortesana
y de su clara estirpe los trofeos,
en celda estrecha y solitaria habita
un austero y humilde cenobita.
Pasó su juventud en ardua guerra,
derramando su sangre generosa
por ensanchar los lindes de su tierra
y engrandecer su patria poderosa.
En el valle acampó, saltó la sierra
tremolando la enseña victoriosa,
y los vencidos le debieron leyes,
conquistas su nación, oro sus reyes.
Hoy, porque al mundo su valor asombre,
ó porque su valor ponga en olvido,
vela en el claustro el opulento nombre
con que ha valiente capitán vivido,
y olvida con lo mísero de hombre
cuanto de grande é ínclito ha tenido,
curando en santa y religiosa calma
las hondas cicatrices de su alma.
Que entre ásperas y crudas penitencias
buscó su Dios el alma atormentada
por el revuelto golfo de las ciencias,
por el desierto de la inmensa nada;
así avivó su fe con sus creencias,
así acalló su carne macerada;
mas, en lucha tenaz consigo mismo,
en sus creencias encontró un abismo.
Creyó y dudó; y en duda irreverente
tornó á creer, y recayó en la duda;
hundió en el polvo la humillada frente,
en su cuita á su Dios pidiendo ayuda;
creyó segunda vez, pero igualmente
dudó segunda vez el alma ruda;
oró, su pertinacia castigando;
mas creyendo dudó, y creyó dudando.
Doquier su incertidumbre y su impericia
el orden de las cosas reprochaba;
la virtud presa, impune la malicia,
doquier de sus creencias recelaba;
mal segura y torcida la justicia,
de la justicia celestial dudaba,
y de los males del viciado suelo
culpa argüía en el dormido cielo.
Con sus dudas así y con sus creencias
arrastraba el severo capuchino
su vida entre recónditas dolencias,
y dudaba tal vez de su destino.
En vano con austeras penitencias
pedía al cielo su favor divino:
siempre acosaba al pensamiento adusto
la duda de lo justo y de lo injusto.
Siempre sus penitentes oraciones,
y su estudio, y sus horas solitarias,
turbaban sus incrédulas ficciones,
siempre con causas ó con hechos varias:
ni el turbulento mar de sus razones
sosegaban su llanto y sus plegarias:
que cuanto más oraba penitente,
se rebelaba el corazón demente.
El pueblo, al contemplar su faz severa,
que con el tosco capuchón ceñía;
el paso grave, la mirada austera,
la barba que á los pechos le caía,
su misteriosa forma pasajera,
que tan sólo en el templo aparecía,
reputación de justo le otorgaba,
y por justo varón le respetaba.
El sabio que en su cámara medita
en un confuso libro amarillento
las ideas que el sabio cenobita
creó en la soledad de su convento,
viendo que su honda creación gravita
sobre su aventajado pensamiento,
ambas razones balanceando cede,
y el renombre del sabio le concede.
Mas tal es la mundana inconsecuencia
y el frágil peso del consejo humano,
que yerra el corazón, yerra la ciencia
en el juicio más fácil y liviano:
en medio de su airada penitencia,
presa á su vez del pensamiento humano,
bajo el sayal del hombre penitente,
el incrédulo habita impunemente.
Doquiera le mantiene arrebatado
honda meditación que le divierte
por el gran laberinto en que, obcecado,
razones busca á la insensata suerte;
y el mundano doquier cura engañado
de que en su arrobo el justo no despierte
y la sagrada inspiración no acuda;
mas el sabio no adora, sino duda.

—

Es una mañana clara
de una fresca primavera;
la brisa arruga ligera
la hierba, el agua y la flor.
El sol asoma al Oriente
su cabellera inflamada,
y alza el ave en la enramada
dulces himnos al Criador.
Orlan el campo las perlas
que ha derramado el rocío;
murmura allá abajo el río
la orilla al acariciar;
y en niebla azulada y tenue,
que remeda al limpio cielo,
vapores exhala el suelo
de jazmines y azahar.
Las inquietas mariposas
despliegan sus cien colores,
columpiándose en las flores
con revoltoso bullir.
Posando en todas livianas,
sólo al lindel dejan sola
sin sus besos la amapola,
el tosco vaso al abrir.
Ostenta cuantos primores
en su ancho tapiz encierra
á la luz del sol la tierra,
respirando juventud:
todo es calma, luz y vida
en la dulce primavera;
mas, ay, cuánto es pasajera
su belleza y su quietud!
También gozó de su infancia,
su vigor y su opulencia
esa ciudad de existencia
más remota y más feliz;
mas si no alcázar de reyes,
aun conserva la nobleza
en que muestra su grandeza
lo que fué Valle de Olid.

....
....

Á un lado del Campo Grande,
en un balconcillo estrecho,
el codo en el antepecho,
sobre la mano la sien,
un austero capuchino
el campo está contemplando,
la baja tierra mirando
con religioso desdén.
Si sufre, goza ó medita;
si bien ríe ó males llora;
si desespera ó si ora,
es difícil de atinar.
Los ojos fijos en tierra;
la tez rugosa, amarilla;
en la palma la mejilla;
siempre en el mismo lugar,
Siempre en la misma postura,
en el mismo arrobamiento,
sin voz y sin movimiento,
sin aparente razón,
insondable el alma viva,
tras aquella estampa muda,
una cifra es de la duda
de imposible comprensión.
Al pie del mismo convento,
en paseo solitario,
desde la iglesia al osario
vagar un hombre se ve.
Ambos brazos á la espalda,
hasta la ceja el sombrero,
larga daga, agudo acero,
y espuela dorada al pie.
Su pensamiento no aclaran
su talante ni su paso:
tal vez estará al acaso
y sin voluntad allí;
creeráse que reconoce
el lugar en que se mira:
se tiene, calla, suspira,
viene y va, y constante así.
Del cementerio á la iglesia,
de la iglesia al cementerio,
siempre en el mismo misterio,
siempre en el mismo vagar:
ni él ve al monje que á su reja
asomado ora ó medita,
ni se cura el cenobita
su ocupación de acechar.
Seméjase el capuchino
á un ilustre prisionero,
y semeja el caballero
el vencedor capitán;

mas el uno en su ventana,
en imperturbable vela,
y el otro en su centinela,
indiferentes están.
En esto, del fin del Campo,
que ambos á espalda tenían,
uno tras otro venían
dos hidalgos á la vez.
La del primero era fuga,
la del otro seguimiento,
y víase bien su intento
en su tenaz rapidez.
Desarmado el de delante
y la faz desencajada;
en la derecha la espada,
ya cerca el perseguidor,
ambos á par se empeñaban
en su fuga y su denuedo:
el de delante era miedo,
el de atrás era furor.
—Detenerlos!—gritó el monje.
Tornó el caballero el gesto,
y un punto en el mismo puesto
viéronse iguales los tres.
Mas antes que el más cercano
acudiera al homicida,
el otro cayó sin vida
bañado en sangre á sus pies.
Seguir al vivo era en vano:
como una sombra fugóse.
Al desplomado tornóse,
mas era inútil también;
y antes que reconociese
de la herida la malicia,
llegó á punto la justicia,
gritándoles que se den.
Prestó atención exquisita
desde lo alto el capuchino.
«Éste es, éste, el asesino!»
á la ronda oyó decir:
requirió el preso su espada
para dar final respuesta,
pero otra mano más presta
vino su intento á impedir.
—Déjese sin fuerza, hidalgo,
y hacia la cárcel se apronte.
Quién es?
—Don Tello de Aponte.
—Préndanle y vengan en pos!—
Cerró el monje la ventana,
la prisión injusta viendo,
con voz cóncava diciendo:
«Si no hay justicia, no hay Dios!»

III

Tras una mesa cubierta
con un terciopelo verde,
en tres sillones de brazos
están sentados tres jueces.
En más ínfimo lugar,
y de ellos frente por frente,
espera en silencio un hombre
sentado en un taburete.
Serenos tiene los ojos,
alta y tranquila la frente,
el rostro descolorido,
y ambos pies en un grillete.
Mas nada hay en su persona
que á imparciales ojos muestre
que tan orgulloso porte
acompañe á un delincuente.
Que es noble, se ve en su nombre;
que es criminal, en las leyes;
que no es traidor, en su rostro;
y en su talle que es valiente.
Mas que importa su custodia
se ve bien en los mosquetes
que, esparcidos por la sala,
las entradas la defienden.
Por las puertas y tapices
se alcanzan confusamente
las cabezas apiñadas
de la multitud que atiende;
Y en el inquieto murmullo
que discurre entre la gente,
se ve que todos escuchan,
pero que pocos se entienden.
Confusas, distantes, rotas,
concebirse apenas pueden,
de preguntas y respuestas,
las razones diferentes.
El juez pregunta, y el reo
responde; los escribientes
escriben; los guardias guardan,
y el pueblo murmura siempre.

EL JUEZ

Quién sois?

EL REO

Un hombre.

EL JUEZ

Su nombre?

EL REO

Don Tello de Aponte soy.

EL JUEZ

Levantáos.

DON TELLO

Bien estoy.

EL JUEZ

Ved que soy el juez.

DON TELLO

Yo el hombre.

EL JUEZ

Ved que es fuerza obedecer.

DON TELLO

Que me desaten decid,
ó en preguntar proseguid,
que así os he de responder.

EL JUEZ

Matásteis á un hombre...?

DON TELLO

No.

EL JUEZ

Con el muerto os sorprendieron,
y os acusan.

DON TELLO

Pues mintieron.

EL JUEZ

Fué la justicia.

DON TELLO

Mintió.

EL JUEZ

Esta espada, de quién es?

DON TELLO

Si en esta mano estuviera,
mejor ella lo dijera.

EL JUEZ

No os la hallaron?

DON TELLO

Sí, á los pies.

EL JUEZ

Bañada en sangre!

DON TELLO

Es así.

EL JUEZ

Y un hombre teníais muerto
junto á vos.

DON TELLO

También es cierto.

EL JUEZ

Luego fuísteis...

DON TELLO

Yo no fuí.

EL JUEZ

Decid, pues, quién le mató.

DON TELLO

Un hombre que le seguía.

EL JUEZ

Cúyo nombre?

DON TELLO

Él lo sabría;
y si no se huyera, yo.

EL JUEZ

Luego huyó?

DON TELLO

Dije que sí.

EL JUEZ

Le conociérais, á verle?

DON TELLO

Mal pudiera conocerle
si nunca el rostro le ví.

EL JUEZ

Bien lo fingís!

DON TELLO

Bien lo cuento:
que esto sólo aconteció.

EL JUEZ

Confesáis el crimen?

DON TELLO

No.

EL JUEZ

Pues ponedle en el tormento.

DON TELLO

Vedlo bien.

EL JUEZ

Lo ví.

DON TELLO

Pues voy;
pero mirad que inocente.

EL JUEZ

Vos nombraréis delincuente.

DON TELLO

Puede ser, pues hombre soy.
Mas si el dolor da por mí
alguna declaración,
anulo mi confesión,
y en cuanto diga mentí.

—

Sacáronle de la sala,
y en sus sillones los jueces
callaron, mientras susurra
en son siniestro la plebe.
Á verse en la puerta alcanza
que en el fondo el salón tiene,
una alfombra de cabezas
que bullen eternamente.
Un montón desordenado
de ojos de hombres y mujeres,
que giran en muchos gestos,
ya curiosos, ya impacientes.
Acá y allá algunas damas
que en los tupidos dobleces
de un velo en que acaba un manto,
la faz ruborosa envuelven.
Y esta multitud inquieta,
cuchicheando sordamente,
esperando alguna cosa
de otra cosa que sucede;
Ya de parte de don Tello,
ya de parte de los jueces,
y ya bien como en comedia
aguardando lo siguiente;
Dispuesta del mismo modo
á escuchar lo que dijeren,
á partir cuando se acabe,
y á esperar mientras le dejen,
Forma un susurro monótono
que por el aire se extiende,
y un acento sin palabras
en la atmósfera mantiene.
Los centinelas pasean;
el escribano se duerme
con la barba sobre el puño,
y el puño entre los papeles.
Los galanes rostro á rostro
plática entablada tienen;
que amantes, serán amantes
donde quiera que se encuentren.
Los muchachos la paciencia
con aquel silencio pierden,
y hacen los viejos á solas
comentarios de las leyes

En favor de la justicia
que andaba allá en sus niñeces,
porque sin duda es muy bueno
lo malo que se nos pierde.
Así en paciencia ó enojo
mantuviéronse igualmente,
en son confuso de muchos,
jueces, soldados y plebe.
Alzóse al fin la cortina;
impusieron los corchetes
silencio, y todos los ojos
tornáronse de repente.
Retratada en el semblante
la agonía de la muerte,
salió el primero don Tello,
que apenas basta á tenerse.
Alzáronse en el salón
vagos murmullos al verle,
que más que á satisfacciones,
á amenazas se parecen.
Mas á una señal airada
de los irritados jueces,
y á la vista de vecinas
alabardas y mosquetes,
Reinó el silencio en la sala,
capitulando la plebe,
que, cuanto más atrevida,
es tanto menos valiente.

EL JUEZ

(Confesó?)

UNO

(Confeso está.)

EL JUEZ

Decid, pues, quién le mató?

DON TELLO

El asesino soy yo,
si no estáis cansados ya.

EL JUEZ

Hablad más claro.

DON TELLO

El tormento
dejó menos fuerza en mí;
á todo digo que sí,
pero en cuanto digo miento.

EL JUEZ

Le matásteis?

DON TELLO

Le maté.

EL JUEZ

Por acaso ó por razón?

DON TELLO

Por intento y á traición.

EL JUEZ

La razón?

DON TELLO

Yo me la sé.

EL JUEZ

Decidla, si la tenéis.

DON TELLO

No basta que le matara?

EL JUEZ

Sí, por cierto, que bastara.

DON TELLO

Ruégoos, pues, que despachéis.

EL JUEZ

Sobre ese libro jurad
que por traición le habéis muerto.

DON TELLO

Dadme el libro; todo es cierto;
jurado está y despachad.

—

Entró en esto, atropellando
por los guardias y la gente,
sin que curiosos ni guardias
bastasen á detenerle,
Un capuchino severo,
de luenga barba, ancha frente,
claros ojos, talle erguido,
grave paso y voz solemne.

Sin duda por sus virtudes
alto respeto merece,
porque todos en silencio
aparentan conocerle.
Díjole el juez:—Perdonadnos,
porque, en vela de las leyes,
somos por nuestro destino
hombres afuera, aquí jueces.—
Y con acento más firme,
al capuchino volviéndose,
en ademán imperioso
díjole:—Padre, qué quiere?—
El religioso, sereno,
en faz y gesto imponente,
contestó:—Apoyo del justo:
que la justicia no yerre.—

EL JUEZ

Si erró la justicia acaso,
nos fuera ayudarla en gozo.
Decid dónde.

EL MONJE

En este mozo,
que ya con ánimo escaso,
habló á impulsos del dolor,
y en cuanto dijo ha mentido.

DON TELLO

Padre, tarde habéis venido,
y que os volváis es mejor.

EL MONJE

Escuchadme.

EL JUEZ

Ya es en vano.

EL MONJE

Oidme.

EL JUEZ

Dije que no.
Como reo confesó,
y juró como cristiano.

EL MONJE

Ved que ha de saberlo el rey,
y que en ello soy testigo.

EL JUEZ

Yo no soy quien le castigo,
que escrita me dan la ley.

EL MONJE

Mirad que él no le mató,
que desde un balcón lo ví;
no es el reo

EL JUEZ

Será así.

EL MONJE

Condenáisle?

EL JUEZ

Confesó.

EL MONJE

Ha mentido.

EL JUEZ

No lo sé.
Don Tello, otra vez jurad.

DON TELLO

Queréis matarme? Acabad.
Juro que á un hombre maté.

EL JUEZ

Pues véis que otorga el delito,
dejadle sufrir la pena.

EL MONJE

Ved que el miedo le condena!

EL JUEZ

Padre, en la ley está escrito.

—

Quedó el monje meditando
del reo la confesión,
inmóvil en el salón,
de lo que mira dudando.
Firmó la sentencia el juez,
y del estrado al bajar,
en voz alta á preguntar
volvióle el monje otra vez:

—Conque muere?
—Vedlo vos—
contestó el juez; y aun dudando
fuése el monje murmurando:
«Si no hay justicia, no hay Dios!»

—

El sol, en trémulas hebras
tornasolando los aires,
tranquilo, radiante y puro
en colores se deshace.
Doquier el pueblo se agolpa,
doquier los balcones abren,
en faz de ver ó esperar
lo que pasa ó lo que pase.
Doquier bellas en las rejas,
doquier hidalgos galanes,
doquier desenvueltas mozas,
clérigos y militares.
Todo es turba y movimiento,
tropezar y atropellarse;
todos van hacia la plaza,
ganando esquinas y calles.
Todos por bajo platican,
cual si una historia contasen
que, preguntándola todos,
todos á la par la saben.
Comprenderse apenas puede
en razones desiguales
la razón de lo que á todos
tan afanosos los trae.
Óyense en palabras sueltas,
entre otras mil, estas frases:
—Es justicia.—Son las doce.
—Quien tal hizo, que tal pague!
—Del rey aguardan indulto.
—Ya daban vuelta á la cárcel.
—Hace ocho días.—Es noble.—
—Sálvele Dios.—Pobre fraile!
Y á veces, allá á lo lejos,
en lastimosos compases,
otra voz reza ó pregona
con acento suplicante.
Hierve en la plaza la gente;
puertas cierran, rejas abren,
y á un tiempo todos los ojos
se vuelven hacia una calle.

Por ella en orden siniestro,
muchos soldados delante,
de dos en dos muchos hombres,
á otro hombre á la plaza traen.
Atadas tiene las manos,
descolorido el semblante,
descubierta la cabeza
y desaliñado el traje,
Sin valona y sin espada,
capotillo ni acicates,
sobre una enlutada mula,
y acompañado de un fraile.
Van detrás algunos monjes
de varias comunidades,
con cirios que al sol del día,
aunque no le alumbran, arden.
Los ministros de justicia,
el reo y el pueblo parten,
y el pregonero decía,
en lúgubre son, delante:
«Esta es la final sentencia
»que hoy debe de ejecutarse
»en don Tello Arcos y Aponte
»por mano de Luis Hernández,
»Ejecutor por el rey...»
Y al trasponer una calle,
perdióse con el bullicio
la sentencia con la frase.
Abrióse la muchedumbre,
y entraron con paso grave
dentro de la plaza juntos,
los que vienen y el que traen.
Llegados á una escalera,
con que unos maderos hacen
ancha subida á un cadalso,
dijo una voz:—«Que le bajen.»
Bajó el reo, y en la escala
el religioso sentándose,
díjole con voz inquieta
que de hinojos se postrase.
Así fué, y ambos quedaron
en posición semejante,
sin que sus tenues palabras
alcanzara osado nadie.
Mas sobre el hombro del reo,
algún ojo penetrante,
á saberlo, ver pudiera
el ojo atento del fraile.

Y en su inquietud confiada,
más bien que reconciliarle,
víase que era dar tiempo
á que tiempo se ganase.
Avisóle la justicia;
se alzó el reo, calló el padre;
llegaron hasta el cadalso,
y tornaron á postrarse.
Tornó á avisar la justicia
y á la confesión el fraile,
y más de las doce y media
señalaba ya el cuadrante.
—Don Tello—decía el monje—
dad tiempo á que el tiempo pase;
que fuera mengua en el rey
que su perdón os negare.
—Pluguiera, buen monje, al cielo
que así tan ciego no erráráis.
—Siendo testigo...
—Qué importa?
—Fuera otro crimen.
—Quién sabe!
—Yo sé que sois inocente,
puesto que no le matásteis.
—Secretos del cielo son,
como el cielo impenetrables.
—Imposible...!
—Padre, pronto!
—Que tanto el indulto tarde!
—Padre, es en vano!
—Oh, no hay cielo,
cuando acudiros no sabe!—
Y el capuchino azorado,
las miradas suplicantes
desesperado tendía,
sin aliento, á todas partes.
Por vez postrera volvieron
con más empeño á avisarle,
y el reo dijo:—Es inútil!
Padre, que muera dejadme!
—No, don Tello, por mi vida!
Y volviéndose anhelante
el monje á la multitud,
así rompió á voces grandes:
—Está inocente...!—En tumulto
impidió que terminase
la turba, que, por oirle,
gritaba á su vez:—Dejarle!
—Está inocente!—decía
el monje, y en voz pujante
decía el pueblo en tumulto,
sofocándole:—Dejarle!—
Gritaba el pueblo, y el monje
gritaba, y palabras tales
se le oían:—Dios... testigo...
indulto... el rey!—Todo en balde!
Unos decían:—Oidle...!—
Otros decían:—Salvadle...!—
Pero cuando todos hablan
es cuando no escucha nadie.
Arrodillado don Tello,
y el ejecutor delante,
hizo la justicia seña,
y el verdugo hizo su parte.
Calló el pueblo, calló el monje;
y, al ver la cabeza en sangre
bañada, desesperado
se perdió en la turba el fraile.
Y allá en el fin de la plaza,
volviendo el rostro un instante,
«Si no hay justicia, no hay Dios!»
dijo, y traspuso la calle.

IV

CONCLUSIÓN

Coronada de juncos y espadañas
hay en un soto cristalina fuente,
donde, al abrigo de sonantes cañas,
en arroyo se cambia mansamente.

Espérala el Pisuerga, y de sus olas
la abre amoroso el transparente seno,
con silvestres espigas y amapolas
de su margen bordando el cerco ameno.

Á su amoroso halago nunca ingrata,
la fresca y sonorosa fuentecilla
mezcla constante su raudal de plata
con la del padre río, agua amarilla.

Y allá á lo lejos, por la angosta calle
que la abren en dos bandas cien colinas,
Valladolid dibújase en el valle,
velada entre las pálidas neblinas.

Y la vieja Simancas, más ufana,
alza á su espalda la torreada frente,
que pintan á la par en la onda vana
los tres ríos que abarca con su puente;

Do empiezan á tender los arenales
su enmarañado pabellón de pinos,
por donde abren en grietas desiguales
sus engañosos lindes los caminos.

Era la hora en que, cansado acaso
de su rauda y magnífica carrera,
el moribundo sol hunde en ocaso
su universal espléndida lumbrera.

Dábale el ruiseñor su despedida
desde el olmo sombrío que le oculta,
alegre adiós á la gloriosa vida
del astro-rey que en sombra se sepulta.

Despídenle las auras y las hojas,
y las sutiles auras que adormecen,
y las coronas de los pinos rojas
á su luz despidiéndole se mecen.

Todo era paz y lánguido sosiego
en la fresca pradera y soto umbrío;
todo aspiraba el esplendente fuego
en derredor de fuente, soto y río.

La luz tendiendo de los ojos vagos
sobre el rápido arroyo campesino,
del llanto preso resistiendo amagos,
velaba el solitario capuchino.

Y allí con él su exasperada duda,
revolviéndose audaz dentro del pecho,
hondo tormento daba al alma ruda,
sitio en el corazón hallando estrecho.

Continuo presentábale su mente
la ensangrentada imagen de don Tello,
á quien de un crimen defendió inocente
y á quien la injusta ley mató por ello.

—

Y allá en su alma, á quien vicia
de lo humano la miseria,
así la ruda materia
luchaba con su impericia.

«No hay Dios donde no hay justicia;
porque, á ser de otra manera,
ó Tello no pereciera
con tan clara sinrazón,
ú oyera el rey mi razón,
ó el matador pareciera.

»Que Tello al cabo murió,
ojalá no fuera cierto;
que no es reo en lo del muerto,
por mis ojos lo ví yo.
Si la ley le condenó
con ignorancia ó malicia,
manifiesta la injusticia
en entrambos casos fué:
que si Dios existe, á fe
no está Dios do no hay justicia.

»Porque hacer el bien y el mal,
y negar al mal el bien,
arguyera error también
en la justicia eternal.
Que amparar al criminal
é ir del inocente en pos
contra el justo, de los dos,
fuera en Dios ley bien tirana;
luego en consecuencia llana,
do no hay justicia, no hay Dios.

»Y puesto que si es, no es justo
siendo así Dios no cabal,
en obrar el bien ó el mal
cuerdo es no forzar el gusto.
Pues no es Dios un Dios injusto,
no quiero, por mi impericia,
tener un Dios de injusticia,
de sus hechuras ajeno:
que en este mundo terreno
no está Dios, pues no hay justicia.

»Y si niegas, Dios, aquí
tu justicia, aquí no estás;
y, donde no estés, de hoy más
quiero vivir para mí:
que si hijo tuyo nací,
es bueno y justo á los dos
que el hijo te vaya en pos
y que tú acudas al hijo,

ó mintió quien tal nos dijo,
pues sin justicia no hay Dios.»

—

Así pensaba el monje, vacilando,
sin razón ni creencia que le acuda,
cuanto más convencido, más dudando
por entre el laberinto de la duda;

Y triste y macilento, y sin destino,
sin fe en el mismo Dios, que á par confiesa,
sentóse á las orillas del camino,
como fardo á posar que mucho pesa.

Miserable reptil, busca en la tierra
lo que la tierra misma no merece,
y el ciego pensamiento se le cierra,
y el atrevido pensamiento crece.

Acosado de amargos pensamientos,
de negras dudas entre turbias nieblas,
nave presa de ciegos elementos,
hasta en su propia luz halla tinieblas.

Y así, al dulce rumor del agua mansa,
son de las hojas, trino de las aves,
su fatigado corazón descansa
á los murmullos lánguidos y suaves.

Tal vez, abriendo los cansados ojos,
la moribunda luz goza un momento,
y la imagen de Tello le da enojos,
y el sueño se la roba al pensamiento.

Tal vez, aun en duda congojosa,
razones sueña y vanidad delira,
la claridad fingiendo misteriosa
de lo que le huye más, cuanto más mira.

Que así lo muestra el fatigado aliento
que el pecho en sueño atosigado lanza,
revuelto mar que el torvo movimiento
del gran volcán del pensamiento alcanza.

Sorbió el falaz crepúsculo la noche,
ganó el espacio la callada sombra,
la flor cerró su perfumado broche,
veló la tierra su pintada alfombra.

Allá á lo lejos, tras el negro monte,
á tardos pasos asomó la luna,
tibia alumbrando el lóbrego horizonte,
rasgando el velo que la sombra aduna.

Vagaba el aura y susurraba el río,
murmuraba la fuente que corría,
y de ella al pie, con ademán sombrío,
el capuchino su pesar dormía.

—

Iba la parlera fuente
resbalando entre la hierba,
en son acorde lamiendo
la parda y menuda arena.

Y á la fugitiva lumbre
que en sus ondas reverbera,
la luna en su espejo errante
la pálida faz refleja.

Brotaba espumas de plata
el ronco y turbio Pisuerga,
bañando en corvos cristales
entrambas á dos riberas.

Y al compasado murmullo
de aguas, hojas, aura y presas,
en insomnio inquieto el monje
tendido á la orilla sueña.

Alzando á veces los párpados,
como quien duerme y le pesa,
la luz se pinta en sus ojos
entre cendales de niebla.

Siente el agua que murmura
y el aura que bulle apenas,
y en vago adormecimiento
oye, ve, respira y piensa.

Á través del agua mansa
que el límpido arroyo lleva,
algún objeto confuso
la luna blanca le muestra.

Duda y mira, y fatigoso
otra vez los ojos cierra,
y anda el torpe pensamiento
en lucha con una idea.

Tornó á descorrer los párpados,
y allá en el agua serena,
entre las sombras del sueño,
un rostro á mirar acierta.

Tornó á dudar, acosado
entre si duerme ó si vela,
contemplando aquel semblante,
de igual color que la tierra.

Fantasma, ilusión ó ensueño
que minucioso semeja
al muerto don Tello Aponte
que finó la tarde mesma.

Tornó á dudar, mal despierto
y mal dormido en su vela,
al ver detenida el agua
y apilada en las riberas,

Y en el lecho del arroyo,
al nivel de las arenas,
todo el cadáver de un hombre,
asido con su cabeza.

Alzóse despavorido
el monje; mas teme y tiembla,
cuando el cuerpo de don Tello
le dice así en voz severa:

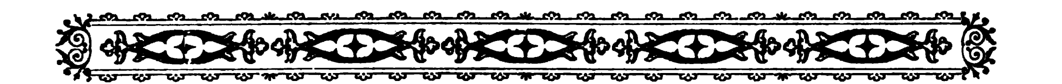
—Conocéisme, padre?
—Sí.
—Á que me siente ayudad.
Bajo mi cuerpo mirad
lo que hay debajo de mí.—

Miró el monje, y con asombro
halló la faz macilenta
de otro á quien Tello cubría
pie á pie y cabeza á cabeza.

Temblaba el monje aterrado,
de rodillas en la hierba,
y don Tello, en voz solemne,
díjole de esta manera:

«En duelo injusto los dos,
á traición le asesiné;
no preguntéis el por qué
de la justicia de Dios.»





Á BLANCA

Despierta, Blanca mía,
que ya brillante y clara
á largo andar se viene
riendo la mañana.

Despierta, que ya alegres
los ruiseñores cantan
sus amorosas letras
saltando entre las ramas.

Despierta, Blanca hermosa,
y al bosque ameno baja,
á dar al campo enojos
y avergonzar al alba.

Y baja sin recelo;
que quien aquí te aguarda
no ha de cansarte, hermosa,
contándote batallas.

No de su noble estirpe
los títulos y hazañas
te contará altanero,
ni necias antiguallas.

Ni te dirá, en prolijas
razones estudiadas,
costumbres y opulencias
de tierras más lejanas.

Ni en versos lastimeros,
al ronco son del arpa,
lamentará fanático
desastres de su patria.

No; lejos de nosotros
creencias tan livianas,
estúpidos ensueños,
que son al cabo nada.

Despierta, y ven al bosque,
donde te espero, Blanca,
por verte más hermosa
que el sol que se levanta.

Aquí hay sombríos lechos
con que la hierba blanda
convida, al son acorde
de fuentecilla mansa.

Aquí las mariposas
sobre la frente vagan,
y las pintadas flores
revientan en fragancia.

Y bullen los arroyos
y murmuran las ramas
al compasado impulso
de las sonantes auras.

El sol tiñe las cimas
de las rocas lejanas,
cubiertas de rocío
sus asperezas calvas.

Aquí todo es contento,
seguridad y calma.
Oh, ven, paloma mía!
Á la floresta baja.

Oh, cuán hermosa viene!
Qué bella estás, mi Blanca!
Cantad, parleras aves,
cantad y saludadla!

Te tengo entre mis brazos.
Qué espero? Qué me falta?
La dicha de mirarte
me enajena y embriaga.

Y... lejos de nosotros
los mundanos fantasmas,
la gloria y el renombre,
la grandeza y la patria!

Locuras, Blanca mía,
ridículas palabras!
La gloria y la grandeza
son ilusiones vanas.

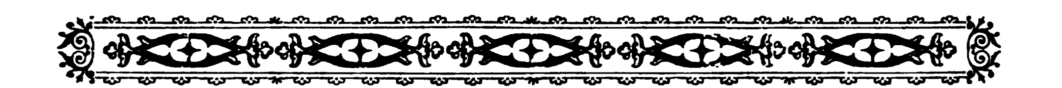
Te ríes, vida mía?
Recuerdas aún las lágrimas
que un día por la gloria
vertí sin esperanza?

Oh, Blanca! Era otro tiempo.
Ya más segura el alma,
no soy más que un poeta
que ocio y placeres canta.

Aún ríes? Cómo brillan
tus pupilas...! Me abrasa
no sé qué fuego en ellas...
Oh, dame un beso, Blanca!

La gloria es un ensueño,
todo en la tierra pasa:
dame un beso, y, si quieres,
rompe mi lira, Blanca.





CANCIÓN

Triste canta el prisionero
encerrado en su prisión,
y á sus lamentos responde
su cadena en triste son.
Ábrele, oh viento! camino á la voz.

Van mis horas, van mis días
mi esperanza carcomiendo,
el valor va sucumbiendo,
váse helando el corazón.
Cuanto espero desespero;
que en destierro tan tirano,
sólo escucha el viento vano
mi cantar y mi aflicción.
Ábreme, oh viento! camino á la voz.

Si á tu oído, vida mía,
mi canción llegar pudiera,
yo sé bien que no muriera
al rigor de mi prisión.
Mas tú gozas descuidada,
de mis cuitas bien ajena,
mientras, ronca mi cadena,
me acompaña en triste son.
Ábreme, oh viento! camino á la voz.

Cuántas veces, despertando
por el cristal del deseo,
me imagino que te veo
en amorosa ilusión!
Yo te llamo y te acaricio,
los brazos audaz te tiendo;
mas tú me huyes, y yo entiendo,
ay de mí! que sueños son.
Ábreme, oh viento! camino á la voz.

Ríe y canta y goza y vive,
mientras sueño y canto y lloro
los hechizos que en tí adoro,
vida y sol del corazón.
Aquí en tanto, hermosa mía,
norte y faro de mis ojos,
al rigor de tus enojos
y al dolor de su pasión,

Triste canta el prisionero
encerrado en su prisión,
y á sus lamentos responde
su cadena en ronco son.
Ábrele, viento, camino á la voz!



GANAR PERDIENDO

COMEDIA EN TRES JORNADAS

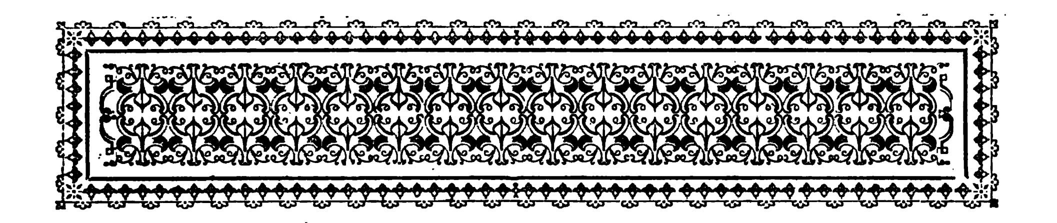
GANAR PERDIENDO

COMEDIA EN TRES JORNADAS

PERSONAJES

Don Juan.
Don Pedro.
Doña Ana.
Doña Clara.
Luisa.
Inés.
Oñate.
El Gobernador, *viejo.*
La Justicia.
Maese Juan, *jugador.*
Hidalgos, *jugadores.*
Sòldados, *íd.*
Paisanos, *íd.*

La escena pasa en Toledo el año 1695



GANAR PERDIENDO

JORNADA PRIMERA

Decoración de calle, y es de noche

ESCENA PRIMERA

DOÑA ANA *y* LUISA

DOÑA ANA

Luisa, aquí te he de esperar;
entra tú mientras en casa,
y el aderezo de perlas
dentro de su estuche saca.

LUISA

Qué, no quiso?

DOÑA ANA

Todo entero
lo quiere; suerte tirana!

LUISA

Judío!

DOÑA ANA

Haz lo que te digo.

LUISA

Mas ved, señora...

DOÑA ANA

Ve, y calla.

(Entra Luisa.)

Hasta cuándo, suerte injusta,
habrás de tener esclava
del deshonor de un hermano
toda la honra de su hermana?
Ya ni haciendas, ni riquezas,
ni joyas quedan en casa;
todo en avarientas manos
se pierde sin esperanza. *(Llora.)*

LUISA

(Saliendo.) Aquí está.

DOÑA ANA

Pues vamos presto.

LUISA

Mas al fuego de esas lágrimas,
las mías sobre los ojos
me los anublan y abrasan.
Esto más, señora mía?

DOÑA ANA

Ay, Luisa! Déjame y calla,
que ya que no me consuelan,
mi mal aduermen mis lágrimas.
Dónde encontraste mujer
tan como yo desdichada?
Un hermano libertino
tengo por mi mal en casa,
que juega nuestras haciendas
en vez de beneficiarlas;
y entre usureros tahures
deja salud, oro y fama,
y yo por honor de entrambos
lloro y abono sus faltas.
Déjame, Luisa, que llore.

LUISA

Con llorar, qué se adelanta?
Más vale hacer que don Pedro
de un error tan ciego salga.

DOÑA ANA

Ay, Luisa, qué mal entiendes
lo que son nuestras desgracias!
Con cuanto acertar debemos,
mas los errores se agravan,
y á cada paso que huímos,
más nuestra desdicha avanza.

LUISA

Y qué, señora...?

DOÑA ANA

Conoces,
Luisa, tal vez á esa dama
que frente á nuestro aposento
tiene del suyo ventanas?

LUISA

Doña Clara de Mendoza?

DOÑA ANA

La misma; esa doña Clara,
que cada vez que la miro
toda se estremece el alma.
Déjame, Luisa, que llore.

LUISA

No os entiendo; doña Clara
en su casa, qué ver tiene
con lo que en la nuestra pasa?

DOÑA ANA

Sábelo ya de una vez,
que así á lo menos, entrambas
llorando la misma pena
la haremos menos amarga.
Tiene un gentil caballero
por hermano doña Clara,
cuanto hidalgo generoso,
que si no miente, me ama.
Esta tarde llegó oculto
á Toledo, y una carta
que dél recibí esta tarde,
con sus razones me mata.

LUISA

Decidlo todo, señora,
que en un hilo tengo el alma.

DOÑA ANA

Dice que á casarse viene.

LUISA

Y dice con quién se casa?

DOÑA ANA

Pues si no fuera conmigo,
así decírmelo osara?

LUISA

Y eso es, señora, por Dios,
de vuestro llanto la causa?

DOÑA ANA

Pues siendo noble, cuál otra
más lágrimas me arrancara?

LUISA

Linda respuesta por cierto.
Rico, valiente, que os ama,
que os libra de vuestro hermano,
y que al fin con vos se casa.

Pues digo, si yo no sueño,
que el forastero no es nada!

DOÑA ANA

Sígueme, Luisa, y la lengua
para mis ofensas ata;
que siendo quien soy, no puedo
escucharte tus palabras;
que si él es tan firme amante
que de desposarme trata,
por su mismo amor no quiero
que al fin me juzgue tan falsa
que pensé con esta boda
en desempeñar mi casa.

LUISA

Perdonad... mas gente llega.

DOÑA ANA

Baja el manto, que tapadas...
Mas, cielos! él es.

LUISA

Quién?

DOÑA ANA

Vamos,
que en hablarle no me holgara.
Antes de que nos conozca
entremos.

LUISA

Mientras que pasa.

DOÑA ANA

Sí; que si mi hermano vuelve...

LUISA

Pedirá para las ánimas.

ESCENA II

DON JUAN, *luego* LUISA *y después* DOÑA ANA

DON JUAN

Doña Ana tiene un hermano;
y puesto que yo no sé
si doña Ana guarda fe,
ó si ha llegado á su mano
la carta que la escribí,
mi prudencia me aconseja
que consulte con su reja
si se ha olvidado de mí.
Si es que ingrata me olvidó,
disimular es aviso,
porque á la fin es preciso
que en ello quede bien yo.
Si me es constante doña Ana,
mañana me he de casar;
mas si me pudo olvidar,
á Milán vuelvo mañana.
(Llama á la reja.)

LUISA

Quién es?

DON JUAN

Un hombre.

LUISA

En mal hora
habéis llegado; id con Dios.

DON JUAN

Excusad palabras vos;
llamad á vuestra señora.

LUISA

Desenfado trae el hombre;
no está en casa.

DON JUAN

Vedlo bien.

LUISA

Lo ví; mas decidme quién
sois.

DON JUAN

Yo no tengo nombre.

LUISA

Buenas noches. *(Hace que cierra.)*

DON JUAN

Abreviad,

y dad aviso á doña Ana
que la aguardo en la ventana.

LUISA

Mas, quién diré?

DON JUAN

Despachad.

DOÑA ANA, *en la ventana*

Quién es?

DON JUAN

Doña Ana!

DOÑA ANA

Don Juan!

DON JUAN

Sí, amor mío; don Juan es,
que vuelve al cabo á tus pies
más rendido y más galán.
Y tú eres aún...?

DOÑA ANA

Tu doña Ana,
que te idolatra y espera,
con tu amor más altanera,
con tu vuelta más ufana.

DON JUAN

Diéronte mi carta?

DOÑA ANA

Sí.

DON JUAN

Tal vez te dí en ella enojos.

DOÑA ANA

Con lágrimas en los ojos
veinte veces la leí.

DON JUAN

Mi bien, lágrimas por eso?
Mas las últimas serán.

DOÑA ANA

De mi fortuna, don Juan,
afirmarlo fuera exceso.

DON JUAN

La fortuna!

DOÑA ANA

Bien lo sé,
que nunca se ha de cansar
contra mí.

DON JUAN

Y por qué dudar?

DOÑA ANA

No me preguntéis por qué.

DON JUAN

Mas ved que es inadvertencia
que en vos me arguye malicia,
hacer tamaña injusticia
á mi amor en mi presencia.
Dudar de vuestra fortuna
cuando os vengo á desposar,
es de mí propio dudar
en ocasión importuna;
que si vos me amáis á mí
como yo os adoro á vos,
uno del otro los dos
somos la fortuna aquí.

DOÑA ANA

Nunca, don Juan, pensé yo
en ello de otra manera.
Dudé de mi suerte fiera,
de vuestra firmeza no.
Porque, don Juan, yo os amé
desde el momento en que os ví,
y de entonces para mí
todo el mundo sueño fué.
Imaginar que os faltara
error y vergüenza fuera,
porque, aunque yo lo quisiera,
á olvidaros no acertara.
Pero es cierto que...

DON JUAN

Acabad.

DOÑA ANA

Que nací en infausta estrella,
pues mal se apareja ella
con nuestra felicidad.

DON JUAN

Volvéisme el juicio, doña Ana,
y... explicáos, porque aquí
yo tan sólo sé de mí
que os quiero esposa mañana.
Lloráis, vive Dios?

DOÑA ANA

Sí lloro.

DON JUAN

Pues no os tomo por mujer?

DOÑA ANA

Callad, que no puede ser,
por lo mismo que os adoro.

DON JUAN

Que no puede ser decís?
Voto á Dios y á San Millán!
Pues no vengo de Milán
porque vos me lo pedís?
No dejo, por vos, allá
honor y engrandecimiento,
mostrando que el pensamiento
en nada, sin vos, está?
No soy soldado y me alejo
sólo por vos de la guerra?
Cuanta fama y gloria encierra
la guerra, por vos no dejo?
Qué más por vos pude hacer,
ni vos de mí qué esperar,
ni qué más tengo que dar,
ó habéis vos que apetecer?
Llego á Toledo esta tarde,
y aunque, por quien soy, pudiera
entrar en faz altanera
de mí mismo haciendo alarde,
prudente os busco, doña Ana,
azares por evitaros,
y vengo de noche á hablaros
á través de una ventana.
Y al recibirme, contenta,
decís que no puede ser,
lo que es mandarme volver,
doña Ana, según mi cuenta.

DOÑA ANA

No, don Juan, que os engañáis;
pues no os mandé yo venir?

DON JUAN

Mas volvéisme á despedir
si al recibirme lloráis.

DOÑA ANA

Yo despediros, don Juan,
cuando en mal tan exquisito
más que nunca os necesito
por remedio de mi afán?
Yo, don Juan, que instante á instante
las tardas horas conté,
y vuestra vuelta esperé
enamorada y constante?
Dejadme al menos llorar,
ya que dudásteis de mí.

DON JUAN

Pues si ya me véis aquí,
hay razón para tardar?
Ya que me dáis, amorosa,
con vuestra fe el corazón,
mañana mismo es razón
que paséis á ser mi esposa.

DOÑA ANA

Tan pronto no podrá ser.

DON JUAN

No basto yo...?

DOÑA ANA

No, don Juan.

DON JUAN

Todas, doña Ana, serán
inconstancias de mujer.

Decid que no me amáis ya,
y acabamos de una vez.

DOÑA ANA

Al fuego de mi altivez
no toquéis, porque arderá.
Don Juan, os amo, os adoro
más que nunca.

DON JUAN

Pese á mí!
Pues entonces, quién aquí
va por medio?

DOÑA ANA

Mi decoro.

DON JUAN

Vuestro decoro! En mí acaso,
en cuanto soy, tengo y valgo,
qué véis que no sea hidalgo,
de prez ó valor escaso?
Ó en vos si no, qué sentís
que os desdore ó sea en mengua?

DOÑA ANA

Don Juan, reportad la lengua,
que hasta en pensarlo mentís.
En mi honor no hay mengua tal,
ni en mi amor flaqueza alguna;
pero fuéme la fortuna
desque nací bien fatal.

DON JUAN

Siempre os conocí tan bella,
noble, rica, en conclusión.

DOÑA ANA

Ya os dije que no es razón
la injusticia de mi estrella.
Mas, don Juan, tengo un hermano...

DON JUAN

Por qué calláis?

DOÑA ANA

No lo sé.
De ello me avergüenzo á fe.

DON JUAN

Os prometió?

DOÑA ANA

Fuera en vano.

DON JUAN

Acaso resiste audaz
nuestro amor?

DOÑA ANA

Inútil fuera.

DON JUAN

Qué es, pues?

DOÑA ANA

En vano quisiera
decirlo el labio tenaz.

DON JUAN

Doña Ana, os burláis de mí?
Sois bella, libre; me amáis,
y todo, al fin, lo estorbáis,
y á todo decís que sí.

DOÑA ANA

Declararlo más no puedo,
que en mí sola no depende.

DON JUAN

Si hay alguno que me ofende...

DOÑA ANA

No le halláreis en Toledo.
Todo mi amor tenéis vos.

DON JUAN

En qué, pues, tardanza cabe?
Vuestro hermano...

DOÑA ANA

Nada sabe.

DON JUAN

No os entiendo, vive Dios!
Nada sabe vuestro hermano,

yo os amo y me amáis á mí,
decisme á todo que sí,
y que os oponéis es llano.
Acabad.

DOÑA ANA

Es mi secreto.

DON JUAN

Lo guardáis?

DOÑA ANA

Como quien soy.

DON JUAN

Pronto á ayudaros estoy.

DOÑA ANA

No fuera en verdad discreto.

DON JUAN

En quién más podréis fiar?

DOÑA ANA

En nadie, don Juan, á fe.

DON JUAN

Fiádmelo pues.

DOÑA ANA

No haré,
que á otro en mí fuera faltar.

DON JUAN

Á otro en vos? Y sin mí, á quién?

DOÑA ANA

Otro lo sabe y los cielos.

DON JUAN

(Por Cristo que tengo celos
y no los devoro bien.)
Luego en otro fiáis más?

DOÑA ANA

No, por Dios!

DON JUAN

Mal se concilia.

DOÑA ANA

Negocios son de familia.

DON JUAN

Mentís, doña Ana, quizás?

DOÑA ANA

Don Juan!

DON JUAN

Dejadme que acabe,
pues que no tenéis es llano
más familia que un hermano,
y este hermano nada sabe.
Negocios, en conclusión,
de familia no tenéis,
conque es claro que queréis
sostener la dilación.

DOÑA ANA

Pensadlo, don Juan, mejor,
que mi hermano puede ser
quien alcance á entorpecer,
pese á entrambos, nuestro amor.

DON JUAN

Loco estoy? Falsa sirena,
ya sé que con tal pretexto
queréis poner tiempo en esto;
mas si es así, norabuena!
Toledo no me ha de ver,
que de él me parto mañana.

DOÑA ANA

Don Juan, ved, mirad...

DON JUAN

Doña Ana,
ved vos de esto qué ha de ser.
Á haceros mi esposa vengo,
y en el punto en que os lo digo,
secretos tenéis conmigo;
y ó yo de saberlos tengo,
ó para siempre me voy,
porque mi propia mujer
conmigo no ha de tener
secretos, por quien yo soy.

DOÑA ANA

Ved que no lo soy aún.

DON JUAN

Pero lo fuérais mañana,
si fuera, ingrata doña Ana,
nuestra constancia común.
Oh! Bien hacéis en llorar,
que eso bien sabéis hacer.
Armas son de la mujer,
que huyendo se han de humillar.
(Hace que se va, y vuelve.)

DOÑA ANA

Pues bien; sabedlo, y tened
de mí duelo á tal oir,
porque si os lo he de decir,
me habláis por última vez.
Que os hago tal confesión
sólo por satisfaceros,
mas en ello agradeceros
no quiere mi corazón.
Mi hermano don Juan...

LUISA

(Dentro.) Señora,
abreviad.

DOÑA ANA

Qué?

LUISA

Vuestro hermano
vuelve la calle.

DOÑA ANA

Es en vano
tener, don Juan, más demora.

DON JUAN

Aguardad.

DOÑA ANA

No, por mi vida.

LUISA

Ved que llega.

DOÑA ANA

Adiós, don Juan.

DON JUAN

Sacaréisme de este afán?

DOÑA ANA

En ocasión más cumplida.
(Cierran y vánse.)

ESCENA III

DON JUAN

Hay, por Dios, tal confusión
ni tan extraña mujer!
Hablando la he de perder,
pues me da satisfacción.
Y si por su confesión
bien su inocencia declara...
valiera más que callara
si habla por la vez postrera!
Conque en la misma manera
que la pierda es cosa clara.
No se opone á nuestro amor
su hermano, pues nada sabe;
en ella ni en mí no cabe
mengua en lustre ni en honor.
Otro rival, mi valor
en su amor no ha de admitir;
mas cuando vengo á pedir
de su amor la última prueba,
alza, mantiene y renueva
cuanto lo puede impedir.
Que me ama, verdad será
cuando tan tenaz lo jura;
que cuan rica en hermosura
es tan libre, claro está;
pruebas de amor no me da
cuando me huye, bien se ve;
dóila mi mano y mi fe,
dice que muere por mí...
pero me aparta de sí
ocultándome el por qué.
Y por Dios que, ó yo deliro,
ó todo es una invención,

que en tan oscura razón
excusas tan sólo miro.
Y cuando á sondarla aspiro
me confundo en ella más;
satisfarame quizás,
mas obvia el inconveniente,
y en nuestro amor no consiente
su intención volviendo atrás.

ESCENA IV

DON JUAN *y* OÑATE

OÑATE

Qué os hacéis ya tan de noche
así en la calle, señor?

DON JUAN

Qué te importa, necio?

OÑATE

Acaso
fiel además no soy yo?
Aún no hace sino unas horas
que me confiásteis vos
de esta venida á Toledo
vuestra secreta razón.
Venís contento á casaros,
vuestra dama á eso os llamó,
y á vuelta de solo un día
en ese guardacantón
os encuentro cabizbajo
centinela de un farol.
Permitidme que os repita
que eso me extraña, por Dios.
Mas ya que os soy importuno
en vuestra meditación,
seguid, que pues sois mi amo,
yo os obedezco y me voy.

DON JUAN

No, Oñate, que más que tu amo
he sido tu amigo yo,
y juntos hemos lidiado
siendo soldados los dos.
Y pues no ignoras el hecho,
debes saber la razón,
aunque no tienen razones
las sinrazones de amor.

OÑATE

Decid pues: tal vez doña Ana
con la ausencia se mudó?

DON JUAN

Dice que ciega me adora.

OÑATE

Mas excusa la ocasión?

DON JUAN

Sí, por cierto; y á fe, Oñate,
que aquí sin mi acuerdo estoy
dudando de sus palabras,
y temiendo su razón.

OÑATE

Mas su hermano...

DON JUAN

Nada sabe
don Pedro.

OÑATE

Si otro amador
os contrasta...

DON JUAN

Su alma entera
jura que la tengo yo.

OÑATE

Mas si una vez el descuido,
la sorpresa, la ocasión...

DON JUAN

Oñate, detén la lengua
si no has de dar á la voz
palabras menos villanas.

OÑATE

Es suponerlo, señor.

DON JUAN

Tal suponer es osado,
y calumniar no es razón.

OÑATE

Y, por fin, si dáis permiso
que os lo diga...

DON JUAN

Voto al sol!
Y estabas con esa calma,
gozando en mi confusión?

OÑATE

Como os vía...

DON JUAN

Acaba!

OÑATE

Acabo.

DON JUAN

Dí presto.

OÑATE

Pues á eso voy.
Luisa es una moza fresca,
cari-redonda, encarnada,
que puede bien ser tomada
por de familia tudesca.
Dió en el vicio de servír
bajo auspicios de doncella,
y si no lo dijera ella,
quién lo había de decir?

DON JUAN

Oñate, y en ese cuento,
qué tengo que entender yo?

OÑATE

Que ella es quien me lo contó
de su boca: estadme atento.
Luisa, que sirve á doña Ana,
toda su confianza goza,
y así es que sabe la moza
la historia de la sultana.
Don Pedro, su lindo hermano,
jugador de profesión,
que tiene noble el blasón
pero el corazón villano,
juega siempre hasta perder,
bebe siempre hasta ganar,
y el daño para olvidar,
juega y bebe hasta caer.
Con mañas tan disolutas
y tan torpes compañías,
las noches pasa y los días
en apuestas y en disputas;
y queriendo tal vez mal
á sus deudos y herederos,
regala á los usureros
los frutos de su caudal.
Lo suyo no le bastó,
pues que pierde cuanto gana;
pidió prestado á su hermana,
y lo de entrambos perdió.
Después que ya no halló qué,
en vez de sumiso hermano,
para su hermana un tirano,
don Pedro en su casa fué.
Algo pudo escatimar
doña Ana á la suerte cruel;
mas ella llora, y juega él,
y á pedir él, ella á dar.
En este estado, señor,
claro es que doña Ana atienda
á que, pues no tiene hacienda,
os sea inútil su amor.

DON JUAN

Inútil! Por Dios que no;
que si has dicho la verdad,
con más brío y ceguedad
la quiero por ello yo.

OÑATE

Ved si es cierto cuanto digo,
y si hay más segura seña,
que quien sus prendas empeña
es mi paisano y mi amigo.

DON JUAN

(Aparte.) (Efímera es la razón,
mas concibo cómo humilla
á quien tiene, sin mancilla,
nobleza en el corazón.
Mujer noble y singular,
mal, por Dios, te conocí;

mas tal he de ser por tí
que me baste á disculpar.)
Oñate?

OÑATE

Señor.

DON JUAN

Dos cosas
secretamente has de hacer.

OÑATE

Señalad las que han de ser,
por osadas ó penosas.

DON JUAN

Á doña Ana llegarás
con cualquier pretexto ó modo,
y en faz de usurero, todo
cuanto pida la darás.

OÑATE

Mas, si á conocerme llega,
no véis que en vos mal arguya?

DON JUAN

El secreto es cosa tuya;
nada á la industria se niega.
Al mayordomo he de ver
ahora mismo, y que te apronte
la cantidad á que monte
cuanto pueda recoger.
Tú, como un desconocido,
y en tu comercio mejor,
dála cantidad mayor
de la que te haya pedido.
Y á ese tu amigo, discreto
las usuras pagarás,
las haciendas librarás,
y que nos guarde secreto.
Comprendiste?

OÑATE

Comprendí.

DON JUAN

Para tamañas finezas
echa mano á mis riquezas,
aunque me arruines á mí.

ESCENA V

OÑATE

Héme aquí ya en un punto
de camarero y mayordomo junto.
Á cuántos desatinos nos obliga
la locura de amor! Viven los cielos
que en favores, don Juan, bien extremados
hoy cambia sus recelos.
Y á partirse dispuesto
el amor de doña Ana por pretexto,
satisface el orgullo de su casa
y el fuego del amor en que se abrasa.
Mas, pues soy su criado,
fuerza es obedecerle de contado.
Á doña Ana he de hablar; valga el ingenio;
mas ella sale... Haré el encontradizo,
y vístase el amor traje postizo.

ESCENA VI

DOÑA ANA *y* LUISA *saliendo de su casa, como en la escena primera, y* OÑATE

DOÑA ANA

Mira bien si se fué ya,
y del empeño salgamos.

LUISA

Seguras, señora, vamos,
que por la esquina se va.

DOÑA ANA

Mujer más infortunada
viste, Luisa?

LUISA

Á fe que no.

DOÑA ANA

La suerte conmigo dió
más que con otra enconada;
tras un año de esperar
la posesión de su amor,

por vergüenza del honor
tenerla que desechar!

LUISA

Dejad para otra ocasión,
señora, por Dios, el llanto.

DOÑA ANA

Cúbrete bien con el manto
y echa la llave al portón.

OÑATE

Ellas son; llego. Señoras,
perdonad, y guárdeos Dios.

DOÑA ANA

Así con él vayáis vos,
que nos importan las horas.

OÑATE

Á abreviároslas venía,
que me acaban de informar
que quisiérais empeñar
prendas de alguna valía.

LUISA

Vaya con Dios el menguado,
que quien tal dijo mintió.

OÑATE

Amigo vuestro soy yo,
y vengo bien informado,
y por causas que yo sé,
para acudiros, señora,
por eso *(Señalando al aderezo que traerá Luisa oculto.)*
dentro de un hora
triple cantidad daré.
Y contad siempre conmigo,
que es vuestro cuanto poseo,
y os juro que ser deseo,
más que traficante, amigo.
Silencio, Luisa. *(Aparte á Luisa.)*

LUISA *(Aparte á doña Ana.)*

Dejadle
hacer, señora.

DOÑA ANA *(Á Oñate.)*

Confío
que no haréis en daño mío.

OÑATE

Temor de mí? Desechadle...

DOÑA ANA

En mi casa, pues, entrad,
y el contrato cerraremos.

OÑATE

No es menester, que tenemos
buena fama en la ciudad.
Si os agrada, aquí inmediato
el dinero os contaré.

LUISA *(Aparte á Oñate.)*

Mas...

OÑATE *(Aparte á Luisa.)*

Después te lo diré.

DOÑA ANA

Mas firmaréis el contrato.

OÑATE

Haré cuanto vos mandéis,
que á vuestro servicio estoy.

LUISA *(Aparte á doña Ana.)*

Señora, fiada voy
en que cuanto quiera haréis.

ESCENA VII

DON PEDRO, *casi á punto de embriaguez*

Como hay Dios que he de arrojar
la casa por un balcón.
Los mismos demonios son
los que allí van á jugar;
para alcanzar yo á ganar
tres cornados, en conciencia,
tengo que echar la paciencia,
el ánimo á entretener,

con el calor del beber
ó el ruido de una pendencia.
Ilusiones me parecen!
Luz de los dados será.
Naipes, dados... Voto va
que los dados me entorpecen.
Cómo las sombras me crecen!
Todo el cuerpo me flaquea;
y no atino lo que sea,
que es mi cabeza un castillo. *(Riéndose.)*
Ah! Aire tengo en el bolsillo,
y el aire me bambolea.
(Vase hacia la ventana de doña Clara.)
Demos al amor un poco...
tiempo, que no hay más que dar:
naipes y dados al par
continuo me hacen el coco.
Jugador, amante y loco,
son hilos de igual madeja.
Si no miento, esta es la reja
del aposento de Clara. *(Llama.)*
Saca á la noche esa cara,
y alúmbrame esta calleja.

ESCENA VIII

DON PEDRO *y* DOÑA CLARA, *en la ventana*

DOÑA CLARA

Á Dios gracias, bien venido.

DON PEDRO

Hermosísimo lucero...

DOÑA CLARA

Á Dios gracias, caballero,
habéis estado perdido?

DON PEDRO

Adorando estuve, Clara,
tus hechizos.

DOÑA CLARA

Mal se ve,
cuando vende su mercé
esa adoración tan cara.

DON PEDRO

Cuatro días sin hablarte,
te estuve deseando hablar.

DOÑA CLARA

De burla estáis?

DON PEDRO

Por gozar
doble gusto al encontrarte.

DOÑA CLARA

Caballero, es demasía,
que importar puede á mi fama,
que volváis á vuestra dama
con tanta descortesía.

DON PEDRO

Amor mío, yo te adoro;
deja que un amante beso
en tus labios...

DOÑA CLARA

Tal exceso!
Mirad más por mi decoro,
ó mirad que desde luego...

DON PEDRO

Clara hermosa, vive Cristo!
que no sé cómo resisto
de tanto amor tanto fuego.

DOÑA CLARA

Parece, por vida mía,
según lo audaz que venís,
que el fuego que presumís
se os apaga con el día.
Ó le soléis ocupar
en dar fuego á vuestro fuego
turbando el casto sosiego
de las bellas del lugar?

DON PEDRO

Convengo, sí, en que hay jugadas
que son sin disputa bellas,
mas como pierdo con ellas,
por feas van apuntadas.

DOÑA CLARA

Ved, don Pedro, qué decís,
que he de cerrar la ventana.

DON PEDRO

Importuna estáis, hermana,
y por demás resistís.

DOÑA CLARA

Vuestra hermana no soy yo;
ved, don Pedro, lo que habláis.

DON PEDRO

Como tan oscura estáis,
que lo érais me pareció.
Pero á fe, Clara hechicera,
que primero que olvidarte,
con el mismísimo Marte
á estocadas emprendiera.
Yo, amor mío, estoy sin mí,
que en mi amorosa agonía,
en tí pienso todo el día,
y en la noche pienso en tí.
En las tinieblas del alma,
en su torva tempestad,
en tu amor y en tu beldad,
busco luz y busco calma.
Y en tan negra lobreguez,
siguiendo á tientas tus huellas,
voy marchando entre botellas
de respetable Jerez.
Y allí, en tiernísimos sueños,
deliro acciones navales,
espantosos temporales
y enamorados empeños.
Allí tú...

DOÑA CLARA

Quedad con Dios,
que burla tan insensata
no consiento.

DON PEDRO

Óyeme, ingrata.

DOÑA CLARA

El ingrato fuísteis vos. *(Cierra, y váse.)*

ESCENA IX

DON PEDRO, *y por otro lado* DOÑA ANA *y* LUISA

DOÑA ANA

Noblemente se portó.

LUISA

Amigo de mi padre es.

DOÑA ANA

Que á tal punto, por mi hermano,
me reduzca!

LUISA

Fiáos de él.
Ya vísteis le conocía,
y del modo que le hablé.
(Rabiando estoy de este préstamo
el secreto por saber.)

DOÑA ANA

Cortés prometió que cuanto
precisara busque en él.

LUISA

Y yo que vos admitiera
la propuesta.

DOÑA ANA

Así lo haré.
Mas, válganos Dios!

LUISA

Señora!

DOÑA ANA

No es, Luisa, mi hermano aquél?

LUISA

Sí, por Dios.

DOÑA ANA

De doña Clara
las ventanas ronda á fe.

LUISA

Si hubiera llamado en casa!

DOÑA ANA

Volvamos.

LUISA

Volvamos pues.
(Al volver atrás se hallan con don Juan, que llega por el mismo lado.)

ESCENA X

DON PEDRO *en la reja;* DOÑA ANA *y* LUISA *en el centro, y* DON JUAN *al otro lado*

DON JUAN

Ello es hecho; pronto todo
remedio á tiempo tendrá.

DON PEDRO

Clara, te enojaste ya?
Vuelve á abrir, ó de otro modo...

DOÑA ANA

Don Juan es éste.

LUISA

Si á vernos
alcanza, por buen remedio,
pienso que no hallamos medio
por donde huir ó valernos.

DON JUAN

Mas, qué es esto? Un hombre allí,
á mis rejas! Vive Dios
que le mate! Y estas dos
damas paradas aquí!
Antes que á mí, por quien soy,
es fuerza que á ellas acuda.
(Llega.) Señoras, si os falta ayuda
y la admitís, hombre soy.

DOÑA ANA

(Volviéndose atrás.)
Tanto favor agradezco.
Adiós quedad.

DON JUAN

Con Dios id.
Pero no es cuerdo, advertid...

DOÑA ANA

De tal honra desmerezco.

LUISA

Por azar libramos bien.

DOÑA ANA

Acorrednos, santos cielos!

ESCENA XI

DON JUAN *y* DON PEDRO

DON JUAN

Á mi honor da un hombre celos,
y es preciso saber quién.
Fuera, hidalgo, de esa calle,
y el rostro á la luz sacad.

DON PEDRO

La calle, pues, me ganad,
y el rostro importa tapalle.

DON JUAN

Fuera digo.

DON PEDRO

Fuera vos,
que aquí calle y dama guardo.

DON JUAN

Calle y dama, pues qué tardo!
He de veros, vive Dios! *(Riñen.)*

ESCENA XII

DOÑA ANA *y* LUISA *vuelven á salir recatándose*

DOÑA ANA

Mi hermano y don Juan riñendo!
Y en frente á la puerta están!

LUISA

Y por esta calle van
gente y justicia acudiendo;
Santo Dios!

ESCENA XIII

DICHOS *y* LA JUSTICIA

UNO

Ténganse al rey.
Fuera, digo; eh, caballeros!

DON JUAN

Hasta mataros ó veros *(Riñendo.)*
atropello por la ley.

UNO

Estas tapadas miraban
la pendencia.

OTRO DE JUSTICIA

Dénse, pues,
á prisión, que ellas después
nombrarán los que lidiaban.
(Sepáranlos, y Oñate, que llega á don Juan, le dice al oído:)

OÑATE

Señor, doña Ana está aquí.

DON JUAN

Cielos!

EL JEFE DE LA RONDA

Digan quiénes son.

DON PEDRO

(Cubriendo el rostro.)
Quién somos es la ocasión
tan sólo por que reñí;
conque si digo quién soy,
lo más pierdo en la batalla.

OTRO

Prendedlos.

DON PEDRO

Hola! Canalla.
(Emprende con ellos.)

DON JUAN

Ved que á vuestro lado estoy;
mas después nuestra pendencia
seguiremos.

DON PEDRO

Dad en ellos,
dad, que van como camellos.
(Métenlos á cuchilladas.)

LOS QUE HUYEN

Favor al rey! Resistencia!

ESCENA XIV

DOÑA ANA, LUISA *y* OÑATE

OÑATE

Señora, alejáos vos
mientras vuelven.

DOÑA ANA

Ay de mí!

OÑATE

Esta es vuestra casa?

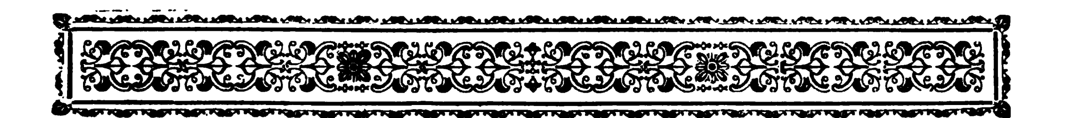
DOÑA ANA

Sí.

OÑATE

Entrad presto, y guárdeos Dios.
(Entran, y se vuelve Oñate.)





JORNADA SEGUNDA

Sala en casa de don Juan

ESCENA PRIMERA

DOÑA CLARA *é* INÉS

DOÑA CLARA

Viste confusión tamaña,
Inés, ni tal desvergüenza!
Por Dios que más no he de verle
si de rodillas viniera.

INÉS

Señora, tales los mozos
son hoy en aquesta tierra,
que son capaces de dar,
á la más firme, vergüenza.

DOÑA CLARA

No parece que favores
buscaba, sino pendencias,
como si yo algún soldado
venido de Flandes fuera.
Tal desacato! Á fe mía
que si tarda mi paciencia
en acabarse, los muros
y las rejas atropella.

INÉS

Mas, señora, eso tal vez
confianzas de amor eran.

DOÑA CLARA

Las confianzas me placen!
Cuando sin freno la lengua,
sin trabas en el deseo,
sin medida en la licencia,
quisieron hacer las manos
lo que los ojos hicieran.
Á fe que airada y corrida
de conocerle me deja.

INÉS

Acaso disculpa tiene.

DOÑA CLARA

Disculpa? De dónde haberla?

INÉS

Qué sé yo? Mas quien bien quiere
te hará llorar, dice...

DOÑA CLARA

Cesa,
y si has de justificarle,
quítate de mi presencia.

INÉS

Por vida mía, señora,
que enojarte no quisiera;
mas ve...

DOÑA CLARA

Qué?

INÉS

En esto de amores...

DOÑA CLARA

Acaba.

INÉS

En fin, si supiérais
lo que yo sé...

DOÑA CLARA

Dílo.

INÉS

Siento
enojarte, y no quisiera,
que apagar sin tiempo el fuego,
fuera en la llama echar leña.

DOÑA CLARA

Despacha pues, ó á mentarlo
nunca en mi presencia vuelvas.

INÉS

Ya te empiezas á enojar.

DOÑA CLARA

Me harás perder la paciencia.
Dílo, ó vete.

INÉS

De secreto,
que es confianza secreta.
Si me empeñas tu palabra
de callarlo...

DOÑA CLARA

Bachillera,
dí, que puesto que me importa
la noticia...

INÉS

Estadme atenta.
Don Pedro es bizarro mozo,
galán, valiente y discreto;
mas, como mozo, sujeto
á gozar de cuanto es gozo.
Amigo de sus amigos,
franco, noble y liberal,
que hará un milagro, con tal
de que en él tenga testigos.
Ya véis, mozo, libre, rico,
noble, osado y militar,
en qué había de parar?
Comprendéisme, ó no me explico?

DOÑA CLARA

Á fe, Inés, que no te entiendo
tan oscura explicación.

INÉS

Pues prestad vuestra atención,
que todo os lo iré diciendo:
tan galán como altanero,
tan feliz como galán,
puso, y con razón, su afán
en su estirpe y en su acero.
Cególe su vanidad,
y embriagóle su grandeza,
fió mucho en su riqueza,
y creció su ceguedad.

DOÑA CLARA

Acaba, Inés, que tu cuento
cansándome mucho va.

INÉS

Dirélo, en fin, claro ya,
más que vuestro entendimiento.
De galán pasó á amador,
de amador á calavera;
y es fuerza que al fin cayera
el galán en reñidor.
De un empeño en otro empeño,
y de un lance en otro lance,
acabó por dar alcance
de cuanto era único dueño.
Perdió su razón mejor,
que era el oro, y por volver
al oro, ya podéis ver
que acabó por jugador.

DOÑA CLARA

Y con eso, Inés, pretendes
su osadía disculpar?
Más con ello has de agravar
mis enojos.

INÉS

Mal lo entiendes.

DOÑA CLARA

Lo entiendo mal?

INÉS

Muy mal, sí;
pues bien claro se demuestra,
que cuanto es y cuanto muestra,
lo es y lo muestra por tí.

DOÑA CLARA

Por mí? Mengua es en verdad
que siéndome, Inés, infiel,
ande yo envuelta con él
en lenguas por la ciudad.

INÉS

Esa es, pues, otra razón
que prueba lo bien que quiere.

DOÑA CLARA

De qué la razón se infiere?

INÉS

Infiérese su pasión.

DOÑA CLARA

Me ama y me olvida.

INÉS

No á fe;
de apariencias no te asombres,
que las culpas de los hombres
siempre tienen un por qué.
Yo sé que desesperado
vive tan sólo por tí.

DOÑA CLARA

Desesperado por mí?
Cómo, Inés?

INÉS

Mas reservado
lo has, señora, de tener.

DOÑA CLARA

Sí por cierto.

INÉS

Pues mirad:
sin dineros, no en verdad
se enamora á una mujer.

DOÑA CLARA

Ten, Inés, la torpe lengua,
que, por Dios, que doña Clara
la lengua audaz arrancara
al que pensare tal mengua.

INÉS

Que yerras también entiendo,
que si está desesperado,
no es sino porque ha jugado
cinco semanas perdiendo.
Y cómo, pues, te ha de ver
sin vergüenza ó sin enojos,
cuando la luz de sus ojos
puesta en tí debe tener?
Cómo, pues, ha de venir
alegre y fino á su dama
quien oro perdiendo y fama
debe callar y sufrir?
(Válgame Dios qué torpeza
ó qué necia ceguedad!)

DOÑA CLARA

(Cerca va á la lealtad
quien por ser cobarde empieza.)
Y esa vil disolución
de don Pedro, aun es por mí?

INÉS

Y quién duda que es así
con tal desesperación?
Puesto que te quiere bien
y es tan noble caballero,
fuerza es que, si lo primero
quiere, lo demás también.

Su mujer te ha de llamar,
según pienso; mas se aviene
mal con quien caudal no tiene
el bien del matrimoniar.
Y he aquí por qué despechado
las noches pasa y los días
en sus torpes compañías
y en su vicio encenagado.
Y el tumulto y confusión
de tan larga baraunda
aviva, encona y redunda
en su desesperación.
Continuo tras recobrar
para tí cuanto ha tenido,
juega de tí con olvido
y tu amor por conquistar.
Por impericia ó por suerte,
juega con tan mala estrella,
que tal vez va á dar por ella...

DOÑA CLARA

Adónde? Acaba.

INÉS

Á su muerte.

DOÑA CLARA

Su muerte, Inés!

INÉS

Ved si os ama
quien, sin duda, en su pasión
juega su reputación
por quedar bien con su dama.

DOÑA CLARA

Si cierto fuera...!

INÉS

Á mi fe,
que él mismo me lo contó.

DOÑA CLARA

Cuándo?

INÉS

Hoy.

DOÑA CLARA

Hoy?

INÉS

Sí.

DOÑA CLARA

Cómo fué?

INÉS

Esperando á hablarle yo.
Que incierta de la imprudencia
del lance de la ventana,
fuí á saber esta mañana
la razón de la pendencia.

DOÑA CLARA

Bien está.

INÉS

Le perdonáis?

DOÑA CLARA

No lo sé.

INÉS

Sed menos cruel.

DOÑA CLARA

Busca á Oñate.

INÉS

No sé de él. *(Sale.)*
Vedle aquí.

ESCENA II

DOÑA CLARA *y* OÑATE

OÑATE

Qué me mandáis?

DOÑA CLARA

Tú eres de don Juan, mi hermano,
un antiguo servidor.

OÑATE

Háme unido á mi señor
larga vida.

DOÑA CLARA

Y de tu mano
lo fía todo.

OÑATE

Es así.
La vida le debo y más.

DOÑA CLARA

Y, como á él, dispuesto estás,
Oñate, á servirme á mí?

OÑATE

Me lo ha dicho muchas veces,
señora, y así lo haré.

DOÑA CLARA

Y yo te lo pagaré,
por cierto, como mereces.
Lo que te voy á encargar
quiero que en secreto quede.

OÑATE

Vuesa merced decir puede.

DOÑA CLARA

Silencio en primer lugar.

OÑATE

Hombre soy de tal tesón
en serviros, doña Clara,
que antes del pecho sacara
que el secreto, el corazón.

DOÑA CLARA

Pues que todo el favor tienes
de mi hermano, conocer
debes á los que han de ser
mayordomos de mis bienes.

OÑATE

Sí por cierto.

DOÑA CLARA

También sabes
que yo tengo mi porción
con cabal separación.
de don Juan.

OÑATE

Sí.

DOÑA CLARA

Y que por graves
razones los administra
con los suyos á la par.

OÑATE

Y con afán singular
los beneficia y registra.

DOÑA CLARA

Pues bien; tamaño favor
me has de hacer en acudirme...

OÑATE

Ya os dije que es repetirme
la orden de mi señor.

DOÑA CLARA

Pues escúchame. Conoces
á don Pedro de Agüilar?

OÑATE

Tal vez de oirle nombrar,
por señas sólo y por voces.

DOÑA CLARA

La razón yo me la sé,
mas tú de tal modo harás,
que en secreto le darás
cuanto pida.

OÑATE

Así lo haré.

DOÑA CLARA

Pero que nunca sospeche
ni mi hermano ni él de mí.

OÑATE

Más fácil será que así
del secreto se aproveche.

DOÑA CLARA

Hazlo tú del mejor modo,
sin demora ni disculpa,
que si alguien de ello te culpa,
yo te respondo de todo,
pues completa libertad
te otorgo en ello.

OÑATE

Está bien.
Haré que todos estén,
cual yo, á vuestra voluntad.

DOÑA CLARA

(Así mi amor favorezco
bajo pretextos de honor.)

OÑATE

(Esto también es amor,
y más con ambos merezco.)

DOÑA CLARA

Mas mi hermano... Sal de aquí,
y silencio sobre todo.

OÑATE

(Á fe que es extraño el modo
con que ambos fían en mí.) *(Váse.)*

ESCENA III

DOÑA CLARA *y* DON JUAN

DON JUAN

El cielo, hermana, te guarde.

DOÑA CLARA

Con él vengas. (Qué severo
trae el rostro!)

DON JUAN

(Probar quiero
si lo oculta de cobarde.)
Téngote, Clara, que hablar
en asunto que interesa
que aclaremos. (La sorpresa
se hizo en su rostro lugar.)

DOÑA CLARA

(Cielo santo!) Empezar puedes,
que atenta, hermano, te escucho.

DON JUAN

Responde, y ve importa mucho
que bien respondiendo quedes.
Sabes lo que es el honor,
mi Clara, en una mujer?

DOÑA CLARA

De cuantas puede tener,
esa es la prenda mejor.

DON JUAN

Si la pierde?

DOÑA CLARA

Se deshonra.

DON JUAN

Y el más leve viso en ella,
confunde, apaga, atropella
la clara luz de la honra.
Lo sabes, hermana, bien?

DOÑA CLARA

Así resuelta lo creo.

DON JUAN

Y así resuelto deseo
que no lo olvides también.

DOÑA CLARA

Mas á qué vienen no sé
preámbulos tan extraños.

DON JUAN

Para el mayor de los daños
la mayor cautela á fe.
Que á los pies de una ventana
suene en la noche serena

amorosa cantilena,
es fineza cortesana.
Que en la dulce soledad
del lecho oiga una mujer
la música, puede ser
tan sólo curiosidad.
Que á la música gentil
asome acaso al cristal,
si no es amor criminal,
es vanidad mujeril.
Que un osado mozalvete
pida á un billete razón,
no dando contestación,
no trae deshonra el billete.
Mas que al son del instrumento
abra audaz una ventana,
no es fineza cortesana,
que es liviano atrevimiento.
Ahora bien; contesta, hermana,
un hombre á tus rejas ví:
fué acaso, ó intento en tí;
fuiste curiosa, ó liviana?

DOÑA CLARA

Que á un rumor vago y pueril
se abra acaso una ventana
y asome á escuchar tu hermana,
vanidad es mujeril.
Que á un osado mozalvete
niegue una contestación,
es hacer su obligación
devolviéndole el billete.
Que á un hidalgo llamamiento
asomase á una ventana,
más que osadía liviana,
es cortés procedimiento.
Que si esposo ha de tener
que la dé amor, paz y honor,
fuerza es que le cobre amor
antes de ser su mujer.
Si á favor la oscuridad
en su casa le admitiera,
deshonra y mancilla fuera,
fuera mengua y liviandad.
Mas si al escuchar la queja
de su amor, pone advertida,
cuanto expone de atrevida,
prudente tras una reja,
díme, pues, aquí tu hermana
en qué pecara en verdad?
Fuera en ella liviandad,
ó atención más cortesana?

DON JUAN

Donde peligra el honor
sobra la cortesanía.

DOÑA CLARA

No el honor peligraría
donde hay honra con amor.

DON JUAN

Luego es cierto que ha salido
á la ventana mi hermana?

DOÑA CLARA

Nada he dicho de ventana,
ni tú me lo has requerido.
Me pusiste una cuestión,
y te respondiste á todo;
héla yo vuelto á mi modo,
variando la solución.

DON JUAN

Al fin, contéstame, Clara:
saliste á la reja, ó no?

DOÑA CLARA

Si eso te entendiera yo,
á eso, don Juan, contestara.
Mas todo va en preguntar,
don Juan, por una ventana,
y á fe que de buena gana
te quisiera contestar.
Propónesme una cuestión,
te respondo otra después,
vuélvotela del revés,
y vuelves tú á tu opinión;
pero como no me explicas
á lo que he de responder,
yo al contestar, tú al saber,
sufres y me mortificas.

DON JUAN

Más claro lo he de decir?
Anoche en la calle entré,

y á lo lejos escuché
tus ventanas entreabrir.

DOÑA CLARA

Brava presunción por cierto.
No pudo haber más ventana
que se abriera si tu hermana
no hubiera la suya abierto?

DON JUAN

Y qué pretendes que arguya
cuando, á mi casa al llegar,
con un hombre vine á dar
que me guardaba la tuya?

DOÑA CLARA

Tal vez tu aprensión sería.

DON JUAN

Y era también mi aprensión
cuando, aparte la razón,
contra mí mismo reñía?

DOÑA CLARA

Mas un hombre pudo ser
que, puesto en la calle acaso,
á alguno guardaba el paso,
ó tal vez á una mujer.

DON JUAN

Por esa pregunto yo.
Sabes la mujer quién era?

DOÑA CLARA

Muy mal yo de ella supiera
cuando él dél no respondió.

DON JUAN

Mas sin que él cuenta de sí
diera, voto á Belcebú!
no sabrás, hermana, tú
si á quien guardaba era á tí?

DOÑA CLARA

Yo nada sé.

DON JUAN

Yo sí sé,
y tú también lo sabrás,
porque, ó tú me lo dirás,
ó yo decírtelo haré.
Que él sólo por tí venía,
lo sé yo bien, vive Dios,
y así sólo entre los dos
no ha de quedar tal porfía.
Honor tengo y hombre soy,
y contra fuerza y valor,
quien mancha osado mi honor,
tú me lo has de decir hoy.

DOÑA CLARA

Mas aunque por mí viniera,
en qué tu honor te manchara?

DON JUAN

Vive Dios que le matara
si hoy mismo le conociera.

DOÑA CLARA

Don Juan, demasiado estás;
considera que has nacido
mi hermano, no mi marido,
y que eso te está de más.

DON JUAN

De más dijiste! Ya sé,
villana, tu torpe mengua,
que me convence tu lengua
que el que vino por tí fué.

DOÑA CLARA

Muy mal arguyes, don Juan.

DON JUAN

Arguya, pues, mal ó bien,
hoy mismo me dirás quién
me causa por tí este afán.

DOÑA CLARA

Piénsalo, hermano, mejor.

DON JUAN

Lo pensé, y me he convencido,
que hermano, si no marido,
tengo hermana y tengo honor.

———

ESCENA IV

DON JUAN *y* OÑATE

OÑATE

El señor gobernador
quiere veros.

DON JUAN

En mal hora
llega, por Dios. Díle que entre.

ESCENA V

DON JUAN *y* EL GOBERNADOR

EL GOBERNADOR

Señor don Juan de Mendoza,
dadme mil veces los brazos.

DON JUAN

Y con ellos me dáis honra.
Vos en mi casa!

EL GOBERNADOR

Sabiendo
que llegásteis, y en mi propia
casa rehusáis compañía,
vengo á veros en estotra.

DON JUAN

Es la casa en que habitó
mi hermana, mientras que sola
túvola mi obligación
y las armas españolas.

EL GOBERNADOR

De esa manera os excuso.
Dadme otra vez, y otra y otra,
esa mano.

DON JUAN

Con la vuestra
más fuerza y más brío cobra.

EL GOBERNADOR

Decidme, conque don Mendo,
vuestro padre, de Dios goza?

DON JUAN

Murió, don Luis, como noble,
ganando tumba gloriosa.

EL GOBERNADOR

Y á saber que vuestra hermana,
doña Clara, aquí tan próxima
vivía, estando en Toledo,
por obligación forzosa
sirviérala yo de hermano;
mas tan oculta guardóla
su recato, que hoy á un tiempo
supe de entrambas personas.
Ved en qué puedo serviros,
y tened en la memoria
que es mi casa vuestra casa.

DON JUAN

Cuánto ese aviso me importa
os mostraré.

EL GOBERNADOR

No por cierto.
Descansad, don Juan, ahora
de vuestra marcha unos días,
que ha sido larga y penosa.
Yo volveré á visitaros,
y en tanto, contad con toda
mi autoridad en Toledo,
que será vuestra, aunque corta.

DON JUAN

Acaso la necesite.

EL GOBERNADOR

Y obtendréisla sin demora.
Lleváis acaso algún pleito
que desenredar?

DON JUAN

Muy otra
es mi intención; mas ya de ella
os daré parte.

EL GOBERNADOR

Y yo ahora
molestaros no pretendo.

DON JUAN

Más que molestia, me es honra.
Yo he de daros unas cartas.

EL GOBERNADOR

Descansad, que es lo que importa,
que las cartas yo enviaré
por ellas á mejor hora.
Y, pues he de hablar con vos,
porque aun tengo algunas cosas
que atañen á vuestro padre
que deciros de más monta,
no tardaré en dar la vuelta. *(Váse.)*

DON JUAN

Tal vez este hombre me importa.

ESCENA VI

DON JUAN *y* OÑATE

DON JUAN

Oñate?

OÑATE

Qué mandáis?

DON JUAN

Díme, qué hicísteis
anoche de la dama?

OÑATE

Aseguréla
en su casa.

DON JUAN

Y la dísteis...?

OÑATE

Todo cuanto pidió; mas la criada,
sagaz, me conoció, y aunque es callada,
y yo de ella respondo, además de eso
la he llenado de fábulas el seso,
y la he desorientado en tal manera,
que nada creo sospechar pudiera.

DON JUAN

Está bien; mas tú acaso
conociste al galán con quien reñía?

OÑATE

Imposible sería,
que á distancia de un paso
nada se vía en noche tan oscura.

DON JUAN

Perdíle en el tumulto,
y con tal desventura,
que un hora por la calle anduve á bulto
por ver si me era dado
concluir de una vez lo comenzado.

OÑATE

Tal vez yo, señor, sepa
averiguarlo todo.

DON JUAN

De qué modo me dí?

OÑATE

Yo me sé el modo
si me dejáis hacer, porque, ó soy ciego,
ó á mucho alcanzo y con la vista llego.

DON JUAN

Explícate más claro.

OÑATE

Ya os acordáis, señor, del refrancillo:
«Por el hilo se da tras el ovillo.»
Y tengo para mí que en paz sigamos
la pista por el hilo,
porque temo más mal del que pensamos.

DON JUAN

Mas quién aquí se llega sin aviso?

OÑATE

Mujer es.

DON JUAN

Y en el velo, misteriosa
la faz esconde.

OÑATE

Ó es menesterosa,
ó equivocada viene de preciso.

ESCENA VII

DON JUAN *y* DOÑA ANA *con manto*

DON JUAN

Guárdeos Dios. Qué se os ofrece,
la silenciosa embozada?

DOÑA ANA

Si una mujer desolada
vuestra atención os merece,
que una palabra me oigáis.

DON JUAN

Hablad.

DOÑA ANA

Aun no puede ser,
que no me han de conocer
donde vos solo no estáis.
(Sale Oñate y quedan solos.)

DON JUAN

Servida, señora, os véis;
decid qué queréis de mí!

DOÑA ANA

Sepamos antes aquí,
don Juan, si me conocéis. *(Se descubre.)*

DON JUAN

Doña Ana! Cielos, qué es esto?

DOÑA ANA

Es mi desdicha, don Juan.

DON JUAN

Hablad, pues, que en vuestro afán
temo algún lance funesto.

DOÑA ANA

La luz el llanto me arrasa,
y atino á la voz muy mal.
En este punto fatal
la justicia está en mi casa.

DON JUAN

La justicia! Y cómo así?

DOÑA ANA

Ya es fuerza que os lo declare,
porque tenga quien me ampare
en mis cuitas. Ay de mí!
Tengo, don Juan, un hermano
para quien nunca bastó
cuanta riqueza heredó,
ni cuanta adquirió tirano;
malgastólo en pocos días,
sin bastar amago ó ruego
á retraerle del juego
y de torpes compañías.
Jugó lo suyo y lo ajeno,
pues yo, á mi pesar, le dí
cuanto dejáronme á mí,
de insana avaricia lleno.
Y tras tantos sinsabores
como por su mal pasó,
mi casa hoy, don Juan, hallé
presa de sus acreedores.
De vos me vengo á amparar
de angustia y lágrimas llena,
porque á otro que á vos mi pena
no acertara á confiar.

DON JUAN

Doña Ana, con vuestro amor
hoy me honráis y me ofendéis,
que acudiendo á mí me hacéis
un favor y un disfavor;
mas vuestro intento decid,
que en todo os he de ayudar.
Queréis, señora, tornar
sin vuestro hermano á Madrid?

DOÑA ANA

Pues quisísteis vuestra mano
ofrecerme en mi riqueza,
valedme hoy en mi pobreza
de mi suerte y de mi hermano.
Pues que por sus culpas hoy

tan sola y triste me veo,
acabar es mi deseo
de las penas en que estoy.
Y en último pensamiento,
la vida por concluir,
yo de aquí no he de salir
sino para ir á un convento.

DON JUAN

Á un convento? Loca estáis.

DOÑA ANA

Pues que vos lo presumís...

DON JUAN

Mirad bien lo que decís,
que hablando conmigo estáis.

DOÑA ANA

Por ser quien sois os lo digo,
porque quiero en este afán
teneros si no, don Juan,
por amante, por amigo.

DON JUAN

Mal se aviene esa amistad,
doña Ana, en mí con mi amor.

DOÑA ANA

Pasión es tal vez menor,
pero de mayor verdad.

DON JUAN

Por cierto que á comprenderos
aún bien no alcanzo, doña Ana,
mas es diligencia vana,
que en ello he de complaceros.
Vuestra suerte y vuestra fe
penetra mi corazón,
y vuestra honra y condición
hoy, doña Ana, bien se ve.
De aquí no habéis de salir,
pues aquí os habéis venido
sin hermano ó sin marido;
de ambos podéis elegir.
Vuestro hermano, pues perdió
vuestra hacienda, no queréis;
vuestro marido ya véis
que me ofrezco á serlo yo.

DOÑA ANA

Abreviemos de razones,
don Juan; pues noble nací,
no ha de decirse de mí
que sucumbo á mis pasiones.
En lo que tengo de hacer
tomé ya resolución;
ayudadme mi opinión
hoy, don Juan, á defender.
La justicia está en mi casa,
y yo á la vuestra al subir,
defensa os vine á pedir
(y no de vergüenza escasa).
Ved en tamaña ocasión
si lo podéis remediar.

DON JUAN

No, si no habéis de aceptar
mi mano y mi corazón.

DOÑA ANA

Harto os dije.

DON JUAN

Nunca, á fe
sin vos he de consentir...

DOÑA ANA

Dejadme, don Juan, salir,
que yo lo remediaré.

DON JUAN

Tened, que al Gobernador
voy en este punto á hablar.
Su respuesta en esperar,
doña Ana, me haréis favor.
Que, si he de daros enojos,
no merezco yo en verdad,
sino en vuestra voluntad
respetar vuestros antojos.
En este mismo aposento
sola y segura estaréis,
y usar de ese otro podéis,
si conviene á vuestro intento.
Dios os guarde.

DOÑA ANA

Os vele á vos.

DON JUAN

(Aparte.) Oh! Su paz rescataré. *(Váse.)*

DOÑA ANA

(Aparte.) Á olvidar cuánto le amé,
ayudadme, santo Dios!

ESCENA VIII

DOÑA ANA

No, imposible; no será;
no viva ya en él mi amor,
que aquí en el alma mi honor
antes que mi amor está.
Y cómo no amarle ya
cuando más amante así
todo lo expondrá por mí?
Oh! Tan noble he de ser yo!
Que él mi amor espere, no;
yo muera amándole, sí.
Mas gente llega... Qué escucho?
De mi hermano es esa voz!

LUISA

(Dentro.) Adónde váis tan veloz?

DON PEDRO

(Dentro.) El asunto importa mucho.

DOÑA ANA

Con la ira y el temor lucho;
sin duda, viéndome entrar,
viéneme airado á buscar.

ESCENA IX

Escóndese DOÑA ANA, *y salen* DON PEDRO *é* INÉS

DON PEDRO

Á doña Clara advertid
que la espero.

INÉS

Mas decid...

DON PEDRO

Idos! Qué estupendo hablar.

ESCENA X

DON PEDRO, *sentándose en un sillón*

Por fin, gracias que llegué,
y, por Dios, no sin trabajo!
La calle de arriba abajo
cuarenta veces crucé.
Quién va?—Oiga su mercé!—
Dénse al rey.—Abran aquí...
Guardia en el zaquizamí...
Tanta prisa y confusión
por tener jurisdicción
en la hacienda que perdí.
(Riéndose.) Qué diablos van á encontrar
en mi casa, voto á Dios!
si somos á cobrar dos
y veinticinco á gastar?
(Levantándose.)
Aquí, amor, me has de ayudar.
Clara llega. Mentiré;
mi amor la ponderaré;
cuanto más resistirá
más el tiempo pasará,
y mejor me salvaré.

ESCENA XI

DOÑA ANA, *oculta;* DON PEDRO *y* DOÑA CLARA

DON PEDRO

Mi Clara, mi bien, mi amor,
bien sé que es temeridad,
mas no es posible, en verdad,
resistir á tanto ardor.
Yo te adoro.

DOÑA CLARA

Bien se ve

que alevemente mentís;
si hoy á mi casa venís,
decid, don Pedro, por qué.

DON PEDRO

(Aquí de Dios!) Angel mío,
porque, qué vida habrá en mí
cuando están presos en tí
mi razón y mi albedrío!
Querrás decirme tal vez
que, porque perdido estoy...
Oh! Nada á negarte voy,
fuera necia estupidez.
Mas yo te amo; un mundo entero
concebí para tí poco;
quise conquistarte loco
en él el lugar primero;
mas me avergüenzo al decillo.
Quién era yo? Un hidalguillo
á quien sus padres dejaron
unas viñas y un castillo
que los tiempos asolaron.
Yo era noble, era valiente,
mas dentro del corazón
hervían eternamente,
dándome guerra insolente,
tu amor, Clara, y mi ambición.
Mi ambición, Clara, que en mí
era tu amor, y no más,
que vivo y espero en tí,
y por tí sólo sentí,
no ser príncipe quizás.
Fuéme adversa la fortuna;
perdí tiempo, honra y caudal,
y hoy sin esperanza alguna,
más mi ambición me importuna
contra mi suerte fatal.
Mas, Clara, yo triunfaré;
vive Dios! Me haré soldado;
iré al campo, y lidiaré,
y orgulloso tornaré
más que nunca enamorado.
Porque, pese á la razón,
no es amor una quimera,
y yo aquí en el corazón
de una infinita pasión
siento la insaciable hoguera.
Á darte mi despedida
vengo, y espero perder
en la demanda la vida,
ó con mi ambición cumplida
tengo, Clara, de volver.

DOÑA CLARA

Oh! Partes!

DON PEDRO

Lejos de aquí.

DOÑA CLARA

Cómo? Dónde?

DON PEDRO

Á conquistar
tu amor ó mi muerte.

DOÑA CLARA

Así
piensas, don Pedro, llegar...

DON PEDRO

Hasta tus pies. *(De rodillas.)*

DOÑA CLARA

Ay de mí!

DON PEDRO

Venia otorgadme, señora,
para partir con valor;
no haya en ello más demora,
que el corazón me devora
la hoguera de vuestro amor.

DOÑA CLARA

No, ya es inútil partir,
don Pedro; quedáos pues,
que no os he de permitir...

DON PEDRO

Ni yo osar más que morir
de ventura á vuestros pies.
Oh! Me amáis?

DOÑA CLARA

Pensadlo vos.

DON PEDRO

Siempre igual?

DOÑA CLARA

Siempre igual fuí.

DON PEDRO

Mas dejadme por los dos
partir.

DOÑA CLARA

Eso no.

DON PEDRO

(Aparte.) Vencí
por asalto, vive Dios! *(Levantándose.)*
(Pausa.)

DOÑA CLARA

Lo habéis fingido muy bien.
Os sentís contento ya?

DON PEDRO

(Mi gozo en el pozo está;
á que juega ésta también?)
No os alcanzo á comprender.

DOÑA CLARA

Bien está; olvidemos esto;
que yo os amo, es manifiesto.

DON PEDRO

Válgate Dios por mujer!

DOÑA CLARA

Pese á vuestra sin razón,
yo os amo, don Pedro, así,
porque no puedo, ay de mí!
sujetar mi corazón.
Que un imán incomprensible
hay, don Pedro, en el amor
á la razón y al valor
contrapuesto é invencible;
y, en verdad, que sin valer
á menos, os amo ciega,
que á tanto, don Pedro, llega
lo débil en la mujer.
Mas, cielos!

DON PEDRO

Qué pasa?

DOÑA CLARA

Él es.

DON PEDRO

Quién?

DOÑA CLARA

Mi hermano. Oh! Sí, ganad
esa puerta.

DON PEDRO

No, en verdad,
que en la calle...

DOÑA CLARA

Qué haréis, pues?

DON PEDRO

La justicia está en mi casa,
y con ella he de topar.

DOÑA CLARA

Aquí os podéis retirar.
(Al gabinete donde está doña Ana.)

DON PEDRO

Cerrado está.

DOÑA CLARA

El tiempo pasa,
y don Juan por la escalera
sube ya.

DON PEDRO

Alejáos vos,
que yo con él...

DOÑA CLARA

No, por Dios.

DON PEDRO

Id.

DOÑA CLARA

Don Pedro!

DON PEDRO

Salid fuera.

ESCENA XII

DON JUAN, DON PEDRO *y* DOÑA ANA *oculta*

DON JUAN

(Cerrando la puerta.)
Ya libre la casa está,
que el viejo gobernador,
para salir fiador,
consentimiento me da.
Sin duda ocultóse ahí.
Mas, qué miro?

DON PEDRO

Guárdeos Dios,
señor don Juan.

DON JUAN

Quién sois vos?
Qué hacéis? Quién os trajo aquí?

DON PEDRO

Un hidalgo soy, y espero
de una dama á quien llamáis
hermana...

DON JUAN

No prosigáis,
y seguidme, caballero.

DON PEDRO

Adónde?

DON JUAN

Al campo.

DON PEDRO

Y á qué?

DON JUAN

Á batirnos.

DON PEDRO

La razón?

DON JUAN

No os lo dice el corazón?

DON PEDRO

Callado lo siento á fe.

DON JUAN

Ya es demás. Salid conmigo.

DON PEDRO

Ya os dije, don Juan, que no.

DON JUAN

Ved que he de sacaros yo.

DON PEDRO

Que de aquí no salgo, digo.
Sé que tenéis la justicia
en la calle, y al bajar,
con la justicia he de dar,
don Juan, por vuestra malicia.

DON JUAN

Mentís, y, viven los cielos
que quien sois he de saber!

DON PEDRO

Yo me daré á conocer
sin que os cause más desvelos.
Don Pedro de Aguilar soy.

DON JUAN

(Mirándole.)
Vos! Y anoche con mi hermana...

DON PEDRO

Qué os asombra? En la ventana...

DON JUAN

Ciego de cólera estoy.
(Cierra la puerta y deja la llave en tierra.)

De aquí no hemos de salir
ambos á dos, Aguilar,
y aquí no habéis de encontrar
la justicia.

DON PEDRO

Por reñir
nada se pierde. Riñamos. *(Riñen.)*

ESCENA XIII

DOÑA ANA, DON PEDRO *y* DON JUAN

DOÑA ANA

Tenéos!

DON JUAN

Cielos!

DON PEDRO

Mi hermana!
(Á don Juan.)
Preciso es que esta mañana
uno de los dos muramos.

DOÑA ANA

Favor! Favor!

DON JUAN

Decís bien;
hasta morir ó matar.
(Dentro.) Favor al rey!

DON PEDRO

Es temblar?

DON JUAN

Eso os pregunto también.
(Cae don Juan, y don Pedro, abriendo un balcón, se descuelga.

DON PEDRO

Tal vez por este balcón...
á la puerta he de caer.

ESCENA XIV

DON JUAN, *en tierra;* DOÑA ANA, DOÑA CLARA *y* LA JUSTICIA

LA JUSTICIA

Dénse al rey.

DOÑA CLARA

Una mujer!

DOÑA ANA

(Dadme, oh Dios! resolución.)

DOÑA CLARA

Cómo habéis entrado aquí?

DOÑA ANA

Por mi desgracia impelida.

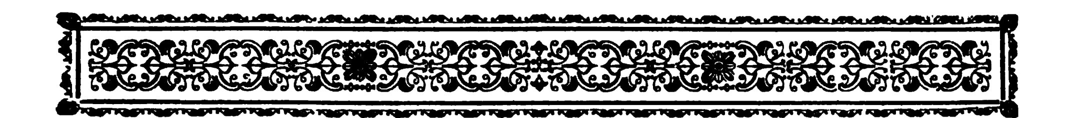
LA JUSTICIA

Ese hombre yace sin vida;
que la prendan.

DOÑA ANA

Ay de mí!





JORNADA TERCERA

Decoración de calle, y es de noche

ESCENA PRIMERA

OÑATE

Magnífico enredo.
Y en qué ha de parar,
ni el diablo en Toledo
tal vez lo sabrá!
Mi amo acuchillado,
doña Ana en prisión,
su hermano empeñado,
mayordomo yo.
Mi amo discurriendo
remedios aquí,
y todos perdiendo
quedamos al fin.
Y tanto barajan,
que todos á igual,
ni suben, ni bajan,
ni se hallan jamás.
Don Pedro ha salido
por primera vez;
dicen que ha venido
á don Juan á ver.
Y si su impericia
en la conclusión
mete la justicia,
la logra, por Dios!

ESCENA II

OÑATE *y* LUISA

LUISA

Y ahora, Oñate, qué hay que hacer?

OÑATE

Pues soy yo doctor acaso?

LUISA

No anduviste tan de paso
para echarnos á perder.

OÑATE

Yo á perder! Mejor dijeras
que fuí quien te echó á ganar.
Ó tú piensas que aquel dar,
Luisa mía, no fué en veras?

LUISA

Que entonces diste ya sé,
mas pese á mí, condenada,
que ahora no tenemos nada,
ni encontramos quien nos dé.

OÑATE

Y á mí á quejarte venías?
Pues he podido hacer más?

LUISA

No por cierto; mas podrás
decirme por quién lo hacías?

OÑATE

Por las joyas que doña Ana
dábame en prendas.

LUISA

Oñate,
no acierto cómo se trate
con maña tan cortesana.

OÑATE

Bien está; mas díme tú,
qué piensas hacer de tí?

LUISA

Sentar plaza por ahí
de virreina del Perú.
Vaya una pregunta chusca.

OÑATE

Vaya una respuesta necia.

LUISA

En la tormenta más recia
el peor puerto se busca.

OÑATE

En tormentas judiciales,
qué puerto hay donde acudir,
si todos han de salir
por puertas de criminales?

LUISA

La justicia en casa entró,
mas por yo no sé qué encanto,
llegó otra orden entre tanto,
y otra vez la abandonó.
Doña Ana... no sé más de ella;
don Pedro, con más furor,
más que nunca jugador,
toda la casa atropella.

OÑATE

Don Pedro en su casa está?

LUISA

Sí, y encontrándola llena,
la vacia como si ajena
fuese, y á saco la da.

OÑATE

Mas tú...?

LUISA

De su casa me echa,
pues de su hermana enemigo,
dice que soy su testigo
que su conducta le acecha.
Que soy una enredadora,
de su hermana mensajera,
en sus amores tercera,
vijía y encubridora.
Pero más que otra razón,
á despedirme le obliga
la de no ser yo su amiga
y tercera en su pasión.

OÑATE

Está acaso enamorado?

LUISA

Tal vez, pero eso era poco;
está con sus trampas loco,
perdido y desesperado.

OÑATE

Ten, Luisa, esa lengua de hacha,
que has comido de su pan.

LUISA

Y él engordó con mi afán,
y hoy á secas me despacha.

OÑATE

Mas doña Ana...?

LUISA

Tan cruel
lloro su enemiga estrella,
y lloro, en verdad, por ella,
aunque me alegro por él.
Al partirme esta mañana

eché mis últimas redes;
ni clavos en las paredes
deja su pasión villana.

OÑATE

Allí viene.

LUISA

Ya le ves;
los pasos viene contando,
como si fuera arrastrando
toda su hacienda en los pies.
No quiero que á verme llegue.
Adiós, Oñate.

OÑATE

Adiós, Luisa.

LUISA

Y díle que con más prisa
el alma de una vez juegue.

ESCENA III

DON PEDRO *y* OÑATE *oculto*

DON PEDRO

Otra vez vuelvo á tentar
el rigor de mi fortuna,
porque, quien mucho importuna,
si no logra, ha de cansar.
La aurora no me ha de hallar
aquí ya de ningún modo,
pues de quedar en el lodo
de la miseria sumido,
vale más haber corrido
la suerte y la audacia en todo.
Suerte, madre revoltosa
de los naipes y los dados,
ídolo de los soldados
y la gente valerosa,
emperatriz poderosa
que en opuestos hemisferios,
minando estados é imperios,
el bajo mundo nivelas
y á ningún mortal revelas
tus desiguales misterios;
á tí, luz de los audaces,
compañía en la grandeza,
esperanza en la pobreza
que continuo esperar haces
á nuestros días fugaces
la fortuna que no llega,
reina alada, muda y ciega,
que á ciegas en todas partes
males y bienes repartes,
vieja que con todo juega;
duélete, madre, de mí,
que como á norte y escudo
en mis congojas acudo
por última vez á tí.
Heme ya á tus pies aquí
como orillas de la mar,
dispuesto en ella á arrojar
cuanto tengo y cuanto soy;
porque pienso salvar hoy
cuanto valgo, ó naufragar.

ESCENA IV

DON PEDRO *y* OÑATE

OÑATE

Señor don Pedro?

DON PEDRO

Quién es?

OÑATE

Un amigo.

DON PEDRO

Guárdeos Dios;
mas nada que hacer con vos
tengo, conque hasta después.

OÑATE

No tan apriesa os vayáis,
que algo tendremos que hablar.

DON PEDRO

Tráes espada?

OÑATE

Es á lidiar,
don Pedro, á donde ahora váis?

DON PEDRO

Voy donde á vos no os importa.

OÑATE

Mas, donde os importa á vos
vayamos juntos los dos.

DON PEDRO

No, que es jornada bien corta,
y es demás la compañía.

OÑATE

Pero podéis tropezar,
é hiciérais bien en llevar
quien acudiros podría.

DON PEDRO

Es demasiado ofrecer
para pensar en cumplir;
ved si me habéis de acudir,
porque me voy á caer.

OÑATE

Vamos, pues, que vuestro amigo
soy ha mucho tiempo ya.

DON PEDRO

Pues si sois mucho tiempo ha,
venid, si os place, conmigo.

OÑATE

(Quitándose el embozo.)
Vamos.

DON PEDRO

Ginés?

OÑATE

Ved, señor,
si seré buen compañero.

DON PEDRO

Soy, Ginés, un majadero...
Vienes al tiempo mejor;
traes dineros?

OÑATE

Excusada
pregunta. Sí; qué queréis?

DON PEDRO

Ved en lo que estimaréis...

OÑATE

Yo, señor, no estimo nada;
dádmela estimada vos
cualquier prenda, y despachemos.

DON PEDRO

Tienes razón; hablaremos
después del valor los dos.

OÑATE

Ha de ser grande la puesta.

DON PEDRO

Como que voy á amarrar
la fortuna, ó á quedar
por puertas.

OÑATE

Audacia es ésta!

DON PEDRO

Es mi postrera esperanza,
y en ella la arriesgo toda.

OÑATE

Bien! Con la fortuna, boda,
que ó nada ó todo se alcanza.

DON PEDRO

Esta noche la hago mía,
ó la dejo de servir.

OÑATE

Por ella hemos de reñir
hasta que despunte el día.

DON PEDRO

Tal ánimo traes, Ginés?

OÑATE

Por vuestra amistad no más.

DON PEDRO

No te vuelvas, pues, atrás.

OÑATE

Á no ver qué chanza es,
de otro modo respondiera.

DON PEDRO

Mas ve que si pierdo todo...

OÑATE

Qué diablos! Habláis de modo
como si ya se perdiera.
Delante, señor, marchad,
y en mí fiad.

DON PEDRO

Si es así,
delante voy.

OÑATE

Y por mí,
cual si fuérais yo, jugad.

ESCENA V

DON JUAN *trayendo á* DOÑA ANA *con manto, y* OÑATE

DON JUAN

Con quién hablabas?

OÑATE

Con él.

DON JUAN

Pedía oro?

OÑATE

Sí, señor.
Y cada día mejor
sabemos nuestro papel.
Mañana, al salir la aurora,
ya en Toledo no estará.

DON JUAN

Y esta noche?

OÑATE

Queda allá,
que me espera desde ahora.

DON JUAN

Toma, y aguardadme á mí.

OÑATE

Á vos, señor?

DON JUAN

Sí, por cierto.
Todos tenemos abierto
el mismo camino allí.

OÑATE

Mas...

DON JUAN

Ahí llevas unos dados;
á que yo entre esperarás,
y con ellos jugarás.

OÑATE

Son amigos?

DON JUAN

Y probados.
(Toda esta escena pasa entre don Juan y Oñate; el resto entre don Juan y doña Ana.)

DOÑA ANA

Quién es ése?

DON JUAN

Un comerciante
que me empeña alguna vez. *(Vánse.)*

OÑATE

Don Juan ha de ir...! Pardiez,
que no lo entiendo. Adelante. *(Váse.)*

ESCENA VI

DOÑA CLARA é INÉS

(Sala corta en casa de D. Juan.)

DOÑA CLARA

Viste, Inés, á don Pedro?

INÉS

Sí, señora,
y á Madrid parte al despuntar la aurora.

DOÑA CLARA

Á Madrid?

INÉS

Eso dijo,
y halléle en el afán tosco y prolijo
de deshacer la casa.

DOÑA CLARA

Cielos! Que esto me pasa...!
Que se parta á Madrid y no le vea!
Mas díme, Inés, y al fin consuelo sea
del alma dolorida,
qué decía de mí á su despedida?

INÉS

Fuera la priesa, ó el capricho fuera,
anduvo descortés en gran manera.
Decid—dijo—á esa dama,
que esta noche me parto de Toledo,
que en mí más nunca piense,
y la descortesía me dispense,
que primero soy yo.

DOÑA CLARA

Traidor, ingrato.
Esto te dijo, Inés? No lo esperaba;
mas á fe que, en tan necio desacato,
no sabía tal vez de quién hablaba.
Mas yo he de hablarle, Inés, antes que huya,
y he de minar, al fin, la astucia suya.

INÉS

Ved lo que hacéis, señora.

DOÑA CLARA

Ya nada es tiempo de mirar ahora;
le amo, le adoro, le idolatro ciega,
y á tal extremo llega
ya mi pasión, que, fuera de camino,
á amarle y nada más me determino.
Por qué, galán, al pie de mis ventanas
en amoroso son me requería?
Por qué, en suaves cántigas cortesanas,
con fábulas de amor me enardecía?
Pensaba acaso que, á su amante queja,
sordo mi corazón, sordo mi oído,
no cruzaba su voz la doble reja,
buscando al corazón adormecido?
Pensaba que sus vanos juramentos
el fondo de mi pecho no minaban,
ni tenían sus tibios pensamientos
eco con que en los míos resonaban?
Por Dios que se engañó! Si sabe, ardiente,
fingir su vano amor el insensato,
oh! no sabrá apagar la que, imprudente,
inflamó hoguera con osado trato.
Inés?

INÉS

Señora.

DOÑA CLARA

El manto dáme al punto,
y sígueme.

INÉS

Mirad...!

DOÑA CLARA

Ya va mirada;
por honra y miramiento, todo junto,
arrostra una mujer enamorada.
Mas llamaron?

INÉS

No sé.

DOÑA CLARA

Mira esa puerta.

INÉS

Vuestro hermano, señora.

DOÑA CLARA

Por mi vida, que acierta
á acudirme don Juan en mala hora!
Mas abre, Inés, aprisa,
y si tarda en salir, llévame el manto,
y de su sueño ó inquietud me avisa.
(Váse.)

ESCENA VII

DON JUAN *y* DOÑA ANA

DON JUAN

Doña Ana, en mi casa estáis,
y al cuidado de mi hermana
hasta después de mañana
es fuerza permanezcáis.
Libre del todo quedáis,
y, ó yo poco he de saber,
ó presto habrán de volver
otra vez á vuestra mano
los bienes que vuestro hermano
tan sólo supo perder.

DOÑA ANA

Mas decidme antes, don Juan:
sano estáis ya de la herida?

DON JUAN

Doña Ana, no por mi vida
os paséis tan hondo afán.

DOÑA ANA

Largo tormento me dan
los recuerdos de aquel día.

DON JUAN

Segura, señora mía,
en ello podéis vivir;
fué un amago de morir
por el bien que yo quería.

DOÑA ANA

Mas tuve la culpa yo;
dejad que al menos la llore.

DON JUAN

Pues dejadme vos que adore
á quien mi herida causó.
Mas ya que esto se arregló,
doña Ana, atención prestad,
que es ya mucha ceguedad,
osadía y altiveza,
acosar vuestra nobleza
contra vuestra voluntad.

DOÑA ANA

Dispuesta, don Juan, estoy
vuestra razón á escucharos,
porque, más que toleraros,
debo respetaros hoy.

DON JUAN

Á hablaros de entrambos voy,
porque en tamaña ocasión,
desigual resolución
es preciso que tomemos,
y entrambos consideremos
nuestra noble condición.
Por un impensado azar,
en mi casa os sorprendieron:
culpada, pues os prendieron,
os hubieron de juzgar.
Al fin os logré salvar
con empeño y con favor,
pero otro riesgo mayor
sin duda váis á correr;
pues sois hermosa y mujer,
no os cumple tal guardador.
Si en esta casa os quedáis,
peligra vuestra opinión;
pero hay en esta ocasión
más peligro en que salgáis;
donde quiera que vayáis,
que habéis de ir sola, es bien llano.
Si os guardáis de vuestro hermano,
pues que tanto os ofendió,
que otro os ampare, que yo
es pensamiento villano.
Que yo os amo, claro está;
si me amáis, vos lo sabréis;
y mirad qué respondéis,
que sin duda es tiempo ya;

puesto que la noche os da
tiempo, pensadlo mejor,
que á una parte vuestro honor,
á otra la seguridad,
es quedar en la ciudad
lo mejor y lo peor.
Si no me habéis de admitir,
pues que tanto no merezco,
el amor que yo os ofrezco,
fuerza es, doña Ana, partir;
mas no he de dejaros ir
si no váis con vuestro hermano;
que esto no queréis, es llano;
y si esto no ha de llegar,
fuerza es, doña Ana, quedar,
y murmure el vulgo vano.

DOÑA ANA

Atenta ya os escuché,
y otorgaros la razón
es forzosa obligación,
pues ambos peligros sé.
Tal decisión tomaré
que nos convenga á los dos,
y no os extrañéis, por Dios,
que noble, don Juan, nací,
y no he de faltarme á mí
cuando á vos no os faltáis vos.
Diónos, por desgracia, el cielo
una pasión hechicera,
que un cielo la tierra hiciera
si infierno no fuera el suelo.
Por ella en tierno desvelo
los seres amantes van,
siguiéndose con afán,
como las sombras al sol,
como al sol el girasol,
como al acero el imán;
mas tal es la incompletez
de este mundo que habitamos,
que siempre el bien que gozamos
es miseria y hediondez.
Amor sentimos tal vez
que el corazón nos devora,
y su llama abrasadora
nos es fuerza sofocar,
porque no acertó á brotar,
don Juan, en la mejor hora.
Si viviéramos aún,
don Juan, en un paraíso,
para amar no era preciso
más que el cariño común;
mas para amarse, según
las leyes en que vivimos,
es fuerza nuestro cariño
donde pusimos mirar,
no lo que fuimos á amar,
sino lo que amar pudimos.
El amar á una mujer
sólo, don Juan, por su amor,
corriendo el tiempo es peor
que venirla á aborrecer;
la inconstancia en el querer
es propia del corazón,
y si por otra ocasión
al fin la razón se acaba,
se ve tarde que sobraba
cuanto antes no fué pasión.
Puesto que á este amor social,
para que cobre interés,
forzoso añadirle es
otro interés material,
do no hay más que espiritual
pasión con que se mantenga,
claro es que no se sostenga
amor é interés por Dios,
y que alguno de los dos
á ceder á entrambos venga.
Don Juan, yo he de ser quien soy,
pues quien soy siendo nací:
por vos, por él y por mí,
busco á mi hermano desde hoy.

DON JUAN

Mas mirad...

DOÑA ANA

Resuelta estoy.

DON JUAN

Mas tanta tenacidad
con que habéis sin caridad
pintado á vuestro capricho
un amor...

DOÑA ANA

Si bien no he dicho,

yo sé que he dicho verdad,
y esto baste.

DON JUAN

Baste pues.
Y porque no haya demora,
á vuestro hermano, señora,
que hoy busque preciso es.

DOÑA ANA

Mas tal prisa...

DON JUAN

Oh, que después
no será tiempo!

DOÑA ANA

Id con Dios.
Ya lo que hacer sabréis vos,
y no he de pediros cuenta.

DON JUAN

Y á mi vuelta más contenta
será la vida en los dos.

ESCENA VIII

DOÑA ANA

Yo sabré amar! Y de la negra vida,
sentada en la ribera,
yo lloraré de mi pasión perdida
la calma pasajera.
Yo sabré amar, y de mi amante historia
la lastimosa huella
quedará como rastro en mi memoria
de moribunda estrella.
Lejos de mí la fiesta de ese mundo,
que osado y maldiciente,
la marca del dolor largo y profundo
buscaría en mi frente.
Yo lloraré en silencio solitaria,
y en mi postrema hora
no podrá descifrar en mi plegaria
la razón del que llora.

ESCENA IX

DOÑA ANA *y* DOÑA CLARA

DOÑA CLARA

Ya ha salido mi hermano,
y á favor de la noche tenebrosa
saldré también. Mas Dios, qué es lo que miro!

DOÑA ANA

(Doña Clara ésta es; yo no respiro!)

DOÑA CLARA

(Mas, no es ella?) Decidme:
vos de don Pedro hermana
no sois?

DOÑA ANA

Yo soy doña Ana
de Mendoza, señora,
que á mi hermano tal vez buscando ahora,
al favor me acogí de vuestro hermano.

DOÑA CLARA

Vos buscáis á don Pedro?
Tanto mejor; es llano
que cuando ambas al par le buscaremos
con más facilidad le encontraremos.
Inés, el manto presto.

DOÑA ANA

Mas mirad que si vuelve
don Juan, con qué pretexto
disculpa le daréis de tanta prisa?

DOÑA CLARA

Yo también á don Pedro
busco, y es diligencia tan precisa,
que saliendo las dos en busca suya,
tornaremos á casa
antes que á ella don Juan se restituya.
(Y así cuando don Juan haga querella,
pues á su hermana busca,
yo le diré que importunaba ella.)

DOÑA ANA

Mas mirad...

DOÑA CLARA

Vamos pronto,
que antes de media hora...

DOÑA ANA

Mas reparad, señora...

DOÑA CLARA

Ya va bien reparado.
Á don Pedro busquemos,
que antes que don Juan vuelva, volveremos.
(La ase del brazo y vánse.)

ESCENA X

(Un figón; una mesa á cada lado, y otra en el fondo. En las laterales barajas; en la del centro dados, y alrededor soldados y gente del pueblo. En la del centro don Pedro, Oñate y algunos hidalgos; á la derecha una puerta, sobre la que se lee: «Paso á la hostería.» Botellas y vasos. Beben y juegan.)

Mesa primera

UNO

Jugad bien.

OTRO

Váis á perder.

EL PRIMERO

Maese Juan, no hacéis ninguna.

MAESE JUAN

Es rigor de mi fortuna.

UNO DE LOS QUE JUEGAN

Triunfos son?

MAESE JUAN

Lo podéis ver.
Bastos son triunfos.

OTRO

Jugad.

MAESE JUAN

Pues perdemos, voto á Dios!

EL ANTERIOR

Quién ha soltado ese dos?

MAESE JUAN

Yo le he soltado; cargad.

Mesa segunda

UNO

Tú tienes las cartas dobles.

OTRO

Mientes como un escribano.

EL PRIMERO

Muestra el juego, abre la mano.

EL SEGUNDO

Aquí está.

UN SOLDADO

Los juegos nobles;
no haya trampas, que si no
tiene esto fin de contado.

UNO DE LOS QUE NO JUEGAN

Téngase, señor soldado.

EL SOLDADO

Quién dice téngase?

EL ANTERIOR

Yo.

EL SOLDADO

Mire y calle.

EL ANTERIOR

Eso le digo.

EL SOLDADO

Vuesa mercé se sosiegue,
calle, beba, escuche y juegue,
ó apártese acá conmigo.

EL PRIMERO

Triunfos son oros.

EL SEGUNDO

Ahí van.

EL TERCERO

Por no tenerlos mayores
ahí va ese cuatro.

EL CUARTO

(Recogiendo la baza.) Señores,
donde las toman las dan.

EL SEGUNDO

Es que no hacen una baza.

EL PRIMERO

Toda la noche perdemos.

EL TERCERO

No tengo prenda.

EL SEGUNDO

Juguemos;
eso no nos embaraza;
bajo palabra jugad,
que mañana pagaréis.

Mesa primera

UNO

Maese Juan, cuánto perdéis?

MAESE JUAN

Cuarenta escudos.

OTRO

Cargad.

Mesa tercera

UNO

(Que echa los dados.)
Vos, don Pedro.

DON PEDRO

(Apuntando.) Á la mayor.

EL PRIMERO

Juego *(Tira.)*, diez. No váis tan mal.
Juego *(Tira.)*, seis.

EL SEGUNDO

Lance fatal;
pierdo la suerte mejor.

EL PRIMERO

Pedid.

DON PEDRO

La mayor.

EL PRIMERO

Ahí va.
Juego, nueve. *(Al segundo.)* Va por vos;
Juego, siete.

EL SEGUNDO

Vive Dios!
Sorda mi fortuna está.

UN HIDALGO

Don Pedro, cuánto perdéis?

DON PEDRO

Gano treinta y seis escudos.

EL HIDALGO

Gracias á Dios!

DON PEDRO

Son desnudos
los treinta, que debo seis.
Servidme vino.

EL CUARTO

Eso sí;
tenéis razón; vino y juego.

EL TERCERO

Mientras atizan el fuego,
tirad una vez por mí.

Mesa segunda

UNO

Dobles esas cartas son.

OTRO

Eso ya es tenacidad.

EL PRIMERO

Dobles son.

EL CUARTO

Es la verdad.

EL SEGUNDO

Mentís vos.

EL CUARTO

Tiene razón.

EL PRIMERO

Infame, me habéis robado;
volvedme todo el dinero,
ó, vive Dios...!

EL QUINTO

Caballero!

EL SEGUNDO

Si tocáis sólo un cornado,
os envaso este puñal.

EL PRIMERO

Soltad, traidor.

EL CUARTO

Vive Cristo
que fué trampa!

UN SOLDADO

No lo he visto.

OTRO

Dice bien.

OTRO

Pues dice mal.

EL PRIMERO

Esos escudos me den,
ó vive Dios que á estocadas
los recobre.

EL SOLDADO

Camaradas,
silencio; quietos estén.

EL SEGUNDO

Salid conmigo á la calle.

EL PRIMERO

Eso bien.

EL SEGUNDO

Vamos.

EL PRIMERO

Venid,
y á ser cortés, voto al Cid!
que una vez he de enseñalle.

MAESE JUAN

(De una mesa á otra.)
Qué es eso?

UNO

(En la otra mesa.)
Un poca paciencia,
algo descontentadizo.

MAESE JUAN

Picóse?

EL OTRO

Sí.

MAESE JUAN

Pues mal hizo.

OTRO

Lleva con él su sentencia.

Mesa tercera

EL SEGUNDO

Tened ahí, que gano yo.

DON PEDRO

Tiró por mí.

EL SEGUNDO

Fué por mí.

DON PEDRO

Pues yo el último perdí.

EL SEGUNDO

No perdísteis.

DON PEDRO

Cómo no?

EL PRIMERO

Don Pedro, tiene razón;
tiré por él.

DON PEDRO

Si eso es,
callo, y pierdo veintitrés.
Vino, muchacho!

EL PRIMERO

Diez son.

ESCENA XI

DICHOS *y* DON JUAN, *con antifaz*

Mesa primera

UNO

Gentil talle!

MAESE JUAN

Audaz, á fe.

EL PRIMERO

Conocéisle?

MAESE JUAN

No por cierto;
el semblante trae cubierto.

EL SEGUNDO

Quién es ese?

EL TERCERO

No lo sé.

DON JUAN

(Allí está don Pedro; llego,
y Oñate vino con él.
Bien estudió su papel.)

Mesa tercera

UNO

Por vos va, don Pedro. Juego.

DON PEDRO

La mayor.

EL PRIMERO

Once.

DON PEDRO

Ya es mía.

DON JUAN

(Llegando.) Yo apuntaré contra vos;
la mayor.

EL PRIMERO

Doce.

DON PEDRO

Por Dios!
Su merced nos desafía?

DON JUAN

No, juego como cualquiera;
fortuna fué si gané.

DON PEDRO

Fortuna sin duda fué,
porque á ser de otra manera...

DON JUAN

Qué fuera?

DON PEDRO

Sabéis quién soy?

DON JUAN

Un... don Pedro de Aguilar;
mas ved si queréis jugar,
que esperando juego estoy.

DON PEDRO

Sois muy valiente?

DON JUAN

Tal vez;
mas me ayuda la fortuna,
y jamás cedió á ninguna
mi fortuna y mi altivez.
En fin, jugáis?

DON PEDRO

Descubríos.

DON JUAN

Qué os importa mi disfraz?
Tras este lienzo falaz
encubro secretos míos.

DON PEDRO

Pero quien el rostro encubre
traiciones guarda ó temor.

DON JUAN

La traición del jugador
con el juego se descubre.

OÑATE *(Á don Pedro.)*

(Yo á vos, don Pedro, os abono;
jugad.)

DON PEDRO

Bien; juguemos pues.

DON JUAN

Que os mantengáis, fuerza es,
con tan poderoso abono.

OÑATE

Bien! Señores, juego nuevo.
Yo os sacaré.

DON JUAN

Sea.

DON PEDRO

Tirad.

Mesa segunda

UNO

Esas bazas os tomad.

OTRO

Y con ésta siete llevo.

EL PRIMERO

Ganásteis.

EL SEGUNDO

Qué, no jugáis?

EL PRIMERO

No tengo qué.

EL SEGUNDO

Norabuena;
tomad la mitad.

EL PRIMERO

Es ajena,
que otra mitad me ganáis. *(Levántanse.)*

Mesa primera

UNO

No juego más.

MAESE JUAN

Por qué no?

EL PRIMERO

Porque pierdo todo un año.

MAESE JUAN

Eso miráis? Sois tacaño?

EL PRIMERO

Pues nací príncipe yo?

OTRO

Jugad.

EL PRIMERO

No juego.

MAESE JUAN

Sea así.
(Levántanse todos y se acercan á la mesa tercera, donde están don Juan, don Pedro y Oñate.)

EL PRIMERO

Es apuesta?

EL SEGUNDO

Así parece.

EL TERCERO

Atendamos.

EL SEGUNDO

Lo merece.

EL PRIMERO

Va contra don Pedro?

EL SEGUNDO

Sí.

OÑATE, *tirando con sus dados*

Don Pedro, á vos. Juego, seis.
Á vos, el del antifaz.
Juego, diez.

DON JUAN

Gano.

DON PEDRO

En verdad,
brava fortuna tenéis.

OÑATE *(Á don Juan.)*

Juego á vos, once. Sacáis
bien alto. Don Pedro, á vos.
Juego, siete.

DON PEDRO

Voto á Dios,
que sin alma me dejáis.
Muchacho, vino. *(Bebe.)*

EL PRIMERO

Eso es;
valor, don Pedro.

DON PEDRO

Sigamos.

OÑATE

Caballero, á vos.

EL SEGUNDO

Veamos.

OÑATE

Juego, cinco.

DON PEDRO

Es mía.

OÑATE

(Tirando.) Tres.

DON PEDRO

Por mi vida que es azar.

DON JUAN

Qué suerte más importuna!

DON PEDRO

Ahí va toda mi fortuna
de una vez, por acabar.

OÑATE

Á vos, caballero: diez.

DON PEDRO

Por San Millán!

OÑATE

Juego á vos.
Tres.

DON PEDRO

Qué suerte, vive Dios!
No se me ha dado una vez. *(Retirándose.)*

DON JUAN

Qué es eso, no jugáis más?

DON PEDRO

Como las barbas no juegue,
no sé ya qué á jugar llegue.

DON JUAN

Vuestra palabra...

DON PEDRO

Quizás,
si aun mi palabra tuviera,
pensáis que no la jugara?

DON JUAN

Con ella me contentara,
que sé bien que se cumpliera.

DON PEDRO

Haced cuenta que la dí
y la perdí.

DON JUAN

Mas no habéis
prendas?

DON PEDRO

Ved las que queréis.

DON JUAN

Las haciendas?

DON PEDRO

Las perdí.

DON JUAN

Soldado sois?

DON PEDRO

Capitán.

DON JUAN

Las armas?

DON PEDRO

Perdílas ya.

DON JUAN

Caballo?

DON PEDRO

Jugado va.

DON JUAN

Sueldo del rey?

DON PEDRO

No le dan.

EL PRIMERO

Probad, don Pedro, fortuna.
Veinte escudos presto yo.

EL SEGUNDO

Yo diez.

EL TERCERO

Yo quince.

DON PEDRO

Eso no;
todo en uno se reúna,
y apuntadlo.

EL SEGUNDO

Eso es, valor.

OÑATE

Juego, diez.

DON PEDRO

Ahora sí
que vuelve la suerte á mí.

OÑATE

Juego, once.

DON JUAN

Es encantador!

EL PRIMERO

Don Pedro, imposible á fe
me parece.

EL SEGUNDO

Qué jugar!

OÑATE

Vaya, volvéis á apuntar?

EL TERCERO

Jugad.

DON PEDRO

Ya no tengo qué.

DON JUAN

Esa espada.

DON PEDRO

Bien, tirad.

OÑATE

Vos, hidalgo. Once.

EL SEGUNDO

Qué suerte!

OÑATE

Á vos, don Pedro. Seis.

DON PEDRO

Muerte
me dáis; adiós os quedad.

EL PRIMERO

Yo juego con vos; juguemos;
seguro en mi suerte estoy.

EL SEGUNDO

Yo con vos á apuntar voy.

DON PEDRO

Pero no sé qué juguemos.

DON JUAN

Contra todo lo perdido.
No tenéis ya qué poner?
No tenéis casa, mujer,
no sois dueño ni marido?

DON PEDRO

Muchacho, vino. No tengo
casa, ni mujer, ni hogar.
Una hermana... y...

UN SOLDADO

Á jugar!

DON JUAN

Con vuestra hermana me avengo.

DON PEDRO

Reportáos. Voto á Dios,
que lo que decís miréis.

DON JUAN

Hago por que recobréis
lo que habéis perdido vos,
y esa puesta os doy de más.

DON PEDRO

(Marchándose.) (Una suerte tan seguida!
Imposible es, por mi vida,
que se sostenga...! Quizás...!)

EL PRIMERO

Vamos, dejad de pensar
y decidíos valiente.

DON PEDRO

No ha de ser.

EL SEGUNDO

Cobardemente
os habéis de retirar?

DON PEDRO

(Mas quién sabe? Contra todo
arriesgo una prenda yo.)

EL TERCERO

Habéis de huir?

DON PEDRO

Eso no.
(Y el pagar... es de otro modo.)

TODOS

Bien, don Pedro!

EL PRIMERO

Y yo con vos
esta espada jugaré.

EL SEGUNDO

Yo estos diamantes.

EL TERCERO

Á fe
yo cien escudos.

EL CUARTO

Yo dos.

EL QUINTO

Y yo aquesta cruz de plata.

DON PEDRO

Venga vino!

OÑATE

Vaya en paz
á vos, el del antifaz.
Juego, nueve.

MUCHOS

Bajo data.

OÑATE

Vuesas mercedes atiendan.
Va por ellos. Juego, tres.

DON PEDRO

Trampa, por los cielos, es.

UNO

Los demonios que lo entiendan.

DON JUAN

Cómo trampa, vive Dios!
(Pone mano á la espada.)

DON PEDRO

Ténganse aquí.
(Echando también mano al estoque.)

DON JUAN

Vuestra hermana
perdísteis.

DON PEDRO

Es prenda vana.

DON JUAN

Y á estocadas...

DON PEDRO

Eso á vos.

ALGUNOS

Paz.

OTROS

Fuera!

ESCENA XII

(Cuchilladas. Oñate se pone al lado de don Juan. Algunos toman partido por don Pedro. Derriban las luces y queda todo en confusión. Doña Ana y doña Clara asoman á la puerta como huyendo de alguien que las persigue.)

DOÑA ANA

Cielo! Es aquí?

DOÑA CLARA

La voz de don Pedro es ésa.

DON JUAN

(Encontrándose en la oscuridad con doña Clara.)
Quién aquí se me atraviesa?

DOÑA ANA

Qué es lo que escucho? Ay de mí!
Don Pedro.

DON PEDRO

(Hallándose con doña Ana.)
Qué es esto? No
es mujer ésta que toco?

DOÑA ANA

Cielo santo!

DON PEDRO

Estoy yo loco?

DON JUAN

Ténganse!

DON PEDRO

Luz!

UNO

Quién cayó?

DON PEDRO

Voto á Dios! Luces aquí.

ESCENA ÚLTIMA

EL GOBERNADOR, RONDA *y* DICHOS

EL GOBERNADOR

Dénse al rey.

DON PEDRO

Atrás el rey,
que primero que su ley,
me importa mi honor á mí.
(Á doña Clara, á quien tiene asida.)
Quién sois vos?

EL GOBERNADOR

Que nadie osado
mueva el pie. Vos, caballero,
decid quién sois.

UNO

Un soldado.

EL GOBERNADOR

Cada uno el nombre que goza
diga, que esperando estoy.

DON PEDRO

Don Pedro de Aguilar soy.

DON JUAN

(Descubriendo el rostro.)
Y yo don Juan de Mendoza.

DON PEDRO

Vos! Cómo...! Y yo, vive Dios...

DON JUAN

Reportáos, pese á mí,
que no sé quién está aquí
ofendido de los dos.
Vuestra hacienda habéis perdido,
y pues toda en mi poder
está, yo os la he de volver,
para esto la he obtenido,
mas con una condición.

DON PEDRO

Decid.

DON JUAN

Yo tengo una hermana;
su esposo seréis mañana,
que peligra su opinión.
(Don Pedro ríe á carcajadas.)
Os reís?

DON PEDRO, *lo mismo*

Ved si me río.

EL GOBERNADOR

La razón?

DON PEDRO

Os la diré.
Visteis horóscopo, á fe,
más fortunado que el mío?
Jugué y perdí hasta la espada,
gocé jugando y perdiendo;
gran vida hice á lo que entiendo,

y al cabo no pierdo nada.
Mirad si que ría es bien. *(Á don Juan.)*
Pero yo tengo otra hermana;
hacedme el favor mañana
de desposarla también.

DOÑA ANA

Así será, y pues estoy
tan á tiempo, esta es mi mano.

DOÑA CLARA

Ya que consiente mi hermano,
yo, don Pedro, vuestra soy.

DON JUAN

Mas cómo...

DON PEDRO

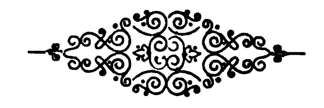
La explicación
para luego... pese á mí,
que es bizarro. *(Riéndose.)*

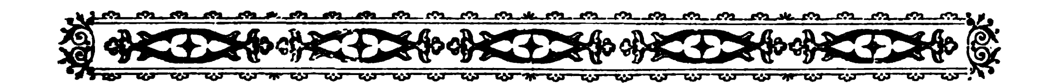
EL GOBERNADOR

Y ya de aquí
que salgamos es razón.

OÑATE

Y con esto, á lo que entiendo,
el autor también saldrá
del empeño en que hoy está
con este *Ganar perdiendo*.





EL CREPÚSCULO DE LA TARDE

Sentado en una peña de este monte,
tapizado de enebros y maleza,
estoy viendo en el cárdeno horizonte
reverberar el sol en su grandeza.

Y allá esconde su luz tras la colina,
y se cree que su sombra nos oculta
otra región luciente y cristalina
do airado el sol su púrpura sepulta.

Arde la cima; el horizonte extenso
trémulo brilla con purpúrea lumbre;
un mar de grana le circunda inmenso,
y un piélago de sol flota en la cumbre.

El sol se va: su rastro luminoso
ha quedado un instante en su camino.
Quién seguirá en su curso misterioso
la infinita inquietud de su destino?

El sol se va; la sombra se amontona;
las nubes en opacos escuadrones
avanzan al ocaso, y se abandona
la atmósfera á sus rápidas visiones.

Si es que despiden á la luz del día;
si atropellan la luz por que se acabe;
si son cifras de paz ó de agonía,
desde el Sumo Hacedor, nadie lo sabe.

El sol se va: las nieblas se levantan;
los fuegos del crepúsculo se alejan;
murmura el árbol y las aves cantan;
y quién sabe si aplauden ó se quejan?

Gime la fuente, y silban los reptiles
que guarda entre sus algas la laguna,
y las estrellas por Oriente á miles
trepan en pos de la inocente luna.

El sol se va: y en ilusión tranquila,
de aérea nube entre el celaje gayo
que tras su lumbre con afán se apila,
desmayado pintó su último rayo.

Adiós, fúlgido sol, gloria del día!
Duerme en tu rico pabellón de grana:
ora nos dejas en la noche umbría,
pero radiante volverás mañana.

Húndete en paz, oh sol! que yo te espero;
yo sé que volverás de esas regiones
do allende el mar, como á inmortal viajero
te esperan otro mar y otras naciones.

Y te esperan allá, porque allá saben
que al hundirte en la playa más lejana,
les dejas en tinieblas por que alaben
la nueva luz que les darás mañana.

Yo sé que volverás, luz de los cielos!
y ese volcán con que tu ocaso llenas,
del alba al desgarrar los tenues velos,
cinta será de blancas azucenas.

Ve en paz, y allá te encuentres bulliciosa
otra feliz desconocida gente,
que ora tal vez pacífica reposa
á la luz de la luna transparente.

Ve en paz, oh rojo sol! si allí te esperan;
que allí, tras otros mares y otros montes,
derramados tus rayos reverberan
en otros infinitos horizontes.

Tú alumbras las recónditas riberas
donde una gente indócil y atezada
alza, en medio de bosques de palmeras,
las tiendas en que duerme descuidada.

Tú alumbras las medrosas soledades
donde no crecen árboles ni flores,
donde ruedan las roncas tempestades
sobre un vasto arenal sin moradores.

Tú alumbras en sus márgenes cercanas
un pueblo altivo que, á tu luz vasallo,
te muestra sus bellísimas sultanas
en el secreto harem de su serrallo.

Tú ves el blanco y voluptuoso seno
de la europea en su niñez cautiva;
el rojo labio de suspiros lleno;
la frente avergonzada, pero altiva.

Tú ves la indiana de ébano, orgullosa
con su tostada y vívida hermosura,
que entre dos labios de encendida rosa
asoma de marfil su dentadura.

Tú alumbras esas danzas y festines
en que, negras y blancas confundidas,
unas de otras se ven en los jardines,
cual sombras de sus cuerpos desprendidas.

Tú alumbras los recuerdos portentosos
de Atenas, de Palmira y Babilonia,
y á par te esperan de tu lumbre ansiosos,
monstruos de Egipto y cisnes de Meonia.

Te esperan las cenizas de Corinto,
las playas olvidadas de Cartago,
y del chino el recóndito recinto,
y el salvaje arenal del indio vago.

Te esperan de Salén los rotos muros,
del Muerto Mar los ponzoñosos riscos,
que de los pueblos de Gomorra impuros
son á la par sepulcros y obeliscos.

Tú sabes dónde están las calvas peñas
en donde los primeros cenobitas
de Cristo tremolaron las enseñas,
alcázares tornando sus ermitas.

Tú sabes el origen de las fuentes,
los mares que no surcan raudas velas,
en qué arenas se arrastran las serpientes,
y en qué desierto vagan las gacelas.

Tú sabes dónde airado se desata
el ronco y polvoroso torbellino;
dónde muge la excelsa catarata;
por dónde el hondo mar se abre camino.

Mas ya en tu ocaso tocas y te alejas.
Ante ese inmenso pabellón de grana,
cuán ciego sin tu luz, oh sol! me dejas...!
Mas vete en paz, que volverás mañana.

—

Mañana! Y en tanto crecen
esos fantasmas de niebla
con que el ambiente se puebla
en fantástico tropel!
Y se agolpan esas nubes
que acaso al sol atropellan,
se confunden y se estrellan
despeñándose tras él.

Mañana! Y de aquesta sombra,
entre el denso opaco velo,
no veo el azul del cielo,
valles, ni montes, ni mar.
Mañana! Y ora encerrado
en esta atmósfera oscura,
sé que existe la hermosura
sin poderla contemplar.

Mañana...! Y en esta noche
tan tenebrosa en que quedo,
me acongojan y dan miedo
la noche y la soledad.
Doquier que vuelvo los ojos,
doquier que tienda una mano,
miro y toco el ser liviano
de la negra oscuridad.

Siento que á mi lado vagan
fantasmas que no conozco;
veo luces que se apagan
al intentarlas seguir;
percibo voces medrosas
que entre la niebla se pierden,
sin saber lo que recuerden
ni lo que intenten decir.

Siento herirme la mejilla
un soplo vago y errante,
como un suspiro distante
de alguien que pasa por mí.
Tiemblo entonces, temo y dudo:
mis años y mis momentos
me tienen mis pensamientos
en estrecha cuenta allí.

Qué negro sueño es aqueste,
qué delirio el que padezco?
Esta sombra que aborrezco,
cuándo pasa? Adónde va?
La siento sobre mi frente,
que en masa gigante rueda,
y siempre sobre mí queda,
siempre ante mi vista está.

En la sombra, me dijeron,
se delira y se descansa,
el pesar duerme y se amansa,
la aflicción toca en placer;
en la sombra estamos solos,
no nos oyen ni nos miran,
todos los ecos conspiran
nuestro mal á adormecer.

Mas yo, aquí conmigo mismo,
oigo y veo, y toco y siento
á mi propio pensamiento
y á mi propio corazón:
no estoy solo, no descanso:
me oyen, me ven, no deliro...
Y estos fantasmas que miro,
qué me quieren, quiénes son?

Oigo el agua que murmura,
siento el aura que se mueve,
miro y toco, y sombra leve
hallo sólo en derredor:
busco afanoso, y no encuentro;
pregunto, y no me responden.
Ay! Do están y do se esconden
los consuelos del dolor?

No sé: que el cielo encapotan
esas nubes cenicientas
que se arrastran turbulentas
por la atmósfera sutil.
No sé... mas siento que todos
los recuerdos de mi vida
en tropa descolorida
me asaltan de mil en mil.

No sé... Porque no es reposo
este nocturno tormento
que el escuadrón macilento
de mis recuerdos me da!
Tantas imágenes bellas
que giran en mi memoria!
Tantas creencias de gloria
que son ilusiones ya!

Flores marchitas del tiempo,
de olor exquisito y sumo,
que pasaron como el humo,
que no volverán jamás...
Sol, tú has hundido tu frente
tras la espalda de ese monte:
mañana en el horizonte
otra vez te elevarás.

Sol! Mañana, más radiante,
en los brazos de la aurora
tornará tu encantadora
soberana esplendidez.
Sol, tú ruedas por los cielos;
mas, por el cielo que pueblas,
no tropiezas con las nieblas
de esta vaga lobreguez.

Sol, tú vuelves más sereno
de tu viaje cuotidiano;
sol, tú no esperas en vano
que volverás desde allí.
Sí, tú volverás mañana;
mas, al tocar en tu oriente,
sabes tú, sol refulgente,
si mañana estaré aquí?

Mas vete en paz, oh sol! Baja tranquilo
por ese rastro de esplendente grana.
Yo en esta roca buscaré un asilo
hasta que vuelvas otra vez mañana.

Me han dicho que en la noche silenciosa
los espíritus vagan en el viento;
que flotan en la niebla misteriosa
sílfides blancas de aromado aliento.

Que las aéreas sombras bienhadadas
de los que eran aquí nuestros amigos
vienen sobre las brisas desatadas,
del nocturno reposo á ser testigos.

Me han dicho que en los bosques aparta-
en las márgenes frescas de los ríos, [dos,
por el agua y las hojas arrullados,
en torno de los árboles sombríos,

Danzan alegres de su paz gozando,
y á los que en vida con afán querían,
desde la turba de su alegre bando
ilusiones dulcísimas envían.

Y dicen que ésos son los halagüeños
fantasmas que en la noche nos embriagan;
esos los blancos y amorosos sueños
que en nuestra mente adormecida vagan.

Tal vez será verdad: vendrán acaso
nuestra vida á endulzar esas visiones,
y de una estrella al resplandor escaso
entonarán sus mágicas canciones.

Sí: tal vez á sus madres amorosas
colmarán de purísimos cariños
las transparentes sombras vaporosas
de los risueños inocentes niños.

Tal vez venga el esposo enamorado
al triste lecho de la esposa viuda,
á darla en paz el beso regalado
que en su labio agostó la muerte ruda.

Tal vez sean su voz esos suspiros
con que la oscura soledad resuena,
y su aliento esa brisa á cuyos giros
mansa murmura la floresta amena.

Tal vez será verdad... pero á mí, triste,
que no me vela amante y cuidadosa
esa sombra que á alguno en paz asiste,
amigo, hermano, idolatrada esposa;

Á mí, que no me cercan esos vagos
benéficos fantasmas de la noche
que en las hondas se mecen de los lagos,
ó de la flor en el cerrado broche;

Á mí, triste de mí! no me acompañan
esas sombras de amor, blancas y bellas,
porque mi adusta soledad extrañan,
porque yo velo mientras vagan ellas.

Yo no tengo una madre ni un amigo
que deje los alcázares del cielo
y en nocturna visión venga conmigo
á prestarme en mi afán calma ó consuelo.

Yo, á quien los suyos ofendidos lloran,
á quien no deben más que su amargura,
recelo de los mismos que me adoran,
temo el misterio de la sombra oscura.

No hallo en ella ni sílfides ni magas:
que en esas solitarias ilusiones
sólo siento en redor, torvas y vagas,
las memorias de hiel de mis pasiones.

No quiero sombra, oh noche! Te aborrezco!
Odio la luz de tu tranquila luna:
ante tus bellas sombras me estremezco,
porque no tienes para mí ninguna.

Yo espero al sol, que baja refulgente,
revestido de pompa soberana:
yo espero al sol, que por el rojo Oriente
vuelve á nacer espléndido mañana.

Yo amo la luz, y el cielo y los colores;
detesto las tinieblas, amo el día:
todas en él las auras son olores,
todos en él los ruidos armonía.

Entonces reverbera el manso río,
abren su cáliz rosas y azucenas,
y las lágrimas puras del rocío
bordan sus hojas, de perfume llenas.

Yo espero al sol: entonces se levanta
la tierra á saludarle perezosa,
y el ruiseñor entre los olmos canta,
y llena blando son la selva umbrosa.

Yo espero al sol, porque su luz gigante
me deslumbra y embriaga y enloquece,
y, al seguirle en su curso rutilante,
mi pesar en el pecho se adormece.

Sol... inmortal y espléndido viajero!
Yo, como tú, me perderé sin tino:
iré, desconocido pasajero,
sin término vagando y sin camino.

Ya bramen los revueltos temporales,
ya murmuren las brisas perfumadas,
ya cruce por desiertos arenales,
ya me pierda en florestas encantadas,

En los mullidos lechos de un serrallo,
en la triste mansión de una mazmorra,
altivo triunfador, servil vasallo,
negra fortuna ó liberal me acorra,

Te buscaré á través de las cadenas
bajo los ostentosos pabellones,
del río por las márgenes amenas
y á través de los rotos murallones.

Yo buscaré tu lumbre soberana
del mar tras los cristales movedizos,
y soñando á los pies de una sultana,
en la espiral de sus flotantes rizos.

Y tal vez de un proscrito los cantares,
desde unas costas lúgubres y solas,
lleguen cruzando los inmensos mares
á sus queridas playas españolas.

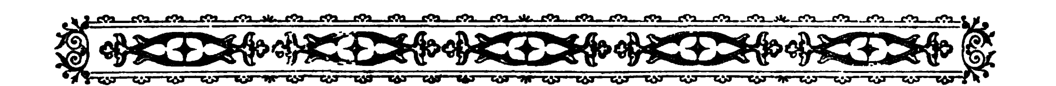
Feliz entonces si á la fin pasados
mis locos, criminales extravíos,
de mis fúnebres cánticos tocados,
les merezco una lágrima á los míos!

Conjuraré á los céfiros ligeros
de aquellas selvas á la mar vecinas,
y á los rápidos bandos pasajeros
de las sueltas y pardas golondrinas.

Que ingrato á cuanto amé, solo y perdido,
un verdugo alimento en mi memoria;
y, para hundirla entera en el olvido,
loco deliro un porvenir de gloria.

Gloria ó sepulcro, oh sol! busco anhelante;
gloria ó tumba tendrá mi audacia insana.
Si buscas mi destino, oh sol radiante!
yo estaré aquí; levántate mañana.





Á UN ÁGUILA

ODA

Sube, pájaro audaz, sube sediento
á beber en el viento
del rojo sol la esplendorosa lumbre;
sube, batiendo las sonantes alas,
de las etéreas salas
á sorprender la luminosa cumbre.

Bien hayas tú, que ves osadamente
los cielos frente á frente,
y de cerca á tu Dios, ave altanera;
y que si el ronco torbellino crece,
vigoroso te mece,
siendo un impulso más á tu carrera.

Qué te importa que el sol ni el torbellino
crucen por tu camino,
si en vuelo altivo y temerario arrojo
la tormenta te riza mansamente,
y el sol resplandeciente
como precisa luz vibra en tu ojo?

¿Qué te importa de pájaros la ansiosa
confusión tumultuosa
que se afana en subir cuando tú subes,
si á su impotente y torpe movimiento
fuerza le falta y viento,
cuando tu vuelo real hiende las nubes?

Salve, oh tú de la atmósfera señora,
águila voladora,
que, abandonando nuestra tierra oscura,
emperatriz del viento te levantas,
y solitaria cantas
de los lucientes astros la hermosura!

Tal vez escuches en tropel sonoro
las cítaras de oro
de los santos y célicos festines;
y tal vez mires en distancias sumas
las espléndidas plumas
de los blancos y errantes serafines.

Tal vez oyes, oh reina soberana!
el infinito *Hosanna*,
y en torno al cielo respetuosa giras,
y en el cóncavo ambiente solitario
del místico incensario
el ámbar celestial libre respiras.

Y tal vez los espíritus errantes
que arrastran rutilantes
esos soles que ruedan en la esfera,
en cariñosa voz y amago blando,
te acarician pasando
al encontrarte siempre en su carrera.

Bien hayas tú, del sol y el viento amiga,
del esfuerzo y fatiga,
de arcángeles tal vez acariciada!
Bien hayas tú, que despreciando el suelo,
pides osada al cielo
libre, tranquila y liberal morada!

Bien hayas tú, que, lejos del inmundo
pantano de este mundo,
no sientes el dolor de los que lloran,
ni el vergonzoso son de las cadenas;
ni las de angustia llenas,
quejas sin fin de los que ayuda imploran!

Ni oyes la bronca voz de impía guerra
que ensordece la tierra
y escribe en lanzas sus sangrientas leyes,
ni del vasallo el desvalido lloro
en derredor del oro
que brilla en el alcázar de sus reyes.

Bien haces en quedarte en esa altura,
recinto de ventura,
águila emperatriz, hija del viento,
y dejarnos aquí, ya que no osamos,
pues cobardes lloramos,
gozar tu libertad por tu ardimiento.

Déjanos, sí, que esclavos de otros dueños,
en indignos empeños
las ajenas hazañas aplaudamos,
y, al ajustar nuestras contiendas fieras,
las ajenas banderas
y el extranjero pabellón sigamos.

Mientras, cruzando la región vacía,
tú en infinito día
la farsa ríes de la humana gente,
y al son de sus dementes alaridos
registras los perdidos
vaporosos espacios del Oriente.

Tú desde allí, en las ráfagas mecida,
segura y atrevida,
contemplas la mezquina y baja tierra,
la miseria del hombre y su inmundicia,
su orgullo y su injusticia,
sus vanos triunfos y ominosa guerra.

Tú, ave de libertad y de victoria,
del aire y del sol gloria,
desde la calva inmensurable peña
ves cómo se abre trabajosa calle
por el angosto valle
la armada gente tras la rota enseña.

Césares, Alejandros, Napoleones
dieron á sus legiones
tu vencedora imagen por bandera;
y tú en el viento, sin temor ni vallas,
al son de sus batallas
te adormistes ufana y altanera.

Y en vano con tu sombra se escudaron;
que á la fin tropezaron
en Roma y Babilonia y Santa Elena,
y allí vencidos la cerviz hundieron,
mientra, al morir, te vieron
rasgar el viento á tí, libre y serena.

Salve, reina del viento generosa,
águila poderosa,
ave del sol y de la luz querida!
Salve, y pluguiera que en tu raudo vuelo
trepar pudiera al cielo
una esperanza de mi amarga vida!

Oh, si alcanzara, cándida María,
perdida gloria mía,
á enviarte con esa águila un suspiro!
Si alcanzara esa osada mensajera
á decirte siquiera
que aun por tu solo amor canto y respiro!

Ay, fresca rosa que abrasó el estío,
perdido encanto mío,
tierna, amorosa y muerta ya María!
En qué aura vaga tu fragante aroma?
En qué escondida loma
me velas hoy tu cáliz, vida mía?

Tórname, hermosa, el rostro soberano,
y tiéndeme tu mano,
y díme dónde estás para mirarte;
para que tengan luz los ojos míos,
y se acallen bravíos
los duelos de mi vida al adorarte.

Vuela, pájaro audaz, águila erguida,
por la región perdida
donde espléndido el sol alza su oriente!
Y si aun es dado á tu gigante vuelo
escudriñar del cielo
la ignorada mansión resplandeciente,

Busca á mi vida, y díla que aun la adoro,
y díla que aun la lloro,
al ronco son de la cansada lira;
pregúntala si, lejos de esta tierra
en ese que la encierra
alcázar celestial, por mí suspira.

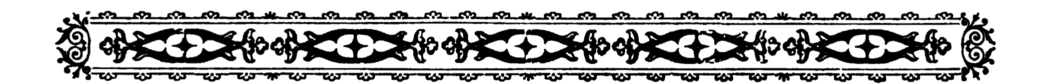
Los Césares así y los Napoleones
leguen á sus legiones
tu vencedora imagen por bandera,
y tú en el viento, sin temor ni vallas,
al son de sus batallas
duermas ufana, libre y altanera!

Sube, pájaro audaz, sube sediento
á beber en el viento
del rojo sol la esplendorosa lumbre!
Sube, batiendo las sonantes alas,
de las etéreas salas
á sorprender la luminosa cumbre!

No te importe que el sol y el torbellino
crucen por tu camino;
sigue tu vuelo en temerario arrojo,
que el huracán te riza mansamente,
y el sol resplandeciente
como precisa luz vibra en tu ojo.

Y si por caso encuentras en el viento
mi lastimero acento,
sigue cruzando á las etéreas salas;
que los roncos preludios de mi canto
son los ayes del llanto
que me arranca la envidia de tus alas.





ORIENTAL

Larga y pesada es la noche,
si de un cerrado balcón
al pie se aguarda la lumbre
de un enamorado sol;

Si á oscuras en una calle
no se siente en derredor
más que del aura perdida
el interrumpido son.

Larga y pesada es la noche
para el despierto amador
que acecha una blanca mano,
que tal vez le hace traición,

Mientras la diestra al estoque,
ebria el ánima de amor,
de rival desconocido
recela la condición.

Larga y pesada es la noche
para quien tanto aguardó;
que el alba por el Oriente
viene á ahuyentar su pasión.

Muy larga para el mancebo
que en Córdoba penetró,
de los ojos de una mora
enredado en la prisión.

Está el cristiano apoyado
en las rejas donde vió,
mientras que lloró cautivo,
á la prenda de su amor.

Y en vano á su doble seña
una respuesta aguardó:
las celosías tuvieron
siempre velado el balcón.

Mas, viendo que á largos pasos
veníase alzando el sol,
entre amorosos suspiros,
así dijo á media voz:

—He llamado á tu ventana,
mi sultana,
siempre fiel á mi pasión,
y enojado me despido,
pues dormido
encontré tu corazón.

Adiós, mi dulce señora,
ingrata mora;
que, pues más no he de venir,
bien harás, de mí olvidada,
descuidada,
en largo sueño dormir.

No esperes, no, que tu mano
vuelva ufano
enamorado á buscar,
clavando del foso oscuro,
sobre el muro,
una escala en que bajar.

No esperes que en larga vela,
centinela
de tu cerrado balcón,
aguarde ya entretenido,
si dormido
he de hallar tu corazón.

No esperes, no, que combata,
mora ingrata,
de tu celosía al pie,
mientras en otros amores
tus favores
gozando un rival esté.

Que si á mi voz no respondes,
porque escondes
otro amor para mi amor,
guarda los lances y cuitas
de tus citas
para quien ha tu favor.

Quédate, aunque yo te amaba,
por esclava
de un señor y de un harem,
y muera con tu hermosura
la ventura
de tu existencia también.

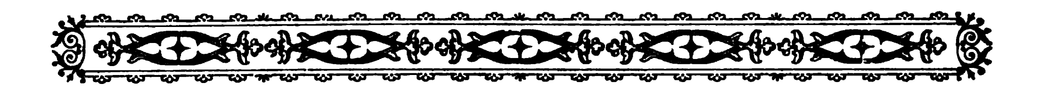
Adiós: duerme, mi sultana,
y tu ventana,
testigo de mi pasión,
te diga si he conocido
cuán dormido
estaba tu corazón.—

Y así el mancebo diciendo,
de sus celos al furor,
de un tajo las celosías
con la espada derribó.

Saltó del lecho la mora
á tan descompuesto son,
y, asomándose á la reja,
quién era le preguntó.

Mas él, á larga distancia,
revolviendo un callejón,
tornó la espalda diciendo:
Dormid en paz, que soy yo.





CANCIÓN

Música del Sr. D. S. Iradier

CORO

Orgía, dadme flores!
Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
y el mundo un festín.

El tiempo nos roba
las horas más bellas:
romped las botellas
y al baile venid.
Que al son que murmura
la danza insegura,
sueño es de ventura
la vida feliz.

Orgía, dadme flores!
Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
y el mundo un festín.

Soñemos gozando
fortuna tan vana,
y el sol de mañana
que vea, al salir,
que al son de la orquesta,
danzando en la fiesta,
no es carga funesta
la vida feliz.

Orgía, dadme flores!
Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
y el mundo un festín.

Diránnos mañana
que somos ceniza,
que es dicha postiza
la de este vivir;
mas hoy gozaremos,
dichosos seremos,
en tanto olvidemos
origen tan vil.

Orgía, dadme flores!
Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
y el mundo un festín.

Bailemos, bebamos:
la vida es muy corta;
tal vez nos importa
pasarla feliz;
y si al fin perdida
se llora la vida,
gozando se olvida
tan lúgubre fin.

Orgía, dadme flores!
Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
y el mundo un festín.

—

Venid á mí, brillantes ilusiones,
que engalanáis la juventud ardiente.
Dadme, dadme fantásticas visiones
con que embriagar la mente.

Suéñelas yo en mi necio desvarío,
y en vistoso tropel pasen risueñas,
como la espuma de sonante río
resbala entre las peñas.

Dejadme, aunque ficción, ver á lo lejos
esa radiante luz de la esperanza
á cuyos ricos trémulos reflejos
un porvenir se alcanza.

Y apartad de mi mente esos crespones
que enlutan cuanto sueño y cuanto miro,
que tornan al compás de mis canciones
en lúgubre suspiro.

Yo, que cruzo feliz, libre y contento,
de la existencia el áspero camino,
que, ayudado tal vez de noble aliento,
cantar es mi destino,

Por qué, al herir ufano el arpa de oro
en amoroso son lanza perdido,
en vez de canto espléndido y sonoro,
fatídico gemido?

Y es en vano buscar cuanto risueño
natura por doquier pródiga brota:
de su ventura, á mi tenaz empeño,
todo el raudal se agota.

He querido cantar radiante y puro
al esplendente sol, y apelmazado,
sorbiendo el día nubarrón oscuro,
su disco me ha robado.

Quise cantar las danzas inocentes,
los cándidos placeres campesinos,
y de muertas naciones insolentes
lamenté los destinos.

Quise cantar del águila altanera
el imperial y soberano vuelo,
y profano llegué, tras su carrera,
á llamar en el cielo.

Quise cantar cascadas y jardines,
los brindis y el placer, y ensangrentado
hice girar en torno á los festines
el féretro enlutado.

Quise cantar de púrpura y de flores
la senda del vivir entapizada,
y caminé entre abrojos punzadores
hasta el mar de la nada.

Mis cántigas de amor lamentos fueron,
y ningún amador se holgó con ellas;
blasfemias mis plegarias se volvieron,
y mis himnos querellas.

Embriagado canté la amistad santa,
soñé fraternidad y huyó el amigo;
que lleva al fin quien desventuras canta
la soledad consigo!

Dónde tornar los desolados ojos?
Dónde tender las alas del deseo?
Truécanseme las flores en abrojos,
y es niebla cuanto veo.

Me dijeron acaso que el bullicio
del loco mundo las tristezas cura...
Cada sonrisa me costó un suplicio,
doblando mi amargura.

Tal vez la calma el corazón consuela
de la sombría noche misteriosa...
Las noches he pasado en larga vela,
en lucha congojosa.

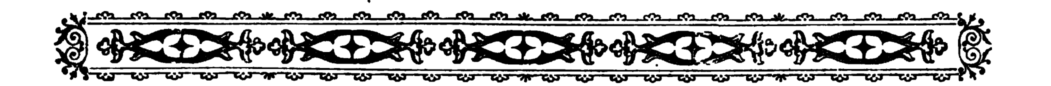
Flores, en dónde estáis que no os encuentro?
Vago por el jardín y nunca os hallo:
las raíces tal vez estarán dentro,
mas no asoman el tallo.

Fúlgido sol, espléndidas estrellas,
melancólica luna, yo os adoro!
Y, al bendecir vuestras antorchas bellas,
mudo os contemplo y lloro.

No importa que la tierra brote flores,
el mar corales y los ríos peces:
yo bendigo sus senos creadores,
los adoro mil veces.

Pero, al volver al Dios que los ha hecho,
jamás me pareció ni mar ni tierra
más que un sepulcro cuyo borde estrecho
nuestra miseria encierra.





Á MARIANA

CANCIÓN

Limpia es la noche y callada:
la luna en el cénit brilla,
como lámpara colgada
en recóndita capilla.
La brisa errante y serena
mansa suena,
meciendo árbol, hierba y flor;
y el mundo, en descuido inerme,
goza ó duerme
sus pesares ó su amor.
Yo, constante en mi porfía,
paso la noche sombría
suspirando á tu ventana,
Mariana mía!
Mas si han de espirar mis quejas
en tus rejas,
no me las abras, Mariana,
noche ni día.

Porque me es tan delicioso
saber cuándo al fin te roba
al necio mundo curioso
la oscuridad de tu alcoba...!
Tan grato espiar atento
el momento
en que tu luz espiró,
por poder decir ufano:
Hora quê vano
favorito es como yo?
Me es tan dulce en mi agonía
saber que en la noche umbría
suspiro yo á tu ventana,
Mariana mía!
Mas, si han de espirar mis quejas
en tus rejas,
oh, no me las abras, Mariana,
noche ni día.

Yo bien pudiera mentirte
palacios, buques, caballos;
en luengas tierras decirte
que me respetan vasallos;
porque de tierras ignotas
y remotas
fuera muy fácil mentir;
mas decirte, aunque quisiera,
no supiera,
si me lo hubieras de oir,
sino que en tenaz porfía
paso la noche sombría
suspirando á tu ventana,
Mariana mía!
Mas, si han de espirar mis quejas
en tus rejas,
no me las abras, Mariana,
noche ni día.

Yo no soy más que un poeta,
sin otro bien que mi lira,
un alma al amor sujeta
y un corazón que suspira:
y aunque es verdad que hay algunos
importunos
que me aplauden mi canción,
yo nunca he de hacerles caso,
porque acaso
hablillas del vulgo son.
Yo paso cantando el día,
pero la noche sombría
paso al pie de tu ventana,
Mariana mía!
Mas, si han de espirar mis quejas
en tus rejas,
no me las abras, Mariana,
noche ni día.

Cuando, en tus cándidos sueños,
oir tal vez te parece
de compases halagüeños
el son que se desvanece,
no son los tenues lamentos
de los vientos
que murmuran al pasar;
no es el ruido de la fuente
transparente,
sino el son de mi cantar.
Porque, siempre en mi porfía,
paso la noche sombría
suspirando á tu ventana,
Mariana mía!
Mas, si han de espirar mis quejas
en tus rejas,
no me las abras, Mariana,
noche ni día.

Oyes la lluvia que cäe,
y el aura en sus hilos rota,
que una voz triste te träe
mientras tus vidrios azota?
No es la voz de la tormenta
turbulenta
que muge con el turbión;
es el arpa que yo toco
cuando evoco
tu sueño con mi canción.
Porque, siempre en mi porfía,
yo velo en la noche umbría
suspirando á tu ventana,
Mariana mía!
Mas, si han de espirar mis quejas
en tus rejas,
no me las abras, Mariana,
noche ni día.

Y si al fin de duelo tanto,
de tan amorosas cuitas,
te cansa el son de mi canto
y te cansan mis visitas;
si tu sueño ó tus placeres
ya no quieres
que turbe importuno más,
manda que rompan la lira
que suspira
tan amoroso compás;
mas si has de salir impía
á maldecir mi porfía
cuando lloro á tu ventana,
Mariana mía!
deja que estrelle mis quejas
en tus rejas,
y no las abras, Mariana,
noche ni día.



JUAN DANDOLO

DRAMA EN TRES ACTOS

POR DON JOSÉ ZORRILLA

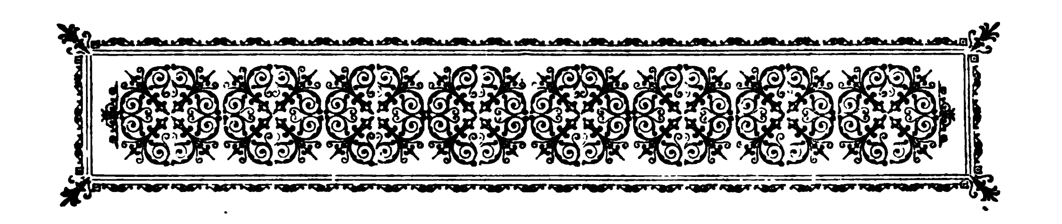
Y

DON ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ

PERSONAJES

Juan Dandolo *(Bernardo Carabello)*.
Mariana, *su hermana*.
Jacobo Dagolino.
Pedro.
Gaspar, *gondolero*.
Maffei.
Isaac Benjamín.
Caballeros venecianos.

La acción pasa en Venecia á fines del siglo XV



JUAN DANDOLO

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

PEDRO *á la puerta de la casa de* BERNARDO, *y* MARIANA *en el balcón*

PEDRO

Decís que esta noche?

MARIANA

Sí;
esto sólo le responde.

PEDRO

Mas no me habéis dicho dónde
os ha de ver.

MARIANA

Dónde? Aquí.

PEDRO

Á está puerta?

MARIANA

Sí; mas cuida
no noten á tu señor,
que en ello estriba mi honor
y acaso también su vida.

PEDRO

No temáis.

MARIANA

Adiós. *(Se entra.)*

PEDRO

Por más
que diga mi amo, no sé
de tanta cándida fe
lo que ha de alcanzar jamás.
Estos misterios de amor
que han de ser fatales creo,
y trascienden á himeneo,
que no hay desdicha mayor.
Y ha de hacer esta mujer
que caiga en tal desvarío!...
Ya no sois, pobre amo mío,
el que de antes solíais ser.
En otro tiempo era cosa
harto notable á fe mía,
encontraros más de un día
en los brazos de una hermosa.
Corrió un mes, y esta beldad
os está en su amor prendiendo;
máteme Dios si comprendo
tan rara fidelidad.

ESCENA II

GASPAR *y* BERNARDO *salen por el fondo á la izquierda del espectador*

BERNARDO

Ya hemos llegado; bien puedes
volverte, toma.

GASPAR

Qué hacéis,
monseñor?

BERNARDO

Pues qué?

GASPAR

No veis?
Oro!

BERNARDO

Y bien?

GASPAR

Tantas mercedes!

BERNARDO

Oh! Por qué me hablas así?
Monseñor!

GASPAR

No dije nada.

BERNARDO

No soy ya tu camarada
y tu hermano de armas, dí?

GASPAR

Camarada! Sí, bien dices;
esos tiempos no olvidé,
que no sé si llamaré
más tristes ó más felices.

BERNARDO

Qué guerras!

GASPAR

Qué mortandad!

BERNARDO

Venecia, no como ahora,
del mar la reina y señora,
se llamaba con verdad.
Sus nobles no envilecían
su existencia en los placeres,
ni como blandas mujeres
telas de seda vestían.
Ni en molicie regalada
hicieron del vicio alarde,
ni por el puñal cobarde
trocaron la dura espada.
Entonces no era el honor
como agora inútil nombre,
y era virtud en el hombre
esa virtud del valor.
Del campo la piedra dura
era en las lides su lecho,
y no temblaba su pecho
bajo la férrea armadura.
Ahora ya, prefieren viles
la esclavitud á la guerra,
arrastrándose en la tierra
como míseros reptiles.

GASPAR

Es verdad, mas cómo así,
mudando conversación,
de tan pobre condición
tan rico te hiciste, dí?
Tú eras soldado, valiente,
es verdad, pero no más
que un soldado, y rico estás
si ya tu porte no miente.
Las artes están fatales,
y tu oficio de espadero
que no te produzca infiero.

BERNARDO

Sí, por Dios; se hacen puñales.

GASPAR

Pudiera ser... Sin embargo,
todo eso, Bernardo, es humo.

BERNARDO

Eh!

GASPAR

Y acertarlo presumo.

BERNARDO

Sabrás quizá...

GASPAR

Me hago cargo.
Aunque de cierto lo ignoro,
quizá el secreto se encierra
en hacer de pobre tierra
florines de plata ú oro.
Secreto es ese que diz
que más de un sabio encontró,
y aqueso presumo yo
que pudo hacerte feliz.

BERNARDO

Bah! No es eso. Es más sencillo
mi secreto.

GASPAR

No haces oro?
Pues te hallaste algún tesoro
al levantar un ladrillo.
Eso á menudo lo ves.

BERNARDO

Tampoco es eso, Gaspar;
no lo puedes acertar.

GASPAR

Pues qué, tan difícil es?

BERNARDO

No puedes, si yo no hablo,
el móvil de mi fortuna
conocer.

GASPAR

Sin duda alguna
vendiste tu alma al diablo;
y si es así, bien querría,
tal mi suerte es de cruel,
hacer amistad con él
para venderle la mía.

BERNARDO

Cierto...? *(Sonriéndose.)*

GASPAR

Al mismo Belcebú,
como riquezas me diera
y feliz también me hiciera,
cual sin duda lo eres tú.

BERNARDO

Feliz...! No lo soy, pardiez;
con todo mi corazón
cambiara mi situación
por tu paz y tu honradez.

GASPAR

Tú también eres honrado,
ó al menos siempre lo fuiste.

BERNARDO

Cuando tú me conociste...
pero ese tiempo ha pasado.

GASPAR

Es cierto?

BERNARDO

Sí, por mi mal.

GASPAR

Mi estado entonces prefiero.
Eres tal vez carcelero,
ó esbirro del tribunal?

BERNARDO

No te canses; soy... *(Al oído.)*

GASPAR

(Alejándose.) Gran Dios!

BERNARDO

Qué haces, amigo?

GASPAR

Me voy.
No puede haber desde hoy
amistad entre los dos.

BERNARDO

Es cierto, sí; vete ya;
mi aliento puede mancharte.

GASPAR

El cielo quiera arrancarte
de aquesa senda.

BERNARDO

Ojalá.

ESCENA III

BERNARDO *solo*

Razón tiene; mas no veo
otro remedio en mi suerte
que el remedio de la muerte...
Dios sabe que la deseo!
Dios lo sabe que por tí
virtud y honor olvidé,
pobre Mariana! y yo sé
que no lo hiciera por mí.
De otro modo, sin ventura,
en lenta, amarga agonía,
otra vez marchitaría
la miseria tu hermosura.
Tú sufrías, en verdad;
yo no sé si resignada,
mas devorabas callada
tus lágrimas de orfandad.
Oh, no; que sufra yo solo,
aunque Venecia me llame
con el nombre torpe, infame,
del terrible Juan Dandolo.
(Entra en su casa.)

ESCENA IV

JACOBO *y* PEDRO

JACOBO

Eso Mariana te dijo?

PEDRO

Eso.

JACOBO

Que viniera?

PEDRO

Sí;
pero aun no es hora.

JACOBO

La noche
poco tardará en venir.
Entre tanto, esperaremos...

PEDRO

En dónde, señor?

JACOBO

Aquí.

PEDRO

Y si os viesen?

JACOBO

Quién?

PEDRO

Alguno;
llegómelo á prevenir...

JACOBO

No me verán.

PEDRO

Cuando espera
un caballero gentil
en una esquina arrimado,
queriendo el rostro encubrir,
no hay duda, señor, ninguna,
que quien le detiene allí
son los ojos hechiceros
de un humano serafín.

JACOBO

Nadie puede conocerme.

PEDRO

Como gustéis; yo por mí...



JACOBO

Entre tanto, de otro asunto
tengo que hablarte.

PEDRO

Decid.

JACOBO

Esta mañana he salido
del juego sin un cequí.

PEDRO

Todos los días á casa
de esa manera venís.
Á qué es la nueva?

JACOBO

Mi padre
se ha llegado á resistir
á franquearme sus arcas.

PEDRO

Hace bien.

JACOBO

Ya no hay ardid,
no hay medio ya de arrancarle
un miserable florín.

PEDRO

Harto os ha dado.

JACOBO

Es preciso,
sin embargo, recurrir
á algún medio.

PEDRO

Ya lo veo.

JACOBO

Para ello he pensado en tí.

PEDRO

Os burláis?

JACOBO

No lo adivinas?

PEDRO

Al punto, si lo decís.

JACOBO

Vete á buscar en Rialto
al buen Isaac Benjamín,
un prestamista usurero,
y haz luego que venga aquí.

PEDRO

Empeñáis vuestra palabra,
ó vuestra firma?

JACOBO

Á qué fin
me lo preguntas?

PEDRO

Porque
es tan miserable y vil
la condición de esos perros,
que no darán un cequí
por la palabra y la firma
de un hidalgo tan gentil;
mas si tenéis por ventura
alguna alhaja ruín,
que valga el doble á lo menos
que la suma que pedís...

JACOBO

Imposible.

PEDRO

Y aunque guarde
larga madeja sutil
de perfumados cabellos...

JACOBO

Te atreves eso á decir?

PEDRO

El hebreo que, como hombre
de talento baladí,
su precio ignora, y no sabe
que bañada de jazmín
en otro tiempo besaba,
con voluptuoso bullir,

el peregrino contorno
de algún cuello de marfil,
la dejará en vuestras manos,
reservando para sí
los diamantes que la guardan,
y el oro, que es tierra vil.

JACOBO

Y no hay otro medio?

PEDRO

Yo
no lo alcanzo.

JACOBO

Conque al fin
será preciso... Y si ella
lo llegase á presumir...?

PEDRO

No es fácil.

JACOBO

En hora buena.
Ve en busca de Benjamín,
y aquí os espero... Mil doblas
le pedirás.

PEDRO

Lo haré así.

ESCENA V

JACOBO

No lo sabrá... La fortuna
no siempre ha de ser contraria,
y las manos de un judío,
aunque profanen, no manchan.
Presto volverá á las mías,
para que de ellas no salga
esta prenda de tu amor,
que un rico tesoro guarda.
Estos hermosos cabellos
que blando perfume exhalan,
y mil veces resbalaron
sobre tu desnuda espalda,
tornarán, yo te lo ofrezco,
porque consuelan mis ansias
cuando, ausente de tus ojos,
dolientes mis horas pasan.
(Un hombre embozado pasa silenciosamente por el fondo y llega á la casa de Bernardo.)
Qué es esto? Un hombre que oculta
en el embozo la cara,
paró á su puerta; sospechas...
Quién puede ser? Ahora llama.
(La puerta se abre y el embozado entra como recatándose.)
Le abren! El diablo me lleve
si aquesto no tiene trazas
de amorosa cita... Cielos!
Infiel ella! Mariana!
No es posible; mas lo cierto
es que entró, que le aguardaban...
Oh! Yo también entraré,
así veré si me engaña.
(Va á llamar y se detiene.)
Ah! Que los celos me ciegan...
No puede entrar en su casa
hermano, padre ó marido...?
Pero dudarlo no basta.

ESCENA VI

JACOBO, PEDRO é ISAAC BENJAMÍN

PEDRO

Isaac Benjamín.

JACOBO

Bien vengas,
judío.

ISAAC

Que os guarde Dios.
Háme dicho este criado
que con mucha precisión
necesitábais mil doblas
sobre alhajas de valor.
La cantidad es inmensa;
mas si permitiérais vos
que viese la prenda...

JACOBO

Es justo,
mírala.

ISAAC

Dios de Jacob!
Bien lo merece; hay diamantes
claros como el mismo sol.
Poco, á la verdad, mil doblas
para tal alhaja son;
y si queréis...

JACOBO

No, me basta.

PEDRO

Sacáis el cabello?

JACOBO

No;
así para rescatarlo
será el conato mayor.

ISAAC

Tomad y contad.

ESCENA VII

(Mientras Jacobo cuenta el dinero, salen de la casa Bernardo y el embozado.)

BERNARDO

Ya sé...
conozco mi obligación,
y quedaréis satisfecho.

PEDRO *(Á Jacobo.)*

Dos hombres salieron.

JACOBO

Dos!
Mira y disimula.

BERNARDO

Pero
os advierto, monseñor,
que si á todo me convengo,
al precio que decís, no.
(El embozado le da un bolsillo.)
Fuí soldado, y en mi pecho
late un noble corazón,
y os juro que no me agrada
herir con golpe traidor.
Un hebreo no es de cierto
un enemigo feroz,
y en este caso...
(El embozado vuelve á darle dinero.)
Ya veo
que me entendéis. Os váis? Oh!
Aún me resta por haceros
la postrera reflexión.
Si he de extraer los papeles
que consigo lleva, estoy
pagado como asesino,
pero no como ladrón.
(Vuelve á darle dinero el embozado.)

PEDRO

Si nos ven...

JACOBO

Disimulemos:
cabal está.

PEDRO

Alzad la voz,
no noten que recelamos.

JACOBO

Isaac Benjamín, adiós.
(Al pronunciar Jacobo estas palabras, el embozado llama la atención de Bernardo mostrándole con la mano al judío. Bernardo hace un movimiento de cabeza, indicando que lo ha comprendido. El embozado se va.)

ISAAC

Adiós, noble joven.

BERNARDO

Vaya,
que casualidad mayor!...
(Se va Isaac y Bernardo le sigue.)

JACOBO

Quiénes pueden ser?

PEDRO

Su hermano
es el uno de los dos
sin duda.

JACOBO

Cómo has sabido?...

PEDRO

Hace un instante, mas no
todo lo que yo quisiera.

JACOBO

Pero en fin...

PEDRO

Supe que son
de pobre origen... él vive
á costa de su sudor,
que es un armero.

JACOBO

Imposible.

PEDRO

Yo no alcanzo esa razón;
sin embargo, para luego
lo preguntaré mejor.

JACOBO

Pienso que baja.

PEDRO

Cuidado
con revelarla que vos
indagáis...

JACOBO

Ni una palabra;
no te alejes.

PEDRO

Cerca estoy.

ESCENA VIII

Sale MARIANA

JACOBO

Te veo al fin... ya creía
que no vinieses.

MARIANA

Por qué?
Es tan tarde?

JACOBO

Sí, á fe mía,
que sin tu luz no vivía
todo el tiempo que esperé.
La impaciencia es un dolor
si nace de tal amor
como éste que el alma abriga,
que da tormento y fatiga
sólo porque da temor.

MARIANA

(Con melancolía.)
Jacobo, tanto me amáis?

JACOBO

Eso preguntáis, señora?

MARIANA

(Gran Dios!)

JACOBO

Acaso dudáis...?

MARIANA

Dudar, dudara en buen hora.

JACOBO

Eso decís, y lloráis?
Mal haya quien de esos ojos
causa los duros enojos...
Quién, señora, te ofendió?

MARIANA

Nadie, sino quien buscó
placeres y encontró abrojos.

Yo misma soy de mi mal
la causa, que loca, insana,
alimenté criminal
una pasión inhumana
que habrá de serme fatal.
Y al fin, es llegado el día
temido, aunque no esperado...
Llegar por fuerza debía,
y nuestro amor descuidado,
eterno el placer creía.

JACOBO

Habla, qué puede en el mundo
nuestro afecto contrastar?
De qué nace ese pesar
que con dolor tan profundo
miro en tus ojos brotar?
Celoso, adusto y sombrío,
tiraniza tu albedrío
de algún marido el rigor?
Dílo, y el enojo mío...

MARIANA

Es más honesto mi amor.

JACOBO

Perdona si te ofendí,
que nunca supe quién eres,
por más que lo pretendí;
siempre sois todas así
misteriosas las mujeres.

MARIANA

Sí, misteriosa, es verdad,
pero es un secreto horrible...
Niña, en mi mejor edad,
sobre mí pesa terrible,
funesta fatalidad.

JACOBO

Dílo pues.

MARIANA

Nunca.

JACOBO

Por qué?

MARIANA

Es imposible.

JACOBO

Y no más
que esa razón... Oh, ya sé
por qué otra razón no das...

MARIANA

No lo sabes.

JACOBO

Sí, sí, á fe.
Quién lo duda? Arrepentida
de amarme, en otra pasión
acaso el alma engreída...

MARIANA

Eso piensas?

JACOBO

Fementida!
Nunca esperé tal traición!

MARIANA

Calla! No te amo? Si fuera
eso que dices verdad,
ni estas lágrimas vertiera,
ni en mi doliente ansiedad
por tí mi vida expusiera.

JACOBO

Tu vida!

MARIANA

Sabes que el cielo
puso un muro entre los dos?

JACOBO

No lo sé, pero recelo
que estáis gozando, por Dios,
en doblar mi desconsuelo.
Quién hay que pueda romper
tales, tan sagrados lazos?
Sutilezas de mujer
que dan al alma placer
para romperla en pedazos.

Gozáis en vender amores
á precio de un corazón,
y con halagos traidores
guardáis entre blancas flores
el veneno y la traición.

MARIANA

Jacobo!

JACOBO

Bajando estás
los ojos avergonzada!

MARIANA

Esto, Dios mío! esto más!

JACOBO

Mariana... Adiós...

MARIANA

Desdichada!

JACOBO

Para siempre adiós!

MARIANA

Te vas?

JACOBO

Tú lo quieres.

MARIANA

Mas dudando
de mi amor... Dudar así...
No ves lo que estoy penando?

JACOBO

Decidme pues... Hasta cuándo
queréis burlaros de mí?
Ya sé, señora, ya sé
que sois llorando funesta,
y esa mi desdicha fué,
que el alma, la vida y fe,
aquese llanto me cuesta.

MARIANA

Oid... La suerte importuna
no como á vos me halagó,
y es tan oscura mi cuna,
que no habrá mujer ninguna
tan humilde como yo.
Y aunque es verdad que os adoro,
y que este amor es mi vida,
Jacobo, tampoco ignoro
que profano mi decoro
viviendo en él engreída.
Porque con tanta afición,
no siendo mi suerte igual
aunque igual mi corazón,
ser tu esposa fuera un mal,
y ser tu amante un baldón.

JACOBO

Quién eres pues?

MARIANA

Ahora bien,
dudes de mi afecto ó no,
júzgueslo amor ó desdén,
vete en buen hora... también,
también á sufrir voy yo.

JACOBO

Espera.

MARIANA

No, no es posible
aquí ya permanecer.

JACOBO

Tanta perfidia es creíble!

MARIANA

Vete, Jacobo; es terrible
el amor de esta mujer.

JACOBO

Has de oirme.

MARIANA

Presto, acaba...

JACOBO

Piensas tú que mi pasión
blasones en tí buscaba,
ni otra cosa demandaba

que ternura y compasión?
Qué importan nobleza y oro
cuando hay amor y virtud,
y ese tan rico tesoro
que en tí frenético adoro
de hermosura y juventud?
Habla... Y si puede bastar
mi mano á satisfacerte,
únanos luego el altar,
si no es que quieres gozar
en mi desdicha y mi muerte.

MARIANA

Juras al Dios soberano,
que es de tu oferta testigo,
darme de esposo la mano?

JACOBO

Déme severo castigo
si juro su nombre en vano.

MARIANA

Espera...

JACOBO

Viene alguien?

MARIANA

Sí;
ves un bulto?

JACOBO

Quién será?

MARIANA

Tal vez mi hermano. Ay de mí!
Que se acerca; vete ya.

JACOBO

Observaré desde allí.

ESCENA IX

BERNARDO *y* MARIANA

BERNARDO

Mariana!

MARIANA

Tú tan presto...!

BERNARDO

Te sorprendes?
No me esperabas, dí?

MARIANA

No.

BERNARDO

Y entre tanto,
acaso el tiempo en que mi vuelta esperas,
no será, como de antes, sin encanto.

MARIANA

No comprendo, Bernardo.

BERNARDO

Por ventura,
no me he explicado bien?

MARIANA

Cierto...

BERNARDO

En qué pasas
las horas tristes de la noche oscura?

MARIANA

En qué sino en rezar?

BERNARDO

Bien lo comprendo,
y por esa razón á tales horas
buscando más sublime santuario
y más sublime altar, habéis salido
del humilde oratorio solitario...
mas no á citas de amor.

MARIANA

Tales sospechas...

BERNARDO

Sospechas..! Oh! Tomad.

MARIANA

Cielos, qué veo!

BERNARDO

Joya es tuya, Mariana.

MARIANA

Y cómo pudo
á tus manos venir?

BERNARDO

No sé; mas mira,
mírala bien, hermana; es una prenda
de tiernísimo amor; mira que guarda
de tu cariño despreciada ofrenda.

MARIANA

Yo...

BERNARDO

No son éstos, dí, los rizos bellos
que engalanaron tu nevada frente?
No es ésta la color de tus cabellos?

MARIANA

Bernardo...!

BERNARDO

Y esta joya que tu hermano
prenda de su querer te dió en un día,
prenda es de liviandad, de amor insano
que hoy atestigua la deshonra mía.

MARIANA

Deshonra! No es verdad; pura y sin mancha
fué mi pasión, Bernardo: este cariño,
que inundó el alma de inefable encanto,
es virginal, como el amor de un niño.

BERNARDO

Quién lo duda? Es verdad que no pagaron
con igual expresión tan tierno afecto,
que tu inocencia y tu candor burlaron.
En qué mano presumes que esa joya
por desgracia encontré?

MARIANA

Díme; no acierto
tanta infamia á creer.

BERNARDO

Oh! El desdichado
no más me infamará.

MARIANA

Quién es?

BERNARDO

Ha muerto.

MARIANA

Ah! Por mi culpa!

BERNARDO

No; morir debía;
no le mató tu amor ni mi venganza...
Fué su desdicha y la desdicha mía.

MARIANA

Qué has hecho?

BERNARDO

No lo sabes? No sospechas
á qué grado de infamia y desventura
tu hermano se arrastró, ni á cuánto grado
por tí, por tu cariño, la memoria
de un padre y de una madre ha deshonrado?

MARIANA

No lo digas, por Dios!

BERNARDO

Esto te asusta,
y sin embargo, hermana, en el delito
siendo conmigo igual, eres injusta.
Ambos su tumba sin pudor manchamos;
ambos escarnecimos su memoria...
Ambos también es fuerza que muramos.

MARIANA

Es un crimen amar?

BERNARDO

Y si el infame
burlase tu candor?

MARIANA

No, no es creíble.

BERNARDO

Mas si fuese capaz...

MARIANA

No eres mi hermano?
Dejarle sin castigo era imposible.

BERNARDO

Esto debe acabar; harto, Mariana,
celoso de tu honor y tu inocencia,
espié tus quiméricos amores...
Tu soberbia ambición y tu imprudencia,
han colmado mi vida de dolores.
Sí; en esas noches para mí sombrías
y hermosas para tí, cuando amorosa
á tus placeres ciega te entregabas,
y sin pudor, en hora silenciosa
citas de amor á tus galanes dabas,
presa yo en tanto de infernal martirio,
como el tigre tus pasos acechaba,
espiando el momento del delirio.
Andrea Foscarini, el noble joven,
más que noble galán, de su señora
á la cita acudió... Su pobre madre
su triste fin desconsolada llora.

MARIANA

Tú fuiste...!

BERNARDO

Aquel Filipo Trevisano,
opulento señor, turbó de nuevo
tu corazón, haciendo que olvidases
el triste fin del mísero mancebo.
También era una noche bien oscura,
bien oscura, por Dios, cuando acudía
á la cita fatal... Combate horrible
fué aquel, porque su brazo era valiente
y era afrontarle á la verdad terrible.
Pero conmigo la razón luchaba...
Cayó...

MARIANA

Filipo... tú... tú le mataste...
tú mataste á los dos...! Lo sospechaba.
Oh! Conque á mí tan sólo en este mundo
me es vedado el amar...?

BERNARDO

Mal lo comprendes.
Por qué ambiciosa y ciega al amor torpe
de esos nobles sin fe sólo te enciendes?
Sabes que hay una ley, una barrera
que á los hombres separa? Esa es la cuna,
y es el oro también; cuál es, Mariana,
cuál es tu nacimiento y tu fortuna?
Mas si la valla quebrantando alguno
tu altivo origen olvidar parece,
máscara es esa que engañoso toma,
milano es que desciende de su altura
por devorar la tímida paloma.
Mas no temas jamás, mientras yo viva,
que la valla quebranten; si el milano
en derredor de tí su vuelo tiende,
á su pesar conozca que la garra
del águila altanera te defiende.

MARIANA

Sí, dices bien; á tanto desvarío
es fuerza renunciar.

BERNARDO

Pero esta noche,
no esperas, dí, al galán?

MARIANA

Bernardo, entremos;
ya más no le he de ver.

BERNARDO

Yo lo aseguro.

MARIANA

Ven.

BERNARDO

Yo le espero aquí.

MARIANA

Qué dices? Calla...
Ya no vendrá esta noche; te lo juro.

BERNARDO

Entra; yo aquí me quedo.

MARIANA

Nò.

BERNARDO

Si temes
mi indignación, aparta; porque airado
no sea que en tí misma ensaye el golpe
que ha de herir al amante desdichado.

MARIANA

Oh! No me apartaré.

BERNARDO

(Sacando el puñal.) Pues bien...

MARIANA

(Huye dando un grito.) Dios mío!

JACOBO

(Sale.) Yo te defiendo.

MARIANA

Ay, huye!

BERNARDO

Miserable!

PEDRO

Venid...

MARIANA

Huye, Jacobo...

BERNARDO

Estamos solos...
Desnudad vuestra espada... Ved que arde
lleno el pecho de saña...

JACOBO

Es imposible...
Con vos no he de reñir.

BERNARDO

También cobarde!

JACOBO

Cobarde, no.

BERNARDO

Pues bien; aunque no lidies,
te mataré, villano.

JACOBO

Bueno fuera,
á no estorbarlo yo.

BERNARDO

Pronto veremos
cómo lo evitarás.

JACOBO

De esta manera. *(Váse.)*



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

JACOBO *y* MARIANA

JACOBO

Recelar puedes de mí,
que te salvo de un tirano?

MARIANA

Jacobo, al fin es mi hermano.

JACOBO

No obrara un verdugo así.
Pero está bien; tu escondite
á acertar no ha de valer,
por más que todo el poder
del infierno solicite.
Y aun si cupiera en tu amor
un pequeño sacrificio...

MARIANA

Ya va por el precipicio
por lo menos el honor,
y prenda le creo á fe,
si no buena, suficiente.

JACOBO

Perdona, anduve imprudente.

MARIANA

Y otra además te daré.
Si en ganar este aposento
temerosa consentí,
en que me guardes aquí
enamorada consiento.

JACOBO

Oh! Y en él te defendiera
del mundo entero á fe mía,
porque eres mi luz, mi día...

MARIANA

Quién el porvenir supiera!
Acaso en la confusión
de estrepitosos placeres
has de abrir á cien mujeres
las puertas del corazón.

JACOBO

Mariana, ó no te conoces,
ó te ha mentido tu espejo;
pídele, por Dios, consejo,
que ha de desmentirte á voces.

MARIANA

Muchos lo mismo me han dicho
creyéndome más liviana;
pero al fin de una semana
tuvieron otro capricho.
Si tú, como ellos, un día...
aparta, sueño importuno!

JACOBO

Oh! Nunca te amó ninguno
con tan ciega idolatría;
hasta el birrete ducal
que el mismo Dux me ofreciera,
sin tí, amor mío, creyera
que me sentaba muy mal.

MARIANA

Díme, Jacobo, si sientes
lo que diciéndome estás;
mas tal vez mañana vas
á confesarme que mientes.
Cuando sin vida tu padre,
libre y poderoso seas,
y placer que no poseas
no encuentres como te cuadre;
cuando Jacobo en tutela
sea el conde Dagolino,
no celará su destino
de quien ahora no le cela?

JACOBO

Destino no habrá mayor
que adorarte, y en verdad
que he de hacer con vanidad
ostentación de tu amor.
Todos, al pasar corriendo,
y en derredor agolpados,
curiosos ó embelesados,
«cuán hermosa!» irán diciendo.
Envidia de las mujeres,
ídolo de los galanes,
tú causarás sus afanes
y amargarás sus placeres.
Acecharán despechadas
cuando de tu casa sales,
las plazas y los canales
dejándote avergonzadas.
Oh! Por Dios, que es gran placer
el orgullo en la hermosura!

MARIANA

Revélase á tal pintura
cuanto tengo de mujer;
porque... lo has adivinado,
sí, todas somos lo mismo;
orgullo, amor, egoísmo,
guarda el corazón cerrado.
Oh! Y frenéticas de amor,
hay momentos en que diéramos
cuanto amor hallar pudiéramos,
por un chal, por una flor.
Mas... *(Pensativa.)*

JACOBO

En qué piensas, mi vida,
que con secretos enojos
se agolpa el llanto á tus ojos?

MARIANA

Si esa pasión fué fingida;
si pasado un mes, un año,
fastidiado al fin de mí...
Dímelo, Jacobo, aquí;
me matará un desengaño.

JACOBO

Qué dices, Mariana?

MARIANA

Mira,
tal vez en este momento
en mil locuras consiento,
mas mi amor me las inspira.
Yo puedo, por no perderte,
mirando á tu vanidad,
mostrarme por la ciudad
satisfecha con quererte.
Aquí tus propios amigos,
más que su necio murmullo,
harto le pese á mi orgullo,
serán de tu amor testigos.
Si lo quieres, por tu dama,
por tu sierva pasaré;
todo, sí, lo arrostraré,
que nada pesa á quien ama.
Mas si tras tanta pasión,
tras tanto envilecimiento
traidor otro pensamiento
te asaltara el corazón;
si un día tal vez villano
como á esclava me despides,
entonces, oh! no te olvides
de que he tenido un hermano.

JACOBO

(Aparte.) Altiva es la muchachuela,
y juro á Dios que me place;
de viento castillos hace,
mas ardimiento revela.
(Alto.) Estás de sueños, Mariana,

y de quimeras hablando;
por qué siempre recelando
estar hoy para mañana?

MARIANA

Con ese temor no puedo,
Jacobo; celosa soy;
siempre tras tu sombra voy,
mas de perderla con miedo.
Mozo, audaz, enamorado,
hoy todo el amor lo vence,
mas temo que te avergüence,
rico y noble, lo pasado.

JACOBO

Avergonzarme, y de qué?
De adorarte, vida mía,
cuando altares te alzaría
para prendas de mi fe?

MARIANA

Mas deliramos, por Dios;
y mi hermano?

JACOBO

No dará
donde el escondite está,
si lo queremos los dos.

MARIANA

Él descubre cuanto pasa,
Jacobo, en toda Venecia.

JACOBO

En poco su vida aprecia
si acierta con esta casa.

MARIANA

Es valiente.

JACOBO

Y noble soy.

MARIANA

Es celoso.

JACOBO

Y soy amante.

MARIANA

Él te seguirá constante.

JACOBO

Yo tras él constante voy;
y aparta todo recelo,
que pues yo te guardo aquí,
no tendrán rastro de tí
ni las estrellas del cielo.

MARIANA

Mas fuera lance cruel
que, por guardarme demás
celándote de él, quizás
dieras más pronto con él.

ESCENA II

JACOBO *solo*

Me siento cada vez más hechizado,
más orgulloso cada vez me siento,
y cuanto más me arriesgo enamorado,
más crecen imposibles á mi intento.
Jorge, Maffei y Tiépolo decían:
«Nada conseguirás de esa altanera»;
y de un empeño tan tenaz reían,
y ha reído á su vez Venecia entera.
Oh! La verán de mi pasión vencida,
avergonzados la verán, lo juro...
Mas dónde? En esta cámara escondida,
en este negro calabozo oscuro.
Héme aquí vencedor á quien condenan
á esconder con vergüenza su victoria,
pues que opuestas razones hoy me ordenan
callar á un tiempo y pregonar mi gloria.
Pedro. *(Llamando.)*

ESCENA III

JACOBO *y* PEDRO

PEDRO

Señor.

JACOBO

Has oído?

PEDRO

Alguna cosa entendí,
y por cierto que no ví
galán más comprometido.

JACOBO

Me ama.

PEDRO

Con el alma toda.

JACOBO

Y en todo consentirá.

PEDRO

Eso el tiempo lo dirá,
y todo el mundo en la boda.

JACOBO

Qué estás de boda diciendo?

PEDRO

Cómo pues; no os casaréis?

JACOBO

No.

PEDRO

Pues vos os lo veréis,
que yo, por mí, no lo entiendo.

JACOBO

Basta de chanzas por hoy,
y un buen consejo me da.

PEDRO

Yo, señor, no alcanzo ya
otro alguno, por quien soy.

JACOBO

Eso respondes, por Dios?
Acaso, bribón, no fuiste
quien robarla propusiste?

PEDRO

Por qué lo aceptásteis vos?
Dijísteis que era tan bella,
que era tan irresistible,
que dábais por imposible
vivir un punto sin ella.
Dijísteis que por su amor
daríais el paraíso...
Y juzgué que era preciso
dárosla al cabo, señor.
No hallo de qué os irritéis,
porque os serví, causa alguna;
dijísteis, es mi fortuna...
En la mano la tenéis.

JACOBO

Eso... siempre se habla así...
Pero se entiende de modo...

PEDRO

Es que yo lo entiendo todo
como me lo hablan á mí.

JACOBO

Ponte, Pedro, en la razón,
y hablemos claros; testigos
quiero, á todos mis amigos,
hacer de mi posición.
Todos me dieron en ojos
con mi amante vanidad,
y ahora me importa, en verdad,
pasársela por los ojos.

PEDRO

Pues casaros no queréis,
por imposible lo tengo.

JACOBO

En lo difícil convengo.

PEDRO

Vale más que lo dejéis.

JACOBO

Dejarlo? Por vida mía,
que estás de sobra importuno;
pescador hubiera alguno
que á tal se resolvería?
Dejarlo cuando ya está
toda Venecia en acecho,
y si no dan con lo hecho

van á los alcances ya?
Me apedrearan en Rialto,
y á fe que lo mereciera,
que al menos confesar era
que vivo de aliento falto.

PEDRO

Si tan decidido estáis,
yo sé en ello lo mejor;
dad desde hoy á vuestro amor
cuanto escándalo podáis.

JACOBO

Eso propones?

PEDRO

Sois noble,
esperáis grandes riquezas,
y á empezar vuestras grandezas
tenéis un derecho doble.
Si fuérais un gondolero,
un soldado, ya se ve,
contra ello clamara á fe
el Dux y el Estado entero.
Pero en vos no será nada;
yo sé que os lo aplaudirán;
á lo más, lo más, dirán
que es una calaverada,
y tenéis tantas á cuenta
que poco importa una más.

JACOBO

No me ha importado jamás
por una ni por sesenta.
Mas fuera necia locura,
sin extrema precaución,
dar tamaña ostentación
á tan audaz aventura.
Pero aun con suerte leal
sería ese intento vano;
ese maldito de hermano,
no tiene en los sesos sal?

PEDRO

Con oro...

JACOBO

Será altanero,
y si en honra no ha nacido,
qué villano no ha creído
que fué siempre caballero?

PEDRO

Si vano el oro desprecia,
con acero se le paga.

JACOBO

Vil, te atreves...!

PEDRO

Oh! Si hay plaga
de acreedores en Venecia!
En no pudiendo cobrar,
el que primero se atreve,
ó el deudor mata al que debe,
ó el otro al que ha de pagar.

JACOBO

Y tal, villano, propones
á Jacobo Dagolino?

PEDRO

Cada cual va á su camino,
y hay quien le anda á tropezones.
Consejo me habéis pedido,
y os he dado mi consejo;
á voluntad os lo dejo,
y nada habemos perdido.
Quisísteis pronto llegar,
y por el atajo eché;
si torpe el camino erré,
aun se puede remediar.

JACOBO

Hacer de una muchachada
un lance tan criminal,
nunca, Pedro, pensé tal.

PEDRO

Perdonad...

JACOBO

Va perdonada.

PEDRO

Pero cosa tan mezquina

hallar un acreedor es,
que se encuentra á dos por tres
á vuelta de cada esquina.

JACOBO

Aun piensas, infame, en ello?

PEDRO

Luego, anda tanto matón,
tanto hidalgo valentón
que riñe por un cabello...
Y, en fin, no es, señor, mi intento
dudar un punto de vos,
mas aquí para los dos,
me da este asunto tormento.
Tengo un no sé qué...

JACOBO

Despacha,
tienes miedo?

PEDRO

Acaso, acaso...
Y me temo algún mal paso
al fin con esa muchacha.

JACOBO

Acaba, y no me atormentes:
qué temes, dí, qué recelas?

PEDRO

Todas esas muchachuelas
son tan ligeras de mientes,
que si á sospechar llegara
que es vuestro amor, amor puro,
sólo amor...

JACOBO

No estás seguro
tal vez de que lo arreglara?
Oh! No hay nada que temer;
presa en mis lazos cayó,
y el medio poseo yo
de guardar á una mujer.

PEDRO

No confiéis demasiado,
que tal vez la confianza
á muchos con la esperanza
en las manos ha dejado.
Sin darla que sospechar
no podéis, en mi opinión,
cerrarla puerta y balcón,
prohibiéndola mirar.
Y una seña á una ventana,
á media noche un gemido,
un guante, un papel caído,
pueden perderos mañana.

JACOBO

Si llegase á tal extremo,
mi espada no va conmigo?

PEDRO

Todo el cielo me es testigo
de que por vos nada temo.
Mas cosa que desatina
tener acreedores es,
y es fácil, á dos por tres,
hallar uno en cada esquina.
Y bueno es pensar en ello
cuando anda tanto matón,
tanto hidalgo valentón
que riñe por un cabello.

JACOBO

No vas del todo sin tino,
y algo pesan tus razones.

PEDRO

Sí, es mejor dar tropezones,
que no dar con el camino.
Porque si el maldito hermano
quisiera reñir con vos,
sé muy bien que entre los dos
lo arreglárais mano á mano.
Pero eso de consentir
en ponerse de vijía
toda una noche y un día
para no veros venir;
eso de andar destacado
buscando siempre un objeto
y no dar con un sujeto,
y volver desatinado
corriendo de ceca en meca,
para venir á parar

en que acaban de sacar
un cadáver del Giudecca...
Yo, señor, siento temello,
mas lo temo y me aniquilo...
(Tengo la vida en un hilo
mientras Bernardo ande en ello.)

JACOBO

Mas otro medio me ocurre;
una enfermedad, un viaje,
la variación de paraje,
la necesidad... Discurre.

PEDRO

Pues, señor, no doy con él;
mientras que viva el hermano,
cuanto se haga será en vano.

JACOBO

También es lance cruel!

PEDRO

No paséis por ello pena;
lo haremos entre los dos,
y yo arreglaré con Dios
nuestra cuenta, mala ó buena.
Yo buscaré á Juan Dandolo,
y por corta cantidad,
esta noche en la ciudad
hallará á Bernardo solo.
Juan sabe bien su papel;
beberán juntos quizás,
y unas palabras no más
tendrá en la calle con él.

JACOBO

Y yo he de pagar...

PEDRO

No, no;
vos me hacéis adivinar
dónde oro queréis dejar,
y de allí os lo quito yo.
Y con esto, de contado,
vos nada tenéis que hacer,
y yo habré de responder,
á más de haberos robado.

JACOBO

Imposible!

PEDRO

Pues mirad
que temo por vuestra vida;
al demonio está vendida;
tened de ella caridad.
Y á más, qué adelantaréis
con tenerla aquí encerrada,
cuando nadie creerá nada,
por mucho que lo contéis?

JACOBO

Pero al menos, si eso fuera,
por ejemplo, en desafío...

PEDRO

Si así es mejor, no porfío;
que sea de esa manera.
Mirad por ese balcón;
(Va á una ventana.)
véis en aquel esquinazo
un embozado que un brazo
posa en el guarda-cantón?

JACOBO

Le veo.

PEDRO

Le conocéis?

JACOBO

No por cierto.

PEDRO

Es Juan Dandolo;
parece puesto allí sólo
para que vos le llaméis.
Vuestra bolsa os he cogido;
(Coge de una mesa la bolsa.)
de un salto en la calle estoy;
llamo, pide, cuento, doy,
y negocio concluído. *(Váse de repente.)*

JACOBO

Tente, Pedro... Y vive Dios
que al cabo razón le sobra;
él se atribuye la obra,
él responda por los dos.

ESCENA IV

JACOBO *y* PEDRO *que vuelve*

PEDRO

Aquí le tenemos.

JACOBO

No verle me importa.

PEDRO

Pues bien, retiráos.

JACOBO

Con tiento, por Dios!

PEDRO

Será, lo prometo, conferencia corta.
Llevåos adentro la niña con vos;
cuidado que astuta la trampa sospeche.

JACOBO

De mí te confía.

PEDRO

Podéisla contar
un cuento bien largo, que el tiempo aprove-
Si no, dadla celos y hacedla rabiar. [che.

ESCENA V

PEDRO *y* BERNARDO *con máscara y distinto traje del que usó en el acto anterior.*

BERNARDO

En vela he pasado la noche y el día;
ay de ellos si, necios, la guardan aquí!

PEDRO

Entra.

BERNARDO

Qué me quieres?

PEDRO

De grande cuantía
á darte un encargo te llamo.

BERNARDO

Pues dí.

PEDRO

La máscara deja; sepamos quién eres.

BERNARDO

Si cumplo contigo, no importa quién soy.

PEDRO

Que arriesgue un secreto á tu máscara quie-
[res?

BERNARDO

Mi rostro es muy feo, mi nombre te doy.
Yo soy Juan Dandolo, mi cifra es aquesta;
más señas no tengo que aqueste puñal;
ve, pues, si te basta, y el oro me apresta;
si es grande el empeño, será el premio igual.

PEDRO

Empeño... no hay mucho; la muerte de un
se quiere en secreto. [hombre:

BERNARDO

Es noble?

PEDRO

Tal vez.

BERNARDO

Del pueblo?

PEDRO

Artesano.

BERNARDO

Veamos su nombre.

PEDRO

Veamos si aceptas.

BERNARDO

Me sobra altivez.
Si es pobre y plebeyo me niego del todo,

que indigno es por ello gran suma exigir,
y es mengua miserias ganar de ese modo.

PEDRO

Pecó.

BERNARDO

Que se enmiende; dejadle vivir.

PEDRO

Á un noble ha ofendido, que muera le cuadra.
Ve si has de matarle.

BERNARDO

Cobarde es á fe.

PEDRO

Cobarde?

BERNARDO

No sabes, á un perro que ladra,
con qué se castiga?

PEDRO

Con qué?

BERNARDO

Con el pie.

PEDRO

Es perro que muerde.

BERNARDO

Valiente?

PEDRO

Y de bríos.

BERNARDO

Pues ve si le nombras.

PEDRO

Si aceptas me dí.

BERNARDO

Ya estás importuno; los bravos son míos;
huelgo en que resistan.

PEDRO

Qué dices?

BERNARDO

Que sí.

PEDRO

Lo juras? Palabra me empeñas?

BERNARDO

La empeño.

PEDRO

Si dudas sabiendo...

BERNARDO

Jamás dudé yo.

PEDRO

Pues toma. *(Le alarga un bolsillo.)*

BERNARDO

Que excuso dirás á su dueño.

PEDRO

Son doblas, y en oro.

BERNARDO

Después, ahora no.

PEDRO

Bizarro eres.

BERNARDO

Ya lo ves.

PEDRO

En tal caso, está acabado
el negocio?

BERNARDO

De contado;
mas díme el hombre quién es.

PEDRO

Pues tu palabra te aprieta,
quitarás la luz del cielo

á Bernardo Carabello,
espadero en la Piazetta.

BERNARDO

(Aparte.) Aquí estaba, no mentí;
mis celos fueron leales;
mas no son tantos los males
cuando me tienen aquí.
Vive Dios...!

PEDRO

Dudando estás?

BERNARDO

No; pero en verdad que siento
que me cueste un juramento
un Carabello no más.

PEDRO

Luego le conoces bien?

BERNARDO

Como á mí mismo, y me pesa.

PEDRO

Pues ve que nos interesa
que presto muerte le den.

BERNARDO

Se la darán.

PEDRO

Por si acaso,
y pues que su nombre sabes,
calcula antes que le acabes
la dificultad del caso,
y aprecia tu intrepidez.

BERNARDO

Casi de balde lo hiciera,
que he pensado en que muriera
ese hombre más de una vez.

PEDRO

Cien doblones. *(Mostrando la bolsa.)*

BERNARDO

Hartos son,
y aun temo no merecellos.

PEDRO

Dónde?

BERNARDO

Aquí; vendré por ellos
cuando traiga la razón. *(Con intención.)*

PEDRO

Conque...

BERNARDO

Pronto morirá.

PEDRO

Cuándo?

BERNARDO

Antes de media hora,
que sé que en acecho ahora
á pocos pasos está.

PEDRO

Doble el premio será así,
y no temas ser muy cruel.

BERNARDO

Pronto doblarán por él...
(Como no doblen por tí.) *(Váse.)*

ESCENA VI

PEDRO *y luego* JACOBO

PEDRO

Estamos al cabo, la cosa está hecha;
podremos al menos seguros vivir.
Qué diablo! La cuenta será un poco estrecha,
que cuanto más tiempo, más hay que añadir.

JACOBO

Está concluído?

PEDRO

Sin duda; es asunto
que notas no admite ni en contra ni en pro.

JACOBO

Conque el pobre mozo...

PEDRO

Contadle difunto.

JACOBO

Por valiente pasa.

PEDRO

Decid que pasó.
Ya con Carabello su odio es antiguo,
y en pagar su muerte le hicimos merced;
en sitio le tiene seguro y contiguo.

JACOBO

Lidiarán acaso?

PEDRO

Lo harán de una vez.

JACOBO

Le diste las doblas?

PEDRO

Tomarlas no quiso,
y os pide disculpa.

JACOBO

De balde lo hará?
No quiero esa cuenta; pagarle es preciso;
su causa y la mía tal vez mezclará,
y yo, con un bravo que mata en la sombra,
no pienso hacer nunca mi causa común.

PEDRO

Es hombre de garbo; valiente se nombra.

JACOBO

Es vil asesino, cobarde...

PEDRO

Según.
Él tiene su fama, su pueblo y su gente,
y hay quien sus hazañas le canta también.

JACOBO

Jamás un infame podrá ser valiente,
y á mí me interesa que el oro le den.

PEDRO

Dijo que en cumpliendo por ello vendría.

JACOBO

Dáselo, y que nunca le vuelva á ver yo.

PEDRO

Si no por su infamia, de vos qué sería?

JACOBO

Yo hallara algún medio.

PEDRO

Pudiera que no.
En fin, como quiera, seguros estamos;
no estéis por tan poco cabizbajo así;
ya os dije denantes que si ambos pecamos,
yo llevo las cuentas por vos y por mí.

JACOBO

Bellaco...!

PEDRO

Y al cabo, señor, es lo cierto
que en ello ganamos á medias los dos;
yo, hablando de veras, en miedo del muerto,
y vos, por mis cuentas, el miedo de Dios.

JACOBO

Ya basta. Apostado le aguarda en la calle,
no vuelva, y Mariana le acierte á encontrar.

PEDRO

(Inclinándose con aire socarrón é hipócrita.)
Qué más á este siervo tenéis que mandalle?

JACOBO

(Con severidad.)
Que de él en tu vida me vuelvas á hablar.

———

ESCENA VII

JACOBO

Acaso el menguado, mejor merecía [rir...
por hombre á lo menos, como hombre mo-
Mas es cuento largo; la culpa no es mía;
bien muerto está el muerto, dejadle dormir.
Ya ahora no es tiempo de duda ó temores;
qué importan los medios si llevan al fin?
Desde hoy en el mundo no habrá más que flo-
ábreme, pues, mundo, tu libre jardín. [res;
Ven, crédula hermosa, que el mundo te espe-
la gloria te aguarda de un día quizás...! [ra;
Mas breve y liviana, por último es gloria,
y al menos un día dichosa serás.
Por ese momento de triunfo mundano
la vida vendiera y el alma también...
Mi casa es muy noble, mi padre ya anciano.
Gran cosa es mi nombre llevándole bien.
Que me abra Rialto sus arcas de hierro,
que sacie mi orgullo, mi ciega ambición,
y luego aunque doble la usura por yerro
y en prendas me pida mi propio blasón.

ESCENA VIII

JACOBO *y* MARIANA

MARIANA

Tan solo, Jacobo, aquí
y tan cabizbajo estás!
En qué pensabas?

JACOBO

En tí.

MARIANA

Si siempre hicieras así!

JACOBO

Y qué pudiera hacer más?
Esclavo de tu hermosura,
ni un punto del pensamiento
puedo borrar tu pintura;
no pienso un solo momento
más que en tu propia ventura.

MARIANA

Y en qué pensabas ahora
por mi ventura, mi amor?

JACOBO

En que está cerca la hora
de que puedas quien te adora
nombrar doquier sin rubor.

MARIANA

Oh! Loca me has de volver;
tú me engañas.

JACOBO

No en verdad.

MARIANA

Conque pronto?

JACOBO

Podrá ser.

MARIANA

Aun no lo acierto á creer;
no me engañes, por piedad.
Ve que te amo en tal manera,
que consentida ya de ello,
si me faltaras muriera,
que siento la vida entera
suspendida en un cabello.

JACOBO

Engañarte! No por cierto;
y á qué tan raro capricho?

MARIANA

Si estoy soñando no acierto;
el cielo, sí, me has abierto,
Jacobo, con lo que has dicho.
Repítemelo otra vez.

JACOBO

Y otras ciento si lo quieres;
vas á ser en tu altivez
de toda Venecia prez
y rabia de sus mujeres.
En lo noble y poderoso

pocos se igualan á mí;
á tí, ninguna en lo hermoso;
tú bella y yo generoso,
quién no ha de envidiarnos, dí?
Mi amor dirá á mi riqueza
«dadla plumas, dadla chales,
cuanto quepa en su grandeza»,
y por ver tanta belleza
se poblarán los canales.
Cuando en mi góndola real
grite á mis esclavos: «Sus,
y al agua!» habrá en el canal
quien te haga venia ducal
como á la esposa del Dux.

MARIANA

Calla, sin aliento estoy
de placer; calla, por Dios!

JACOBO

Y tanto á aprestarte voy,
que no ha de haber, por quien soy,
quien goce más que los dos.

MARIANA

Soy, Jacobo, tan feliz!
Tan...

JACOBO

Silencio; pasos siento,
y ve que el menor desliz
nuestra fortuna, infeliz
puede hacer en un momento.
(Va á la puerta.)
Una máscara! Sin duda...
Mariana, déjame solo.
De ese aposento te escuda,
y estáte allí sorda y muda.
(Si habrá cumplido Dandolo?)

MARIANA

Tardarás?

JACOBO

No; asuntos son
de casa en que estoy tratando.

MARIANA

No me olvides!

JACOBO

Esperando
me queda.

MARIANA

(Y desde el salón
puedo esperar escuchando.)

ESCENA IX

JACOBO *y* BERNARDO

JACOBO

Él es! *(Aparte.)*

BERNARDO

(Ayudadme, cielos,
á sujetar mi paciencia.)

JACOBO

(El cielo la dé prudencia
y no despierte sus celos.)

BERNARDO

Guárdeos Dios.

JACOBO

Qué me queréis?

BERNARDO

Vuestro encargo concluí.

JACOBO

Conmigo habláis?

BERNARDO

Con vos, sí.

JACOBO

Acaso me conocéis?

BERNARDO

Disimular es en vano;
no me habéis buscado vos?

JACOBO

Yo buscaros? No, por Dios!

BERNARDO

(Hiere y esconde la mano.)
Sabed, pues...

JACOBO

Más bajo hablad.

BERNARDO

(Aquí está.) Digo que soy...

JACOBO

Más bajo. (Temblando estoy.)

BERNARDO

Soy...

JACOBO

Bien, comprendo, tomad.
(Dándole la bolsa.)

BERNARDO

(Sin duda nos puede oir.)

JACOBO

Es negocio concluído.
(Despidiéndole.)

BERNARDO

(Pues á buscarla he venido,
sin ella no he de salir.)
(Alto.) Ya pueden desde este punto
darle...

JACOBO

Más bajo, por Dios.

BERNARDO

Le habéis muerto acaso vos,
ó teméis aun al difunto?

JACOBO

Idos.

BERNARDO

(Parece que aprieta.)
Me voy, y perded recelo,
que Bernardo Carabello
queda muerto en la Piazetta.

ESCENA X

DICHOS *y* MARIANA

MARIANA

Santo Dios, muerto mi hermano!

JACOBO

Sal pronto, impostor, de aquí.

MARIANA

(Con rabia.)
Quién mató á mi hermano, dí?

JACOBO

(Metiendo mano.)
Sal pronto, ó...

BERNARDO

Tente, villano.
(Quitándose la máscara.)

MARIANA

Ay de mí!

JACOBO

Qué es esto, cielo?

BERNARDO

No lo adivinas tú solo?
Es que viene Juan Dandolo
á vengar á Carabello.

JACOBO

Pues bien, quien quiera que seas,
uno ú otro, vivo ó muerto,
que digas, al fin, te advierto
de una vez lo que deseas.

BERNARDO

De una vez te lo diré;
quiero tu vida ó mi honor;
mira tú lo que es mejor,
que sin ambos no me iré.

JACOBO

Ve tú lo que bien te está,
y consulta tu ambición.

BERNARDO

Corazón por corazón,
y honor por honor me va.
Eso te doy á elegir,
y no hay mucho que dudar;
con ella te has de casar,
ó conmigo has de morir.

JACOBO

Y sabes...?

BERNARDO

Todo lo sé;
que como el Dux eres noble;
riqueza posees al doble;
no hay quien te compita á fe.
Mas sé, aunque es herencia corta,
que tengo honra y tengo hermana,
y pues la tengo villana,
tenerla honrada me importa.

JACOBO

Pues mira cómo ha de ser.

BERNARDO

Todo lo tengo pensado;
darásme un papel firmado
tomándola por mujer.

JACOBO

Y mi padre?

BERNARDO

Morirá,
que está viejo.

JACOBO

Mas primero...

BERNARDO

Pues no tiene otro heredero,
después de muerto será.

JACOBO

(No puedo con mi altivez,
por Dios, en trance tan duro!)

BERNARDO

Ve que mi paciencia apuro.

JACOBO

Acabemos de una vez.
No me he de casar con ella
sólo por ser condición.

BERNARDO

Pues venga tu corazón.

MARIANA

Hermano!

BERNARDO

Los labios sella.

JACOBO

Ven, pues, á beber la hiel
que guarda con tu sentencia.

BERNARDO

Es vana tu resistencia,
que vienen muchos por él.
Á una voz, por la ventana,
suben cuatro como yo.

JACOBO

Villano!

BERNARDO

Villano ó no,
tu corazón ó mi hermana.

JACOBO

Bien está; dáme el papel,
y dicta su contenido.
(En la trampa me ha cogido;
mas si yo le cojo, ay de él!)

BERNARDO

(Dictando.)
«Seis meses después de muerto
tu padre, será la boda.»

JACOBO

Gran pena!

BERNARDO

No es ésa toda.
La condición falta.

JACOBO

Es cierto.

BERNARDO

Y si esa tregua vencida
no has salido de tu empeño,
escribe que me haces dueño
de tu honor y de tu vida.

JACOBO

(Y hasta entonces, mentecato,
quién te ha dicho que tu hermana
no habrá muerto, y será vana
la condición y el contrato?
Oh! Me he de burlar de tí!)

BERNARDO

Firma y cierra ese papel.
Yo me quedaré con él.

JACOBO

(Con ironía.)
Está bien?

BERNARDO

Bien está así.

JACOBO

Y ahora en más seguridad,
pues que al fin me casaré,
casa y nombre la pondré
con decoro en la ciudad.

BERNARDO

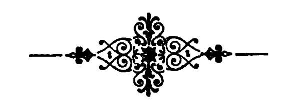
No lo pienses.

JACOBO

Cómo no?

BERNARDO

Guarda tu nombre y tu oro,
que desde hoy con más decoro
sabré guardártela yo.





ACTO TERCERO

Fin de una cena en el palacio Dagolino.—Algunos de los convidados en trajes de máscara, como venidos desde el baile á la mesa.—En el fondo, á lo lejos, el salón del baile.—Música y tumulto

ESCENA PRIMERA

DON RAMIRO, JACOBO, MAFFEI *y* PEDRO, *en pie, y seis convidados;* ANINA, ROSA *é* INÉS, *y otras dos damas.*

JACOBO

Ja, ja! Don Ramiro, ya os ata la lengua
mi lácryma?

MAFFEI

Bravo!

UNO

Las copas tomad.
Dejemos á España, que á fiestas es mengua
llamarla al tumulto de nuestra ciudad.

OTRO

Dejemos á España; no vale su gente
más que para sangre verter en la lid.

OTRO

Decid, don Ramiro, y el noble valiente,
después de un combate no brinda en Madrid?

OTRO

Qué vale que tengan Jerez en España?

OTRO

Mejor estuvieran sus viñas aquí.

MAFFEI

No se hacen botellas?

RAMIRO

Y aquesto os extraña?
Se templan espadas y lanzas allí.

UNO

[rras,
Lo dicho; no hablando de sangre y de gue-
no hay más en las fiestas de España que ha-
[blar.

RAMIRO

Con sangre regamos allá nuestras tierras,
y así hasta el labriego se apresta á lidiar.

ROSA

Mas hay, según dicen, jardines floridos.

INÉS

Y sotos pomposos.

ANINA

Y dicen también
que al son voluptuoso de blandos sonidos
alegres comparsas de danzas se ven.

RAMIRO

Hourís no se encuentran acaso tan bellas,
cual éstas que agora cercándome están;
mas yo os aseguro, señoras, que entre ellas

las hay que os causaran un punto de afán.
No hay blondos cabellos, teces de azucenas
con ojos que roban al cielo su azul,
mas hay serafines con teces morenas,
por quien bota buques al agua Stambul.
Brindemos á España, país de placeres,
do ponen los moros su gloria y su edén.

JACOBO

Brindemos, mas luego por nuestras mujeres
es fuerza que España nos brinde también.

RAMIRO

Sin duda, no quita el cortés al valiente,
y es noble Venecia, pomposa ciudad.

JACOBO

Á España, señores, á su ínclita gente.
(Brindan.)

RAMIRO

Lácryma y Venecia, que dan libertad.

UNO *(Á Inés.)*

Inés, no brindásteis?

OTRO

Acaso te dieron
enojos las bellas del suelo español?
No temas, hermosa, yo sé que no vieron,
cual la de tus ojos, la luz de su sol.

JACOBO

Pedro, de qué cuba sacaste ese vino
que no bebe el conde?

PEDRO

De la honda, señor.

JACOBO

Pues rompe su copa, y en vaso argentino
escánciale Chipre, que lo halla mejor.

UNO *(Á Rosa.)*

En qué piensas, Rosa?

ROSA

En tí.

EL MISMO

Por mi vida,
que poco en tu mente posar me creí;
y á quién debo, díme, tan dulce guarida?

ROSA

Tu voz, en quién deja pensar sino en tí?

EL MISMO

Y quién de una copa, tomando su tono,
á oídos pequeños arregla la voz?
Apróntame Chipre, verás cómo entono
y hago gorgoritos como un ruiseñor.

JACOBO

Anina, levanta la copa.

ANINA

Brindemos.

JACOBO

Al viento más suave que sopla en el mar.

ANINA

El brindis extraño.

JACOBO

Pues qué no sabemos
que Giácomo vuelve?

UNO

Pues es un azar.
Y el joven Guarini?

OTRO

Son ambos valientes.

OTRO

El uno á lo menos.

JACOBO

Y el otro.

ANINA

Mas yo...

EL PRIMERO

Guarini es bizarro.

OTRO

Son algo parientes.

OTRO

Sí; por una deuda que el padre dejó.

UNO

Brindemos primero.

OTRO

Brindemos.

TODOS

Brindemos.

JACOBO

La historia vendrá de la deuda después.

UNO

Al viento más manso.

OTRO

Los vasos crucemos.

ANINA

Mas ved, caballeros...

JACOBO *(A Inés.)*

Las copas, Inés.

(Brindis.)

UNO

Ahora, la historia.

ANINA

Mirad bien, señores...

OTRO

Anina, en nosotros secreto estará.

TODOS

La historia.

UNO

No hay cosa como unos amores,
tras de quien el diablo por último da.
Mas, ved...

EL QUE HA DE CONTAR

Dos palabras.

TODOS

La historia... la historia.

UNO

Anina, si al cabo se habrá de saber.

JACOBO

Cuanto antes se sepa, más pronto memoria
no quedará de ello.

OTRO

Por fin ha de ser.

UNO

Bogaba en el Lido ligera una tarde
la góndola Diana de Giácomo; en pos,
haciendo en seguirla quimérico alarde,
la iban á lo lejos la pista otras dos.
Giácomo volaba por esos canales,
cada vez bogaba su góndola más.
No tuvo Regatta dos remos iguales,
que siempre las otras llevaba detrás.
Ya casi tocaba la arena olvidada
del puente que presta al palacio ducal
camino á la cárcel... Paróse, cruzada,
la Diana en el medio del largo canal.
Ya sólo alumbraba crepúsculo vago,
y sólo confuso se oía el rumor
del ancho canal que desagua en el lago,
y al lejos del puerto discorde el clamor.
Los góndolas iban cercando á la Diana,
cuando ésta tocando la orilla, posó
en tierra una dama que, huyendo liviana,
á un hombre en la playa por guarda dejó.
Y en vano tras ella á par se lanzaron
dos nobles que guardan las góndolas dos;
la espada en la orilla de Giácomo hallaron,
y en la misma noche cenaron con Dios.

TODOS

Giácomo!

UNO

Y la dama?

EL QUE CUENTA

Silencio; la historia
á tanto no llega.

OTRO

Anina, qué tal?

JACOBO

Señores, ya basta; brindad en memoria
de ese que, valiente, venció en el canal.

UNO

Á Giácomo brindo!

OTRO

Dios quiera que el viento
le traiga cuanto antes, con oro y con bien.

JACOBO

Escáncianos, Pedro, licor de Sorrento,
que ofusque á Ramiro de España el edén.
(Brindan; don Ramiro y otros convidados se levantan.)
Os váis, caballeros?

DON RAMIRO

Y el baile no espera?

JACOBO

Lo había olvidado.

OTRO *(de los que se van.)*

Y vos no venís?

JACOBO

Desaire á este lácryma hacer no quisiera.

VARIOS

Justo!

DON RAMIRO

Confesáos con él.

JACOBO

Bien decís.
(Vánse todos, menos Jacobo y Maffei.)

ESCENA II

MAFFEI *y* JACOBO

JACOBO

Ahí te quedas?

MAFFEI

Ya lo ves.

JACOBO

No bailas?

MAFFEI

Cosa es por hoy
imposible, porque estoy
no muy seguro en mis pies.

JACOBO

No te sirve eso de excusa,
que no hay uno, vive el cielo!
que no tropiece en un pelo. *(Se sienta.)*

MAFFEI

(Bebe.) Es fuego este Siracusa!
Qué, no te vas?

JACOBO

No, pardiez!
Luego iremos al salón.

MAFFEI

Así me harás la razón. *(Bebe.)*
Plomo hirviendo es tu Jerez,
que convierte la alegría
en báquico frenesí.
Lácryma, esclavo! *(Bebe.)* Esto sí;
esto es néctar y ambrosía.

JACOBO

Alegre estás.

MAFFEI

Por qué no?
Y tú desalmado y triste...
Sin duda que no bebiste.

JACOBO

Te equivocas... Triste yo?

MAFFEI

Mal hicieras... Oh! El gozar,
esta es la vida, y reir
olvidados del morir,
y olvidados de pensar!
Y aunque mueran en su abril
mis ilusiones livianas,
y jamás cubran las canas
esta frente juvenil.
Sí; porque quiero llevar
al fondo del ataúd
mi risueña juventud,
sin padecer ni temblar.
Llegue en buen hora mi fin,
mas sucumba como fuerte,
y que me encuentre la muerte
á las puertas del festín.

JACOBO

Tienes razón; yo comprendo
así la felicidad.

MAFFEI

De amores es nuestra edad,
y el amor crece bebiendo.
Brindemos.

JACOBO

Como te cuadre...
Vino.

MAFFEI

Á mí...

JACOBO

Pues vaya.

MAFFEI

Vaya...!
Á que tanta gloria haya
cual tuvo deudas tu padre.

JACOBO

Respeta al que ya murió.

MAFFEI

Y qué dice tanto hebreo
que con ardiente deseo
su fin tal vez esperó?

JACOBO

Mi fin esperando están.

MAFFEI

No pagas deudas?

JACOBO

No pago.

MAFFEI

Da esperanzas.

JACOBO

Eso hago.

MAFFEI

No hay oro?

JACOBO

Si ellos lo dan.

MAFFEI

Y apuran mucho?

JACOBO

Sí, á fe,
y aunque mi nombre me escuda...

MAFFEI

Quieres pagarlos?

JACOBO

Sin duda.

MAFFEI

Y qué te falta?

JACOBO

Con qué.

MAFFEI

Yo sé un medio.

JACOBO

Un medio? Cuál?

MAFFEI

Yo también á veces debo...

JACOBO

Adelante... Eso no es nuevo,
mas la paga...

MAFFEI

Esa es fatal.
Supón que el hebreo apura...
Le pides luego el contrato
en que firmaste insensato
con el préstamo la usura.
De la intención peregrina
nada sospecha el hebreo;
vuela en alas del deseo,
y al dar la vuelta á una esquina...

JACOBO

Calla.

MAFFEI

Y así halló su fin,
por ser mi acreedor tan sólo,
á manos de Juan Dándolo,
el buen Isaac Benjamín.

JACOBO

Tú fuiste?

MAFFEI

Qué?

JACOBO

Sabes, dí,
todo el mal que así me has hecho?
El golpe que hirió su pecho
también me ha alcanzado á mí.

MAFFEI

De veras?... Lance gentil!

JACOBO

Dandolo tiene una hermana.

MAFFEI

Hermosa?

JACOBO

No es tan lozana
la flor del pintado abril.

MAFFEI

Está demás la poesía
y prefiero el canto llano.

JACOBO

Por largo tiempo el hermano
ignoró la pasión mía.
Una noche bien fatal,
por tu invención peregrina,
halló Isaac en una esquina
de Juan Dandolo el puñal.
Una prenda de mi amor,
cuando le hirió el hierro impío,
llevaba el triste judío...
Vieras allí su furor.
Buscóme, en fin, con deseo
de matarme...

MAFFEI

El lance es triste;
mas tú no lo consentiste,
á juzgar por lo que veo.

JACOBO

Robéle la hermana.

MAFFEI

Bravo!
Esas son cuentas más claras..
Siempre pensé te portaras
como quien eres, al cabo.

JACOBO

Pero él, que doquier me espía,
cuando más estoy tranquilo,
pronto descubre el asilo
donde oculta la tenía.

MAFFEI

Y en fin?

JACOBO

Hízome jurar
que, muerto que el viejo fuera,
su deshonra redimiera
con mi mano en el altar.

MAFFEI

Pero Dandolo murió,
y aunque viviera, no creo
que en tan ciego devaneo
cayeras.

JACOBO

Nunca, eso no.

MAFFEI

La danza empieza otra vez...
Y de esa promesa insana
aún no ha venido su hermana
á reclamar?

JACOBO

No, pardiez.

MAFFEI

Piensas que vendrá?

JACOBO

Lo espero.

MAFFEI

Y qué harás?

JACOBO

Aun no lo sé.
Diréla que ya olvidé
hasta si he jurado.

MAFFEI

Pero...

(Vánse hablando; el teatro queda solo un instante.)

ESCENA III

MARIANA *en traje de máscara*

No está... Cuidadosa
la sala crucé,
buscándole en vano
cien veces y cien.
Estoy fatigada...
Aquí esperaré,
que apenas ya pueden
tenerme mis pies.
(Se deja caer en una silla.)
La noche está oscura:
horror, lobreguez
del cielo encapotan
el ancho dosel.
Silencio de muerte
se nota doquier,
canales y plazas
durmiendo á la vez;
la brisa no sopla,
que duerme también...
La noche es de cierto
terrible y cruel.
Si en vano este tiempo
llorando aguardé
con ciega esperanza
de loca altivez!
Si tantos delirios
y tanto amor fiel
habrán de hallar sólo
desprecio y desdén!
Entonces, amores,
piedad de mujer,
yo dentro del pecho
guardaros sabré.
Amor, si á mis plantas
rendir no le ves,
la miel de tus flores
conviértase en hiel.
Ay, que si insensatos
burlaron mi fe,
de cierto la noche
terrible ha de ser! *(Pausa.)*
Oh, breves instantes
de plácido bien,

que fuísteis un tiempo
mi vida y mi ser!
Amantes delirios,
tornad otra vez,
y al alma agitada
su dicha volved.
Mas, ay! que la noche
es horrible... Aquel
fué un tiempo de gloria
que no ha de volver.
Me abraso... Cuál late
violenta mi sien...!
Mas, cielos! Me engaño?
Jacobo... Sí, es él.

ESCENA IV

MARIANA y JACOBO

JACOBO

Oh, talle celestial!

MARIANA

(Me ha visto.)

JACOBO

Qué haces
aquí tan sola en apartada estancia?
Cánsate el son de báquicos clamores,
ó acaso esperas misteriosa cita
del mortal que rebosa en tus amores?

MARIANA

Lo has acertado... es eso.

JACOBO

Sí? Perdona...
Cedo el puesto al galán.

MARIANA

No... te esperaba.

JACOBO

Conócesme?

MARIANA

De cierto.

JACOBO

Soy yo acaso
ese mortal feliz?

MARIANA

Quién sabe!

JACOBO

Acaba.

MARIANA

Tú eres Jacobo!

JACOBO

Entonces, por qué ocultas
tras ese rostro inmóvil tus facciones?
(Quiere quitarla la máscara.)

MARIANA

Qué hacéis, conde? Soltad.

JACOBO

Si eres hermosa,
cual lo presumo de tus ojos bellos,
de esa garganta tersa que engalanan
en lúbricas madejas tus cabellos,
por qué ocultas el rostro, mi señora...?

MARIANA

Hermosa me creyeron algún día,
luz me llamaron de brillante aurora...
Yo no sé si lo fuí... mas lo creía.

JACOBO

Y no sabré quién eres?

MARIANA

Sí por cierto;
mas temo...

JACOBO

Qué?

MARIANA

Que acaso has de enojarte,
si ya en tu corazón dulces recuerdos
de un desdichado amor no tienen parte.

JACOBO

Recuerdos de un amor?

MARIANA

Ya no te agrada!
Ya la inquietud á tu semblante asoma,
y es menos halagüeña tu mirada.
Es posible que aún no me conoces?

JACOBO

No por cierto.

MARIANA

Oh! Que sí, que ya en el rostro
te está el despecho desmintiendo á voces.

JACOBO

Mariana!

MARIANA

Al fin recuerdas...

JACOBO

Cómo quieres
que olvidara un instante tus memorias,
que las memorias son de mis placeres?

MARIANA

Ah, me amas todavía!

JACOBO

Eso no he dicho,
ni eso quise decir... En su corriente
los días á las cosas arrastraron,
borrando así del alma indiferente
la ilusión de los tiempos que pasaron.
Este mundo, Mariana, es otro mundo;
el hombre que ahora ves es ya otro hombre,
que salvar debe de contacto inmundo
el esplendor de su orgulloso nombre.

MARIANA

Qué dices?

JACOBO

La verdad; lo que tú misma
debiste conocer en otros días;
esa ciega pasión, alimentada
de una esperanza inútil, es ya fuerza
que sucumba al destino subyugada,
y que al poder de la razón se tuerza.

MARIANA

Piénsalo bien, Jacobo; no es ya tiempo
de volvernos atrás, ni yo he venido
de una esperanza inútil halagada.

JACOBO

Habla.

MARIANA

Olvidaste ya que un juramento
para siempre nos liga?

JACOBO

No, Mariana;
ni tú, sin duda, olvidarás tampoco
que con violencia entonces me obligaron
á que tuviera mi nobleza en poco.
Cierto es que perjuré; que esa promesa
que tu impudencia á recordar se atreve,
más que por mi conciencia, fué dictada
de un asesino por el hierro aleve.
Suyo el perjurio fué, suyo es el dolo...
Demándale ese infame juramento
al cobarde puñal de Juan Dandolo.

MARIANA

Acabemos, Jacobo; tú no sabes
que, si á tus plantas mi soberbia humillo,
es por piedad á tí?

JACOBO

Piedad, señora?

MARIANA

Me debes tanto amor!

JACOBO

Eso sí creo;
de placer y de amor habla en buen hora.
Olvida lo demás; el león regio
al carnívoro tigre no se enlaza,
ni es posible enlazar en torpe nudo
tu raza innoble con mi noble raza.

MARIANA

Ten compasión de tí... Por vez postrera
responde: has olvidado que ofreciste,
muerto tu padre, recibir mi mano?

JACOBO

Que lo ofrecí á Dandolo, ya lo viste.

MARIANA

Tu padre ya murió.

JACOBO

También tu hermano.

MARIANA

Si no fuese verdad...

JACOBO

Lo sé de cierto;
en Florencia, por mano del verdugo,
en pago de sus crímenes ha muerto.

MARIANA

Oh! Pero aun vive su infeliz hermana;
piénsalo bien, y que vengarse puede,
y que si soy mujer, soy veneciana.
Ay si olvidando amores y promesas,
descuidado y tranquilo te adormeces...
mísero tú, que de león blasonas,
si del tigre la cólera embraveces!

JACOBO

Ya estáis, señora, por demás cansada;
recordando esos locos devaneos,
tenéis en mucho lo que tengo en nada.

MARIANA

Me insultáis, noble conde! porque débil
y humillada me véis; vil y cobarde,
burláis mi pena y despreciáis mi ruego,
de tan negra maldad haciendo alarde.
Mi engañada pasión tenéis en nada?
No teméis que del suelo se levante
la dignidad de la mujer hollada?

JACOBO

Basta ya, que es inútil la amenaza
y es inútil el ruego, ya os lo dije.
Nada puede Jacobo Dagolino,
el noble conde de opulenta cuna,
á la hermana deber de un asesino.

MARIANA

Sí, el honor.

JACOBO

No hay honor entre los tuyos,
ni cabe mancha donde no hay pureza.

MARIANA

Tienes razón, Jacobo; ni tampoco
cabe piedad do la venganza empieza.
(Abre la puerta y aparece en ella Bernardo con máscara.)

ESCENA V

JACOBO, MARIANA *y* BERNARDO

BERNARDO

Guárdeos Dios.

JACOBO

Muy bien venido.

BERNARDO

Conocéisme?

JACOBO

Un antifaz
usáis por rostro?

BERNARDO

Es disfraz
que para entrar me ha servido.

JACOBO

No es difícil de acertar,
baile de máscaras doy.

BERNARDO

Por eso con ella estoy.

JACOBO

Idos, os ruego, á bailar.

BERNARDO

No vine á bailar aquí.

JACOBO

Venís á hacer oración?
No es, creo, iglesia el salón.

BERNARDO

Es capilla para mí.

JACOBO

Pesado estáis por demás;
vengáis por lo que viniéreis,
decidme lo que quisiéreis.
Os deben algo?

BERNARDO

Quizás.

JACOBO

De quién reclamáis?

BERNARDO

De vos.

JACOBO

Es acaso alguna venta
no cobrada?

BERNARDO

Es una cuenta
incompleta entre los dos.

JACOBO

Hablad con mi mayordomo.

BERNARDO

Sólo con vos ha de ser.

JACOBO

Mañana podéis volver.

BERNARDO

Mañana? Es muy tarde.

JACOBO

Cómo?
Así osáis en mi palacio
levantaros hasta mí?
Salid al punto de aquí,
ó vive Dios!...

BERNARDO

Más á espacio.
Una deuda habéis conmigo,
y es fuerza que la paguéis.

JACOBO

Mañana la cobraréis.

BERNARDO

Al punto ha de ser, os digo.

JACOBO

Pues bien, á cuenta tomad,
(Alarga una bolsa.)
y volveréis por el resto.

BERNARDO

No, señor conde, no es esto;
esos papeles mirad. *(Muéstralos.)*

JACOBO

Eso es ya distinto asunto:
mas... mal negocio tenéis;
más os valdrá que dejéis
en su descanso al difunto.

BERNARDO

Harto esa mujer os dijo:
mirad lo que contestáis,
y ruégoos que no seáis
en la respuesta prolijo.

JACOBO

Hola! Señor valentón,
acreedor por poderes,
y abogando por mujeres
venís? Dáisme compasión!

BERNARDO

Mejor, conde, os estará
la compasión de los dos,
porque os juro que de vos
también compasión me da.

JACOBO

Mal forjáis tan torpe dolo:
si yo ese papel firmé,
con quien en él me obligué
no es más que con Juan Dandolo.

BERNARDO

Sólo quien reclama es él,
y pues deber confesáis,
ved la respuesta que dáis,
que os pregunta ese papel.

JACOBO

Vuestra impostura es bien vana;
en un cadalso espiró
Dandolo, y ya no soy yo
quien se casa con su hermana.

BERNARDO

Es decir, que si viviera,
lo hiciérais tal vez de miedo.

JACOBO

(Conmigo mismo no puedo.)

BERNARDO

Nunca tan vil os creyera!

JACOBO

Sabéis á quién habláis?

BERNARDO

Sí.

JACOBO

Pues tenéos, vive Dios!

BERNARDO

Tenéos, mal conde, vos,
que os véis delante de mí.

JACOBO

Yo á vos? Necio! Os olvidáis
que á una voz, á una señal,
puedo echaros un dogal
al cuello?

BERNARDO

Mucho fiáis!

JACOBO

Si aun fuérais Dandolo mismo,
no véis que por esa puerta
tenéis á mi voz abierta
la eternidad y el abismo?
(Mariana cierra á estas palabras la puerta del fondo.)

MARIANA

Corto, cerrándola yo,
el paso á la eternidad!

JACOBO

Traidores!

BERNARDO

(Descúbrese.) Conde, mirad.

JACOBO

Cielos!

BERNARDO

Os casáis, ó no?

JACOBO

Oh! No alcanzo á comprender
si estoy, santo Dios, despierto!
Pues Juan Dandolo no ha muerto?

BERNARDO

Vedlo vos.

JACOBO

No puede ser.

BERNARDO

No me esperabas aquí?
Creíste, en tu orgullo loco,
que me importaba tan poco
mi honra y mi vergüenza á mí?
Porque tal vez no se oía
su formidable rugido,
creíste al león dormido,
mas el león no dormía.

Tendido en la sombra espesa,
puso á su cólera barras,
mas al aguzar las garras,
no perdió nunca la presa.
Porque un impostor villano
mi nombre acaso tomó,
fuera, el necio! se creyó
del alcance de mi mano.
De tí mal pagado á fe,
nuevas de mi muerte dí;
de la tumba no salí,
porque en ella nunca entré.
Te engañaste, vive el cielo!
creyendo tan torpe dolo,
porque si era Juan Dandolo,
soy Bernardo Carabello.
Ve, pues, lo que has de elegir,
y lo que has de contestar;
mañana te has de casar,
ó esta noche has de morir.

JACOBO

Mal esa audacia te está,
cuando en mi poder te tengo.

BERNARDO

Por una respuesta vengo;
ve, pues, quién me la dará.

JACOBO

Respuesta, sí, te daré,
y escúchame cómo empieza;
esta noche tu cabeza
al verdugo entregaré.
Hola!
(Va hacia una puerta excusada; Bernardo se le interpone.)

BERNARDO

Tente, mentecato;
no ves que tu voz sofoca
el son del baile que toca
en el salón inmediato?
Por la vez postrera, conde,
que una respuesta me des.

JACOBO

Sal, ó mueres á mis pies.

BERNARDO

Te casas ó no, responde.

JACOBO

No.

BERNARDO

Pues como noble lucha,
ó como traidor te mato.
(Riñen.—Golpes dentro.)

JACOBO

Allí tu sentencia escucha.

BERNARDO

Con mi justicia me bato,
y es mi confianza mucha.

JACOBO

La puerta derribarán.

BERNARDO

Será tarde.

JACOBO

Muy temprano
para tí.
(Mariana, que ha permanecido inmoble durante esta escena, como resuelta de una vez á dejar su lugar á su vengador, viendo que su hermano lleva la peor parte, exclama:)

MARIANA

Piensa, oh hermano,
en mis seis meses de afán!

JACOBO

Más ira tienes que brío:
pierdes tierra.

BERNARDO

No lo sé.

JACOBO

De un balcón te colgaré,
si queda el campo por mío.

MARIANA

Dios te dé, hermano, valor!

JACOBO

Es inútil esperanza.

MARIANA

(Con despecho.)
Y quedarnos si venganza,
es quedarnos sin honor.

(Á estas palabras Bernardo, recobrando lo perdido, desarma y hiere en una mano á Jacobo.)

BERNARDO

No le perderás, á fe.

MARIANA

Santo Dios! Gracias te doy!

JACOBO

Fuera de combate, estoy;
más quieres?

BERNARDO

Sí.

JACOBO

Pues dí qué.

BERNARDO

Que mueras me importa sólo.

JACOBO

Indefenso, vive el cielo!

BERNARDO

Es que siendo Carabello,
soy á un tiempo Juan Dandolo.
Como Bernardo cumplí,
lidiando hasta desarmarte;
falta á Dandolo su parte,
que hay dos personas en mí.

JACOBO

(Todo el infierno en el pecho
me revienta y me le abrasa.
Tener en mi propia casa
sobre mí mismo derecho!)
Ven; díme, infernal mujer,
no basta que un Dagolino,
dando á tu suerte camino...

MARIANA

Jacobo, no puede ser.
Has ahogado mi esperanza,
me has hollado en mi dolor
y... ahora no vale tu amor
lo que vale mi venganza.

JACOBO

Pues bien, no es tan tarde aún;
cuanto me pedís concedo.
Ah! Un día... Y aun hacer puedo
nuestra fortuna común.

MARIANA

No; te amé como á mi Dios,
vine á postrarme ante tí,
tú me escupistes así,
y no hay medio entre los dos.

JACOBO

Mas luego...

BERNARDO

Es vano decir.

JACOBO

Cuerpo á cuerpo...

BERNARDO

Es delirar.

JACOBO

Con oro...

BERNARDO

Arrójalo al mar.

JACOBO

Te salvara...

BERNARDO

Has de morir.

JACOBO

Mañana...

BERNARDO

Quimera vana!
Nada hay aquí que te asombre;
hoy pronunciarás mi nombre
y á mí me ahorcarán mañana.
Muere. *(Váse á él.)*

MARIANA

No puedo ya más;
de tanta crueldad me espanto.

JACOBO

Traidores!

MARIANA

Le amaba tanto!
Bernardo, Bernardo!

BERNARDO

Atrás!
Tu honor á volverte voy,
y aun vacilas?

MARIANA

Tiemblo, á fe.
(En el punto en que Bernardo, vuelto á su hermana, la dirige la anterior reconvención, Jacobo, abriendo la puertecilla falsa, entra en un gabinete contiguo. Bernardo, clavando el contrato en el puñal, le sigue diciendo:)

BERNARDO

Aqueste el contrato fué
y le cumplo.

JACOBO

(Dentro.) Muerto soy!

ESCENA ÚLTIMA

(Ábrense por fin las puertas del fondo, y entran todos los que se suponen en el salón del baile, los que no hallando en la escena más que á Mariana, dicen asombrados:)

TODOS

Cielos, y Jacobo?

BERNARDO

(Saliendo del gabinete.) Aquí;
una palabra empeñó;
si él, perjuro, no cumplió,
yo por mi parte cumplí.
(Algunos se dirigen al gabinete. Otros se quedan en la escena.)

PEDRO

Qué veo!

MAFFEI

Á vengarse sólo
salió de la tumba helada!

BERNARDO *(Á Mariana.)*

Conmigo ven, desdichada.

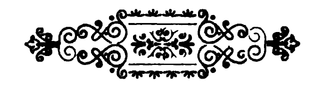
MUCHOS

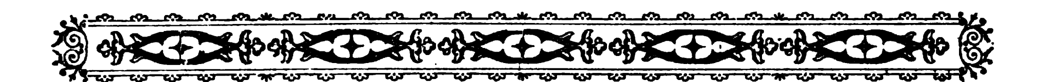
Tente!

BERNARDO

Paso á Juan Dandolo.

NOTA.—Fué ejecutado este drama en el teatro del Príncipe, por las Sras. Lamadrid (Doña Teodora), Sierra, Parra y López, y los Sres. Lombía, Alverá, Campos, Silvostri, Lumbreras, París, Ramírez, Cobos y Reyes.





Príncipe y Rey

Romance histórico

Está la noche serena;
la luna, sin pardas nubes
que la empañen, limpia y clara
en el firmamento luce.
En derredor las estrellas,
con multiplicadas lumbres,
tachonan del aire vano
los pabellones azules.
Eresma, por entre peñas,
su escaso raudal conduce
á las plantas de un alcázar
que en sus arenas las hunde;
y ya en montones de espuma
revoltoso se derrumbe,
ya con transparentes ondas
manso y humilde murmure,
nunca es más que un corto espejo
que adula la excelsa cumbre,
porque permite al palacio
que en su cristal se dibuje.
Está la noche serena,
y á pasos rápidos huye
sobre la choza pajiza
á la espléndida techumbre.
Calla el viento; el aura apenas
suelta ráfaga que ondule;
Eresma hace que sus ondas
no desvelen, sino arrullen;
y si algún pájaro errante
hay que el silencio interrumpe,
avergonzado se duerme
por no tener quien le escuche.
Mas no es tan hondo el silencio,
que el aura á veces no crucen
los incompletos compases
que danza vecina arguyen.
Oyese el rumor lejano
de contenta muchedumbre,
que entre cánticos y brindis
el sueño tenaz sacude.
La danza es en el alcázar,
que el príncipe Enrique cumple
hoy años, y á malgastarlos
junta los más que le ayuden.
La copa de los placeres
para que ansiosos apuren,
cuantas damas y galanes
hay en Castilla reúne.
La vida es corta; los días
se menguan y disminuyen;
la molicie es cortesana,
y los placeres son dulces.
Qué importa que el rey don Juan
contra los rebeldes luche?
El príncipe vive y goza,
que como á quien es le cumple.
Fiestas y danzas! Los reyes
no son hidalgos comunes
en cuya frente se ostentan
el valor y las virtudes.
Una frente coronada
radia sólo tantas luces,
que los ojos atrevidos
á sus destellos sucumben.

Por eso suenan alegres
chirimías y laúdes,
haciendo que sus compases
de sala en sala retumben;
por eso amoroso abrazo,
despertador de inquietudes,
los talles de las hermosas
al ceñidor sustituyen.
Por eso el cendal flotante
gira en círculo voluble,
revelando lo escondido
tras lo que traidor descubre.
Oh! Hermosas son las hermosas
cuando, aspirando perfumes,
más ocultos sus hechizos
entre transparentes tules,
sueltos los cabellos de ébano
en espirales y en bucles,
de amar y gozar sedientas
á los salones acuden.
Aquel aliento que envía
un suspiro á que se cruce
con un suspiro que deja
que aquél su lugar ocupe;
aquel murmullo continuo
que hace que el aura susurre
con mil acentos sin forma
que entre sus pliegues confunde;
aquella blanda sonrisa
que vida en un alma influye,
mientras aguarda favores
en penada incertidumbre;
aquellos húmedos ojos
á cuya luz se destruyen
los hielos del corazón
cuando de esquivo presume;
tantos acasos pensados
que en rodeos mil conducen
al revuelto laberinto
de amantes solicitudes;
y todo ello en un palacio
donde tormentosa bulle
cuanta pompa, intriga y gala
la faz de un príncipe influye,
hace que los corazones
tan embriagados se ofusquen,
que deliren paraísos
bajo el cieno que les cubre.
Espléndido está el salón;
y aunque mucho disimulen,
las damas están contentas
cuando los maridos sufren.
El príncipe galantea,
y las damas de más lustre
le deben hoy tanta flores
cuanto algunos pesadumbres.
Porque él, con una en los brazos,
toda una danza interrumpe,
haciendo que en raudos círculos
mil veces el salón cruce.
Pie con pie, mano con mano,
al muelle lánguido empuje
la lleva en pos blandamente,
la suspende y la sacude.
Ella, adormecida, suelta
sobre brazo tan ilustre,
más se abandona y descuida
porque más él la asegure.
Flotan los rizos de entrambos,
los alientos se confunden;
crúzanse los pies veloces,
vagan los mantos volubles,
el labio pide á los ojos
osadía, amor y lumbre,
y los labios á los ojos
suplican que no pronuncien.
Los ojos suplen las voces,
la sonrisa el fuego encubre,
y así al amor y al placer
todo sirve y todo suple.
Espléndido está el salón;
todo el aire son perfumes,
música, citas, suspiros,
murmullo, plumas y luces.
Mas hay un hombre sombrío,
á quien todos llaman duque,
y á quien ninguno aventaja
en la gala que le cubre,
cuyos dos ojos tenaces,
sin que se aparten ó muden,
en el príncipe están fijos
cual si temiera que le hurten:
si algún importuno acaso
su tenacidad reduce,
siempre, á su objeto ambiciosos,
rápidos se restituyen.

Al acero se parecen;
que, por más que se procure
doblarle contra el imán,
siempre hacia el imán resurte:
mientras, descuidado el príncipe,
sin que su gozo perturben,
con una dama en los brazos
por el salón baja y sube.
Es cierto que, alguna vez,
mira de reojo al duque;
mas éste, firme y tranquilo,
ni le busca, ni le huye.
Es verdad que, alguna vez,
el primogénito ilustre
su voluptuosa pareja
por delante dél conduce;
y tal vez, aunque no altivo
de distinguirle se excuse,
no se alcanza á comprender
si es que le honre ó que le injurie;
mas el duque no por ello
en desmán alguno incurre:
siempre el respeto le sobra,
ya le responda ó le escuche.

Cesó la danza y la música,
que ya el albor se descubre
del alba, que por los vidrios
asoma sus turbias luces.
Quedó el alcázar tranquilo,
despejó la muchedumbre;
sonó un beso, y don Enrique
entregó su dama al duque.
Aquél dijo: —Hasta mañana.—
Contestó éste: —Si á Dios cumple.
Y don Enrique volviéndose,
siguióle la servidumbre.





LA CORTINA VERDE

Son unas horas después,
y vénse en su gabinete
Inés en un taburete
y don Enrique á sus pies.
Testigos de sus deslices
en aquel retrete oscuro,
están colgados del muro,
de Flandes cinco tapices.
Toda sorpresa exterior
previenen las celosías,
y dos dueñas de vijías
que están en el corredor.
Lucha la luz con la sombra;
el rojo sol de Occidente
colora confusamente
las labores de la alfombra.
Las flores desde el jardín
prestan al aura perfume,
y otro al fuego se consume
en el mismo camarín.
Todo es paz, calma y quietud
en el retrete oriental;
mas, si no es paz criminal,
no es la paz de la virtud.
Don Enrique está hechicero;
doña Inés como una estrella;
voluptuosa está la bella,
y galán el caballero.
En los ojos de la hermosa
se está mirando el galán,
y ambos atizando están
hoguera tan peligrosa.
Ella, en recreo infantil,
destrénzale los cabellos,
bucles haciéndole de ellos
con sus manos de marfil.
Él, con sonrisa liviana,
en acento adulador,
dulces palabras de amor
la dice á la cortesana.
Ella de orgullo suspira
gozando el favor real;
aunque él interpreta mal
la vanidad que la inspira.
Él mancebo, y sin consejo,
en su amor se está abrasando;
pero ella está contemplando
su contorno en un espejo.
Él la dice: —Hermosa estás.—
Y en silencioso desdén
dice ella: —Lo sé tan bien,
que advertirlo está demás.—
Él, con el dulce reclamo
del silencio engañador,
traduciéndolo mejor,
añade: —Inés, yo te amo.—
Ella, culpando su exceso,
cuando más cerca la estrecha,
le da de sí satisfecha
por cada palabra un beso.
Y en larga conversación,
ella altiva, él importuno,
demuestra bien cada uno
el afán del corazón.
Así el príncipe decía
enajenado á la hermosa,
y astuta y voluptuosa
ella así le respondía:

DON ENRIQUE

Un reino me aguarda, sí;
con él media vida diera
por gozar, Inés, siquiera
la otra media junto á tí.

DOÑA INÉS

Siendo príncipe, señor,
diérais, existiendo un año,
cada mes un desengaño
á vuestro constante amor.

DON ENRIQUE

Pasiones fueran livianas,
pasatiempos nada más;
que no encontrara quizás
sino amor de cortesanas.
Mas Inés, viéndote á tí,
esquivarte fuera en vano.

DOÑA INÉS

Hoy me aduláis cortesano,
que estáis delante de mí.

DON ENRIQUE

Te lo juro, hermosa Inés;
diera mis reales palacios,
mis coronas de topacios,
por vivir siempre á tus pies.

DOÑA INÉS

Tan bella, Enrique, os parezco?

DON ENRIQUE

Como tú no nacen dos,
y por ello, vive Dios!
sufro mal que no merezco.

DOÑA INÉS

Vos por mí males?

DON ENRIQUE

Sí á fe.

DOÑA INÉS

No os entiendo.

DON ENRIQUE

Me amas, dí?

DOÑA INÉS

En mi alma, de vos á mí,
si hay diferencia no sé.
Mas...

DON ENRIQUE

Qué, Inés?

DOÑA INÉS

Habéis oído?
Jurara que algo sonó!

DON ENRIQUE

Nada he percibido yo...
Ilusión tuya habrá sido.

—

Quedó Inés un punto en pie,
escuchando perspicaz;
y asióla el príncipe audaz,
repitiendo: —Nada fué.—
Y á fe que era la quietud
de aquel ansioso momento
tan honda en el aposento
como en desierto ataúd.
Ningún rumor la turbaba,
ningún susurro se oía,
si alguna vez se eximía
la brisa que murmuraba.
Los vapores del perfume
que exhala el ancho pebete,
aroman el gabinete
y el aire que los consume.
La rica tapicería
inmoble en el muro está,
y á sitio seguro da
cada puerta y celosía.
Hay en el fondo una alcoba
que, aunque en la sombra se pierde,
espesa cortina verde
al ojo su interior roba.
¡Tal vez el aura sutil
un instante la movió,
y eso, sin duda, causó
á Inés su terror pueril.

Mas, repuesta y sosegada,
junto al príncipe otra vez,
díjole con candidez:
—Tenéis razón, no fué nada.
Mas perdonad que haya sido
tan fácil para el temor;
que, aunque os tengo mucho amor,
tengo miedo á mi marido.

DON ENRIQUE

No me le nombres, Inés,
que hasta su nombre me irrita.

DOÑA INÉS

La vida, señor, me quita
con tan celoso como es.

DON ENRIQUE

Ah, Inés mía! Ese es el mal
que lamentaba hace poco...!
Tengo de volverme loco
con un hombre tan cabal.
No hay cortesano mejor
ni más puntual caballero,
en la obediencia el primero,
y el primero en el valor.
No hay medio de hallarle infiel,
ni falta que acriminar,
ni encuentro qué castigar,
por más que lo busco en él.
En la primera excepción
en que incurra, ha de morir.

DOÑA INÉS

Señor, eso osáis decir?

DON ENRIQUE

Alma mía, celos son.
No puedo pensar en paz
que él goza de tu hermosura,
cuando por igual ventura
me lamento sin solaz.
Te parece digna traza
de un príncipe que osa amarte,
esperar, por sólo hablarte,
á que él se salga de caza?
Es digno de mi ambición
que, cuando él parte tu lecho,
me dé yo por satisfecho
con verte por un balcón?

DOÑA INÉS

Pero yo, Enrique, os adoro.

DON ENRIQUE

Sí; y en ese amor sobrante
me arrebatas el diamante,
dándome el arillo de oro.

DOÑA INÉS

Os doy cuanto puedo dar;
no podéis más exigir.

DON ENRIQUE

Aunque él haya de morir,
tu amor solo he de alcanzar.

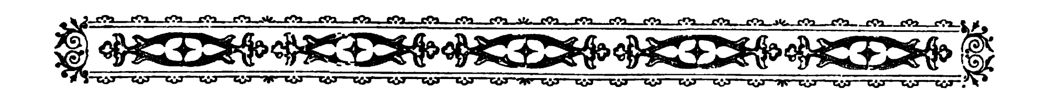
—

Ronco, ahogado, comprimido,
sonó un fugitivo acento,
como el rumor del aliento,
largo tiempo detenido.
Perdió la dama el color,
púsose el príncipe en pie,
recelando ambos que esté
alguno en el corredor.
Mas por el mismo lugar,
con muy recatada seña,
oyóse á la astuta dueña
por el corredor llamar.
—Adiós, señor—dijo Inés—
que de partiros es hora.
—Hasta cuándo?—Por ahora,
si gustáis, hasta después.
—Tanta ventura es verdad?
—Os lo había prometido;
de caza está mi marido.
Válganos la oscuridad.
Vendréis?—Cómo no?—Atended:
no hagáis confianza vana:
abierta está la ventana,
y es áspera la pared.

—Os entiendo; vendré solo.
—Sí, que la noche es oscura.
—Oh! Y por tamaña ventura
fuera yo de polo á polo.—
Salió el príncipe, y la bella,
orgullosa por su amor,
saliendo hasta el corredor,
dejó el camarín tras ella.

Todo en él fué soledad;
y, la cortina arrugando,
vióse al duque murmurando
inmoble en la oscuridad:
«He aquí que todo lo pierde,
»por no pensar mi mujer
»que yo me puedo esconder
»tras esta cortina verde.»





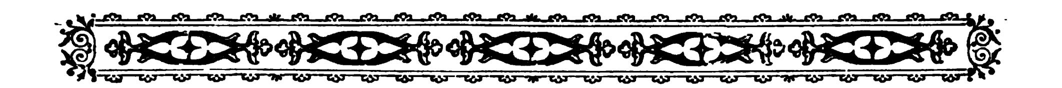
JUSTOS POR PECADORES

Es Clara una hermosa niña,
que en la faz muestra gentiles
de sus diez y siete Abriles
los encantos á la vez.
Sencilla, mas sin que el mundo
la sobrecoja ni empache,
las pupilas de azabache
y de azucenas la tez.
Suelta y libre la cintura;
como la noche el cabello;
transparentes en el cuello
venas de virgen azul.
Pie breve y aéreo paso;
más inquieta y hechicera
que en la fértil primavera
las hojas del abedul.
Gacela del mirar dulce
la llamó un árabe errante;
sol, azucena y diamante
las gitanas que la ven.
El árabe en sus desiertos
con su memoria camina;
Egipto la vaticina
infinito amor y bien.
Sus ojos brillan tranquilos
como una noche serena;
su alma en ellos se ve ajena
de temor y de inquietud.
El duque la dice «amiga»;
doña Inés la dice «hermana»;
los mancebos «soberana»,
y «hermosa» la multitud.
Si se reclina cansada
junto á la fuente sonora,
la náyade protectora
parece de su cristal.
Si corre de los jardines
por las sendas desiguales,
semeja entre los rosales
una sílfide ideal.
Si sonríe, es su sonrisa
tan pura y tan hechicera
cual la blanca luz primera
del alba limpia de Abril.
Su voz es á quien la escucha
red amante, oculta vira;
y el aliento, si suspira,
aura olorosa y sutil.
El duque parte con ella
todo el amor de su esposa;
doña Inés procura ansiosa
con ella olvidarse dél.
Y es Clara, partiendo entrambos
su purísimo cariño,
para aquélla un tierno niño,
y un serafín para aquél.
Pasó toda aquella tarde
en el huerto entretenida,
con una dueña que cuida
sus caprichos de cumplir.
Cayó el sol; enlutó el cielo
la impalpable sombra inmensa;
la noche lóbrega y densa
amagó el mundo cubrir.
Guardó Clara sus cabellos,
con un velo, del rocío;
cruzando el jardín umbrío,
hacia el camarín tornó.
Y asida á un ramo de flores
que robó á la primavera,
por una oscura escalera
hasta el corredor llegó.

Allí doña Inés, posada
la mano en el antepecho,
miraba un camino estrecho
que oculto á la calle da;
y en el jardín, tras la dueña
que recatada le guía
por la misteriosa vía,
rápido el príncipe va.
Clara entonces, silenciosa,
viendo á Inés tan distraída,
de su estancia la salida
ganó á su espalda veloz;
cayó la puerta de golpe
con estrépito violento,
y oyóse en el aposento
del duque la ronca voz.

Tornóse Inés aterrada;
oyóse dentro un gemido;
aplicó atenta el oído,
y dijo temblando:—Él es.—
Rápida, desalentada,
por el corredor saltando,
dió al jardín, encomendando
su salvación á sus pies.
Trémulo, descolorido,
el duque de allí á un momento,
saliendo del aposento,
embozado apareció.
Caló el sombrero á los ojos,
y, dando vuelta á la llave,
con paso callado y grave
la escalerilla bajó.





UN APÉNDICE Á LAS VENTANAS DE LA DUQUESA

Triste y lóbrega es la noche:
no está en el cielo la luna
colgada como una antorcha
entre la niebla nocturna.
No es azul el firmamento,
que le encapotan y enlutan
informes masas de nubes
que á paso tardo le cruzan.
Todo es silencio en Segovia;
las ráfagas no murmuran,
que el aire denso y pesado
vecina tormenta anuncia.
Triste y lóbrega es la noche:
yace la ciudad á oscuras,
en brazos del primer sueño,
inmóvil, opaca y muda.

—

Con precaución cautelosa,
que intento secreto anuncia,
corrió una mano el cerrojo
de un postigo que se ofusca
en un lado del alcázar,
entre prolijas molduras.
Por ella dos embozados
salieron: ya que la alumbra
débil luz de una linterna,
por de fuera la aseguran.
Como mucho se recatan,
y es la sombra tan confusa,
no se percibe á lo lejos
ni su faz ni su figura.
Porque es la sombra un cristal
que los recelos enturbian,
y el objeto que se mira
se disminuye ó se abulta.
Tan velozmente caminan,
que pueden dejar en duda
si su acelerada marcha
es persecución ó fuga.
Doblan esquinas y calles,
plazuelas y plazas cruzan;
dijeran que van perdidos
sin encontrar lo que buscan.
Mas tan decididos siguen
la dificultosa ruta,
que bien se ve que no yerran
ni se desorientan nunca.
El ferreruelo cruzado,
á los ojos la capucha,
la barba sobre los pechos,
el morterete sin pluma,
van su camino en silencio
con planta firme y segura,
y el uno delante el otro,
ni se paran ni se juntan.
Debajo de unas ventanas
que, con labores difusas,
cercan muchos arabescos
de primorosa escultura,
detúvose el de delante,
diciendo: —Vela y escucha,
esperando que yo vuelva
sin que nadie me descubra.—
Replicó el otro en voz baja,
saludando con mesura:
—Y si una ronda... —Que pase,
que mi grandeza te escuda.

—Y si un curioso?—Que vuelva
atrás.—Y si me importuna?
—Requiere, si no eres manco,
la razón de tu cintura.—
Siguió adelante, esto dicho,
y primero que él acuda
á dar, prevenido y cauto,
ó noticia ó seña suya,
abriéndose una ventana,
lanzó de su sombra muda,
con una escala de seda,
una voz que dijo: —Suba.—
Subió el galán; mas llegando
veloz á la cuerda última,
un brazo que sacó un hombre
que esconde la catadura,
dándole aprisa un saquillo,
dijo: —Tome lo que busca.—
Y, cerrando la ventana,
mano, voz y hombre se ocultan.
Á tal momento en la calle,
con voz de duelo y angustia,
un ay! lanzando una dama,
de la escala se asegura.
Bajó el caballero, y ella
ijadeando le pregunta:
—Vivís.—Y, asiendo el estoque,
él replicó: —Quién lo duda?—
Llegó en esto el apostado
con la linterna, y á una,
dama y galán prorrumpieron:
—Don Enrique!—Inés!—Alumbra.—
Abrió el príncipe el saquillo,
y, sintiendo la tela húmeda,
metió la mano y, asiendo
con asombro lo que oculta,
sacó de la hermosa Clara
la cabeza infantil mustia.
—Santos del cielo! Mi hermana!
—Su sentencia era la tuya—
dijo á doña Inés el príncipe.—
Válgate, pues, tu fortuna!—
Y dando á la dama el brazo,
tomando su antigua ruta,
entraron en el alcázar
por la puertecilla oculta.





Á luengas edades luengas novedades

I

El príncipe pasó á rey,
y, como era de esperar,
todo debió de cambiar,
sujeto á distinta ley.
Era la reina muy bella;
mas como bella, celosa,
y otra alguna por hermosa
no tiene igualdad con ella.
Así que el rey don Enrique,
si no adquirió más virtud,
de su ociosa juventud
puso á los vicios un dique.
De sus amigas livianas
mucho el número menguó,
y á la reina encomendó
sus más lindas cortesanas.
Es verdad que, á las dos leguas,
doña Guiomar cada día
entretenerle solía,
dando al matrimonio treguas.
Y es cierto que tan leal
á su príncipe como ella,
de su amor le hace querella
Catalina Sandoval.
Mas pecados reales son,
que tachar fuera imprudencia;
son del cetro una exigencia,
excesos del corazón.
Que es mezquino, á nuestro ver,
que mandando tanta gente,
un monarca se contente
con tan sólo una mujer.
Si Dios condena el amor
á la mujer del vecino,
no habla el precepto divino
con él con tanto rigor.
Y sin duda alguna es bien
que, pues la ley dan los reyes,
sean ellos con las leyes
privilegiados también.
Por eso en una alta torre
que al Campo del Moro cae,
por do Manzanares trae
sus corrientes, cuando corre,
Se oye en la noche callada,
sobre las alas del viento,
un dulcísimo lamento
y un arpa bien acordada.
Por eso, en la noche oscura,
dice el necio centinela
que en aquella parte vela
la bruja que el rey conjura.
Pues de tiempo inmemorial
por entre el vulgo se suena
que allí encontró el de Villena
un cólega espiritual.
Distinto habitante mora
hoy en la torre precita;
mas quiénes ó quién la habita,
el vulgo y la corte ignora.
Porque, aunque á veces en ella
se oye que, en tróva confusa
la voz de quien canta acusa
los rigores de su estrella,
Se oye también que suspira
tan amantes cantilenas,
que si canta entre cadenas,
no canta, sino delira.
Á veces una voz blanda
en estribillo amoroso

de un amador licencioso
nuevas al viento demanda.
Y es tan suave y tan flexible,
y tan tierna en su cantar,
que intentarla remedar
fuera á otra voz imposible.
Ya apagada, ya sonora,
ya trémula, ya segura,
como la fuente murmura,
como la tórtola llora.
Ya es un canto ronco y vago,
sin tema sobre que acuerde,
como un aura que se pierde
entre la niebla de un lago.
Ya es alegre y peregrina
una voz tan infantil,
que no envidia en lo sutil
tonos á la golondrina.
Y á veces en la alta, oscura,
larga noche, allí resuena,
varonil, pujante y llena,
otra voz sin su dulzura.
Mas tan bien con su vigor
la voz dulce se amalgama,
que el aire las desparrama
en dobles himnos de amor.
Una de amor se querella,
y otra canta sus victorias;
ésta adora sus memorias,
y las diviniza aquélla.
Quien de lejos las escucha
en la negra oscuridad,
duda si sueña en verdad,
y consigo mismo lucha.
Teme la superstición
maleficio en el cantar,
pero se mueve á escuchar
temerario él corazón.

—

Es una noche tranquila,
de esas azules, serenas,
en que de la luna apenas
la pálida luz vacila.
Dentro de aquel torreón
que cäe al Campo del Moro,
se escucha el compás sonoro
de la femenil canción.
Envuelta en oscuro velo,
emblema claro del luto,
torna el rostro mal enjuto
una mujer hacia el cielo.
Y brilla más la tristeza
de su encantadora faz
con el llanto que tenaz
destila de su tristeza.
Y en su angustia solitaria
demandársela pudiera
si canción tan lastimera
es cántico ó es plegaria.
En un sitial á su lado,
con un laúd la acompaña
Enrique Cuarto de España,
de su corona olvidado.
Pero ella ensaya tan mal
la endecha triste que canta,
que mohíno el rey aguanta,
mal sentado en su sitial.
Viendo la poca virtud
que su canto ejerce en ella,
pues los tonos de la bella
no aciertan con su laúd;
Soltando al fin de la mano
el inútil instrumento,
dijo con severo acento,
entre brusco y cortesano:
—Para tal torpeza, Inés,
que no cantes es mejor.

DOÑA INÉS

Cuanto pude hice, señor,
y os lo ofrezco tal cual es.
Dos meses ha que venís
á gozaros en mi afán
con el nombre de galán,
mas como señor pedís.
Sin curar de mi dolor,
mandáisme cantar, y canto;
no llorar, y enjugo el llanto;
no amar... y muero de amor.

DON ENRIQUE

Inés, importuna estáis.

DOÑA INÉS

Y vos por demás severo.

DON ENRIQUE

Que estáis muy celosa infiero.

DOÑA INÉS

Yo infiero que no me amáis.

DON ENRIQUE

Siempre dudas de mujer!
Siempre igual reconvención!

DOÑA INÉS

Amando de corazón,
amar es obedecer.
Todas las noches traeis
la desazón en el gesto,
siempre á enojaros dispuesto,
y no hay de qué os enojéis.
El tiempo os parece largo
que pasáis siempre conmigo:
nunca, señor, os lo digo,
y lo lloro, sin embargo.

DON ENRIQUE

Mas todas las noches vengo,
Inés, y no se te oculta
que siempre lo dificulta
el grave cargo que tengo.

DOÑA INÉS

Mas yo, señor, noche y día
en esta torre encerrada,
os espero enamorada,
sin tener otra alegría.
Veo la noche importuna,
de la aurora el arrebol,
nacer y morir el sol,
nacer y morir la luna,
y todo el tiempo se va
en inútiles querellas,
demandando á sol y estrellas
que me digan «dónde está».
Veo todas las mañanas,
así que el sol reverbera,
partirse en fuga ligera
las avecillas livianas.
Todas las noches las veo
al crepúsculo volver,
fatigadas puede ser,
mas cumplido su deseo.
Y á mí el tiempo se me va
en esas rejas vecinas,
pidiendo á las golondrinas
que me digan «dónde está».

—

Callaba el rey, interés
prestando á sus voces poco,
y en delirio amante y loco
lloraba á su lado Inés.
Él, la barba sobre el pecho,
cruzadas ambas rodillas,
sus querellas sin oillas,
distraído ó satisfecho.
Ella, en más bajo lugar,
mal prendido el luengo velo,
las mangas de terciopelo
deshilando sin cesar.
El rey, como quien tolera
algo que le mortifica;
ella, como quien suplica
algún favor que no espera.
Al fin, como quien despierta
de un sueño que le acosó,
así don Enrique habló,
con trémula voz incierta:

—Mucho te amé, bella Inés;
mucho te amo; mas perdona
que no pueda mi corona
rendir amante á tus pies.
Casado estoy, en verdad;
y de mi cetro en honor,
no cuidaré de tu amor,
sí de tu seguridad.
El duque no sé qué es dél;
y pues se habla de ello mal,
partirás á Portugal
con un mensajero fiel.

—

Calló el rey; é Inés, transida
de dolor tan impensado,
de espalda cayó á su lado,
cercana al fin de la vida.
En sus brazos la sostuvo,
y, á merced de un elixir,
la vida volvió á latir,
camino el aliento tuvo.

Volvió á herir su corazón
su altivez ó su mancilla,
y dijo al rey de Castilla,
con la voz de la aflicción:
—Fué amaros orgullo en mí;
hízolo amor la porfía;
mas, pues la culpa fué mía,
castigada quedo así.—
Y tornándola á faltar
segunda vez el aliento,
salió el rey del aposento,
tras quien la venga á ayudar.

II

Allá por do Manzanares
en humildosas corrientes,
antes de entrar cortesano
en Madrid, sus aguas vierte,
hay un sitio en que fundaron
un alcázar otros reyes.
Pardo en el nombre, y perdido
en verdad en sus placeres,
en un despejado campo
que á su entrada el lugar tiene,
con grande rumor levantan
á toda prisa un palenque.
Dispónense aparadores,
aparéjanse banquetes;
doquier se aprestan vajillas,
y se despitan toneles.
Guirnaldas en los balcones,
tapices en las paredes,
pabellones en los techos,
y en las alfombras pebetes.
Doquiera en el campo tiendas
con banderas diferentes;
andamios para la corte,
y andamios para los jueces.
Y en el palacio tumulto,
y tumulto en el palenque,
y en las calles y en las plazas
los que van y los que vienen:
por allá suben literas,
por acullá palafrenes;
por allí, de real mandato,
de su real guardia jinetes;
por un lado arcabuceros,
por otro lado donceles,
que, ganando tiempo y tierra,
buscando aposentos vienen.
Músicos, dueñas, rateros,
saltimbanquis y corchetes,
tamboriles y danzantes,
curiosos é impertinentes.
Aquí una moza devota,
que el brazo á una vieja tiene,
se ajusta en son de maitines
con un majo matasiete.
Allí un dominico obeso,
abultado de mofletes,
en una niña de quince
posa los ojos ardientes,
sin duda alguna admirando
al Dios que hace aquellos seres
de ojos negros, manos blancas,
cintura escasa y pie breve.
Más allá, bajo un sombrero
que en la oreja se mantiene,
alto y torcido el bigote,
larga espada, y entre el leve
rizado de ancha valona
escondido hasta los dientes,
de pie derecho, y la mano
sobre la cintura siempre,
está á través escupiendo
apercibido un valiente,
de esos que dicen: «Miradme,
que hay indulgencias en verme»;
y sobre todo el murmullo
que tan sin término hierve,
en cóncavo estruendo ronco
por pueblo y campo se sienten
los mazos de los peones
que levantan el palenque,
y el martillo del armero
sobre golas y broqueles.
Grandes fiestas se preparan,
y, según dice la gente,
son por los embajadores
que de la Bretaña vienen;
así también lo confirma
la conversación siguiente
de dos judíos que aromas,
joyas y armaduras venden:
—Buen agosto os habéis hecho,
Rubén, á lo que parece.

—No estoy quejoso, en verdad.
—Y aun contento.
—Ciertamente.
—Sed franco.
—Más he de ser?
—Y por nuestros intereses,
vayamos ambos á una,
que espero que no nos pese.
—Sea así, hermano Daniel,
y escuchadme atentamente.
El rey me compró en secreto,
para lujo en sus valientes,
las armaduras mejores
del torneo.
—Cuántas?
—Trece!
—Santos del cielo! En monedas
os pagó?
—Al punto y corrientes.
—Feliz sois, Rubén.
—Veamos
vuestra fortuna.
—Yo siempre
por enemiga la tuve.
—Pero yo sé que igualmente
el rey, Daniel, os buscaba.
—Sí, mas fué ganancia leve;
aplazóme los caballos
de mejor sangre que hubiese,
y díle, blancos y negros,
los mejores.
—Cuántos?
—Trece.
—Y os quejáis?
—Santa Sión!
Pagó dos; los once debe.—
Callaron ambos un punto,
y, á Rubén Daniel volviéndose,
díjole:—Mas ya hay quien cubre
lo que pierdo en los corceles.
Don Beltrán armó los suyos,
pródigo con mis arneses.
—Oiga! También don Beltrán
campo en el cerco mantiene?
—No, por cierto; mas levanta
en Madrid otro palenque,
para una segunda fiesta
á la vuelta de los reyes.
Á la parte de Alcalá
tiene apostada su gente,
para tomar de las damas
la brida á los palafrenes.
—Atrevido es el pagano,
y ardua causa la que emprende!
Los galanes victoriosos
se le opondrán reciamente.
—Pues don Beltrán de la Cueva
aun se está tan en sus trece,
que diz que hasta el mismo rey
le hará campo, aunque le pese.
—Mucho puja.
—Es conde y rico.
—Y el rey es rey.
—Y él valiente.
Y tiene consigo un hombre
que recata el rostro adrede,
que es capaz de armar batalla
él solo con diez y siete.
—Un soldado?
—Un caballero.
—Que es quien paga?
—Lo parece.
Que es un extranjero, dicen,
que de aventurero viene.
—Trae gente en su compañía?
—Lanzas hasta veintinueve.
—Es francés?
—Flamenco.
—Amigo
de las batallas?
—No debe.
—Cómo!
—Dél se cuentan cosas
bien extrañas cabalmente.
Dicen que, en vela continua,
no se sabe cuándo duerme;
que es sobrio como una monja.
—Mas su nombre?
—No le tiene:
sólo el flamenco le llaman;
siempre anda solo, y le temen.
—Mas no se conoce de él...?
—Nada más que lo que él quiere;
y que es alto, recio, osado,
y á lidiar dispuesto siempre.
Callaron ambos judíos,

y en raudo tropel la gente
se agolpó sobre el camino
á vitorear á sus reyes.

III

Como seis días después,
y hacia las dos de la tarde,
en el Prado que en Madrid
por San Jerónimo sale,
armados hasta los dientes
y cubiertos los semblantes,
estaban dos caballeros
de una ancha tienda delante.
Detrás de ellos, apostados
en hilera formidable,
hay hasta treinta jinetes,
potentísima falange.
Y otros treinta caballeros,
cuanto valientes galanes,
en varios grupos conversan,
de su pompa haciendo alarde.
Donceles tienen sus lanzas,
sus caballos tienen pajes,
siendo á la par todos ellos
soldados y capitanes.
Detrás hay una barrera
que guardan con antifaces
otros doce caballeros
sobre doce yeguas árabes.
Á los lados dos andamios,
uno con las armas reales
y otro con las de Bretaña,
coronados de sitiales.
Otro andamio casi enfrente,
y en él los jueces y grandes
que han de pesar la justicia
y la ley de los combates;
y el resto cerca una valla,
hasta dos arcos triunfales,
en que remata una liza
que por la barrera se abre.
Banderas de mil colores
se estremecen en el aire,
que embalsaman ramilletes
de jazmines y azahares.
Lindísimas cortesanas
de cabellos de azabache,
tez pálida y ojos negros,
bajan el Prado adelante.
Porque, qué son los jardines
en que las flores no salen,
sino lo que son las fiestas
en que las damas no caben?
De ambas las tropas que aguardan
el duro y próximo trance,
hablan en voces secretas
ambos los jefes audaces.
Uno es Beltrán de la Cueva;
del otro nada se sabe,
sino que con treinta lanzas
con don Beltrán hizo parte.
Es de talla aventajada,
de nunca visto semblante;
vigoroso asaz de miembros
y de fuerzas sin iguales;
una hacha de armas esgrime
y una espada formidable,
que los arneses más recios
desencajan y deshacen.
Cabalga un potro normando,
como sufrido pujante,
que obedece á los impulsos
de dos largos acicates;
y acostumbrado á la guerra,
en que ha tiempo que le traen,
mal le reprime el jinete
al oir los atabales.
Á su vez el caballero
le acosa con voz tonante,
como si el mismo caballo
á la misma par lidiase;
y dicen que tan á tiempo
la segunda vuelve y parte,
que un solo cuerpo lidiando
caballero y corcel hacen.
Así Beltrán de la Cueva
le hablaba á este personaje,
y el flamenco respondía
con razones semejantes:

DON BELTRÁN

Seréis firme?

FLAMENCO

Como un roble.

DON BELTRÁN

Lidiaréis?

FLAMENCO

Á toda sangre.

DON BELTRÁN

Nadie pasará?

FLAMENCO

Ninguno,
con espada ni con guante.

DON BELTRÁN

Y si el mismo rey se empeña?

FLAMENCO

Al rey, vive Dios! que mate
y lleve su guantelete
en una pica hasta Flandes.

DON BELTRÁN

Si como decís obráis,
temo que el campo no os baste.

FLAMENCO

Al tiempo lo recomiendo;
y, si la suerte me vale,
veréis que mejor amigo
no hallaréis para este trance.

DON BELTRÁN

Qué mote sacáis?

FLAMENCO

Ninguno.

DON BELTRÁN

Pues he visto á vuestro paje
un broquel con una letra.

FLAMENCO

Esa letra dice: «Nadie.»

DON BELTRÁN

Es orgullo?

FLAMENCO

Es una historia.

DON BELTRÁN

De amoríos?

FLAMENCO

Y de sangre.

DON BELTRÁN

Sois príncipe?

FLAMENCO

No, por cierto.

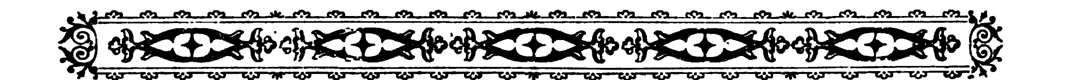
DON BELTRÁN

Sois huérfano?

FLAMENCO

Lo acertásteis;
porque, á ninguno sujeto,
soy libre y la tierra grande.
Oyóse en esto el tumulto
de pífanos y atabales,
y vióse la polvareda
que por el campo adelante
envuelve á los que se acercan
tras los pendones reales,
que, acabados los torneos,
á Madrid vuelven triunfantes.
Cabalgó al punto Beltrán,
y, cabalgando el de Flandes,
asió broquel, lanza y brida,
diciendo con voz pujante:
—Á caballo! Voto á Dios!
Y en torneo ó en combate,
no hay que dejar con espada
desde San Miguel á nadie.—





EL PASO DE ARMAS DE BELTRÁN DE LA CUEVA

I

Espléndida cabalgada!
Caballeresco tropel!
La reina viene montada,
y el rey la brida dorada
asiendo de su corcel.
Vienen siguiendo sus huellas
las cortesanas más bellas,
y á su vez los caballeros
sirven de palafreneros
á los palafrenes de ellas.
Detrás las literas vienen
sobre esclavos orientales;
los pajes detrás se tienen,
y el orden al fin mantienen
mil arcabuceros reales.
Todo es luego en derredor
y detrás pueblo y tumulto;
en el centro va el valor,
y en la fiesta, mal oculto,
el orgullo y el amor.
Al valor pruebas le dan
las cotas hechas pedazos;
orgullosos todos van,
y el amor probando están
las empresas y los lazos.
Ondulan los martinetes
asidos á las cimeras
de los ufanos jinetes,
y usurpan tocas ligeras
el lugar de los almetes.
Y en vez de ferradas golas
y de rojas banderolas,
flotan en suelto equipaje
los velos blancos de encaje
de las damas españolas.
Y de las sillas de guerra,
forradas de limpio acero,
hasta tocar con la tierra
cuelga el que de amor encierra
misterios cendal ligero.
No aprisionan los corceles
guanteletes ni escarcelas,
sí terciopelos y pieles,
y ellos van libres y fieles,
sin temor á las espuelas.
Solamente más severos,
aunque no siendo mejores,
tras el rey van altaneros,
pacíficos caballeros,
los nobles embajadores.
Y á sus personas prestando
las atenciones reales,
en rico y vistoso bando,
sobre mulas van pasando
obispos y cardenales.
Todo es lujo y altivez,
todo es oro cuanto brilla,
y ostèntanse allí á la vez
los hidalgos de más prez
de León y de Castilla.
Todas las mejores lanzas
de ambos reinos acudieron,
y descuidando sus danzas,
osados en esperanzas,
diz que hasta moros vinieron.
Que para ostentar valor
cualesquiera liza es buena;
y el moro batallador

sabe siempre que es mejor
lidiar en cristiana arena.
Allí, en los andamios, miran
sin máscaras las hermosas;
sus alientos se respiran,
y á sus miradas aspiran
las hazañas generosas.
Por eso vienen ligeros,
sobre sus negros corceles,
diez árabes caballeros,
silenciosos y severos,
envueltos en alquiceles.
Su mirar rápido, incierto,
la negra barba crecida,
el corcel de oro cubierto,
todo muestra la atrevida
generación del desierto.
Y aunque, cuanto audaz cortés,
culta en usos y lenguaje,
siempre se alcanza á través
de su magnífico arnés,
algo de origen salvaje.
Llegaron ante la valla
rey, pueblo y embajadores;
y al son del clarín que estalla,
van á ofrecer la batalla
al rey los mantenedores.
Llegó á sus pies don Beltrán,
y díjole audaz: «Señor:
»aquí mis nobles están,
»que sus lanzas mendirán
»con vuestra lanza mejor.
»Y pues, por encarecellos
»vuestra real esplendidez,
»fiestas quiso concedellos,
»para no ser menos que ellos,
»he aquí campo á nuestra vez.
»Como tan buenos vasallos,
»de las damas requerimos
»las bridas de los caballos;
»y pues á aquesto venimos,
»ó combatir, ó soltallos.»
Y echando el guante en la arena,
brida volviendo á su gente,
el campo en torno resuena
con largo aplauso que llena
cuanto el sol resplandeciente.
Aceptó el rey; y los vientos
rasgando los atabales,
fueron ocupando atentos
la multitud sus asientos,
y los reyes sus sitiales.
Puestos los embajadores
á un lado, y á otro los jueces,
al son de los atambores,
á los nuevos lidiadores
requirieron por tres veces.
Lanzáronse hacia la liza
hasta cuarenta jinetes,
y, en su línea movediza
el aura estremece y riza
crestones y martinetes.
Tascan espumoso el freno
impacientes los bridones,
henchir queriendo su seno
con los belicosos sones,
de que el aire tragan lleno.
Entonces, desde una tienda
de los que el campo mantienen,
al lugar de la contienda
un caballo por la rienda
dos pajes bajando vienen.
Por si quisiera lidiar,
al rey le ofrecen corteses,
advirtiéndole á la par
que mejor no lo ha de hallar
ni con mejores arneses.
Partieron los lidiadores
el sol de la liza igual,
y, al son de los atambores,
retados y retadores
aguardaron la señal.

II

Con la visera calada
y los lanzones en ristre,
los broqueles ante el pecho,
sobre los estribos firmes,
cerráronse á toda brida
los lidiadores insignes,
los unos contra los otros,
á la voz de los clarines.
Todo fué polvo un instante;
no se oye ni se distingue

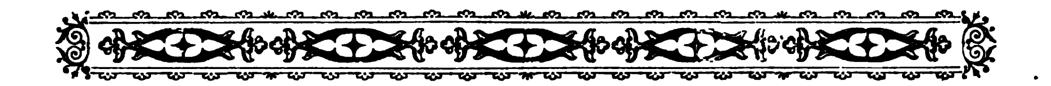
más que el son que los aceros
en fiero compás despiden.
En honda y ansiosa duda,
en angustia indefinible,
almas con ojos esperan
á que el polvo se disipe.
Es en vano que las damas
al turbio palenque miren;
todo, entre el espeso polvo,
está en el campo invisible.
En vano sobre su escaño
se levanta don Enrique;
el polvo oculta á sus ojos
los que vencen ó se rinden.
Se oye que abajo en la liza
la recia contienda sigue,
porque los gritos no cesan,
y los golpes se perciben.
Unos gritan:—Flandes, Nadie.
—Al rey, al rey—otros dicen;
y las lanzadas se doblan,
y los tajos se repiten.
Ayes, lamentos, insultos,
maldiciones, lelilíes,
relinchos y cuchilladas,
todo á un tiempo se concibe;
todo en tumulto espantable,
todo en confusión horrible.
Todos los gritos se mezclan,
y á gran pena se distinguen
los de—Cierra! Hiere! Á ellos!
Alá! Flandes! Don Enrique!—
Creyéndose al mismo tiempo,
por los «cierra» y los «lelíes»,
que flamencos y cristianos
contra sarracenos riñen.
Rodó al fin el polvo denso
con las ráfagas sutiles,
descubriendo la vergüenza
de los que la arena miden.
Pocos pudieron bizarros
al encuentro resistirse;
su mismo impulso fué causa
del azar que les aflige.
Quedaron de entrambas partes
tan sólo trece que lidien.
Son los seis mantenedores;
los otros siete, del príncipe.
De ellos hasta tres son moros
que á los del rey bien asisten,
con los alfanges sangrientos
y los palafrenes libres.
Donde una espada se rompe,
donde un yelmo se divide,
doquier que un palmo se pierde
ó un caballo se reprime,
allí la lanza de un moro,
allí un alfange invisible,
hiere, acosa, rompe, vence,
antes que se le adivine.
Algunos de entrambos bandos
que levantarse consiguen,
con los pomos y los puños
en el combate persisten.
Dan, cían, avanzan, vuelven
y ligeros como tigres,
soltando el inútil hierro,
con los brazos se reciben.
Se abrazan y se sacuden,
y se cruzan y se oprimen,
quedando un momento inmobles,
en duda de si respiren.
Y al fin de afanosa lucha,
sin vencer y sin rendirse,
ruedan abrazados ambos,
y cuartel ninguno pide.
Perdidos entre el tumulto,
tal vez aún se distinguen
sus desperados esfuerzos,
sus convulsiones horribles,
hasta que el tropel sangriento
de los jinetes que viven
los envuelve enteramente,
los separa ó los persigue.
Tocó el sol en Occidente;
y á la voz de don Enrique,
pajes entran en la liza
que los heridos retiren.
Despejado un poco el campo,
la liza de estorbos libre,
quedaron lidiando siete
sobre los estribos firmes.
Don Beltrán con el de Flandes
y un flamenco que le sigue,
con un hacha á cuyos filos
mal los broqueles resisten.

Lidian por el rey, valientes,
los ventajados en lides:
el marqués de Santillana,
que negra armadura viste;
don Juan Pacheco, que el mando
lleva á medias con el príncipe,
y el buen conde de Treviño,
del solar de los Manriques.
Con ellos guerrea un moro,
de cuya opulenta estirpe
dan testimonio, y no escaso,
el negro corcel que rige,
el corvo alfange que empuña
y el arnés con que se ciñe.
Mas todo está deslucido,
sin que oro ni acero brillen;
que todo en polvo y en sangre,
á puro lidiar, se tiñe.
Don Beltrán, rota una brida,
con esfuerzos increíbles,
contra el moro y Santillana
ve su salvación difícil.
Las damas le vitorean,
mostrando bien cuánto es triste
que caballero tan bravo
con tal desventaja lidie.
Los jueces están inquietos;
é indeciso don Enrique,
duda si el bastón de mando
á tiempo en la arena tire.
Mas antes que esto suceda,
se oyó pujante y terrible
el grito con que el flamenco
«Flandes y Nadie!» repite.
Y revolviendo el caballo,
con ímpetu se dirige
hacia el noble Santillana,
que el campo á su empuje mide.
Entonces al de Treviño
volviendo,—«Aquí Flandes»—dice;
y alzándose en los estribos,
de entrambas manos se sirve.
Cayó del caballo el conde;
y volviendo el que le rinde
al soldado que le ayuda,
le manda que se retire.
Quedaron, pues, dos á dos,
cuatro valientes que piden
una corona los cuatro,
para los cuatro difícil.
Y bien merecen que en ellos
su honor sus partidos cifren,
porque no hay mejores brazos
para que le depositen.
Pacheco y Beltrán cayeron;
Pacheco, asido á las crines,
debajo está del caballo,
incapaz de desasirse.
Vino don Beltrán sobre él;
mas, los jueces que presiden,
dan por vencido á Pacheco,
y escuderos le permiten.
Mientras, agotando esfuerzos
que parecen imposibles,
el árabe y el de Flandes
la lucha tenaces siguen.
Grita el flamenco: «Aquí Flandes»;
y el árabe á cada quite
entra y sale huyendo y dando,
siempre en duda y siempre libre.
En vano el flamenco acude
á cuanta fuerza le asiste;
el moro hace que el caballo
pase, cruce, salte y gire.
Mas, cansada su fortuna,
á tiempo que ambos se embisten,
al dar una huída el moro
hace que el caballo pise
tan en vago, que, aunque diestro,
le levanta y le reprime,
dobló las manos en tierra,
tocándola con las crines.
Esto que viera el flamenco,
con empuje irresistible
para adelante se viene,
sin que el moro alcance á herirle.
Cayó el de Flandes encima;
y aunque el caballo le oprime,
asió con tal fuerza al moro,
que le acogota y le rinde.
  Tiró su bastón el rey,
y al son de los añafiles
mandó que por los del campo
la victoria se publique.

III

Mientras á los pies del rey,
de hinojos Beltrán se pone,
y el rey le tiende la mano
por que con ella se honre,
á las puertas de la liza
la multitud agolpóse,
para ver la cabalgada
cuando á palacio se torne.
Bajaron de sus andamios
el rey, la reina y la corte;
damas, caballeros, pajes,
obispos y embajadores.
De manos de los donceles
recibiendo los bridones,
conducir de allí á las damas
como enantes se proponen.
Asidos brida y estribo,
por que más fáciles monten,
por las hermosas esperan
los caballeros mejores.
Púsose primero el rey,
y ya cortés se dispone
á dar la mano á la reina,
cuando con audacia un hombre,
cejar haciendo el caballo,
sin respeto se la coge.
—Quién se atreve...? dijo el rey;—
y en el rostro los colores,
tornando el gesto alterado,
delante su vista hallóse,
la brida asiendo, al flamenco,
que así osado le responde:
«Si pasáis sin combatir,
»será sin guante ni estoque;
»que he lidiado en el palenque
»bajo de estas condiciones.»
El rey Enrique, indeciso,
de arriba á abajo miróle,
dudando si, por quien sea,
se lo tolere ó se enoje;
pero, por más que á sus solas
su pensamiento recorre,
como él su rostro recata,
no sabe si le conoce.
Al fin, fingiendo respetos
por sus derechos, cedióle,
ya su razón otorgando,
ya por secretas razones.
Tendióle la mano, y dijo:
—Loor á los vencedores!
Tomad lo que habéis ganado,
que, en efecto, anduve torpe.
Quién sois?
—*Nadie:* esa es mi empresa.
—Es vuestra cifra?
—Es mi nombre.
—Sois valiente, y no os atañe,
por vida mía, ese mote.
—Ya dije que es nombre propio,
y no le merezco noble.
—Cómo, pues?
—Porque he vendido
mi honra y mi nobleza á un hombre.

Tornóle á mirar el rey,
y, tras largas reflexiones,
con sonrisa ambigua dijo:
—Id adelante.—Y siguióle.



RECUERDOS

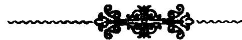
Es una noche tranquila,
de esas azules, serenas,
en que de la luna apenas
la pálida luz vacila.
Algunas nubes errantes
por medio el espacio flotan,
que así de la luna embotan
los resplandores brillantes.
La brisa fresca que vaga
los árboles estremece,
y, según se extingue ó crece,
crece el murmullo ó se apaga.
Noche espléndida y serena
que al hombre á pensar convida,
y en que resbala la vida
de gozo y pesar ajena.
En que, absorto el pensamiento
en vaga meditación,
halla una blanca ilusión
en cada arruga del viento.
Nada ve el ojo, aunque mira;
oye el oído, y no escucha;
y, consigo en débil lucha,
triste el corazón suspira.
Una noche clara y pura
en que, contemplando el cielo,
crece en el alma el consuelo
y hechiza hasta la amargura.
Noche en que se ve á lo lejos,
con el fulgor de la luna,
la ilusión de la laguna,
en argentinos espejos.
En que se ve el bosque umbrío
cual un escuadrón gigante,
y cual rastro centellante
la cinta blanca de un río.
Noche en que prestan á una
blando perfume las flores,
música los ruiseñores
y resplandores la luna.
De esas noches que una vez
todos los hombres gozaron,
y á cuya luz recordaron
los sueños de la niñez.
De esas noches cuya historia
dura en el alma escondida,
página de nuestra vida
pegada á nuestra memoria.
Oyendo el tropel sonoro
con que en murmullos suaves
aduermen hojas y aves
y aguas el Campo del Moro,
Un hombre sobre una peña
se alcanza en la oscuridad;
mas no se alcanza, en verdad,
si aguarda, medita ó sueña.
Se percibe allá en la oscura
sombra negra, alguna vez,
la movible brillantez
de su límpida armadura.
Se oye entre las hierbezuelas,
á cada sacudimiento,
el brusco estremecimiento
de sus ásperas espuelas.
Dolientes suspiros lanza
del ánima dolorida,
tal vez por la antigua vida,
ó acaso por su esperanza.

En esto, en un alta torre
que al Campo del Moro cae,
por do Manzanares trae
sus corrientes, cuando corre,
Vagó sobre el aura leve
voz tan dulce y lastimera,
que, atenta el aura ligera,
por oílla no se mueve.
Á aquel suavísimo son,
el caballero escondido
ansioso prestó el oído,
hízose todo atención.
La voz que oye limpia y blanda
en estribillo amoroso,
de un amador licencioso,
nuevas al viento demanda.
Y es tan suave y tan flexible,
y tan tierna en su cantar,
que intentarla remedar
fuera á otra voz imposible.
Ya apagada, ya sonora,
ya trémula, ya segura,
como la fuente murmura,
como la tórtola llora.
Ya es un canto ronco y vago
sin tema sobre que acuerde,
como un aura que se pierde
entre la niebla de un lago.
Ya es alegre y peregrina
una voz tan infantil,
que no envidia en lo sutil
tonos á la golondrina.

Es ilusión mentirosa,
ó es tremenda realidad
ese sueño de otra edad
más bella y más dolorosa?
Por qué estremecido miras
esa torre solitaria,
y al rumor de esa plegaria
con pesadumbre suspiras?
Qué oyes, caballero, dí,
en ese son misterioso
que el céfiro vagaroso
arrastra ufano hasta tí?
Ese que gime en el viento
sonido despertador,
es un recuerdo de amor,
ó es tenaz remordimiento?
Ah! El pensamiento perdido
incapaz de decidir,
vacila entre el porvenir
y las sombras del olvido.
Y aunque aquella voz se exima
de más cercana inspección,
bien sabe su corazón
que aquella voz le lastima.
Quién vivirá en esa torre,
que canta tan dulcemente,
mientras suena mansamente
el Manzanares que corre?
Porque aunque á veces en ella
oyó que, en trova confusa,
la voz de quien canta acusa
los rigores de su estrella;
Aunque á veces triste canta
lastimado son de duelo,
cual queriendo enviar consuelo
al corazón la garganta,
Oyó también que suspira
tan amantes cantilenas,
que si canta entre cadenas,
no canta, sino delira.
Cesó la voz de repente,
y sobre el césped mullido
oyóse un pie contenido
que va cautelosamente.
Cada vez más cerca está...
Púsose en pie el caballero,
y, requiriendo el acero,
preguntó firme: —Quién va?—
Á sus rayos argentinos
la luna dejóle ver
un paje que echó á correr,
dando vuelta á unos espinos.
—Sois vos—le dijo llegando—
Nadie en Flandes, mucho aquí?
—Mucho te han dicho de mí.
—Pues á vos vengo buscando.
Seguidme.
—Adónde?
—Teméis?
Dijeron que érais valiente.
—Mas fiarse no es prudente
del primero...

—Bien hacéis.
Dios os guarde; á decir voy
que os propuse una aventura,
y desechó por mesura
vuestra prudencia la de hoy.
—Mucho sabes, pajecillo.
Ve delante.
—Pues de mí
no os separéis: por aquí.
—Dónde vamos?
—Al castillo.

Y de un torreón en el centro,
postigo oculto buscando,
entraron ambos, cerrando
la portezuela por dentro.





FAVOR DE REY

En medio de un aposento
que el rey Enrique eligió
para secreto teatro
de sus comedias de amor,
él y Beltrán de la Cueva,
á quien con prisa llamó,
están: don Beltrán en pie,
y él tendido en su sillón.
Decora del gabinete
el magnífico interior
cuanto de rico y espléndido
monarca jamás juntó.
Cuelga una lámpara de oro
del cincelado artesón;
forrados en terciopelo
los muros en derredor;
el pavimento de alfombras
exquisitas se vistió,
y sobre el rey pende inquieto
de plumas un pabellón.
Delante tiene á una fiesta
preparado un velador;
cual le anhelaran cubierto
la codicia y la ambición.
Copas y cubiertos de oro;
vajilla que cinceló
diestro artista, á quien por ella
dieron riquezas y honor.
Y á su lado entre perfumes,
en pródiga ostentación,
doble y superior servicio
sobre un ancho aparador.
Siguiendo el rey y el privado
su rota conversación,
el vasallo respondía,
preguntándole el señor.
—Conque lloraba?
—Doliente
en mis brazos se arrojó
diciendo: «Es él quien lo manda?»
—Y qùé respondísteis vos?
—Que en ello vuestros mandatos
no admitían dilación.
—Muy bien dicho. Y á esa orden,
ella, qué dijo?
—Señor...
—Sin escrúpulo decid,
Beltrán; que en esta ocasión,
si alguien debiera tenerlos,
vos cabalmente no sois.
Mas os juro, por mi vida,
que no me acosa el menor:
por el bien de mis vasallos
tengo en esto obligación.
Conque, qué dijo?
—En injurias
su lengua se desató.
—Hola, hola!
—Lamentando
vuestra inconstancia en amor.
—No fué mucho, don Beltrán;
pero ya, gracias á Dios,
tenemos algo de mundo,
y ha tiempo uso de razón.
Y, qué más?
—Roja de rabia,
mal caballero os llamó,
indigno de vuestra estirpe,

hipócrita y seductor.
—Ese ya es otro cantar,
buen Beltrán; mas tengo yo
para mí que el injuriarme
era pedirme perdón.
—Á vuestro real pensamiento
sin oponer la menor
contradicción, yo os dijera
que me asiste otra opinión.
—Cómo? Decid.
—Doña Inés
por ultrajada se dió,
y, serenándose al punto,
«Bien, caballero: sois vos
(me dijo con roz resuelta)
mi guarda ó mi conductor?
—Y vos?
—Señora—la dije—
otro el rey os preparó.
—Y ella?
—Añadió: «Pues decidles
de mi parte á ambos á dos,
que apresuren nuestro viaje,
que estoy pronta y noble soy;
y al rey en particular,
que excuse toda ocasión
de sincerarse; que siento
tal desprecio por su amor,
que, si al paso se me pone,
ni aun he de mirarle yo.»
—Bravamente lo ha pensado!
No lo hiciera yo mejor.
Pobre muchacha! En las redes
que la he tendido cayó.—
Callaron por un instante
el privado y el señor,
en consulta cada cual
con su propia reflexión.
En esto confusamente
del muro en el interior,
con misteriosa cautela
llamada ó seña sonó.
—Han llamado?
—Sí, por cierto.
—Ellos serán.
—Sí, señor.
—Abrid, y en mis conjeturas
ayúdeme el vino y Dios.

Con un oculto resorte
don Beltrán la puerta abrió,
y entraron por ella un paje
y el flamenco vencedor.
Tendió el flamenco la vista,
sin señal de turbación,
por todo cuanto le alumbran
las luces en derredor.
Y sereno, altivo, inmóvil,
en la misma posición,
con la visera calada,
callando se conservó.
Venid—le dijo, dejando
el monarca su sillón;—
venid al igual conmigo,
ilustre batallador.
Aliviáos de esos hierros,
ocupad ese sillón,
y tendedme vuestras manos,
que á fe que me harán honor.
Beltrán, que sirvan la cena;
y en tan dichosa ocasión,
Chipre, el Vesubio y Falerno
nos presten gozo y valor.
No os sentáis?—El encubierto,
sin moverse, respondió:
—Yo soy un aventurero
que por mis desgracias voy
cumpliendo una penitencia
que me han impuesto, señor.
No puedo mostrar mi rostro,
mi nombre ni mi blasón,
sino al hombre que me venza
en las armas superior;
y entonces será pidiéndole,
en nombre del sumo Dios,
que me pase compasivo
con la daga el corazón.
—Caballero, pues que todo
me convence que lo sois—
díjole el rey—no pudiera
alzar ese voto en vos
la voluntad de los reyes,
ni aun por haceros honor?
Porque en verdad que me aflige,
al daros por galardón
mi amistad y mi palacio,
no saber á quién los doy.

—Por respeto á mi rey sólo
voy sin ventura, señor;
ved si estimo vuestras dádivas,
como de quien ellas son.
  Miró al caballero el rey
con ojo escudriñador,
y, comprimiendo los labios,
á don Beltrán los volvió
diciendo:—Cómo ha de ser!
La voluntad es de Dios.
Mas ya, señor caballero,
que la suerte me privó
del placer que me esperaba,
pediros quiero un favor.
—Será mandato, y cumplirlo
en mí será obligación.
—Jurad que lo cumpliréis.
—Jamás he jurado yo;
que tengo en más mi palabra
que el juramento mejor.
—Dispensad, que anduve torpe;
concededme en galardón
un brindis.
—Eso más bien;
con mil amores, señor.—
Llenó don Beltrán las copas;
una cada cual tomó,
y, alzándose la visera
el flamenco lidiador,
encubiertas las mejillas
con un antifaz mostró.
—Engañásteis mi esperanza—
díjole el rey.
—Ah, señor!
Para encubrir mi desdicha
es doble mi precaución.
—Y quién tanta penitencia
á imponeros alcanzó?
—Mi vergüenza.
—Y por qué causa?...
—De una mujer se valió.
—Basta y brindad, caballero;
el que buscaba sois vos.—
  Bebieron ambos; la mano
el monarca le tendió,
—Y ahora—le dijo—escuchadme,
si os place, con atención.
Queréis llevar en secreto
una dama de alto honor
á Portugal?
—Á la misma
Constantinopla, señor;—
centelleándole los ojos
el hidalgo respondió.
—Está bien; Beltrán, mis órdenes
llevad á esa dama vos;
que al punto partan. Tomad.
En ese pliego que os doy
encontraréis, caballero,
mi voluntad superior.
En pasando la frontera
le abriréis; pero antes no,
ni vos ni nadie á la dama
mantengan conversación.
Ved que en ello os va la vida,
pues gentes os daré yo
que os velen y os acompañen
por mi reino.
—Eso, señor,
más es castigo que premio.
—Negocios de corte son,
en que á par necesitamos,
yo prudencia, y vos valor.
De vuestros treinta jinetes,
hasta diez irán con vos;
los demás á la frontera
los enviaré luego yo.
Comprendísteis?
—Comprendí.
—Prometéis?
—Delante á Dios,
os aseguro que nunca
mi ventura fué mayor.
—Ah! Mirad, se me olvidaba:
este pequeño cajón
llevaréis á su destino.
—Decidme su dueño.
—Vos.
Es un presente que os hago,
que os probará, salvo error,
que es mi memoria tan larga
cuanto la vida en los dos.
Conque, si os cumple, brindemos
á vuestra vuelta.
—Señor,
nadie cuenta con su suerte.

—No me la aseguro yo;
mas, si á Castilla volvéis,
tal vez halléis lidiador
que os arranque vuestro nombre,
si no vuestro corazón.
Á vuestra salud, hidalgo,
y á que nos ayude Dios!—
El rey apuró su copa,
y, apartando el pabellón,
por una puerta secreta
del gabinete salió.

CONCLUSIÓN

Es una tarde nublada,
que espléndido el sol no alumbra,
velado entre las neblinas
que el cielo cóncavo enlutan.
Recio y Norte sopla el viento,
é interceptada y confusa
la vista, á distancia corta
los objetos no columbra.
Es un estrecho camino
do, entre la arena menuda,
brota á pedazos un césped
que la marcha dificulta,
y por entrambos sus lindes
mecen sus ásperas puntas
zarzas que guardan con ellas
frutos que nunca maduran.
Por él, á rápidos pasos,
temiendo la noche oscura,
las fronteras españolas
en triste silencio cruzan
una dama en su litera
á la merced de dos mulas;
un caballero que el rostro
bajo el capacete oculta,
y hasta cuarenta jinetes
que les custodian la ruta.
Apenas en Portugal
fijaron planta segura,
oyóse del caballero
la pujante voz robusta:
«Alto!—dijo. —Nadie pase.
Cada cual consigo cumpla:
los españoles á España,
y mis gentes aquí juntas.»
Á este mandato obedientes,
como cosa en que no hay duda,
los de España, saludando,
tornan á su España grupas,
y á la espalda los flamencos
de su capitán se agrupan.
Éste, entonces, con la risa
en sus labios insegura,
exclamó: «Ya está en mis manos
tu secreto y tu fortuna,
Enrique: si en esta dama,
que en verdad lo será tuya,
á aclararme tu vergüenza
no sirve cuanto discurra,
me libro de mi palabra,
pues mi razón me disculpa,
y á recibir te prepara,
por tus injurias, injurias.»
Y rasgando el sello real
que el pergamino le oculta,
leyó estas negras palabras
escritas de la real pluma:
«Mi valiente aventurero,
don Ruy Pero Sandoval;
pues según me son testigos
las justas de don Beltrán,
tanto os place los corceles
de nuestras damas guiar,
ahí lleváis á doña Inés,
á quien, en Dios y en verdad,
podéis adonde os contente
desde este punto llevar.
Y porque memoria mía
no os falte desde hoy jamás,
el regalo que me hicísteis
en ese cajón lleváis.
Mas os prevengo que, cauto,
no entréis en Castilla más;
que en ella os espera una horca
más alta que la de Amán.»

—

Los ojos desencajados,
la lengua en la boca muda,
contemplando el pergamino
que entre las manos estruja,
quedó el duque don Ruy Pero
sin intención que le acuda.

Volviendo al fin en su acuerdo,
víctima de interna lucha
con que le acosan á un tiempo
los recuerdos y las dudas,
á la litera lanzóse,
y, asiendo las vestiduras
de la dama, á viva fuerza
sacándola, la pregunta:
—Quién sois? Por Cristo bendito
que lo diga y se descubra!—
Ella, de dolor transida,
á tales voces se turba,
y el duque la arranca el velo
cogiéndole de las puntas.
Blasfemó el duque, y, asiendo
con mano audaz é iracunda
el cajón que le dió el rey,
le estrella en la tierra dura.
Rodó por el campo estéril
una cabeza insepulta.
Desmayóse doña Inés;
corrió una lágrima turbia
por los párpados del duque,
más amarga que cicuta;
y en el solemne silencio
de aquella tragedia muda,
de entre un pabellón de nubes,
pálida asomó la luna.



LEALTAD DE UNA MUJER

y

AVENTURAS DE UNA NOCHE

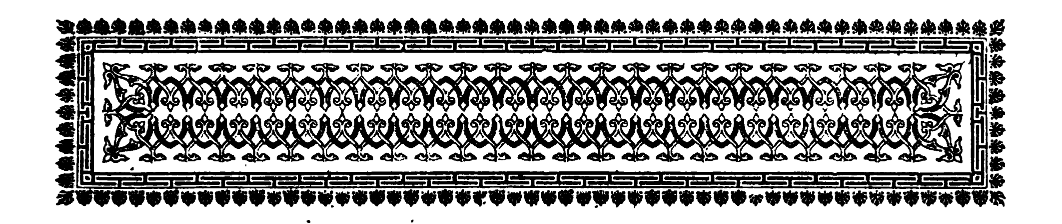
COMEDIA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

Don Juan.
Don Carlos.
Don Pedro Pérez de Peralta.
Don Antonio Nogueras.
Garcerán.
Doña Margarita.
Beatriz.
Brígida.
Rangel.

Un jefe de los rebeldes de Barcelona, Justicia, soldados, rebeldes, montañeses, pueblo

La escena es en Vallirana, pueblecillo distante cuatro leguas de Barcelona, la noche del día 12 de Marzo de 1461



LEALTAD DE UNA MUJER

ACTO PRIMERO

Calle y noche.—Casa en el fondo, con puertas y balcones practicables; una imagen de Cristo en un nicho, con un farolillo que alumbra la escena

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO *y* GARCERÁN

DON PEDRO

Y entrastes en la ciudad?

GARCERÁN

Fuéme imposible, señor.

DON PEDRO

Tal vez te faltó el valor.

GARCERÁN

No fué por miedo en verdad.
Mas es tanto el alboroto,
la alarma y el son de guerra,
que no hay un palmo de tierra
seguro en peña ni soto.
Más de cinco mil jayanes,
armados con picas y hoces,
mostrando están lo feroces
que son hoy los catalanes.
No temen ni Dios ni ley,
y, sin otros requisitos,
les dejo pidiendo á gritos
la cabeza de su rey.

DON PEDRO

Tanto la asonada apremia?

GARCERÁN

Señor, es en tal tumulto
cada razón un insulto,
cada grito una blasfemia.
Por el príncipe de Viana,
rebeldes, clamando están,
y si al fin no se le dan,
contra el rey salen mañana.

DON PEDRO

Á tanto se han de atrever?

GARCERÁN

Que si se atreven? Señor,
ya iban al gobernador,
cuando me vine, á prender.
Diputados, la ciudad,

al rey atrevida ha enviado,
á pedirle, de contado,
su fuero y su libertad.
No quieren otro señor
que el príncipe, y si les pican
han de osar, según se explican,
á desacato mayor.
Ya han puesto, en las armas reales,
unidos ambos blasones,
y están hirviendo en pregones
las casas consistoriales.

DON PEDRO

Mas el príncipe en Pamplona,
por el rey, preso aún está.

GARCERÁN

Pues ó libertad le da,
ó el rey pierde á Barcelona.

DON PEDRO

Y está el camino también
de Lérida interceptado?

GARCERÁN

No estará, si aún no ha llegado
tierra adentro el somatén.
Mas si ya del atambor
rebelde oyeron la seña,
no hay villa, lugar ni peña
por el rey don Juan, señor.

DON PEDRO

Y no sabes excusada,
Garcerán, una vereda
que hasta el rey llevarte pueda?

GARCERÁN

Es la noche tan cerrada,
que por milagro será.

DON PEDRO

Mas si el rey, por un descuido,
ignora aún...

GARCERÁN

Es perdido;
sobre él Cataluña va.

DON PEDRO

Pues advertirle es preciso.

GARCERÁN

Hem... *(Remiso.)*

DON PEDRO

Garcerán, no te atreves?
Ve que es fuerza que le lleves
tú de palabra el aviso.
Dudas?

GARCERÁN

Dudo si llegar
hasta Lérida podré.

DON PEDRO

Mis caballos te daré,
y los puedes reventar.

GARCERÁN

No por caballos lo dejo,
que harto tengo con el mío,
que va cobrando más brío
como va siendo más viejo.
El más astuto lebrel
no me atrapa en paz ni en guerra
si cuatro palmos de tierra
pongo entre mi jaco y él.
No temo á ningún tunante
que por la pista me siga,
mas sí emboscada enemiga
que me tenga por delante.

DON PEDRO

Bien, pues tiempo no perdamos;
antes que más se alborote
la tierra...

GARCERÁN

Yo tomo el trote
para el rey?

DON PEDRO

Y le salvamos.

GARCERÁN

Y le diré?

DON PEDRO

Que al momento
se ponga en fuga.

GARCERÁN

Mas vos...

DON PEDRO

Aquí me quedo, por Dios,
leal á mi juramento.

GARCERÁN

Y si el bando montañés
descubre al fin vuestro nombre?

DON PEDRO

Moriré aquí como un hombre
navarro y agramontés.
Eso díle al rey don Juan,
que aquí de atalaya estoy,
y que de aquí no me voy
si orden suya no me dan.

GARCERÁN

Mas ved...

DON PEDRO

Que soy caballero,
que fe al rey hé prometido,
y de cambiar su partido
pedazos me harán primero.
Eso díle, y que si falta
todo el reino á su corona,
suya es la hacienda y persona
de don Pedro de Peralta.
Garcerán, monta á caballo,
toma *(Dále un bolsillo)*, y parte.

GARCERÁN

Adiós, señor.

DON PEDRO

Y acuérdate que es mejor
ser muerto que mal vasallo.

ESCENA II

DON PEDRO, MARGARITA *y* BEATRIZ

DON PEDRO

Prontas estarán mis gentes;
y si llega Garcerán,
su intento no lograrán,
vive Dios, los insurgentes.

MARGARITA

Él es!

DON PEDRO

Margarita mía!

MARGARITA

Caro esposo!

DON PEDRO

Á tiempo vienes.

MARGARITA

Pedro, qué azar me previenes
en esa faz tan sombría?

DON PEDRO

Al fin, decirlo es forzoso;
Margarita, te oculté
viniendo al campo el por qué
con afán bien misterioso.
Por evitar tu inquietud,
con engaño manifiesto
te dí siempre por pretexto
la estación ó la salud.

MARGARITA

Pues qué otra causa pudiera...

DON PEDRO

Muy sencilla y muy leal;
yo sigo el bando real
y soy fiel á mi bandera.

MARGARITA

Bien, Peralta.

DON PEDRO

Á Barcelona
mandóme el rey espiar,
y traje á aqueste lugar
encargos de la corona.
Ardua prisión en secreto
al venir me encomendó,
y estoy á cumplirla yo
por obligación sujeto.
Tu amor, bella Margarita,
sin mí no se hallaba bien,
y á fe, hermosa, que también
te agradecí la visita.
Mas ya la tormenta crece,
y en motines rebelado
se declara el Principado
contra el rey, según parece.
En tal punto, es ya preciso
que te vuelvas á Pamplona.

MARGARITA

Y tú?

DON PEDRO

Acecho á Barcelona
hasta posterior aviso.

MARGARITA

Conque yo me he de salvar
mientras en peligro quedas?
No; mientras partir no puedas,
contigo me he de quedar.

DON PEDRO

Margarita, es excesivo
cariño: mi obligación
es quedarme.

MARGARITA

En aflicción
continua, Peralta, vivo.
Cuando mi amor no me quita
el servicio de la ley,
mi amor me enajena el rey
y ahí se queda Margarita.
En continuo sobresalto,
dudo si mueres ó vives...
Siempre desde el campo escribes
que hay encuentro, ó que hay asalto.
Si hoy aguardo un mensajero,
mañana, por impericia,
me dan falsa una noticia
que ni me importa ni espero.
Hoy nos partimos de aquí;
mañana vamos allá,
y la vida se me va,
Peralta, en temer por tí.
Tu amor busco y no le hallo:
que al darte amorosas quejas,
suena un clarín, y me dejas
por la lanza y el caballo.

DON PEDRO

Oh! Ponderas, Margarita,
la exigencia de la ley,
que me necesita el rey
si el amor me necesita.
Y entiéndelo al fin mejor,
que en estas rebeldes guerras
yo le defiendo sus tierras
y él me defiende mi amor.
Entronizado el de Viana
por indolencia, ya ves
del partido agramontés
lo que sería mañana.

MARGARITA

Quién sabe! Ese rey don Juan
que con empeño prolijo
persigue tanto á su hijo,
premiará al cabo tu afán?

DON PEDRO

Y qué importa si me olvida?
Obedecerle no es ley?
Pues yo lidio por mi rey
mientras me dure la vida.

MARGARITA

Padre que tanto se encona
con un hijo que se humilla,
olvidar no habrá en mancilla
á quién debe la corona.
Diz que el príncipe insolente
contra su vida atentó,

mas quien tal le levantó,
traidor y villano, miente.

DON PEDRO

Qué te se alcanza, amor mío,
de esas quimeras á tí?
Segura no estás aquí,
y en que partas me confío.

MARGARITA

Cuándo?

DON PEDRO

Esta noche.

MARGARITA

Quizá
obedecerte me pesa.

DON PEDRO

Margarita, esto interesa.

MARGARITA

Pues tú lo quieres, será.

DON PEDRO

Apronta, pues, tu equipaje
para dentro de una hora.
Tú, Beatriz, ve al hórreo ahora
y díle á Juan que se baje
al puente con los caballos;
que nos marchamos no noten,
y en el lugar se alboroten
algunos malos vasallos.

BEATRIZ

Voy, pues.

DON PEDRO

Id y despachad,
que mucho la noche avanza,
y está toda mi esperanza
en su densa oscuridad.

(Beatriz se va por la derecha. Don Pedro y Margarita entran en su casa por la puerta del fondo, y sale por la izquierda don Carlos embozado.)

ESCENA III

DON CARLOS

Hay más desventuras hoy,
pese á mi negra fortuna!
Ciérranseme una por una
las sendas que á seguir voy.
Ni fin ni esperanzas hallo
en suerte tan enemiga;
cayó muerto de fatiga
en el campo mi caballo.
Y ahora, cuando por suerte,
si dos leguas avanzara,
acaso á evitar llegara
mi desventura... ó mi muerte!
Oh...! Mas si Dios fué servido
disponerlo de otro modo,
Dios es el Señor de todo
y razón le habrá movido.
(Viendo el Crucifijo.)
Señor, sabéis que mis quejas,
en el afán de mis duelos,
dirigí siempre á los cielos
de mi prisión por las rejas.
Las estrellas solitarias
de cien noches, son testigos
que oré por mis enemigos
en mis humildes plegarias.
Erré, y enmendé mi error;
agravié, mas satisfice;
cuanto pude, Señor, hice
hasta en mengua de mi honor.
Otorgué cuanto pidieron;
cedí, me entregué en sus manos,
y ellos entonces, villanos,
con más audacia me hirieron.
Cuanto esperaba perdí...
(De rodillas.)
Señor, vuestra hechura soy;
si hay más desventuras hoy,
caigan, si os contenta, en mí.

ESCENA IV

DON CARLOS *y* BEATRIZ

BEATRIZ

(Nuestro viaje está dispuesto;
dentro de un hora partimos;
si viajamos ó si huímos,
Dios lo sabe... Mas, qué es esto?
Allí de hinojos un hombre
casi á la puerta de casa?)

DON CARLOS

(Viendo á Beatriz.)
(Por favor diré á quien pasa
de este lugar me dé el nombre.)
Buena mujer, perdonad;
mas diréisme dónde estoy?

BEATRIZ

Brava cuestión, por quien soy!
Forastero es?

DON CARLOS

Contestad.
Qué pueblo es éste?

BEATRIZ

Me gusta
el modo de preguntar.

DON CARLOS

Ved si habéis de contestar,
ó id adelante.

BEATRIZ

(Qué adusta
condición.) Es Vallirana.

DON CARLOS

Dista Barcelona mucho?

BEATRIZ

Váis allá?

DON CARLOS

Puede.

BEATRIZ

Qué escucho?
No hagáis tal; por el de Viana
se han alzado en rebelión,
y si sois de los del rey...

DON CARLOS

Sí por cierto!

BEATRIZ

Pues no hay ley
que os liberte.

DON CARLOS

En conclusión,
cuánto dista Barcelona?

BEATRIZ

Tres horas.

DON CARLOS

Podéis decir
quién dé un caballo en que ir
hasta allá, si se le abona?

BEATRIZ

Yo conozco poca gente
de este pueblo.

DON CARLOS

Si queréis,
hoy enriquecer podéis
amigo, deudo ó pariente.

BEATRIZ

Cómo?

DON CARLOS

Al que quiera un caballo
venderme en este lugar,
tanto oro le podré dar
que no sienta el ser vasallo.

BEATRIZ

Oh! Á mi señor no hace falta
el oro.

DON CARLOS

Luego servís?

BEATRIZ

Y á un buen amo.

DON CARLOS

(Con prontitud.) Á quién, decís?

BEATRIZ

Á don Pedro de Peralta.

DON CARLOS

Peralta! *(Con interés.)*

BEATRIZ

(Pero qué digo.)

DON CARLOS

Agramontés?

BEATRIZ

Sí, por Dios.

DON CARLOS

Conde?

BEATRIZ

Conocéisle vos?

DON CARLOS

Mucho que sí; soy su amigo.
Mas callad.

BEATRIZ

Ay! Y á no ser
porque con su amigo dí,
ya me iba á perder aquí
por mi lengua de mujer.

DON CARLOS

Más bajo.

BEATRIZ

Tenéis razón,
que ahora bien se necesita
prudencia.

DON CARLOS

Está Margarita
con él en esta ocasión?

BEATRIZ

Sí, mas antes de la aurora
á Pamplona nos volvemos.

DON CARLOS

Cómo?

BEATRIZ

Caballos tenemos
para dentro de una hora.

DON CARLOS

Gracias, fortuna!
(La coge por distracción la mano.)

BEATRIZ

Qué hacéis?

DON CARLOS

Escuchad: si á Margarita
dáis aviso...

BEATRIZ

Yo una cita?

DON CARLOS

Llamadla así si queréis,
mas decidla...

BEATRIZ

No diré
ni el Credo.

DON CARLOS

Ved que me va
la vida aquí.

BEATRIZ

No será.

DON CARLOS

Pues un papel os daré.
Enseñádsele, por Dios,
y amparáis á un desdichado.

BEATRIZ

Y quién sabe...!

DON CARLOS

Si cuidado
os da, leedle.

BEATRIZ

Mas vos...

DON CARLOS

Nada tenéis que temer;
el nombre que aquí va escrito
no tiene más que un delito.

BEATRIZ

Un delito!

DON CARLOS

Sí, el nacer.

BEATRIZ

Pues quién sois?

DON CARLOS

Nada os importa;
mirad si el papel lleváis,
que en él la vida me dáis.

BEATRIZ

Vuestra esperanza es bien corta,
mas dadme acá ese papel
si es cierto lo que decís.

DON CARLOS

Tomad.

BEATRIZ

Pero si mentís,
Dios os maldiga por él.
(Beatriz toma el papel y entra en casa de Peralta.)

ESCENA V

DON CARLOS

Oh! Gracias, Dios de bondad!
Que en vuestra mente infinita
me habéis dado en Margarita
acaso la eternidad.
No, no ha de ser tan villana
ni tan infame conmigo,
quien fué consuelo y testigo
de las cuitas de mi hermana. *(Pausa.)*
Porque, qué vale, en verdad,
mi humildad y mi silencio,
si yo propio me sentencio
con mi llanto y mi humildad?
Huiré lejos, muy lejos,
déme quien pueda un caballo,
y acaben, rey ó vasallo,
pesares ya tan añejos.

ESCENA VI

(Don Pedro asoma al balcón, que deja ver la luz con que se supone alumbrada la habitación. Don Carlos está de espaldas á él y casi debajo del Cristo que habrá en una esquina á la izquierda.)

DON PEDRO

(Mirando hacia la derecha.)
Nada. Rumor no se siente
á través del aire manso;
ni sosiego ni descanso
por el rey con esa gente.
Dejan al amanecer
los rebeldes la ciudad,
pero les lleva en verdad
gran ventaja mi mujer.
Los caballos son briosos,
extraviados los caminos,
y fieles los campesinos
de esos pueblos montañosos.
Oh! Sin azar llegarán;
y si al rey salvo igualmente,
por Dios que tranquilamente
los rebeldes me hallarán.

Mas veo en aquella esquina
un embozado en acecho...
y reza, según sospecho,
ante la imagen divina.
La luz quitaré de aquí
por que la sombra me encubra,
no sea que me descubra
por espiarle, él á mí.
(Queda el balcón á oscuras.)

ESCENA VII

MARGARITA, BEATRIZ, DON PEDRO *y* DON CARLOS

(Ábrese la puerta y sale Margarita con velo, quedando ésta y Beatriz un momento en el umbral; don Pedro vuelve á ponerse en el balcón en cuanto quita la luz, y don Carlos vuelve la cabeza al ruido de la puerta y voz de Margarita.)

MARGARITA *(Á Beatriz.)*

Dices que me espera ahora?

BEATRIZ *(Á Margarita.)*

Al pie de aquel Cristo.

MARGARITA

Al punto
vuelvo.

BEATRIZ

Allí está.

MARGARITA

Y de este asunto
á tu amo...

BEATRIZ

Estoy, señora.
Le diré que el equipaje
estáis, en vuestro aposento,
arreglando, y un momento
retardaremos el viaje.

DON PEDRO

(En el balcón.)
Por Dios, que abrieron lá puerta,
y ví, con la luz escasa,
salir alguien de mi casa.

BEATRIZ

La puerta queda entreabierta;
cuando volváis empujad,
y entraréis sin hacer ruido.
(Beatriz cierra; Margarita se adelanta hacia don Carlos, y don Pedro hace un movimiento de atención muy marcado.)

ESCENA VIII

DON PEDRO *en el balcón;* DON CARLOS *y* MARGARITA *en la calle*

DON PEDRO

(Por Cristo que estoy corrido;
no es mi mujer? Sí en verdad.)

MARGARITA

Mi señor...!

DON CARLOS

No me nombréis.

MARGARITA

Las lágrimas á los ojos
siento al veros. Siempre abrojos
bajo las plantas tenéis!
Qué es de vos?

DON CARLOS

Tan desdichado
como siempre.

MARGARITA

Y vuestra hermana?

DON CARLOS

Prisión, con ira inhumana,
en un convento la han dado.

MARGARITA

Y en cuál?

DON CARLOS

Es la voz común
que en Tolosa gime ahora.

MARGARITA

Infeliz!

DON CARLOS

Y vos, señora,
qué os hacéis? Me amáis aún?

MARGARITA

Más que nunca cada día.

DON CARLOS

Sabréis, pues, mis desventuras.

MARGARITA

Por noticias muy seguras,
y las lamento á fe mía.

DON CARLOS

Acaso vos solamente
mi corazón conocéis.

MARGARITA

Y acaso de mí podéis
fiaros ya únicamente.

DON CARLOS

Cuál me han tratado!

MARGARITA

Lo sé.
Mas, posaréis mucho aquí?

DON PEDRO

(Les oigo hablar, pese á mí,
mas no les entiendo qué.)

DON CARLOS

Espero tan sólo en vos
que esta noche me salvéis.

MARGARITA

Oro, caballos queréis?
Nadie os seguirá, por Dios!
Mas, don Carlos, vuestra tez
extraño en lo macilenta.

DON CARLOS

Mi juventud me atormenta,
cual pudiera la vejez.
Con el alma destrozada,
con el cuerpo dolorido,
me pesa el haber nacido
á vida tan desgraciada.
Véis á la luz moribunda
de esa santa lamparilla
la palidez amarilla
que la mustia faz me inunda?
Pues lo que hacer no pudieron
las garras de las pasiones,
los hierros de las prisiones
y los pesares lo hicieron.
Lloráis; pobre Margarita!
Me amáis, y os doléis de mí;
pero Dios lo quiso así
en su justicia infinita.

MARGARITA

Huid, señor.

DON CARLOS

Déjame hablar
un corto instante contigo,
que jamás tuve un amigo
con quien partir mi pesar.

MARGARITA

Ah! Bien conmigo podéis
dividirle si eso os place,
que más de veinte años hace
que aquí posesión tenéis.

DON CARLOS

Oh! Y por escuchar tu acento,
por mirar un solo instante
la expresión de tu semblante,
no hay difícil sufrimiento.
Al verte, al oirte hablar,

que aun soy feliz me parece,
mi ser se rejuvenece,
vuelvo la existencia á amar!
Que es tan dulce á un desdichado
recordar lo que pasó,
que vivo un instante yo
soñando con lo pasado.

MARGARITA

(Con entusiasmo.)
Ah! Pues vivid y soñad
si os inspiro un blando sueño,
y ojalá pueda mi empeño
velaros la realidad.

DON CARLOS

Cuán al vivo me recuerdas
las venturas que me huyeron,
Margarita! Qué se hicieron
aquellas noches... te acuerdas?

MARGARITA

Sí me acuerdo! Cuán hermosa
estaba la infeliz Blanca.

DON CARLOS

Llanto de dolor me arranca
esa memoria preciosa.
La noche entera pasábamos
en dulcísimos cariños.

MARGARITA

Como que éramos tres niños
y con afán nos amábamos.

DON CARLOS

Niños, sí; cuán inocentes
entonces, cuán descuidados!
Y después, cuán desdichados!

MARGARITA

Pero nunca diferentes
de aquellos tiempos dichosos
en que, en brazos de la infancia,
no salían de una estancia
nuestros planes ambiciosos.
Siempre nos hemos querido
como amorosos hermanos,
por más que amaños tiranos
separarnos han podido.
Os acordáis, no lo dudo,
de aquella sangrienta tarde
en que de un hombre cobarde
vos me servísteis de escudo?

DON CARLOS

Eso es demás, Margarita.

MARGARITA

Y habéis acaso olvidado
que os anunció un embozado
en Lérida mi visita?

DON CARLOS

Oh!

MARGARITA

Á vos no haberme acudido
y puesto á los pies del rey,
bajo el peso de la ley
sucumbiera mi marido.

DON CARLOS

No hay más de aquéllo que hablar.

DON PEDRO

(De amores es la querella,
y por Dios santo que de ella
jamás lo llegué á pensar.)

MARGARITA

La vida ambos os debemos,
Pérez de Peralta y yo.

DON CARLOS

Habéiselo dicho?

MARGARITA

No;
mas al fin se lo diremos,
si á vuestra fortuna importa.

DON CARLOS

No, fuera menguado vicio
valerse de un sacrificio
que costó pena tan corta.

Y es tan tenazmente adicto
al partido agramontés,
que echarse en sus manos es
muy peligroso á un proscripto.

MARGARITA

Si es agramontés, es noble.

DON CARLOS

Por eso será leal,
y en salvar la causa real
será su conato doble.

MARGARITA

Por más que sea, señor,
apegado á su partido,
Pérez con honra ha nacido
y nunca será traidor.
La vida le habéis salvado;
y aunque es para él un secreto,
él os valdrá en este aprieto,
si no leal, obligado.

DON CARLOS

Cuán buena sois, Margarita;
de gracia y virtud cuán llena.

MARGARITA

No sé, por Dios, si soy buena,
mas la injusticia me irrita.
Os veo desde la cuna
acechado y perseguido,
más que por mal merecido,
por vuestra mala fortuna.
Yo la amiga fiel y sola
fuí de Blanca vuestra hermana,
y de olvidarla villana
no hubiera sangre española.

DON CARLOS

Oh! Y para quien la ha proscrito
no tiene ella sobre sí
más que el parecerse á mí,
que ese es su único delito.

MARGARITA

Vos fuísteis el protector
de mi honor en la orfandad;
conmigo en la soledad
ella partió su dolor,
y yo seré agradecida,
señor, á tantos favores,
si no cual sois acreedores,
con honra, haciendas y vida.
Enemigo es mi marido
de vuestra gente, mas voy
á arriesgar para vos hoy
cuanto valgo. —Os he pedido
me digáis qué es lo que os falta.

DON CARLOS

Mas mirad bien...

MARGARITA

Qué queréis?
Pedidme, que os salvaréis
aun contra el mismo Peralta.

DON CARLOS

Angel de mi triste vida...!

MARGARITA

Dejad plegarias agora,
y hablad de vos, que ya es hora.

DON CARLOS

Pues oid. Si á toda brida
corriendo la noche entera
y arriesgando mi persona
con el alba en Barcelona
acogerme al fin pudiera,
salvárame de una vez
de enemigos y traidores.

MARGARITA

De los caballos mejores
de mi marido, escoged.

DON CARLOS

Mas Peralta...

MARGARITA

Antes sois vos,
y si vos de esta tormenta
os salváis, quedo contenta
aun pagando por los dos.

DON CARLOS

Margarita!

MARGARITA

Venid, pues;
oro os daré y un caballo,
con un guía que vasallo
de mis baronías es.

DON CARLOS

Del bien que ahora me hacéis
será mi memoria inmensa.

MARGARITA

Una sola recompensa
quiero por él que me déis.

DON CARLOS

Por mucho que sea, estoy
en que es mayor mi deseo.

MARGARITA

Por si á Blanca más no veo,
decidla lo que hice hoy.
(Vánse don Carlos y Margarita por la derecha; don Pedro al verlos marchar dice:)

DON PEDRO

Celoso estoy, vive Dios,
y avergonzado además.
(Cierra el balcón y sale por la puerta diciendo:)
La muerte llevan detrás;
si no es sueño, ay de los dos!
(Váse detrás de ellos.)

ESCENA IX

DON JUAN *y* NOGUERAS

(Salen por el lado opuesto don Juan y Nogueras armados, don Juan con armadura completa y calada la visera. Ocho ó diez soldados detrás.)

NOGUERAS *(Á don Juan.)*

Dióle el caballo la vida,
que iba veloz como el viento;
yo le perdí en un momento,
aunque corrí á toda brida.

DON JUAN

(Impaciente.) Acabemos, vive Dios!
y sin hablar del caballo,
Nogueras, tan mal vasallo
ha sido él hoy, como vos.

NOGUERAS

Es injusticia; esas nieblas
no véis? Qué más pude hacer?

DON JUAN

Correr, Nogueras, correr
hasta hallarle en las tinieblas.

NOGUERAS

Mas en noche tan oscura,
sin práctica en los caminos,
darle caza de los pinos
entre la áspera espesura,
era imposible.

DON JUAN

Eso más?

NOGUERAS

Á dar un punto la cara,
por Cristo que le matara.

DON JUAN

Hiciéraislo por detrás.

NOGUERAS

Á traición!

DON JUAN

No era lo mismo?

NOGUERAS

Soy cristiano, y tengo honor.

DON JUAN

No reza con un traidor,
Nogueras, el catecismo.
Si es la voluntad del rey
que muera ó se dé á prisión,

cara cara ó á traición,
cumplíais vos con la ley.

NOGUERAS

(Con intención.) Perdonad si digo mal,
mas tanta ira el rey tiene
que á cualquier medio se aviene
si vence?

DON JUAN

(Después de un instante de duda.)
Todo es igual.
Con tal que muera en secreto
con visos de puro azar
(y quede el que pueda hablar
á eterna noche sujeto).

NOGUERAS

Bien; pues dad que en mi arrebato
le alcanzo y le doy la muerte;
qué hiciera el rey si por suerte
en su lugar á otro mato?

DON JUAN

Fuera rebelde también
y con justicia muriera.

NOGUERAS

Y si rebelde no era?

DON JUAN

Bien, Nogueras; está bien.
No hay más en ello que hablar;
pues que al fin de cualquier modo
se escapó, se acabó todo,
salgamos de este lugar.

NOGUERAS

Así volveros queréis?

DON JUAN

Si no le habéis conocido
con la niebla, y él ha huído,
no sé qué remedio halléis.

ESCENA X

RANGEL *saliendo apresurado se pone delante de* DON JUAN *y* NOGUERAS, *como esperando que le pregunten.*

NOGUERAS

Qué es?

RANGEL

Si para hablar licencia
me dáis?

DON JUAN

Adelante.

RANGEL

Ya
cogido el rebelde está.

NOGUERAS

Con verdad?

RANGEL

Con evidencia.
El caballo que tomó
de vuestra caballeriza
no era...?

DON JUAN

Color de ceniza.

RANGEL

Cabos negros.

DON JUAN

Sí.

RANGEL

Pues yo,
por la cerca del lugar
receloso jineteando,
me le he topado espirando.

NOGUERAS

Estáis cierto?

RANGEL

Á no dudar;
le hemos quitado la silla,
y de la falda escarlata
bordado está sobre plata
vuestro escudo en una orilla.

NOGUERAS

(Á don Juan.) (Él es, pues.)

DON JUAN

(Á Nogueras.) (Sin duda alguna.)
Mas según la noche avanza,
no le queda otra esperanza
que la noche y su fortuna.

NOGUERAS

Habrá dentro del lugar
hallado algún escondite.

DON JUAN

Pues es fuerza que se evite
que se nos vuelva á escapar.
Mas oye: sabe quién es
esta gente el perseguido?

NOGUERAS

Ninguno.

DON JUAN

Y me ha conocido
alguien?

NOGUERAS

No.

DON JUAN

Adelante pues.
El pueblo en redor cerquemos,
y que no quede por ver
casa ó choza.

NOGUERAS

Es menester
que la caza no espantemos.
Yo en silencio nuestra gente
por doquiera apostaré,
y ó Nogueras no seré,
ú os entrego al delincuente.

DON JUAN

Vamos pues.

NOGUERAS

Oye, Rangel,
haz las calles espiar
por peones, y si á dar
llegan por suerte con él,
ya que fugarse pretenda,
ya que se esconda ó resista,
el que le ponga la vista
que le siga ó que le prenda.
(Vánse don Juan y los soldados primero; Nogueras y Rangel quedan solos en la escena á los últimos versos.)

ESCENA XI

(Interior de una casa pobre: á la izquierda una alacena ó armario. Á la derecha un balconcillo bastante bajo de antepecho. Luz artificial.)

BRÍGIDA

Con qué cuidado me tiene
mi Blas! Tengo el corazón
en un hilo. Las diez son,
válgame Dios, y no viene.
(Asómase á la ventana.)
Y esta noche cuántos ruidos
que suenan por el lugar...
Y nada puedo alcanzar,
por más que soy toda oídos.
Este diablo de ventana
da nada más que á un jardín;
luego este barrio es el fin,
lo peor de Vallirana.
De manera que aunque se halle
medio de oir ó atender,
no puede una nunca ver
lo que sucede en la calle.
Pero en la escalera siento
pasos... Ay! Si será Blas?
(Llaman á la puerta.)

Llamaron... *(Otra vez.)* De prisa estás.
Allá voy... *(Otra vez.)* Voy al momento.
(Abre, y entra Margarita azorada como salió en la escena octava.)
Dios mío!

ESCENA XII

MARGARITA *y* BRÍGIDA

MARGARITA

Nada temáis;
permitid que en vuestra casa
me oculte.

BRÍGIDA

Pero qué pasa?

MARGARITA

Y tomad.

BRÍGIDA

Oh! Qué me dáis?

MARGARITA

Nada; guardadlo.

BRÍGIDA

Dinero!

MARGARITA

Para vos.

BRÍGIDA

Imposible es.

MARGARITA

Lo dejo.

BRÍGIDA

Dejadlo, pues.

MARGARITA

Mas salvarme es lo primero.

BRÍGIDA

Mas, quién sois? Qué queréis vos?

MARGARITA

Cerrad corriendo esa puerta.

BRÍGIDA

Acabad, me tenéis muerta.

MARGARITA

Prestadme atención, por Dios.
Dentro de un instante, un hombre
vendrá en mi busca quizá,
grueso, alto, cano, estáis?

BRÍGIDA

Ya.

MARGARITA

Aunque él mismo rey se nombre,
no le abráis.

BRÍGIDA

No le abriré.

MARGARITA

Mirad que me va la vida.

BRÍGIDA

(Ella está tan aturdida,
que da compasión á fe.)

MARGARITA

Mas tened cuenta, y por Dios,
que no los equivoquéis.

BRÍGIDA

Cómo!

MARGARITA

Que entrar le dejéis.

BRÍGIDA

Al viejo?

MARGARITA

No.

BRÍGIDA

Pues son dos?

MARGARITA

No dije...

BRÍGIDA

De uno no más.

MARGARITA

Pues escuchad con cuidado:
tal vez vendrá otro embozado.

BRÍGIDA

Delante de ese, ó detrás?

MARGARITA

Delante ó detrás, no sé,
mas al mancebo es preciso
que déis al punto un aviso.

BRÍGIDA

Y qué aviso?

MARGARITA

Os le diré.
Que aquel de quien he huído,
aquel con quien él reñía,
que huya de él.

BRÍGIDA

Qué algarabía!

MARGARITA

Que huya, sí, que es mi marido.

BRÍGIDA

(Pues estamos bien, y yo
que...)

MARGARITA

Llaman? No abráis sin ver
dónde me puedo esconder.
(Llaman con fuerza muchas veces.)

BRÍGIDA

Tirará la puerta.

MARGARITA

Aun no.
Aguardáos un instante.
(Da con la alacena, se mete dentro, aparta la mesa, y hacen entre las dos lo que dicen los versos.)
Cerradme en esta alacena.
Traed la mesa. *(La pone delante.)*
Estad serena.

BRÍGIDA

(Habrá enredo semejante!)
Y si viniera mi Blas
entre tanta confusión...
(Va á la puerta, y en el momento que la abre, se entra don Carlos embozado.)
Quién...? Pues se entra de rondón.
(Mirándole.) Será el de alante ó de atrás?

ESCENA XIII

MARGARITA, *oculta;* BRÍGIDA
y DON CARLOS

DON CARLOS

Decidme, buena mujer,
no habéis abierto la puerta
á una dama?

BRÍGIDA

(Mirándole todavía.) (Y quién acierta
cuál de los dos puede ser?)

DON CARLOS

Acabad, por vuestra vida.
Dónde está?

BRÍGIDA

Quién?

DON CARLOS

Esa dama.

BRÍGIDA

Qué dama? Cómo se llama?

DON CARLOS

No hagáis la desentendida,
porque yo la he visto entrar.

BRÍGIDA

Serían vuestros recelos.

DON CARLOS

Apartad, viven los cielos,
que yo la entraré á buscar.
(Don Carlos entra por la izquierda; cáesele el embozo, y Brígida, que no ha cesado de mirarle, dice:)

BRÍGIDA

Ah! Es el mozo.

ESCENA XIV

DICHOS *y* DON PEDRO

(Cuando todavía le está mirando, y apenas se ha ocultado don Carlos de la vista del público, entra por la puerta, que aun tendrá abierta Brígida, don Pedro, que la dice de repente:)

DON PEDRO

Vive Dios,
que aquí una mujer ha entrado,
y después un embozado:
decid dónde están los dos.

BRÍGIDA

(Dios mío!) Señor...

DON PEDRO

Por Cristo,
que si niega...

BRÍGIDA

Si en mi casa...

DON PEDRO

Yo sé lo que en ella pasa.

BRÍGIDA

Nadie entró.

DON PEDRO

Yo les he visto.

BRÍGIDA

Señor...

DON PEDRO

Despache.

BRÍGIDA

Si aquí...

DON PEDRO

Yo, por Dios, los buscaré,
y si los hallo, yo haré
que no os olvidéis de mí.
(Váse á entrar don Pedro por otro bastidor de la izquierda, y vuelve á entrar don Carlos, con quien se encuentra cara á cara.)

DON CARLOS

(Maldita mi estrella impía!
Mi suerte está en manos de ella,
y pierdo, necio, su huella
cuando más falta me hacia.)

DON PEDRO

(Él es.)

DON CARLOS

(Mas qué veo, cielos!)

DON PEDRO

Caballero!

DON CARLOS

Qué queréis?

DON PEDRO

De esta casa no saldréis.

DON CARLOS

Quién lo estorbará?

DON PEDRO

Mis celos.
Qué hicísteis de mi mujer?

DON CARLOS

Y es á mí á quien la pedís?

DON PEDRO

Con vos vino.

DON CARLOS

No.

DON PEDRO

Mentís;
y me la habéis de volver,
ó por Dios que os acuchillo.

DON CARLOS

(Habrá desdicha mayor!)

DON PEDRO

Decid, ó á vuestro valor
apelad.

DON CARLOS

Es más sencillo! *(Riñen.)*
(Si no hay medio más seguro
de huir que matar á este hombre,
nada al fin hay que me asombre,
mi mala fortuna apuro.)

BRÍGIDA

Y qué va á ser hoy de mí?
Cielos, socorro, socorro!
Todo á alborotarlo corro.

DON CARLOS

(Mi suerte se cumple aquí.)

ESCENA XV

DICHOS *y* RANGEL

RANGEL

(No me engañé; él es; el mismo;
aquí mi astucia me valga.)
(Se pone de parte de don Carlos.)
Qué es aquesto, gente hidalga?

DON CARLOS

Quitad.

RANGEL

Eso es heroísmo.
Soy con vos.
(Á don Pedro, poniéndose de su parte.)

DON PEDRO

Quitad también.

RANGEL

Pues que reñís uno á uno,
yo he de reñir por alguno,
y he de dar á donde den.

BRÍGIDA

(Dentro.) Entren aquí.

RANGEL

(Cayendo.) Muerto soy.

DON CARLOS

La justicïa y ya hay un muerto...?
Ese balcón no da á un huerto?
Sí.
(Don Carlos gana el balconcillo, salta por él con la mayor rapidez posible, y don Pedro colérico dice:)

DON PEDRO

Cobarde...! Tras él voy.
(Váse tras él.)

ESCENA XVI

MARGARITA *en la alacena;* RANGEL *tendido;* BRÍGIDA, EL ALCALDE, JUSTICIA *y* GENTE.

BRÍGIDA

Esta es, señores, mi casa,
y no sé por qué pecado
tanta gente en ella ha entrado,
duende ó diablo...

ALCALDE

Mas qué pasa?

BRÍGIDA

(Viendo á Rangel.)
Ay! Dios de mi corazón!
Mirad!

UNO

Un hombre caído.

OTRO

Muerto está.

UNO

No más que herido.

ALCALDE

Á ver, dáos á prisión. *(Á Brígida.)*

BRÍGIDA

Pero, señor...

ALCALDE

Ó decid
quién aquí mató á ese hombre.

BRÍGIDA

Si jamás supe su nombre.

ALCALDE

Pues á la cárcel venid.

BRÍGIDA

Esperad, que yo os diré
lo que sepa. Ha poco rato
que entró con mucho recato
aquí una mujer.

ALCALDE

Dad fe.

BRÍGIDA

Al verla, de miedo llena,
que apenas hablar podía
porque un hombre la seguía,
la metí en esa alacena.

ALCALDE

Veámosla, pues.
(Bájanse todos hacia la parte del teatro en que está la alacena, dejando expedito el paso de la puerta.)

ESCENA XVII

DICHOS *y* MARGARITA

MARGARITA

Tenéos!

ALCALDE

Y con la cara tapada!
Descúbrase la taimada.

MARGARITA

De mi desdicha doléos.

ALCALDE

Fuera el velo.

MARGARITA

Por piedad,
que os compadezca mi llanto.

ALCALDE

Mostrad, ú os arranco el manto
sin...

MARGARITA

Villano, no en verdad.
Si llega á poner en mí
la mano algún atrevido,
cuéntese de muerte herido.

ALCALDE

Amagáis?

MARGARITA

De muerte, sí.

ALCALDE

Yo sé que manda la ley...

MARGARITA

Tenga quien la ley auxilia,
cuenta con una familia
que es tan noble como el rey.

ALCALDE

Qué hacemos?
(El Alcalde se vuelve á los demás, que se encogen de hombros, y miran estúpidos á Margarita. Entre tanto llega don Pedro hasta donde están.)

ESCENA XVIII

DICHOS *y* DON PEDRO

DON PEDRO

(Pues que él halló
camino en la oscuridad,
ella pagará en verdad
lo que el galán no pagó.)
(Se muestra al Alcalde.)
Me conoce? Calle pues!
Mirando á su buena fama
y al secreto, de esta dama
mi casa la cárcel es.
Yo daré al juez mis razones,
y por que bien todos queden,
llegarse á mi casa pueden
á tomar declaraciones.
(Ofrece el brazo á Margarita con severidad, y ella le toma)

MARGARITA

Valedme, santos del cielo!

DON PEDRO

Hidalgos, que os guarde Dios.
(Vánse don Pedro y Margarita.)

ESCENA XIX.

EL ALCALDE, EL ESCRIBANO *y los demás alrededor de* RANGEL, *le levantan, le desabrochan, etc.*

ALCALDE

Uno queda de los dos,
acudamos al del suelo.

UNO

Está sin herida alguna.

OTRO

Mirarle bien la cabeza.

OTRO

Callad, que á volver empieza.

EL PRIMERO

También ha sido fortuna!

ESCENA XX

DICHOS, DON JUAN, NOGUERAS *y gente de armas*

DON JUAN *(Á Nogueras.)*

Conque le hallaron?

NOGUERAS

Rangel
le ha seguido hasta esta casa.

DON JUAN

Veamos, pues, lo que pasa,
y si no ha dado con él,
le empalo.

NOGUERAS

Mas héle ahí.

DON JUAN

(Se acerca á Rangel, y asiéndole de un brazo, le dice, como de superior á inferior:)
Qué es ello?

RANGEL

(Levantándose y dejando de disimular.)
Señor, sois vos!

DON JUAN

Díste con él?

RANGEL

Con él dí.
Cercásteis el pueblo?

DON JUAN

Sí.

RANGEL

Pues ya es nuestro, vive Dios!

ALCALDE

(Van á salir, y el Alcalde se pone por delante.)
En nombre, hidalgos, del rey
se tengan.

NOGUERAS

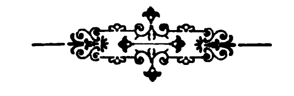
Atrás.

DON JUAN

Salgamos.

RANGEL

(Encasqueta al Alcalde el sombrero hasta los ojos de una palmada, diciéndole con mofa:)
Donde nosotros estamos,
nosotros somos la ley.





ACTO SEGUNDO

Salón en casa de D. Pedro de Peralta. Puerta en el fondo, que da al interior y exterior de la casa. A la izquierda el gabinete de Margarita; á la derecha la habitación de D. Pedro; una ventana con reja; mesa, sillones, etc., etc. Luz artificial.

ESCENA PRIMERA

BEATRIZ

(En el momento de alzarse el telón está Beatriz cerrando la puerta del fondo, por donde se supone que acaba de entrar, y se dirige hacia el gabinete de Margarita.)

Mucho mi señora tarda;
Dios me la saque con bien,
que si en el pueblo la ven,
y soplan, buena la aguarda.
Voy, por ahorrar detención,
á completar su equipaje;
porque á fe que nuestro viaje
quiere priesa y precaución.

(Entra en el gabinete, quedando sola la escena por un corto instante, después del cual aparecen don Pedro y Margarita del brazo; ella con velo, y él embozado, como salieron de la escena en el acto primero.)

ESCENA II

DON PEDRO *y* MARGARITA

DON PEDRO

Bien, señora, muy bien, por vida mía;
son éstos los cuidados de una dama
por un hidalgo á quien la luz del día
es menos cara que su limpia fama?
Esto es honra, es amor, es hidalguía?
Decidme, si acertáis: cómo se llama
la que vende su fe y amor primero,
por el amor de un torpe aventurero?
Do váis en medio de la noche oscura,
después de oculta y amorosa cita,
mientra el esposo de la amante inspira
vuestra fortuna y salvación medita?
Los rebeldes temiendo, por ventura,
me iban á hacer la guardia, Margarita,
en avanzado puesto centinela
que vende á su señor mientras le vela?
Ira de Dios! Si noble no mirara
que sois una mujer, un ruin gusano,
un reptil á quien necio acariciara,
mientras cobarde me mordió la mano,
si de quien soy un punto me olvidara
y ser pudiera cuanto vos villano,
vuestra traidora liviandad no alcanza
la violenta explosión de mi venganza?
Mas concluyamos de una vez, señora;
esta noche saldréis de Vallirana
bien guardada, por gente que aun ignora
cuanto tenéis de ingrata y de liviana.
Vuestro equipaje disponed ahora,
que en un convento dormiréis mañana;
de mí no os acordéis en adelante,
y estad pronta á partir... Vuelvo al instante.

(Váse por la puerta del fondo, cerrando por fuera.)

ESCENA III

MARGARITA

Habrá apuro mayor...! Y si entre tanto,
sin más amparo que mi pobre empeño,
le apresan por rebelde... Cielo santo,
lo estoy palpando y me parece sueño.
Cómo tan presto nuestra cita supo
Peralta...? Desde cuándo así me espía?
Tanta desdicha en él tan sólo cupo,
si es que no lo hizo la torpeza mía.
(Mirando por todas partes.)
Si encontrara una puerta, una ventana!
Si hubiese quien le diera algún aviso!
Si no parte, que al fin caiga mañana
en manos de unos ú otros, es preciso.
Imposible! Esta reja, este aposento
cerrados...! Oh! Y creerá que le abandono;
y si el secreto revelar intento
á mi marido, cuál será su encono!
Enemigo y rebelde...! No. Dios mío,
á salvarle, Señor, prestadme ayuda!
Mas siento pasos... En la suerte fío,
y espero mi ocasión atenta y muda.
(Se sienta recatando el rostro, y al ver asomar á Beatriz por la puerta de su gabinete, da un grito de alegría yendo para ella.)

ESCENA IV

MARGARITA *y* BEATRIZ

MARGARITA

Gracias, Dios mío!

BEATRIZ

Señora,
qué tenéis? Qué ha sucedido?

MARGARITA

Nada, Beatriz; te ha traído
sin duda un ángel ahora.

BEATRIZ

Pero qué pasa? Qué es esto?

MARGARITA

Pérez...

BEATRIZ

(Interrumpiéndola, y ambas con mucho afán en lo restante.)
Con el otro dió.

MARGARITA

Y en la sombra nos siguió.

BEATRIZ

Y os encontró?

MARGARITA

Por supuesto.
Yo al lejos le conocí;
trabóse en la calle un duelo,
llegó gente, me eché el velo,
salí del tropel, y huí.
Siguióme astuto el doncel;
una mujer me escondió,
mas mi marido llegó
á poco tiempo tras él.

BEATRIZ

Y riñeron?

MARGARITA

Sí, por Dios;
mas el ruido dió noticia
del caso; fué la justicia...

BEATRIZ

Y se salvaron?

MARGARITA

Los dos.
Con el temor, con el ruido,
yo no ví por dónde huyeron,
pero á mí me descubrieron,
y al fin dí con mi marido.

BEATRIZ

Santa Polonia nos valga!

MARGARITA

Ahora, Beatriz, es preciso

que yo dé á ese hombre un aviso
y de este aposento salga.

BEATRIZ

Pero señora...

MARGARITA

Qué hay pues?

BEATRIZ

Y otra vez queréis salir?

MARGARITA

Á salvarle ó á morir.

BEATRIZ

Á morir! Tanto interés
os tomáis en su aflicción?

MARGARITA

Porque él su vida salvara,
que me robasen dejara
cuanta hay en mi corazón.

BEATRIZ

Señora, estoy aturdida.
Seis años há que en la casa
estoy, y lo que hoy nos pasa
no se me ocurrió en mi vida.
Una pasión tan violenta
guardábais tan en secreto
que yo jamás ví el objeto!

MARGARITA

Tenga con lo que habla cuenta;
quién la dice que un galán
sea y no un desventurado?

BEATRIZ

Cuándo un infeliz ha dado
á una mujer tanto afán?

MARGARITA

Pues que se salve es forzoso,
sea quien quiera.

BEATRIZ

Vedlo vos.

MARGARITA

(Viendo las llaves que tiene Beatriz á la cintura.)
Tienes llaves?

BEATRIZ

Tengo dos.

MARGARITA

Son?

BEATRIZ

De ahí una. *(De la puerta del fondo.)*

MARGARITA

Dios piadoso!
Pronto, Beatriz, este manto
ponte.
(Margarita la pone de grado ó por fuerza el guardapiés negro y la ata por la cintura su manto, cuya operación dura hasta el fin de la escena, que irá con toda la posible celeridad.)

BEATRIZ

Yo!

MARGARITA

Y esta basquiña.

BEATRIZ

Y el amo?

MARGARITA

Antes de la riña
volveré yo.

BEATRIZ

Cielos santo!
Va al punto...

MARGARITA

Déjale, y calla
por mucho que te amenace.

BEATRIZ

Conque yo soy quien fuego hace
y vos ganáis la batalla?

MARGARITA

Por más que venga furioso...

BEATRIZ

Santo Cristo de la Vega...!

MARGARITA

Tú calla siempre, y si llega
el caso á más, con brioso
acento, y nada te asombre,
díle que te vengarás,
acusándole además
de la muerte de aquel hombre.

BEATRIZ

Mas...

MARGARITA

Silencio; trae la llave.

BEATRIZ

Conque yo sin culpa alguna...

MARGARITA

Es un golpe de fortuna.

BEATRIZ

Mas, hay razón...?

MARGARITA

Dios lo sabe!

(En estos cuatro últimos versos, Beatriz suplicando, Margarita huyéndose de ella, llegan á la puerta; ábrela Margarita, y dejando dentro á Beatriz, sale por fuera.—Beatriz vuelve después al centro del teatro, y se sienta resignada en el sillón, quedando, sobre poco más ó menos, como quedaba Margarita cuando salió don Pedro de la segunda escena.)

ESCENA V

BEATRIZ

Se dará suerte más perra!
Conque por salvarse mi ama,
sin atender á mi fama,
á mí en su lugar me encierra!
Y qué se dirá de mí
cuando sepan que me salgo
de noche con un hidalgo?
Y al cabo, si fuera así!
pase... Pero que al estar
arreglando el aposento,
sin maldito del intento
de ver ni de gulusmear,
culpada he de parecer,
tan sólo por la torpeza
de ir á asomar la cabeza
cuando no era menester!
Y ella! Mi ama...! Habrá valor!
Tras tanta gazmoñería,
á su marido vendía.
Dios le ayude al buen señor!
Mas, suben...! Él es quizás...
Me cubro! Enemiga estrella!
Es mujer, y haré por ella
lo que pueda... nada más.

ESCENA VI

BEATRIZ *y* DON PEDRO

DON PEDRO

Ya los caballos están
preparándose en la oscura
noche, y con planta segura
al convento os llevarán.
Qué decís? No halláis, señora,
una disculpa que darme?
Ó aún más queréis ultrajarme
con vuestro silencio ahora?
Está bien! Muy bien, por Dios!
Si os empeñáis en callar,
al fin tendré yo que hablar,
la última vez, por los dos.
Yo os amaba, Margarita,
más que á la luz de mis ojos;
dí siempre á vuestros antojos
una importancia infinita.
No hubo fiesta ni torneo
en que, por veros contenta,
galán no tuviera en cuenta
vuestro mujeril deseo.

No hubo una lengua atrevida
que á vuestra conducta osara,
que al punto no me pagara
la insolencia con la vida.
No hubo juglar ni cantor
con cuyos cuentos holgárais,
cuyos cuentos no gozárais
del invierno en el rigor.
Constante en vuestro cariño,
á vuestro amor bien leal,
siempre os traté, por mi mal,
como á un caprichoso niño.
Vuestro antojo era mi ley,
vuestra inclinación mi guía;
en mayor cuenta os tenía
que á mi patria y á mi rey.
Por vos tenaz cortesano,
aglomeré en mis blasones
honores y distinciones
que hoy estima el mundo vano.
Por vos á la lid bajé;
y vencido ó respetado,
por daros marido honrado
de continuo me afané.
Con vuestra escasa nobleza
enamoróme, señora,
vuestra beldad seductora,
casi hundida en la pobreza.
Que bien sabéis que en su corte
una princesa os tenía,
más que por vuestra hidalguía,
por vuestra virtud y porte.
Y al cabo, esposa liviana,
mintiendo virtud y amor,
habéis hecho de mi honor
mercadería villana!
Qué hicísteis del corazón
de que yo presente os hice?

BEATRIZ

(Pues si es verdad lo que dice,
á fe que tiene razón.)

DON PEDRO

En callar os obstináis?
Es decir que vuestra culpa
no puede tener disculpa,
ó arrepentida no estáis?
Es decir que, pues carezco
de buena ó mala respuesta,
ó no la tenéis dispuesta,
ó de vos no la merezco?
Es decir que aun orgullosa
con vuestro crimen estáis,
y que á vuestro encierro váis
mujer vil é ingrata esposa?
Muerte aquí mismo no os doy
en un arrebato insano,
porque me tiene la mano
ver quién sois, y ver quién soy.
(Beatriz hace un movimiento de temor.)
Teméis! Recatáis la cara
de ese velo en la doblez!
Tenéis razón; si otra vez
la mostrárais, os matara!
Tapadla, sí, que tan bella
como es por mi desventura,
no viera más que impostura,
infamia y vergüenza en ella.
Venid, señora, conmigo;
(Beatriz permanece inmóvil.)
qué hacéis? Me insultáis de intento?

BEATRIZ

(Ahora me lleva al convento.
Yo canto.)

DON PEDRO

Oís lo que os digo?

BEATRIZ

Señor...

DON PEDRO

Seguidme y callad,
que en el dolor con que lucho...
(Don Pedro la coge de la mano, y al llegar los dos á la puerta, se oye por dentro la voz de Margarita. Don Pedro suelta á Beatriz al oirla, y abre.)

MARGARITA

(Dentro.) Peralta.

DON PEDRO

Cielos, qué escucho!

MARGARITA

(Dentro.) Peralta!

DON PEDRO

(Abriendo.) Es ella, en verdad!

ESCENA VII

DON PEDRO, MARGARITA *y* BEATRIZ

BEATRIZ

(Gracias á Dios que respiro.)

MARGARITA *(Á don Pedro.)*

Bajárasme á despedir,
que ya es hora de partir
á Pamplona... Mas, qué miro!
Una mujer! Por mi vida,
Pérez, que á haberme pensado
que estábais tan ocupado,
me ahorrara la despedida.
Para partirme á Pamplona
es aquesta la razón!
Es ésta la rebelión
que ha estallado en Barcelona!

DON PEDRO

(Confuso.) Si estoy soñando no acierto.
Respondedme, Margarita,
no habéis salido á una cita?
No...?

MARGARITA

Me insultáis?

DON PEDRO

No, por cierto.
Es un misterio espantoso,
una fatal realidad.
(Con afán.)
No habéis hablado, en verdad,
con un galán misterioso?
No entrásteis en una casa
donde ocurrió una pendencia,
donde entró...

MARGARITA

Tanta insolencia
de raya, Peralta, pasa.
Eso á mí me preguntáis
con tan torpe atrevimiento,
y solo en este aposento
con esa mujer estáis?
Mal hidalgo y mal marido,
me íbais, villano, á engañar,
y aún me queréis achacar
lo que habéis vos cometido?
Á mí cuentas me pedís
de vuestros locos amores?
Y han sido vuestros mayores
de noble raza?—Mentís.
Aborto de ajenas faltas,
por un error ó un descuido,
habéis, don Pedro, nacido
en casa de los Peraltas.

DON PEDRO

Margarita! Vive Dios
que si otro tal me dijera,
aquí pedazos le hiciera,
y... agradecédmelo vos.

MARGARITA

Cómo!

DON PEDRO *(Á Beatriz.)*

De dudas salgamos.
Quién sois? Descubríos... presto;
pues vos sois la causa de esto,
qué es aquesto os preguntamos.
Esta mujer es mi esposa,
dadla de esto una razón;
sacadnos, en conclusión,
de esta duda escandalosa.

MARGARITA

(Á Beatriz que, aunque dudosa, va á levantarse el velo.)
Tenéos, no os descubráis;
ya entiendo vuestras marañas;
unas facciones extrañas
sin duda á mostrarme váis;
no las podré conocer,

y vos váis á concluir,
buen Peralta, con decir:
«No conozco á esta mujer.»
No; bien está como está,
de ambos satisfecha quedo.

BEATRIZ

(Válgame Dios, y qué enredo
de golpe ensartando va!)

DON PEDRO *(Á Beatriz.)*

Señora...

BEATRIZ

(Este es otro apuro.)

DON PEDRO

El rostro una vez mostrad,
y, por Cristo, atestiguad
que no os conozco.
Os lo juro! *(Á Margarita.)*

MARGARITA

Eso más, viven los cielos,
hombre imbécil, que por Dios
que siento ahora hacia vos
desprecio y mengua, no celos.

BEATRIZ

(Salgamos pronto de aquí,
antes que el diablo la enrede.)
(Fingiendo un poco la voz, pero sin que toque en el ridículo, á don Pedro.)
Vuesa merced con Dios quede.

DON PEDRO

Así os váis, señora?

BEATRIZ

Sí.
Sin culpa en aquella muerte,
pues sois vos quien le mató,
libre de pena estoy yo,
si bien su merced lo advierte.
Pues parte no tengo alguna
en vuestro fatal error,
dejadme salir, señor,
y válgame mi fortuna.

DON PEDRO

Mas sola...

BEATRIZ

Soy española,
casa tengo, y pues salir
sola me han visto, he de ir
á mi casa otra vez sola.

DON PEDRO

Pero...

BEATRIZ

Dejadme.

DON PEDRO

Y no habéis
de decir...?

BEATRIZ

Es mi secreto.

MARGARITA

(No salió mal del aprieto.)
Mejor es que la dejéis,
que pues ya de cualquier modo
compostura haber no puede,
que se vaya ó que se quede,
es igual para mí todo.
(Coge Margarita á Beatriz, y llevándola á la puerta, la dice en voz alta:)
Id, y si en mi casa os hallo,
preparáos á morir.
(Al oído.) (Ve á Juan corriendo á decir
que me ensille otro caballo.)
(Cierra la puerta con ímpetu, y vuelve á la escena.)

ESCENA VIII

MARGARITA *y* DON PEDRO

DON PEDRO

(Por Dios, que me desatinan
aventuras tan extrañas.)

MARGARITA

(Si no le salvan mis mañas,

esta noche le asesinan.)
Pedro Pérez de Peralta,
escuchadme atentamente,
y lo que voy á deciros
tened en memoria siempre.

DON PEDRO

Concluyamos, Margarita.

MARGARITA

Tenga la lengua si puede,
y escuche atento una vez.

DON PEDRO

Pues no hay remedio, sed breve;
(Se deja caer en un sillón.)
mas no olvidéis que os escucho,
aunque sentado, impaciente.

MARGARITA

Sabéis que en hidalga cuna
nací, y por ello me deben,
si no amor, quien no lo tenga,
respeto; quién se me atreve?

DON PEDRO

Señora...!

MARGARITA

Por vos lo digo,
que torpe esta noche, Pérez,
manchado habéis vuestros timbres
de leal y de valiente.

DON PEDRO

Mirad...

MARGARITA

No sabes, Peralta,
que el honor de las mujeres
es un castillo cerrado
que sus maridos defienden?

DON PEDRO

Pero...

MARGARITA

Y no sabes, Peralta,
que el necio que desguarnece
de este alcázar las troneras
sus puertas abre y le vende?

DON PEDRO

Pero...

MARGARITA

Y no sabes, Peralta,
que al casarnos, mutuamente
á tí te dijeron: —Guárdala!
Y á mí: —Quien te guarde tienes?

DON PEDRO

Pero...

MARGARITA

Y no sabes, Peralta,
que el que á su mujer ofende,
no es león que la custodia,
sino mónstruo que la muerde?

DON PEDRO

Pero...

MARGARITA

Y no sabes, Peralta,
que nunca amorosas pueden
dividir un mismo lecho
la paloma y la serpiente?

DON PEDRO

Pero...

MARGARITA

Y no sabes, Peralta,
que está Margarita Téllez
muy mal entre su honra limpia
y los amores de Pérez?

DON PEDRO

Pero...

MARGARITA

Y no sabes, Peralta...

DON PEDRO

Pero...

MARGARITA

Calla!

DON PEDRO

Escucha!

MARGARITA

Tente!
Que pues no eres, vive Dios,
ni el que su alcázar guarnece,
ni el noble león que vela,
sino quien su alcázar vende,
y el necio que su honra escupe
y la serpiente que muerde,
yo me voy á mi convento
después de invocar las leyes.—
Beatriz.

DON PEDRO

(Entre confuso y colérico.)
(Dios de justicia,
qué infernal misterio es éste,
que cuanto más le sondeo
menos mi afán le comprende?)

ESCENA IX

DON PEDRO *en siniestra meditación,*
BEATRIZ *y* MARGARITA

BEATRIZ

Qué mandáis?

MARGARITA

Dobles caballos
apronten y doble gente,
que todos juntos partimos.

BEATRIZ

Todos?

MARGARITA

Á la corte.

BEATRIZ

Puede.

MARGARITA

Calle y váyase la necia.
(¡Ay de tí si me obedeces!)

ESCENA X

DON PEDRO *y* MARGARITA

MARGARITA

Peralta, vuestro equipaje
disponed cuando quisiéreis;
esta noche partiremos
á ver al rey juntamente,
y... ahoguemos uno del otro
las memorias para siempre.
(Entra en su gabinete con señales marcadas de indignación, y dice abriendo la puerto:)
Esto es dar al tiempo, tiempo,
y el que tiene tiempo, tiene.

ESCENA IX

DON PEDRO

No lo entiendo, por Dios! Conque no era ella?
Mas yo no los seguí? Oh! Estoy seguro
que no perdí ni equivoqué la huella
por ruin crucero ó callejón oscuro.
Dos veces se ocultó; dos á encontralle
volví, y tras dél veloz gané la casa,
y el mismo hallé con quien reñí en la calle,
de las estrellas á la luz escasa.
Allí estaba también ella escondida;
no alcanzo en qué lugar del aposento,
mas oíla al subir, y por mi vida
que era su voz y conocí su acento.
La así del brazo, la arrastré conmigo;
vine, subimos, la dejé cerrada;
no hice más que bajar hasta el postigo,
y al volver, no era ella la tapada.
Viéndolo estoy, y dudo si lo veo;
no atino, vive Dios! si estoy soñando...¿

Ah! No que dudo, que deliro creo,
pues no comprendo lo que estoy palpando.
Mas yo daré con el misterio infame,
y si á encontrar con quien me burla llego,
aunque al infierno en su socorro llame,
ni la amenaza le valdrá ni el ruego.
(Llamando.) Beatriz!

ESCENA XII

DON PEDRO *y* BEATRIZ

BEATRIZ

Qué mandáis, señor?

DON PEDRO

Ven acá y cierra esa puerta.

BEATRIZ

(Todo lo sabe; estoy muerta.)

DON PEDRO

Respóndeme, y por mi honor
que si ocultas la verdad
en lo que á exigirte voy,
Beatriz, á empezar vas hoy
tu viaje á la eternidad.
Esta noche Margarita
no salió?

BEATRIZ

Yo no la ví.

DON PEDRO

Pues por quién, sino por tí,
pudieron darla la cita?

BEATRIZ

Pero qué cita, señor,
que de lo que habláis no sé?

DON PEDRO

Te burlas, Beatriz?

BEATRIZ

No á fe.
(Trémula estoy de pavor.)

DON PEDRO

No hay más que los tres en casa;
de ella salió una mujer;
ó tú ó ella habéis de ser,
y de entre las dos no pasa.
Si tú no abriste la puerta,
has de saber quién la abrió;
quién fué confiesa, ó de no,
cuéntate, Beatriz, por muerta.

BEATRIZ

Pero ved, señor...

DON PEDRO

Lo dije;
aquí una mujer había;
quién fué, pues no era la mía?
Hablas, ó mueres, elige.

BEATRIZ

Os diré, pues, lo que sepa,
y tenedme compasión.
(Espiaré su intención
con cuanta fortuna quepa.)
Al hórreo, señor, bajé
á llevar orden á Juan
de vuestra parte...

DON PEDRO

Qué afán!
No pregunto eso.

BEATRIZ

Pues qué?

DON PEDRO

Cuando del hórreo volviste,
responde, al ir ó al venir,
en casa entrar ó salir
alguna mujer no viste?

BEATRIZ

Señor, perdonad si anduve
algo, en volver, perezosa,
que de la noche medrosa
compaña esperando estuve.

DON PEDRO

Voto á...

BEATRIZ

Azorada volví;
mas cuando á avisaros iba,
en estos cuartos de arriba
gran son de querella oí.
Miré por el agujero
de la llave, os ví á los dos,
y no me atreví, por Dios,
á meterme de tercero.

DON PEDRO

Pero no viste salir
de este cuarto una tapada?

BEATRIZ

Yo, señor, no he visto nada,
porque, verdad á decir,
como amantes quimerillas
nadie importa que examine,
me volví por donde vine
despacito y de puntillas.
(Un momento de silencio, en que Beatriz observa á don Pedro, y éste medita desesperado.)

DON PEDRO

Está bien. Tarde ó temprano,
la verdad he de saber;
si eres tú ó es mi mujer,
no tenéis remedio humano.
No he de cesar en mi afán;
y aunque me cueste la vida,
si no doy con la escondida,
he de dar con el galán. *(Váse.)*

ESCENA XIII

BEATRIZ

De tan peligroso apuro
por un milagro salí;
si da con ello, ay de mí!
me hace añicos de seguro.
Temblando estoy todavía.
Conforme me preguntaba,
cuanto más disimulaba
más su intención me temía.
Lo que á mí me asombra más
es ver cómo en este asunto
tal papel hago que un punto
no puedo volverme atrás.
Si descubro el galanteo,
él descubre la escondida;
y en ambos casos mi vida
de un pelo colgada veo.
Quién tiene razón no sé,
mas del hidalgo y la dama...
allá voy... serviré al ama,
y si da mal, cambiaré.
(Va á la puerta del gabinete de Margarita y llama.)
Señora?

ESCENA XIV

BEATRIZ *y* MARGARITA

MARGARITA

Eres tú?

BEATRIZ

Yo soy.

MARGARITA

Están los caballos ya?

BEATRIZ

Con ellos al puente va
Juan.

MARGARITA

Beatriz, sin alma estoy.
Y de ese infeliz, qué es?

BEATRIZ

No lleva la mejor parte,
según calculo.

MARGARITA

Á informarte
de su suerte corre, pues.

BEATRIZ

No es rebelde al rey don Juan?

MARGARITA

Qué te importa?

BEATRIZ

Es que hay soldados
en el lugar, que apostados
por los de Navarra están.

MARGARITA

(Esto más, cielos?) No importa;
una carta á precaución
tengo, y aunque en conclusión
es esperanza bien corta,
cómo has de dársela ve.

BEATRIZ

Es vano empeño, señora,
que está hecho un Argos ahora
vuestro esposo.

MARGARITA

Ya lo sé;
mas asomada al balcón
puedes la calle espiar,
y si es que acierta á pasar...

BEATRIZ

Entiendo mi obligación.

MARGARITA

Mas mira si, á pesar de esto,
antes que él llegue á venir,
puedes tú acaso salir
tras él con cualquier pretexto.

BEATRIZ

Así lo haré; descuidad.

MARGARITA

Que entre en casa no permitas,
y cuenta que de él me admitas
oro ó papel.

BEATRIZ

No, en verdad.

MARGARITA

La última razón espero
en mi cuarto. *(Entra en él.)*

BEATRIZ

Lo haré así,
que tengo yo para mí
que si esto se alarga muero.
(Asómase don Pedro á la puerta, y viendo á Beatriz con el papel en la mano, escucha estos cuatro versos y sale:)
Basta de misterios ya,
y harto hay con un escondite,
que si toma su desquite
don Pedro...

ESCENA XV

BEATRIZ *y* DON PEDRO

DON PEDRO

Le tomará.

BEATRIZ

Cielos!

DON PEDRO

Venga ese papel.

BEATRIZ

Señor...

DON PEDRO

El papel.

BEATRIZ

Tomad.

DON PEDRO

Aquí sabré en realidad
quién es ella ó quién es él.
(Lee.)
*«Un caballo prevenido
tenéis en el puente.—Adiós,
y ved que os persiguen dos,
los del rey y mi marido.»*

Quien escribe es Margarita.
(Á Beatriz.) Salid.

BEATRIZ

(Por todo atropella.) *(Váse.)*

ESCENA XVI

DON PEDRO, *después de un momento de reflexión*

Acudo primero á ella
y aseguro al de la cita.
(Se sienta y guarda el papel.)
Dadme paciencia, Dios mío!
Margarita! *(Llamando.)*

ESCENA XVII

DON PEDRO *y* MARGARITA

MARGARITA

Qué me quieres?

DON PEDRO

(No sé cómo me contengo,
vive Cristo.) Que te sientes.

MARGARITA

(Si habrá cogido la carta?
Disimulemos.)

DON PEDRO

(La imbécil
quiere fingir todavía;
mas sorprendido el billete,
á mí me toca esta vez.)
(Alto.) Tienes, querida, presente
cuánto tiempo ha nos casamos?

MARGARITA

Seis años y algunos meses.

DON PEDRO

Pues eso ha que nuestra honra
nos prestamos mutuamente.

MARGARITA

(El alma tengo en un hilo.)

DON PEDRO

Díme, y esto cuántas veces
si se pierde se recobra?

MARGARITA

Pero, á qué viene esto, Pérez?

DON PEDRO

Sabes, Margarita mía,
que cada sentido tiene
una puerta por do sale
nuestra honra y nunca vuelve?

MARGARITA

Pero...

DON PEDRO

Y sabes, Margarita,
que no sois más las mujeres
que un alcázar en que la honra
guardada los hombres tienen?

MARGARITA

Por Dios, Pérez, que no alcanzo
lo que con eso pretendes.

DON PEDRO

Sabes que un alma con honra,
otra alma con honra quiere,
porque es justo que se guarden
las reinas para los reyes?

MARGARITA

Pero...

DON PEDRO

Y sabes, Margarita,
que el marido que la pierde
compra una marca de infamia
que lleva en el rostro siempre?

MARGARITA

Pero...

DON PEDRO

Y sabes, Margarita,
que en tanto que no la vengue,
ni de hidalgo ni de hombre
el vano nombre merece?

MARGARITA

Mas yo...

DON PEDRO

Y sabes, Margarita,
que si por ella no vuelve,
hasta las dueñas escupen
de su blasón los cuarteles?

MARGARITA

Pero...

DON PEDRO

Y sabes, Margarita,
que ha nacido hidalgo Pérez,
y no ha de vivir sin honra
aunque al mismo Dios le pese?

MARGARITA

Cielo!

DON PEDRO

Y sabes, Margarita,
que un remedio hay solamente
para dolencia tan grave?

MARGARITA

Pero escucha.

DON PEDRO

Y qué es la muerte?

MARGARITA

Pero...

DON PEDRO

Silencio...!

MARGARITA

Oye...

DON PEDRO

Calla!
Más hablando no me afrentes,
y lee, si te queda aliento,
Margarita, estos papeles.

MARGARITA

Santo Dios! (Ganemos tiempo,
y en su misma red se prende.)
(De rodillas.)
Perdón, Pérez! Á tus plantas
me arrastraré eternamente!

DON PEDRO

Y el polvo en que tú te arrastres
podrá mi honra volverme?

MARGARITA

Lloraré al pie de tu lecho,
velando mientras tú duermes!

DON PEDRO

Y qué sueño ha de acudir
á quien sin honra se acueste?

MARGARITA

Seré menos que tú esclava,
besaré el polvo que huelles!

DON PEDRO

Y qué harás con esas manos
que toman esos billetes?

MARGARITA

Perdón!

DON PEDRO

La vida que llevas
que te perdone agradece,
y prepárate á enterrarla
en un cláustro para siempre.

ESCENA XVIII

MARGARITA

Terrible apuro, por Dios!
Si me confío y me vende,
ambos á dos nos perdemos,
porque Peralta no cede.
No se lo digo, imposible;
es un proscripto, un rebelde,
y Pérez con un contrario
ni transige ni conviene.
No; sola le he de salvar,
y si al cabo me sorprende,
á todo estoy ya resuelta,
le diré cuánto le debe;
y si aun se niega obstinado,
entonces, cielos, valedle!
que vuestros altos designios
más que mis intentos pueden.
Beatriz! *(Llamando.)*

ESCENA XIX

MARGARITA *y* BEATRIZ

BEATRIZ

Señora...

MARGARITA

Y Peralta?

BEATRIZ

En la calle.

MARGARITA

Atentamente
acecha por dónde va.

BEATRIZ

Según dijo, pronto vuelve.

MARGARITA

Pues ponte al balcón al punto,
por que de mí no sospeche.

BEATRIZ

Mas, señora...

MARGARITA

Y si entre tanto
que está fuera, el otro viene,
avísame en el momento.

BEATRIZ

Pero...

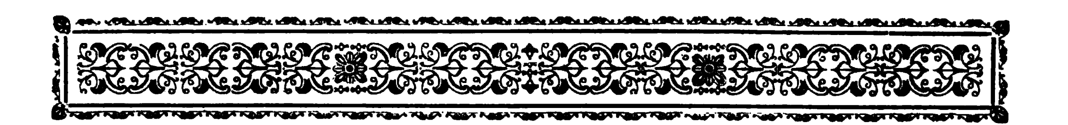
MARGARITA

Y díle que se espere.
(Éntrase Margarita, dejando á Beatriz de repente. Ésta la mira hasta que la pierde de vista, y después de corto silencio, dice y se va:)

BEATRIZ

Pues señor, si entiendo jota,
que los demonios me lleven. *(Váse.)*





ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo

ESCENA PRIMERA

BEATRIZ, *que entra por la puerta del fondo*

Eh! Ya estamos en campaña.
Á la puerta está el mancebo,
aquí la enredan de nuevo,
y Santiago cierra España.
No; pues de ésta ya es en vano
que yo tercie pretender;
si me llega á sorprender
don Pedro, canto de plano.
(Llama á la puerta del gabinete de Margarita.)
Señora?

ESCENA II

BEATRIZ *y* MARGARITA

BEATRIZ

Á la puerta está.

MARGARITA

Peralta?

BEATRIZ

El otro.

MARGARITA

Y le has dicho...

BEATRIZ

Todo; mas tiene capricho
por veros y...

MARGARITA

No será.
Está Juan con el caballo
prevenido?

BEATRIZ

Junto al puente.

MARGARITA

Pues si no corre prudente,
remedio á su mal no hallo.
Díle que se salve, que huya,
que le juro por mi vida...

BEATRIZ

Señora, según la olvida,
poco espera de la suya.

MARGARITA

Cómo!

BEATRIZ

El son de los caballos
se oye en el pueblo.

MARGARITA

Y aun tarda?

BEATRIZ

Del rey de Navarra aguarda,
si no le habláis, los vasallos.

MARGARITA

Oh qué afán! Por el balcón
á despedirle saldré.

BEATRIZ

Es ya muy tarde.

MARGARITA

Por qué?

BEATRIZ

Se vienen de pelotón
los jinetes por la calle.

MARGARITA

Darán con él?

BEATRIZ

Quién lo duda?

MARGARITA

Pues abre, y que Dios le acuda.

BEATRIZ

Le hallará Pérez.

MARGARITA

Que le halle.

ESCENA III

MARGARITA

Santo Dios! Si han decretado
su muerte vuestros enojos,
que no le vean mis ojos
morir tan desventurado.
Matadle lejos de mí,
si es tan culpable, Señor,
ó va á hacer vuestro furor
hoy dos víctimas aquí.

ESCENA IV

DON CARLOS *y* MARGARITA

MARGARITA

Huid los del rey, por Dios!

DON CARLOS

Tan de cerca me seguían,
que en las manos me tenían
si no me amparárais vos.

MARGARITA

Por qué no habéis del lugar
salido?

DON CARLOS

Imposible fué;
por cuantas calles eché
fuí con soldados á dar.

MARGARITA

Conque estáis cercado aquí?

DON CARLOS

Sí; de noche, abandonado,
como tienen acosado
en un monte á un jabalí.

MARGARITA

Y no hay medio?

DON CARLOS

No, ninguno.

MARGARITA

Ni es posible concluir...

DON CARLOS

Nada; y á poder morir,
hallara remedio alguno.
Margarita, si quisieran
mi suerte y mi vida sola,
alma me alienta española,
dos veces no la pidieran.
Mas todos esos valientes
que rebeldes son al rey,

fueran de la misma ley
las víctimas inocentes.
No; imposible transigir;
he jurado á esa ciudad
volverla su libertad,
y lo tengo de cumplir.

MARGARITA

Y tenéis pensado...

DON CARLOS

Nada;
ni cómo pude pensar,
ay de mí, sino en salvar
esta vida desdichada?

ESCENA V

BEATRIZ *y* MARGARITA

(Vuelve Beatriz con el manto y basquiña que en el acto segundo la puso Margarita, y con el que salió de la escena.)

BEATRIZ

Esto vuelvo al gabinete,
que todo lo anda Peralta,
y si nota que aquí falta
y á mi aposento arremete,
lo encuentra y cae en la trama,
Dios nos asista!

MARGARITA

Qué es?

BEATRIZ

Vuestro manto...

MARGARITA

Pronto, pues,
tíralo sobre la cama,
y corre, vuelve al balcón,
y avisa al venir Peralta.

BEATRIZ

(Ó mucha precaución falta,
ó sobra mucha razón.)

ESCENA VI

MARGARITA *y* DON CARLOS

MARGARITA

Don Carlos, para salvaros
de tan inminente apuro,
no hay más que un medio.

DON CARLOS

Seguro?

MARGARITA

Único.

DON CARLOS

Cuál?

MARGARITA

Ocultaros.
Partimos dentro de un hora
Peralta y yo; en esta casa
podéis quedar mientras pasa
la turba perseguidora.
Los del rey se partirán
con el alba, y en tal caso
pensad, don Carlos, que á un paso
los de Barcelona están.

DON CARLOS

Margarita, cosa alguna
me es imposible emprender,
que no venga á entorpecer
mi desdichada fortuna.

MARGARITA

Pues fiar en mi marido
tampoco es posible ya,
según por ambos está
irritado y ofendido.
Mas decid, en conclusión,
con el bando agramontés,
si dáis, tan difícil es
obtener vuestro perdón?

DON CARLOS

Mirad, Margarita, bien *(Con melancolía.)*

mi rostro por un instante,
que muestras, en mi semblante,
habrá que respuesta os den.

MARGARITA

No os entiendo.

DON CARLOS

Os olvidáis
que, en una torre encerrado,
á alimentarme forzado,
comí su pan?

MARGARITA

Me aterráis.

DON CARLOS

Aún no me entendéis?

MARGARITA

No atino...!

DON CARLOS

No habéis oído decir
que el pan que ayuda á morir
corta á la vida el camino?

MARGARITA

Cómo!

DON CARLOS

Nunca oísteis vos
que fué de muchos la vida
sentenciada en la comida?

MARGARITA

Un veneno... Santo Dios!

DON CARLOS

Siento en mi sangre su huella,
y aunque el fin no consiguieron,
los traidores me le dieron
en la prisión de Morella.

MARGARITA

Mas...

DON CARLOS

No acuso á nadie, no;
al brindarme la bebida
la mano quedó escondida,
no he de descubrirla yo.
Y pues aun vivo, y su intento
el que fué no satisfizo,
sé que quien el mal me hizo,
si le dejan, me hará ciento.

MARGARITA

Don Carlos, hora menguada
al nacer os ha acudido
cuando allí no le ha cosido
contra el muro vuestra espada.

DON CARLOS

Hay, Margarita, ocasión
en que con razón bastante
hay que tener por delante,
no acero, sino razón.

MARGARITA

No sé cómo lo entendéis,
porque en tan extremo caso
morís si traéis el vaso,
no bebo si no bebéis.

DON CARLOS

Yo le apuré todo entero, *(Con amargura.)*
y si otra vez me lo enviaran,
vacío se le llevaran,
mas otro beber no quiero.
Poner el mar he pensado
por eso entre ambos á dos,
que me pesara, por Dios,
volver á lo comenzado.

MARGARITA

Dirán que no habéis podido
con la prez de vuestro nombre.

DON CARLOS

Diga lo que quiera el hombre
como Dios fuere servido.

MARGARITA

Y la gloria...?

DON CARLOS

(Con resolución.) Eh! Ilusión vana!

Conozco mi obligación,
y sé que tengo razón.

MARGARITA

Para callar?

DON CARLOS

Soberana.
Harto, Margarita, os dije;
entre infeliz y malvado,
que me llamen desdichado
es lo que menos me aflige.
Basta ya de rebeldía,
y aunque me den la razón,
no harán que en necia ocasión
confiese que la tenía.
Y dejémoslo, señora,
que penséis lo que queráis,
me basta que lo sepáis
vos sola en el mundo ahora.

MARGARITA

Maldita fué vuestra estrella,
(Con tristeza.)
don Carlos, desde el nacer.

DON CARLOS

De sangre hice ya correr
hartos arroyos por ella.
Mas lloráis?

MARGARITA

No he de llorar,
señor, tanta desventura?

DON CARLOS

No se puede mi amargura
con lágrimas aliviar.
No pudo nunca un amigo
consolarla ó dividirla.

MARGARITA

Pues si no podéis partirla,
(Con entusiasmo.)
podéis llevarla conmigo.
Yo, don Carlos, os amé
con amor tan soberano,
que si naciérais mi hermano,
si os quisiera más no sé.
Y á la faz del mundo entero
puedo este amor confesar,
sin que le hayan de tachar
de liviano ni altanero.
Por mucho que os suponían
mal hijo, inquieto y traidor,
siempre atrevido mi amor
les contestó que mentían.
Por más que vuestra misión
de desventura haya sido,
siempre por vos hè tenido
cariño en el corazón.
Sí, y pues arrostré quizás
en mi honor una sospecha,
la vereda es muy estrecha
para que me vuelva atrás.
Mi esperanza es bien escasa,
pero debe ya ser una
para entrambos la fortuna;
quedad, señor, en mi casa.
Aquí os habéis de salvar,
ó aquí habemos de morir;
que mejor es sucumbir
que humillarse á suplicar.

DON CARLOS

Margarita!

MARGARITA

Sí, yo soy,
si no de reinos señora,
una mujer que os adora,
y os salva, ó perece hoy.

ESCENA VII

DICHOS *y* BEATRIZ

BEATRIZ

Don Pedro!

MARGARITA

Ocultáos, pues.

DON CARLOS

Mas...

MARGARITA

Callad, y entrad ahora.
Si partimos con la aurora,
no habéis peligro después;
si no, desde aquí escuchad,
y según la situación,
á vuestro ingenio y razón
en todo caso apelad.
Cierro aquí y quito la llave.
(Cierra, y al volverse ve á Peralta, que la ha visto quitar la llave de la puerta.)
(Peralta!)

ESCENA VIII

MARGARITA *y* DON PEDRO

DON PEDRO

(Ya le encontré!)
Secreto será muy grave, (*Con ironía.*)
pues lo guardas.

MARGARITA

Bien se ve.

DON PEDRO

Si yo lo acierto...!

MARGARITA

Quién sabe?

DON PEDRO

Acabemos, Margarita;
quiero ver quién está aquí.

MARGARITA

Sí, por Dios; quién os lo quita?
Mas ved que es una visita
que vino sólo por mí.

DON PEDRO

Abrid, pues.

MARGARITA

Oh, no! Esperad,
que á quien aquí tengo oculto
le echásteis sin caridad
de vuestra casa.

DON PEDRO

Acabad.

MARGARITA

Le váis á hacer otro insulto.

DON PEDRO

Despachemos, vive Dios;
aquí os mato ambos á dos,
ó á ese hombre la puerta abrís.

MARGARITA

Un hombre!

DON PEDRO

El galán.

MARGARITA

Mentís.

DON PEDRO

Aún negáis?

MARGARITA

Aún porfiáis vos?
Necio estáis! Venid acá.
(Le toma de la mano, le aparta, y dice con aire de triunfo:)
No acertáis quién puede ser!

DON PEDRO

Sea quien quiera, lo dirá.

MARGARITA

Olvidaste la mujer
que hallé con vos? Aquí está!
(Señalando al gabinete.)

DON PEDRO

Es una farsa, señora;
es una infame impostura
que vos inventáis ahora.

MARGARITA

Os disculpáis en mal hora;
aquí está, y está segura.

DON PEDRO

De cólera pierdo el tino;
abrid aquí, ó voto á tal...!

MARGARITA

Vuestra vergüenza imagino,
mas con techo de cristal
no tiréis al del vecino;
todo por cierto lo doy;
tengo por mi buena estrella
un galán, en eso estoy,
mas, Pérez, con él me voy
mientras os quedáis con ella.

DON PEDRO

Abrid esa puerta pues;
mi dama ó vuestro galán,
veamos pronto quién es.

MARGARITA

Es inútil vuestro afán,
que lo he pensado al revés.
Y contened el furor
con que osado me amagáis,
que es mi parte la mejor.
La dama está aquí, señor;
ved si el galán me encontráis.

DON PEDRO

No sé cómo me contengo;
pues confesáis que es así,
obedecedme.

MARGARITA

Convengo;
mas la misma queja tengo
yo de vos, que vos de mí.
Y si por tino ó azar
vuestra dama supe hallar
y no halláis mi galán vos,
no hago más que atestiguar
que he sabido más que vos.

DON PEDRO

Mirad si queréis abrir,
ó á la fuerza he de apelar.

MARGARITA

Inútil es insistir.

DON PEDRO

Aprestáos á morir,
como le llegue á encontrar.
(Va á forzar la cerradura con la daga.)

ESCENA IX

DICHOS *y* BEATRIZ

BEATRIZ

Señor, señor.

DON PEDRO

(Con ira.) Qué queréis?

BEATRIZ

Que á tirar las puertas van.

DON PEDRO

Loca estáis?

BEATRIZ

Ved lo que hacéis.

MARGARITA

Mas, quiénes son?

BEATRIZ

No los véis?

DON PEDRO

Los rebeldes!

BEATRIZ

Aquí están.

ESCENA X

DICHOS, DON JUAN, NOGUERAS
y SOLDADOS

DON JUAN

Aquí hay un rebelde; ó dadle, ó la casa
registro, y ay de ellos si ese hombre está
[aquí!

MARGARITA

(Nos trae desventuras la suerte sin tasa.)

DON PEDRO

(El mundo está todo, por Dios, contra mí!)
(Á don Juan.)
Quien quiera que fuéreis, si no contemplara
que do habéis entrado sin duda ignoráis,
por Cristo bendito, que yo os contestara
con lengua de acero. *(Pone mano á la daga.)*

DON JUAN

Qué es eso, amagáis?

DON PEDRO

No; pues que parece pecáis de ignorante
y á fuer de obediente vasallo venís,
mas ved si la casa dejáis al instante,
que el rey está en ella.

DON JUAN

(El rey?)

DON PEDRO

No me vió?

DON JUAN

Hidalgo, estáis loco? Pensáis que el rey sea
el hombre á quien necio ó traidor escondéis?
(Á la gente.)
No quede rincón que no se ande y se vea.

MARGARITA

(Dios mío, ayudadnos!)

DON PEDRO

Tenéos!

DON JUAN

Qué hacéis?

DON PEDRO

Yo soy, caballero, Don Pedro Peralta.
(Con brío.)
He traído á este pueblo del rey comisión,
y busco á ese mismo rebelde que os falta,
del rey en el nombre don Juan de Aragón.

DON JUAN

Que aquí entró un rebelde, lo he visto, os lo
(Con desprecio.) [juro.
Que vos sois Peralta, lo veo también;
mas si hallo á ese hombre, que os ahorco es
[seguro.

DON PEDRO

Vos?

DON JUAN

Yo.

DON PEDRO

Voto á Cristo!

DON JUAN

Callad, y váis bien.

DON PEDRO

Que soy olvidásteis del rey secretario,
de Lérida alcalde, su amigo más fiel?

DON JUAN

Yo nada os he dicho, Peralta, en contrario;
mas obro en su nombre... Pensad que soy él.

DON PEDRO

Pues yo no os conozco, ni sé vuestro cargo,
y á mí sus despachos él mismo me dió.

DON JUAN

Repito, Peralta, y silencio os encargo,
que el rey de Navarra en su ausencia soy yo;
mandad que á esa gente las llaves entreguen.
(Á ellos.)
No quede escondrijo ni cuarto por ver.
(Á Peralta.)

Y no hayáis recelo que á un átomo lleguen,
que ya tienen todos lo que han menester.

DON PEDRO

Estoy que no veo. Pedazos le hiciera
si en falso su fuero llegara á encontrar;
aquí están las llaves.
(Peralta las toma de Beatriz, don Juan de don Pedro, y don Juan las alarga á Nogueras, que va por el interior de la casa á registrarla con toda la gente que entró con ambos.)

DON JUAN

Mirad lo de afuera;
(Á Peralta y Margarita.)
á mí estos salones me pueden mostrar.

ESCENA XI

DON JUAN, DON PEDRO *y* MARGARITA

DON PEDRO

Del rey me habéis dicho venís en el nombre;
no haré resistencia, conmigo venid.

DON JUAN

(Mirando á Margarita.)
(Será la muchacha mujer de este hombre?)

MARGARITA

(Dios mío, acudidme!)

DON JUAN

(Muy bella!) *(Á Peralta.)* Decid.
Esta es vuestra esposa?

DON PEDRO

(Amostazado.) Mi esposa.

DON JUAN

Es muy bella!

DON PEDRO

También conocéisla por suerte?

DON JUAN

No á fe;
mas ha muchas veces he oído hablar de ella,
y que era excesiva su fama pensé.
Mas ya que la he visto, Peralta, os confieso
que es más que su fama su rara beldad.

DON PEDRO

Lo dicen. (Me abraso.)

MARGARITA

Dejáos ya de eso,
señor caballero.

DON JUAN

(Muy linda en verdad!)
Ha visto la corte?

DON PEDRO

Vivió algunos años
en ella.

DON JUAN

Jurara que nunca la ví.

DON PEDRO

Sois, pues, de la corte?

DON JUAN

De intrigas y amaños
escuela, me cansa, aunque noble nací.
Conózcola empero, pues siendo soldado,
estoy muchas veces muy cerca del rey;
ya véis, centinela en palacio apostado,
las damas mirando entretengo la ley.

DON PEDRO

Pasemos, si os place. Ese es mi aposento,
y en él hasta el lecho podéis registrar.
(Don Pedro le dirige hacia su cuarto. Don Juan observa á Margarita.)

DON JUAN

(Pues es la Peralta de gracia un portento.)

MARGARITA

(Me juzga tan bella...! No lo he de olvidar,
haré á mi hermosura tercero... Probemos.)
Podré, caballero...?

DON JUAN

Yo os puedo servir?

MARGARITA

Sí; pues que por noble os dáis y os tenemos,
con vos un secreto quisiera partir.

DON PEDRO

(No sé cómo á raya tendré la paciencia!)

DON JUAN

Hablad, que os escucho.

MARGARITA

Empacho me da!
(Le lleva hacia la puerta donde está don Carlos, de modo que se conozca la intención de que oiga.)

DON JUAN

Son cosas...

MARGARITA

De casa; atended.

DON JUAN

Qué inocencia!

MARGARITA

Nosotros, casados ha tiempo, y por...

DON JUAN

Ya!
Entiendo, adelante.

MARGARITA

Trabamos ahora...

DON JUAN

Alguna reyerta de amor conyugal?

MARGARITA

Preciso; en mi cuarto cerré á la traidora
porque él no la viese.

DON JUAN

Y lo sabe?

MARGARITA

Cabal!
Mujer ofendida, y teniendo la prueba
que da á mis recelos derecho y razón,
si sois caballero, dejadme que os deba
tan sólo una gracia.

DON JUAN

Será obligación.

MARGARITA

(Con intención.)
Ya véis que un rebelde no es una manceba;
cuidemos su fama, que tiene opinión;
quisiera tan sólo saber quién me lleva
de Pedro el cariño.

DON JUAN

Y es buena ocasión.
Mas vine, señora, tras un enemigo;
en ese aposento juráis que no está.

MARGARITA

No es más que una dama; de cierto os lo digo.

DON JUAN

Á cuartos de adentro por éste se va?

MARGARITA

No hay más aposento que sala y alcoba;
no hay más escondrijo que aquella mujer;
cortina, ni puerta, luz, ni vista roba,
y entre ellas ni un niño se puede esconder.

DON JUAN

Iréis á la corte?

MARGARITA

Si veo á esa dama
primero que Pérez...

DON JUAN

Prometo que sí.

MARGARITA

(Dios quiera que me oiga y apoye la trama.)

DON PEDRO

(Oh! Pues pese á entrambos, no sale de aquí.)

DON JUAN

Abrid y veamos.

DON PEDRO

(Con curiosidad.) (Cualquiera que fuere,
mujer la descubro, galán doy con él.)

MARGARITA

(Si ha oído se salva, si no por mí muere.
Señor, amparadnos en trance tan cruel.)
(Abre Margarita; don Juan se da por satisfecho; don Pedro queda como asombrado.)
La véis?

DON JUAN

Es la dama.

MARGARITA

Sentóse corrida,
la faz encubriendo.

DON PEDRO

(Es ella, por Dios.)

MARGARITA

(Pendían de un hilo su vida y mi vida.)

DON JUAN

Estoy satisfecho.

MARGARITA *(Á don Pedro.)*

Lo estáis también vos?

DON PEDRO

Del todo.

DON JUAN

(Pobre hombre!)

DON PEDRO

(Si sueño, no acierto;
mas queda en mis manos, y voto á la luz!
que en ellas espira, ó sabemos de cierto
si el velo que lleva es mantilla ó capuz.)

ESCENA XII

DICHOS *y los del rey que vuelven con* NOGUERAS

DON JUAN

Le habéis encontrado?

NOGUERAS

Milagro parece
que en torno cercado pudiera escapar.
(Á don Juan, bajo.) [crece.
Mas ved que el peligro y el tiempo huye y

DON JUAN *(Á Nogueras.)*

Y ahora...?

NOGUERAS

Yo quedo por vos á velar.

DON JUAN

Partamos, Peralta; tal vez y muy presto
vendrán los rebeldes á veros.

DON PEDRO

Lo sé.

DON JUAN

Y váis?

DON PEDRO

Á quedarme guardando mi puesto
al rey obediente.

DON JUAN

Mirad...

DON PEDRO

Lo miré.

DON JUAN

El rey sabrá luego que honor nunca os falta.

DON PEDRO

Si no lo ha olvidado, lo sabe bien ya.
Decidle, si os place, que aquí está Peralta
leal todavía, y leal morirá.

DON JUAN

Holgará en saberlo, y oidme. (Entre tanto
que baja conmigo, podrá su mujer
ganarle el secreto; el hombre es un santo
en esto de amores.) *(Vánse todos.)*

ESCENA XIII

MARGARITA, *y después* DON CARLOS

MARGARITA

No sé lo que hacer.
Don Carlos?

DON CARLOS

Dejadme que salga, señora;
pues esa es mi estrella, dejadme morir.

MARGARITA

Sois salvo.

DON CARLOS

Y Peralta?

MARGARITA

En salvaros ahora,
de grado ó por fuerza, le haré consentir.

DON CARLOS

Mas ved...

MARGARITA

No hay porfía; oís desde adentro?

DON CARLOS

Pues me he disfrazado, ya véis que os oí;
mas de ese soldado quisiera el encuentro
poder excusarme.

MARGARITA

Fiáos de mí,
que le he conocido; sé cuánto os importa
y cuánto os detesta, mas no os hallará.

DON CARLOS

En esa esperanza...

MARGARITA

Tal vez es muy corta.
(Sintiendo á don Pedro, cierra.)

ESCENA XIV

DON PEDRO *y* MARGARITA

(Don Pedro, cerrando las puertas, váse hacia Margarita, que se queda de espaldas á la puerta de su gabinete.)

DON PEDRO

(Galán, dama ó duende, de aquí no saldrá.)
Los lances de esta noche, Margarita,
no comprendo; mas de uno ú otro modo,
de mi incógnito amor y vuestra cita,
ver quiero el fin, y comprenderlo todo.
Cerrada en vuestro cuarto está mi dama,
decís, y el galán vuestro no parece;
va en descubrir á entrambos nuestra fama,
y el tiempo corre y el peligro crece.
Elegid: ó prudente y advertida,
de ese aposento me franqueáis la puerta,
y doy sin dilación con la escondida,
ó, por lo del galán, os dejo muerta.

MARGARITA

Ved, Peralta...

DON PEDRO

Razones abreviemos;
yo soy el ofensor, vos la ofendida,
quiero satisfaceros; olvidemos
vuestro galán, y venga mi escondida.

MARGARITA

Pues primero entended...

DON PEDRO

No entiendo nada;
venga vuestro galán, ó mi tapada.

MARGARITA

Si antes no oís lo que deciros tengo,
Peralta, no entraréis.

DON PEDRO

Nada os escucho;
la dama ó el galán, porque os prevengo
que el mío y vuestro honor me importan [mucho.
(Va á la puerta.)

MARGARITA

Tenéos.

DON PEDRO

Apartad.

MARGARITA

Oid primero.

DON PEDRO

Fuera, ó por Dios...!

ESCENA XV

DON PEDRO; DON CARLOS, *saliendo, y* MARGARITA

DON CARLOS

Tenéos, caballero!

DON PEDRO

Al fin salísteis, rondador de calles;
mas falta vuestra cómplice.

DON CARLOS

Soy solo
con mi desdicha yo.

DON PEDRO

Solo habéis dicho?

DON CARLOS

Nadie conmigo está.

DON PEDRO

Conque era un dolo?
Conque sois á la par, viven los cielos,
enemigo del rey y del Estado,
y objeto aborrecible de mis celos!

DON CARLOS

No soy, Peralta, más que un desdichado!

DON PEDRO

Desdichado...! Un traidor.

DON CARLOS

Tened la lengua!

DON PEDRO

Oh! Mirando la cuna en que he nacido,
entregaros al rey tengo por mengua
cuando en mi propia casa os he cogido.

DON CARLOS

En hacerlo tardáis.

DON PEDRO

Eso os contenta?
Teméis más mi furor que su justicia,
vil causador de mi baldón y afrenta?
Mas calculásteis mal; que yo me obligo
al galán y al rebelde dar castigo.

DON CARLOS

De una vez concluyamos, caballero;
ni soy lo que pensáis, ni mancha alguna
temáis en vuestro honor, porque prefiero
á las manos morir de mi fortuna.
Huí una noche por desdicha mía
de una torre en que estaba allá en Pamplona;
la ambición y la envidia me tenía,
y pensé refugiarme en Barcelona.
Por los del rey de cerca perseguido,
me acogí á este lugar á la ventura;
no delincuente, desdichado he sido,
y apuro el cáliz ya de la amargura.
Entregadme... Yo soy el que buscaban,
mas perdonadme si mi nombre os velo;
que esos que ha poco de salir acaban,
mi cómplice os harán si os lo revelo.

DON PEDRO

Quién sois, pues?

DON CARLOS

Un proscripto, aunque inocente.
Mas tal vez mi cabeza está tasada.
Y si os digo mi nombre, va esa gente
á suponer que la tenéis comprada.

DON PEDRO

Entiendo vuestra sórdida impostura,
mas yo no os pido por rebelde cuenta
ni indago vuestra dicha ó desventura;
quiero vengar en vos mi torpe afrenta.
Escondido en mi casa os he encontrado;
os ví de ella salir con Margarita,
y pues no entiendo bien lo que ha pasado,
explicación ó sangre necesita.

MARGARITA

Yo os la daré, Peralta.

DON PEDRO

Pues sed breve.
Sabéis quién es ese hombre?

MARGARITA

Sí, por cierto;
ese es un hombre á quien Peralta debe
á manos del verdugo no haber muerto.

DON PEDRO

Mentís!

MARGARITA

No, vive Dios! Á él solamente
debes esposa, libertad y vida...
Ahora, si quieres, llamaré á esa gente
y serás ante Dios un parricida.

DON PEDRO

No alcanzo...

MARGARITA

Lo adivino. Has olvidado
cuando, en bandos la corte desgarrada,
en prenda estaba del combate osado
en la plaza la horca levantada;
cuando víctimas daban á porfía
la sed de honores, la ambición de mando,
y un triunfo pregonaban cada día
la cabeza del uno y otro bando?
En un oscuro calabozo distes,
Peralta, y á morir te condenaron;
de salvación y fuga desististes,
y por muerto los tuyos te lloraron.
Te salvaste por fin; pero no sabes
quién burló entonces de la ley el fallo?
Pues él rompió de tu prisión las llaves,
(Señalando á don Carlos.)
y él fué quien para huir te dió el caballo.

DON PEDRO

Su nombre.

MARGARITA

De rodillas has de oirle
si á conocer tu bienhechor te avienes,
y apróntate, Peralta, á bendecirle,
que le debes la vida y cuanto tienes.
Él acogió mi juventud perdida,
él fué mi hermano, mi tutor, mi amigo,
y por él en la corte protegida,
me dió fortuna y me casó contigo.
Ese fué quien, de humilde é indigente,
me igualó generoso con su hermana.

DON PEDRO

Su nombre, por piedad!

MARGARITA

La ingrata frente
pon á los pies del príncipe de Viana.
(Don Carlos se desemboza; don Pedro queda en sombrío y siniestro silencio. Margarita con aire triunfador.)

DON CARLOS

Yo soy, Peralta, ese hombre desdichado,
ludibrio del furor de la fortuna.
Vedlo, don Pedro, bien; noble y soldado,
mi esperanza está en vos, si aun tengo alguna.

MARGARITA

Qué haces, Peralta?

DON PEDRO

Lloro, Margarita.

DON CARLOS

Tanto me habéis, Peralta, aborrecido?

DON PEDRO

En esta noche, para mí maldita,
me alegrara, señor, no haber nacido.

MARGARITA

Dudas?

DON PEDRO

El mismo rey aquí me puso
para prenderos y entregaros luego;
si os salvo, amigo, de traidor me acuso,
y apuro mi deshonra si os entrego.
Entre infamia y traición... Qué más habla-
Nacidos los Peraltas caballeros, [ros?
caballero y leal debo salvaros;
vasallo de mi rey, debo venderos.

MARGARITA

Dí, y ese rey, cuando señor te halles.
del secreto de que él mató al de Viana,
mal padre y peor rey, para que calles
no te ahorcará por precaución mañana?

DON PEDRO

Eso en un rey á suponer te atreves?

MARGARITA

Sí; cuando tú, cumpliendo como bueno,
dado á prisión al príncipe le lleves,
él doblará la dosis del veneno.

DON PEDRO

Margarita!

MARGARITA

Le lleva en sus entrañas.
Sálvale ó dále. De temor objeto,
piensas que vivas? Pagaréis, te engañas,
él la cuna real y tú el secreto.

DON PEDRO

Margarita! *(Con ira.)*

MARGARITA

Con risa cortesana
te jurará traidor que le perdona,
pero al morir, aprenderás mañana
que valió más que el hijo, la corona.
Pero lloráis! Perdón! *(Al Príncipe.)*

DON CARLOS

Era mi padre!
Yo todo por la paz le he prometido:
ir desterrado donde más le cuadre,
cederle liberal cuanto he tenido.
Proscripto de mi patria, desterrado, *(Llora.)*
no exigía yo más de su corona,
que el honor y la paz del Principado,
el fuero y libertad de Barcelona.

MARGARITA

(Con entusiasmo.)
No; ser no puede criminal quien ama
sus pueblos y su honor más que su vida;
mira, Peralta, *llanto no derrama*
al nombrar á su padre un parricida.

DON CARLOS

Parricida! Por cierto que mintieron;
Cataluña y Navarra no le enviaron
embajadores que por mí le hicieron,
reconocer cuán torpes le engañaron?
No me dieron sus tronos algún día
Nápoles, la Sicilia y la Cerdeña,
y por el mar la tentación no huía
de respeto filial en firme seña?
Ah! Todo lo intenté; vine á postrarme
con toda la humildad de los vencidos,
y abrió, en vez de los brazos á estrecharme,
á la ambición de Francia los oídos.
Ciego ya por mezquinos intereses,
mi humillación y lágrimas pospone
á los condes de Fox, al fin franceses...
Bien, suyo soy; que mate ó que perdone!
(Á don Pedro.)
Libre de vuestro empeño estáis conmigo;
no es tarde aún; abrid esa ventana,
y entregad sin temor al enemigo
al desdichado príncipe de Viana.

MARGARITA

Pérez!

DON PEDRO

Señor, que me arranquéis prefiero
la vida, á ser traidor.

DON CARLOS

Dadles la mía!

DON PEDRO

La mía, vive Dios, daré primero!

MARGARITA

(Escuchando.)
Silencio... Una esperanza hay todavía.
(Hace al Príncipe que entre otra vez en su gabinete.)
Que no os vean... Entrad.

DON CARLOS

(Entrando.) Aún más, señora!

MARGARITA

No respiréis siquiera.
(Á Peralta.) Abrid la puerta!

DON PEDRO

Margarita, qué hacer...?

MARGARITA

(Abriendo.) Callar ahora.
(Estoy de miedo y de esperanza muerta.)

ESCENA XVI

DICHOS *y* GARCERÁN

(Garcerán como salió de la escena en el acto primero, con botas y espuelas, cubierto de lodo y sudor, y en el más completo desorden.)

GARCERÁN

Señor, salváos; los rebeldes llegan.

DON PEDRO

Esto más!

GARCERÁN

Por la sombra protegido,
la puerta del jardín les he ganado,
y á morir ó salvaros he venido.

MARGARITA

Dios santo!

DON PEDRO

Garcerán, tarde has llegado.

GARCERÁN

Yo os salvaré, venid.

ESCENA XVII

DICHOS, DON JUAN, RANGEL *y dos ó tres de los suyos*

DON JUAN *(Á Rangel.)*

(Y ay si has mentido!)
Aquí está el rebelde; ó dádmele al punto,
ó cierro la casa y la mando quemar;
si alguno resiste, dejadle difunto;
morir ó entregarle, poco hay que dudar.

DON PEDRO

Y quién amenaza con muerte y con fuego
mi casa?

DON JUAN

Quien puede.

DON PEDRO

Quien puede sois vos?

DON JUAN

Peralta, no vale la fuerza ó el ruego;
ó dáis el rebelde, ú os quemo á los dos.

DON PEDRO

Y habiendo ese encargo yo aquí del rey [mismo,
pensáis que al monarca sirviera tan mal?

DON JUAN

El rey, satisfecho de tal patriotismo,
os ha relevado del cargo rëal.
Y, en fin, en mis manos por suerte ha caído,

pues dió en Villafranca conmigo al huir.
El rey en secreto prenderle ha querido,
y al rey en secreto conmigo ha de ir.

DON PEDRO

No irá, voto á Cristo!

DON JUAN

No irá? Y con mi gente
vos mismo á Pamplona conmigo vendréis.
El rey os lo manda.

DON PEDRO

Y al rey frente á frente,
cuando él me pregunte...

DON JUAN

Le responderéis;
y estoy ya cansado, Peralta; acabemos,
me dáis ese hombre?

MARGARITA

Buscadle, señor;
franquearos la casa lo más es que haremos;
de no contentaros, mirad lo mejor.

DON JUAN

Sois bella, señora, cual sois de taimada;
me habéis engañado con harta doblez.

MARGARITA

Tan sólo esta sala no fué registrada.

DON JUAN

No quedará nada por ver esta vez.
(Don Juan entra en el aposento con Nogueras. Rangel y los soldados del rey se quedan en la escena. Margarita cerca de la puerta por donde entró don Juan. Peralta indeciso, entre colérico y avergonzado; en esta situación se oyen por fuera gritos y clarines, ruido de armas y caballos, y algunos arcabuzazos allá á lo lejos.)

RANGEL

Qué es esto?

UN SOLDADO

(Asomándose á la ventana.)
Tomemos pies.
Los rebeldes.
(Margarita corre el cerrojo á la puerta del cuarto donde entró don Juan.)

MARGARITA

(Por si acaso.)
(Pasa al lado opuesto donde está don Carlos.)

ESCENA XVIII

DICHOS; *soldados de los insurgentes de Barcelona, rebeldes de todos puntos de Cataluña, etc.;* MARGARITA *delante de la puerta donde está* DON CARLOS; DON PEDRO *con la espada en la mano.*

EL JEFE

Al primero que dé un paso
le divido de un revés.
Hola, aquí hay agramonteses!
Atadlos bien por los codos,
y que los guarden con todos
nuestros bravos montañeses.
Señores, darse á prisión,
ó venirse con nosotros.
(Á don Pedro.) Sois hombre de condición.
Abajo hay algunos potros;
montad el que os diere gana,
y Barcelona os abona.

MARGARITA

(Abriendo el cuarto donde está el príncipe.)
De rodillas Barcelona
ante el príncipe de Viana.

ESCENA XIX

DICHOS *y* EL PRÍNCIPE

DON CARLOS

Insensatos, qué intentáis?

REBELDE

Libraros.

DON CARLOS

De quién?

REBELDE

Del rey.

DON CARLOS

Y así las leyes...?

REBELDE

No hay ley,
señor, donde vos no estáis.
Barcelona, esa ciudad
de su príncipe dolida,
al rey pide vuestra vida,
y con vos su libertad.
Viva el príncipe de Viana!

TODOS

(Fuera y dentro.)
Viva!

REBELDE

Viva Barcelona!

TODOS

(Idem.) Viva!

DON CARLOS

Vuestro intento abona
esa rebelión insana.

REBELDE

Señor, Cataluña entera
no quiere más que con vos
la ley suprema de Dios
y la libertad primera.

DON CARLOS

Vamos, pues, á esa ciudad,
y si mi padre se aviene,
mañana os juro que tiene
Barcelona libertad.
Peralta, venid conmigo.

DON PEDRO

Perdonad; me quedo aquí.

DON CARLOS

Y el rey?

DON PEDRO

Hidalgo nací,
y á morir leal me obligo.
Idos, príncipe, con Dios
si estáis salvo; ya lo véis,
nada al cabo me debéis,
y aun quedo en deuda con vos.
Y aunque mi honra está empañada
á cual más por cada uno,
para no ir contra ninguno,
dejaré patria y espada.

MARGARITA

Y cesará nuestra cuita;
que cuando lejos muramos,
que sois tan feliz sepamos
como España necesita.

DON CARLOS

Pues si en mejor ocasión
un día á mi padre véis,
que no pedí, le diréis,
más que la paz y el perdón.
Que ya dolorido y harto
de guerra y mal tan prolijo,
siendo su heredero y su hijo,
á tierra extranjera parto.

MARGARITA

Id.
(El príncipe los abraza, y dice saliendo:)

DON CARLOS

Y pues sois tan honrados,
en vuestros males extremos
venid á mí y partiremos
el pan de los desdichados. *(Váse.)*

ESCENA XX

MARGARITA *y* DON PEDRO

MARGARITA

Dios os ayude, señor.
(Á Pérez.) Y Dios sólo te ha salvado,
Peralta, de haber quedado
por infame ó por traidor.

Y porque ahora la prudencia
más que nunca es menester,
antes de lo que has de ver
quiero hacerte una advertencia.
Él, de dos reinos señor,
tras del príncipe ha corrido
como si hubiera nacido
berberisco ó salteador.
Porque de asunto tan grave
no caiga sobre él la mengua,
no hay más que arrancar la lengua
á quien el secreto sabe.
Ahora bien; pues lo sabemos,
el argumento es bien llano.
Peralta, tarde ó temprano,
por saberle moriremos.
(Abre la puerta donde está don Juan y Nogueras.)

ESCENA ÚLTIMA

MARGARITA, DON PEDRO, DON JUAN *y* NOGUERAS

MARGARITA

Podéis salir, rey don Juan.

DON PEDRO

El rey...! Conque no mentían?

MARGARITA *(Á don Juan.)*

Por el príncipe venían;
le encontraron y se van.
De vos á él le protegimos,
y de los suyos á vos;
no podéis, señor, por Dios
decir que traidores fuimos.

DON JUAN

Peralta, yo bien sabía
que hice en vos un buen amigo.

DON PEDRO

No habléis, rey don Juan, conmigo,
porque yo no os conocía.
El que oculto estuvo allí
era el príncipe de Viana;
si vos lo contáis mañana,
á él lo debéis, y no á mí.
Y no temáis que en la historia
por nuestra audaz villanía,
quede, señor, algún día
de esta noche una memoria.
Que vos mismo habéis venido
tras del hijo que engendrásteis,
es un secreto que echásteis
con nosotros al olvido.

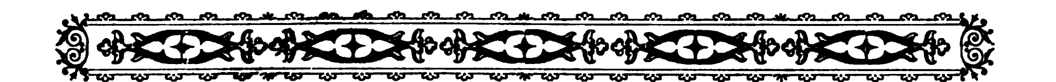
DON JUAN

Ingrato no me hallaréis.

DON PEDRO

Dejadlo estar como está,
y partid cuando gustéis,
que nada temer podéis
de los catalanes ya.
Mas me habéis hecho el ultraje
de creerme desleal,
y ya me sentará mal
el rendiros homenaje.
Rey don Juan, esa es mi espada.
(Se la desciñe y la pone en el suelo á sus pies.)
Para no haceros traición,
no la llevo á precaución
ni desnuda ni envainada.

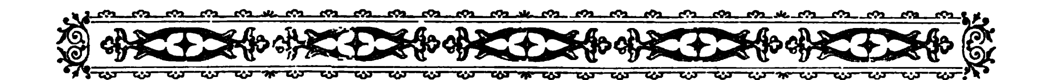




SONETO

Torpe, mezquina y miserable España,
cuyo suelo alfombrado de memorias
se va sorbiendo de sus propias glorias
lo poco que ha de cada ilustre hazaña:
Traidor y amigo sin pudor te engaña;
se compran tus tesoros con escorias;
tus monumentos, ay! y tus historias
vendidos llevan á la tierra extraña.
Maldita seas, patria de valientes,
que por premio te das á quien más pueda,
por no mover los brazos indolentes!
Sí, venid, voto á Dios! por lo que queda,
extranjeros rapaces que, insolentes,
habéis hecho de España una almoneda!





LAS DOS ROSAS

En un escondido valle
hay todavía una torre
vecina al Carrión, que corre
de chopos entre una calle.
Castillo dicen que fué
poderoso; mas ya apenas,
á través de dos almenas,
su ilustre origen se ve.
Tendidos sobre una altura
vénse un torreón y un muro,
pero en montón tan oscuro,
que medrosa es su figura.
Brota á sus pies sin respeto
espeso zarzal salvaje,
cuyo espinoso ramaje
vegeta al peñón sujeto.
Ya no hay ni mojón ni senda
que á su rastrillo conduzca,
ni puerta en que se deduzca
que hay dentro quien le defienda.
Allá por algunos trigos
que crecen en derredor,
de su ruina y su dolor
imperturbables testigos,
Hay paredes que á pedazos
están mostrando que ayer
pudieran bien mantener
un pueblo sus rotos brazos.
Hoy en pajiza cabaña
guarda un pastor el misterio
de aquel corto cementerio
que el agua del Carrión baña.
Allí una generación
duerme tal vez escondida...
Así de la amarga vida
las cosas frágiles son!
Sin curar de historias viejas,
al son de tosco estribillo,
él encierra en el castillo
por la noche sus ovejas.
El agua y el tiempo pasa,
y él no pasa de pastor;
pues no ha de ser su señor,
poco le importa la casa.
Al preguntarle qué fué
la techumbre á que se acoge,
hombros y labios encoge,
la mira y dice: «No sé.»
Los días que van pasando
la colina gastarán,
y al cabo concluirán
el castillejo enterrando.
Entonces, ya de la historia
del edificio primero,
ni el pastor ni el pasajero
tendrán confusa memoria.
Apiñada en un hogar
en derredor de la lumbre,
desvelada muchedumbre
acaso la oirá contar.
Contarála un peregrino
á quien tal vez por su cuento
darán escaso alimento
para seguir su camino.
Y yo, que siempre miré
como un viaje nuestra vida,
por historia entretenida,
del olvido la saqué.
Si rebelde vuestra alcoba,
mal que pese á vuestro empeño,
os ahuyenta el blando sueño,
yo voy á entonar mi trova.

Escuchadla; y si al calor
os dormís en vuestra almohada,
de una noche sosegada
sois deudores al cantor.

El sol del medio del cielo
brillantes rayos despide,
que del Carrión reverberan
entre las ondas humildes.
Engrosadas van ahora
con las nieves que derrite
en las crestas de las sierras
con que Castilla se ciñe,
y entrambas riberas bordan
con duros hielos que oprimen
los restos que dejó Mayo
de sus céspedes sutiles.
Altos y desnudos chopos
las orillas le dividen,
que al agua las ramas tienden
por que en el agua se miren;
y ellas ufanas pasando
por la sombra que reciben,
con blando murmullo lamen
los troncos y las raíces.
Es un día puro y diáfano,
cuanto Diciembre permite
que en su mustia presidencia
el sol del invierno brille.
Alegre, cuanto alegrarse
es permitido á los tristes;
diáfano, cuanto la niebla
á un sol sin fuerza se rinde.
Y es un pueblecillo oculto
tras una peña, en que firme
estriba un alto castillo
que de protector le sirve.
Dos esquilones agudos,
en disonante repique,
el toque de medio día
al aire en calma despiden,
y en medio están de la plaza
cuantos hidalgos la viven,
los sombreros en la mano,
inclinadas las cervices.
Las mujeres, apartadas
sus labores mujeriles,
esperan devotamente
que los hombres se santigüen.
Los muchachos, impacientes,
á hurtadillas se sonríen,
por más que les amonestan
los viejos que les imiten.
En un balcón de una casa,
que más alto nombre pide,
por los roídos escudos
con que sus paredes viste,
por los vidrios que al sol dejan
que su interior ilumine,
y los calados de un arco
que mal al tiempo resiste,
hay dos personas que, vueltas
de espaldas al sol, impiden
que se alcance desde abajo
si recen ó si platiquen.
Una es (con soles por ojos,
y por labios alelíes)
la más hermosa villana
que con hidalgas compite;
Rosa, nacida en el campo,
entre zarzales y mimbres,
pero á quien ceden vencidas
las rosas de los jardines.
Ufanos la engalanaron
á porfía los abriles
con cuantas juntaron gracias,
uno tras otro, hasta quince.
Diéronla negros cabellos,
cutis que afrenta á los cisnes,
dentadura igual y enana,
cuello torneado y flexible.
Orlan sus párpados blancos
largas pestañas sutiles,
coronadas por dos cejas,
arcos que enojan al iris.
Cintura escasa, alto pecho,
pie breve, resuelto y libre,
y dos manos que semejan
ramilletes de jazmines.
Bellísima es la tal Rosa,
por más que el pueblo critique
el orgullo con que ostenta
sus encantos juveniles.
Las mozas, que se recata
de sus amistades, dicen:
que es la inconstancia excesiva

con quien desprecia á quien rinde.
Las viudas, que es demasiada
la libertad con que vive,
y muchos los forasteros
cuyas visitas admite;
y las viejas, de su madre
murmuran que las recibe
con audacia escandalosa
y confianza reprensible.
Mas, Rosa y Brígida en ellas
con tan poca cuita siguen,
que, si estos murmullos oyen,
se deleitan en oirles.
Por eso tan cortesano
baja don Bustos Ramírez
diariamente á su casa
del castillo en que reside.
Varón altanero y mozo,
afortunado en las lides,
cuyas riquezas exceden
á lo ilustre de sus timbres,
dejó ha poco de la corte
la perezosa molicie,
las damas voluptüosas
y los ruidosos festines,
por la calma de sus tierras,
donde su presencia exigen
los negros ojos de Rosa,
que diz que en los suyos viven.
Es cierto que se susurra
que un mancebo que la escribe,
palabra de casamiento
tiene de ella, y que es difícil
que la renuncie si vuelve,
lo que es tal vez muy posible.
Mas don Bustos es mancebo
de nobilísima estirpe;
barón que manda vasallos,
á quien escuderos sirven,
á quien pajes acompañan
y á quien mucho el rey distingue.
Es señor de horca y cuchillo,
rey en aquellos confines,
y á quien plebeyos é hidalgos
pecho y homenaje rinden.
Y no es otro el que con Rosa
sobre el balconcillo sigue,
dando á la plaza la espalda
mientras que dura el repique.
Al fin, santiguado el monje
que el templo del lugar sirve,
cada cual tornó á su espera,
y á sus requiebros Ramírez.
Apoyado sobre el codo,
deja que el cuerpo se incline,
guardando tras una mano
una mejilla invisible;
y á favor de esta postura
al pueblo curioso impide
que le aceche las palabras
que á la muchacha dirige.
En la expresión inefable
con que Rosa le sonríe,
bien se ve que, en vez de enojos,
satisfacciones recibe;
ni menos de sus palabras
el castellano se aflige,
pues cuanto ella más tolera,
más él confiado insiste.
El platica; ella le escucha,
sin que altanera le esquive;
y él más se la acerca osado,
cuanto ella oyéndole sigue.
Hubo un instante, de aquellos
que el amor llama felices,
que con el alma se sienten
y con el alma se miden,
en que los ojos de Rosa
tomaron indefinible
una expresión que imitaba
el gozo en los serafines.
Brotáronle de ambos ojos,
sobre los puros matices
de ambas mejillas, dos lágrimas
ardientes, irresistibles.
Y apenas aparecieron,
cuando rápido Ramírez,
secando una con sus labios,
así imprudente la dice:
—Mañana serás mi esposa.
—Señor!
—Mañana.
—Es posible?
—Aquí mi palabra empeño.
Mañana es fuerza que brille
mi castillo con tus ojos,

con tu hermosura mi estirpe.—
Bajó, esto dicho, á la plaza
el impetuoso Ramírez,
y, al monje y al pueblo atento,
estas palabras dirige:
«Esta noche, pueblo y valle
con hogueras se iluminen;
que redoblen los panderos
y las campanas repiquen;
que se remedien los pobres,
que se consuelen los tristes,
y todos á mis festejos
desde ahora se conviden.
Mis aparadores cerquen,
mis anchas cubas despiten,
mis tesoros se repartan,
y se embriaguen con mis brindis.
Vasallos, de hoy por tres años
quedáis de tributos libres,
y de este modo mis bodas
se dispongan y publiquen!»
Rompió en aplausos la gente,
que su largueza bendice,
y los vivas se redoblan,
y las gracias se repiten.
—Dádselas á la hermosura,—
dijo don Bustos Ramírez,
señalando á las ventanas,
de donde ella le despide,
y aplicando las espuelas
al negro potro que rige,
hace que en rápido escape
al parque le precipite.

Quedó aplaudiendo la plebe,
agradecida y humilde,
y Rosa, aun en sus ventanas,
muy mal su orgullo reprime.
Algunas horas después,
ya bien entrada la tarde,
la tierra entregada en brazos
de las nieblas impalpables,
de una lámpara de cobre
á los rayos desiguales,
lee Rosa unos pergaminos
que acaba de darla un paje.
Pasaban sus negros ojos,
de orgullo y placer radiantes,
de un renglón á otro renglón,
sin apenas descifrarles.
Los labios le sonreían,
y, trémulos dilatándose,
por lo bajo murmuraban
sonidos de cada frase.
Una caja de olorosa
madera tiene delante,
y de un cordoncito de oro
pende en su diestra una llave.
Dobló alegre el pergamino,
y, agradeciendo el mensaje,
despidió al buen mensajero,
y á voces llamó á su madre.
Subió la vieja asustada,
recelosa de algún lance
que, en parientes ó en amigos,
la fatal carta anunciase.
Mas, apenas en el cuarto
puso los pies vacilantes,
Rosa, cerrando la puerta,
díjola palabras tales:
—Entrad. Nuestra es la fortuna;
de contento no me cabe
en el pecho el corazón,
ni atino cómo explicarme.—
Brígida exclamó angustiada:
—Por Dios, muchacha, que acabes,
que tengo el alma en un hilo!
—Esta llavecita la abre.
—Pero, qué se abre?
—Esa caja.
—Válgame el cielo! Diamantes!
—Sí, por cierto.
—Y quién...?
—Es mía.
—Quién te la ha dado?
—Ese paje.
—De don Bustos?
—De don Bustos.
—Y tomarla es...
—Indudable.
Es el regalo de bodas
que el de Ramírez me hace.
—De bodas!
—Pues si me caso!
—Muchacha, vas á matarme
con tanto rodeo! Acaba!

—Por Dios, que sois torpe, madre!
Si la caja es de don Bustos,
con quién queréis que me case
sino con él?
—Con tan alto
varón piensas enlazarte?
—Qué me falta para ello?
No son mis ojos bastante
para que pueda mi frente
con su corona igualarse?
No soy hermosa?
—Eso sí.
—Oh, y no porque yo me alabe!
Pero si encuentra otra Rosa,
no digo yo en todo el valle,
sino en la corte, en España,
si la encuentra... que se case.—
Y así diciendo, á un espejo
de reojo contemplándose,
desplegaba una sonrisa
que diera envidia á los ángeles.
Víala la pobre vieja,
sin que apenas la bastasen
para darla entero crédito,
ni su acción ni su lenguaje.
Rosa en tanto, alta la frente,
los ojos de una á otra parte
inquietos y desdeñosos,
altivos los ademanes,
despreciando, hosca y soberbia,
cuanto en torno suyo trae,
la majestad ensayaba
que es forzoso que acompañe
á quien ha de ver un día
sus vasallos humillarse,
y hacer á la plebe grupos
para verla cuando pase.
Después de largo silencio,
que duró por ambas partes
cuanto bastó á su esperanza
para alzar torres al aire
y amasar en sus adentros
tan rápidas novedades,
á Rosa para engreirse,
á la otra para asombrarse,
asiéronse de la caja,
y, dando vuelta á la llave,
atónitas empezaron
á gustar las realidades.
Allí ricos brazaletes,
y diademas y collares;
allí amatistas y perlas,
cornalinas y corales.
Probáronse los anillos,
las pulseras de brillantes;
no quedó nada por verse
ni nada por admirarse;
todo pareció á propósito
hecho para aquel instante;
todo era espléndido y rico,
nada pequeño ni grande.
—Esta guirnalda—decían—
para el día en que te cases.
—Sí; el collar por la mañana,
la diadema por la tarde.
—Linda estarás!
—Ya veréis
la vez primera que baje
á visitar á mi pueblo.
—Hechicera!
—Oh, admirable!
—Y qué dirán esas ñoñas
de hidalguillas?
—Dejad que hablen.
Ya me besarán la mano.
—Eso sí, por más que rabien!
—Se arañarán por un dije,
si yo se le regalase.
—Mal hicieras.
—Ah, ni un hilo
para esas villanas, madre!—
Aquí llegaban gozosas,
cuando oyeron en la calle
un caballo que en la plaza
entraba á resuelto escape.
Paróse á su misma puerta;
sintióse después el grave
rechinar de los portones,
y volver luego á cerrarse.
Él es!
—Quién?
—Don Bustos.
—Vaya!
—Pronto, salid á alumbrarle!
Mandad que el potro le tengan,
que le piensen y descanse.—

Y asiendo la lamparilla,
temiendo que el tiempo falte,
fuese hacia la puerta Rosa,
que hasta la escalera sale;
pero antes que al picaporte
la linda mano llegase,
abriéronla por de fuera,
y con pena de hija y madre,
entró cubierto de lodo,
sangrientos los acicates
y armado hasta los bigotes,
su pariente Pedro Ibáñez.
Quedó estúpida la vieja,
tornóle Rosa el semblante,
y él, tendiéndola los brazos,
dijo: —Yo soy, abrazadme.—
Dejó la luz la muchacha,
y, del mozo retirándose,
replicóle: —Bien venido,
pero has llegado muy tarde.

Asentados en silencio,
en rededor de la mesa,
están Ibáñez y Rosa:
él triste, y mohina ella.
Rosa, los ojos clavados
en el techo, airada muestra
el disgusto con que á Ibáñez
en aquel punto contempla.
Y en vano del bello mozo
la vaga mirada inquieta,
las miradas de la ingrata
porque se encuentren acecha.
En vano tras de la lámpara
se ampara en la sombra negra,
y, la ocasión esperando,
los ojos le reverberan.
En vano sobre el asiento
se revuelve y se impacienta,
haciendo á cada postura
que rechine la madera.
En vano, desenlazando
del almete las correas,
sacudió, como al descuido,
de la gola entrambas piezas.
En vano, al asir la espada,
tropezó con las espuelas,
y retumbó el aposento
en rápido son de guerra.
Rosa, ni por reprenderle
ni por saludarle atenta,
sobre el mancebo los ojos
bajó un instante siquiera.
De la habitación en torno,
de uno á otro objeto los lleva,
cual si fuese inventariando
todos cuantos hay en ella.
Viga á viga midió el techo,
listón á listón la estera;
contó al parecer los vidrios
de la alcoba y de las puertas;
los pliegues de su cintura,
las rayas que hay en la mesa,
y las líneas que sus manos
por ambos lados presentan.
Escuchó el silbar del cierzo
que revuelve la veleta,
el rumor de los que pasan,
la bulla de las hogueras.
Todo lo que no es Ibáñez
parece que la interesa;
hasta el son con que la lámpara
húmeda chisporrotea.
Pero el mozo allí se está
y arrobado la contempla,
y dos lágrimas de fuego
por las mejillas le ruedan.
Cansado ya de esperar
y desesperado de ella,
díjola con voz tan blanda
que contestaran las piedras:
—Qué es aquesto, vida mía?
Rosa, qué mudanza es ésta?
Tú, al partirme, me llorabas,
y te enojas con mi vuelta?—
Rosa callando seguía,
y él siguió de esta manera:
—Héme aquí que vuelvo honrado,
más tal vez que lo merezca,
amigo de los valientes,
querido en la corte mesma.
Pensé merecerte ahora,
y he conseguido licencias
para casarme contigo
y alejarme de la guerra.
Rosa callando seguía,

como á quien oir le pesa,
dando entre las blancas manos
á los ceñidores vueltas.
Ibáñez, apenas dueño
de su rebelde paciencia,
entre ofendido y colérico,
aguardaba una respuesta;
hasta que, viendo que Rosa
toda agotársela intenta,
con sordo acento la dijo,
celosos ojos tendiéndola:
—Si las nuevas que hube tuyas,
cuerdo estimase por ciertas,
vive Dios que no tornara,
Rosa ingrata, para verlas!
Si pensara yo que, imbécil,
el oro te enloqueciera,
trajera cuanto mi lanza
para los cobardes deja;
y si que ansiabas supiese
honra de tanta nobleza,
prendiera yo al condestable,
y conde ó marqués volviera.
Pero yo te quise, Rosa,
aunque altiva, no opulenta,
y pensé que, por valiente,
simple hidalgo me quisieras.—
Rosa, á este punto dejando
el sillón en que se asienta,
díjole:—Ibáñez, dejemos
semejantes controversias:
si te quise y no te quiero...
—Por Dios vivo...!
—Ten la lengua!
Mañana mismo me caso;
y, por súplica postrera,
espero que de este pueblo
partas esta noche mesma.
Seré inconstante, traidora,
liviana... cuanto tú quieras;
pero lo tengo pensado,
y estoy, Ibáñez, resuelta.
—Pero...
—Tu empeño es inútil.
Mi voluntad es aquésta.
—Y tus votos...
—Fueron falsos.
—Y tus caricias...
—Quimeras.
—Y tantos años perdidos
en ilusiones risueñas!
Tantos sudores y afanes,
tantos peligros por ella!
Virgen santa, yo deliro!
Qué infernal visión es ésta?
Porque, á juzgarla posible,
tanto tiempo no viviera.—
Y así Ibáñez exclamando
se asía de las melenas,
desencajando los ojos,
como á quien sueños aquejan.
Rosa, la luz en la mano,
caminando hacia la puerta,
miraba el dolor de Ibáñez
con expresiva impaciencia.
En esto, en el aposento,
la faz amante, risueña,
el ferreruelo forrado
de blanca y crujiente seda,
dorado estoque, y de plumas
linda gorra en la cabeza,
entró don Bustos Ramírez
en apostura altanera.
—Linda Rosa...—dijo;—y viendo
á Ibáñez que le contempla
con ojos entumecidos,
tornó la vista severa.
Rosa, apresurada, dijo:
*—Es un pariente que llega
de la ciudad.*—Y don Bustos
prosiguió así: —Norabuena.
Seáis, hidalgo, bien venido;
asistiréis á la fiesta,
y recibirán mis bodas
honra con vuestra presencia.—
Tendió al soldado la mano;
y él, sin mirar lo que hiciera,
con el recio guantelete
la suya al barón presenta.
La asió don Bustos, y dijo:
—Á no saberlo, creyera
que fuera, en vez de amistad,
de reto esta mano prenda.—
Miróle Ibáñez un punto,
y en insondable reserva
velando el gesto, repuso:

—Tomadla como os convenga.—
Y, tornando las espaldas,
tomó á oscuras la escalera.

De brindis y carcajadas
estrepitoso rumor
se levanta de don Bustos
en un inmenso salón.
Alúmbranle mil bujías
suspensas en derredor,
entre guirnaldas de flores
que hábil mano entrelazó.
Vistiéronle de tapices
exquisitos en valor,
y cubriéronle de alfombras,
de un califa regio don.
En ricos aparadores
remeda la luz del sol
vajilla espléndida de oro,
de magnífico primor.
Rueda el cristal por la mesa,
y en no interrumpido son,
gotea de vaso en vaso
dulce y sabroso licor.
La fiesta es libre, opulenta,
porque, pródigo el barón,
á todo el pueblo de Rosa
bodega y festín abrió.
Es cierto que, á los principios,
el respeto á su señor,
conteniendo á los vasallos,
las lenguas les refrenó.
Mas, al fin, de los manjares
el suculento vapor,
la libertad y la audacia
á los villanos volvió.
Alzaron desordenados
una voz sobre otra voz,
un brindis sobre otro brindis;
crecía la confusión,
aumentábase el tumulto,
y con discorde clamor
cruzaban de una á otra punta
osada conversación.
Ocupaban los hidalgos
en la parte superior
escaños de terciopelo
casi á los pies del barón.
Y éste, más alto con Rosa,
usaba otro aparador,
bajo un dosel de brocado
do se ostenta su blasón.
Pajes les sirven; doncellas
les escancian el licor,
y el contento les atiza
la insolencia del bufón.
Al testero de la mesa,
y en preferente sillón,
está el capellán sentado,
y síguele luego en pos
el ilustre Ayuntamiento,
en gregüescos y jubón.
Enfrente, entre otros hidalgos,
en ademán pensador,
se ve al serio Pedro Ibáñez,
que bocado no gustó.
Hinchados tiene los ojos,
los cabellos sin olor,
la espada y la daga al cinto,
y el duelo en el corazón.
El resto ocupan sin orden
los que, de Busto á la voz,
el mejor sitio encontraron,
al entrar en el salón.
Los que en aquél no cupieron,
acomodarlos mandó
en otra mesa tendida
en un largo corredor,
y allí gritan y disputan,
harta apenas su ambición
con los sabrosos manjares
que devoran sin temor.
Toda la fiesta es tumulto,
todo murmullo en redor,
todo embriaguez y locura
los vasallos y el señor.
Y á pesar de los secretos
con que á la conversación
dan impulso las mujeres
murmurando á media voz,
Rosa está linda, hechicera,
como jamás se mostró
caprichosa su hermosura,
vertiendo gracias y amor.
Mirándose está en sus ojos
el fortunado barón,

olvidando ante su amada
cuanto hasta entonces gozó.
Y ella, radiante de orgullo,
alimenta en su ilusión
los hechizos que la embriagan
con estudiado primor.
Con lujosos atavíos
astuta se engalanó,
que acrecientan el deseo
del turbado corazón.
Guirnalda de blancas perlas
á sus cabellos ciñó;
escotado hasta los pechos,
bordado en oro, el jubón;
el cuello de marfil orla
collar de bajo color,
del que pende de brillantes
la señal de redención;
y están sus brazos desnudos,
cuyo brillo tentador
ostenta en sus movimientos
exquisita perfección.
Don Bustos, á quien anima
la eficacia del licor,
decía en son de mandato,
fuerza añadiendo á la voz:
—Agotadme las bodegas!
Que si dejáis, vive Dios!
una gota, habéis de hacerme
de todo restitución.
A eso os llamé á mi castillo
y á mis fiestas; que, si no,
conforme me caso solo,
gozara solo.—Al rumor
de estrepitosos aplausos
estremecióse el salón,
y por sobre el ronco ruido
así don Bustos siguió:
—Eh! Don Pedro, mi pariente,
capitán, qué os hacéis vos?
Estáis enfermo, ó acaso
os dijo algún impostor
que el mayordomo, envidioso,
mis cubas envenenó?
Si tal pensáis, os ofrezco
completa satisfacción.
Y, á propósito...—Así hablando
su inmensa copa apuró.
Tornaron las carcajadas,
los aplausos, y el barón,
encarado aún con Ibáñez,
en voz de mofa siguió:
—Puesto que vos no habéis hecho
á mis venenos honor,
os encargo que, si muero,
me enterréis como á quien soy.—
Volvieron á los aplausos,
y á tan tumultuoso son
asomaron por la sala
las gentes del corredor,
que aumentaron el desorden
preguntando en pelotón:
—Qué es aquesto?
—Entrad, amigos,—
don Bustos ronco clamó.
—Veréis un anacoreta...
Por la cruz del Redentor,
capitán, brindad conmigo
á mi venturosa unión!...—
Ibáñez la inmensa copa,
levantándose, tomó,
mostrando el sombrío gesto,
más que contento, furor;
y, afectando complacerse,
—Brindemos—dijo—barón!—
Mas don Bustos, atajándole,
el brindis le interrumpió:
—Á mi embriaguez de esta noche,
que me emborracho por dos!—
Á estas palabras de Bustos,
de emponzoñada alusión,
Ibáñez, soltando el vaso,
cayó, vertiendo el licor.
—Bravo! Sin haber bebido,
el sueño le acogotó.
Capitán, voto á mi sangre!
que sois un mal bebedor.—
Seguía Ibáñez tendido
de espaldas en el sillón,
cogidos todos sus miembros
de congojoso temblor.
Mofáronle los villanos,
el gesto Bustos frunció,
palidecieron las mozas,
y, en visible turbación,
Rosa sobre el blanco pecho

pálida la faz dobló.
Don Bustos, rompiendo un vaso,
alzó iracundo la voz:
—Os pesa, por vida mía,
capitán, mi dicha á vos?—
Alzóse sobre su asiento,
y el pueblo entero calló,
porque los ojos de Bustos
centellaban de furor;
temblaba en su escaño Rosa,
y así decía el barón:
—Brindad, capitán, conmigo,
á mi boda, ó vive Dios!
que esta noche mis lebreles
os desgarran el jubón!—
Á tan brusco llamamiento
Pedro Ibáñez requirió,
poniéndose en pie, su espada
con semblante tan feroz,
que oyóse entre las mujeres
un ay! sordo de pavor,
y á sus espaldas la turba
cobarde retrocedió.
Don Bustos Ramírez, puestos
ambos pies en su sillón,
la izquierda sobre la mesa,
que, al recibirle, crujió,
mirábale de hito en hito;
y el áspero ahogado son
que le hervía dentro el pecho;
el borrascoso color
de sus ojos; la melena,
que le cuelga en confusión,
uniéndose con la barba,
que le cerca en derredor
todo el rostro, le semejan
á un formidable león,
que acecha sobre una roca
la vida del cazador.
Pedro Ibáñez, frente á frente,
sin muestras de turbación,
fijó en sus ojos los ojos
y á la lid se apercibió.
Pasó un momento angustiado
en que nadie de los dos,
con movimiento ó palabra,
la contienda provocó.
La turba tenía ahogado
el aliento de terror,
y de ambos podía oirse
el latir del corazón.
Al fin don Bustos, en hondo
gemido, torvo exclamó:
—Brindad, hidalgo, á mis bodas,
ú os juro, á mi salvación,
que en la escarpia de una almena
os ahorco como á un traidor!—
Ibáñez, á estas palabras,
como una tigre veloz,
saltando sobre la mesa,
ligero una copa asió.
De un paso salvando el trecho
que le aparta del barón,
—Brindemos—dijo.
—Á esta noche—
Bustos repuso,—á mi amor!
—Á mi cabeza, don Bustos,
que, clavada en un lanzón,
os recuerde á todas horas
toda una noche de amor!
—Es un insulto?
—Es un brindis.
No le aceptáis?
—Sí, por Dios!
Bebed, y aquesa cabeza
sea la última ilusión
que alcancen á ver mis ojos,
de mi féretro en redor.
—Sea!
—Sea!—
Y afirmando
tan sacrílega intención,
todo el licor se sorbieron
de un solo trago los dos.

Está la noche serena;
melancólica la luna
reverbera en la laguna,
y manso el aire resuena.
Murmura en la parda sombra
inquieto el Carrión pasando,
con limpios hielos orlando
del campo la árida alfombra.
No se alcanza en la ribera
ni césped ni flor ni espiga

que brote á la sombra amiga
de alguna encina altanera.
  Todo el campo es soledad,
silencio y vapor confuso;
que en todo el invierno puso
viudez y esterilidad.
  Vése á lo lejos la sierra
con aparición extraña;
que en la escarpada montaña
la nieve esconde la tierra;
  Y entre las breñas se escucha
la ronca voz del torrente,
cuyo ancho raudal rugiente
conquistando espacio lucha.
  Tal vez del mastín atento
resuena el tenaz ladrido,
oliendo el lobo escondido
que acecha el redil hambriento.
  Al pie de la alta colina
yace el lugar solitario,
acogido el vecindario
al cerro que le domina.
  Sobre él el negro castillo
de don Bustos se columbra,
del astro de paz que alumbra
al resplandor amarillo.
  Y aun vomitan sus ventanas,
en confusión infernal,
las cántigas que profanas
respira la bacanal.
  Aun puede oirse por ellas,
con el brindis del barón,
el seco y discorde son
del vino y de las querellas.
  Viénense allí á dibujar,
con la luz de las bujías,
mil medrosas fantasías,
espantosas de mirar.
  Y los vidrios de colores
radian en la lobreguez
la movible brillantez
de fugaces resplandores.

—

  Al pie del áspero muro
inmoble en la sombra está,
contemplando las ventanas
con desesperado afán,
torvo el semblante y lloroso,
sin apenas alentar,
el triste y burlado Ibáñez,
en insufrible ansiedad.
Crispados tiene los puños,
desencajada la faz,
y el cuerpo todo acosado
de una convulsión mortal.
Vése en el húmedo ambiente
su aliento á veces vagar,
como sombras que, brotando,
viven un punto no más.
Por los espesos bigotes
filtrando el rocío va,
y, mojándolas, sus ropas
azota el aire fugaz.
Amante desventurado
y desdeñado galán,
está en su mente midiendo
la infinita eternidad.
Porque, qué vida le aguarda,
ni qué vida ha de esperar
quien no halla en sus negros días
más que tedio y soledad?
Tantos sueños de ventura,
tanta ilusión celestial,
tanta esperanza engañosa
perdida en la realidad!
Tantos afanes por ella!
Tanto sufrir y lidiar,
mirando la luz lejana
de un mentiroso fanal,
que fué tan sólo el reclamo
que anunció un puerto falaz,
para mirarle más cerca
engañado zozobrar!
Do están las fragantes flores,
las bendiciones do están
con que el amor deliraba
en la juvenil edad?
Él fué á la sangrienta guerra,
como valiente, á buscar
premio y fortuna de hidalgo,
de que se sintió capaz.
Pródigo vertió su sangre,
de su vida sin piedad,
por volver ante su Rosa
digno de su amor fatal;
y ella en tanto, deslumbrada,

ó acaso liviana asaz,
en los brazos de otro dueño
se dispone á reposar.
Oh, que esas risas confusas
que oye, á través del cristal,
desde el infame castillo
á la atmósfera brotar,
le parecen los aullidos
con que una turba infernal
aplaude atroz los tormentos
que alambica Satanás!
Ellos celebrando alegres
en ruidosa bacanal
el bien que en despecho eterno
infeliz él llorará!
Ellos brindis y cantares,
y amor y felicidad,
y él lágrimas y dolores
que nunca se acabarán!
Oh! Y cobarde, aunque ofendido,
resignado dejará,
aunque él su ofensa no olvide,
que la olviden los demás?
Mas, qué escucha el desdichado
con esa atención tenaz,
que hacia adelante tendido
al borde del foso está?
Los ojos le brotan fuego,
creciendo el aliento va,
y, atenazados los dientes,
déjanle apenas lugar.
Calmado el rumor lejano
de la impura bacanal,
oyóse un canto dulcísimo
en el salón murmurar.
Era una voz amorosa
y de enloquecer capaz
al corazón más hundido
en torpe incredulidad.
Del arpa del trovador
al misterioso compás,
suena á pedazos, perdido
en la distancia, el cantar.

—

«Mi vida, Busto, y mi alma,
»no tengo en mi mano yo;
»no tengo que darte, Busto,
»sino cuanta guarda de fe el corazón.
»Yo te le doy todo entero;
»vida y alma vuelva á Dios
»cuando le plazca, y tú, Busto,
»hasta á mi sepulcro disputa mi amor.»
Cesó el cántico, y se oyeron
largos aplausos sonar,
que estremecieron el aire
en prolongada espiral.
Ibáñez, como viajero
que, harto ya de caminar,
se sienta á buscar reposo
donde ha de abrirse un volcán,
retrocedió de aquel canto
al desgarrador compás,
despierto á la voz de Rosa
su mal adormido afán.
«Dále, ya que está en tu mano,
»ingrata! ese corazón—
»dijo—y el alma y la vida
»que vuelvan torpes á Dios:
»dásele, que por un soplo
»con que tornaros carbón,
»toda el alma y media vida
»á Satanás diera yo.»
Y aquesto diciendo Ibáñez,
en agonía mortal
revolcábase en la arena,
hiriéndose sin piedad.
Lanzaba del hondo pecho
bramido tan gutural,
tan feroz, que aun á las fieras
alcanzara á amedrentar.
Y dijeran, escuchando
el ruido que haciendo está,
que luchaba alguna de ellas
con otra en la oscuridad.

Rueda entre tanto la argentina luna
del vago cielo en el espacio azul,
sombra dejando y niebla que, importuna,
mancha y entume su radiante luz.

—

La escarcha entre los céspedes se cuaja,
deshaciéndose en gotas de cristal,
y cada espino que Aquilón rebaja,
perlas por fruto transparente da.

—

En confusa ilusión todo se ostenta
en la estéril llanura del país,
entre el velo de nieblas que se aumenta,
cual pabellón colgado del cenit.

—

Allá en un valle do la niebla impura
tarde se posa, el rápido Carrión,
frágil rodando, en soledad murmura,
con medroso y monótono rumor.

—

Ya del castillo en el salón se mengua
la báquica algazara del festín,
torpe tal vez con el licor la lengua,
cuyo peso no alcanza á resistir.

—

Aun se alza entre el murmullo interrum-
el brindis tumultuoso del barón, [pido
con el cantar de Rosa entretenido
y el arpa del errante trovador.

—

Aun en los vidrios tibia se dibuja
de alguna sombra la ilusión fugaz,
como, al conjuro de andrajosa bruja,
el diablo por el sol se ve cruzar.

—

Mal sosegado Ibáñez todavía,
lanza celoso en iracunda voz
los ayes postrimeros de agonía
con que se extingue su perdido amor.

—

Dentro del pecho, en ponzoñosa llama
sanguinosa, alumbrándole al morir,
su negra antorcha vigorosa inflama
la venganza que nace de su fin.

—

Pásanle por la mente dolorida
mil fantasmas de impúdico placer,
que embellecen sin fin la ajena vida,
la suya desgarrándole á la vez.

—

La imagen del altivo castellano
entre sus sueños por doquiera está.
Doquier del sueño, entre el tumulto vano,
amor se juran, ósculos se dan.

—

Doquier en ellos, de su ingrata Rosa
la blanca sombra que la esquiva, ve
á otra fantasma presentando ansiosa
los labios que arden de amorosa sed.

«Maldita!—entonces desolado exclama.
Maldita seas, infernal visión!»;
y el llanto que en su cólera derrama,
la hoguera apaga del antiguo amor.

—

«Oh! Qué me importa—el infeliz decía,—
tarda opulencia y mentirosa prez,
si la mitad de la existencia mía
nunca con ella dividir podré?

—

»Venga el infierno, y por la vida y alma
mi venganza me dé, si no mi amor.
Por ese instante de sangrienta calma
lleve el infierno cuanto fué de Dios.»

—

Más se espesaba cada vez la niebla,
menos radiaba en derredor la luz;
el aura de onda oscuridad se puebla,
nada se ve del firmamento azul.

—

Cada orla leve de fantasma errante;
cual rayo de relámpago fugaz,
creyó Ibáñez que viera por delante
la sombra de un espíritu pasar.

—

Era un objeto silencioso y vago,
sensible solamente á la visión,
como reflejo que sombrío lago
de un fuego fatuo á la presencia alzó.

—

Era una sombra que con propia vida
no necesita luz para nacer,
cual nube que en el éter va perdida,
sin auxilio de plumas ni de pies.

—

Los ojos no conciben su contorno,
no reducido á forma aquel vapor;
tal vez en él deformidad y adorno,
galas lo mismo que defectos son.

—

No trajo voz ni levantó sonido,
por el húmedo suelo al resbalar;
mas sintió el corazón, sin el oído,
del triste ser la inmediación fatal.

—

Tocóse Ibáñez la ardorosa frente,
y la ancha mano se inundó en sudor.
Razón y ayuda demandó á su mente,
y no estaba en su mente su razón.

Tendió la mano á la segura tierra
el cuerpo que vacila á sostener,
y, en vez del césped, en sus dedos cierra
áspero hierro que se aprieta á él.

—

En vano abierta la medrosa mano,
le abandona á su propia gravedad;
las palmas hacia sí retira en vano:
siempre tras ellas el objeto va.

—

Ásele al fin: le oprime; es una llave.
Quién en aquellos sitios la perdió?
Un peregrino, un trovador; quién sabe!
Tal vez del cinto la perdió el barón.

—

Ibáñez la guardó. Siniestro y lento
era su paso, y tardo el caminar;
parecía que el solo pensamiento
empujaba á la muerta voluntad.

—

Él tenía un secreto repentino
que jamás hasta entonces comprendió;
sólo en la mente le abortó el destino;
no lo supo jamás el corazón.

—

Ibáñez ni se acuerda ni lo sabe,
que con su mente su intención no va;
sólo percibe que, al llevar la llave,
crece en el pecho vengativo afán.

—

Ni piensa, ni resiste, ni consiente:
ignora acaso su intención cuál es;
mas ni duda á la par, ni se arrepiente
de lo que llegue á consentir ni hacer.

—

En un pilar que sobre el foso oscuro
en una grieta de la peña está,
metió la llave, y, recediendo el muro,
postigo oculto le convida á entrar.

—

Hundióse Ibáñez por el muro hendido,
silencioso, sombrío, audaz, traidor,
como un remordimiento mal dormido
entra en el descuidado corazón.

—

Quedóse en soledad el campo mudo,
y entre la lobreguez tornóse á oir
la voz del aquilón salvaje y rudo,
y el murmullo apagado del festín.

Quien mirara á Pedro Ibáñez
ir caminando á deshora
por las cuevas del castillo
al resplandor de una antorcha,
erizados los cabellos,
la faz amenazadora,
los pasos desatentados,
creyérale alguna sombra
que, alzando de su sepulcro
la fría y maciza losa,
de Dios á los vivos trae
sentencia exterminadora.
Sus lentos pasos retumban
por las olvidadas bóvedas,
y de una en otra perdidos,
cual gemidos se prolongan.
En las grietas de las piedras
las arañas hiladoras,
al resplandor de la luz,
los negros cuerpos asoman;
y á la inflexión de la llama,
que vacilante y dudosa
reverbera por los muros,
que viste tiniebla lóbrega,
fantasmas de luz se pintan,
cuya aparición diabólica,
en el punto que se muestra,
vuelve á perderse en la sombra.
En cada rincón oscuro
en que la vista se posa,
parece que amedrentadas
quimeras le desalojan.
Á cada puerta ó esquina
que se pasa ó que se dobla,
parece que allá á lo lejos
vuelan en fúnebre tropa.
Todas las manchas y bultos
rostro y movimiento toman,
y ya miran, ya amenazan,
ya ríen, temen ó mofan.
Visiones descoloridas
que el alma crédula aborta
en la niñez, atacada
de fábulas mentirosas.
Á pasos lentos Ibáñez,
caminando incierto, topa
ancho salón embutido
de madera hasta la bóveda.

Allí, de pez y de plomo
y materias resinosas,
inmenso almacén juntaron,
que para defensa propia,
en tiempos tan turbulentos,
precaución ninguna sobra.
Como obedeciendo Ibáñez
á oculta causa imperiosa,
ó de antiguo pensamiento
á la fuerza tentadora,
debajo los combustibles
metió resuelto la antorcha.
Brotó la seca madera,
espesa, turbia y sonora
nube de volátil humo
con que el fuego se corona.
Cerrando entonces la puerta,
Ibáñez, á tientas toma
la ruta por donde vino
hasta una escalera rota;
y en lucha áspera y difícil,
asaltando una tras otra,
llegó á la torre en que Bustos,
señor del castillo, mora.
  Era una torre capaz,
circundada á la redonda
de un terrado que rematan
las almenas protectoras.
A su amparo y defendidas
de exterior ofensa, toman
la luz dos anchas ventanas,
que rejas robustas orlan.
Corrió Ibáñez á una puerta
una barra poderosa,
que impide abrirla por dentro,
y la faz pálida y torva,
asiéndose de una reja,
por una ventana asoma.

  Ya libres de las miradas
de la multitud curiosa,
que, grosera é imprudente,
hasta cuando aplaude estorba,
en delicioso retiro,
Rosa y don Bustos á solas,
de sus amores platican
en su cámara ostentosa.
Ella aparece cual nunca
halagüeña y seductora,
suelto el cabello y los lazos,
aliviada de las joyas.
Él en sus brazos la aduerme
en ilusión amorosa,
más que nunca embebecido
en las gracias que la adornan.
Ella en silencio le mira,
y las lágrimas le borra
que, de amor y de esperanza,
de los párpados le brotan.
Él los labios encendidos,
la mirada borrascosa,
que aun turba el licor ardiente
cuyos vapores le embotan.
Y ella, con ósculos tiernos,
templando la abrasadora
sed de sus labios, le besa
entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda,
que entera cubre la alcoba,
vela á los profanos ojos
la escena voluptuosa;
aunque la luz de una lámpara,
cuanto olvidada traidora,
trémula dibuja en ella,
si no los gestos, las sombras.
  Si los ojos de un celoso,
cuando las dudas le acosan,
pudieran salvar los muros
en las alas de su cólera,
bien pudieran los de Ibáñez
hacer jirones ahora
la impertinente cortina
en donde atento los posa.
Dos barras de la ancha reja
ase, que casi las dobla,
y los ojos de serpiente
se le saltan de las órbitas.
Sin perder línea ni pliegue
de la tela tembladora,
sigue el movimiento fácil
de las proyectadas sombras.
Y ajenos de aquel testigo
Bustos Ramírez y Rosa,
sus amorosas caricias
en la soledad redoblan.
Crujían los blandos besos

en la morada recóndita,
y afuera del triste Ibáñez
las aspiraciones roncas.
Á cada amante palabra
que en el aposento brota,
responde en la oculta reja
una blasfemia espantosa.
Y entre tanto que uno sufre,
y libres los otros gozan,
doblar se oyó la campana
que á fuego y rebato toca.
Interrúmpese el placer,
y el sufrimiento se corta;
y el que antes gozaba, sufre,
y el que antes sufría, goza.
Al ronco empuje del cierzo
que con dobles alas sopla,
crece el incendio y revientan
las llamas devastadoras.
Caen las techumbres de cedro,
las almenas se desploman,
estremécense las torres,
y se derrumban las bóvedas.
Cada sala es una hoguera,
cada ventana una boca
que humo y resplandor vomita
y brama en tormenta sorda.
En vano piden de dentro
que en su angustia les socorran;
en vano aterrados gritan,
gimen, blasfeman ú oran.
Sordos están cielo y tierra:
denso el humo les ahoga,
y con el son del incendio
sus lamentos se sofocan.
De aquella terrible hoguera
á la trémula luz roja
se ve de los campesinos
la turba triste y medrosa,
como viajeros curiosos,
que contemplando se asombran
una erupción del volcán
que fuego y peñascos brota.
Y allá del Carrión humilde
á la margen de las ondas,
Ibáñez también lo mira
con indiferencia torva.
Apoyado está en un tronco,
asida una mano á otra,
y en una almena los ojos
que ruina amenaza pronta.
Al fin de afanosa lucha
desesperada y dudosa,
cayó en el foso la almena;
y tras de la piedra rota
quedó una ventana en donde,
como ilusión dolorosa,
los brazos al cielo tienden,
por la reja, dos personas.
No se sienten sus lamentos,
ni se alcanza de su forma
más que la expresión horrible
de su profunda congoja.
Llamas voraces les cercan
en irresistible tropa,
de cuya rabia es inútil
implorar misericordia.
La inmensa torre rodean,
puertas y muros devoran.
Y, cómo esperar perdón
de quien ni piedras perdona?
Una llamarada inmensa
la cerró en sus pliegues toda,
y se borró para siempre
la aparición congojosa.
Dejó la ribera Ibáñez,
y al despuntar de la aurora,
á todo escape, en un potro,
valle y castillo abandona.

—

Del espléndido palacio
que ocupa en Valladolid
el rey don Juan el Segundo,
ya de su reinado al fin,
están recordando alegres
su antigua amistad pueril
dos bizarros cortesanos
en oculto camarín.
Y en el continuo abrazarse,
y en el continuo reir,
se ve que en hallarse tienen
satisfacción infantil,
y que cada cual se goza
la ajena historia en oir,
como en recordar la suya,
tal vez triste para sí.

Están en el propio punto
en que, de entrambas al fin,
tornan á identificarse
y su gozo á repetir.

DON RODRIGO

Conque, voto á Belcebú!
aquel antiguo soldado
que tanto lidió á mi lado
por mejor causa eres tú?

IBÁÑEZ

Yo mismo, sin duda alguna;
aquel Ibáñez soy yo.

DON RODRIGO

Mucho á entrambos acudió
compasiva la fortuna.

IBÁÑEZ

Compáranla á una veleta
por tan inconstante ser.

DON RODRIGO

Dejara de ser mujer
fortuna, á no ser inquieta.
Mas otro abrazo me da,
que aun dudo si estoy soñando.

IBÁÑEZ

Abrazos te iré yo dando,
y éste te despertará.

DON RODRIGO

Mas, por Dios, que rico te hallo,
Ibáñez, y, á lo que veo,
no ayudó mal tu deseo
tu lanza con tu caballo.
Pues, si no me acuerdo mal,
era tu única riqueza.

IBÁÑEZ

Expatrióse mi pobreza
merced al favor real.
Dijeron de mi valor
no sé qué, y conde me hicieron.

DON RODRIGO

Bien con tu valor cumplieron.

IBÁÑEZ

No, sino con mi favor.
Debióme la vida el rey
en Navarra, y no fué más.

DON RODRIGO

Oh! Pues, voto á Barrabás,
que fueron hombres de ley!
Y qué hacen, viéndote rico,
esos parientes hambrientos?

IBÁÑEZ

Don Pedro llaman atentos
al que llamaban Perico.
Yo les dispenso el cumplido,
y les abrazo cortés.
Pídenme, niego, y después
se van por donde han venido.
Pero á tí, por vida mía,
que tampoco mal te fué!

DON RODRIGO

Tanto, Ibáñez, porfié,
que salí con mi porfía.
No me tocó, como á tí,
condado ni valimiento;
pero en oro puro cuento
cuanto basta para mí.

IBÁÑEZ

Y á bien que, si la memoria
de tu ambición no me engaña,
no te basta toda España.

DON RODRIGO

Aquí paz, y después gloria.
Poseo lo que me basta
para tener envidiosos,
amigos menesterosos
y una numerosa casta.
Aturdido me dejaron
á mi vuelta tales gentes;
no sé cuándo mis parientes
así se multiplicaron.

IBÁÑEZ

Y consiguen de su afán...?

DON RODRIGO

Lo que los tuyos de tí.
Pídenme, niego, y así
por donde vienen se van.

IBÁÑEZ

Justo! Así, beso por beso,
y puñada por puñada.

DON RODRIGO

Cual ella me fué obligada
por mi gente me intereso.
Pero bien está, y responde:
En qué tu amor se quedó?
En humo se disolvió
con el resplandor de conde?

IBÁÑEZ

El antiguo, hace seis años
humo es, como bien has dicho;
que vienen tras un capricho
un millón de desengaños.
Pero hoy...

DON RODRIGO

Oyéndote estoy;
concluye. Por de contado
que estarás enamorado?

IBÁÑEZ

Rodrigo, nunca como hoy.

DON RODRIGO

Será hermosa?

IBÁÑEZ

Como un oro.

DON RODRIGO

Niña?

IBÁÑEZ

Diez y ocho quizás.

DON RODRIGO

Pues ya no la falta más
que ser rica como un moro.

IBÁÑEZ

Lo cierto en ello no sé,
pero en la corte introdujo
su llegada tanto lujo,
que casi escándalo fué.

DON RODRIGO

Pues, por Dios, que la fortuna
no se cansa en tu favor.
Pero tendrás de su amor
prendas que...

IBÁÑEZ

Indignas, ninguna.

DON RODRIGO

Pero rivales un ciento?

IBÁÑEZ

No, por cierto, don Rodrigo.
Yo sólo soy quien consigo
finezas y valimiento.
Es cierto que no hay barón,
hidalgo, conde ó marqués
que no rindiera á sus pies
su fortuna y su blasón.
No hay trovador ni galán
que en cantares y torneos
no se exceda en galanteos
á Rosa de Montalbán.
Todos los ojos en ella
detiene la multitud,
porque tiene de virtud
cuanto de rica y de bella.
Mas ella por importunos
acredita sus festejos;
todos los ojos de lejos
la gozan, cerca ninguno.
Y te aseguro en verdad
que, aunque la amo como un loco,
no estimo, Rodrigo, en poco
por ello mi vanidad.

DON RODRIGO

De tu fortuna me admiro,
Pedro Ibáñez, envidioso,
y más estoy de orgulloso
cuanto más feliz te miro.
Mas quién es esa hermosura
tan sin tacha de mujer?

IBÁÑEZ

No pude tanto saber.

DON RODRIGO

Pues á fe que es aventura.

IBÁÑEZ

Porque nada se concilia
de haber nacido en la Galia,
y en Aragón y en Italia
tener hacienda y familia.
Su apellido es castellano,
Rodrigo, como tú ves.

DON RODRIGO

Y pienso que también es
hasta francés é italiano.
Pero, pues es rica y bella
y os amáis los dos así,
tanto es ella para tí
como eres tú para ella.
Cuando estemos más á espacio,
Pedro, me la mostrarás.

IBÁÑEZ

Esta noche la verás,
que ha de venir á palacio.
Por mujer la he de pedir,
y esta noche he de saber
si puede, y cómo ha de ser;
que ella me lo ha de decir.

DON RODRIGO

Tan pronto?

IBÁÑEZ

Estoy decidido.
Tanto en sus ojos me abraso,
que este mismo mes me caso,
si consiente en lo que pido.

DON RODRIGO

Prodigio será en lo bello,
según de perdido estás.

IBÁÑEZ

Esta noche la verás
y decidirás en ello.
Entre tanto, hasta después,
que el rey sale.

DON RODRIGO

Vete en paz.
Y que en verla habré solaz,
no te olvides.

IBÁÑEZ

Adiós, pues.

Tomó Ibáñez la escalera
que daba al cuarto del rey,
sin que Rodrigo los ojos
un punto apartara de él.
Doblóse detrás de Ibáñez
la mampara en la pared;
el ruido de sus pisadas
se acabó al fin de perder,
y aun le parece que le oye,
que le abraza y que le ve:
tanto el encuentro de Ibáñez
fué á don Rodrigo placer.
Pasaron unos momentos
en que, perdido tal vez
en recuerdos deliciosos,
quedó distraído en pie,
los ojos en la mampara
que cerró al salir aquél,
y una sonrisa en los labios
de verdad y sencillez.
Al fin, soltando un suspiro,
exclamó el rostro al volver:
—«Por la Virgen, que me alegro!
Quién lo imaginara de él?»

—

Por la plaza de San Pablo,
ya bien entrada la noche,
del palacio real volviéndose,

van platicando dos hombres;
y á la luz que reverberan
dos moribundos faroles,
aunque no se ven sus rostros,
sus figuras se conocen.
Á corto trecho delante,
y á lentos pasos, recorre
vía igual una litera,
seguida de dos hachones;
y entre las verdes cortinas,
á los rojos resplandores,
se divisan dos mujeres
sentadas en los sillones.
Atravesaba todo ello
por la oscuridad informe,
como de los sueños pasan
fantásticas las visiones.
Y en los criados que alumbran,
y en los oscuros colores
que viste la comitiva
de las cortesanas nobles,
un no sé qué se trasluce
de rápidas precauciones,
que todo parece envuelto
en invisibles vapores.
Al reflejo de las luces
se ven los rostros inmobles,
los ojos cristalizados
de los negros servidores.
Y algún crédulo dijera
que en tal misterio se esconde
un cumplimiento severo
de las celestiales órdenes.
Mas fuera vano temor
de la ilusión de la noche,
porque, entrados en un patio,
los hidalgos se disponen
á recibir á las damas
á quien parece que ronden,
según del alcázar fueron
detrás de ellas hasta entonces.
—Rosa mía!—exclamó el uno,
prestando en los escalones
primeros el brazo á una,
al parecer, la más joven.
—Estáis, don Pedro, servido—
ella pronta respondióle,
abandonando en las suyas
una mano que él recoge.
—Mi madre consiente en ello,
y, excusando dilaciones,
en vos está la tardanza.
—Por que tal dicha se logre,
perdiera cuanto poseo.
Sueño parece esta noche,
que no he de olvidar jamás.—
Aquí á los anchos salones
llegaban de su palacio,
en cuyos ricos primores
es bien que audaces los ojos
se admiren cuando se posen.
De finísimos tapices
toda la sala vistióse;
mullida, en el pavimento,
alfombra de vivas flores;
candelabros de oro y plata
por las mesas y rincones,
y vajillas y preseas
doquiera en aparadores.
Rosa y don Pedro, sentados,
esperaron á que torne
don Rodrigo, que acompaña
á la madre desde el coche,
delante una chimenea,
cuyos morillos de bronce
teniendo están, disolviéndose
en ceniza, medio roble.
Entre las llamas volubles
lanzan los rojos tizones
chispas que, naciendo espléndidas,
desaparecen veloces.
El humo elástico asciende
en espirales deformes,
despedido por las llamas
que brotan á borbotones.
Y por doquiera que el tronco
lentas ó voraces orlen,
hierbe la savia que mana
resistiendo sus furores.
Entró por fin don Rodrigo,
y apenas Ibáñez vióle,
tomándole de la mano,
delante Rosa le pone:
—Esta es mi esposa—le dijo.—
Alzó Rodrigo la noble
frente, y la beldad de Rosa

viendo, en verdad asombróse.
Saliéronse del salón,
y al cruzar por los portones,
á Rodrigo, que le sigue,
Pedro Ibáñez preguntóle:
—Qué te parece de Rosa?
Otra más linda conoces?
—Por Dios!—contestó Rodrigo—
que no la hay entre los hombres!
Y así permitan los cielos
que tantos años la goces
como ella tiene de deudas
á los cielos de favores.

—

Era Rosa de célica hermosura,
rica de gracias, rebosando amor;
trasunto de la esbelta criatura
que hizo en el fértil Paraíso Dios.

—

Soles los ojos, rosas la mejilla,
risa los labios y marfil la tez,
donde la calma de la infancia brilla
rica, á pesar de juvenil placer.

—

No pertenece su hermosura y gala
á género, ni siglo, ni país,
ni terrena beldad llega ni iguala
de la alma Rosa á la beldad gentil.

—

Gravita apenas en la blanda alfombra
la leve huella del enano pie,
y tiene más de vaporosa sombra,
de inefable visión, que de mujer.

—

Flota el cabello en perfumados rizos
al impulso de céfiro fugaz,
velando de la espalda los hechizos
en voluble y espléndida espiral.

—

Cáenla por la mórbida cintura,
en grupos que sujeta el cinturón,
los pliegues de la blanca vestidura,
que agita ligerísima en redor;

—

Como las aguas de elevada fuente
caen en hebras de líquido cristal,
y el aura con mansísima corriente
las mece confundidas al bajar.

Doquier que está la delicada Rosa,
en la corte, en el baile, en el festín,
no hay ojos ni atención para otra hermosa:
todo lo absorbe poderosa en sí.

—

Por eso pasa solitaria vida
en medio de ruidosa sociedad,
de las damas sin duda aborrecida,
y respetada del amante audaz.

—

Y por eso á los pies de sus balcones
guardias perennes embozados son,
y óyese de estocadas y canciones
en alta noche desigual rumor.

—

Siempre á sus puertas en misión de amores
dueñas y pajes aguardar se ven,
ya ramilletes de tempranas flores,
ya amorosos billetes á traer.

—

Pero nunca se abrió puerta ó ventana
ni billete ni flor á recibir;
del palacio jamás la soberana
canto pagó de trovador gentil.

—

Jamás oído de varón dichoso
el eco suave de su acento oyó,
ni una mirada por su afán penoso
gozó de Rosa parecido amor.

—

Ninguno supo su pasada historia;
nadie el solar en que nació cuál es;
nadie de su beldad tiene memoria,
nadie pudo á su gente conocer.

—

Si algún osado su familia y tierra
de sus esclavos á inquirir llegó,
el secreto tenaz en que creciera
no supo nunca por su propia voz.

—

Vagos rumores, misteriosos cuentos
corren de ello tal vez en la ciudad,
mas posan en tan vanos fundamentos,
que apenas nacen cuando en tierra dan.

—

Un hombre sólo su palacio abierto,
libres sus salas, encontró tal vez,
y, de su audacia y su fortuna incierto,
pasó el umbral con receloso pie.

Ibáñez sólo de la linda maga
tocó la mano y escuchó la voz.
Ibáñez sólo de placer se embriaga,
cediendo irresistible á la pasión.

—

No exhaló en vano sus amantes quejas,
velado en la nocturna oscuridad;
que, cuando ronda sus doradas rejas,
ella amorosa á responderle va.

—

Nunca enojada de su amante exceso,
por un cariño le volvió un desdén;
porque, con fácil y abrasado beso,
una mirada le pagó tal vez.

—

Solo testigo de su amor demente
fué don Rodrigo, y admiró su amor;
solo con él su mercenaria gente
la fortuna de Ibáñez defendió.

—

Mas que á despecho de la corte fuera,
él la idolatra á cada instante más;
y por desprecio de la corte entera,
su boda Ibáñez preparando está.

—

Era una noche de aterida niebla,
en que refleja tan dudosa luz,
que entre la sombra que el espacio puebla
nada se ve del firmamento azul.

—

En un salón henchido de riqueza,
un inmenso cercando aparador,
los vasallos están de más nobleza
que el rey don Juan entre su corte halló.

—

Acogotando allí su envidia toda,
damas é hidalgos en el real festín
brindan y cantan á la ansiada boda,
mal recatando su despecho así.

—

Suenan las copas, y las arpas suenan
con largo y libre interminable son,
y el aire denso y perfumado llenan
de blando y ronco y desigual rumor.

—

Al lado Ibáñez de su linda esposa,
ébrio de amor y de ventura está;
y cuanto admira la beldad de Rosa,
crece en el pecho su amoroso afán.

Toda su vida le parece un sueño,
entre cuyos vapores nada ve
más que el camino que tras largo empeño
le trajo de esta noche hasta el Edem.

—

Rosa se muestra como nunca bella,
cual nunca Ibáñez por azar la vió;
aunque hoy encuentra perspicaz en ella
algunas galas que la van mejor.

—

Halla en su rostro la expresión incierta
de una vaga ilusión de otra mujer,
con cuya oculta realidad no acierta,
y cuyo tipo conoció tal vez.

—

Á veces piensa que la faz de Rosa
no es de su Rosa la continua faz,
y aun le parece que su frente hermosa
muestra á intervalos palidez mortal.

—

Pero es un sueño; de la alegre fiesta
y de los brindis los efectos son.
Mas su cariño á su ilusión se presta,
crece con ella el fuego de su amor.

—

Aquella misteriosa semejanza
más le contenta y satisface más;
y, aunque ébrio acaso, la razón no alcanza,
hoy como nunca satisfecho está.

—

Cesó la fiesta: libre el aposento,
todo en desorden por final quedó;
y ambos, á paso vacilante y lento,
van del placer y de la dicha en pos.

—

Ya era alta noche. Por la densa niebla
cruzaba apenas tan dudosa luz,
que entre la sombra que el espacio puebla
nada se ve del firmamento azul.

CONCLUSIÓN

Ya libres de las miradas
de la multitud curiosa,
que, envidiosa ó imprudente,
hasta cuando aplaude estorba,
en delicioso retiro
don Pedro Ibáñez y Rosa,
enamorados platican
en el altar de su alcoba.

Ella parece cual nunca
halagüeña y seductora,
suelto el cabello y los lazos,
y aliviada de las joyas.
Él en sus brazos la aduerme
en ilusión amorosa,
más que nunca embebecido
en los encantos que adora.
Ella en silencio le mira,
y las lágrimas le borra
que de amor y de esperanza
de los párpados le brotan.
Él los labios encendidos,
la mirada borrascosa,
que aun turba el licor ardiente
cuyos vapores le embotan;
y ella, con ósculos tiernos
templando la abrasadora
sed de sus labios, le besa
entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda,
que entera cubre la alcoba,
vela á los profanos ojos
la escena voluptuosa.
Aunque la luz de una lámpara,
cuanto olvidada traidora,
trémula dibuja en ella,
si no los gestos, las sombras.
Noche de amor y esperanza,
que de la modesta esposa
queda como blanco sueño
para siempre en la memoria!
La de Ibáñez, vive Dios
que olvidó su vida toda,
sus placeres y sus cuitas,
su deshonor y su gloria!
No hay más pasado en su mente,
más porvenir no ambiciona;
vendiera por esa noche
toda su existencia á Rosa,
aunque un frío involuntario
todo su cuerpo aprisiona,
cual si en sepulcro pudiera
convertírsele la alcoba.
Algunas veces mirando
los ojos de la que adora,
creyó alcanzar dentro de ellos
alguna imagen diabólica.
Alguna vez, embriagado
en su risa encantadora,
creyó que los labios puros,
tomando distinta forma,
mostraban por un momento
en negra ilusión dudosa,
de un monstruo desconocido
la áspera y sangrienta boca.
—Qué piensas, Ibáñez mío?
Qué mal, díme, te acongoja,
que vas el color perdiendo?—
dijo al esposo la esposa.
Al contemplarla el semblante,
su espanto y asombro doblan.
É Ibáñez, con ambas manos,
entrambos ojos se frota.
Ella tornó á su pregunta,
y él á su silencio torna,
como quien tiene delante
un espectro que le acosa.
—Qué sientes?
—Oh! Nada, nada;
mas la vista se me borra,
los objetos me vacilan.
Cielos! Qué es aquesto, Rosa?
—Qué dices, que no te entiendo?
—Ah! Eres tú, niña? Perdona;
mas tal vez mi fantasía
se me está volviendo loca!
No sé por qué, mas el miedo
que de mí se posesiona...
Oh, ciégame con tus labios!
ven á mis brazos, oh Rosa!—
Echóse en ellos la niña,
ansioso Pedro abrazóla;
mas, al tocarla, dió un grito
como quien espinas toca.
—Quemas!—la dijo espantado;
y soltándola en la alfombra,
se miró el triste los dedos
con que sostuvo su forma.
Ella seguía diciéndole
con sonrisa seductora:
—Qué tienes, Ibáñez mío,
que cuanto dices me asombra?—
Y él, con ojos aterrados,
continuaba en su congoja,
contemplándola sin habla

en convulsión espantosa.
Al fin, con hondo cariño
ella las manos le toma,
diciendo con voz más suave
que el murmullo de las hojas:
—Amor mío, vuelve en tí!
Yo soy, mírame, tu Rosa;
tú me lo has dicho, alma mía!
Soy tu amor, tu Dios, tu gloria.—
Sonrió apenas Ibáñez,
y medroso preguntóla:
—He soñado, no es verdad?
Tú me despiertas ahora.
—Sí, por cierto, esposo mío;
tú me has dicho tantas cosas...
tantos delirios... que casi
temí contigo estar sola.
—Oh, sigue, sigue!... Qué dulce
me suena tu voz, hermosa!
Sigue.
—Quieres que te cuente,
para adormirte, una historia?
—Sí, sí; díme cuanto quieras,
con tal que tu acento oiga.
—Pues escucha, que tal vez
se disipe tu congoja!—
Ibáñez, como quien sale
de pesadilla penosa,
su voz escuchaba atento
suave, argentina, sonora,
sin acertar á entender
la sensación dolorosa
que un momento antes le hacía
su presencia encantadora.
Él recostado en el lecho,
ella á su lado en la sombra,
esto á Ibáñez le decía,
risueña y voluptuosa:

«En un tosco pueblecillo,
aunque no recuerdo dónde,
vivía un barón ó un conde,
que es igual, en su castillo.
En este pueblo vivía
una villana, oh, hermosa!
La reina más orgullosa
por ella se trocaría.
Rosa, como yo me llamo,
la villana se llamaba;
y un pobre hidalgo la amaba
tanto como yo te amo.»

Ibáñez, en su embeleso,
dulcemente sonrióla,
y, besándola en los labios,
siguió la niña su historia.

«Vióla el barón cierto día,
y, al contemplarla tan bella,
ciego de amores por ella,
sólo por su amor vivía.
Pródigo la regaló,
y tal su cariño fué,
que por prenda de su fe
su mano la prometió.
Ella, avara ó inconstante,
casóse al cabo con él.
Fué una noche bien cruel
para el olvidado amante!
Éste llegó de la boda
el mismo día anterior;
alas le prestó el amor...
Vana diligencia toda!
De su ventura testigo,
sólo él llorando su duelo,
no halló para su consuelo
un pariente ni un amigo.»

Á estas palabras, Ibáñez
embebido interrumpióla:
—Tu voz me encanta; mas pienso
que es triste ese cuento, Rosa.
—Oísele á un peregrino
en una sentida trova;
mas deja que te le cuente,
porque es muy linda la historia.

«Despechado en su aflicción,
maldiciendo su fortuna,
dejó la fiesta importuna,
y, abandonando el salón
En que los brindis doblaban,
bajó en su afán amoroso
á llorar al pie del foso
lo que en la torre cantaban.
Era una noche serena,
en que la brillante luna

reflejaba en la laguna
con la luz de Enero llena.
Todo estaba en soledad,
velado en vapor confuso;
que en todo el invierno puso
huellas de esterilidad.
Hervía el río á lo lejos,
medroso el viento sonaba,
y el aire espeso vibraba
del agua con los reflejos.
El negro y alto castillo
allá en la sombra se vía
del blanco fanal que huía
al resplandor amarillo.
Y aun en murmullo infernal
lanzan sus rojas ventanas
las cántigas que profanas
respira la bacanal.
Aun puede oirse por ellas,
con el brindis del barón,
el ronco y discorde son
del vino y de las querellas.
Y sus vidrios de colores
radian en la lobreguez
la movible brillantez
de fugaces resplandores.
El amante desdeñado,
sin poder con su dolor,
pensó, en su amargo furor,
en verse, al menos, vengado.
«Por ese breve placer,
»exclamó—diera al infierno
»cuanto Dios puso de eterno
»en mi despreciable ser.»

Tembló pavoroso Ibáñez
á estas palabras de Rosa,
palideciendo al impulso
de una sangrienta memoria.
Y ella, con triste sonrisa,
entre doliente y sardónica,
siguió, á los ojos de Ibáñez,
cambiando su imagen propia.

«Á su sacrílego ruego
diz que el infierno le dió,
por el alma que perdió,
una venganza de fuego.
La torre, á poco, altanera
brotó llamas de su centro;
quedó la venganza dentro,
mas el vengador afuera.
Años esta noche hará
que el castillo se incendió.
Media vida el galán dió,
y ahora mediándose está.»

—Cielos santo!—exclamó Ibáñez
con voz despechada y ronca,
arrancándose del lecho
y de los brazos de Rosa.
Qué es esto? La luz me falta,
el ambiente me sofoca...!—
Y, asiendo de la ventana,
abrió á un tiempo las dos hojas.
Entró á tal punto por ellas,
sonante, negra, espantosa,
una llamarada inmensa
que lamió el suelo y la bóveda.
Corrió á la puerta, y en vano
con ímpetu sacudióla;
por fuera la sujetaba
resistencia poderosa.
Tendió desolado y triste
los ojos, y allá en la alcoba
vió sentada sobre el lecho,
prendiendo fuego á las ropas,
una aparición horrible,
que en su vacilante forma
mostraba al par su contorno,
mitad monstruo y mitad rosa,
y, al son de la ardiente llama,
en voz le decía cóncava:
—Alma entera y vida media!
El alma la tengo toda:
diez años eran de vida,
y están mediándose ahora.



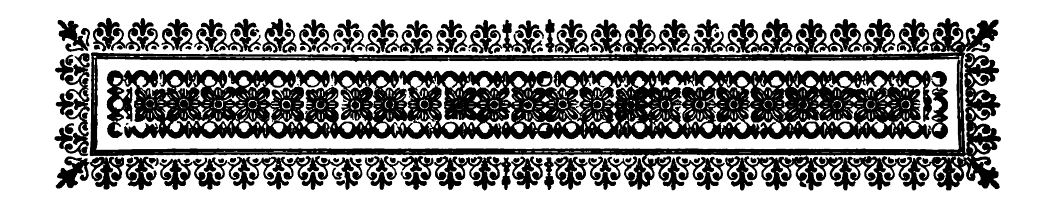
LA COPA DE MARFIL

ESPECTÁCULO TRÁGICO EN TRES PARTES

PERSONAJES

ROSMUNDA.
ALBOINO.
BRENILDA.
RODIMIRO.
BUCILIO.
Soldados y esclavos.

La escena en Verona el año 573 de Jesucristo



LA COPA DE MARFIL

PARTE PRIMERA

Antecámara real en el palacio de Alboino, con puertas en el fondo y á los lados. En medio un pequeño aparador con copas, que sirve en el primer acto

ESCENA PRIMERA

BRENILDA

(Aparece mirando con circunspección por la puerta de la derecha, que se supone dar al aposento en que el rey Alboino celebra un festín, cuyo rumor se oirá durante las dos primeras escenas, pero sin que pueda interrumpir la representación.)

Aun dura su festín. Cuán fácilmente
olvidan sus peligros y desastres
esos guerreros que lo mismo se hartan
de generosos vinos, que de sangre!
Cuán fácilmente su garganta trueca
los ahullidos de guerra formidables
y sus lamentos bárbaros de muerte
en alegres y báquicos cantares!
He allí al rey Alboino... Oh! Bien querrían
otro nombre mejor mis labios darle,
mas sonar debe solo en sus oídos
tan delicioso título... En las reales
cámaras nada más, en las tranquilas
nocturnas horas, cuando todo yace
sepultado en el sueño y el silencio,
y oirnos nombre tal no pueda nadie.
Ciegos en derredor todos los ojos
tienen que estar para esto; los pilares
de esta estancia no más tal nombre escuchan
cuando en murmullo de mis labios parte,
y de su labio real otro tan dulce
como el que yo le doy en pago sale...
mas seguros que el eco de ambos nombres
de la cámara real se ahoga en el aire...
Y mientras, ay de mí! sólo me es dado
vagar en torno de él; pasar, mirarle,
oir su acento, contemplar su rostro,
servir su copa y á sus pies sentarme,
cual blanca sombra del amor perdido,
casto recuerdo de adorada imagen,
sin que ese nombre dulce en mis oídos
suene jamás en público... Quién sabe?
Tal vez un día por la vez primera
sonará, y para siempre mi linaje,
mis derechos, mi amor, mis sufrimientos
al universo todo haré palpables.
Tal vez... Mas él también á la derecha
del rey está. Cuán bello! En sus brillantes

pupilas, en su rostro todo entero
se revela el placer que halla en mirarme.
(Aparece Rosmunda por la puerta de la izquierda, y al percibir á Brenilda se detiene á escucharla, acercándose poco á poco hasta colocarse detrás de ella.)
Y sus ojos no más me ven ahora;
nadie más que él me ha apercibido. Oh! Vale
para mí esta mirada hurtada á todos
la mitad de mi vida... Idolatrarle
puede no más mi corazón. Le adoro;
sí, le amo, y me extasío contemplándole.
(Mira con precaución levantando el tapiz.)

ESCENA II

BRENILDA *y* ROSMUNDA

ROSMUNDA

(Aparte.)
Qué dice? Le ama? Á quién? Dónde sus ojos
se fijan? Quién es él...? Si más sagaces
que los suyos los míos, el objeto
de su amoroso arrobamiento hallasen!
(Mira por detrás de Brenilda.)
Cielos, es él! Es Rodimiro... El vaso
alza al rostro... Sí, sí; para ocultarme
su clara turbación, porque tras ella
aparecer ha visto mi semblante.

BRENILDA

Mas ha palidecido de repente;
no me quiere mirar!

ROSMUNDA

Niña, qué haces?

BRENILDA

Ay!

ROSMUNDA

Silencio! Que otro ay involuntario
no llame su atención...

BRENILDA

Señora.

ROSMUNDA

Apártate
del círculo á que alcanzan sus miradas,
y respóndeme: Qué es lo que te hace
tan arrobada estar ante esa puerta?
Qué hay en la mesa del festín que llame
tan fuertemente tu atención? No has visto
nunca en palacio fiesta semejante?
Nunca vistes al rey sus nuevos triunfos
celebrar en la mesa con sus grandes
y sus guerreros? Dí? Ó es que hay entre ellos
quien tu liviano corazón ablande
con el osado fuego de sus ojos?

BRENILDA

Qué, á ser eso verdad, tan mal lo halláreis
que así lo preguntáis, airado el gesto,
trémula...

ROSMUNDA

Á ser verdad? Vas á negarme
lo que escuché yo misma de tu boca,
«le amo, le adoro»?

BRENILDA

Dios! Eso escuchásteis?

ROSMUNDA

Sí; y las miradas de sus ojos fijas
sobre los tuyos sorprendí. Turbarse
no le vistes? Llevar el vaso al rostro
tras de su áureo metal para ocultártele?
Pues fué porque detrás de tu cabeza
vió la mía en la sombra dibujarse.

BRENILDA

Sí; todo ahora lo entiendo.

ROSMUNDA

Ahora lo entiendes?
Y el vil secreto que pasar dejaste
de tu pecho á mi pecho, has comprendido
hasta dónde, infeliz! puede llevarte?
Si el rey lo comprendiera!

BRENILDA

Siempre...! Siempre

en mi mayor tormento se complace
vuestro vil corazón... Siempre, doquiera
persiguiéndome váis, váis espiándome,
contándome los pasos que camino,
interpretando de mi voz las frases,
exprimiendo los mismos pensamientos
que aun á palabras no reduje; echándome
al rostro sin piedad mi desventura,
de mi misma virtud haciendo ultraje,
de mi pobre esperanza una por una
sin compasión las flores deshojándome.
Hasta cuándo, señora, este suplicio
ha de durar? Sin nombre me dejásteis,
sin mil derechos que al nacer obtuve,
cuando á la luz me dió mi regia madre.
Cuanto era mío, vuestro fué; nacida
bajo de real dosel, de reyes traje
noble y justa altivez, sin recordaros
los vasallos, los bosques, las ciudades
que pasaron á vos... y con todo ello
ofrenda os hice y os rendí homenaje.
Él os amó y me dijo: «Me interesa
que el trono rindas, que tu nombre calles,
que no entienda tu ser hombre nacido,
y olvidada de tí por otra pases.»
Y olvidada de mí pasé por otra;
mi nombre ni mi ser no entendió nadie,
y naciendo señora, me hice esclava
de quien necio adoró mi ciego...

ROSMUNDA

Infame!
Que no salga jamás de tu garganta
ese nombre fatal, y al reclamarle
si te atreves un día, ve, contempla
el abismo que cava inmensurable
entre tí y Rodimiro; porque es ése
el soplo que mantiene el fuego que arde
en tu pecho, Brenilda, ese es el ídolo
á que elevó tu corazón altares.

BRENILDA

Por compasión, callad!

ROSMUNDA

Oh, te amedrenta
que le conozca...! Pero qué, más grave
será por ello tu torpeza? Al cabo
es bizarro, galán, cortés, afable,
el escudo y sostén de Lombardía,
el trono con el rey divide casi.
Oh! Has elegido bien! No habrá en Italia
quien descontento tu elección te tache.
Luego es joven y hermoso; en rubios rizos
larga madeja de cabellos cae
sobre sus anchos hombros; sus pupilas
radian cual radia en la serena tarde
entre purpúreo pabellón de nubes
el sol, tras la montaña al ocultarse;
su sonrisa es más grata que el aroma
de la flor que en Abril temprana nace,
y es más grata su voz que el son tranquilo
con que murmura el aura entre los árboles.
Oh! Has elegido bien! Cuántas matronas
más expertas que tú, sus gracias traen
esculpidas en su alma; cuántas dieran
muchas horas de amor, muchos galanes
tiernos, enamorados, generosos
de su amorosa fe por un instante;
y tú casi en la infancia, al linde apenas
del campo de la vida, la red frágil
le tiendes de tu amor... Tal vez á solas
con falsas esperanzas le persuades,
le ofreces...

BRENILDA

Basta ya; tened la lengua,
que me avergüenza oir palabras tales
en vuestra boca real; y una sospecha
siento al oiros en mi pecho alzarse
que os hace tan odiosa ante mis ojos
cuanto si al rey...

ROSMUNDA

Silencio, miserable!
Qué es lo que osas pensar?

BRENILDA

Lo que no osara
si vuestra misma voz no me obligase
á concebir desde hoy.

ROSMUNDA

Tus celos sólo
inspirártelo pueden.

BRENILDA

Tal vez margen
para ellos me han dado otros.

ROSMUNDA

Insensata,
calla, y tu crimen á ninguno achaques!
Tú te atreves á amar? Sabes quién eres?
Ignoras que á morir puede llevarle
vuestro amoroso y criminal secreto?

BRENILDA

Nuestro? Mío no más; él no lo sabe.

ROSMUNDA

No lo sabe?

BRENILDA

Jamás osó mi labio
ni aun dirigirse á él.

ROSMUNDA

Ah, no me engañes.
Brenilda, de ese amor...?

BRENILDA

Vive el misterio
sólo dentro de mí.

ROSMUNDA

Cómo probarme
lo que dices podrás, si yo te he visto
una vez y otra vez fija mirarle,
y á él por encima del dorado vaso
sus ojos elevar para mirarte?

BRENILDA

Errado habrán mis ojos, mas mi lengua,
mi corazón son puros; ni faltarme
jamás á mi decoro tanto pude,
por más que mi cariño me extraviase;
que yo jamás olvidaré, señora,
lo que me debo á mí, y aunque se rasgue
mi corazón de mi dolor al ímpetu,
devoraré en silencio mis afanes,
y sabré descender á mi sepulcro
víctima del dolor, mas no culpable.

ROSMUNDA

Tan severa virtud en tu alma joven
con tan firme pasión á un tiempo cabe?

BRENILDA

Cabe, sí; y pues que vos la comprendísteis,
si él la entiende á su vez (que acaso es fácil),
al mismo rey declararé sin miedo
mi pasión...

ROSMUNDA

Ay de tí si tal osares.
Brenilda, ese secreto es tu sentencia,
y sólo vivirás mientras le guardes.

BRENILDA

Quién es esta mujer, sagrados cielos,
que por doquiera á detenerme sale,
que á todas partes con furor me sigue,
doblando mi dolor en todas partes?
Conque no hay para mí paz ni reposo?
No hay piedad para mí? Fuerza es que cave
mi tumba gota á gota con mis lágrimas,
y paso á paso hasta mi tumba baje,
empujándome vos paso tras paso,
cuanto amo y cuanto espero arrebatándome?

ROSMUNDA

Te ciega tu pasión; yo sólo quiero
por el camino de tu bien guiarte,
purgándote de necias ilusiones,
harto indignas de tí... Pero ya salen
del banquete... Esas lágrimas enjuga,
y á servir á tu rey, pronto prepárate
la última copa del festín; es honra
que te dispensa siempre, ya lo sabes.

BRENILDA

Qué me valdrá, ay de mí! secar los ojos,
mientras el corazón lágrimas mane?

ROSMUNDA

Hola, esclavos! Las lámparas difundan
la necesaria luz.

BRENILDA

(Aparte.) Oh cielo, ampárame!

ROSMUNDA

Le ama... Y cuánto! Oh furor! Y torpe acaso
en mi alma la dejé que penetrase
dándola un arma contra mí...! No importa.
Yo sabré para siempre separarles,
yo haré que entre los dos un muro inmenso,
inaccesible á entrambos se levante.

ESCENA III

ALBOINO, RODIMIRO, ROSMUNDA,
BRENILDA *y* BUCILIO

ALBOINO

Bien lo hemos hecho, por quien soy! Y espero
que no se quejarán de nuestro trato
esos romanos viles que nos tienen
por salvajes estúpidos y bárbaros.

BUCILIO

Lobos son nada más, que ahullan cobardes
al verse en nuestras redes entrampados.

ALBOINO

Lobos! Tienes razón!

BUCILIO

Qué ojos pusieron
sobre las mesas al mirar rodando
los vasos de oro de sus templos!

ALBOINO

Era
convidar á el banquete necesario
á esos altivos ricos, cuyo miedo
puede á Italia tranquila conservarnos.
Y aunque acaso completo no hallarían
el servicio á que están acostumbrados,
tuvieron que comer, tuvieron vino,
y se fueron con vida.

BUCILIO

Ya las manos
me hormigueaban á mí, viendo sus gestos
y melindres.

ALBOINO

Pardiez! Ya se marcharon,
y cumplimos con ellos bravamente.

BUCILIO

Eso sí, cual quien somos nos portamos.

ALBOINO

Harto hacemos dejándoles la vida,
puesto que ya vencidos son esclavos.
En fin, ahora nosotros lejos de ellos,
sin ceremonias necias concluyamos
nuestro festín como acabarlo deben
húngaros valerosos y lombardos.
(Á Rosmunda y Brenilda.)
Hola! Aquí estáis vosotras?

ROSMUNDA

Tus costumbres
sabiendo, todo aquí te lo aprestamos.

ALBOINO

Muy bien; esos imbéciles me han hecho
tragar sin reflexión vaso tras vaso
con sus rondas y brindis... Y esos vinos
de Italia, al paladar me son tan gratos,
que á no ser yo quien soy, fuera de tino
me pusiera tal vez.—Ea! Sentáos,
capitanes, aquí; todos en torno
mío, y como partimos en el campo
las lanzadas y golpes, la alegría
con mano franca por igual partamos.
Rosmunda, tú también: y tú, Brenilda,
sírveme á mí; á vosotros mis esclavos,
que estas manos son haces de azucenas
y á un rey sirven no más. Ea, bebamos.

BUCILIO

Mas por los cielos, Rodimiro, creo
que tu copa no apuras.

ALBOINO

(Con desdén.) Extasiado
en amoroso arrobamiento ha días
anda.

RODIMIRO

Alboino...

ALBOINO

De tu mismo labio
lo sé, tú me lo has dicho. Pero ahora
que lo miro mejor, oh desdichados
(Mirando á Brenilda y Rodimiro.)
de vosotros si es cierto! Esa memoria
me recuerda... Brenilda, tú has llorado.
Rodimiro, ay de tí si me has mentido.

RODIMIRO

Yo mentir, Alboino!

ALBOINO

Calla. Cuando
su mano á demandar te has atrevido,
que ella estaba ignorante me has jurado
de tu insensato amor.

RODIMIRO

Sí, y estoy pronto
á volverlo á jurar; nunca llegaron
á sus oídos mis palabras.

ALBOINO

Cómo
la he visto, pues, el rostro adelantando
detrás de ese tapiz mientras comíamos,
y cómo la volvías al soslayo
sus furtivas miradas?

BRENILDA *y* RODIMIRO

Cielos!

ALBOINO

Todo
lo penetran mis ojos, insensatos.
Oye, pues, Rodimiro; yo me avengo
á perdonarte amor tan temerario,
mientras es sentimiento que escondido
hierve en tu corazón; pero si osado
redujiste á palabra el pensamiento
para ponerle en sus oídos castos,
te juro por el cielo que nos cubre
que mueres esta noche.

BRENILDA

Cielos santos,
hay más duelos aún! Señor, yo os juro
por cuanto respetéis por más sagrado,
que no me habló jamás.

RODIMIRO

Rey Alboino,
tú me conoces bien; yo he peleado
largo tiempo por tí; sabes mi esfuerzo,
sabes que mis consejos y mi brazo
te han servido con honra, y há bien poco
la Italia á conquistar te han ayudado;
pues bien, yo me he creído con dereche
para aspirar á galardón tamaño.
La he visto, la he amado; he acudido
á aquel que la guardaba, imaginando
que quien era el segundo de su reino
merecerla podría.

ALBOINO

Te ha engañado
tu orgullo, Rodimiro, y veo ahora
que tu lombardo brío amancillando,
has aprendido á hacer largos discursos
en la lengua servil de los romanos.
En Hungría pidieron siempre tierras,
castillos ó riquezas los soldados
en premio del valor, mas no mujeres.
Y si pensaste alucinarme acaso
con largas peroratas en la lengua
de la vencida Italia, esfuerzos vanos
para lucir tu ciencia de hoy excúsame;
porque á mí esos discursos estudiados
y esas floridas frases, ni me mueven
jamás, ni me convencen, al contrario,
me provocan á risa, porque creo
que donde hay mucha lengua hay pocas manos;
y porque tengo oídos para húngaros,
mas para perros de la Italia, látigos.

RODIMIRO

Castiga, pues, con ellos á tus perros,
mas no amagues con ellos á lombardos
como yo.

ALBOINO

Como tú? Me inspiras lástima
y desprecio no más. Méritos altos
recuerdas de valor? Ya lo has perdido.

Si en otros tiempos junto á mí has lidiado,
hoy bajo el cielo de la torpe Italia
envilecido te has; lo están mostrando
los perfumados rizos de tu crencha,
tu esmerado vestir, tu afeminado
porte, en fin, tu afición á los placeres
y el amor de quien cedes al halago.
Mas la mujér sobre la cual tus ojos
te atreviste á poner, á más bizarro
y fuerte corazón está ofrecida;
porque tal cual la ves, es noble tallo
de una rama arraigada en regio tronco
y con sangre reäl fecundizado.

RODIMIRO

Yo nunca pregunté para adorarla
qué sangre la dió el ser, ni cuáles trajo
títulos á tu casa; la ví en ella,
y me bastó encontrarla en tu palacio
para tenerla en mucho; ni es justicia
que por vivir su origen ignorando,
en tu casa me insultes.

ALBOINO

Rodimiro,
basta de arengas ya; tú has provocado
mi lengua, y la solté; si te ha ofendido,
súfrelo; tu rey soy, tú mi vasallo;
y en cuanto á ella, que comprendas basta
que para tuya no nació. Bebamos.

RODIMIRO

Entonces, dáme de tornar á Hungría
licencia.

ALBOINO

No haces falta en mis estados;
cuando te plazca vuélvete.

ROSMUNDA

Alboino;
considera, señor, que largos años
te sirvió con honor; que fué tu amigo,
y si osó contrariarte, sabrá manso
olvidar ese amor.

RODIMIRO

Nunca.

ALBOINO

Rosmunda,
tú también (lo sospecho) te has pagado
de su hermosura juvenil? Que parta
por no volverle á ver sientes acaso?

ROSMUNDA

Alboino!

ALBOINO

Rosmunda, te conozco;
mas con ventajas tus traiciones pago,
y por muchas que me hagas, ya te llevo
una bien extremada de adelanto.
Mas, qué digo? Perdona las bravatas
de unos celos imbéciles. Bebamos.
Toma, Bucilio; Rodimiro, toma;
y necias disensiones apartando,
tú aquí en mi copa de marfil, Rosmunda,
conmigo beberás. Ya sabes que hago
de esta copa alta estima, y que con ella
concluyo siempre mi festín diario;
y en la corte, en la caza, en la campaña,
siempre me sirvo de ella.

ROSMUNDA

Lo he notado.

ALBOINO

Hondo misterio en su labrada taza
consignó mi poder, y ha tiempo largo
que mis labios no más llegan á ella.
De mi injusto rigor en desagravio
hoy te la ofrezco; *bebe pues, Rosmunda,*
que con tu padre bebes.

ROSMUNDA

Eh? No alcanzo
lo que me dices. Con mi padre bebo?

ALBOINO

Con su memoria, sí. De un sorbo acábalo.

ROSMUNDA

Sea.

ALBOINO

Así trato á los que en mucho estimo.

ROSMUNDA

Gracias.

ALBOINO

Ja, ja, ja, ja! Señores, vámonos.
(Alboino váse, llevando por delante á Brenilda, y siguiéndole Bucilio; Rosmunda y Rodimiro quedan cada uno á un lado de la escena.)

ESCENA IV

ROSMUNDA *y* RODIMIRO

ROSMUNDA

Esa risa feroz... me ha extremecido...
Sí, alguno encierra pavoroso arcano
que no comprendo bien! Siempre la suelta
al complacerse en algún mal.

RODIMIRO

Salgamos
de este palacio, en que el vapor se aspira
del crimen.

ROSMUNDA

Mas quién osa...?

RODIMIRO

Ya me aparto;
perdonad...

ROSMUNDA

Rodimiro... Aquí qué esperas?

RODIMIRO

No espero; parto. Adiós!

ROSMUNDA

Tente; los pasos
del rey no sigues?

RODIMIRO

No. Para mis plantas
se abre el camino por opuesto lado.
No haces falta, me ha dicho, conque nada
me resta ya que hacer en su palacio.

ROSMUNDA

Palabras que á un amigo se le dicen,
tal vez en un colérico arrebato,
mas que se olvidan luego.

RODIMIRO

En mi memoria
quedarán indelebles, y en el campo
volvérselas espero en algún día
con la misma arrogancia.

ROSMUNDA

Conque tanto
amas á esa mujer, que por negártela
le aborreces así?

RODIMIRO

Sí, la idolatro.
Por la esperanza de lograrla un día
me uní á Alboino, combatí á su lado,
le ayudé en sus tiránicas conquistas,
testigo de sus crímenes nefandos;
mas hoy que me la niega, hoy que se apaga
mi esperanza, el ambiente emponzoñado
no quiero respirar con que él respira,
y en verme su enemigo me complazco.
Voy, de la suya, á dividir mi gente,
y á partir de Verona; pero aguardo
volver dentro de poco á su presencia,
á pedir, con las armas en la mano,
lo que tal vez á mis servicios debe.
Y, ay de él entonces!

ROSMUNDA

Cálmate, oh gallardo
capitán!

RODIMIRO

Ah! Calmarme cuando pierdo
en sólo un punto cuanto espero y amo?

ROSMUNDA

Pues esperas en balde; esa doncella,
nacida en regia cuna, y al cuidado
de Alboino encargada por su padre,
sólo se debe unir en puro lazo

con quien ciña corona y cetro empuñe,
cual conviene á su origen soberano.

RODIMIRO

Pues bien, hablad; cuál es? Quién es su padre?
Dónde tiene su imperio? En qué apartado
rincón del mundo reina? Iré á buscarle,
y ambas rodillas á sus pies doblando,
le pediré á Brenilda.

ROSMUNDA

Y rey no siendo,
con qué derecho pedirás?

RODIMIRO

Soldados
tengo y tierras; soy noble, y atrevido,
y avezado á la guerra; el mundo es ancho,
y nunca un sitio en donde alzar un trono
me ha de faltar, si con el trono pago.

ROSMUNDA

Oh, y lo mereces!

RODIMIRO

Ah! Vos de mi parte...

ROSMUNDA

No, por mi vida, no; te has engañado.
Yo de tu parte en tu amor ciego? Nunca;
primero el corazón me harán pedazos.

RODIMIRO

No acierto á comprender...

ROSMUNDA

Pues... no lo oíste?
«Y tú también, Rosmunda, te has pagado
de su hermosura juvenil? Que parta,
por no volverle á ver, sientes acaso?»
Él mismo te lo dijo, él, Alboino...
Pues bien, dijeron la verdad sus labios.
No partirás; delante de mis ojos
quiero tenerte siempre, porque te...

RODIMIRO

Harto
habéis dicho, señora, y si la mente
con pensamiento tal habéis manchado,
y el torpe corazón con tal deseo,
la lengua no manchéis, ciega, explicándolo.
Ea, partir dejadme; me avergüenza...

ROSMUNDA

Qué, infeliz!

RODIMIRO

El haberos escuchado.

ROSMUNDA

Y el haberme entendido?

RODIMIRO

Sí, Rosmunda.

ROSMUNDA

Pues es secreto que vender no trato
sino á precio subido, y pues lo sabes,
piensa que fuerza te será pagármelo,
porque al pasar de pensamiento á dicho,
fuerza es cumplirle ó sepultura darlo.

RODIMIRO

Las amenazas y el amor desprecio
de quien no sea Brenilda.

ROSMUNDA

Mentecato;
Brenilda, como tú, víctima mía,
en mi poder está... Mas concluyamos.
Yo el desamor á perdonar me avengo,
pero el desprecio no; y pues ocultarlo
no supe de Alboino, hoy ya á todo
por mí me atrevo, y por tu amor lo abarco,
y en punto tal el mundo pondrá inútiles
á mi venganza ó á mi amor obstáculos.
Mujeres como yo no se desprecian
en vano, Rodimiro; y si yo cambio
los nombres de los dos cuando esta escena
revele, y este amor en que me abraso
te lo atribuyo á tí, burla, desprecio
de Brenilda serás, del vulgo escarnio,
objeto de la saña de Alboino,
y su víctima luego en el cadalso.
Todo de un solo golpe te lo quito,
toda de un soplo tu esperanza apago.

RODIMIRO

Basta, infernal mujer! Digna te miro
de tu real esposo; á un amor casto,
cómo puede ayudar quien parte el lecho
con un monstruo como él?

ROSMUNDA

Mas de sus manos
puedo arrancarte yo, ó ponerte en ellas
para morir, y piénsalo despacio,
que yo te necesito amante ó muerto,
y si no cedes al amor, te mato.

RODIMIRO

Moriremos los dos.

ROSMUNDA

Tú me amenazas?

RODIMIRO

Sí; fías en tí misma demasiado,
y esperas de Alboino lo que juzgo
que ya no lograrás.

ROSMUNDA

Piensas acaso
que quien me debe la corona...?

RODIMIRO

Pienso
que hay dos hombres en él, distintos ambos,
el marido y el rey; y éste del trono
que le usurpó á tu padre asegurado,
cuando pueda saldrá de tí el marido
que bebe en esa copa.

ROSMUNDA

Habla más claro.
Qué me quieres decir? Tú en esa copa
conoces el misterio consignado?

RODIMIRO

Sí; y no esperé arrojarle de mi pecho
en tu cámara misma revelándolo;
pero ya que me dices «ama ó muere»,
oye, Rosmunda, y tiembla contemplando
qué es lo que puedes esperar del hombre
con quien casada estás... mas ve si acaso
pueden de sus oídos al alcance
mis palabras salir.

ROSMUNDA

(Cierra las puertas.) Dí confiado;
pero sé breve.

RODIMIRO

Escucha, pues; tú sabes
que el casarse Alboino contigo, solamente
fué por asegurar con tal enlace
la usurpación tirana de este reino
que á tu padre quitó.

ROSMUNDA

Sí; mas no sabes
que yo para mi amor ganarle supe,
y que me amó después?

RODIMIRO

Sí; mas es fácil
que ignores tú que amaba á Clotosinda
también, y al meditar que desposándote
tu trono aseguraba, en unas hierbas
la dió la muerte.

ROSMUNDA

Sí; pero no sabes
que hasta el amor que profesó á los hijos
de Clotosinda, al mío en homenaje
rindió, y al buen Comundo á ruegos míos
perdonó, y aun logré que le amparase
en vez de perseguirle, y á la sombra
de su amparo vivió.

RODIMIRO

Sí; mas no sabes
la muerte de tu padre el rey Comundo.

ROSMUNDA

Oh! La supe después; el miserable,
no pudiendo sufrir verse vencido,
espiró en Lombardía... Mas, cuál trae
todo eso relación con el misterio?

RODIMIRO

Ah, me das compasión! Inmenso te abre
un abismo á los pies ese Alboino
de quien esperas que te atienda en balde,
y en vano juzgas conocer, en vano
fías en tu poder un solo instante.

ROSMUNDA

La corona me debe, y todavía
como en esos balcones me asomase
gritando: «Guerra», como tigres vieras
levantarse en mi nombre mil parciales.

RODIMIRO

Llámalos, pues, y si saldrán veremos
de las sangrientas urnas en que yacen.

ROSMUNDA

Te lo juro en verdad, pobre mancebo!
Me haces reir queriendo amedrentarme.
Siempre ha de ver en mí la que amó un día.

RODIMIRO

La que víctima fué de sus maldades.

ROSMUNDA

Víctima...? Tú deliras.

RODIMIRO

Tú, Rosmunda,
sí que deliras, tú; siempre callarte
quise por compasión este misterio,
mas, pues tú misma le provocas, sábele;
no tienes un amigo; sus cabezas
rodaron una á una, y execrable
venganza de tu padre al fin tomando,
él mismo le mató.

ROSMUNDA

Mientes.

RODIMIRO

Su sangre
dió á sus caballos á beber, y mira:
ves esa copa que precioso engarce
de oro circunda?

ROSMUNDA

Sí.

RODIMIRO

De ella se sirve
desde tu misma boda; á todas partes
la lleva.

ROSMUNDA

Sí; concluye.

RODIMIRO

Y no has oído,
Rosmunda, las palabras infernales
con que te la brindó? «Bebe, Rosmunda,
que con tu padre bebes?» Pues bien, sabe
lo que aquellas palabras significan,
y tu esperanza de una vez acabe;
esa ancha copa que marfil parece,
no es más que el hueco cráneo de un cadáver.

ROSMUNDA

Qué horror!

RODIMIRO

No has comprendido todavía
cúyo es, Rosmunda?

ROSMUNDA

No.

RODIMIRO

Fué de tu padre...

ROSMUNDA

Ah! *(Un momento de pausa.)*

RODIMIRO

Piensa qué esperar debes ahora.

ROSMUNDA

Una cosa no más.

RODIMIRO

Cuál es?

ROSMUNDA

Vengarme.

RODIMIRO

Es tarde ya.

ROSMUNDA

No, no; déjame sola,
déjamelo pensar; y si salvarte
quieres, y quieres á Brenilda, aparta
á ese aposento hasta que yo te llame.

RODIMIRO

Vana ilusión; es tarde.

ROSMUNDA

Rodimiro,
mientras viva Rosmunda, nunca es tarde.





PARTE SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

ROSMUNDA

Á mirarla, ay de mí! me atrevo apenas!
Conque es verdad? Burlada, escarnecida
de tan horrible modo...! Y yo, insensata,
que en esa copa sin pavor bebía,
mientras sus labios sonriendo...! Bárbaro!
Venganza sólo de salvajes digna
ha sido tu venganza! Ni aun sepulcro
le diste...! Ay, que esta idea me horroriza!
Mísero padre mío! Y yo pensaba
ir á verter sobre su tumba un día
la última gota de sincero llanto
que mis enjutos párpados abrigan!
Yo, que anhelaba del sepulcro al menos
en el borde fatal, ya que no en vida,
el postrimero adiós! dar á sus restos
porque durmiera el ánima tranquila!
Y no hay tierra, qué horror! que los cobije,
no hay urna que los guarde, mientras su hija
parte el lecho nupcial con el verdugo
y con su seca calavera brinda!
Sombra insepulta de Comundo... acaso
vagas en torno de la mesa misma
en que tu cráneo sirve demandando
represalia de mofa tan sacrílega!
Venganza, sí, venganza! Oh padre mío!
Yo te la debo, y la tendrás cumplida
en él y en cuantos tengan de su raza
un átomo no más, oh! y la tendrías,
aunque fuera preciso para dártela
tornar mis propios reinos en ceniza,
y sorber gota á gota en ese cóncavo,
toda la sangre de su vil familia.
La ira que te animó contra mi padre,
has hecho caer en mí...? Tú legitimas
mi venganza, Alboino; oh! por ventura,
hijos tienes también de Clotosinda,
de la que tanto amaste... Me extremece
la barbarie al sondar de nuestras iras;
pero al pensar en mi insepulto padre,
mi saña más atroz será justicia.

ESCENA II

ROSMUNDA *y* ALBOINO

ALBOINO

Aquí Rosmunda aún?

ROSMUNDA

Él es; mi sangre
se agolpa hirviendo al corazón.

ALBOINO

Qué ideas
tan absorta la traen?

ROSMUNDA

(Siento sus ojos
clavados en mi faz, y puedo apenas
impedir que al calor de sus miradas,
el carmín de la rabia me enrojezca.)
Alboino.

ALBOINO

Rosmunda: Aquí tan sola
por las cámaras reales? En qué piensas?

ROSMUNDA

Pensamientos bien tristes me acompañan,
Alboino, y me alegro de que vengas.

ALBOINO

Jamás supe con labio compasivo
consuelo dar á mujeriles penas,
ya lo sabes, Rosmunda; y si es que ahora
sobre tu corazón alguna pesa,
no la intentes partir con Alboino,
que sólo sabe dominar.

ROSMUNDA

No temas,
no, que al pesar que el corazón me agobie
consuelo demandar al tuyo quiera.

ALBOINO

Ni tampoco á mí vos.

ROSMUNDA

Tampoco; sólo
quiero que tú mis pensamientos sepas,
por si quieres cumplirme en algún día
el deseo que en mí tales los crea.

ALBOINO

Dí, pues.

ROSMUNDA

Pienso en mi padre, el rey Comundo.

ALBOINO

Séale leve la mortuoria piedra!

ROSMUNDA

Mas dónde está?

ALBOINO

Y por qué me lo preguntas?

ROSMUNDA

Porque algún día visitar quisiera
su solitaria tumba, algunas flores
dejando y una lágrima sobre ella.

ALBOINO

Muchas veces, Rosmunda, me lo has dicho,
y has oído otras tantas mi respuesta;
nunca, yo vivo, la verás; las tumbas
inspiran melancólicas ideas,
y no quiero que nunca al lado mío
sus sombrías memorias te entristezcan.

ROSMUNDA

Con que al fin tu furor es implacable,
y ni aun al borde de las tumbas cesa?

ALBOINO

No; mas fué mi enemigo; la fortuna
me puso enfrente de él, y si á ver llegas
su sepultura, al recordar su muerte,
la causa recordar te será fuerza.

ROSMUNDA

Tal vez no tiene sepultura honrada,
y te causa rubor que yo la vea.

ALBOINO

Tiene un palacio por sepulcro... y gentes
que continuo le cuidan y le cercan,
y basta de ello ya.

ROSMUNDA

Sólo, Alboino,
quisiera confesarte... una flaqueza,
tal vez un infantil remordimiento,
pero que roe sordo mi existencia.
Dicen que en paz el alma no reposa
del triste padre que en el mundo deja
hijos que en su sepulcro no colocan
con pía mano funeraria ofrenda.

ALBOINO

Delirios.

ROSMUNDA

Aseguran que su sombra
vaga invisible en su redor, y lenta,
triste y desnuda de su lecho en torno,

en la callada noche se pasea.
No la has sentido tú?

ALBOINO

Yo? Desvarías.

ROSMUNDA

Mas, ni aun tu sueño alguna vez altera
su memoria?

ALBOINO

Jamás; mis enemigos,
si mueren una vez, no se presentan
ante mis ojos más, ni mi memoria
en sueño ni en vigilia los recuerda.

ROSMUNDA

Tienes un corazón...

ALBOINO

Lo sé, de bronce;
un corazón audaz en que se estrellan
todos esos menguados sentimientos
que al guerrero envilecen. Los que reinan,
los que mandan ejércitos que arrastran
detrás de su corcel á la pelea,
los que el imperio donde nacen miran
cual jaula vil que su valor encierra,
y de algo más sintiéndose capaces
los hierros viles de su jaula quiebran
para buscar espacio á sus alientos
y para dar ensanche á su grandeza,
un corazón de bronce como el mío
deben tener, Rosmunda; un alma entera
incapaz de temor, y un pie tan firme
que haga á su paso estremecer la tierra.

ROSMUNDA

Un corazón de tigre como el tuyo,
que ni á los hombres ni á los cielos tema.

ALBOINO

Tú lo dices, Rosmunda; y pues lo sabes,
fuerza será que tu destino veas
en mí, que soy tu dueño, porque nada
mi corazón contrasta ni doblega,
y cuanto encuentre á su camino opuesto
es fuerza que se humille ó que perezca.
Y óyeme bien, porque te estoy notando
un no sé qué de lúgubre y siniestra
que no comprendo, y para que obres cauta,
lo que pienso de tí quiero que sepas:
Yo aborrecí á tu padre; contra él sólo
salté feroz las húngaras fronteras,
y me lancé sobre él como un torrente
resuelto á esclavizar toda su tierra.
Peleamos, vencí; volvió los suyos
á juntar, y otra vez á la refriega
torné á vencerle yo; quedó mi esclavo,
y cautiva con él su raza entera.
Entonces me llamó contra el romano
injuriado Narretes, y revuelta
no queriendo dejar á mis espaldas
tu nación humillada, con destreza
acerté á mantener lo conquistado,
cuando (mi esposa Clotosinda muerta)
legitimé casándome contigo
el derecho que obtuve por la fuerza.

ROSMUNDA

Y mi padre?

ALBOINO

No más me lo recuerdes;
aun vive en mí su enemistad ilesa,
y un poco que te amé por tu hermosura
se me puede olvidar si me impacientas.

ROSMUNDA

Alboino!

ALBOINO

Rosmunda!

ROSMUNDA

El pueblo mío
puede acordarse de que soy su reina.

ALBOINO

Yo haré que al punto mismo se le olvide
para siempre.

ROSMUNDA

Con qué?

ALBOINO

Con tu cabeza.

ROSMUNDA

Monstruo! Serás capaz?

ALBOINO

De todo; ahora
más que nunca, Rosmunda; y porque entiendas
cuánto te importa ser prudente, sabe
que deben los romanos á las puertas
de Verona llegar en esta noche,
y yo salir á recibirlos fuera.
Mas recoge, Rosmunda, esa sonrisa
que á tu labio asomó, porque penetran
mis ojos en tu pecho y tus ocultos
intentos leen.

ROSMUNDA

Oh, cielos!

ALBOINO

La sospecha
roe mi corazón; esos lombardos
que á Rodimiro siguen, si se quedan
dentro de la ciudad, pueden venderme;
les saco, pues, conmigo á la pelea;
mas sin su capitán... aun no respires...
escucha cómo en la ciudad se queda.
Gobernador contigo en nombre mío
el pueblo todo lo creerá en mi ausencia;
sus lombardos así saldrán seguros
y lidiarán leales; mas en estas
salas presos los dos, ni á los balcones
os debéis acercar hasta mi vuelta.
Ni una señal, ni una palabra debe
revelar vuestro estado. Y la primera
hará saltar la espada de Bucilio,
que velará sobre vosotros. Prenda
de salvación, tal vez de represalias
Brenilda ser para los dos pudiera
si en vuestras manos la dejara; pero
todo lo calculé, y en las tinieblas
del alcázar saldrá, y en más seguras
manos la dejaré. Si fuere adversa
mi suerte y me vencieren los romanos,
de ninguno de entrambos será presa,
que no quiero de mí que os venguéis nunca
en el único ser que amo en la tierra.
Mas si vuelvo triunfante... para entonces,
Rosmunda, ajustaremos nuestras cuentas.
Silencio! Yo os conozco. Rodimiro
ama á Brenilda, acaso le ama ella;
mas tú le amas á él, y por vengarte
de todo eres capaz; los celos ciegan.
Él, capitán valiente, hombre gallardo
y enamorado asaz, por obtenerla
todo lo emprenderá, y estoy resuelto
de fuerza ó grado á que jamás la obtenga.
Es un árbol fatal que me hace sombra;
es una fama á mi renombre opuesta;
es un hombre que marcha al lado mío
y casi igual á mí, crece y se eleva;
y estoy celoso de él, y necesito
hundir bajo mi planta su soberbia.

ROSMUNDA

Conque es decir...?

ALBOINO

Que morirá.

ROSMUNDA

Malvado!

ALBOINO

El amor de Brenilda es su existencia.

ROSMUNDA

Dí que es su gloria, su valor, tus celos.

ALBOINO

Su gloria y su valor se la aceleran;
donde Alboino está, quiere estar solo;
donde reina Alboino, nadie reina,
y el que á sus pies no doble la rodilla,
doblará, ante su espada, la cabeza.
He aquí mi historia, pues; he aquí mis leyes;
he aquí mi corazón; lo que haces piensa.
Bucilio.

ESCENA III

ALBOINO, ROSMUNDA *y* BUCILIO

BUCILIO

Aquí me tienes.

ALBOINO

Está todo?

BUCILIO

Todo.

ALBOINO

Á ordenar voy, pues, mis haces; presta
vuelta daré; tu obligación no olvides.

BUCILIO

Fía.

ALBOINO

Aquí están los tres, guarda las puertas.

ESCENA IV

ROSMUNDA *y* BUCILIO

ROSMUNDA

Qué es lo que aguardas tú?

BUCILIO

No habéis oído
las órdenes del rey?

ROSMUNDA

Desde allí fuera
puedes también guardarlas; en mi cámara
sola quiero quedar; lo oyes? Despeja.

BUCILIO

Yo sé lo que el rey quiere.

ROSMUNDA

Ira del cielo!
Y no sabes también que soy la reina?
Atrás!

BUCILIO

Señora!

ROSMUNDA

Atrás!

BUCILIO

Ved que velando
junto al dintel estoy.

ROSMUNDA

Donde tú quieras,
como no sea ante mis ojos. Bueno.
(Cierra la puerta.)
Estos breves instantes que me restan
aprovechar sabré. «He aquí mis leyes;
he aquí mi corazón; lo que haces piensa»,
dijo. Ya lo pensé; todo por todo
voy á arriesgarlo, sí; vengada ó muerta!
Implacable como él, bárbara, impía,
seré á mi turno; pero pronta, diestra,
ni aun tiempo le daré... Necio! Insensato!
Que el alma me descubres, y me dejas
vivir un punto más... Rey Alboino,
verás tu imprevisión lo que te cuesta!
Rodimiro.

ESCENA V

ROSMUNDA *y* RODIMIRO

RODIMIRO

Traidor!

ROSMUNDA

Oíste?

RODIMIRO

Todo.
Tirano vil!

ROSMUNDA

Más bajo; nos acechan.

RODIMIRO

Encerrados aquí!

ROSMUNDA

Y con tus lombardos,
victorioso quedar aguarda mientras.

RODIMIRO

No; todos á mi voz, en un instante,
acudirán á mí.

ROSMUNDA

Tente; qué intentas?

RODIMIRO

Desde cualquier ventana...

ROSMUNDA

Serás muerto
antes que á alguna aproximarte puedas.
La espada de Bucilio, al dar un paso,
más allá de esta cámara te espera.

RODIMIRO

No tengo yo la mía!

ROSMUNDA

Él tiene muchas
en torno suyo contra tí dispuestas.

RODIMIRO

El coraje me ahoga.

ROSMUNDA

Razón tienes,
grande, sobrada, poderosa, inmensa;
mas un momento cálmate.

RODIMIRO

Calmarme,
cuando toda la sangre se aglomera
sobre mi corazón, que aquí, en mi pecho,
no cabe de furor? Calma? Paciencia?
Cuando acabo de oirle que me mata
por la gloria que he dado á sus banderas?
Porque junté mis armas con las suyas
para doblar sus triunfos con mis fuerzas?
Calmarme, cuando veo en un instante
que en vez de una anhelada recompensa,
mis hazañas que á un trono le llevaron,
sólo á una muerte sin honor me llevan?
Calmarme! Tú podrás, que también tienes,
lo mismo que él, el corazón de piedra.
Yo no, que tengo sus injurias todas
en mi afrentado corazón impresas.

ROSMUNDA

Y no las tiene el mío, Rodimiro?
No tiene injurias que vengar? Afrentas
que están clamando por venganza, como
ellas son de satánicas y horrendas?
No pide, dí, venganza esa vil mofa
tantos años seguida... ver expuesta
la cabeza del padre asesinado
ante mi vista y en mi propia mesa?
Crees acaso que un punto en mis oídos
las palabras horribles no resuenan
que nunca comprendí: *Bebe, Rosmunda,
que con tu padre bebes?*

RODIMIRO

Cesa, cesa,
que me espanta, Rosmunda, el torvo brillo
que tus sangrientos ojos reverberan.

ROSMUNDA

Eso es que, transparentes mis pupilas,
le dejan ver del corazón la hoguera.

RODIMIRO

Sí, sí; tienes razón.

ROSMUNDA

Crees aun mi calma
hija de un alma á las injurias muerta?

RODIMIRO

No, te creo capaz...

ROSMUNDA

De todo ahora;
mas á no errar el golpe, bien resuelta
busco yo mi venganza como debo,
no con el corazón, con la cabeza.
Quieres unir tu suerte con mi suerte?

RODIMIRO

No te comprendo bien.

ROSMUNDA

Su pronta vuelta
al partir anunció; de un solo golpe
lograr podremos la venganza nuestra.

RODIMIRO

Habla, el valor me sobra.

ROSMUNDA

No hará falta
mucho valor.

RODIMIRO

Qué, pues?

ROSMUNDA

Mucha destreza.
Tú mandas cierta tropa...

RODIMIRO

Ya lo sabes.

ROSMUNDA

De su fidelidad tienes completa
confianza?

RODIMIRO

Vasallos de mis padres
son, y nacidos en mi patria mesma.

ROSMUNDA

Y están á tu servicio...?

RODIMIRO

Voluntarios;
á mí en el mundo nada más respetan;
aliados, no vasallos de Alboino.

ROSMUNDA

Pues yo sé por do se abre una poterna
que sale de este alcázar á las ruinas
de ese templo romano. Una vez fuera
de aquí, uno de los dos á tus lombardos
meter puede á esta cámara por ella.

RODIMIRO

Guía; como una vez me vea libre,
caeré sobre él con mi legión entera.

ROSMUNDA

No; puede descubrir tus movimientos,
y á los suyos llamar en su defensa.

RODIMIRO

Tarde será.

ROSMUNDA

Se encerrará en palacio.

RODIMIRO

Y yo le sitiaré dentro su regia
mansión; es mi venganza más segura.

ROSMUNDA

No, Rodimiro, no; de esa manera
tu venganza es segura, pero en cambio
á mí me hará colgar en las almenas
por haberte salvado. No; yo sola
del alcázar saldré, y á las cavernas
llegaré de los tuyos á anunciarles
el peligro mortal que te rodea.

RODIMIRO

Mas si llega Alboino antes que tornes...?

ROSMUNDA

Respetar necesita tu existencia
mientras pueda esperar que tus soldados
le ayuden á vencer. Oh! Nada temas.

RODIMIRO

Pero, cuál es tu plan?

ROSMUNDA

El devolverle
venganza por venganza; y cuando vuelva
á saciar la que aguarda de nosotros,
dé en la que en cambio prevenida tenga.

RODIMIRO

Dices bien.

ROSMUNDA

Por si acaso desconfían
tus lombardos de mí, dáme una prenda
que crédito me dé.

RODIMIRO

Mi anillo.

ROSMUNDA

Tráele;
es señal convenida?

RODIMIRO

Sí; cualquiera
de ellos bien le conoce, y al mostrársele,
todos resueltos seguirán tus huellas.

ROSMUNDA

Tú, aguárdame entre tanto.

RODIMIRO

Aquí te espero.

ROSMUNDA

Cuida bien que tu rostro no nos venda
la inquietud de su pecho revelando
en la turbada faz.

RODIMIRO

Está serena.

ROSMUNDA

Ni mirada, ni voz, ni ay!, ni suspiro
te haga traición.

RODIMIRO

Ve en paz.

ROSMUNDA

Él su anatema
sobre ambos fulminó; púsonos á ambos
juntos para morir, en su sentencia;
y pues nos junta el cielo á la venganza,
yo juro quedar hoy vengada ó muerta.
Adiós.

RODIMIRO

Aguarda.

ROSMUNDA

Qué?

RODIMIRO

Si te descubren...?

ROSMUNDA

No ha de ser antes que los tuyos sepan
tu situación, y á tu socorro lleguen.

RODIMIRO

Mas si acaso morir te aconteciera?

ROSMUNDA

Entonces pon mi muerte en el platillo
de la balanza fiel de tus afrentas.

RODIMIRO

Y si me toca á mí?

ROSMUNDA

Lo que yo haría
haz.

RODIMIRO

Qué?

ROSMUNDA

Arrostrar tu suerte con fiereza,
y bajar en silencio á tu sepulcro
sin estorbar á la venganza ajena.

RODIMIRO

Te comprendo muy bien.

ROSMUNDA

Si me comprendes,
cuánto á ambos nos importa considera
que el que caiga no estorbe al compañero
siguiendo ambos á dos la misma senda.

RODIMIRO

Caeré sin estorbarte tu camino;
fía en mí.

ROSMUNDA

Y en mí tú.

RODIMIRO

Ve, pues.

ROSMUNDA

Pues vela.

ESCENA VI

RODIMIRO

Tiene razón esa mujer. Oculta,
sorda y en las tinieblas preparada,
como ese vil tirano nos la apresta,
así debe de ser nuestra venganza.
Ha discurrido bien; todo por todo;
mas esa fría reflexión me espanta,
con que todo lo mira y lo calcula,
y el tiempo mide, y la ocasión señala.
Tal es la ofensa empero! Un día y otro
con escarnio tan bárbaro mofada,
en su amor y en su estirpe escarnecida!
Sangre, aliento de hiena en sus entrañas
tienen ambos á dos; y me parece
que el aire que se aspira en este alcázar
es un vapor de crimen que emponzoña
con honda sed de crímenes el alma.
De dónde, de qué padres, de qué tierra
maldita viene tan maldita raza,
que así cuanto hay entre los hombres sacro
con tan frío furor vende y ultraja?
Á quien leal les sirve, le escarnecen!
Sentencian á morir á quien les ama...!
Quién me juntó con ellos? Quién me trajo
á Verona...? Mas... oigo en esa estancia
pasos... Se acercan, sí. Si esa Rosmunda
me venderá tal vez...? Oh! Acompañarla
debí, seguirla por doquier... Qué digo?
Dejarla aquí á Alboino abandonada!
No; su afrenta es mayor; yo soy un hombre,
y saber debo sucumbir salvándola.
Á esa puerta llamaron...

BRENILDA

(Dentro.) Alboino?

RODIMIRO

Ese acento... Quién va?

BRENILDA

(Dentro.) Brenilda.

RODIMIRO

Mi alma
reconocióla al punto.
(Abre la puerta adonde Brenilda llama.)

ESCENA VII

RODIMIRO *y* BRENILDA

BRENILDA

Ah...! Rodimiro.

RODIMIRO

Sí, yo soy.

BRENILDA

Ay de mí. *(En acción de retirarse.)*

RODIMIRO

(Deteniéndola.) Detén la planta
un momento no más; la vez primera
es ésta en que logré fortuna tanta,
y por si es á la par la postrimera,
perder no quiero esta ocasión.

BRENILDA

Levanta.
Déjame.

RODIMIRO

No, Brenilda; ya lo oíste
de boca de Alboino; te amo.

BRENILDA

Calla.

RODIMIRO

En vano el labio á la pasión resiste;
del respeto el amor rompe la valla,
sábelo al fin; si me ligué á Alboino,
fué nada más que por seguirte y verte:
si he sembrado de glorias mi camino,
ha sido nada más por merecerte.
Permanecer en tu palacio ahora
es no tener valor de abandonarte,
y callar la pasión que me devora
recelo nada más fué de enojarte.
Mas hoy que ajeno labio en tus oídos
resonar de mi amor hizo el secreto,
los míos se resuelven atrevidos
á llegar de mi amor al santo objeto.
Sabe, pues, de una vez, Brenilda, sabe

lo que en mi solo corazón no cabe.
Yo te amo, sí, te adoro.

BRENILDA

Rodimiro,
déjame, por piedad!

RODIMIRO

Brenilda mía,
tú eres el aire con que yo respiro;
tú eres la estrella que mis pasos guía;
tú la felicidad por quien deliro:
tu vista es para mí la luz del día;
será tu nombre mi postrer suspiro;
mi anhelo amarte; mi temor perderte;
tu amor mi ser; tu desamor mi muerte.

BRENILDA

Calla, que tus palabras me fascinan,
y en mis oídos resonar no deben.

RODIMIRO

Son la verdad no más.

BRENILDA

Ah, me asesinan
esas verdades que á escuchar me inclinan.

RODIMIRO

Á escuchar? Es decir que si se atreven
mis ansias á esperar...

BRENILDA

No, te alucinan;
apártate de mí.

RODIMIRO

Me huyes? Ingrata!
Yo creí ver en tus radiantes ojos
siquiera compasión... Mas con enojos
me apartas; ay! que tu traición me mata.
Yo creí que tus ojos me seguían
con cariñoso afán; que penetraban
mi corazón, y el fuego comprendían
que ardía dentro de él... Mas me engañaban
cuando á los míos responder fingían
y con falsa expresión me contemplaban.
Tal es el fin de mi pasión sincera!
Cumplo, pues, mi destino; adiós!

BRENILDA

Espera.

RODIMIRO

Espera, dices, y la hermosa mano
me tiendes...? Y una lágrima perdida
resbala por tu rostro soberano
en el momento de partir vertida?
Al corazón arrancas un suspiro?
Acaba de una vez; cuál en tu lloro
misterio se me esconde?

BRENILDA

Rodimiro!

RODIMIRO

Habla.

BRENILDA

No puedo más; sí, yo te adoro!

RODIMIRO

Oh instante puro de placer supremo!
Me amas, Brenilda mía?

BRENILDA

Sí, te amo.
Cómo ocultar la llama en que me quemo,
cuando ves que estas lágrimas derramo
al estrecharte entre mis brazos? Mira,
tú eres solo la luz de mi existencia,
el aire tú que el corazón respira,
tú vital parte de su propia esencia,
tú la felicidad por quien suspira.
Tu presencia es mi bien, mi mal tu ausencia,
mi anhelo amarte, mi temor perderte,
tu amor mi ser, tu desamor mi muerte.

RODIMIRO

Alma mía!

BRENILDA

Mis ojos no mentían
cuando tus bellos ojos acechaban
y tus tiernas miradas te volvían;

mas, ay de mí! los ojos nos perdían,
que otros ojos también velando estaban.

RODIMIRO

Qué importa, si á este punto nos trajeron?

BRENILDA

No, que un abismo á nuestros pies abrieron.
Oye, el rey Alboino
tal vez eterno manantial de pena...

RODIMIRO

Ese tirano vil...!

BRENILDA

La lengua enfrena,
porque á su voluntad me ató el destino.

RODIMIRO

Todo lo puedo con tu amor ahora;
soldados tengo, esfuerzo generoso.
Quién no osa á todo por el bien que adora?
Huyamos de ese tigre rencoroso.

BRENILDA

Rodimiro, jamás; juzgas en vano
que la razón en mí pierda su imperio.

RODIMIRO

Condena nuestro amor?

BRENILDA

Sí.

RODIMIRO

Y su tirano
imperio no huirás?

BRENILDA

No... Es un misterio...

RODIMIRO

Sepa yo al menos su fatal arcano.

BRENILDA

Es inútil.

RODIMIRO

Por qué?

BRENILDA

Porque sería
convencerte no más del muro inmenso
que nos divide.

RODIMIRO

Sí, su tiranía
nada más.

BRENILDA

Su poder.

RODIMIRO

Que ignoras pienso
sus leyes.

BRENILDA

No.

RODIMIRO

Luego mi muerte sabes?

BRENILDA

Cielos! Tu muerte!

RODIMIRO

Con cruel sentencia
me condenó á morir.

BRENILDA

Mas por qué graves
delitos?

RODIMIRO

Por tu amor.

BRENILDA

Mas en presencia
(Aparece Rosmunda por donde salió de la escena, y al verlos se detiene y escucha.)
de quién? Quién lo ha escuchado?

RODIMIRO

Yo mismo, yo, Brenilda.

BRENILDA

Tú?

RODIMIRO

Y Rosmunda.

BRENILDA

Oh! Siempre esa mujer! Emponzoñado
cuanto ella toca está... Siempre fecunda
en daños su alma vil, por donde quiera
que va derrama el mal.

RODIMIRO

Hoy en mi suerte,
Brenilda, es á la par mi compañera.

BRENILDA

Ah! Desconfía de ella, que á la muerte
te conduce; los celos la devoran.
Te ama.

RODIMIRO

Y yo la detesto. Mas escucha,
salvar mi vida la interesa ahora;
sin mí es perdida, con mi fuerza lucha.

BRENILDA

Lucha? Y con quién?

RODIMIRO

Con Alboino.

BRENILDA

Cielos,
una traición!

RODIMIRO

Una justicia.

BRENILDA

Espera;
explícamelo bien...

RODIMIRO

Es larga historia.
Yo debo aquí morir dentro de poco
quizás, pero mi fin comprarán caro.

BRENILDA

Oh! No, no, por piedad! Tu intento loco
desecha.

RODIMIRO

Su sentencia en mi memoria
grabada está.

BRENILDA

Desistirá.

RODIMIRO

No; avaro
de mi sangre le he visto, y sus atroces
intentos comprendí... No le conoces.

BRENILDA

Mejor que tú... Yo puedo darte amparo.

RODIMIRO

Tú?

BRENILDA

Yo. Si yo no cambio tu destino,
nadie le cambiará; no hay en la tierra
más que una sola voz que oiga Alboino;
su alma, un afecto nada más encierra.
Sólo hay una mujer que su ira calma,
que en sus labios benéfica provoca
sonrisa de placer, y agota en su alma
la fuente de furor; á ésta le toca
valerte, y te valdrá.

RODIMIRO

Mas quién alcanza
tanto poder con él, que así revoca
sus leyes de exterminio y de venganza?

BRENILDA

Yo, Rodimiro.

RODIMIRO

Tú?

BRENILDA

Yo, que te adoro,
y en pago de mi prez y mi decoro,
que renuncié por él, y en honra suya,
le exigiré, aunque sea en mi desdoro,
por cuanto soy y fuí, la vida tuya;
sabrá que imposible es que en mí destruya

el grande amor que para tí atesoro.
Y esa mujer por quien me holló Alboino...

ROSMUNDA

Héla aquí.

BRENILDA

Siempre vos!

ROSMUNDA

Es tu destino.

ESCENA VIII

BRENILDA, RODIMIRO *y* ROSMUNDA

RODIMIRO

Rosmunda ya!

ROSMUNDA

Silencio! Miserable,
nos ibas á perder si no te tengo
la lengua. Tú, despeja. *(Á Brenilda.)*

BRENILDA

Reina...

ROSMUNDA

Al punto,
rayo de Dios!

RODIMIRO

Rosmunda!

ROSMUNDA

Rodimiro!

RODIMIRO

Es nuestra salvación.

ROSMUNDA

Lo necio admiro
de tu fe; créela y eres difunto.

RODIMIRO

Cielos!

ROSMUNDA

Ahí estás aún?

BRENILDA

Al rey espero.

ROSMUNDA

Su cámara real es tu retiro,
y allí, cual sueles, que le aguardes quiero,
ó aquí te cuesta el postrimer suspiro.

BRENILDA

Vil mujer!

ROSMUNDA

Obedéceme.

BRENILDA

Yo muero.

ESCENA IX

ROSMUNDA *y* RODIMIRO

RODIMIRO

Rosmunda, esa mujer...

ROSMUNDA

Te asesinaba;
no oíste sus palabras?

RODIMIRO

Tú has oído...?

ROSMUNDA

Sí, todo desde allí, cuando llegaba,
por dicha mía.

RODIMIRO

Y bien; si has comprendido..

ROSMUNDA

Todo, sí; y más que nunca decidida
camino á mi venganza
con nuevo y doble afán embravecida.

RODIMIRO

Y me hizo concebir una esperanza,
Rosmunda.

ROSMUNDA

Ya lo sé; mas no comprendes
ese misterio tú? Puede salvarte.

RODIMIRO

Me lo dijo.

ROSMUNDA

Mas, cómo? Aún no lo entiendes?
Fatal amor con que logró cegarte,
miserable de tí! De ese Alboino
una mujer no más puede arrancarte.
Sólo escucha su voz sobre la tierra;
su alma ese afecto nada más encierra,
y por él sólo cambia tu destino,
nada más que por él sus leyes huella,
y de su furia el ímpetu revoca,
y ese afecto el suyo es.

RODIMIRO

Sella la boca!

ROSMUNDA

Sí, Rodimiro, y la mujer es ella;
ella, á quien tú tu corazón destinas.

RODIMIRO

Basta, Rosmunda, basta! Me asesinas.
Qué raza es ésta de traidores? Todos
son viles por igual? Todos, serenos,
al crimen van por diferentes modos?
Oh! Qué me resta ya?

ROSMUNDA

Vengarte al menos.

RODIMIRO

Mas no, tú mientes; inocente, pura,
calumniada por tí Brenilda ahora
fué torpemente.

ROSMUNDA

No.

RODIMIRO

Quién me asegura...!

ROSMUNDA

No lo dijo ella misma?

RODIMIRO

Tú, traidora,
lo interpretas así.

ROSMUNDA

Y cómo interpreto
que en la cámara misma de Alboino
por las noches le aguarde? Qué secreto
es ese con que espera tu destino
cambiar? Por qué con ella es piadoso,
quien con todos es cruel y formidable?
Por qué de tu cariño tan celoso
se muestra, y te castiga inexorable?
No te ha dicho: «Aunque sea en mi desdoro,
yo puedo exigir de él la vida tuya,
en pago de mi prez y mi decoro?»
Nada más claro contra tí que arguya.

RODIMIRO

Sí, sí, lo veo bien; toda, en mi mente,
la funesta verdad se patentiza,
é impresa en mi memoria, horriblemente
el pobre corazón me martiriza.

ROSMUNDA

Piénsalo, Rodimiro, y si camino
hay que esta idea en tu favor concluya,
fía en ellos, serás víctima suya;
yo no, que lucharé con mi destino.

RODIMIRO

Yo también lucharé; no por la vida;
qué me resta ya en ella? Qué esperanza
halagármela puede? No se anida
ya en mí más ambición que de venganza!
Mi fe burlada, mi amistad vendida...
La muerte el premio que mi gloria alcanza,
y tan villana muerte...! Esto me espera!
Venganza, puès; pero venganza fiera.

ROSMUNDA

Muera Alboino.

RODIMIRO

Morirá!

ROSMUNDA

Á mí, entero,
vuelva otra vez el cetro de Comundo.

RODIMIRO

Volverá.

ROSMUNDA

Te lo ofrezco.

RODIMIRO

No lo quiero.

ROSMUNDA

Rey de Italia serás.

RODIMIRO

Ni rey del mundo,
sin ella, quiero ser; todo lo pierdo
con su amor.

ROSMUNDA

Qué harás, pues?

RODIMIRO

Volver á Hungría;
mas vengado volver, y su recuerdo
guardar eterno en la memoria mía.

ROSMUNDA

Considéralo bien, que es grande el precio;
libertador de Italia, mi corona
y mi amor reunir en tu persona.

RODIMIRO

Ya te he dicho una vez que los desprecio.

ROSMUNDA

Á la venganza, pues.

RODIMIRO

Sí, mis soldados...

ROSMUNDA

Franco para ellos ya tengo un postigo.

RODIMIRO

Ténlos cerca apostados,
y á una voz mía, mételos conmigo.

ROSMUNDA

Asegúrate bien; la astucia emplea,
no arriesgues neciamente una pelea.
(Mientras dice Rosmunda este último verso, cierra la puerta de la izquierda, por la que entró Brenilda. Rodimiro la pregunta dudoso:)

RODIMIRO

Qué haces?

ROSMUNDA

Si se presenta y nos delata!

RODIMIRO

Tienes razón.

ROSMUNDA

(No quiero que la vea;
todo podría revelársele.) Ea,
no hay miedo ya; ó le matas, ó nos mata.

RODIMIRO

Su sangre sobre mí.

ROSMUNDA

Sobre tí sea.
(Rodimiro se sienta; Rosmunda, al marcharse por la puerta de la derecha, se detiene en el dintel.)
(Tú lo quieres? Pues bien, llegó mi hora;
hoy para todos por igual funesta
mi venganza será. Ve, pues, ahora
lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.)





PARTE TERCERA

ESCENA PRIMERA

RODIMIRO

Rápido el tiempo corre; todo calla
en derredor de mí. Tras de esas puertas
vela sin duda el capitán Bucilio,
porque siento sus pasos detrás de ellas,
compasados sonar... Cuánto esta calma
sobre el inquieto corazón me pesa!
Cuánto esta soledad me martiriza
con las memorias tristes que me acuerda!
Ayer guerrero triunfador, partía
el poder con un rey... Hoy en su regia
cámara misma con traición taimada,
sediento de mi sangre me encarcela!
Ayer en dulces y amorosos sueños
embebecido, mi dichosa estrella
bendecía esperando; hoy, ni esperanza,
ni gloria, ni poder, ni amor me resta!
Cuantos amé, insensato, me han vendido;
con quien he odiado más me junta adversa
mi mengüada fortuna... Oh, sí! Aborrezco
con toda el alma á esa mujer. Quisiera
no haberla visto nunca... Es un fantasma
que va siguiendo por doquier mis huellas,
y cuyo álito impuro en mi alma infunde
un vértigo infernal que me marea.
Y me ama? Infando amor! Partir me ofrece
conmigo el trono... Abominable oferta,
que me abrasa en furor, y en las entrañas
toda mi sangre paraliza y hiela.
Yo á la par de tal monstruo? Nunca, nunca;
mas, ay de mí! la aguardo, y de mí espera
la venganza también... Ambos de un crimen
nos vamos á lanzar sobre la senda.
Y á mí de qué me vale una venganza
que ni dicha ni amor me recupera?
Oh, no! De calma el compasivo cielo
estos instantes por mi bien me deja
para mejor pensarlo... Un alma noble,
cuanto olvida mejor, mejor se venga.
No más sangre, no más... renuncio á todo.
Dice que tiene franca una poterna
por do salir de esta mansión horrible,
y que la guardan mis lombardos... Ea,
voy á dejar la Italia en medio de ellos;
voy esta raza á abandonar de hienas.
Alboino, traidor, yo te perdono.
Yo te desprecio al par. Brenilda pérfida,
adiós! En mí desde hoy vuestra memoria
sombra es no más de pesadilla horrenda.
Mas esta puerta se resiste... Cielos!
Rosmunda...! No responde... Oh, qué sospe-
Rosmunda... El eco solamente herido [cha!
por la bóveda cóncava resuena.
Rosmunda! Miserable! Me ha vendido
para dejarme de Alboino presa
en su lugar... Si por allí lograra...
Necio, necio de mí, que fié en ella
y la dejé salir.

ALBOINO

(Dentro.) Bucilio!

RODIMIRO

Es tarde
ya. Alboino está aquí. Su voz es ésa.

ESCENA II

ALBOINO, RODIMIRO *y* BUCILIO

ALBOINO

Dónde está, dónde?

BUCILIO

Quién?

ALBOINO

Á mi coraje
poca es su sangre toda.

BUCILIO

Tu ira enfrena,
señor.

ALBOINO

Bucilio, aparta, ó con las suyas
caerá á la par tu criminal cabeza.
Qué has hecho, miserable?

BUCILIO

Á esos dinteles
incesante velar.

ALBOINO

Maldito seas.
Te han burlado.

BUCILIO

Alboino...

ALBOINO

Quién ha abierto
las puertas de mi alcázar á la reina?

BUCILIO

No hay más que esa, señor, que de tus cámaras
salga, y no me aparté ni un punto de ella.

ALBOINO

Pasaron sobre tí.

BUCILIO

Sobre mi vida
pasaran antes, ó á mis pies cayeran.

ALBOINO

Pues pasaron, Bucilio, porque ahora
Rosmunda á los lombardos me subleva,
y enfrente de las torres de Verona
las águilas de Roma se presentan.
Sí, sí, perdidos somos; entre tanto
que el enemigo en la ciudad nos cerca,
las tropas que acaudilla Rodimiro
dentro nos mueven infernal contienda.
Y toda su legión en altas voces
ahora á su capitán pidiendo queda
por las plazas y calles, y Rosmunda
les encamina aquí... La ira me ciega!
Qué has hecho, pues, de ese hombre, desdichado?
Dónde está ese traidor?

RODIMIRO

En tu presencia.

ALBOINO

Oh, al fin das en mis manos! Ve, Bucilio,
pronto; mete en palacio toda entera
mi húngara guardia, y si se pierde todo,
haremos de mi alcázar fortaleza,
y á lo menos debajo de sus ruinas
nos sabremos abrir tumba sangrienta.

ESCENA III

RODIMIRO *y* ALBOINO

ALBOINO

Y oye tú; los romanos se preparan
á asaltar la ciudad; fácil defensa
tiene aún si recoges á los tuyos
y á la batalla los conduces; ea,
elige, pues, ó nos batimos ambos
por ambos como siempre, ó de las rejas
de mis ventanas te suspendo aun antes
que tus lombardos á buscarte vengan.

RODIMIRO

Me amenazas á un tiempo y me suplicas?

ALBOINO

Súplicas ó amenazas, como quieras;
pero responde pronto, porque siento
menguar rápidamente mi paciencia.

RODIMIRO

Y también tu fortuna.

ALBOINO

Rodimiro!

RODIMIRO

Alboino, tus ímpetus modera;
la fortuna es voluble para todos,
y hoy la fortuna para tí se trueca;
por doquier de enemigos circundado,
debajo de tus pies se abre la tierra.

ALBOINO

No me hundiré yo solo, Rodimiro,
por la ancha sima ante mis pies abierta;
yo me desplomaré, mas como un monte
que arrebata en pos suyo cuanto encuentra;
puedo caer, mas como cae el rayo
que humo detrás de sí tan sólo deja.

RODIMIRO

Como una chispa que al brotar espira
al estrellarse el rayo en la alta peña;
cual carcomido tronco que arrebata
torrente asolador que el bosque anega;
cual vieja torre que en cenizas torna
el incendio voraz que la rodea.
Porque ya nada tienes, Alboino:
la muerte en torno por doquier te acecha;
en las lanzas aquí de mis lombardos,
y en las romanas lanzas allá fuera.

ALBOINO

Mientes si juzgas que la muerte es cosa
que el alma de un rey húngaro amedrenta,
que no es la muerte pavorosa imagen
para el valiente acostumbrado á verla,
ni es gran golpe caer en una tumba
de enemigos cadáveres repleta.
Pero estamos aquí perdiendo el tiempo
cual mujeres imbéciles que llenan
de alaridos estúpidos el aire,
en tanto que el peligro se acrecienta.
De una vez concluyamos, Rodimiro;
unidas hasta aquí las armas nuestras,
sólo tenemos una causa, como
hemos tenido siempre una bandera.
Enemiga de entrambos igualmente,
Roma á la par contra los dos se apresta;
si ambos con Roma no lidiamos, á ambos
nos asesina una venganza necia.
Yo te ofendí, es verdad: tú me aborreces,
nuestras almas tal vez están sedientas
de nuestra sangre al par; mas todavía
bálsamo habrá con que calmarse puedan.
Obremos, pues, como hombres; depongamos
nuestras iras un punto, y con fiereza
demos sobre el romano ambos unidos,
sin partir la fortuna ni la fuerza.
Venzamos hoy como vencimos siempre,
y mañana, si aun cólera nos queda,
caigamos cuerpo á cuerpo combatiendo,
mas sin dejar á Roma que nos venza.

RODIMIRO

Noble he nacido y generoso, y grande
ánimo el noble corazón me alienta,
y nadie en vano reclamó mi esfuerzo
en penosa ocasión y en causa buena.
Mas ha muy poco de tu misma boca
mi destino escuché, y aun me resuenan
dentro de los oídos tus palabras,
dentro del corazón tu ruin vileza.
Yo te conozco ya, rey Alboino;
hoy abatimos las romanas tiendas,
y mañana, traidor, á tus verdugos
con victoriosa enemistad me entregas.

ALBOINO

Pues bien, pactemos cual contrarios.

RODIMIRO

Habla.

ALBOINO

Yo de seguridad te daré prenda.

RODIMIRO

No la hay entre los dos.

ALBOINO

Tú la has hallado;
con ella puede hacerse duradera
la paz entre nosotros; con Brenilda
puedo tus sienes coronar.

RODIMIRO

Y es esa
de nuestra paz la oliva? Es ese el precio
á que te he de salvar? Tamaña afrenta,
en lugar de extinguir mi sed de sangre,
me la dobla, doblándome la ofensa.

ALBOINO

Rodimiro!

RODIMIRO

Pues qué, piensas que ignoro
que un afecto no más hay que enternezca
tu fiero corazón: que hay, Alboino,
una mujer no más sobre la tierra
por quien vaga en tus labios la sonrisa,
que en tu alma del furor la fuente seca,
y que tus leyes bárbaras revoca...
y esa mujer, rey Alboino, es ella?

ALBOINO

Cielos! Y quién del libro de mi pecho
te ha mostrado esa página secreta?

RODIMIRO

Otro labio real.

ALBOINO

El de Rosmunda!

RODIMIRO

El de Rosmunda, sí.

ALBOINO

Pues bien; si entera
la historia sabes, con razón más sólida
la paz te ofrezco con Brenilda: acéptala.

RODIMIRO

Semejante baldón! Tirano imbécil,
si las infames manos tienes hechas
á que los perros de tu esclava Italia
se arrodillen humildes á lamértelas,
no esperes, no, que los lombardos tigres
á recoger tus desperdicios vengan.
Yo amé á Brenilda mientras fué á mis ojos
pura, lejana y rutilante estrella;
cuanto lejana más, más admirable,
más digna de anhelarse su belleza.
Mas hoy que como tuya la conozco,
mi amante corazón cambia para ella,
y si odio engendró en él tu negativa,
desprecio en él tu ofrecimiento engendra.

ALBOINO

Qué es lo que dices, insensato?

RODIMIRO

Digo,
que á quien tú se la das te la desprecia;
que no hay entre los dos desde este punto
ni lazos, ni amistad, ni fe, ni treguas.

ALBOINO

Basta, rayos del cielo! Tú lo dices:
no hay treguas, ni amistad; tu infame lengua
en la mitad del corazón me ha herido
con el desprecio de Brenilda, y ésta
es una injuria que jamás sabría
mi rabia perdonar... Oh! Y ofrecértela
pude yo en un momento de locura?
Cuándo pudiste acaso merecerla?
Quién eres tú para que amor tan alto
las torpes alas á tender te atrevas?
Arrodíllate, esclavo; de rodillas
debes oir su nombre; el labio en tierra
le debes pronunciar, el polvo sólo
para besar en que sus pies asienta;
tienes razón, no hay paz entre nosotros,
ni treguas, ni amistad; y en las extremas
horas que á un tiempo de peligros tantos
circundan y amenazan mi existencia,
no por mi salvación te envía el cielo,
sino porque de tí vengado muera.
Oh! Y morirás; el término aplazado
de mi aliento vital siento que llega,
porque veo que el mundo se desploma
sobre mí; pero ve lo que te resta:
este alcázar va á ser nuestro sepulcro;

yo le defenderé mientras que tenga
sólo un soplo de vida; hasta esta hora
tú conmigo estarás, y cuando sienta
que el alma me abandona, haré implacable
arrancarte la tuya en mi presencia.

RODIMIRO

Yo la daré tranquilo, porque nada
mi ánima ya del universo espera,
y porque si tú vences, todavía
para vengarme á mí Rosmunda queda.

ALBOINO

Rosmunda? Desvarías con el miedo.
Si ella con tus lombardos se presenta
delante del palacio, á sus balcones
haré colgar tu lívida cabeza;
y tus mismos lombardos al mirarla,
antes que en mí, te vengarán en ella.

RODIMIRO

No; la sombra insepulta de Comundo
con ella va y en su favor pelea.

ALBOINO

Qué estás diciendo?

RODIMIRO

Que el misterio sabe
que en esa copa tu furor encierra,
y que esta noche cerrará Rosmunda
del padre rey la profanada huesa.

ALBOINO

Tú se lo descubriste?

RODIMIRO

La he pagado
secreto con secreto; deber era.
No hay esperanza; contra tí, Alboino,
hasta los muertos sus sepulcros dejan;
y no reposarán en sus sepulcros
hasta que al tuyo descender te vean.

ALBOINO

Tantos descenderán de mí delante,
que les haré tal vez perder la cuenta,
y te juro que no has de ser el último
de mi mortuoria comitiva.

RODIMIRO

Llega
todavía mi brazo hasta mi espada,
y en tanto, rey, que levantarla pueda,
ni moriré como cobarde esclavo,
ni seguro estarás delante de ella.

ALBOINO

Y hombre soy yo que obligará á tu espada
con el brazo á caer que la sostenga,
si antes que de la vaina la desnudes
aquí á mi voz mis húngaros no llegan.
Hola! Bucilio.

ESCENA IV

ALBOINO, RODIMIRO *y* ROSMUNDA

ROSMUNDA

Qué queréis?

RODIMIRO

Rosmunda!

ALBOINO

Oh! Me los junta mi feliz estrella!
Bucilio, pronto á mí.

ROSMUNDA

No será fácil
que ya á tu voz á presentarse vuelva.

ALBOINO

Por qué?

ROSMUNDA

Porque está lejos. Alboino,
tu voz á la honda eternidad no llega.
Mira.
(Abre las puertas del fondo, y ve una guardia romana y á Bucilio tendido á un lado.)

ALBOINO

Traición tamaña!

ROSMUNDA

Es obra mía.
Yo metí con silencio y con destreza
en tu palacio á los lombardos antes
que Bucilio á tus húngaros metiera.
Y he vendido á Verona á los romanos
al caro precio de tu sangre regia.
Ea, pues! Á morir como quien eres
dispónte ya; tu comitiva es ésa.
Esos romanos que Longino envía
para llevarle la ofrecida prenda,
tu tronco real conducirán al campo
y ante el emperador tu real cabeza.

ALBOINO

El coraje me ahoga.

ROSMUNDA

Ahora, Alboino,
si es que en señal de despedida eterna
quieres vaciar el postrimero vaso,
tu copa de marfil te daré atenta,
diciéndote á mi vez: «Bebe, Alboino,
que con mi padre bebes»; mas contempla
que si me has dado en muchas tu venganza,
yo te he dado la muerte en la primera.

ALBOINO

Oh, te sabes vengar!

ROSMUNDA

Tú me enseñaste;
y lo bien que aprendí para que veas,
sabe que el cetro de Comundo vuelve
á mi mano otra vez, é Italia entera
amparada mirándome de Roma,
me aclama al par libertadora y reina.

ALBOINO

Tú amparada por Roma?

ROSMUNDA

Sí, Alboino,
y en tu lugar sobre tu solio puesta.

ALBOINO

Ahora comprendo el bárbaro desprecio
con que á Brenilda ajó... Reinar esperas
con Rosmunda también!

RODIMIRO

Tente, Alboino;
yo no tengo, cual tú, sangre de fiera,
y ni lecho, ni trono, ni sepulcro
sabría nunca dividir con ella.

ROSMUNDA

Mas partirás con él mi cruel venganza,
que sabré, sobre tí, lograr entera.

ALBOINO

Oh, respiro...! Os odiáis; gracias, oh averno!
Rosmunda, ya lo ves, su odio me venga;
todo por él lo has hecho, pero todo,
porque viene de tí, te lo desprecia.

ROSMUNDA

Pues más caro que tú mis iras pagas,
va á pagar el desprecio que me muestra,
y siento, por quien soy, que mi venganza
ver, Alboino, hasta su fin no puedas;
porque tal es, que la creyeras tuya,
viéndola tan medida y tan completa.

ALBOINO

También la mía lo es, puesto que os dejo
aborreciéndoos siempre, y me consuela
morir sabiendo que, en ausencia mía,
viviréis en discordia sempiterna.

ROSMUNDA

Oh! Te lo creo; mas te aguardan, parte;
rey Alboino, mi justicia es recta.
Tu sepulcro está allí, mas no vacío;
la sombra de mi padre en él te espera.

ALBOINO

Yo, al lado suyo, dormiré tranquilo,
y en su tumba entraré con faz serena,
porque no piense que al morir, su espíritu
el corazón con que le odié amedrenta.
Goza, pues, de tu suerte y tu venganza,
como gozarla supe yo, y no temas
de mis labios oir súplica inútil
en favor de otra víctima que deja

mi torpe imprevisión entre tus manos,
y á quien no salvará ni su inocencia.
Y no quiero gastar mi aliento en balde,
y desmentir la heróica grandeza
con que debe arrostrar esta venganza
quien de esa copa se sirvió en la mesa.
Sí, yo sabré morir como he vivido;
mi suerte afrontaré tal como sea,
y espirará Alboino sin que exhale
un ay! su corazón, ni un ay! su lengua.

ROSMUNDA

Ve, pues; sabéis mis órdenes; cumplidlas.

RODIMIRO

Venganza es harto justa; pero horrenda
tu venganza es también.

ESCENA V

ROSMUNDA *y* RODIMIRO

ROSMUNDA

Detén la planta;
cumplir me resta la mitad segunda;
de Comundo vengué la causa santa,
mas aún falta la causa de Rosmunda.

RODIMIRO

Véngala tú; yo parto en el momento
de Italia para siempre, que me aterra
que á la par nos cobije el firmamento,
y al par nos sufra sobre sí la tierra.

ROSMUNDA

Tanto, pues, me aborreces?

RODIMIRO

Cuanto cabe
en ofendido corazón humano;
cuanto tu mente concebir no sabe
y mi lengua explicar querría en vano.
Y á mi sincero corazón perdona,
Rosmunda, esta verdad; tu faz sombría
me espanta, aun á través de esa corona
que te ciñe la sien de pedrería,
mas que no la ennoblece ni la abona.
Esos altivos y radiantes ojos,
por quien varones mil tal vez deliran,
corazones rindiendo á sus antojos,
dan al mío pavor cuando me miran.
Y esa romana y clásica hermosura,
que hace admirar tu forma majestuosa,
no sé qué tiene para mí de oscura,
que hace á mis ojos tu beldad odiosa.
Un Dios, ó un mal espíritu, en tu pecho
encendió una pasión que te esclaviza,
y no puedo vivir bajo de un techo
que cubre esa pasión que me horroriza.
Tal vez dirás que tus hechizos dejo
por los de otra mujer... Mujer perjura!
Mas si amé á otra mujer, que imagen pura
de los cielos creí, cuando reflejo
la concebí de tu maldad impura,
la odié también, y de las dos me alejo,
despechado, á llorar mi desventura.
Adiós, pues, oh Rosmunda! Ya vengada
quedas y reina; y al romano unida,
los lombardos de tí no esperan nada,
ni quieren de tu tierra ensangrentada
más que el sol que señala su partida.
Adiós.

ROSMUNDA

Espera.

RODIMIRO

Qué?

ROSMUNDA

Pues te he escuchado
esa que acabas relación funesta,
justo es que de mi labio apasionado
escuches tú también una respuesta.
Tus bárbaras palabras una á una
aquí, en mi corazón, cayendo han ido,
ahogando en él sin compasión alguna
cuanta esperanza en él se ha mantenido.
Tú me has abierto el tuyo; es, pues, forzoso
que el mío te abra yo, y de cerca al verle,
penetres en su centro misterioso
y aprendas de una vez á conocerle.
Tú me has aborrecido, y yo te amaba!
Con insolente mofa, tu desprecio
de sí apartó cuanto mi amor te daba,

y aun retó á mi furor tu orgullo necio.
Por tí ultrajado, y de tu amor testigo,
cambióse al fin mi corazón contigo.
Oye, pues: la pasión que te horroriza
no existe ya en Rosmunda; el odio insano
que implacable hacia mí te fanatiza,
reina en mi pecho con poder tirano.
No soy ya la Rosmunda que te adora,
soy la Rosmunda que, ultrajada y fiera,
del inmenso furor que en sí atesora
viento va á dar á la gigante hoguera.
Rosmunda sólo sabe, Rodimiro,
ó amar ó aborrecer, mas nunca olvida;
ama de amor hasta exhalar su vida,
y aborrece hasta el último suspiro.
Tan poderosa, pues, tal en grandeza,
mi amor concluye y mi venganza empieza.
Oh! Y aun no afrontes con mi faz sombría
tu desdeñoso continente fiero,
y escucha con paciencia todavía,
pues mi venganza que comprendas quiero.
Piensas dejar la Italia prontamente;
mas cómo?

RODIMIRO

En paz con Roma, estorbos vanos
me opondrás á que parta con mi gente.

ROSMUNDA

Les quitarán los hierros de las manos?

RODIMIRO

Qué es lo que dices?

ROSMUNDA

Tu legión valiente
dejé esclava también de los romanos?

RODIMIRO

Miserable de mí!

ROSMUNDA

Ya te lo dije:
sólo sé amar ó aborrecer; si necio
mi odio fatal tu corazón elige,
mi odio y mi amor le costarán gran precio.
Escoge; aún puedes; mi piedad es tanta;
con los tuyos esclavo, ó rey conmigo.

RODIMIRO

El cielo mismo junto á tí me espanta;
no, antes morir que respirar contigo.

ROSMUNDA

Está bien, morirás; mas antes quiero
á esa que tanto amaste en algún día
que des al menos el adiós postrero.

RODIMIRO

No; no la quiero ver.

ROSMUNDA

Oh, es cosa mía!

RODIMIRO

Ah! Me hiela de horror tu aspecto fiero.

ROSMUNDA

Así el desprecio de mi amor se espía
y el cáliz del rencor se apura entero.
(Va á la puerta de la izquierda, y abriéndola, llama á Brenilda en alta voz.)
Brenilda!

RODIMIRO

Ah! Yo no sé qué vaticino
de horrible aquí!

ROSMUNDA

Quimérico recelo.
Brenilda.

RODIMIRO

Oh! No la llames!

ESCENA VI

ROSMUNDA, RODIMIRO *y* BRENILDA

(Brenilda, al salir, se detiene á la puerta, junto á la cual está Rosmunda cruzada de brazos, sombría é inmóvil. Rodimiro permanece en el centro de la escena sin mirar á Brenilda.)

BRENILDA

(Al salir, deteniéndose.) Santo cielo,
aquí aún...! Á qué lúgubre destino

vuestra calma fatal sirve de velo? [boino?
Oh! Hablad, por compasión... Qué es de Al-

ROSMUNDA *(Á Rodimiro.)*

Su primera palabra.

BRENILDA

Habla, qué es esto,
Rodimiro? Qué es de él?

RODIMIRO

Déjame, ingrata!
Apártate de mí! Yo te detesto!

ROSMUNDA *(Á Brenilda.)*

Ya lo oyes.

BRENILDA

Ay de mí! Su voz me mata!
Mas no hablo ahora de mi amor... Mi oído
percibió aquí su voz... Confuso estruendo
de gentes escuché... Do está? Qué ha sido
de Alboino? Acabad.

ROSMUNDA *(Á Rodimiro.)*

Ya lo estás viendo.

BRENILDA

Oh, acabad de una vez! Hablad, señora,
vos que sabéis cuánto le amé... De hinojos
os lo ruego á los dos.

ROSMUNDA

Sea en buen hora.

BRENILDA

Dónde está? Dónde?

ROSMUNDA

(Abriendo la puerta del fondo, por delante de la cual se ve pasar el cadáver de Alboino, llevado en hombros por los romanos.)

Aquí; vuelve los ojos.

BRENILDA

Padre mío!

RODIMIRO

(Horrorizado.) Ah! Su padre?

ROSMUNDA

Es Alboino;
y tú, que á mi furor le has entregado
dentro de este aposento, su asesino.

RODIMIRO

Miente, Brenilda, miente. Oh! Nunca creas
que en su sangre real teñí mis manos.

BRENILDA

Apártate de mí! Maldito seas!

RODIMIRO

Ah, entiendo toda tu maldad.
(Á Rosmunda, dirigiéndose á ella en actitud amenazadora.)

ROSMUNDA

Romanos,
vuestro esclavo tomad.
(Los romanos le sujetan.)

RODIMIRO

Yo esclavo!

ROSMUNDA

Ahora
mide hasta dónde mi rencor alcanza.

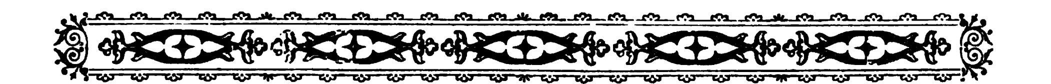
RODIMIRO

Toda su sangre sobre tí, traidora!

ROSMUNDA

Toda la necesita mi venganza
gota á gota sorber. Ve, pues; implora
al cielo si en él crees; y cuando presta
tu alma á partir del corazón se exhale,
díle á ese corazón que me detesta
lo que el cariño de Rosmunda vale,
lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.





. . . .

Broté como una hierba corrompida,
al borde de la tumba de un malvado,
y mi primer cantar fué á un suicida.
Agüero fué, por Dios, bien desdichado!

—

Al eco de este cántico precito,
dijo el mundo escuchándome: «Veamos»,
y sentóse á mirarme de hito en hito;
y el mundo y yo, por mi primer delito,
desde entonces mirándonos estamos.

—

Dejemos á los muertos en reposo,
y que duerman en paz, si es su destino:
harto haremos, en mar tan proceloso
como es la vida, en encontrar camino.

—

Yo el mío me busqué por las turbadas
ondas de aqueste mar, y mi barquilla,
por medio de otras muchas que extraviadas
bogar sin rumbo ví desesperadas,
procuré conducir hacia la orilla.

—

Velé, gemí con angustiado lloro,
volvíme al cielo y acudí á la ciencia.
Á la ribera tocaré? Lo ignoro.
Sólo sé que la tengo en mi presencia.

—

Al verla, aunque de lejos, lancé un grito;
y á impulso de recóndito misterio,
dióle la soledad eco infinito,
y fué, tornado en cántico maldito,
á espirar en mitad de un cementerio.

—

Yo sentí que la turba me aplaudía,
y, ánsio de gloria al corazón hallando,
dije dentro de mí: «La tierra es mía»,
y con mayor afán seguí cantando.

Creí de Dios mi soberano aliento,
de arcángel mi poder; mi alma altanera
me arrebató hasta el alto firmamento,
y la región azul del vago viento
embelesé con mi canción primera.

—

Atrás dejé las águilas que miran
con ojo audaz al sol; atrás quedaron
las nubes que relámpagos respiran;
los soles mil que por espacios giran
donde mortales ojos no llegaron.

—

Creí el mundo á mis pies; alcé la frente
para cantar mi orgullo, y mis oídos
del medio de una nube refulgente,
el acento de Dios Omnipotente
oyeron de pavor estremecidos.

—

«Canta—dijo una voz;—tal es tu suerte;
pero canta en el polvo que naciste,
allí donde jamás han de creerte:
canta la vida, mientras va la muerte
así llamando tu existencia triste.»

—

Dijo, y me echó á la tierra y á la vida,
y al impulso de su hálito divino,
con cántiga risueña ó dolorida
la soledad alivio del camino
y cumplo así la ley de mi destino.

I

Inunda paz sabrosa
mi corazón tranquilo,
y dichas y deleites
encuentro por doquier.
Mi ser halló en mi alma
inalterable asilo;
mi espíritu respira
el ámbar del placer.

Y nada me atormenta,
ni envidio ni deseo:
mi espíritu al abrigo
de la tormenta está.
Pasar á las edades
indiferente veo,
mecido en dulces sueños
mi pensamiento va.

—

Y á veces me arrebata
mi loca fantasía
en alas de su joven
fecunda inspiración,
y á un mundo me transporta
de encanto y de armonía,
do gozan mis potencias
espléndida ilusión.

—

Mi espíritu se libra
del cuerpo que le encierra,
y grande y poderoso
como su Dios se cree,
y alcanza desde el cénit
á la lejana tierra,
cual punto en el espacio
que apenas no se ve.

—

Y el orbe ante mis ojos
despliega los misterios
que impulsan la infinita
y excelsa creación;
y hollando los escombros
de tronos y de imperios,
revienta en armonía
mi libre corazón.

—

Cuanto es en los espacios
su ser me patentiza;
un templo ante mis ojos
el universo es,
y todo en su recinto
se ensalza y diviniza,
y la creación entera
tendida está á mis pies.

—

No hay canto ni suspiro,
lamento ni murmullo,
cuyo eco misterioso
fingir no sepa yo;
que mi niñez mecieron
los bosques con su arrullo,
y su creencia santa
la soledad me dió.

—

La música comprendo
que en las volubles hojas
resuena á la presencia
del céfiro fugaz;
y entiendo en el otoño
el ay! de sus congojas
con que piedad imploran
del ábrego tenaz.

—

Yo sé cómo susurran
con diferentes voces,
marchitas en Septiembre,
jugosas en Abril;
ya rueden con el polvo
en círculos veloces,
ya con su toldo verde
coronen el pensil.

—

Yo entiendo de las aves
los cánticos distintos,
el saludar al alba
ó huir la tempestad,
buscando de las selvas
los cóncavos recintos,
en donde alegres gozan
salvaje libertad.

—

Entiendo el agorero
graznar de la corneja,
la ronca voz del buitre
que huele su festín;
del solitario buho
la temerosa queja,
y el amoroso trino
del ágil colorín.

—

Y el ruido con que vuela
la errante mariposa;
los pasos de la oruga
sobre la fresca flor;
el desigual zumbido
con que anda codiciosa
la abeja, de su cáliz
volando en derredor.

El son con que su nido
columpia la oropéndola,
del álamo frondoso
suspenso en la altitud,
y los murmullos que alzan
las ráfagas, meciéndola,
haciendo, revoltosas,
eterna su inquietud.

—

Los mágicos rumores
que elevan diferentes
las diferentes aguas
del bosque ó del jardín,
cuando los montes surcan
sus rápidos torrentes,
cuando en los valles buscan
sus arroyuelos fin.

—

Y el temeroso acento
de las voraces fieras,
de la tormenta ronca
el iracundo son,
en mis oídos posan
las notas lisonjeras
que ensalzan y armonizan
la inmensa creación.

—

Conozco de los astros
la incógnita carrera;
del ángel que los guía
la luminosa faz,
y la del ROSTRO SANTO
que en ellos reverbera,
torrentes derramando
de vida y claridad.

—

Las nubes le saludan
con majestuoso trueno;
la atmósfera le enciende
relámpago veloz;
la tierra le abre humilde
su perfumado seno,
y el mar canta su gloria
con incesante voz.

—

Si airado pestañea,
los mundos se estremecen;
si torna el rostro, yacen
en muerta oscuridad;
si su hálito les niega,
caducan y envejecen:
él solo es la existencia,
la luz y la verdad.

—

Para *él* tiene tan sólo
la eternidad guarismo,
y número los astros,
y las edades fin,
y límite el espacio,
y término el abismo,
y nada se le esconde
por lóbrego ni ruin.

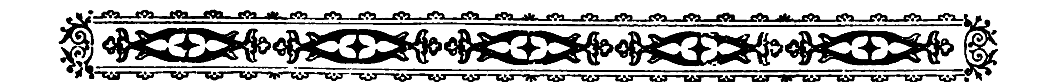
—

Su dedo es la balanza
que en equilibrio tiene
la máquina gigante
de su alta creación;
y cuanto en ella existe
su dedo lo mantiene,
y ése es el Dios que canta
mi lengua y mi razón.

—

Y voz no hay ni suspiro,
lamento ni murmullo
cuyo eco misterioso
por *él* no entienda yo;
que mi niñez mecieran
los bosques con su arrullo,
y su creencia santa
la soledad me dió.





Á MARÍA

PLEGARIA

Aparta de tus ojos la nube perfumada
que el resplandor nos vela que tu semblante da,
y tiéndenos, María, tu maternal mirada,
donde la paz, la vida y el paraíso está.

—

Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza;
tú, flor del paraíso y de los astros luz,
escudo sé y amparo de la mortal flaqueza,
por la divina sangre del que murió en la cruz.

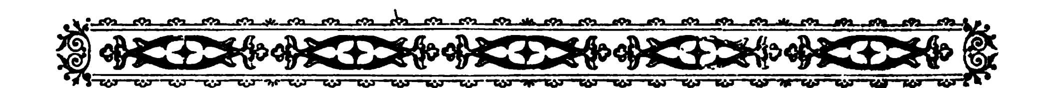
—

Tú eres, oh María! un faro de esperanza
que brilla de la vida junto al revuelto mar,
y hacia tu luz bendita desfallecido avanza
el náufrago que anhela en el Edén tocar.

—

Impela, oh Madre augusta! tu soplo soberano
la destrozada vela de mi infeliz batel;
enséñale su rumbo con compasiva mano;
no dejes que se pierda mi corazón en él.





ORIENTAL

No pude selle mudable
á aquella cuyo nací.
(Rom. gen.)

I

Escucha, hermosa cristiana,
mis amores;
no se estrellen mis dolores
en los vidrios de colores
de tu gótica ventana.

—

Años ha, bella señora,
que tu vista encantadora,
apetecida,
de Córdoba en los jardines
matóme por darme vida.
Y en tanto que te acataban
y tus favores gozaban
mil paladines,
Azarque, en inútil queja,
tus esquiveces plañía
llorando al pie de tu reja.

—

Escucha, hermosa cristiana,
mis amores;
no se estrellen mis dolores
en los vidrios de colores
de tu gótica ventana.

—

Ah! Qué importa que al Profeta
en adoración secreta
yo bendiga
y adores tú al Nazareno,
si en blanda coyunda amiga
un solo amor nos uniera!

—

Cristiana, más hechicera
que el ameno
paraíso, no te cura
de las palabras del conde,
que han de ser mi desventura!

—

Escucha, hermosa cristiana,
mis amores;
no se estrellen mis dolores
en los vidrios de colores
de tu gótica ventana.

II

Así de la luna al brillo,
en tono blando y sencillo,
cantaba voz varonil,
y del moro las querellas,
vertiendo lágrimas bellas,
oía dama gentil.

Abrió á medias su ventana,
que con flores engalana,
la dama, y así cantó.
Triste su cántico apenas,
perdido entre las almenas,
un solo instante vagó.

«Cristiana, oh moro! nací,
y me matan con rigor,
ay de mí!
mi religión y mi amor,
y huyo, á mi pesar, de tí.
Huyo de aquí!»

La voz se heló en su garganta;
cayó y rompióse la lira;
al moro extática mira,
mas ya ni le ve ni canta.

No canta; que en llanto amargo,
sobre el pecho la cabeza,
ahoga tanta terneza
un amoroso letargo.

—Por qué—dice desde el foso
el moro—bella cristiana,
por qué me velas, tirana,
ese rostro candoroso?—

La cristiana amada, en tanto,
miraba y no le veía;
sólo en el muro se oía
triste y angustiado llanto.

Y, viendo que no responde,
el moro, desesperado,
á llamar iba ya osado
en el castillo del conde.

III

Sobre alazán de Córdoba brioso,
ceñido el cuerpo de la doble malla,
el conde de Tendilla llega en tanto
á su opulento alcázar.

Por la penosa orilla del torrente
se oye cuál crujen á compás sus armas,
á par que estrepitosas se derrumban
entre espuma las aguas.

Llegó al castillo, y, al tocar al puente,
miró en el muro pálida á su hermana,
y, volviéndose al moro, amenazóle
con la robusta lanza.

«Infiel al fin! Ya yo me lo sabía!»,
dijo el conde entre sí lleno de rabia;
y alzó la voz después:—Mahometano,
son éstas tus palabras?

Si ya no eres cristiano, tu rodela
y ese corcel apresta que descansa.
Tú lo juraste, moro, que conmigo
serías en batalla!

—Por qué el conde cristiano me acomete,
si amor quitó la libertad al alma?
—Tú lo juraste, moro, que conmigo
serías en batalla!

—Yo cristiano no soy—repuso el moro;
yo no soy sino amor para tu hermana.
Mas qué importa mi fe ni la fe suya,
si, como yo, me ama?

—No blasfemes, infiel, si en tu creencia
tornaras á mirar estas murallas.
Tú lo juraste, moro, que conmigo
serías en batalla!

IV

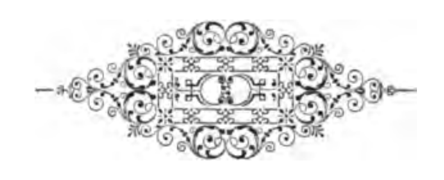
Marchó el conde de Tendilla,
y del torrente en la orilla
aguardó.
Qué hace el moro que, injuriado,
en la muralla apoyado
se quedó?
Por qué el conde le provoca
con voz que al honor le toca
y con furor,
y el moro sombrío en tanto
mostrando está con su llanto
su dolor!
Errante su mirar vaga,
y almete, rodela y daga
lejos de él
con ira arrojó demente,
y así habló con voz doliente
el infiel:
«Adiós, hurí seductora,
rosa de pensil cristiano!
Pues que por suerte traidora
te pierdo agora,

muere con tu Dios cristiano,
yo moriré en mi fe mora.»
Y hacia el conde, que le espera,
rápida y firme carrera
    dirigió.
Y, allá en el agua espumosa,
la caída estrepitosa
    resonó.

V

Mientras la bella cristiana,
en su gótica ventana,
exhala un ay! de pavor,
del agua allá en lo profundo
lanza el moro en este mundo
el postrer ay! de su amor.

Valladolid, 1836.



ÍNDICE DEL TOMO TERCERO